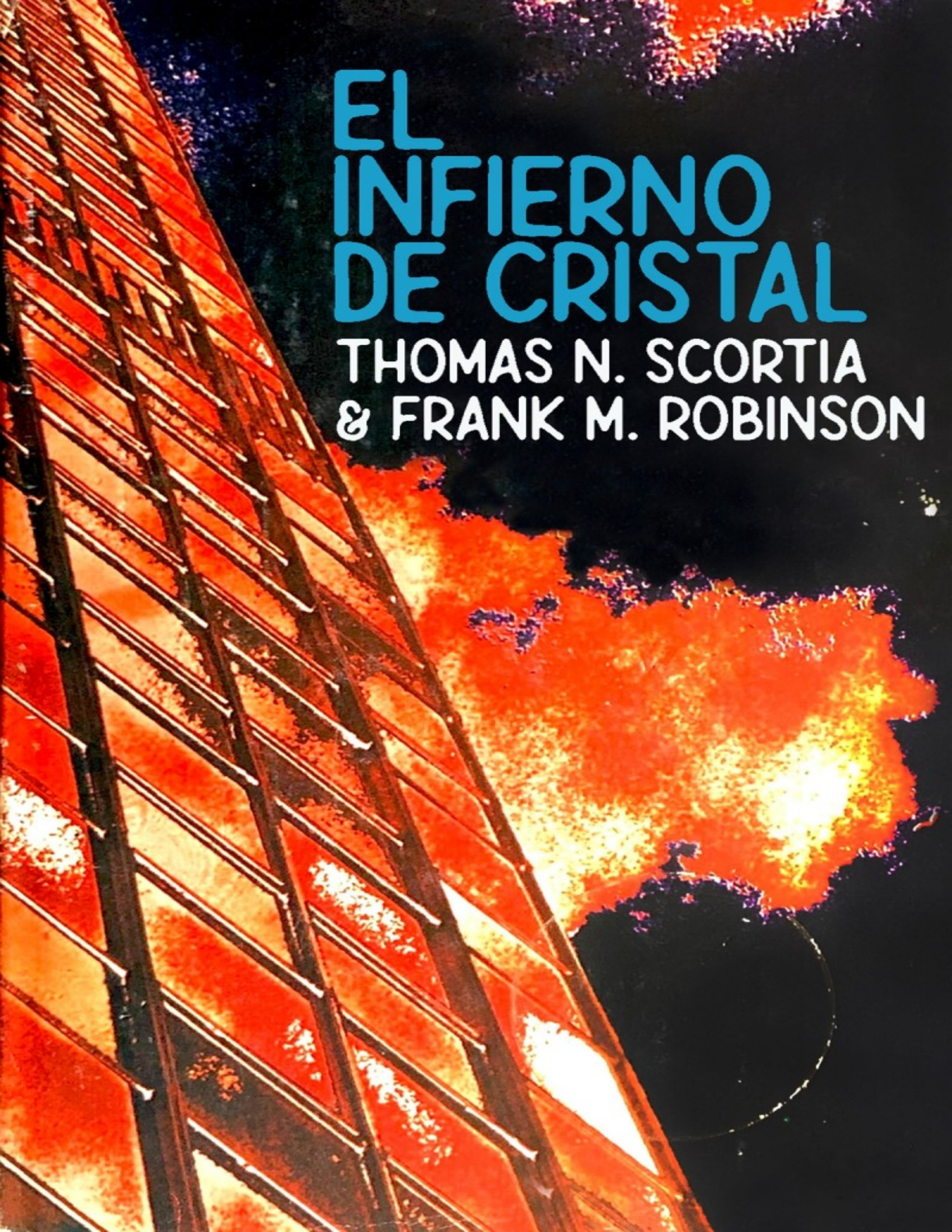

EL
INFIERNO
DE CRISTAL
THOMAS N. SCORTIA
& FRANK M. ROBINSON

Aquel rascacielos, verdadero gigante de cristal, representaba el triunfo de la arquitectura moderna. ¿Quién iba a imaginar que una simple chispa fuera capaz de destruirlo? Hombres y mujeres, animados por un desesperado deseo de sobrevivir, se enfrentan al fuego devastador. Gestas heroicas, cobardías imperdonables, desalientos y esperanzas dotan de un fondo de desgarradora humanidad a esta novela, en la que se ha inspirado una de las películas más estremecedoras de nuestra época: *EL COLOSO EN LLAMAS*. Los autores han reconstruido, en todos sus detalles, la situación límite que un incendio de estas magnitudes provoca. Por ello, su relato es, además, una inquietante advertencia sobre los peligros de nuestra sociedad.

Thomas N. Scortia & Frank M. Robinson

El infierno de cristal

Título original: *The glass inferno*
Thomas N. Scortia & Frank M. Robinson, 1974
Traducción: Fernando Corripio
Diseño/Retoque de cubierta: Moroco
Rige bajo normativa RAE previa a 2010

A Martha, Emilie y Richard,
como muestra de aprecio.

EL INFIERNO DE CRISTAL

Thomas N. Scortia y Frank M. Robinson

Todos los personajes de este libro son ficticios.
Cualquier semejanza con personas reales, vivas
o muertas, es pura coincidencia.

Agradecimientos

Ningún proyecto de las dimensiones y del alcance de *El infierno de cristal* puede ser el producto de sus autores tan sólo. Desde mayo de 1972, cuando fue concebida la idea, hasta el presente, numerosas personas han dedicado su tiempo y su capacidad técnica a la consecución de este libro. A pesar de todo, pueden haberse deslizado algunos errores, y de ellos asumimos la plena responsabilidad. En algunos casos nos hemos tomado algunas licencias como autores, especialmente al minimizar los riesgos que presenta el humo en los incendios de los edificios de gran altura.

El infierno de cristal no debe ser considerado como una acusación contra los arquitectos o los contratistas (no hay tales villanos en este libro), sino más bien como un comentario acerca de la naturaleza de los errores humanos y las presiones económicas inherentes a la moderna tecnología de la construcción de edificios. La ciudad no ha sido identificada, ya que todas las poblaciones modernas se enfrentan, en mayor o menor grado, con los mismos problemas, al luchar con los incendios en las construcciones elevadas. Y, como es lógico, los personajes de *El infierno de cristal* sólo existen en nuestra imaginación, y cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, no es intencional.

Deseamos agradecer al inspector James I. King, del Departamento de Incendios de la ciudad de San Francisco, al arquitecto Rob Hult y al investigador Gene Klinger, por su valiosa información técnica y por leer y comentar el original definitivo.

También nos sentimos en deuda, por lo que concierne a la información técnica especializada, con el administrador retirado del Servicio de Incendios, Warren Pietro, con el especialista Bob Marshall, de KGO-TV, el piloto de helicópteros y oficial subalterno principal, Gerald W. Fisch, el abogado David Hodghead, y Marion Cole, de la Asociación nacional de protección contra el fuego. Damos especiales gracias, por su dedicación, a nuestros ayudantes de investigación, Kathy Fast y Tom Passavant. Por fin, una reverencia agradecida a dos damas muy pacientes: Jan McMillan, que a menudo trabajó en horas nocturnas con los borradores del original, y a Diane Cleaver, que con otras personas de la editora Doubleday constituyó para nosotros una gran ayuda y colaboración.

THOMAS N. SCORTIA y
FRANK M. ROBINSON

POR LA TARDE

Toda bestia nace en un momento y lugar determinados.

Por lo que respecta al fuego, el momento fue en horas de la tarde, y el lugar, un pequeño cuarto muy dentro de uno de los más recientes rascacielos que moteaban la ciudad. La habitación tenía su cometido y su importancia, aunque no la exhibían durante los recorridos que se hacían para enseñar el edificio. Y poseía también un olor indefinible, característico de las estancias de esa clase. También se hallaba algo más atestada que lo habitual.

Poco después de las cinco de la tarde fue cuando abrieron la puerta. Enseguida parpadearon las luces fluorescentes del techo. Hubo luego una larga pausa, ligeros sonidos sordos de algo que movían, y a continuación el chasquido del interruptor, al tiempo que las luces se extinguían. Unos ojos parpadearon en la penumbra, desde la puerta abierta, examinando despreocupadamente la habitación durante algunos segundos. Después, unos hombros oscurecieron brevemente la luz del pasillo, se cerró la puerta, y él cuarto quedó sumido en la oscuridad.

Pero no fue una oscuridad total. Una chispa diminuta refulgió en una esquina de la estancia, y se vio alimentada por una raída hebra de algodón: era el cordón umbilical de la bestia.

La temperatura de la habitación, algo inferior a los veintiún grados, comenzaba a descender, imitando el gélido aire otoñal que había fuera del edificio.

1

Hacia las cuatro y media de la tarde del viernes, el largamente esperado frente frío canadiense pasaba por el norte de la ciudad. En la avenida Lee, los arbolillos situados ante el National Curtainwall Building, despojados de su follaje otoñal, azotaban con violencia las verjas de hierro forjado que rodeaban el edificio. Bancos de nubes bajas cruzaban el cielo, y la llovizna se convertía en un helado aguanieve. Unos operarios decoraban los faroles de las calles con Papás Noel de plástico, y se aferraban desesperadamente a sus escalerillas mientras el hielo comenzaba a recubrir los peldaños. Empleados y secretarias, licenciados temprano a causa de las vacaciones del día de Acción de Gracias, eludían el centro de las aceras y procuraban avanzar por la zona estrecha y resguardada, adyacente a la fachada de las casas, o bien entraban rápidamente a los accesos del Metro, perdiendo a menudo el equilibrio al resbalar en los charcos de hielo derretido.

Seis manzanas más allá, Craig Barton se inclinaba con impaciencia sobre el volante de su coche alquilado, mientras que mascaba nerviosamente el extremo del fino habano apagado. El tráfico se había ido haciendo cada vez más lento hasta que se detuvo, y de cuando en cuando una ráfaga de aire frío se filtraba en el interior del automóvil, venciendo el débil calor que emanaba del calefactor defectuoso. Era el remate adecuado de un pésimo día, pensó Barton. Dio vueltas sobre el aeropuerto durante una hora, luego hizo un desastroso viaje en coche por la autopista, y por fin se

encontraba con el embotellamiento de tráfico, para redondearlo todo. Llegaría a la oficina cuando todo el mundo se hubiera marchado; no tendría posibilidades de averiguar por qué Leroux le había hecho llamar. Llegaría en frío, y Wyndom Leroux no era una persona con la que pudiera celebrarse una conferencia si no se iba bien preparado.

De todas formas, aquélla no iba a ser una noche agradable. Jenny le había llamado al aeropuerto para comunicarle la repentina invitación de Leroux a cenar, y era evidente que eso no le había sentado a ella muy bien, aunque lo cierto es que nada le sentaba bien por esos días. Y si la cena se prolongaba demasiado y el tiempo empeoraba, probablemente tendrían que pasar la noche en un hotel, en lugar de hacerlo en casa de los padres de Jenny, en la cercana Southport. Eso provocaría lágrimas y recriminaciones por parte de Jenny. Jamás se le ocurriría a ella que también él se sentía molesto cuando le llamaban para que regresara a las oficinas centrales, teniendo que abandonar unas negociaciones delicadas.

La luz verde del semáforo se encendió para los peatones, y la muchedumbre de la esquina cruzó la calzada, abriéndose paso entre algunos de los coches detenidos. Por la calle transversal, y entre la maraña del tránsito, los chicos mensajeros zigzagueaban con sus ciclomotores lo mismo que escarabajos de agua entre los tallos de una laguna. Llevaban los cestos cargados de paquetes, fotocopias y rollos de planos. Durante un segundo, las aletas de la nariz de Barton se estremecieron al evocar el débil olor amoniacal de las copias de planos, un olor que siempre le resultaba excitante, porque lo asociaba con la imagen de los edificios que iban a ser construidos.

Se inclinó un poco, con repentina curiosidad, y echó una mirada por la ventanilla, observando el aspecto de la ciudad, en la línea superior de los edificios. Después de seis meses ya se apreciaban cambios. El Traveler’s Building había cubierto aguas, y del Curtainwall estaban concluidos los dos tercios. Este último era un pseudo Mies van der Rohe, cuya inspiración, por desgracia, no tenía

la claridad de detalle que caracterizaba a los proyectos de Van der Rohe. Un centenar de metros hacia el norte, la central del nuevo edificio de la Fireman's Insurance se erguía entre la cellisca invernal. Era una estructura más sensitiva, aun cuando el sitio elegido era malo, tan pequeño que la edificación quedaba encajonada, y la plaza delantera parecía un espacio de arena para el juego de los niños en los parques. El Kohne Insurance, a su lado, tampoco le favorecía. Tenía el aspecto de un parador de carretera, más que de un edificio de oficinas.

Las luces del semáforo volvieron a cambiar. Barton pisó el acelerador y recorrió otros treinta metros, atravesando el cruce, hasta que se detuvo de nuevo. Ahora ya podía ver la Casa de Cristal, sobrenombre que habían dado al National Curtainwall Building, situado a pocas manzanas más lejos, y cuya torre se recortaba contra los oscuros nubarrones. Retuvo el aliento. *¡Dios, qué hermoso!* Se sintió repentinamente embargado de orgullo, tanto como lo había estado cuando tres meses antes llegó en avión para hacerse cargo de él, sin Jenny, a pesar del disgusto de ésta.

Mordió, una vez más, el fino habano y observó atentamente el aspecto del rascacielos. Sí, tenía derecho a sentirse orgulloso, lo mismo que Leroux. Sesenta y seis pisos de cristal de tono dorado, y de aluminio anodizado, también con reflejos áureos. La situación, en la parte norte del distrito financiero, había sido elegida de tal modo que no hubiera en las proximidades otros rascacielos que pudieran hacerle la competencia. No hubo problema respecto a las dimensiones del solar, y las plazas, a cada lado del edificio, resultaban espaciosas y acogedoras. No se tenía sensación de estrechez cuando se cruzaba por ellas hacia la entrada del rascacielos.

Eran sesenta y seis pisos (treinta dedicados a comercios y oficinas, y treinta y seis para apartamentos) en línea recta, sin ningún entrante. En la cara sur, una pared a modo de arista señalaba el núcleo de servicios y constituía el soporte para el

ascensor panorámico que llevaba al Salón de Paseo, en la cima del rascacielos. Barton bizqueó ligeramente al mirar. Alcanzaba a ver el minúsculo punto de luz que reptaba lentamente hacia el restaurante del techo. No lo habían hecho mal, se dijo. Las tarjetas postales más vendidas en las tiendas locales eran las de la Casa de Cristal durante la noche. Ésta se había convertido en un símbolo de la ciudad.

El tráfico comenzaba a hacerse más fluido ahora, y pocos minutos más tarde, Barton descendía por la pendiente que cortaba a través de una de las plazas, para entrar en el garaje del sótano. Echó un vistazo a la plaza poco antes de penetrar en el edificio. Era una amplia extensión de terrazo pulimentado y piedra de la zona, sobre la cual se veían algunas jardineras de cerámica con pequeñas coníferas.

Amplios escalones de piedra y terrazo permitían ascender hasta el vestíbulo inferior, trazando una curva en torno a una reluciente escultura de formas libres, hecha de aluminio dorado y varillas de plexiglás. Por la noche, esas varillas formaban arcos multicolores, con las bombillas ocultas en la base, de modo que la delicada maraña de cables y barras quedaba bañada en una cascada de luz que cambiaba lentamente.

Barton condujo el coche hasta la casilla del auxiliar del aparcamiento, y salió a la acogedora tibieza del edificio.

—¿Cuánto tiempo va a permanecer, señor? —le preguntó el empleado, mientras se situaba en el asiento que Barton acababa de abandonar.

—No estoy seguro. Probablemente hasta las once. Entretanto, llene el tanque, ¿quiere?

—Parece que en estos días no hacen mucho por ustedes en los aeropuertos, ¿no es cierto?

—¡Demonios, si ya ni siquiera vacían los ceniceros!

Barton dejó atrás los surtidores de gasolina y tomó el ascensor hasta el vestíbulo inferior. En el momento en que las puertas se cerraban a sus espaldas, escuchó el sonido del motor al ponerse en

marcha, y un fuerte chirrido de neumáticos. Sonrió para sí mismo y se dijo que, al menos, algunas cosas nunca cambiaban en esta vida.

El salón inferior parecía estar ahora más completo que la última vez que lo había visto. Los escaparates relucían con sus muestras de jade, sus cámaras fotográficas importadas, sus aparatos estereofónicos. Una de las vitrinas, destinada a los que salían de vacaciones, exhibía una serie de camisas y pantalones cortos deportivos, para hombre, que constituían todo un muestrario de colores hawaianos. Barton se detuvo un momento para mirarlo. Después de trabajar dos años para la National Curtainwall, aún no había encontrado tiempo para tomarse los tradicionales quince días de vacaciones en agosto. Empezó a acumular resentimiento. Luego se encogió de hombros. Lo haría al año siguiente, sin falta, se prometió a sí mismo. Después subió a la escalera mecánica que conducía hasta el salón principal.

Barton sintió un renovado orgullo cuando entró en el salón del primer piso. Durante unos instantes se sintió tentado de quitarse el sombrero, como si se hallara en el interior de una catedral. La sala no poseía la abrumadora vastedad de los vestíbulos de los hoteles más modernos, pero aún suponía una soberbia utilización del espacio. Las proporciones de las zonas eran casi clásicas, y la pared de cristal exterior, que abarcaba dos pisos, proporcionaba una gran sensación de amplitud.

En el extremo interior del salón se alzaban las altas puertas de bronce de la Surety National, mientras que hacia el lado opuesto, proyectándose sobre el mismo vestíbulo, se cernían los murales de mosaico del núcleo de servicios, que contenía los huecos de los ascensores, así como numerosas líneas eléctricas, de gas y de vapor, que abastecían el edificio. El ascensor panorámico cortaba uno de los laterales del núcleo, cerca de la entrada, remontándose por la pared exterior hasta llegar al Salón de Paseo.

Barton recordó que Jenny nunca había subido a ese ascensor. Tomó nota mentalmente para que lo utilizasen después de la cena.

El viaje podía constituir el broche de oro de la velada, para ella. La cabina del ascensor se hallaba a oscuras durante el ascenso y el descenso (las luces visibles desde la calle se encontraban en la base de la cabina), por lo que la ilusión de hallarse suspendidos en el espacio, por encima de la ciudad, era completa e impresionante.

El vestíbulo estaba lleno de empleados que se retiraban al término de su jornada, y por un momento Barton se sintió como un salmón que nadara contra la corriente. La población laboral del edificio era de cerca de tres mil personas, y todos parecían tratar de marcharse al mismo tiempo. Las luces se apagaron en la National Surety, contribuyendo a oscurecer aquel extremo del salón.

Barton se abrió paso hasta la mesa de información, situada en la parte opuesta a los ascensores que comunicaban los pisos del sector comercial. La joven morena que estaba detrás de la mesa llevaba puesto un elegante uniforme dorado y rojo, y lucía un sombrerito redondo y achatado, por lo que recordaba vagamente la figura que aparecía en los antiguos anuncios de Philip Morris. Le dirigió una sonrisa como la que suelen lucir las azafatas.

—Lo siento, señor, pero el Salón de Paseo está totalmente completo para esta noche —dijo.

Seis meses fuera, y ya parecía un turista, pensó Barton.

—¿En una noche como ésta?

La sonrisa era cautelosa, ahora. La chica temió que aquel hombre fuera a crearle dificultades.

—Ahora empiezan las fiestas, señor, y parece que éste es el lugar de moda de la ciudad.

Enseguida trató de paliar un poco la contrariedad, y agregó:

—¿Otra noche, quizá?

—Estoy con la reunión de Wyndom Leroux. ¿No ha dejado ningún mensaje?

La chica pareció impresionarse, y rebuscó entre los papeles que tenía en el escritorio.

—Sus reservas son para las ocho, pero no veo aquí ninguna nota. ¿Hay algo más que…?

—Gracias, de todos modos —dijo Barton, al tiempo que daba media vuelta.

Lo mejor sería dejar su maleta en los despachos, refrescarse un poco y subir al bar del Salón de Paseo. Se encontraba ya cerca de la entrada del ascensor, cuando divisó a Dan Garfunkel, el jefe de seguridad del edificio, que estaba hablando con un joven agente. Garfunkel era un hombre fornido, de algo más de cincuenta años. Había estado veinte años en la policía y otros diez en la Agencia de detectives Burns.

Garfunkel vestía un traje oscuro de calle, y el único distintivo de su oficio era el emisor-receptor que llevaba en el cinturón, sobre la cadera izquierda. Pero no cabía confusión alguna sobre la actividad que ejercía. Todo en él denunciaba al polizonte, se dijo Barton. Era calvo, con una estrecha franja de pelo a los lados, como la tonsura de un fraile, y Barton pensó que debía afeitarse dos veces al día cuando estaba en su trabajo, tan fuerte parecía ser su barba. Hablaba en un tono tranquilo y firme. Era uno de los pocos hombres conocidos de Barton, que podía intimidar a cualquiera con sólo un susurro. Eso era justamente lo que estaba haciendo cuando se acercó Barton.

—Ya sé que no es su guardia, pero tengo dos hombres de menos, y usted es el último de la lista, lo que le convierte en la persona indicada. Si no le gusta, buscaré a otro que no le importe pasar aquí la velada. Recuerde que el edificio cierra oficialmente a las seis y que usted comienza entonces su trabajo. Cualquier reserva para el Salón de Paseo envíela a Sue. Cualquier dificultad, llámeme por el emisor-receptor. No quiera imponerse a la gente, pues su misión es tanto de relaciones públicas como de seguridad. Y no quiero oír una sola queja más acerca de la presencia de muchachos en el vestíbulo.

El guardia asintió con rostro serio y luego se alejó. Garfunkel miró fríamente a Barton durante un segundo, y entonces, aquella mente que jamás olvidaba un rostro logró una identificación inmediata del mismo. Movió la cabeza con tranquilidad, al reconocerle y dijo:

—Es un buen hombre, señor Barton. Estuvo cuatro años en la Policía Militar, pero juraría ante el cielo que ahora nadie parece querer trabajar. Todos desean obrar a su antojo. En cuanto hiela un poco, todo el mundo está enfermo, o el coche no le quiere arrancar, o le ha llegado sin previo aviso su bisabuela desde Dubuque.

Barton le miró con gesto comprensivo.

—¿Cuánta gente le falta?

—Un tercio de la plantilla no se ha presentado. Aunque no lo crea, a Sammy le llegó su bisabuela desde Dubuque. Eso significa que tendré que pasarme la noche en la sala de control, mirando esas estúpidas pantallas junto con Yates. Una forma muy original de dirigir la seguridad, sobre todo después de tantos hurtos, robos con violencia y actos de gamberrismo que hemos soportado. ¡Cielos, si hasta hubo una violación el mes pasado! He insistido ante el jefe para que instale unos detectores de rayos infrarrojos en las escaleras, a fin de localizar a los delincuentes, pero nadie quiere gastar el dinero necesario.

—¿Qué tal marcha la contratación de locales?

—Casi todos los locales comerciales y de oficinas están ya alquilados —dijo, señalando con sus dedos gordezuelos—. Desde el piso cincuenta al sesenta y cuatro aún siguen desocupados casi todos, si bien algunas de las *suites* no están terminadas todavía. Hay que hacer las rondas a través de aquel laberinto. Y por otra parte, ese tipo, Quantrell, con sus emisiones. La gente que las contempla se está dejando impresionar. Si yo fuera el señor Leroux llevaría a juicio a ese malnacido.

Barton tenía algunas referencias acerca de Quantrell y sus emisiones de televisión en San Francisco. Pero la mención de los

pisos de apartamentos le hizo pensar en otra cosa.

—¿Cómo se desenvuelve Jernigan? —preguntó.

Harry Jernigan había llegado de Burns junto con Garfunkel. Era un negro apuesto y atlético, de poco más de treinta años, que desempeñaba el cargo de jefe adjunto de seguridad y era responsable de los pisos residenciales. Barton había hablado con él una vez y se sintió impresionado por la sensación de dignidad que emanaba de aquel hombre.

—Harry se está portando en grande. Sencillamente en grande. Algunos de los antiguos inquilinos empezaron a llamarle «chico», por su color. Luego se enteraron de que tiene una licenciatura en Bellas Artes, y eso puso punto final al asunto. Muchas mujeres le quieren tentar, pero él no deja que le arrastren. Si supieran lo que tiene en casa se pondrían verdes de envidia. Lo siento por Harry, de todos modos. Le han salido más parientes, para vivir a costa de él, que pozos petrolíferos tiene la Standard Oil. Es un buen hombre, señor Barton. Si alguna vez me marcho de aquí…

Se encogió de hombros y añadió:

—Sí, y algún día la tierra será de los humildes.

—Los tiempos cambian, Dan. Jerry sabrá salir adelante.

—Tal vez *usted* lo crea así y *yo* lo crea así, pero muchos de los que están ahí fuera no piensan igual. De otro modo, hubiera podido ejercer su licenciatura.

El salón se estaba vaciando rápidamente, ahora. Unas pocas personas se congregaban ante la mesa de información, haciendo reservas. Un grupo de mujeres de la limpieza, casi todas puertorriqueñas, esperaban junto a los ascensores, charlando en su suave castellano. Garfunkel se alejó para realizar sus rondas de vigilancia. Barton recogió su maleta y se encaminó hacia las puertas de los ascensores. Saludó con la cabeza a una de las mujeres, a la que había conocido cuando ella hacía horas extra antes de la inauguración. Era Albina Obligado, mujer de pelo canoso que llamaba la atención por la cantidad de oro que lucía en su blanca

dentadura. Poseía un carácter tan afable y maternal, que Barton se sintió complacido al verla de nuevo.

Uno de los ascensores quedó vacío, y las mujeres de la limpieza entraron apretujándose. Albina retuvo las puertas para que entrase Barton. Pero éste le hizo una seña para que subieran, y oprimió el botón del ascensor que iba a los pisos superiores. Entonces notó algo en el revestimiento de mármol que cubría la caja de los ascensores. El enlucido que había entre las losas ya se estaba cayendo. Era un trabajo chapucero, pensó irritado. Frunció el ceño, y al mirar más de cerca notó que aquello no era mármol, sino poliéster. No lo había advertido antes, pero es que aquellos materiales sintéticos eran excelentes imitaciones, para la vista. De todos modos estaba completamente seguro de que aquello no era lo que el equipo de arquitectos y diseñadores de interiores había proyectado. Alguien, en aquel proceso, se había embolsado algo.

Otro hombre se unió a él ante el ascensor, y Barton le saludó con un gesto. Era uno de los primeros propietarios de las tiendas, y lo conocía poco. Él y su socio regentaban un establecimiento de decoración interior en el piso inmediatamente inferior al que ocupaban las oficinas ejecutivas de la National Curtainwall. Brian —no, Ian— Douglas, era un hombre corpulento que parecía vestir con demasiada elegancia para su gran humanidad. Por su tipo, probablemente había sido nadador en la universidad, y ahora tendía un poco a abandonarse. Barton se dijo que tendría unos cuarenta años, algo más de diez que su socio, cuyo nombre no alcanzaba a recordar.

—Pésima noche —dijo Barton, indolentemente.

—Sí, terrible —murmuró Douglas.

No añadió nada más, y Barton pensó que estaba preocupado. Tal vez el negocio andaba mal, y probablemente trabajaría hasta tarde, después de haber tomado una rápida cena. Malo, si ocurría eso. Barton simpatizaba con aquel hombrón, atraque su joven socio le

parecía un poco afectado. Bueno, todo el mundo tenía sus problemas.

Las puertas del ascensor se abrieron silenciosamente y ambos entraron. Barton pulsó el botón del piso 18, y el 17 para Douglas. Las puertas comenzaron a cerrarse, cuando un hombre alto y extremadamente delgado, con un arrugado uniforme de conserje, trató de entrar.

—¡Esperen, amigos, esperen! —exclamó.

Barton sacó un pie para interceptar el haz fotoeléctrico situado en la parte inferior de las puertas del ascensor y éstas volvieron a abrirse. El flaco personaje se deslizó dentro, jadeando aún.

—Muchas gracias, señor Barton.

—No es nada, Krost —repuso Barton, en tono indiferente.

No sentía una predilección especial por Michael Krost, que supervisaba el mantenimiento de cinco de los pisos de oficinas, incluidos los del National Curtainwall. Era un hombre de mediana edad, de aspecto huraño y pelo entrecano y áspero. En él había algo de furtivo que repelía un tanto a Barton. Se decía que Krost era aficionado a la bebida, y que una vez le habían sorprendido achispado durante el trabajo. Por una razón desconocida, Leroux había intercedido para que no le echaran. Probablemente fue en recuerdo de los viejos tiempos, pensó Barton. Krost procedía del Melton Building, donde había estado la sede de la National Curtainwall hasta su traslado a la Casa de Cristal.

—Es un placer tenerle de nuevo a bordo, señor Barton —dijo Krost—. Justamente la otra noche le decía a Daisy que usted se hallaba en la Costa Occidental, enseñándoles lo que es un gran arquitecto y un buen equipo de construcción. El señor Leroux tiene que considerarle muy bien, para encargarle de un proyecto como ése.

Douglas se arrimó a la pared posterior del ascensor para evitar el olor a cerveza rancia y a moho que rodeaba a Krost como una bruma. Barton hizo caso omiso de sus palabras, y le preguntó:

—¿Qué piso, Krost?

—Para mí el veinte, señor Barton —dijo, enseñando los dientes amarillentos a través de los labios delgados y sonrientes—. Hay que poner un poco de orden entre esas mujeres de la limpieza, sí, señor.

El ascensor se detuvo en el piso diecisiete, y Douglas salió, evidentemente aliviado y complacido de poder alejarse de Krost. Luego le llegó el turno de bajar a Barton, y cuando se alejaba, Krost le gritó:

—¡Daisy y yo le deseamos un buen fin de semana, señor Barton!

Las oficinas de la National Curtainwall ocupaban la totalidad de aquel piso, así como una parte de los dos situados encima. La entrada a los despachos de los ejecutivos se hallaba en el extremo final, y por lo común había que pasar ante tres secretarias para entrar. Aquella noche, todas las antesalas se hallaban desiertas. Barton se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero, antes de penetrar en el departamento interior. Unas pocas luces brillaban en la sección de Credit Union, así como en otros despachos. Con un poco de suerte, podía dar con alguien que estuviera bien enterado, se dijo lleno de esperanza. La gente de Credit Union, como era lógico, estaría dedicada a la contabilidad. Los empleados de la National Curtainwall eran cerca de quinientos, sólo en aquellas oficinas locales, y muchos de ellos habrían retirado dinero o cambiado cheques para las prolongadas vacaciones.

Barton encendió las luces de su oficina, dejó caer su pequeña maleta en el suelo y se acercó a la ventana para observar la ciudad, que iba oscureciendo oculta a medias por los nubarrones y las cortinas de helada llovizna. Tendrían que pasar la noche en un hotel, indudablemente. Sería imposible ir en coche hasta Southport después de la cena. Y no sería mala ocasión para hablar con Jenny y arreglar algunas cosas que habían salido muy mal en los últimos dos años.

Se aflojó la corbata y colgó la chaqueta en el pequeño guardarropa. Luego salió al vestíbulo para ver quién andaba aún por

allí. Unas luces brillaban en la sección de arquitectura. Entró en la primera oficina, y al hacerlo golpeó con los nudillos en la puerta.

—Debieras estar en casa viendo la televisión, Joe. ¿Cómo te has quedado hasta tan tarde? —preguntó.

Joe Moore había dejado de trabajar en Wexler y Haines al mismo tiempo que él y era uno de los pocos hombres de la National Curtainwall con el que Barton se sentía realmente a gusto, quizá porque no era un negociante. Moore tenía cinco años menos que él y era un arquitecto de primera fila, cuyo único defecto —si eso podía calificarse de defecto— era que prefería pasarse las noches jugando a los bolos, y las tardes de los sábados jugando al golf, en lugar de dedicar todo su tiempo y su vida a la vieja y querida Curtainwall. No es que le faltara ambición sino que poseía un sentido de proporción en la vida, algo que Barton no podía dejar de admirar.

Moore hizo correr su taburete alejándolo del tablero de dibujo a fin de que Barton pudiera ver mejor.

—La nueva creación de Leroux. Echa un vistazo.

Barton miró por encima del hombro del otro y vio un magnífico dibujo en colores que representaba un nuevo rascacielos.

—Es para construir en St. Louis. La propiedad fue adquirida y despejada el año pasado, y el mes próximo empezarán a excavar para echar los cimientos. Cuando empiecen, deberá ir bastante rápido, a pesar de las condiciones del tiempo.

Había algo en la voz de Moore que obligó a Barton a examinar más atentamente el diseño. Era un hermoso edificio, se dijo, y constituiría un orgullo para cualquier ciudad. Luego sintió que se enrojecía hasta la nuca.

—¿Sabes? —Añadió Moore, lentamente—, es el mismo parecido que se encuentra en las urbanizaciones donde todos los chalets están hechos sobre el mismo plano, y sólo la fachada y los detalles difieren: que el garaje esté a la izquierda en lugar de la derecha, o que haya porche o no. ¿Por qué no había de tener St. Louis su Casa de Cristal? Se le da color azul, en lugar de dorado, se le pone el

ascensor panorámico en la cara del norte, se hacen algunos cambios menores en las fachadas y…

—La industria de la construcción se reirá de él —dijo Barton, secamente.

—¿Eso crees? Pues empieza a imaginar el ahorro que esto significa, y la rapidez de la construcción. Prácticamente se eliminan los gastos que crean los problemas arquitectónicos. Se conoce por anticipado la mayor parte de los inconvenientes. Se los anula como en las casas de una urbanización. Leroux venderá un hermoso rascacielos a un precio muy bajo, y aún ganará lo suyo sólo con el tiempo que ahorre.

—¿No bromeas?

—Este boceto ha costado cinco de los grandes; no es ninguna broma.

—Él no necesita un boceto, sino tan sólo unos retoques —dijo Barton, encrespado—. Leroux sabe que yo no voy a transigir con esto.

—Tal vez crea que puede ablandarte.

—¿Con algo así? —declaró Barton, cada vez más irritado—. ¡Vamos, Joe!

Barton tomó asiento en una silla que había allí cerca, y preguntó:

—¿Quién se dice que va a ser el arquitecto jefe?

Moore permaneció en silencio mi momento, observando el diseño, y luego miró a Barton directamente, mientras decía con voz monótona:

—Ha venido con un aumento, un título y bastante dinero. Yo no podía rechazarlo.

—Ahí no harás ningún plano —manifestó Barton, desdeñosamente—. Te limitarás a tragar rayas.

Moore mantuvo su rostro inescrutable.

—Puede ser una ayuda para la enfermedad de Beth, y necesito mucho ese dinero. Leroux estaba resentido porque no fuese uno de sus ayudantes. Luego vio su oportunidad y dio el paso. De modo que

ahora soy su… su cuerpo, su alma y su talento, aunque truene, llueva o nieve.

No había nada que decir, pensó Barton. Moore tenía que jugar con las cartas que le habían dado. No cabía para él otra alternativa.

Moore rebuscó en sus bolsillos en busca de un cigarrillo, e inquirió:

—¿Cómo está Jenny?

—Muy bien. Llegó en avión ayer, estuvo en casa de los Leroux anoche y hoy ha pasado el día comprando con Thelma. Vamos a cenar a las ocho en el Salón de Paseo. Todo ha sido planeado.

—No le gustará eso.

—Espero no oír hablar más de este asunto —dijo Barton señalando el boceto con el pulgar—. ¿Para qué quería verme el viejo, para esto?

—Es probable que lo mencione, pero no creo que sea la verdadera razón. ¿Has oído hablar de un locutor de televisión llamado Quantrell?

—Garfunkel me ha dicho algo, abajo.

—Quantrell está haciendo unas emisiones acerca de los proyectos de Leroux y sobre la Casa de Cristal. Es un espacio sumamente popular.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó Barton, con extrañeza—. No conozco a ese hombre, no le he visto nunca ni he visto su emisión. ¿Para qué me llaman?

Moore extendió las manos para calmarlo.

—Mira, lo único que sé es lo que he oído. Tú eras buen amigo del primer jefe de bomberos Mario Infantino, ¿no es cierto? Él es también un jefe de división, ¿verdad? Los dos acudíais a los mismos campamentos, y luego fuisteis compañeros en las reuniones de la reserva del Ejército, ¿cierto?

—¿Y entonces?

—Leroux cree que Infantino está suministrando informes a Quantrell acerca de la National Curtainwall; unos informes

confidenciales.

Barton se le quedó mirando.

—Aún no alcanzo a comprenderlo —dijo—. En primer lugar, Mario no haría eso, y en segundo término, ¿de dónde iba a obtener esa información?

—Creo que ése es el motivo por el cual quiere hablarte Leroux —aseguró Moore, tranquilamente—. Al menos, así dicen los rumores.

—Dale mis recuerdos a Beth —dijo Barton, con sequedad—. Gracias por el chisme, y no trabajes hasta muy tarde.

Barton se puso en pie y atravesó el vestíbulo en dirección a los servicios de los ejecutivos, haciendo caso omiso de los gritos de Moore, a sus espaldas. Necesitaba agua fría. Mucha agua fría.

Durante un momento la estancia le distrajo de su preocupación. Era un sueño de sibaritas, con mármol florentino y lavabos sostenidos por piezas de hierro forjado en forma de delfines pintados de color dorado. Encima había una pared toda de espejos, Era la clase de servicio que probablemente hubiera diseñado Douglas, pensó Barton, y sonrió ante sus propios prejuicios.

Abrió los grifos pensando en lo que diría cuando viera a Leroux más tarde. Cuando conoció a Leroux, él era jefe de arquitectos de Wexler y Haines. Iban a trabajar en la construcción de la Casa de Cristal. Le había gustado Leroux e intencionadamente trató de impresionarle con sus conocimientos sobre arquitectura y técnica de la construcción. Leroux le ofreció entonces una vicepresidencia secundaria en la National Curtainwall. Él la aceptó, y al mismo tiempo rompió con Quinn Reynolds para cortejar a Jenny, a la que había conocido algunos meses antes. Se había enamorado de ella y la hizo su esposa.

Ahora parecía que había cometido un error, se dijo, sombríamente. En realidad eran dos errores. Formó un cuenco con las manos y se echó el agua fría en la cara, jadeando a causa de la impresión.

Su mayor decepción fue que Leroux no le hubiese permitido supervisar la construcción de la Casa de Cristal, y que en lugar de ello le hubiera trasladado a Boston durante año y medio, y luego a San Francisco, para hacer un estudio preliminar antes de erigir un rascacielos en la zona de los muelles, cerca de la autopista del Embarcadero.

Era una labor delicada, no sólo debido a los problemas que presentaba cualquier construcción importante cerca de la falla de San Andreas, sino también a causa de la creciente oposición cívica a los rascacielos. Después Leroux le había llamado hacía un par de días, en medio de los preparativos que realizaba para presentarse ante el Consejo de Supervisores. Manifestó que deseaba verle lo antes posible para hablar acerca de diversos problemas que no concretó. Aquello no era propio de Leroux, y algo en la voz de éste hizo que Barton se inquietara.

Barton se secó las manos y el rostro y se ajustó el nudo de la corbata ante el espejo. El semblante que le contemplaba le sorprendió. Las canas en las sienes, los carrillos demasiado carnosos, las leves arrugas que contorneaban los ojos… Tenía treinta y ocho años, y por mucho que jugase *squash* en el club y por muchas sesiones de baños de vapor que tomase, nada parecía eliminar la ligera papada ni la redondez que poco a poco iba suavizando su otrora esbelta figura. Incluso Jenny —o tal vez especialmente ella—, había llegado a apreciar aquel cambio que se producía en él.

Por su parte, Leroux estaba hecho para los negocios. Disfrutaba con ello. Tenía poco más de sesenta años, pero parecía un hombre de cincuenta. Afirmaba haberse formado con su esfuerzo, sin estudios, aunque Barton lo dudaba. En alguna parte de su historial tuvo que haber una escuela superior o una Universidad en el Este. Pero la leyenda del hombre que se ha hecho a sí mismo le venía como anillo al dedo, y afirmaba haber trabajado en muchas partes, incluso en los campos petrolíferos de Louisiana. Luego se casó con

Thelma y adquirió la empresa de construcción del padre de ella, con facilidades de pago.

Era una pequeña compañía, pero con Leroux al timón el crecimiento fue rápido. Estableció algunas sucursales para hacer contratas y formó la National Curtainwall después de haber erigido un pequeño rascacielos en el centro de Raleigh, al terminar la guerra de Corea. Y ahora Leroux iba camino de convertirse en… ¿qué?

Y en cuanto a sí mismo, se preguntó Barton, ¿qué deseaba ser? El problema era sencillo. Lo que más deseaba era ser su propio jefe. No quería que sus edificios le fuesen robados, por así decir. Por consiguiente, ¿qué podría hacer al respecto?

Sintió que la cólera le embargaba. Pero logró dominarse y regresó a su oficina. Eran las seis menos cinco. Demasiado temprano, incluso para subir hasta el Salón de Paseo y emborracharse allí lo suficiente como para tener coraje de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde.

Encendió el aparato de televisión que había encima de la biblioteca de su oficina, se sentó en el sillón giratorio y encendió otro delgado cigarro habano. Las noticias comenzarían a las seis. Ahora tendría ocasión de ver el programa de Quantrell y comprobar por qué armaban todos tanto alboroto.

2

Jeffrey Quantrell se inclinó hacia delante en su asiento y dijo:

—Mire, taxista, si no puede ir más rápido, más vale que me deje frente al Towers, y no en la entrada lateral. Ya voy con retraso.

—Desde luego, señor Quantrell. Es este tráfico de vacaciones; mucha gente ha salido más temprano de sus trabajos.

Jeffrey Quantrell se echó hacia atrás, dejando que su cabeza quedara arrullada en el espeso cuello de piel de su abrigo. No todo el mundo, en la ciudad, podía ser reconocido por un taxista, se dijo. Ésa era una de las ventajas de aparecer en un programa de noticias a las seis y a las siete… y de tener algo que decir en él. La KYS-TV era algo grande para lograr fama, si bien no era tan buena para conseguir fortuna.

El conductor frenó ante el edificio Clairmont Towers, y los neumáticos del coche emitieron un chirrido. Los pequeños charcos de agua se habían helado en el asfalto y en las aceras. De las guirnaldas que decoraban la entrada principal del Towers pendían ya unos dedos de hielo de medio palmo de largo.

Quantrell se estremeció, se caló el sombrero hasta las orejas y abrió del todo la puerta del taxi. Luego dio un billete al chófer, y mientras cerraba de un portazo a sus espaldas, le gritó:

—¡Guárdese el cambio!

Durante un momento luchó por mantener el equilibrio contra el viento y la helada llovizna, y luego avanzó hacia la entrada, resbalando cada pocos pasos en el hielo de los baldosines. Cuando

llegó a la puerta giratoria y entró en el vestíbulo, sus gafas se empañaron inmediatamente, debido al calor del ambiente.

—Qué noche de perros, ¿verdad, señor Quantrell? —le dijo Frank, un viejo vendedor de periódicos que justamente a la entrada le tendía ya doblado su diario.

Quantrell lo cogió, se lo colocó bajo el brazo y le entregó una moneda.

—Ya lo creo —le respondió mientras se dirigía hacia el ascensor expreso.

Al llegar allí oprimió repetidamente el botón con el pulgar, Pensó que tal vez llegaría antes si subía por las escaleras. Se hurgó en los bolsillos en busca del pañuelo e intentó limpiar las gafas, pero sólo consiguió tenerlas aún más sucias cuando las puertas del ascensor ya se abrían ante él.

Los estudios de la KYS-TV ocupaban la planta treinta, en tanto que sus afiliadas, las estaciones de radio de AM y FM estaban instaladas en la planta inmediatamente inferior. El edificio Clairmont Towers tenía cuarenta pisos, y el ático era la guarida privada de William Glade Clairmont, el viejo millonario; dueño tanto del edificio como de las emisoras, así como de una docena de empresas situadas por todo el Estado.

Quantrell abandonó el ascensor y cruzó el vestíbulo en dirección a la sala de noticias, haciendo caso omiso de los saludos que le dirigían. No tenía intención de mostrarse sociable, especialmente con los compañeros de trabajo que, como él bien sabía, no le profesaban ninguno afecto. Bueno, nadie salía adelante haciendo el papel de buena persona, se dijo. El éxito engendra resentimientos; el personal de reparto casi siempre se mostraba resentido con la estrella.

La sala de noticias era el característico antro, el manicomio atestado de escritorios, con una docena de personas que escriben a máquina y hablan en voz alta, con algunos cuadros de control situados a media altura en la pared y varias oficinas pequeñas a los

lados para redactores y periodistas de categoría, como él mismo. Aquélla había sido la primera batalla que tuvo que ganar en KYS. Para él, dar las noticias significaba más que llenar una hoja con información, y luego tener algún redactor-productor que escribiese el tema y un ambientador para que preparase la escena, a fin de poder aparecer en la pantalla durante treinta segundos.

Por el contrario, él se había hecho una posición como reportero investigador, y las menudas escaramuzas ganadas desde entonces habían determinado la relativa libertad con que ahora podía trabajar. Se dijo con orgullo que había vencido en todas aquellas batallas, desde los días en que trabajaba en la emisora local de Tuscaloosa, y realizó la crónica cuando el gobernador Wallace clausuró las puertas de la Universidad en los primeros días de la integración racial.

¡Cielos, si había habido bajas desde entonces!, pensó. Ahora era uno de los hombres más odiados —y respetados— en su actividad. Pero en esta ocasión no estaba luchando por ganar una batalla, sino por ganar una guerra. Cuando hubiese terminado, habría acorralado a uno de los negociantes de mayor importancia en la ciudad, habría incrementado el prestigio de la emisora al máximo, en el Estado, y se habría colocado él mismo en primera línea.

Se quitó el sombrero y lo sacudió para quitar las gotas de agua. Luego se desabrochó el abrigo y lo colgó en una percha que estaba reservada para él, el único beneficio extra que le ofrecía KYS.

—Eh, Quantrell, si quieres jugar al abominable hombre de las nieves, ¿por qué no te vas fuera? ¿Te gustaría que yo entrase del mismo modo y te mojara toda la plana que estuvieras escribiendo?

Deliberadamente dio otra sacudida al abrigo, ya colgado, y murmuró:

—Lo siento, Ed.

Luego se dirigió a su encristalada oficina, con las últimas noticias del télex en la mano. Aparte del tiempo, no había novedades importantes en los hilos, lo cual significaba que podría dar a su serie

más tiempo del acostumbrado. Perfectamente; tenía material de sobra para llenar el espacio.

Se sirvió una taza de café, lo probó, y al encontrarlo amargo se echó una buena porción de crema, a pesar de que ello podría perjudicar a la larga su delgada y dinámica figura ante las cámaras. Miraba pensativamente su taza y ordenaba sus ideas para el programa, cuando llegó Sandy con el guión que le había dictado antes por teléfono.

—Terminado —dijo ella, en tono vivaz—. ¿Debo entregar una copia a Bridgeport?

—Sandy —repuso él, con calma—, los productores ejecutivos no tienen autoridad alguna para censurar mis guiones. Y puesto que carecen de esa autoridad, no tiene mucho sentido que se les dé una copia, ¿no crees?

Quantrell pensó que la chica tenía una cita esa noche, pues se había embadurnado los párpados como se pone mostaza en una salchicha.

—¿De paseo? —le preguntó suavemente.

Ella se detuvo en la puerta, mirándole con la misma mezcla de atracción y repulsión que, según él imaginaba, debía sentir un pájaro ante una serpiente.

—Tengo una especie de cita de prueba, después de las noticias de las once —admitió ella, nerviosa.

No es que la encontrara atractiva, pensó Quantrell. A semejanza de la mayor parte de las mujeres pequeñas que tenían cerca de treinta años, Sandy poseía ya un doble mentón que aumentaría con el tiempo, restándole algo de su aspecto de muñeca. Pero lo cierto es que estaba prendada de él, y Quantrell se daba cuenta de que ella misma se despreciaba porque no podía remediarlo. De cualquier forma, Sandy le resultaba demasiado valiosa, en su trabajo, para que pudiera dejarla ir con facilidad.

—Es una pena, Sandy. Pensé que podíamos comer algo juntos después de la emisión. Pero si es importante, no te lo pierdas. No

quiero que me acusen de obstaculizar la labor de Cupido.

La joven luchó consigo misma, y él observó aquella lucha con interés clínico. Por fin, ella dijo en voz baja:

—Creo que podría solucionarlo; un dolor de cabeza… o algo parecido.

Él se mostró agradecido, pero no demasiado, y le contestó:

—Muchas gracias, Sandy; aprecio tu atención.

Resolvió entonces interesarse más por la chica, en lo sucesivo. Siempre resultaba útil tener influencia personal sobre sus ayudantes femeninas, y Sandy era realmente una de las más competentes que había tenido en los últimos años. Ella parecía oír los rumores casi antes de que se divulgaran, y en varias ocasiones había logrado eludir embrollos interiores con el resto del personal, tan sólo porque ella conocía de antemano lo que estaba sucediendo. Deseó que la cita no hubiera sido algo serio; no era momento para perder el tiempo con galanteos de menor cuantía.

—¿Ha llamado Infantino? —preguntó.

—¿Esperabas que lo hiciera? —inquirió ella, con gesto de sorpresa.

—Sí, lo esperaba —repuso él pensativamente.

Había telefoneado a Infantino horas antes para que le suministrase unos informes acerca de los reglamentos contra incendios, y esperaba que el otro le hubiese llamado.

—Puedo telefonearle a su casa, si quieres. Ahora está fuera de servicio.

—No te molestes. Con los críos saltando y gritando a su alrededor, sería lo mismo que hablar de filosofía existencialista en una sala de máquinas.

Además, se dijo, para lo que ahora tenía en la mente, daba lo mismo que el primer jefe Mario Infantino le hiciera un comentario, como que no lo hiciese.

Quantrell echó un rápido vistazo al guión, hizo algunas correcciones en él, y luego extrajo un manojo de notas de su

bolsillo, que entregó a la chica.

—Ten, éstas son las adiciones de última hora. ¿Quieres hacerme una copia definitiva? La necesitaré para dentro de media hora.

Ella hizo correr el pulgar por el manojo de notas y manifestó:

—Esto es demasiado.

—Sandy, ¿cuándo me has dejado en la cuneta? —le contestó, dándole un cariñoso apretón en la mano.

Ella se dispuso a marcharse, pero de improviso se volvió y dijo:

—Ah, el señor Bridgeport te está buscando.

—Apostaría a que sí —murmuró Quantrell.

Herb Bridgeport era el director de noticias de la emisora, así como el productor ejecutivo de la emisión de Quantrell. Era un hombre suave, regordete, que vivía con el terror mortal de incurrir en el desagrado del gerente de la emisora, o de recibir un rayo de las olímpicas alturas del ático donde reinaba W. G. Clairmont.

Un hombre asustadizo, se dijo Quantrell con desprecio, pensando que aquél era el principal problema de la televisión, por esos días. Había demasiados pretendidos reporteros y comentaristas que se conformaban con recoger noticias de segunda mano y escasa importancia. Muy pocos periodistas concebían su labor desde el punto de vista del reportaje de investigación. De ahí que él fuera el único. Había advertido la necesidad de realizar esa tarea en el marco de las noticias de la televisión, y logró exponer sus ideas al mismo Clairmont. El Viejo se sintió intrigado, y por ello asignó a Quantrell un pequeño presupuesto y un reducido grupo de ayudantes, dándole plena libertad para que rondase por la ciudad, husmeando asuntos interesantes.

Aquello estaba dando buenos resultados a la emisora, y en especial se los estaba dando a él mismo. Incluso se había llegado a motejar al grupo de sus ayudantes como «los valientes de Quantrell». Una frase bonita. Podría hacer mucho con ella, en lo futuro.

Echó un vistazo a su reloj. Le quedaba tiempo para maquillarse y afeitarse, antes de salir al aire. Cogió la maquinilla eléctrica del cajón de su escritorio y se encaminó hacia los servicios. Tenía una barba fuerte, y siempre le gustaba afeitarse antes de las emisiones. De no hacerlo, la leve sombra de barba daba a sus delgadas facciones un aspecto siniestro y furtivo. Guió la zumbadora cabeza sobre sus mejillas, y mientras tanto repasó los puntos más importantes de su emisión nocturna, repitiendo de vez en cuando, en voz baja, alguna frase que le parecía particularmente lograda. Aquélla era la profesión adecuada para él, pensó Quantrell.

Dueño de una voz profunda y resonante, y de un humor sinuoso, también tenía el don de identificar a las personas que parecían saber dónde residía el quid del asunto. Así, en el caso de la Casa de Cristal, la persona fue Will Shevelson, el capataz de construcción del edificio, el cual odiaba profundamente a Leroux. Y por supuesto, estaba además Infantino. Un hombre con una misión, se dijo; lo que resultaba más peligroso. Infantino estaba trastrocando todo el orden establecido del Departamento de Incendios. Quantrell esperaba conseguir de él más declaraciones sensacionales.

El comentarista pasó la maquinilla varias veces por la parte inferior de la barbilla, notando con desagrado que el pliegue carnoso que había allí se estaba haciendo demasiado perceptible. Tenía que hacer dieta constantemente para mantener la angulosidad de facciones que le caracterizaba.

Cuando hubo concluido, se puso la camisa y luego se hizo con todo cuidado el ancho nudo de la corbata. Moderno y conservador a la vez, pensó de sí mismo; juvenil, sin forzar la imagen de la juventud. A los telespectadores les gustaba su imagen, que parecía característica de la generación actual. Se pasó el peine por el cabello, y pensó que hubiera sido mejor disponer de un secador allí, en los lavabos. Por fin, apagó las luces fluorescentes de los espejos.

Faltaban diez minutos para iniciarse la emisión. Salió de los servicios, y por poco choca contra Bridgeport. El regordete personaje

estaba sin resuello.

—Jeff, tengo que hablarle —le dijo.

—Luego; va a empezar ahora la emisión.

—El jefe está muy preocupado —insistió Bridgeport, al borde de las lágrimas.

—Háble me después del programa —manifestó Quantrell, fríamente—. Ahora no dispongo de tiempo.

Sin más, se alejó de allí, mientras se preguntaba si Bridgeport habría visto el guión. No era probable. Sandy no le habría traicionado. De haber visto el guión, Bridgeport estaría mucho más angustiado de lo que se hallaba. Por un momento, Quantrell sintió un poco de lástima por aquel hombre. Bridgeport producía el programa de Quantrell, pero poco a poco había ido perdiendo la autoridad para censurar sus guiones. Esto constituía una bofetada en la cara para Bridgeport y era para él causa de interminables preocupaciones. Y esta vez tenían motivos para preocuparse, pensó Quantrell.

Metió una mano en un bolsillo y se dio cuenta de que había dejado el encendedor junto al lavabo. Volvió a los servicios y lo recogió, con lo que su mente evocó la ceremonia con que abandonó Greenville, en Carolina del Sur, después de haber estado dos años trabajando en los páramos. Entonces la empresa le obsequió con aquel encendedor. Era ligero y bonito; lo oprimió con el pulgar y encendió el cigarrillo. Luego observó la danzarina llama durante un momento.

Llamas. Se volvió y miró por la ventana de los servicios hacia la Casa de Cristal, una fina varilla dorada que se recortaba a lo lejos contra el cielo nuboso. Aquello, pensó, era la clave de su programa. Alzó la vacilante llama y la alineó en su mirada con el lejano rascacielos. Uno más uno, pensó, era el cálculo más fácil de todos.

De pronto oyó que Sandy le decía, desde el otro lado de la puerta:

—Faltan cinco minutos, Jeff.

Durante unos segundos más siguió mirando la llama, y detrás de ella el lejano edificio de la Casa de Cristal.

—Enseguida —respondió suavemente.

3

Mario Infantino estaba nervioso. Ni siquiera el olor de la sopa minestrone y de la carne asada, que se filtraba desde la cocina, podían calmarle. Faltaban una docena de minutos para las noticias de las seis, y podía apostar a que aquella noche se iba a armar la gorda. Quantrell estuvo preparando algo durante las dos semanas anteriores. No había pasado día sin que le llamase por teléfono, a pesar de que Mario le recomendó que entrara en contacto con la sección de relaciones públicas.

Al principio, Mario se sintió complacido al hablar con Quantrell, incluso ante las cámaras, y cuando le localizaron en un par de incendios menores. Pero por la forma en que iba saliendo el programa, llegó a temer que fuera algún asunto más serio, que le causara aún más tensiones en el Departamento de Incendios.

Oprimió el botón del canal 4 en el televisor y se sentó para ver el final de la película que precedía a las noticias. Al oír el sonido del aparato, tres chiquillos llegaron metiendo bulla desde la alcoba más alejada, y fueron gritando, al entrar en la sala de estar:

—¡Oye, papá! Me dejas ver *El lejano Oeste*, ¿no es cierto?

—¡Papi, yo no quiero ver *El lejano Oeste*! ¡La semana pasada me prometiste que veríamos *Hanrahan, el detective privado*!

—¡Mentira! ¡Dijo que veríamos *El vagabundo galáctico*!

Infantino suspiró. En el cuartel de bomberos donde estaba asentada su sección, a menudo solía hablar de sus hijos llamándolos «la colección de fieras», y contaba a David Lencho, un bombero

novicio de su compañía, el tiempo que le llevaba «domar a sus fieras». Lencho soñaba con casarse, e Infantino se complacía en describirle los horrores que suponía crear una familia. Y no es que le disgustasen los niños; pero había noches en que le hubiera gustado adjudicar a sus hijos en subasta, entre el vecindario, y aquella noche era una de ésas.

—Mirad, chicos, ninguno de vosotros va a ver nada en la televisión, porque yo voy a oír las noticias. Si queréis ver algo, poned el televisor del cuarto de juegos del sótano.

—¡Pero si ése es en blanco y negro!

Jerry, el mayor, murmuró algo acerca de Quantrell e Infantino le cogió por un brazo y se lo apretó.

—Si usas ese lenguaje delante de tu madre, jovencito —le dijo—, te aseguro que no podrás sentarte en toda una semana.

El chico sacudió el brazo, e Infantino le dejó marchar, repentinamente avergonzado de sí mismo. Estaba cansado, se dijo, demasiado cansado.

—¡Doris! —gritó.

Llegó ella desde la cocina, secándose las manos y apartándose los mechones de cabello húmedo de los ojos.

—Doris, echa de aquí a tus hijos, que quiero oír las noticias.

Ella los empujó hacia el sótano y le respondió:

—¿Son todos míos? ¿Acaso no has tenido tú nada que ver con eso?

Él se echó a reír y afirmó:

—Está bien, admito que tengo la mitad de la culpa. ¿Cuándo vamos a cenar?

—Enseguida —dijo ella, y al ver el televisor su mirada se dirigió hacia el reloj de la repisa y añadió—: Puedo poner las bandejas y comemos aquí. Los niños se servirán ellos mismos.

Infantino asintió.

—Será mejor hacer eso. Quiero ver lo que dice esta noche ese condenado.

—¿Te volvió a llamar por teléfono hoy? —preguntó Doris, con gesto preocupado.

—Sí, pero no le atendí —repuso, y la miró con pesadumbre—. Vamos, no empieces de nuevo, Doris. ¿No crees que pienso igual que tú?

Ella le apretó levemente un hombro y se acercó a la escalera del sótano para decir que la cena estaba dispuesta. Aquello era algo que también le había estropeado Quantrell, pensó Infantino. Le gustaba cenar en casa —no tenía muchas ocasiones de hacerlo debido a las guardias del cuartel—, con los pequeños en torno a la mesa, revoltosos como de costumbre, y viendo cómo Doris traía los grandes platos de pasta de la cocina, o su estofado especial de cordero, que él nunca dejaba de alabar.

Había algo en Doris, pequeña y eficaz con su limpio mandil y ni vestigio de maquillaje, que encontraba sumamente incitante. Las estrellas de cine eran para otros, gustaba decirse a sí mismo. A él que le dieran una mujer capaz de llevar bien una casa, capaz de criar a los niños y que no se cayese en pedazos, y lo demás sobraba.

Ahora la cena se había vuelto diferente. Ruidosa y apresurada si era antes de las noticias de las seis, y lenta y demasiado silenciosa, si era después. Había una tensión especial durante la cena, e Infantino lo lamentaba y culpaba de ello a Quantrell.

Doris colocó las bandejas y empezó a mordisquear su comida mientras iban pasando lentamente las noticias. Y por fin apareció Quantrell en la pantalla, con el aspecto preocupado que sus televidentes encontraban tan atractivo y sincero.

—No creo que a él le importe un comino —dijo Doris, en voz baja.

—Doris, por favor.

En la pantalla, Quantrell comenzó a dar una serie de datos estadísticos apoyándose en unos gráficos situados en los tableros que había detrás de él. Habló de las personas que vivían y trabajaban en un rascacielos de tipo medio durante una jornada de

trabajo, de las dificultades para evacuar tal número de personas por las escaleras de emergencia, en caso de incendio, de los riesgos de utilizar los ascensores, de los peligros que suponían los muebles y enseres modernos, y de la imposibilidad de fiscalizar lo que los inquilinos metían en el edificio.

Quantrell hizo pasar algunos trozos de película de incendios ocurridos en Sudamérica y en Japón, especialmente uno estremecedor, que se había producido en un rascacielos de Sao Paulo, en Brasil. Luego llegó el momento de los anuncios, y Quantrell pidió a los televidentes que mantuviesen la conexión, porque los cinco minutos siguientes estarían dedicados a un relato que demostraba hasta qué punto algunos de los constructores de la ciudad estaban situados casi al margen de las leyes.

—No has tocado tu cena, Mario.

—No tengo hambre.

—¿Es cierto eso que dice?

Infantino asintió lentamente.

—Quisiera que no lo fuese, pero es la verdad. Daría lo que fuera por poder decir que miente.

Luego volvió Quantrell, esta vez de pie ante una gran fotografía de la Casa de Cristal.

—La gente me acusa de que la he tomado con el edificio que ven detrás de mí. Aseguran que hay docenas de rascacielos, en la ciudad, que son cascarones incombustibles, pero que han sido rellenados con el suficiente material inflamable como para convertirse en enormes hogueras. En eso tienen toda la razón. La ciudad posee decenas, centenares de tales edificios. Desde luego pueden tomarse medidas para impedir esa contingencia. Una de ellas es un buen sistema de rociadores. Pero éstos no suelen ser bien acogidos por los inquilinos porque resultan antiestéticos, y a los constructores tampoco les gusta porque salen caros de instalar. Algunos constructores progresistas han instalado esos rociadores en todo el edificio, tal vez estimulados por unas primas de seguro más

bajas. Pero lo cierto es que nuestros reglamentos de construcción locales no exigen que se instalen esos rociadores en los rascacielos. Y hasta que ello sea obligatorio, la competencia privará de semejante protección a los inquilinos de tales edificios.

»De todas formas, el Departamento Municipal de Edificación y Seguridad no permanece del todo ciego ante los riesgos que pueden implicar los incendios en las edificaciones elevadas, y los reglamentos especifican otras exigencias que los constructores deben seguir. Debe tenerse en cuenta que el cumplimiento de esos reglamentos reside a menudo en un simple acuerdo entre el contratista y el inspector del edificio. La gran mayoría de los inspectores son hombres honrados a los que se paga un sueldo relativamente bajo para la tarea que realizan. Pero sería demasiado esperar que todos ellos se resistan a la tentación. De todas formas, la construcción de los rascacielos que festonean el horizonte de nuestra ciudad exige el desembolso de enormes sumas de dinero, y las sumas crecidas hallan a menudo su propio camino para conseguir los fines deseados, aparte del evidente pero rudimentario método del soborno.

»Por ejemplo, consideremos el reglamento urbano que exige que todos los edificios, cuando superan determinada altura, deben tener los pozos de las escaleras a presión, para que rechacen el humo, y de ese modo sirvan como seguro medio de escape para los inquilinos. Ésta es una protección vital y relativamente barata para nuestros rascacielos. Escuchen ahora lo que dice Mario Infantino al respecto. El señor Infantino es el más joven de los competentes jefes de división del Servicio de Bomberos, y es también primer ayudante jefe de ingeniería contra incendios.

Infantino lanzó una maldición, y sintió enseguida la mano de Doris en su espalda. Quantrell había desaparecido para entonces de la pequeña pantalla, para ser reemplazado por la propia imagen de Infantino, que en la calle se prestaba a una entrevista tomada varias

semanas antes. Mario se inclinó hacia delante, para no perder una sola de las palabras que decía su otro yo.

—… Bueno, claro está que las escaleras a presión constituyen una medida evidente y eficaz para limitar la extensión del humo durante el incendio de un rascacielos. Ofrecen una protección inapreciable para los inquilinos de tales edificios, a un costo mínimo. Como método de protección, tal vez siga en importancia al sistema de rociadores, y en los edificios donde éstos existen sólo parcialmente, las escaleras a presión pueden resultar aún más importantes para la seguridad de los inquilinos corrientes.

La imagen de Quantrell volvió a aparecer en la pantalla.

—Tal vez constituya un motivo de asombro para nuestros telespectadores saber que el reglamento que exigía la inclusión de cajas de escalera a presión fue derogado por el Consejo Municipal poco después de haberse iniciado la construcción de la Casa de Cristal, y bastante después de que su permiso de construcción hubiera sido concedido. ¿Es esto una coincidencia? Tal vez.

Detrás de Quantrell apareció el plano arquitectónico de una parte de la Casa de Cristal. La fecha, bajo el rótulo de la National Curtainwall, aparecía muy clara.

—Estos planos del primer período de la Casa de Cristal demuestran que en ellos no se incluyeron cajas de escalera a presión, a pesar de que por la época en que los arquitectos de la National Curtainwall diseñaban la Casa de Cristal, nuestros reglamentos exigían claramente ese requisito. ¿Acaso sabían que esa restricción no iba a existir cuando el rascacielos estuviese terminado? ¿Era un deseo? ¿Una simple esperanza? La administración de la National Curtainwall, como de costumbre, no aclaró nada. En el Ayuntamiento nadie parecía conocer la respuesta. Y cuando llamamos al Departamento de Bomberos, el primer jefe, Mario Infantino, que solía estar visible casi siempre, no pudo atendernos.

»De todas formas, la conclusión es inexorable. Repetimos: los grandes capitales son una ley en sí mismos, y poseen un modo especial de hacer sus propios reglamentos. Buenas noches, y quiera Dios velar por todos nosotros, en especial por aquellos de ustedes que viven en las alturas.

Infantino saltó hacia el televisor e interrumpió la emisión bruscamente.

—¡Es un condenado puerco! Ha sido una advertencia para mí. O juego, o me barre con la misma escoba que ha estado usando con todos los demás. Yo no eludía las preguntas. A quien eludí era a él. Todo lo que le dije a ese malnacido, tuvo que retorcerlo.

—Está creando problemas entre tú y el jefe Fuchs, ¿no es cierto?

Infantino se encogió de hombros.

—Lo cierto es que no nos ayuda —repuso—. Fuchs cree que estoy tratando de hacer una jugada a sus espaldas. No sé lo que pensará después de lo de esta noche.

—No vuelvas a hablar con ese hombre de la televisión —dijo Doris, categóricamente—. Lo que no le digas, nunca podrá dañarte.

Infantino movió negativamente la cabeza, con gesto desesperado y contestó:

—En cuanto a que yo abra la boca para hablar, tan malo es que lo haga como que deje de hacerlo. He sido un imbécil y he dicho ya demasiado. Si ahora no digo una palabra, parecerá como si el Departamento me hubiese amordazado, o peor aún, como si me hubieran comprado.

Se escucharon una serie de ruidos procedentes del sótano, y enseguida llegaron los tres chiquillos armando alboroto. El programa que tenían puesto había concluido. En un momento empezaron a forcejear, rodando por el suelo y golpeándose contra el sillón de Infantino.

—Mirad, chicos, tengo muchas preocupaciones, ¿por qué no dejáis tranquilo a vuestro padre?

—Eso es; ya es hora de ir a la cama —les advirtió Doris.

Se produjo un repentino silencio, y luego se oyó una voz plañidera:

—¡Pero si mañana es fiesta!

—Está bien —admitió la madre—. Podéis volver y ver la televisión otra hora; pero con la condición de que no molestéis a vuestro padre.

—¡Prometido!

Y se marcharon hacia el sótano como hojas que barre el viento.

Infantino se hundió en su sillón y declaró, moviendo la cabeza:

—Dios mío, creo que no voy a poder soportar tanto silencio.

Doris se acercó a él y se sentó sobre sus rodillas.

—Me parece que los platos pueden esperar —dijo, casi en un susurro.

Infantino rodeó la breve cintura de la mujer con sus fuertes brazos, y la atrajo hacia él, deleitándose con el suave contacto del cuerpo de Doris contra los recios músculos de su torso. Ella tenía húmedo el cabello, que se le pegaba al rostro y aún despedía el suave aroma de la laca que había usado. Mario hundió la cara en aquel pelo, respirando sus emanaciones mientras sus manos se deslizaban tiernamente por aquel cuerpo; luego ambos se besaron.

—Los niños… —dijo Doris, quedamente.

—No nos van a molestar hasta dentro de una hora, ya lo sabes. Les mandaste marchar, ¿recuerdas?

Ella se echó a reír y él la besó en una oreja y después en los labios. A continuación la cogió en sus brazos y se puso en pie. La sintió leve y tibia, y la apretó con suavidad, mientras la conducía hacia el dormitorio. Doris se quitó los zapatos sacudiendo las piernas al entrar en el cuarto, y cerró la puerta a sus espaldas. Infantino la echó en la cama y se dejó caer a su lado, deslizando los dedos por su cabello. Parecía tan pequeña y frágil contra el fornido cuerpo, que nadie hubiera dicho que le había dado tres hijos, pensó él.

Se acariciaron y realizaron rápidamente el ritual de despojarse de las ropas, desabrochando cada uno los botones y las cremalleras del

otro, y deteniéndose de cuando en cuando para besarse y acariciarse. Él se hallaba terriblemente excitado y parte de su ardor provenía de la forma lenta y suave con que se tocaban, disfrutando ambos con la deliciosa tensión de anticipar su goce.

Después, cuando ya se encontraban desnudos y él estaba amándola en la oscuridad de la alcoba, pensó en lo afortunado que era. Durante un segundo, Quantrell se deslizó en sus pensamientos e Infantino se preguntó cómo habría hecho el comentarista para obtener los planos del arquitecto, y cómo pudo enterarse de la presunta violación de los reglamentos municipales. Pero pronto todas aquellas consideraciones se desvanecieron de su mente, y Mario Infantino se inclinó sobre su mujer. Las uñas de Doris trazaron leves surcos en el musculoso cuerpo de su marido dominado por los espasmos.

4

—Me parece el hombre más presuntuoso que he visto nunca —dijo Rosette—. ¿Sabes lo que quiero decir, Harry? Que se cree alguien cuando está delante de la cámara.

Harry Jernigan estaba a pimío de contestarle cuando se encendió una luz roja en la centralita que había a su lado. Levantó el auricular y dijo:

—Seguridad, aquí Jernigan.

Escuchó unos instantes, hizo una mueca a Rosette y respondió por el micrófono:

—No, señora, no hay escaleras de incendio por el exterior de este edificio. En caso de emergencia, permanezca en su habitación hasta que le indiquemos lo que debe hacer, o bien salga por las escaleras de escape que hay al final del pasillo… Sí, ya sé que son cuarenta y siete pisos… No, no es ninguna molestia, señora.

Volvió a colgar el teléfono, y Rosette se inclinó sobre el mostrador, con lo que su blusa de doméstica comprimió estrechamente sus senos.

—Parece que alguien más ha estado viendo el programa de televisión, además de nosotros, ¿eh? —dijo.

Jernigan apagó el pequeño televisor portátil y lo depositó en el suelo, detrás del mostrador, donde quedaba fuera de la vista. Era una noche tranquila, y por vez primera había podido ver todo el programa de Quantrell sin que le interrumpiesen ni tener que esconder el aparato.

—Creo que todo el mundo lo estaba viendo —dijo—. Ésta era la señora Klinger, del 4710. Quería saber por qué no tenemos escalerillas exteriores de escape. Cuanto más dinero tienen, Rosie, menos cerebro les queda para gastarlo.

—Me gustaría saber qué piensas de eso, Hany.

Algo en la voz de ella indicó a Jernigan que el programa de Quantrell la había dejado preocupada.

—¿Lo que yo pienso? Pues que es un mal nacido, lo mismo que piensas tú.

Jernigan sentía un aprecio especial por la Casa de Cristal, y se ofendía cuando escuchaba alguna crítica de gente desconocida.

—¿Por qué la toma con nosotros? —prosiguió—. Al menos debe haber una docena de rascacielos en la ciudad, o un centenar, que son verdaderas ratoneras en caso de incendio, y él sigue señalando con el dedo al nuestro. Debe de ser que alguien le está untando para que haga eso.

Rosette le miró intensamente y manifestó:

—Pero tú te has creído algo de lo que dijo, ¿no es verdad?

Jernigan se echó hacia atrás en su silla, con las manos unidas detrás de la cabeza.

—Sí, y no —repuso—. En algunos aspectos, Rosie, no sabe ni la mitad de lo que hay. Si yo tuviera que trabajar en algunos de los apartamentos que aún no están terminados, por ejemplo, antes me verías en el infierno que fumando allí un cigarrillo.

—¿Has estado en alguno de los apartamentos ya amueblados? —dijo ella, pensativamente—. Debe ser muy bonito tener dinero para comprar todos esos muebles, y los tapices, y las gruesas alfombras que traen algunos. Pero ese tipo de la televisión está en lo cierto. Bastaría tan sólo tirar allí una cerilla, y *fuff*, todo se habría terminado.

Rosette inclinó la cabeza expresivamente, y volvió a preguntarle:

—Harry, si alguna vez hubiese un incendio, ¿cómo demonios saldrías tú de aquí? Bueno, hablaré en serio; en realidad, lo que

quiero saber es cómo demonios podría *yo* salir de aquí.

—Tú saldrías del mismo modo que yo, Rosie… A escape. Mira, tú has volado en avión, ¿verdad?

—Ya sabes que tengo un hermano en Nashville, y que voy a verle cada dos meses aproximadamente.

—¿Qué harías si entonces te dijeran que algo malo le sucedía al avión?

Ella sonrió y contestó:

—Bueno, creo que extendería las alas y echaría a volar hasta mi casa.

—Pues bien, puedes hacer lo mismo aquí; al fin y al cabo, está bastante alto. Y ahora, sé buena, no quiero hablar más de este asunto.

La señora Klinger no era la única que había llamado para pedir explicaciones. Cada vez que Quantrell realizaba su emisión, Jernigan recibía un par de llamadas de inquilinos que preguntaban cómo saldrían, si ocurría algo. Y sólo había un paso entre preguntarse cómo saldrían, y mudarse de casa.

—¿Cómo está Marnie?

Él la miró con brusquedad y declaró:

—¿No tienes otra cosa que hacer que estar por aquí haciendo preguntas?

—Es víspera de las vacaciones de Acción de Gracias —dijo ella, con aire inocente—, y ya he terminado mi tarea. Por eso no tengo otra cosa que hacer que estar por aquí haciendo preguntas. ¿Cómo está Marnie?

—Bastante bien, y ocupada. No como otras personas que yo conozco.

—¿Sigue Leroy llamándote el negrillo de la casa?

Jernigan apretó los labios. Leroy era su hermano menor, un fracasado en la Universidad, que se había unido a un grupo militante, y ahora pasaba la mayor parte del tiempo en el bar Caballeros Negros, a una manzana de su casa, soñando con lo que

haría a los blanquillos cuando llegase la revolución. Maldecir a los blancos también llevaba aparejado no querer trabajar para ellos, y no aceptarles siquiera una compensación por desempleo. Jernigan recordó con cierta satisfacción la noche en que puso en la mesa pan moreno, en lugar del pan blanco, y Leroy masculló algunas quejas, hasta que comprendió y se marchó de la mesa lleno de ira.

—No ha cambiado mucho.

Rosette se sentía afectuosa.

—¿Qué es de Melvin y su mujer? —siguió preguntando.

Melvin era pocos años mayor que Leroy y no tenía sus rabietas, pero había nacido con mala suerte, por lo que se refería al trabajo. Los cheques del servicio de desempleo habían terminado tres meses antes para él. Por suerte, Estella, su mujer, tenía un puesto como secretaria en el centro de la ciudad, y ayudaba a Marnie a cuidar los chicos y a llevar la casa.

—Melvin está aún allí —dijo Jernigan, quien tras atender una breve llamada telefónica, añadió—: te has olvidado de preguntarme por Jimmie.

—Te odia a muerte…

—Y no viviría conmigo aunque fuese el único pariente que le quedase en el mundo. Debemos agradecer a Dios por algunos favores.

Se escuchó el leve zumbido de las puertas del ascensor al abrirse, y Jernigan se volvió con el rostro de nuevo impasible. Por razones de seguridad, entre otras, el vestíbulo alto era el inevitable lugar de transbordo entre la parte comercial, situada abajo, y los pisos residenciales. Cualquier inquilino o proveedor que deseara llegar a los apartamentos que se hallaban por encima del piso treinta y uno debían cambiar de ascensor, tomando en el vestíbulo alto los que llevaban arriba, al sector residencial.

Una de las tareas de Jernigan consistía en dejar que pasara la gente, si los conocía y se identificaban debidamente. En el caso de

desconocidos, llamaba al apartamento correspondiente y solicitaba instrucciones.

—Señorita Mueller… —dijo, con voz seria—. Ah, y el señor Claiborne. Buenas noches.

Prestó de nuevo atención a la robusta mujer que acababa de salir del ascensor, con las mejillas coloradas y transpirando levemente. De todos los inquilinos del edificio, Lisolette Mueller era probablemente su preferida. Tenía unos sesenta años pero parecía diez más joven. Era una maestra retirada de St. Louis, la clase de maestra que Jernigan hubiera deseado tener de pequeño.

—¿Cómo de paseo, con este tiempo? —preguntó.

Ella hizo un gesto de burlona sorpresa, y repuso:

—¿Tiene algo de malo este tiempo, Harry? Bah, tonterías, es magnífico, aunque Harlee no esté de acuerdo conmigo, ¿verdad, Harlee?

Harlee Claiborne era un hombre pequeño, tal vez unos cinco años más joven que Lisolette, aun cuando parecía mayor, con su bigotillo blanco cuidadosamente recortado y su ceroso aspecto de maniquí de escaparate. Jernigan le miró y sonrió para sus adentros. Claiborne tenía ahora un aire un tanto mustio, pues estaba mojado, despeinado y con evidente mal humor, aunque trataba de disimularlo.

—Creo que debiera usted cuidarse un poco más, Lisa. Unos cuantos paseos de éstos, y tendré que ir a visitarla al hospital.

—Un buen paseo no hace daño, Harlee; tonifica los músculos.

Él la miró con gesto escéptico, y Lisolette le apretó el brazo con simpatía, haciéndole dar un respingo. Luego Lisa se volvió hacia Rosette, llena de solicitud.

—No trabaja esta noche, ¿verdad, Rosie? Las fiestas empiezan mañana.

A Rosette le caía tan bien Lisolette como a Jernigan, y le contestó complacida:

—No, señorita. El señor Harris me dijo que podía marcharme a las siete, y estaba hablando un poco con Harry antes de cambiarme e irme para casa.

—¿Estarán los Harris en casa, esta noche?

—Eso creo. Cuando el señor Harris llega después de trabajar, no suele ir a ninguna parte.

—Pensaba ir a buscar a Sharon. Tengo una entrada de más para el *Ballet* Kirov, de Leningrado —aseguró Lisa, sonriendo—. Le gustará, ¿no cree?

Jernigan se sintió un tanto incómodo. Como ocurría con muchas mujeres de su edad que no tenían familia, Lisa se hallaba muy sola, y a todos los efectos parecía haber adoptado a la hija de los Harris, Sharon, de catorce años. Eso parecía muy bien a Sharon, que compartía el mismo interés cultural que Lisa. Pero no estaba seguro de que los padres de la chica lo aprobaran. Miró a Rosette y se dio cuenta de que ella pensaba lo mismo.

—Estoy segura de que le gustará mucho —contestó Rosette.

Diez contra uno a que sus padres no la dejan ir, se dijo interiormente Jernigan. Aaron Harris era el colmo de la frialdad, y su mujer no era mucho más cordial.

—Ah, los Albrecht —dijo de pronto Lisa—. ¿Están también aquí?

Jernigan alzó las manos con gesto de disculpa, y manifestó:

—Creo que sí, señora Mueller, pero ya sabe que de nada vale que les llame por teléfono. No me oyen. De todos modos, no los tengo ahora en la lista de salidas.

—Eso sí que es una pena —intervino Rosette—, ser sordomudos, como ellos. No puedo imaginar qué haría yo, si no pudiera hablar con mi marido.

—Supongo que él tampoco podrá imaginarlo —manifestó Jernigan—, aunque creo que daría mucho por poder comprobarlo.

De pronto se puso serio, y agregó:

—Tampoco pueden hablar o escuchar a sus tres niños. Eso debe resultar muy penoso.

—No, no es cierto. Todos ellos saben hablar por señas, incluso el más pequeño.

—Pero no es lo mismo, Lisolette —intervino Claiborne, algo molesto, y enseguida estornudó.

—¿Sabe usted entenderse con los sordomudos, señora Mueller? —preguntó Jernigan.

—Un poco. No resulta difícil captar lo que dicen, pues suelen ser muy expresivos. Y cuando existe mucho afecto en una familia, tal vez no sea necesario hablar demasiado.

Echó luego una mirada a su reloj de pulsera e hizo un leve gesto de contrariedad.

—Vaya, no tenía idea de que fuese tan tarde. Schiller estará esperando su cena. Debe estar enfadado. Bueno, que pase una noche agradable, Rosie —dijo, encaminándose hacia los ascensores —. Me llamará a las nueve, ¿verdad, Harlee? Supongo que habrá hecho las reservas para el Salón de Paseo.

—Desde luego; no vamos a salir con una noche como ésta.

Un momento después, Lisolette Mueller se había marchado, dejando un sutil aroma a lilas y a jabón perfumado en el aire, como si fuera una bruma.

—Es una notable mujer —murmuró Harlee Claiborne, suavemente—. Una notable mujer.

—Ya lo creo —admitió Jernigan.

Éste no simpatizaba demasiado con Claiborne, por lo que no le parecía demasiado bien que ella le hubiese elegido como compañero… ¿Podría considerarse como un flirteo, a la edad de ambos?, se preguntó Jernigan. Decididamente, no. Advirtió que Rosie no se iba del lado del mostrador, y miraba a Claiborne con los ojos entrecerrados, lo cual parecía indicar que ella sabía algo de él que diría en cuanto el hombre se hubiese marchado.

—Es de St. Louis, ¿verdad? —preguntó Claiborne, como al pasar —. Maestra retirada, ¿no es cierto?

—¿No se lo ha dicho ella misma? —dijo Jernigan, cautelosamente.

Claiborne adoptó un aire confidencial y añadió:

—Debe ser difícil para una mujer de su edad hacer que las cosas rueden bien. La inflación se traga el importe de la jubilación, y no se puede salir adelante, si no se tiene algo guardado, una pequeña herencia, o cosas así.

—No lo sé, señor Claiborne —manifestó Jernigan—. De todas formas, la señorita Mueller no es de las que gastan su dinero sin orden ni concierto.

Claiborne chasqueó los dedos, como si de pronto recordase algo, y declaró:

—Ah, dijo no sé qué acerca de un negocio familiar; una cervecería, me parece, que fue absorbida por una compañía más importante.

Jernigan resolvió de pronto poner de manifiesto su discreción y repuso fríamente:

—No me importa demasiado. La vida privada de los inquilinos es algo que les pertenece. Yo no me mezclo ni les hago preguntas.

Claiborne se dio cuenta, demasiado tarde, de que se había excedido.

—Sí, claro, eso es lo que corresponde —manifestó, y mientras se encaminaba hacia los ascensores, añadió—: lo cierto es que Lisa es una excelente mujer. Me gusta mucho.

Aquello era como una disculpa por las preguntas que hiciera anteriormente, y Jernigan se asombró por la franqueza de las últimas palabras.

Cuando el hombre se hubo marchado, Rosette declaró, indignada:

—Apostaría yo también a que le gusta… su dinero, eso es. Ese pasmarote no paga el alquiler desde hace dos meses. No es más que un sacacuartos.

—Vaya, ¿curioseando de nuevo, Rosie? —preguntó Jernigan, con tono acusador.

—Harry, ése no tiene más que tres camisas, un traje bueno y un piso lleno de polvo. Dime ahora qué es. ¿No ves que ya he encontrado a muchos como él?

—Bueno, no creí que te diera por los veteranos, Rosette —declaró Jernigan, mirándola con curiosidad—. ¿Cómo has sabido todo eso de él?

—El ama de llaves principal es amiga mía, y como el capitán Harriman recelaba de que Claiborne pudiera irse sin pagar, ella entró un día, para echar un vistazo, en un momento en que Claiborne estaba fuera.

El capitán Harriman era un buen gerente, pensó Jernigan. Lo cual quería decir que en esos momentos se estaba llevando a cabo una investigación a fondo sobre Claiborne, cuyos resultados probablemente se sabrían en menos de una semana. Tal vez lo echaran, y eso disgustaría a Lisa, pero a la larga, sería mejor para ella.

De pronto, Rosie se inclinó hacia Jernigan y le dijo en voz baja:

—Es hora de que me esfume, guapo; aquí viene *miss* EE. UU. 1964. Nos veremos más tarde.

Rosette se volvió, y sonriendo se alejó hacia los ascensores, mientras decía:

—Buenas noches, señorita Elmon.

Deirdre Elmon era una pelirroja alta, que parecía salida de una película de los años cincuenta, se dijo Jernigan. Con su opulento busto y sus amplias caderas, parecía una versión corregida y aumentada de Marilyn Monroe. Algo soberbio, si gustaba ese tipo. A él no le gustaba. La joven había hecho algo con su cabello, proporcionándole un brillo metálico, y por un momento, él se preguntó si el color rojo sería auténtico. Sonrió para sus adentros. En realidad todo eso le importaba muy poco.

—Buenas noches, Harry.

La voz de Deirdre Elmon era deliberadamente profunda y grave, copia exacta de la voz de la estrella que apareció en la película de la televisión, la noche anterior. Si el ejemplar de *Variety* que llevaba siempre con ella durante el día servía de indicio, no había duda de que deseaba ser actriz. Era una lástima, porque lo que ella tenía que ofrecer, ya estaba diez años atrasado. Lo mismo que su hermano Melvin, pensó Jernigan, Deirdre era una perdedora nata.

Jernigan le acercó el libro de salidas para que firmase, y le preguntó:

—¿Buen programa para esta noche, señorita Elmon?

—Bastante bueno. Cena en el Plaza y una interesante película. No sé muy bien a qué hora volveré, de modo que sea bueno y tome cualquier llamada que haya para mí. Lo hará, ¿verdad?

Ella le miró, y durante unas décimas de segundo Jernigan creyó ver a la verdadera Deirdre Elmon, una chiquilla de dieciséis años con demasiados deseos de agradar, y pocas ganas de complicarse la vida.

—Es una pena que esté usted casado, Harry —dijo ella, sonriendo de pronto—, o tal vez la pena es que esté casado y sea fiel.

Y a continuación se situó de nuevo en escena, con su ligero toque de vehemencia atenuado por una espesa capa de maquillaje. Antes de realizar su salida por el foro que eran las puertas abiertas del ascensor, añadió:

—Si alguna vez cambiases de parecer, guapo…

—No lo haré, pero gracias por el cumplido.

—Que lo pases bien; los cumplidos no cuestan nada —concluyó, mientras las puertas se cerraban.

No se andaba por las ramas, pensó Jernigan, tristemente. Y tampoco era mala actriz, pues resultaba patética. Se quedó mirando un momento las puertas cerradas, preguntándose quién la mantendría. No tenía ningún trabajo conocido, y tampoco había visto que llevase nunca a nadie a su apartamento. Entonces se dio

cuenta de que tenía que ser alguien del mismo edificio, con acceso a un apartamento de negocios, donde ambos pudieran encontrarse. Ella no salía a cenar, ni al cine. Ni siquiera pensaba dejar el edificio. Se dio cuenta de que no iba con ropa apropiada para el mal tiempo que hacía. Probablemente ni siquiera se preocupaba por echar una mirada fuera, para ver cómo era el tiempo.

Cada vez que volvía de una de sus grandes citas, tanto si caía una tenue llovizna o el más intenso de los chaparrones, su abrigo estaba siempre seco, y sus zapatos no aparecían manchados por la humedad o el cieno. En cuanto a su quebradizo peinado, no tenía un solo mechón descompuesto.

Uno no podía dejar de observar estas cosas, se dijo Jernigan. Era imposible, cuando se había sido policía durante diez años.

5

Deirdre Elmon tomó el ascensor expreso del sector residencial y descendió hasta el garaje. Luego cruzó rápidamente el ascensor que llevaba a los pisos comerciales. Sus tacones repercutían con fuerza contra el suelo de madera. Hubiera sido más rápido tomar un ascensor hasta el sector comercial, directamente desde el vestíbulo alto, pero Deirdre no quería que Jernigan se enterase. Probablemente ya sospechaba algo.

Y no es que a ella le importara demasiado que pudieran enterarse, pensó sombríamente, pero le había costado mucho conseguir que Bigelow superase su pasividad, y no sería sensato correr riesgos que pudieran ponerles en evidencia tanto a él como a ella. No es mucho, cariño, se dijo para sus adentros, pero de momento, Bigelow es todo lo que tienes. Y al fin y al cabo, no estaba tan mal; un poco canoso y redondito por el medio, pero se defendía y era aún lo que podía calificarse como «fuerte y viril». Por otra parte, lo más importante de todo es que era… generoso.

Pulsó el botón llamando al ascensor, y deseó que estuviese vacío, cuando llegara. Así ocurrió. Deirdre oprimió el botón del 21, después de lo cual se apoyó contra la pared de la cabina. John Bigelow III era vicepresidente de Motivational Displays, y algún día, cuando su hermano mayor se retirase o muriese, sería el presidente. No era una compañía muy grande, pero sí una de las mayores en el ramo de elementos de escaparate para empresas comerciales.

Se habían conocido cuando él la contrató a través de una agencia para que atendiese la caseta de Consumer Electronics, en una exhibición. Él se había mostrado afectuoso con ella, y cuando hubo otra ocasión similar, solicitó que acudiese Deirdre, especialmente. La amistad íntima entre ambos se inició a partir de entonces.

El ascensor fue aminorando su velocidad, y Deirdre se echó un rápido vistazo en el espejo. Tenía treinta y un años —su secretó mejor guardado—, pero podía pasar por una mujer de unos veinticinco. Le costaba trabajo ocultarlo, y cada año que pasaba se le hacía más difícil. Por fin el ascensor se detuvo del todo y las puertas se abrieron.

Él la estaba aguardando, y la introdujo rápidamente por la puerta delantera en cuanto ella golpeó con suavidad tres veces en el cristal esmerilado. La tomó en sus brazos y la besó en el cuello, primero superficialmente, y luego con pasión. Deirdre cerró los ojos. No estaba mal, se dijo, y lo repitió: no estaba mal. Tal vez no era lo mismo que el galán de la película de la noche anterior, pero debía admitir que ella tampoco era igual que la heroína. El mayor defecto de Bigelow era la mujer con la que estaba casado desde hacía veinticinco años, y los dos chicos a los que no quería —así decía él —, aun cuando esto no tenía gran importancia. La mujer poseía fortuna familiar, por lo que él no pensaba divorciarse nunca. En consecuencia, la pequeña Deirdre tenía su gratificación emocional, además de un departamento de un dormitorio que le pagaban en la Casa de Cristal, y un generoso subsidio. También había recibido la promesa de que sería presentada —algún día— a un amigo productor de películas.

«También yo creo en Papá Noel», se dijo Deirdre, y luego le devolvió los besos con el debido entusiasmo.

—Has estado fuera mucho tiempo, cariño. Te he echado de menos —dijo ella.

—Negocios —repuso Bigelow, brevemente, y ella dudó por instinto.

Le abarcó uno de los senos con las manos, y Deirdre le dejó manosear un momento, para luego rechazarle. Entonces, él la cogió por un brazo y susurró:

—Ven, vamos atrás. Tengo una sorpresa para ti.

La muchacha se quitó el abrigo de piel de zorro y se lo echó sobre un brazo, mientras le seguía a través de la zona de almacenamiento, algo más allá de la pequeña oficina de entrada. Aquélla era una habitación muy grande, llena de motivos de escaparate de poliestireno, que por lo regular aludían a la estación del año. Esa noche el cuarto estaba atestado de verdaderos batallones de Papás Noel de plástico, así como de renos y duendecillos del mismo material. Deirdre no pudo reprimir una risita al ver aquello. Era la estación del año que más le gustaba, y las figuras la hacían sentir joven, casi infantil. Si Disneylandia tenía un almacén, ella debía estar ahora en él, se dijo.

A continuación entraron en el oscuro apartamento de ejecutivos, y cuando Bigelow hubo cerrado la puerta, manoteó en busca del interruptor de la luz. Lo pulsó, pero en lugar de encenderse las luces fluorescentes empotradas en la pared, se iluminó un pequeño árbol de Navidad que había sobre la mesa de café situada ante el diván cama. Deirdre contuvo el aliento, y dijo luego:

—Espera un poco.

Buscó el cordón de las cortinas que había detrás del diván, y al momento éstas se descorrieron, de modo que las luces del árbol se combinaron con la espectacular vista de la ciudad, que se apreciaba a través de las ventanas panorámicas que daban a la fachada principal.

Aquello era hermoso, muy hermoso, pensó, y por vez primera en bastantes años casi sintió deseos de llorar. Luego, Bigelow encendió las luces, empequeñeciendo las del arbolillo y velando el panorama exterior.

—Ya sabía que te iba a gustar —dijo él, con orgullo, y luego añadió—: Aún hay más. Mira junto al árbol… ¿o prefieres tomar

algo, antes?

—Eso después —dijo ella, riendo—; en este momento no quiero beber.

Al lado del arbolillo de Navidad había varios paquetitos y un sobre. Abrió ella primero un paquete plano. Dentro de la caja había un collar de perlas cultivadas. No era de los más caros, pero sí de los buenos. En el otro paquetito había un reloj con pulsera de oro. Una vez más no se trataba de lo mejor, aunque no era barato. En cuanto al sobre, contenía un cheque por 638,90 dólares.

Ella volvió a contener el aliento. Le extrañó la cifra, pero sin duda tenía algo que ver con los impuestos, lo cual era característico de la mentalidad práctica de Bigelow. Al momento se echó a reír y luego de ponerse en pie, corrió hacia el hombre, que estaba apoyado en el pequeño bar empotrado. Le rodeó el cuello con los brazos, y percibió su aliento. Se dio cuenta de que él ya había tomado sus tres buenas copas, pero aquello no importaba.

—Aún hay más —añadió él, suavemente.

Deirdre se quedó helada. No podía haber más, se dijo. Él no pensaba divorciarse de su mujer, lo sabía perfectamente.

—Julien vendrá a la ciudad la semana próxima —continuó diciendo Bigelow—. Le he hablado de ti. Está manteniendo entrevistas para producir la obra de Simon, y cree que tú puedes hacer alguno de los papeles, aunque sea de los más pequeños.

Deirdre se quedó mirándolo, y adivinó algo en los ojos de él.

Bigelow lo advirtió, vació su vaso de un trago, y se sirvió otro. Su voz apenas temblaba, cuando añadió:

—Deirdre, ambos lo hemos pasado muy bien; pero, bueno, sabíamos que algún día todo tendría que terminar.

Ella permaneció quieta durante largo tiempo. La extraña cifra del cheque, eran dos meses de renta por adelantado, ahora lo comprendía. Y además, un par de regalos para que quedase a salvo la conciencia. Feliz Navidad para Deirdre Elmon, que volvería a ser

Deedee Carsons de nuevo, en el momento en que regresara a la agencia de modelos.

Avanzó resueltamente hacia el diván, tomó el collar de perlas y el reloj, y los arrojó a la pequeña papelera, ya llena con los envoltorios de los regalos.

—Eres un mal nacido —dijo, lentamente.

Bigelow se acercó y quedó encuadrado contra la ventana.

—¿Eso crees? Pues te diré que nunca te prometí nada, Deedee. Se empieza un asunto de éstos, y para ello no se firma contrato alguno. ¿Qué crees que iba a hacer? ¿Divorciarme de mi mujer? ¿Desheredar a mis hijos?

—No los quieres —repuso ella, con hosquedad.

—Yo dejé de querer a mi esposa al año de habernos casado —admitió él—. En cuanto a ti, tampoco te aseguré nada.

—¿Acaso hay otra?

—Tal vez —repuso Bigelow—. No puedo evitarlo, si me gustan las chicas guapas.

—Hablas como un viejo verde —dijo ella, con desdén, y esto pareció irritarle.

—¿Y qué? Puedo pagarlo —replicó, tajante.

Ella cogió el cesto de los papeles, lo arrojó contra Bigelow, y luego echó a correr hacia la puerta. Él la aferró por un brazo, retorciéndoselo detrás de la espalda, aunque no lo bastante como para hacerle mucho daño. El aliento le olía fuertemente a *whisky*.

—Eres tú siempre la que abandonas al otro, ¿verdad, Dee? Bueno, al menos, eso es lo que solías hacer. Ahora ya eres demasiado vieja para eso. Pude haberte querido más, Dee, pero nunca me recompensaste por valor de lo que recibías. Para ser una querida, siempre te arreglabas para contener tus deseos, y yo tenía que ser quien te deseara. Una mujer puede ser una buena prostituta o una buena amante, Dee, pero tú no te molestaste en ser ni lo uno ni lo otro.

Su rostro expresaba un desdén brutal.

Cuando soltó a Deirdre, ésta cayó pesadamente sobre el diván. Él se apartó los húmedos cabellos de los ojos e inconscientemente se limpió las punteras de los zapatos en las vueltas de cada pernera opuesta del pantalón, una reacción nerviosa característica de Bigelow. Deirdre hacía lo posible para no sollozar; no se había dado cuenta nunca del atleta universitario que estaba enterrado bajo los quince kilos de grasa excesivos de Bigelow.

—Acostumbras usar a toda la gente para tus fines, ¿verdad? —preguntó ella, pero su frase no resultó hiriente.

—¿Yo? ¿Y tú no? ¿Qué habrías hecho si te hubiera presentado a Julien desde el principio? ¿Te habrías tomado la molestia de abandonarme cortésmente, o me habrías dejado de golpe?

—Me haces daño en el brazo —dijo ella, al fin.

Bigelow suspiró y repuso:

—Eres una pésima actriz, Dee. Julien no me va a dar las gracias.

Ella fue a abofetearle, pero se contuvo. No obstante, le dijo:

—Y tú no eres un jovencito. ¿Te has mirado bien? Estás gordo y usas peluquín; no podrías conservar a una mujer joven a tu lado.

—Yo consigo aquello por lo que pago, Dee —respondió él, ásperamente; luego cambió de tema y con tono casi paternal añadió —: Mira, ¿por qué tiene esto que sorprenderte? Alguna vez debía terminar. Yo esperaba que no fuera doloroso para ti. Si no me hubiese cansado de ti, Deirdre, tú te hubieras cansado de mí y habrías buscado a otro hombre, más pronto o más tarde. Vamos, reconócelo.

Él se dirigió a la papelera y sacó de ella el collar de perlas y el reloj, que dejó en la mesa de café, delante de Deirdre. Luego se encaminó hacia el pequeño bar y volvió con un pañuelo de papel, el cual le tendió, diciéndole:

—Toma, tendrás que arreglarte el maquillaje.

Ni siquiera tenía tiempo de llorar, se dijo ella. Abrió maquinalmente el bolso y sacó de su interior lo necesario para retocar diestramente su rostro. Aquello tenía que terminar alguna

vez, como él decía, pensó. Y al fin y al cabo, no había sido poco generoso.

¿Poco generoso? ¡Demonio, lo que estaba haciendo era despedirla! Era como rescindir un contrato. Si tenía algo de orgullo, debía marcharse de allí. Las perlas y el reloj no tenían tanto valor; en cuanto al cheque, él dejaría de pagar el apartamento. Por otra parte, estaba Julien.

Entonces se dio cuenta de que Bigelow la había dejado totalmente desarmada, y se preguntó si él se lo sabría. Ella nunca llegaría a hacer aquel papel. Se había estado engañando toda su vida, pero en el fondo no dejaba de comprenderlo. Carecía de talento; nunca lo tuvo, y ahora no podía fingir que lo tuviese. Aquello, en sí, era razón suficiente para odiar a Bigelow. Se puso en pie.

Él la miraba con curiosidad, y dijo:

—No tienes por qué marcharte. Le dije a mi mujer que estaría fuera este fin de semana, y pensé que podíamos pasar aquí una parte de ese tiempo.

—¡Qué descaro tienes! —respondió Deirdre, iracunda—. Dices que todo ha terminado, y luego me pides que pase la noche contigo. No quiero.

—Tal vez eso es porque anhelo la única parte de ti que no me diste antes —manifestó Bigelow, con calma—. Deseo que te quedes, porque tú lo quieres, no porque yo lo quiera.

Ella sintió entonces un deseo irracional de estar con él. Deseo compuesto a partes iguales por humillación, admiración secreta por su repentina e inesperada fortaleza, y por la convicción de que, en cierto modo, aquello sería una pequeña victoria para ella. Por mucho que hablase, él la deseaba, aunque sólo fuese por aquella noche. Y quedándose se le quitaría algo de la amargura de aquel rechazo.

Deirdre tomó asiento y dijo:

—Bebería algo. Y por favor, apaga todas las luces, menos las del árbol de Navidad.

Permaneció sentada un momento en la oscuridad, evocando una serie de Navidades pasadas. Sus dedos se deslizaron sobre el collar de perlas. Podía haber sido mucho peor…

—Iba a regalarte un par de gemelos, para Navidades —manifestó ella, de pronto.

—Gracias por la intención —repuso Bigelow, y enseguida comenzó a renegar—: ¡Maldito refrigerador! ¡Está estropeado y no hay hielo!

—No importa; puedo traer del mío, del que tengo arriba.

—¡De ningún modo! Con el alquiler que pagamos, las cosas tienen que funcionar bien. Llamaré a servicios y pediré que me envíen a alguien.

Deirdre se sintió vagamente alarmada, y contestó:

—Enviarán a Krost. Está de guardia esta noche.

—Y qué, ¿acaso no sabe arreglar una nevera?

—Es un entrometido con una mente algo sucia —repuso Deirdre, encogiéndose de hombros.

Se apretó contra el brazo del diván y observó las luces del arbolillo, que se fundían con las de la ciudad, más abajo. Podía haber sido peor, se dijo, soñolienta. Podía haber sido mucho peor…

6

La noche había empezado mal para Michael Krost, ya desde que entró a trabajar. Se encontraba en la habitación de servicio, cambiándose de ropa y poniéndose el uniforme, cuando Malcolm Donaldson, el supervisor nocturno de servicio, entró como una tromba, localizando enseguida la bolsa de papel que el otro tenía a su lado, antes de que hubiera podido esconderla debajo del banco o en el armario.

—¿Qué guarda usted ahí, Krost? —le dijo Donaldson—. ¡Vamos, déjeme verlo!

Krost intentó colocar el paquete detrás de él, pero el bajo y fornido escocés saltó en torno al banco y le detuvo.

—¡Abra esta bolsa, Mike, o se la quito y la abro yo mismo!

De mala gana, Krost enseñó el contenido de la bolsa, y por un momento Donaldson permaneció amenazadoramente silencioso. Luego dijo:

—Cuatro estrellas, ¿eh? Va mejorando su gusto, Krost. Aunque quizá le han aumentado de sueldo sin que yo lo supiera… ¡y sin que usted lo merezca!

—Lo iba a llevar a casa, como regalo para Daisy —repuso Krost, sombríamente.

La estrecha franja blanquecina que remataba el cabello rojizo y ralo de Donaldson pareció erizarse como si estuviera electrizada.

—Un pequeño regalo para la mujer pequeñita —dijo sarcásticamente—. ¿Está seguro de que no era un regalo para usted

mismo? ¿Algo que se podría ofrecer, digamos, entre las diez y la medianoche? ¿Por quién me está tomando, hombre? ¿Tengo aire de idiota? ¡Dé gracias a todos los santos de que el sello de la botella no está roto, porque de lo contrario le habría echado de este puesto, por mucha amistad que tenga con Leroux!

Donaldson introdujo de nuevo la botella en la bolsa y se la entregó a Krost, que la aferró con inquietud.

—Iba a regalarla, señor Donaldson, lo juro —dijo, pasándose la lengua por los labios—. Ya sabe que yo no…

—¿No, qué? —Rugió Donaldson—. ¿Que no bebería en las horas de trabajo? Si hay algo que creo que puede hacer, es eso, justamente. Bueno, llévese la botella fuera de esta casa; entréguela a alguna pobre alma necesitada en la calle, tiene que haber muchas, con este frío, y me olvidaré de lo que he visto. De lo contrario, informaré acerca de esto, y perderá su puesto, aunque yo también pierda el mío.

Donaldson rebuscó dentro de su armario hasta encontrar el frasco de color caramelo que contenía el medicamento para su úlcera estomacal, momento que aprovechó Krost para disponerse a marchar.

—¡No se vaya aún, mentecato! —Tronó de nuevo—. ¡Espere a que termine de hablar!

Tomó un trago del espeso líquido que había en el interior del frasco y se limpió la boca con el dorso de la mano. Un momento después parecía haberse calmado.

—Andamos escasos de personal, por si no se ha enterado —agregó al final—. De modo que tendrá a su cargo los pisos desde el diecisiete al veinticinco. Ocúpese de esas mujeres de la limpieza, y no quiero oír una sola palabra a los inquilinos acerca de papeleras que no han vaciado, ni sobre botellas que dejan en los vestíbulos, como el fin de semana pasado. Veamos, ¿cuántas de sus mujeres han venido hoy?

Krost sonrió, tratando de complacer, y dijo:

—Bastantes, señor Donaldson. Tengo un grupo muy bueno, y no suelen faltar, no, señor.

Para sus adentros estaba pensando en qué lugar ocultaría la botella.

—Bastantes, señor Donaldson —remedó éste—. ¿Cuántas son «bastantes», para usted, Krost?

—Todas menos dos —respondió Krost, súbitamente arisco—. Podremos arreglarnos.

—Contando los demás grupos, eso quiere decir que falta un quince por ciento en todo el edificio —dijo Donaldson, más para sí mismo que para Krost—. ¡Cielos, no puede uno fiarse de nadie, en estos días!

Tomó otro trago de la pequeña botella de remedio, y de nuevo se dirigió a Krost.

—Quiero que sus pisos estén impecables —le dijo— para cuando vuelvan los inquilinos el lunes. ¿Me ha entendido? La semana pasada todo bicho viviente andaba reclamando detrás de mí. Si ahora vuelve a ocurrir, no será por mi culpa.

Volvió la espalda a su armario para cambiarse, y Krost le observó por el rabillo del ojo. Donaldson demostraba ya la edad que tenía, y con su temperamento no podía tardar en aparecer en la lista de los que tomaban el retiro. Lo único que tenía que hacer era aguardar, pensó Krost. El pelo rojizo, antes lustroso de Donaldson había ido retrocediendo hasta formar una faja de sucio color rosado; sus ojos parecían más débiles y más húmedos cada día, como perdidos en un pálido semblante que cada vez se parecía más a un papel que alguien hubiese arrugado y tratado luego de alisar.

«Pude haber tenido tu puesto —se dijo Krost—. Lo único que hubiese necesitado era pedírselo a Leroux, y tú habrías hecho de niñera de un hatajo de mujerucas que no hablan inglés. Pero cuando llegamos del Melton Building, me hice el bueno y te dejé el cargo».

Donaldson se estaba atando los cordones de los zapatos y jadeaba mientras lo hacía.

—No vaya a desaparecer esta noche, como otras veces, Krost —dijo—. Quédese en algún lugar donde pueda localizarle.

—Desde luego, señor Donaldson. Deme un telefonazo y acudiré corriendo.

Donaldson le miró desdeñosamente y repuso:

—No sé cómo puede comportarse igual que un Tío Tom, cuando es usted blanco. ¡Vaya de una vez a trabajar y deshágase de esa botella!

Krost se escabulló, tomando nota mentalmente de que debía evitar a Donaldson durante el resto de la noche. Había una forma sencilla de hacerlo, puesto que Donaldson rara vez examinaba el cuarto de servicio de Apex Printer, en el piso veinticinco. Allí se había escondido del superintendente en más de una ocasión, cuando quería estar un momento tranquilo, o echarse una siesta.

Se detuvo ante la escalera mecánica y miró hacia atrás. Donaldson se hallaba de pie en la puerta de la habitación, con las manos en las caderas, mirándole fijamente. Maldito, pensó. Tenía que arreglar aquello de una vez. Decírselo a Leroux. Pero luego decidió que era mejor no forzar las cosas. Leroux podía recordar las dos fundadas quejas que Donaldson había presentado al capitán Harriman acerca de que Krost bebía durante su trabajo. No era necesario recordar eso a Leroux; no, señor, no era necesario.

Pero tampoco era necesario deshacerse de la botella, es decir, deshacerse de ella del modo que pensaba Donaldson. Cruzó el vestíbulo principal y tomó un ascensor que subía. Pocos minutos después la botella se hallaba a salvo en uno de los numerosos escondites que tenía en el edificio, y regresó al vestíbulo, donde compró un ejemplar del periódico de la noche. Las mujeres estarían ahora en su trabajo, se dijo. Ya iría a vigilarlas más tarde. Aunque hubiera algo más de trabajo, no sería una noche muy dura.

Vio un ascensor que subía, y echó a correr para tomarlo. En él se hallaban Douglas, el decorador afeminado, y uno de los chicos más competentes de Leroux, un arquitecto llamado Barton. Untó bien a

Barton durante un minuto (nunca se sabía cuándo podía necesitarse algo), y ascendió hasta el piso veinte, tanteando maquinalmente las puertas de las oficinas a lo largo del pasillo, para ver si estaban cerradas. Las mujeres tenían las llaves, pero podía decirse que alguien había olvidado cerrar, en caso de que faltase algo.

Se detuvo un momento para hablar con Albina Obligado, que estaba limpiando con un aspirador el pasillo del norte. Ésta era una mujer pequeña, de tez aceitunada y que casi no entendía inglés, debido a lo cual no sabía qué lugar ocupaba Krost en la escala jerárquica, aparte de que él, se dijo, era realmente importante. Krost no se preocupaba por lo general de las puertorriqueñas, pero Albina era distinta. Mostraba una actitud diferente, miraba al suelo cuando le hablaba y no había dejado de acudir un solo día, en los seis meses que llevaba trabajando en la Casa de Cristal.

—Deje que Dolores haga el pasillo sur —le dijo, alzando la voz automáticamente—. ¿Me entiende? ¡Dolores, que haga el pasillo sur!

Albina asintió sin mirarle, y nerviosamente empujó el aspirador unos pasos más allá por el corredor.

—Sí, señor, le entiendo, le entiendo.

Krost se volvió y por un momento pensó subir hasta el vestíbulo alto, para hablar con Jeringan, que no era una lumbrera, pero tampoco mala persona, para ser negro, se dijo. Luego cambió de parecer. También podía ir a su casilla en el piso veintiuno, para aguardar allí a que Donaldson le viese. Pero su «oficina» era un lugar pobre e incómodo, provisto sólo de un escritorio y un teléfono, y dotado de luces fluorescentes tan fuertes que le daban dolor de cabeza. O bien podía dedicar su atención a la botella; pero no, eso era para más adelante, para dar la bienvenida a las fiestas del modo apropiado.

Con eso sólo quedaba el piso veinticinco y el cuarto de servicio de Apex Printer, un lugar agradable y cómodo, para descansar en una noche en que la ciudad aparecía cubierta de una capa de nieve. Bien, ¿por qué no? Además, si no recordaba mal, lo había dejado

provisto en su anterior visita, y no era lógico desperdiciar aquellas existencias, no, señor.

Subió en el ascensor hasta el piso veinticinco, y miró por el vestíbulo para asegurarse de que Donaldson no estaba por allí. Nunca se podía saber… Cuando llegó a la entrada del cuarto de servicio, Krost observó de nuevo por el pasillo para asegurarse de que Donaldson no se había materializado allí de la nada para espiarle.

Luego abrió rápidamente la puerta y entró, cerrando detrás, antes incluso de haber encendido la luz.

El depósito era pequeño, pues mediría aproximadamente seis metros por cuatro; en parte estaba ocupado por unos estantes que contenían material de los lavabos y de limpieza. Además podía verse un desvencijado escritorio, una butaca, paquetes de papel para multicopista, así como bidones de tinta y disolventes para la misma. Alguien había usado uno de los bidones y no había dejado bien cerrada la válvula de muelle. Krost cogió un trapo de la parte inferior de la pila y secó la mancha del suelo, lo que dejó la tela negra y grasienta. Arrugó la nariz y se dijo que sería mejor que Albina u otra mujer limpiasen allí más tarde, por la noche. Arrojó luego el harapo a un recipiente de metal que había allí cerca, y que estaba lleno casi hasta el borde de trapos sucios. También eso habría que solucionarlo. El superintendente era muy quisquilloso cuando se trataba de trapos impregnados de disolvente.

Krost inspeccionó el lugar con satisfacción, luego se acercó a la puerta, echó una mirada al exterior, cerró de nuevo y corrió el pestillo. Volvió hacia el armario empotrado y lo abrió. El estante superior estaba lleno de rollos de papel higiénico que Krost tenía constantemente repleto para que los propietarios de Apex nunca tuvieran necesidad de pedir nada. A continuación retiró dos de los rollos delanteros y sacó de detrás un jarro, un pequeño calentador de inmersión, un frasco de café instantáneo y una botella de crema en polvo. Una buena taza de café, en noche como aquélla, sería lo

más adecuado, pensó. Colocó todo ello en una mesilla cercana a la pila, y llenó el jarro de agua. Luego introdujo en el agua el calentador de varilla de aluminio arrollada, y lo conectó en el enchufe que había en la pared. Abrió el frasco de café y se dio cuenta de que no había sacado la cucharilla junto con las demás cosas. Volvió entonces al armario, y poniéndose en puntas de pie tanteó detrás de los rollos de papel higiénico. Localizó la cucharilla, y su mano dio con otra botella. Luchó con su conciencia durante un momento, y perdió. Fuera hacía frío, y dentro la noche era desagradable. No estaba de más que un hombre solo entonase un poco el cuerpo.

Sacó la cucharilla y también la botella, que era de Windex. Pero su contenido, en lugar de ser azul, era de un color ambarino. Si Donaldson la encontraba, y llegaba a tomarse la molestia de oler el líquido, todo habría acabado, a no ser que dijese que era propiedad de alguno de los empleados de Apex. De todas formas, no había manera de disimular el aroma de un buen *brandy*. Unos días antes lo había conseguido en el bar de Consolidated Distributors, en el piso veintidós. Era un aromático *brandy* portugués que bailaba en la lengua y parecía esfumarse antes de haber llegado a la garganta. Lo destapó, aspiró con deleite y a continuación inclinó un poco la botella y dejó caer unas gotas en su boca. ¡Aquello era superior! Se pasó la lengua por los labios y dejó la botella al lado del jarro de café. En el agua ya se veía un remolino en torno a la espiral de aluminio.

Krost se frotó las manos, se dio cuenta de que aún tenía algo de grasa de la limpieza en torno al bidón de disolvente, y se dirigió a la pila para lavarse. Sus manos estaban llenas de espuma cuando llamó el teléfono colgado en la pared, junto a la puerta. Maldición, pensó, no hay toallas de papel. Se secó las manos en los pantalones, mientras el teléfono seguía sonando. Por fin cogió el auricular y dijo maquinalmente:

—Aquí Krost.

Sólo entonces se dio cuenta de que había cometido un error. La voz de Donaldson era lo bastante fuerte como para hacer saltar la pintura de las paredes.

—¿Qué demonios hace ahí, Krost? ¿Eligiendo un catálogo de semillas? ¡He perdido un tiempo precioso tratando de localizarle!

—Estaba comprobando las existencias, señor Donaldson —dijo Krost, débilmente.

—¿Desde cuándo son asunto suyo las existencias de Apex?

—Bueno, me lo pidieron cierta noche…

La voz de Krost se perdió, indecisa.

—Cuando le busco a usted, Krost, me da la sensación de que voy a cazar ratas —dijo fríamente Donaldson—. Y unas ratas con mucha experiencia. ¡Condenación, ya le he dicho que se quede en un lugar donde pueda localizarle!

—¿Ocurre algo de particular, señor Donaldson? —dijo Krost, cuya voz rezumaba arrepentimiento—. Si hay algo que pueda hacerle…

—Sí —le interrumpió secamente Donaldson—. En primer lugar, vaya a Motivational Displays, en el piso veintiuno.

—¡Pero si están todos fuera, por las fiestas! —se lamentó Krost.

—El vicepresidente de la firma, Bigelow, acaba de llamar desde el apartamento de ejecutivos. ¿Sabe dónde está eso?

—Sí, es el pequeño apartamento con cocinilla que hay al fondo de las oficinas.

Krost lo recordaba muy bien; el bar de ese apartamento se hallaba habitualmente bien provisto.

—Pues bien, la nevera está averiada y Bigelow está con un cliente.

Krost respondió con voz algo ofendida:

—Pero ¿quieren que les arregle una nevera a estas horas de la noche?

—No haga preguntas. Limítese a ir allí, y a arreglar la avería. Luego vuelva a verme. Quiero saber por dónde anda ganduleando.

—Está bien, señor Donaldson.

Krost colgó el auricular y pensó: «Vete a paseo, Mac. No me vas a coger tan fácilmente». La próxima vez, cuando sonara el teléfono, no se molestaría en contestar. Que Donaldson tratara de encontrarle. Le iba a ser muy difícil, pues no conocía todos sus escondrijos.

Terminó de limpiarse las manos en los pantalones, y apagó la luz. Luego cerró la puerta con llave. Se preguntó a quién podía estar agasajando aquel condenado de Bigelow, a semejantes horas de la noche.

7

Es demasiado dinero, pensó Lex Hughes. La mayor cantidad que la Cooperativa de la National Curtainwall tenía en sus arcas desde hacía mucho tiempo. No era lo bastante para dar fortuna e independencia a un hombre, pero treinta mil dólares era una suma suficiente para imponer respeto. Hizo una anotación en el libro de contabilidad que tenía a su lado, y luego sus dedos gordezuelos recogieron cierto número de billetes de banco y con gesto amoroso los añadieron al fajo que tenía delante. Se mojó el pulgar, retorció el fajo de modo que los billetes quedaron oblicuamente en el lado menor, y comenzó a contar despacio. Otro millar. Envolvió con una tira de papel el montoncito y lo depositó suavemente en la bandeja cercana. Eran los fondos del Club de Navidad, pensó. En la semana siguiente habría numerosos reintegros debido a los regalos de las fiestas.

—¿Qué tal marchas, Lex?

—Va a ser una noche larga, Carolyn —repuso Hughes.

Agrupó otro montón de billetes delante de él y comenzó a contar. De pronto echó un vistazo a la cámara que estaba por encima de su cabeza. «El ojo», como lo llamaban en Credit Union; el omnipresente ojo, que constantemente inspeccionaba el recinto enrejado de la cámara acorazada. Había estado una vez abajo, en la sala de control de la sección de seguridad, y Garfunkel le había mostrado la pequeña pantalla de televisión que estaba conectada a la cámara de la Cooperativa, así como el indicador del pequeño

sensor que registraba el calor de cualquiera que estuviese en las proximidades de aquélla. El hecho le produjo una honda impresión, y ahora, cada vez que veía acercarse a él la lente con su pequeño ojo rojizo, se mostraba inquieto, como si la cámara pudiera leer sus pensamientos.

En otros tiempos, cuando era niño, tenían en la cocina un calendario en el que se veía un ojo enorme que flotaba entre nubes y debajo del cual decía: «Tú, Dios mío, Tú me ves». Su madre poseía hondas ideas fundamentalistas y creía firmemente en la existencia de un Dios con apariencia de persona, y que estaba al tanto de cada acto que uno realizaba. Esto le obsesionó desde la niñez; recordaba siempre el calendario, y cada vez que se aproximaba la cámara, en su lento movimiento de vaivén, pensaba: «Tú me ves».

—Lex, ¿tienes los comprobantes de crédito de la operación de la calle Quinta?

Hughes la miró con aire de culpabilidad. Había olvidado momentáneamente que Carolyn estaba trabajando a su lado.

—Un momento —murmuró—. Deben de estar por aquí, en alguna parte.

Rebuscó en su escritorio y le entregó los papeles. A los veintiocho años, Carolyn Oakes parecía tener diez años más, se dijo con un vestigio de piedad. No es que hubiese envejecido prematuramente, sino que era más bien su modo de vestirse, con aquellos zapatos «cómodos», de tacón bajo, su pelo castaño cepillado cuidadosamente a los lados y recogido atrás, y su falta casi total de maquillaje. En realidad era muy atractiva, pensó Hughes, pero rara vez salía con un hombre, y parecía haber capitulado en la constante lucha por atrapar un marido, que parecía ser el interés principal de muchas de las chicas que trabajaban en la Cooperativa de la National Curtainwall. Una cosa que debía concederle es que poseía una mente precisa y matemática, ideal para el trabajo que realizaba.

Carolyn se inclinó sobre su escritorio y se quitó un zapato, a fin de poderse dar un masaje en la planta.

—Cielos, qué noche —dijo—. Cómo me gustaría irme a casa para remojarme en la bañera el resto de la noche, después de haber aclarado este embrollo.

Hughes siguió haciendo fajos con los billetes que tenía delante, y sus dedos parecían moverse automáticamente. Le preguntó:

—¿Y por qué no haces eso?

—Ya hice los planes para el fin de semana. Mi hermana va a pasar a recogerme esta noche e iremos a los alrededores de la ciudad, a casa de mi tío. Ahora lamento haberlo prometido.

—Puedes llamar por teléfono a tu hermana —contestó Hughes, tras pensarlo un momento.

—Con las pagas de las fiestas y las del Club de Navidad, aún tendremos que estar aquí un par de horas, al menos.

Carolyn volvió a calzarse el zapato y se encaminó hacia el escritorio vecino, sobre el cual se hallaban los libros de contabilidad.

—No se puede decir que los capataces cobren una miseria, ¿verdad? —Añadió ella.

Hughes permaneció en silencio un momento, mientras contaba, y luego pegó otro fajo.

—No, claro que no —dijo al fin.

A pesar del tiempo que llevaba trabajando, le lucía muy poco. Después de veinte años se encontraba con quince mil dólares de deuda, tenía una mujer que no podía dejar de comprar las oportunidades que le salían al paso, y un hijo que era un necio y ni siquiera podía aprobar la escuela de segunda enseñanza elemental. Cualquiera que tuviera un trabajo en la construcción llevaba a su casa el doble de lo que él ganaba. Lo sabía porque veía los cheques de pago que abonaban en la Cooperativa. Cierto es que la envidia no era una virtud; pero aquello, pensó, no era justo.

Sonó el teléfono del escritorio de Carolyn y ella contestó. Luego dijo a Hughes, cubriendo el aparato con la mano:

—Es tu mujer.

—Oye… ¿te importaría? Sólo es un minuto.

—Está bien, tengo que hacer algunas comprobaciones en la caja fuerte, de todos modos —repuso ella.

Hughes se inclinó y cogió el teléfono.

—Lo siento —dijo—. Sé que es fiesta, pero no puedo dejar el trabajo.

Escuchó en silencio un segundo más y luego añadió:

—Iré para casa en cuanto pueda.

Después de colgar pensó que en su vida familiar tampoco tenía mucho de qué vanagloriarse. Se comete un error cuando uno es joven y la sangre bulle en el cuerpo, y luego se pasa uno la vida lamentándolo. Fue poco después de terminar la enseñanza media, cuando trató de probar suerte como actor en Nueva York. Si hubiera podido continuar en su intento durante otros seis meses… Pero no pudo. Ahora le dolía presenciar una representación, sobre todo si era de aquellas de cuyo guión conocía unas líneas. Se sentaba entre los espectadores y murmuraba para sí mismo, anticipando lo que dirían los actores en el escenario. Había entregado todas sus esperanzas, y por una mujer que no le amaba y cuya única ambición en la vida era gastar un dinero que él no podía ganar. ¿Quién era el que había dicho que todos llevamos una vida de serena desesperación?

Abrió el cajón bajo el escritorio y acarició los folletos de las agencias de viaje que tenía allí, mientras en su mente se representaban los exóticos países descritos en los catálogos: Japón, Grecia, el Próximo Oriente…

—¿Por qué no te haces un viaje algún día? —le preguntó Carolyn, que llegaba en ese momento por detrás.

—Sí, algún día lo haré. ¿Sabes?, yo conocí un poco el Japón, durante el servicio militar. No fue mucho; cuando se está en el Ejército, se conoce muy superficialmente el país donde uno tiene la base. Un amigo mío que estaba en la Marina me dijo que lo único que había conocido de ultramar era los pequeños restaurantes de

comidas rápidas que había en torno al lugar de desembarque, y donde solían comer los marineros.

Hughes la miró pensativamente, y añadió:

—¿Y tú, has estado alguna vez en el extranjero, Carolyn? ¿En Inglaterra, Alemania, o Grecia, al menos?

Carolyn asintió, como temiendo causarle pena.

—Pertenezco a un grupo de turismo y todos los veranos vamos a algún sitio. El año pasado estuvimos en Grecia, y visitamos El Pireo, Atenas, la Acrópolis y todo eso. Debieras hacerte de uno de esos grupos. Es más barato que volar desde aquí a la otra costa.

Él se quitó las gafas, cerró los ojos y se oprimió el puente de la nariz con los dedos durante un momento.

—¿Sabes?, creo que me gustaría pasar un par de meses en la Riviera italiana, yo solo —dijo, y lanzó un suspiro—. Imagino que esto te sorprende, ¿verdad?

Ella movió negativamente la cabeza.

—No —repuso—, no me extraña. Lo que ocurre es que la Riviera padece ahora una fuerte contaminación, y el Mediterráneo no es tan azul como se lo ve en los folletos de las agencias.

Carolyn lamentó haberlo dicho, cuando vio la expresión que aparecía en el rostro del otro.

—El lugar adonde va ahora todo el mundo es la costa del Adriático —añadió, tratando de animarle—. Es menos caro y más bonito. No resulta tan comercial, tan turístico.

—¿El Adriático? Tengo que enterarme de eso. Algún día, quizá…

Cerró los ojos, suspiró y preguntó luego:

—¿Has dado entrada a todos los comprobantes?

—Sí —contestó ella, y tras echar un vistazo al reloj de pulsera, añadió—: Será mejor que llame a mi hermana.

—Carolyn —dijo él, vacilando—. Mira, ¿por qué no te marchas? Puedo terminar esto yo solo.

Ella movió la cabeza negando, y respondió:

—Ya conoces los reglamentos. Hay que tener un vigilante que vigile al vigilante.

—¿Temes acaso que coja el dinero y me marche a la costa del Adriático? —declaró él, riendo—. No, no es eso lo que yo pienso hacer.

—Claro que no —dijo ella, dándose cuenta de que había enrojecido un poco—. Pero estoy a cargo de la cámara acorazada, y si alguien se diera cuenta…

—No te preocupes, yo hablaré por ti.

Ella se mostró indecisa, aún.

—Vamos, Carolyn —insistió él—; no pierdas más el tiempo. De todas formas, poco es lo que queda por hacer.

Ella cogió al fin el abrigo, que estaba encima del respaldo de la silla, e inquirió:

—¿Seguro que no me necesitas?

—Bueno, claro que te necesito; pero ¿por qué echar a perder la noche de los dos? Además, el tiempo está empeorando, y si esperas más, quizá no puedas marcharte. Los chicos de la sección de arquitectura se fueron hace una hora.

—Muchas gracias, Lex —dijo ella, deteniéndose en la puerta—. ¿No te han dicho que eres una excelente persona? Agradecida, de nuevo.

Él se tocó un sombrero imaginario con los dedos, y contestó:

—Es un placer.

Carolyn había estado hablando de este viaje toda la pasada semana y había mencionado varias veces que el mejor amigo de su primo también estaría de visita en casa de su tío, y que éste deseaba que lo conociese. A ella le pareció graciosa la idea. No tenía demasiadas esperanzas, pero de todos modos, ¿quién sabe? Al menos, ella debía hacer un último intento, se dijo Hughes. Y por otra parte, no era mucho lo que a él le esperaba en su casa, esa noche.

Con un poco de suerte, siguió pensando Hughes, Carolyn saldría mejor parada que él con Maggie. Maggie. ¿Cómo habría ocurrido

todo? Aquel año en Nueva York, la posibilidad de entrar a formar parte de un cuadro escénico… Todo fantasías, probablemente, pero cabía una posibilidad. Hasta que Maggie le dijo que estaba encinta. Era imposible vivir con un sueldo de desempleo, en aquellos días, y menos siendo dos personas. De modo que hizo lo que correspondía, se casó con ella —el aborto estaba prohibido—, y consiguió un empleo de oficinista, el tipo de trabajo que había hecho hasta entonces.

Pero Maggie no había cambiado. Seguía siendo un poco atolondrada, con una vivacidad que resultaba encantadora en una chica de veinte años, pero deplorable en una mujer de cuarenta. Por otra parte, tenía la completa convicción de que los vestidos hacían a la mujer, tanto más si el precio era alto y las etiquetas conocidas.

Terminó la última entrada y comenzó a calcular los totales. Cuando hubo terminado, cogió la bandeja de los billetes para llevarla a la cámara acorazada. Cuánto dinero, pensó de nuevo; más de treinta mil dólares, bastante más, casi cuarenta mil. Y había aún más en la cámara, así como valores negociables y bonos. Si fuese un hombre desleal, ahora era su oportunidad. Y eso constituía la mayor de las ironías, se dijo. Porque no podía ser un ladrón aunque su vida dependiera de ello. Su crianza le había inculcado esos principios.

¿O no era así?

Echó un vistazo a la lente de la cámara, que apuntaba hacia él. Sí, así era.

Tú me ves.

El rescoldo ya ha adquirido mayor fuerza, espoleado por la tenue brisa del ventilador. Reluce vivamente, como una luciérnaga en la oscuridad nocturna. La raída hebra de algodón, consumida lentamente por el rescoldo, se transforma en una leve ceniza grisácea que cae al suelo transformada en polvillo. El rescoldo ha consumido ya unos cinco centímetros de la hebra de algodón y se transmite a

otra hebra, llegando al grueso de la tela que hay por encima. Aquel exceso de alimento es demasiado para el rescoldo, y poco a poco éste empieza a perder brillo, muriendo de indigestión. Las hebras del punto de unión se oscurecen, al recibir el calor del rescoldo. Éste se halla ahora demasiado débil para poder arder más allá del leve punto de presión donde las dos hebras de algodón se encuentran. Se oscurece cada vez más. La bestia se muere antes de que haya tenido realmente ocasión de vivir.

La temperatura en el cuarto ha seguido bajando, y en algún lugar, en lo hondo de la pared, cerca del techo, dos metales diferentes, de distinto coeficiente de expansión, se retuercen en un común abrazo, alcanzando a tocar en su pugna un contacto de níquel cadmio. Una leve chispa señala el desplazamiento de un distribuidor situado muchos pisos más abajo y un ventilador que se halla en las entrañas del edificio se pone lentamente en marcha. Por encima, en la habitación, el aire caliente irrumpe de pronto por la rejilla de ventilación. El desplazamiento repentino de aire en el oscuro cuarto expulsa la capa de vapores de combustión, y el aire puro circula en torno al rescoldo agonizante. Este relumbra por efectos de la repentina bocanada de aire, y levanta la unión de las dos hebras. Éstas se separan al momento y dos chispas brillan en la oscuridad, donde sólo una había lucido anteriormente.

El aflujo de aire caliente que entra por la rejilla del ventilador, en el techo, se intensifica. El rescoldo toma mayor fuerza.

La cría de la bestia tiene ahora dos brazos.

8

Bueno, el antiguo dicho era cierto, se dijo Krost, interiormente. Sólo un bebedor puede reconocer a otro bebedor. Sonrió aviesamente, con aire comprensivo, y manifestó:

—El señor Donaldson me dijo que tenía usted algún problema, señor Bigelow.

Éste miró a Krost con ojos enrojecidos y leyó el mismo mensaje.

—Por aquí —dijo secamente, moviendo la cabeza en dirección al apartamento de ejecutivos.

Krost avanzó obediente detrás de él a través de la sala de almacenamiento, observando con curiosidad los Papás Noel y los renos de espuma plástica. Parecía la sección de juguetes de unos grandes almacenes. Llegaron al apartamento propiamente dicho, y Bigelow señaló con dedo acusador hacia la nevera, que se hallaba en el espacio destinado a cocina.

—¿Cómo demonios puede uno atender a un cliente, si no hay hielo? No sé qué le pasa a ese maldito aparato. Hasta la luz se ha apagado.

—Sí, señor, claro que es un inconveniente, señor Bigelow, pero lo arreglaremos en un instante.

Los ojos de Krost recorrían activos el apartamento, mientras hablaba. Si Bigelow atendía entonces a un cliente, no se notaba mucho. Él era el único que se veía allí; no había abrigos en el sofá o en los sillones, ni papeles de negocios sobre la mesa de café, ni tampoco carteras de documentos.

Krost se arrodilló junto al refrigerador, y declaró al mismo tiempo:

—No sé lo que ocurre con los fabricantes. Uno recibe las cosas bien de la fábrica, y piensa que han realizado una inspección antes de expedirlo; pero no, señor, no se molestan. Luego lo venden, y se olvidan de todo.

Lo que ocurría era que el enchufe se había salido de su lugar, en la pared posterior, y debido a la posición resultaba difícil descubrirlo. Había que arrodillarse y manotear entre el polvo, detrás del mueble, pero Bigelow no era el tipo de persona que se agacha y se arruga los pantalones, o se dispone a mancharse de grasa los inmaculados zapatos de suela gruesa.

—Creo que lo arreglaré en un momento, señor Bigelow. No parece ser una avería importante.

Bigelow se estaba poniendo cada vez más nervioso, y manifestó:

—Siga usted adelante; arréglelo de una vez y no me cuente lo que hace.

—Desde luego, señor Bigelow. Justamente, Daisy me decía la otra noche que uno nunca puede concentrarse en algo difícil, si mientras lo hace, se dedica a hablar al mismo tiempo. A veces el silencio vale tanto como el oro.

Krost comprendió al fin. La puerta cerrada; probablemente el cuartito de baño. Sí; tenía que ser el cuarto de baño. Y de él no llegaba el menor sonido. Había dejado unos alicates sobre la mesa, y se puso en pie para cogerlos. Vio dos vasos en el fregadero, uno de ellos con una gruesa mancha de carmín en el borde. Bueno, eso debía de ser. ¿Quién podía atender a un cliente la víspera del día de Acción de Gracias? Tal vez Donaldson era lo bastante tonto para creerlo, pero él no se lo creía.

Krost hizo algunos ruidos con los alicates, luego colocó el enchufe, y parpadeó a continuación ante la intensa luz que salió del refrigerador.

—Creo que ya está solucionado, ¿verdad, señor Bigelow? —dijo.

Cuánto hubiera dado por saber quién estaba allí dentro, pensó. Bigelow no parecía el tipo de hombre que va con cualquier mujer. Quizá era alguna de las secretarias que trabajaban en el edificio. Eso podía constituir un pequeño escándalo, del que incluso pudiera obtenerse algún beneficio. Se introdujo los alicates en el bolsillo posterior del pantalón, y salió de la cocinilla.

—Sí, creo que está bien —murmuró Bigelow, mientras abría la puerta en el otro extremo del apartamento.

Entonces, Krost advirtió algo por el rabillo del ojo, y se volvió lentamente, como para admirar la vista de la ciudad a través de las amplias ventanas. Sí, tenía razón. Había un ejemplar de *Variety* introducido a medias entre un cojín y el brazo del sofá. Ahora no tenía prisa por marcharse.

—Vaya, hermosa vista tiene usted desde aquí, señor Bigelow —dijo—. Nunca había visto la ciudad tan bonita, aun cuando esté lloviendo.

Bigelow se quedó mirándole unos segundos; luego extrajo la billetera, sacó un billete de cinco dólares, y tras doblarlo lo depositó en la mano de Krost.

—Muchas gracias por lo del frigorífico —le dijo, sombríamente—. Me ha hecho un buen servicio.

Krost miró el billete y manifestó:

—Bueno, no tiene necesidad de hacer eso, señor Bigelow. Nosotros, la gente del mantenimiento, no cobramos nada por nuestros servicios. Todo está incluido en el alquiler…

Pero siguió sin moverse, y Bigelow extrajo otro billete de cinco dólares, esta vez sacándolo fuera de la puerta con la mano que lo sostenía.

—Imagino lo que significa tener que abandonar la tarea habitual para hacer esto —dijo Bigelow—. Lamento haberle retenido aquí todo este tiempo.

La mirada de Bigelow era asesina, y Krost se dio cuenta de que el juego había terminado, aunque pensó que lo había hecho

bastante bien como para ganarse los diez dólares.

—De nuevo gracias, señor Bigelow —concluyó Krost.

Una vez en el vestíbulo, Krost pensó: «¿A quién demonios cree este mal nacido que está engañando, con ese cuento del cliente? Si hay algún cliente ése es el mismo Bigelow, y el precio que paga probablemente es bastante alto. Las mujeres como la señorita Elmon no resultan baratas, desde luego». Bueno, él no había pedido a Bigelow que le diese dinero alguno. La idea había partido de él. Luego recordó que había dejado la linterna sobre la mesa de la cocina. Pensó volver para pedirla, pero se dijo que no era adecuado. No, en esos momentos, no.

Tomó el ascensor hasta el piso veinticinco y se detuvo ante la puerta del cuarto de servicios de Apex, rebuscando en el bolsillo donde había colocado la llave. Vaya, qué bien le vendría un trago, ahora mismo. Lo último que hubiera hecho Bigelow habría sido ofrecérselo. Probablemente con ello, Krost había ganado diez dólares; claro que era dinero de un culpable…

Y en ese momento recordó, lleno de pánico, que había dejado el jarro del café con el calentador enchufado.

¡Santo cielo, otra vez, no!

Notó que el sudor le resbalaba por la frente empapada. Introdujo la llave en la cerradura y abrió de golpe. Enseguida se apoyó en el marco de la puerta, lanzando un suspiro de alivio. El jarro se encontraba donde lo había dejado, con el calentador inclinado sobre un borde interior. Luego advirtió que no salía vapor del interior del jarro. Saltó hacia él, pero no llegó a tiempo.

Krost alcanzó el enchufe de la pared en el preciso momento en que el calentador estallaba. En ese instante, cuando no había quedado agua que enfriase las espirales del calentador, el aluminio se fundió, los conductores internos entraron en cortocircuito y aquel aluminio estalló, lanzando una cascada de chispas metálicas. Una de ellas cayó en el dorso de la mano de Krost, que lanzó un juramento y sacudió la mano, volcando la botella de Windex. El *brandy* que

contenía, se vertió sobre la porcelana de que estaba recubierta la mesa, y con un fogonazo la superficie de la misma quedó anegada en llamas azulinas.

Krost intentó apagar las llamas con sus propias manos y se chamuscó el vello de los dedos. El llameante *brandy* goteaba ahora sobre el suelo, ante la mesa, y corría en pequeños regueros hacia el armario donde estaba el disolvente. Krost pisoteó frenéticamente las llamas, luego corrió hacia la pila donde estaba el fregador y con él, azotó las llamas. Éstas comenzaban a bailar por la parte baja del armario, cuando las barrió con las hebras húmedas del fregador, extinguiéndolas más por la violencia de su maniobra que por el agua que hubiese en las hebras.

Krost se volvió entonces hacia la mesa. El charco de *brandy* ya se estaba secando, por haberse quemado el propio alcohol; pero aún quedaba algo de licor en la botella volcada. Las llamas oscilaban ante la boca de la botella, al vaporizarse y quemarse el alcohol del interior. Espantado de nuevo, Krost alzó el fregador y golpeó la botella, que cayó de la mesa y se estrelló en el suelo. Pero casi no quedaba *brandy* en su interior, y los últimos vestigios de alcohol se desvanecieron en una tenue llamarada azul.

Krost permaneció un momento jadeando, asustado ahora por los fuertes latidos de su corazón. Casi se había reproducido el incendio del Melton Building, pero gracias a Dios, aquí lo apagó a tiempo. Miró a su alrededor. ¡Cielos, qué desorden…! Sacó una escoba del armario empotrado y barrió los pequeños trozos de cristal. Luego volvió a humedecer el fregador y limpió el suelo, así como la superficie de porcelana de la mesa. Un trozo de cartón le sirvió de pala para recoger los fragmentos de cristal y los restos del calentador. Fue a arrojarlos en un cubo de la basura cercano, pero vaciló. Aquello podía constituir un error, se dijo. Entonces, en vez de tirar los restos, los envolvió en unas toallas de papel que sacó del armario, y se introdujo el grueso paquete en un bolsillo. Ya se desharía de aquello en otro piso.

Por fin, se echó hacia atrás y lanzó una ojeada a la habitación. Exceptuando los puntos quemados de la mesa donde habían caído gotitas de metal ardiente, no se apreciaba allí señal alguna de que se hubiera producido un conato de incendio. De nuevo colocó la cucharilla, el jarro de café y lo demás en la parte trasera del estante superior, y luego lavó las hebras del fregador. Nadie llegaría a saber nunca lo que había ocurrido, se dijo. El tenue olor a *brandy* y a metal quemado había ya desaparecido por los conductos del aire acondicionado.

Ahora, santo cielo, ahora sí que necesitaba echar un trago. No tenía *brandy* allí, pero sí lo había en el lugar de donde lo sacó previamente, el bar de Consolidated Distributors, en el piso veintidós. Y bien, ¿por qué no? Su misión era supervisar la labor de las mujeres de la limpieza. Podía hacerlo allí, y al mismo tiempo se desharía de los fragmentos del jarro, de la botella, y del calentador fundido, que llevaba en el paquete del bolsillo.

O bien… Se detuvo en la puerta, indeciso. También podía volver al sitio donde había escondido la botella que había traído al entrar al trabajo. Reflexionó unos instantes, y luego se dijo: «de ningún modo, condenación», mientras se sonreía a sí mismo. Era demasiado temprano, y por otra parte pensaba dejar aquello para los postres. Consolidated era una firma que se caracterizaba por la calidad de todo cuanto poseía, y hacia la medianoche, pensó Krost, sentiría deseos de tomar algo de verdadera calidad.

Krost iba a dar un paso en falso irreparable, pero en ese preciso momento no podía saberlo.

9

La lista de asistencias parecía un crucigrama en el que faltaran la mitad de las palabras, pensó Garfunkel, disgustado. Mirisch, en particular, tenía un registro irregular. Era un noctámbulo y no necesitaba realmente su trabajo, lo cual explicaba quizá su conducta. Se había presentado al turno anterior alegando una complicada excusa, y era poco probable que acudiera esa noche. Garfunkel no pensaba llamarle, pues quien debía hacerlo era Mirisch.

Bien, de todos modos había numerosos nombres en la lista de suplentes. Contrataría a algún veterano de la guerra. Necesitaban trabajar y eran dignos de confianza. Era mejor dar el puesto a un hombre nuevo, que tratar de enderezar a uno antiguo. Hay que ser un hueso, se dijo Garfunkel, o de lo contrario aquello sería un caos.

Recogió las copias de las listas que le habían entregado Jernigan y el guardia del vestíbulo, y echó un rápido vistazo a los nombres relacionados. No había mucha gente trabajando hasta tarde, lo cual era comprensible, y parecía que la mayor parte de los inquilinos se habían marchado a pasar fuera el fin de semana. Él también se hubiera ido al sur, a pasar las fiestas en casa de su hermana, pero la deserción en masa de los guardias le había retenido allí.

Echó un vistazo final al vestíbulo, adonde la muchedumbre de la cena comenzaba a llegar, y luego ascendió un corto tramo de escaleras hasta el cuarto de vigilancia. Era un despacho pequeño, parecido al de las agencias de alquiler de coches. En una pared había una serie de cuadros indicadores conectados con los sensores

de calor y humo, además de una docena de pantallas de inspección que cubrían las zonas más importantes del edificio: los vestíbulos, el garaje, las ventanillas de los pagadores del Banco, el sector de la cámara acorazada de la Cooperativa de la National Curtainwall, y lugares parecidos. Por lo común tenía dos hombres para observar las pantallas y hacer rondas contra incendios, pero Sammy tampoco estaba allí esa noche.

—¿Marcha todo bien, Arnie? —preguntó.

Arnold Shea giró en su silla y dijo:

—Hola, jefe, me alegro de verle. Mire, casi me siento inclinado a creer que vamos a tener un robo en la Cooperativa de la National Curtainwall.

Garfunkel se acercó rápidamente a la pantalla y vio a Hughes, que contaba los billetes, los separaba en fajos mediante bandas de papel, y de vez en cuando echaba un vistazo a la cámara con aire pensativo.

—Eso no me gusta, jefe. Si alguna vez he visto a un individuo que pensara escapar con tanto dinero, el individuo es ése.

—Está usted loco. Pídale a Lex Hughes que le cite la Biblia versículo por versículo, y le tendrá recitando hasta decirle basta. Es un honorable miembro de una de esas iglesias restauradoras.

—Son de las que pasan el platillo durante las misas, ¿no es cierto?

—Si Hughes viera que se le caía a usted una moneda en la acera, sería capaz de correr un kilómetro para recogerla y entregársela, puede creerme. Una vez cometí el error de mostrarle estas pantallas, y él palideció. Probablemente piensa que el Ojo de Dios le observa, y no puede resistir la tentación de devolver la mirada. Pero no es mala persona. El pobre carga con una mujer que tiene cuarenta años y cree que aún tiene dieciséis.

—¿Qué le pasa a usted con las mujeres, jefe? —preguntó Shea, sonriendo.

—Nada. Estuve casado con una de ellas, cierta vez.

Garfunkel echó un vistazo a su reloj. Eran cerca de las siete de la tarde, y dentro de pocos minutos serían activados los cierres eléctricos de la caja de la escalera, y todo el edificio quedaría protegido. Si lo deseaba, podía marcharse a casa después. Arnie podía quedar a cargo de las pantallas, y Jernigan de los pisos residenciales. Tenía también otros tres hombres que, dispersos por el edificio, se bastarían para controlar todo. Y resultaría muy grato, ciertamente, poder quitarse de una vez los zapatos. Porque tanto física como profesionalmente, se había convertido en un pies planos, un tipo inflexible.

Shea bostezó y dijo:

—Estos aparatos lo hipnotizan a uno. Casi me he quedado dormido una docena de veces. Es distinto cuando se tiene a alguien con quien hablar.

Aquel condenado le había leído en la mente, gruñó Garfunkel, para sus adentros. Aquello era parte de un complot, algo para impedirle que pudiera mover al aire los dedos de los pies en la intimidad de su piso. No podía confiar en que Shea aguantara hasta el turno siguiente, y menos aún que ese turno llegara a presentarse.

—No lo sé —añadió Shea, mirando de nuevo hacia la pantalla—. Le digo, Dan, que ese hombre parece tener pintado el paisaje de Sudamérica en los ojos.

—Nada; probablemente está pensando en la santa Virgen María —gruñó Garfunkel—. Le digo que es el individuo más honrado de este edificio, exceptuándome a mí.

Garfunkel tomó asiento en una silla cercana y repasó de nuevo la lista de inquilinos, comparándola con la de reservas del Salón de Paseo. Muy pocos eran los que cenaban arriba, y entre ellos se encontraban Lisolette Mueller y Harlee Claiborne. No podía culpar a éstos, pues debía ser agradable ir a cenar fuera del edificio en la víspera de las fiestas, pero no con semejante tiempo.

Shea se agitó de pronto y exclamó:

—¡Eh!

Garfunkel estuvo pronto a sus espaldas, y preguntó:

—¿Qué ocurre?

Shea se tranquilizó un poco, pero aún conservaba algo de inquietud. Dijo:

—Ahí, la pantalla del vestíbulo. He creído ver a alguien corriendo por el pasillo del fondo. Lo divisé por el rabillo del ojo.

Ambos observaron la pantalla durante unas cuantas pasadas que hizo por el vestíbulo. Sólo estaban los visitantes, así como Sue y el guardia.

—Probablemente no haya sido nada —declaró Shea—. Quizá una imagen fantasma. O tal vez es que mis ojos me están jugando una mala pasada.

Quizá, y quizá no, se dijo Garfunkel. Aquello resolvía las cosas. No se iría a casa. Por una parte, había escasez de personal, y por la otra… después del programa de Quantrell, sólo faltaba que algún maniático eligiese aquella noche para incendiar el rascacielos.

10

El vestíbulo de la Casa de Cristal se hallaba atestado de gente. Más de lo que Jesús Obligado recordaba, al compararlo con otras ocasiones. Murmuró una silenciosa plegaria de agradecimiento, mientras trasponía la puerta giratoria de la entrada. Durante un momento quedó parado en el interior, disfrutando del calorcillo, mientras sacudía el agua de su delgado impermeable. Hacía un tiempo de perros en el exterior, pensó, muy poco adecuado para su Levis y su ligera americana. Pero había vendido el pesado chaquetón de cuero hacía algunas semanas, junto con el reloj que le dejara su padre al morir, y el televisor en colores, después de decirle a su madre que se lo habían robado.

Comenzó a temblar de nuevo mientras su frente se cubría de sudor. Los calambres y los vómitos empezarían enseguida, y el vestíbulo no era el lugar apropiado para cuando ocurriese. Por otra parte, si permanecía allí mucho tiempo, el guardia no tardaría en localizarle entre todas aquellas mujeres con sus abrigos de pieles, y los maridos vestidos de etiqueta. Se veían unos cuantos muchachos con sus padres, pero nadie de su misma edad. Los que se hallaban en aquel vestíbulo después de las seis, eran los que trabajaban en el edificio, o los que iban al restaurante superior; ¿y quién demonios de los de su edad podía tener dinero para eso?

El guardia se hallaba junto al mostrador de las reservas, sin prestar demasiada atención a los que entraban por las puertas, y Jesús notó que la tensión le abandonaba un poco. No resultaría fácil,

pero con un poco de suerte podría conseguirlo. Ya lo había hecho anteriormente. Miró a su alrededor hasta localizar la cámara, en el otro extremo del vestíbulo, cerca de las puertas de Surety National, y advirtió que se desplazaba lentamente por encima de la gente, girando en ese momento hacia donde él se hallaba.

Rápidamente se adelantó unos pasos para mezclarse con un grupo más compacto, y luego prosiguió en dirección a la puerta que daba paso a las escaleras. Debía encontrarse en el segundo piso antes de las siete, hora en que accionaban las cerraduras eléctricas, y resultaba imposible entrar en las plantas para los que llegaban desde la escalera. Echó una ojeada al reloj que había en la pared de mármol cercana a la entrada. Disponía de algunos minutos, pero no muchos.

La gente del vestíbulo se amontonaba ante el mostrador de las reservas, y el guardia estaba ocupado en ese momento tratando de hacer que formasen fila. Si actuaba con rapidez, se dijo Jesús, podía conseguirlo. La cámara estaba ahora en un extremo de su recorrido. Jesús se desplazó velozmente por la periferia de los grupos, sin que los que allí se encontraban le prestasen demasiada atención, pues intentaban llegar al mostrador lo antes posible.

Por fin se vio en zona despejada, a unos siete metros de la puerta. El guardia seguía dando instrucciones y tratando de contener a la multitud, pero la cámara ya había iniciado su recorrido de vuelta. Jesús se arriesgó y echó vina breve carrera hacia la puerta. El joven se dijo que la cámara tal vez le había localizado.

Empujó la puerta metálica y se deslizó al interior, oyendo a continuación cómo el cierre automático emitía un chasquido al cerrarse. Se encontraba entonces en la desnuda caja de la escalera, cuyas paredes exhibían la señal de las maderas del encofrado. Se apoyó contra una pared durante un momento, al lado de los grisáceos escalones. Sentía que iba a ponerse enfermo. Alcanzaba a notar que el contenido de su estómago se revolvía, y advirtió un gusto a bilis en la boca. No podría conseguirlo, pensó. No tendría

tiempo. Mantuvo la boca cerrada convulsivamente, mientras el sudor le goteaba por la barbilla. Cuando llegaran los calambres no podría aguantarlo; no podría hacer nada. No sabía exactamente cuándo se presentarían, pero sucedería antes de una hora. Tenían que encontrar a su madre, conseguir el dinero y alcanzar al intermediario antes de que le acometiesen los calambres.

Señor, Señor, dijo para sus adentros, en el momento en que sentía que sus rodillas empezaban a aflojarse. Experimentó una arcada, pero la contuvo y se secó la boca con la manga. Spinner, el intermediario, era un hijo de perra; no aguardaría en la calleja más de los diez minutos que habían acordado. El mal nacido le había dejado sin dinero el mes anterior, pero no sería capaz de esperar diez minutos, aun cuando hubiese en perspectiva un billete de los grandes. A Spinner lo habían cogido un par de veces por vender drogas, y los de la brigada de narcóticos le dijeron que si volvían a atraparle le encerrarían y perderían la llave.

Lleno de pánico, Jesús pensó de pronto en su madre. Ella trabajaba entre los pisos diecisiete y veinte, pero no sabía por dónde podía comenzar, y dónde se hallaría en aquellos momentos. Lo único que podía hacer era buscar en esas plantas hasta encontrarla, y procurar que le dejase un billete de veinte dólares. Ella llevaba consigo su cartera, pues no la dejaba en los servicios, lo mismo que hacían las demás mujeres de la limpieza. De otro modo, no se hubiera molestado en ir a verla. Veinte dólares le salvarían aquella noche, y mañana, ya se las arreglaría. En aquellos momentos, el día de mañana se encontraba a un centenar de años de distancia.

Cada vez tenía menos tiempo, razonó frenéticamente. Debía llegar al tramo de escalera del segundo piso antes de las siete. Y ya debía ser esa hora. Pero no, aún no había escuchado el chasquido de los cierres eléctricos de las puertas. Subió pesadamente los escalones hasta el rellano, y tuvo que detenerse de nuevo para contener la necesidad de vomitar. Continuó, y al cabo de un momento se hallaba en el segundo piso y empujaba la puerta. La

había traspuesto, cuando escuchó el zumbido que indicaba la activación de los cierres automáticos. Un segundo más y hubiese quedado fuera. No tenía dinero, y eso significaba que dejaría las tripas en alguna calleja o temblaría de náuseas y calambres en su maloliente catre, o en casa de María, tal vez.

Avanzó hasta la caja del ascensor y oprimió desesperadamente el botón. Un momento después, la puerta se abrió con leve rumor y Jesús se precipitó a pulsar el botón del piso diecisiete. Santa Madre María, haz que esté allí, suplicó, casi sollozando. No tendría fuerzas ni tiempo suficiente para buscar en todos los pisos, y Spinner no le aguardaría. El cerdo nunca esperaba.

Salió en el piso diecisiete y avanzó en silencio por el corredor, pasando ante los escaparates de varias tiendas, que ahora estaban oscuras y sin vida. Torció por otro pasillo y observó que más allá del cristal esmerilado de una puerta brillaba una tenue luz. Era Today's Interiors, con los nombres *Ian Douglas* y *Larry Uhlmann* impresos en el cartel con letras de fantasía. Eran los dos maricas que dirigían el negocio, se dijo. Recordaba que Douglas era el más viejo, un hombre grueso, con torso de barril. Uhlmann era más joven y delgado. Había dado con ellos cierta vez, cuando acudió a ver a su madre, y alegó que el guardia le había dado permiso para entrar. Ninguno de los dos se mostró demasiado amistoso, pero en los ojos del más viejo advirtió algo extraño.

Decoradores de interior, se dijo Jesús. Vendían los bártulos de lujo que los ricos ponían en sus casas. Eran cosas caras. Vaciló un momento junto a la puerta, escuchando. No se oía ruido alguno, y por lo tenue de la luz pensó que quien quiera que estuviese allí debía hallarse en la trastienda. Tal vez valiese la pena probar, razonó. No habría clientela a esas horas, y los dueños estaban atrás. Quizá pudiera apoderarse de algo, y hacer luego un trato con Spinner. Pero comprendió que aquello era muy arriesgado, y se dijo que la mejor solución era su madre.

Continuó pasillo adelante. Había luces encendidas en los despachos de la Cooperativa National Curtainwall. Estuvo allí una vez, también, mientras su madre limpiaba. Pero ahora no había bastantes luces como para indicar que dentro se hallaban las mujeres de la limpieza. Sólo algunas a un lado, donde estaba la caja de caudales, que contenía mucho dinero. Su madre le había dicho antes que numerosos empleados de la firma guardaban allí su dinero, como en un Banco. Sin duda tenían fuertes sumas, en ese momento, pues faltaba poco para las fiestas. Por un momento deseó tener a mano una pistola, pero luego desechó la idea. Era demasiado gallina para eso. Las armas le asustaban. Cuando tenía menos edad había participado en reyertas callejeras, en las que se luchaba con navajas y cadenas. Cierta noche, alguno se presentó con una pistola, y uno de sus amigos resultó muerto. A él mismo le dieron una cuchillada en un costado y estuvo sangrando como un cerdo durante medio día.

Su madre consiguió que le cosiera la herida un médico puertorriqueño, un médico que sabía lo bastante como para mantener cerrada la boca y que no preguntó a Jesús acerca de lo ocurrido. Pero después de eso, Jesús se retiró de las pandillas. Se dijo que la vez siguiente tendría menos suerte.

Comenzaba a sentirse invadido por el pánico. Se encontraba cerca del final del pasillo y no veía señal alguna de las mujeres de la limpieza. Las bandejas llenas de arena que había a lo largo del pasillo estaban aún repletas de colillas, y en ninguno de los demás despachos brillaba ninguna luz. Quizá en otro pasillo… Echó a correr, y al cabo de un momento comprendió que había acertado, y ninguna de las mujeres había llegado aún a aquel piso. Cielos, ¿qué podía hacer él? Notó las primeras señales de un calambre, y su tez olivácea palideció. Quizá su madre se había puesto enferma. Tal vez Martínez, su nuevo «marido», le había pegado muy fuerte y no pudo acudir a trabajar. El muy cerdo, pensó; algún día iba a enterrarle

quince centímetros de hoja de acero en la barriga, y vería quién era más macho de los dos.

Pero lo más probable era que su madre estuviese trabajando en otro piso, pensó, procurando no perder la esperanza. Corrió de nuevo hacia los ascensores, y luego se detuvo un momento, vacilando, hasta que se decidió y tanteó el picaporte. Éste giró con facilidad. Abrió en silencio la puerta unos quince centímetros y echó una ojeada al interior. No había nadie por allí, si bien alcanzaba a percibir algunos tenues ruidos en la parte trasera del local, como si estuvieran trabajando con una máquina de calcular. Estaban ocupados, se dijo. Valía la pena intentarlo. Avanzó por el interior de la tienda que estaba a oscuras, y se detuvo, dejando que sus ojos se acostumbraran a la falta de luz. Luego miró rápidamente a su alrededor. Al principio no vio nada que pudiera resultarle de utilidad. Un escritorio contra la pared; podía tener algún dinero… Se adelantó con cautela y abrió los cajones uno a uno. Papel de escribir, sobres, y lo que parecía ser un billetero. Pero no había billetes dentro; tan sólo unas pocas monedas. En el resto de los cajones, sellos, clips de papel y bandas de goma.

Contra la pared más alejada se alineaban unos muebles lujosos, de aspecto delicado, que no hubiesen durado una semana en su casa. Con curiosidad repentina, Jesús avanzó hacia un sofá y se sentó en él, rebotando en los muelles y agitando sus estrechas posaderas contra el tapizado del mueble. Bah, aquello no era nada cómodo. ¿Quién iba a querer semejante bártulo?

Entonces lo vio. Había un sector de estantes cerrados por cristales, en una de las paredes. Encendió una cerilla, y al rasparla en la caja el sonido se dejó oír con fuerza inusitada en la estancia. Sostuvo la llama ante las vitrinas, cuyo cristal estaba teñido de color grisáceo. En uno de los estantes aparecían conjuntos de figurillas que parecían ser de marfil. Podía meter algunas en un bolsillo. Quizá Spinner las aceptara como pago, a dólar cada una. A continuación sus ojos se agrandaron. Junto a las figurillas había un reloj de mesa

antiguo, de porcelana esmaltada y con franjas que parecían de oro. Aquello sí que valía dinero, pensó. Al menos veinte dólares. Hasta Spinner sería capaz de valorarlo.

Corrió los cristales en silencio, y empezaba a levantar el reloj con la mano, cuando de pronto la habitación quedó inundada de luz, y una voz profunda, gruñó:

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Jesús se volvió rápidamente, con lo que su codo empujó el estante de las piezas de marfil, que cayeron sobre el suelo alfombrado.

—¡Ah, pequeño rufián! —gritó el grueso hombrón, saltando hacia él.

Jesús corrió hacia la puerta, aferrando aún el reloj, pero el otro llegó primero. Entonces, Jesús se dio cuenta de lo grande y pesado que era el individuo. Pesaría sus buenos ciento diez kilos, con cerca de un metro noventa. Le sacaba más de una cabeza a Jesús, con sus sesenta kilos y un metro setenta de alto. Jesús retrocedió, y de pronto se volvió y dio un puntapié a las figurillas de marfil, que se esparcieron por todo el suelo.

El hombrón lanzó un grito y cayó sobre una rodilla, tratando de coger las figuras, que rebotaron contra la pared. Jesús saltó de nuevo hacia la puerta, cuando una pesada mano se cerró sobre su tobillo y tiró de él hacia atrás. Se desplomó Jesús, dejando caer el reloj, que se hizo pedazos contra el suelo. Luego rodó como un gato, hasta que golpeó en un mueble. El hombre, estuvo encima de él enseguida, aterrándole por los hombros con tal fuerza, que sus dedos se le hundían casi hasta el hueso.

La mano derecha de Jesús se escurrió hacia su bolsillo, pero el otro le golpeó, y sus fuertes dedos desgarraron el bolsillo desde el borde, con lo que la navaja fue a caer, inofensiva, sobre el piso.

—¡Sucio perro callejero! —exclamó el hombre, mientras le hacía poner de pie y le sujetaba las manos por detrás. Jesús pensó al principio que su adversario era un hombre fofo, pero el vientre que

apretaba ahora su cadera era duro, musculoso, y las manos que le sujetaban las muñecas parecían hechas de hierro.

—¡Oiga, me está haciendo daño!

—¡Entonces, quédate quieto o te voy a hacer mucho más daño aún! —dijo el hombre, con la voz dominada por la ira.

—Está bien; no voy a escaparme —repuso, y dejó de forcejear. El otro aflojó un poco la presión con que lo retenía.

—¿Cómo te llamas?

—Jesús Obligado —contestó con hosquedad, y como mirase rápidamente por toda la tienda, el otro se dio cuenta y dijo:

—No lo intentes. Eres un maldito ladrón, y si te matara, probablemente nadie diría nada.

Jesús se apoyó contra la pared, frotándose las doloridas muñecas. Aquello era una soberana mentira. El hombre podía pegarle, pero de ningún modo pensaba matarle. Jesús ya había conocido el tipo de individuo que era capaz de matar, y por mucho que hablase, aquel hombrón no era de ésos. Se tranquilizó un poco. El otro tal vez llamara a los policías, pero él podía decir que estaba buscando a su madre, y que al ver luces entró, creyendo que ella estaba limpiando el local. Y si aquello no resultaba… De pronto tuvo una idea mejor. Podía decir que el hombrón le había invitado, ofreciéndole dinero. Los policías le creerían, pues el otro era, a su entender, un pervertido. Empezó a sentirse animado.

—¿A qué viene esa sonrisa? —le preguntó el hombre.

—¿Va a llamar a la policía?

—¿Hay alguna razón para que no lo haga?

—Claro —contestó Jesús, desafiante—. Llámelos y les diré que usted me pidió que viniera aquí; que me quería…

No se dio cuenta, siquiera, de lo que se le venía encima. La mano del hombrón le dio de plano en el rostro. Jesús se tambaleó y por poco cayó al suelo. La bofetada fue tan fuerte, que le dolieron hasta los dientes.

—Te has equivocado de Estado —dijo el hombre, fríamente—. Tienes demasiada edad, y aquí la sodomía no es un delito. Pero sí lo es el chantaje.

Miró de cerca a Jesús y añadió:

—¿Qué estás buscando? ¿Qué quieres?

—Dinero —repuso el joven, sombríamente—. ¿Qué otra cosa podía ser, demonios?

—¿Para qué lo quieres?

Jesús se alzó de improviso las mangas y tendió hacia el otro los delgados brazos, con las venas a la vista.

—Mire, hombre; mire bien. ¿No ha visto estas marcas, antes de ahora?

Algo brilló en los ojos del hombre, durante un momento. Jesús no estaba seguro de lo que podía ser.

—¡Cielos, muchacho, te estás matando! —exclamó el otro, suavemente.

De pronto, Jesús se sintió irritado contra todos, contra la ciudad, contra su madre por no haber estado donde él creía, contra el hombrón.

—Cree usted que debo ir a un hospital, ¿verdad? ¡Pues sepa que allí hay una lista de espera! ¡Una maldita lista de espera de mes y medio! ¿Qué cree que puedo hacer? ¿Aguantar esta carne de gallina en mi apartamento? ¡Mi madre ni siquiera lo sabe! ¡Su amigo me descalabraría!

De nuevo empezaba a sentirse enfermo; volvía la suave sensación de hormigueo. Comenzó a tiritar, y sus dientes castañetearon con fuerza.

—Mire, hombre, usted me conoce, de acuerdo. Pero yo también le conozco. Veinte dólares; necesito veinte dólares.

Entonces arqueó la espalda ligeramente contra la pared, adelantando las caderas.

—Veinte dólares. ¿No me quiere? —dijo con voz que era casi una súplica—. Yo estoy bien; ya me han atizado antes, no se preocupe.

Por aquí no hay nadie, y no diré absolutamente nada. ¡Veinte dólares y puede tenerme, hombre!

De nuevo pasó algo por el rostro del otro, que Jesús no pudo precisar.

—¿Qué te hace pensar que quiero tenerte? —le preguntó el hombrón, al fin.

—Le conozco —dijo Jesús, sencillamente.

El otro sacudió negativamente la cabeza y respondió con suavidad:

—No te quiero *a ti*.

Durante unos segundos pareció estar pensando algo, y Jesús se dio cuenta de que estaba descuidado. Se arrojó hacia delante, estrellando su hombro contra el vientre del individuo, y corrió hacia la puerta. Pudo sentir que el otro se le venía encima, pero un segundo después se encontraba en el pasillo, corriendo hacia el extremo del mismo. Halló otro corredor, torció por él, y enseguida se detuvo, escuchando. Nadie le seguía. Subió al ascensor y oprimió un botón. Maldición, le volvían de nuevo los vómitos. Maldito cerdo…

Encontró a su madre en el piso dieciocho, al final del vestíbulo que había cerca del acceso a las escaleras. Estaba pasando el fregador por el suelo. Ella no le había visto desde hacía una semana, y tenía aspecto de estar terriblemente cansada. Mucho peor, pensó Jesús. Ella estaba cansada, y él se sentía enfermo.

Al oír sus pasos, la mujer alzó la vista y mostró su asombro.

—¡Ah, eres tú, Jesús! —exclamó, y continuó hablando rápidamente en castellano—. ¿Qué haces aquí? ¡No deberías venir, te lo he dicho!

Jesús tiritaba de nuevo.

—Por Dios, mamá, habla inglés; no te entiendo lo que dices —repuso él, y tras una pausa añadió—: Mira, necesito dinero, mamá.

—No hay dinero —respondió la mujer, con firmeza, y se inclinó para retorcer el fregador en el cubo.

Jesús dio una patada al cubo, enviándolo lejos de donde estaban.

—Mamá, no quiero hacerte daño —añadió él, pasándose la lengua por los labios.

No tenía a nadie más a quien recurrir. No tenía ningún sitio adonde ir.

—Mamá —repitió, con aparente serenidad—. Necesito dinero.

—He dicho que no hay dinero —dijo ella, retrocediendo frente a él.

Jesús se arrojó sobre su madre y aferrándola por las hombreras del vestido azul de trabajo, la sacudió, mientras gritaba:

—¡Vieja loca, vieja criolla, necesito dinero! ¡Necesito dinero ahora mismo!

11

—Arnie, creo que voy a hacer una ronda de prevención de incendios —dijo Dan Garfunkel.

El agente alzó la vista de la pantalla y se quedó mirando a Garfunkel.

—Ya lo hizo a las ocho, jefe —manifestó—. Creo que va a ser una larga noche para usted.

Garfunkel recogió el pequeño tablero con el bloc de papel, que usaba cuando hacía la ronda, se encaminó hacia la puerta y repuso:

—Hay falta de personal, y por otra parte, ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿Irme a casa a ver la televisión? No vale la pena lo que hacen, excepto las películas de ladrones y policías. Nos veremos dentro de una hora. Llámame por el emisor, si ocurre algo.

Aquello era en su mayor parte una mentira, se dijo Garfunkel. De buena gana se hubiera arrellanado en su sillón, quitándose los zapatos. *C'est la vie…*

La larga noche que había por delante no preocupaba tanto a Garfunkel como la fiesta de cuatro días, que sólo era peor que una fiesta de tres días. Él y su mujer, Ellen, nunca habían tenido hijos, y cuando ella murió, el trabajo fue ocupando un lugar cada vez más importante en su vida. Sólo se sentía vivo y necesario cuando trabajaba, rodeado por el centenar de problemas que se presentaban durante el día y viviendo una vida prestada, que era la de las personas que le rodeaban. La familia de Jernigan, se había dicho en cierta ocasión, era más real para él que sus propios

parientes, aunque sólo había hablado con Marnie una vez, y el resto de los familiares de aquél, no había llegado a conocerlos.

Era un hombre solitario, pensó de sí mismo, con creciente amargura.

Garfunkel recogió una larga linterna del estante situado fuera de la oficina, y examinó el vestíbulo brevemente. Luego tomó el ascensor panorámico hasta el Salón de Paseo. Los que acudían a la cena se apretaban a su alrededor, lanzando leves exclamaciones de gozo o de temor, conforme iban viendo cómo la ciudad descendía delante de ellos. Garfunkel observó el panorama con aire indiferente, pues lo había contemplado un centenar de veces, anteriormente, y salió al llegar al vestíbulo del piso sesenta y seis, mientras la mayoría de los viajeros del ascensor hacían cola para entregar sus abrigos.

—¿Piensas cenar aquí esta noche. Dan? —le preguntó Quinn Reynolds, la joven azafata del salón, que se acercó rápidamente a Garfunkel en cuanto le vio.

—No puedo permitirme ese lujo —respondió él, sonriendo—. Tan sólo vengo a hacer una ronda de prevención de incendios. Parece como si fueras a tener la casa llena esta noche, ¿verdad?

Ella asintió y repuso:

—Aunque algunos no vinieran a causa del mal tiempo, las reservas exceden en mucho la capacidad del salón.

Se volvió hacia la entrada del recinto, y mientras regresaba a él, añadió:

—Bueno, cuídate, Dan, y que pases unas fiestas muy agradables.

Garfunkel traspuso el acceso a las escaleras y subió hasta el piso sesenta y seis, planta donde se hallaba el ático, aún desocupado, y los motores de la caja de ascensores de los pisos residenciales. Recorrió con la linterna la sala de motores, buscando maquinalmente algo que no fuera adecuado en aquel lugar, como paquetes, latas o cualquier cosa que pudiera contener una bomba u otro artefacto de un incendiario. No es que esperase indefectiblemente encontrar eso, pero ya había tenido experiencias al respecto, y nunca se sabía…

No encendió la luz en el vestíbulo del ático; permaneció en el centro del salón desierto y cerró los ojos, dejando que su cuerpo «sintiera» el edificio todo lo posible. En verdad que estaba soplando el viento con fuerza, en el exterior, se dijo al cabo de un momento. Alcanzaba a percibir el ligero balanceo del rascacielos. Por otra parte, se apreciaba el latido tenue de los motores y de la maquinaria eléctrica más abajo, así como el vago susurro mecánico que el rascacielos emitía, como si hablase consigo mismo al disponerse a pasar la noche. Existía una diferencia apreciable entre los ruidos que hacía el edificio por la noche, y los del día; entre los que emitía al despertar, y los que difundía al iniciar la velada.

Abrió los ojos y alumbró con la linterna las vacías habitaciones. Podía resultar bastante fácil, para cualquiera, llegar hasta el Salón de Paseo, comer allí y luego escabullirse escaleras arriba, se dijo. Pero lo cierto es que, cuando se trataba de incendios provocados, cualquier lugar del edificio era vulnerable.

Volvió a bajar las escaleras y entró un momento en la cocina del restaurante, donde uno de los jefes de cocineros le obligó a saborear un muslo de pollo. A continuación descendió al piso de observación, un mar de vidrio de contorno circular bajo el cual la ciudad destellaba entre la nieve y la llovizna. El piso tenía el aspecto de un gran foso que rodease un castillo. Por dentro de la pared interior se hallaban los colosales tanques de agua que atendían las necesidades de todo el rascacielos, así como al sistema de aire acondicionado y las zonas dotadas de rociadores contra incendios.

Garfunkel entró en el sector de los tanques de agua y realizó una inspección rutinaria; luego descendió hasta el piso de servicios, inmediatamente debajo, que era una sala de máquinas llena de motores, generadores y ventiladores gigantescos. El techo estaba cubierto de tuberías y cables, y en las paredes se veían indicadores de la presión del agua, del vapor, del humo y el calor excesivos, etcétera. Aquel recinto disponía de su personal durante el día, pero al llegar la noche se conectaban unos indicadores gemelos situados

en el sótano, que el personal de máquinas examinaba cada cierto tiempo.

Al volver a la caja de la escalera, Garfunkel notó de nuevo la abrumadora sensación que producía el enorme armazón metálico que le rodeaba. Se dijo que los inquilinos nunca podían darse plena cuenta de la tela de araña de vigas de acero que sostenía sus alfombradas madrigueras. A continuación echó a andar por los pasillos de los apartamentos aún no terminados, y realizó diversas anotaciones en el bloc del tablero, al pasar. Tal vez fuera por las fiestas, o bien porque los operarios eran unos descuidados, pero había placas sueltas de madera contrachapada por todas partes, latas de pintura y de barniz —una de ellas abierta, por lo menos—, montones de baldosas de material plástico y sintético… Cielos, ¿cuándo habría estado por allí el capitán, la última vez? Tendría que informar de aquello por la mañana, a pesar de que Harriman estaba de vacaciones y su suplente era de los que nunca hablaban a un capataz de la construcción. Pero alguien tenía que empezar a hacerlo…

Conforme fue descendiendo, observó que los pisos tenían aspecto de estar más acabados, con su alfombrado, las paredes empapeladas, incluso en los pasillos, y las puertas prolijamente barnizadas, en lugar de tener placas de madera ante los huecos, en las paredes de hormigón, como sucedía más arriba. En cada puerta había una chapita cromada y Garfunkel se detuvo a leer una de ellas. Era extraño, se dijo, que con las muchas veces que había cruzado aquellos corredores, nunca hasta entonces lo hubiese advertido. *Instrucciones para caso de incendio*. Probablemente sólo uno de cada diez inquilinos conocía la existencia de aquellas placas. Si ocurría cualquier cosa, imperaría el viejo dicho de la marina: *Si hay peligro, si hay duda, corre en círculos, grita y pide ayuda*.

En el tramo de escaleras siguiente, algo atrajo la mirada de Garfunkel, que se detuvo para investigar. Alguien había desenrollado casi en su totalidad la manga contra incendios y la había cortado.

Gamberros, pensó Garfunkel, furioso. No era de extrañar que los bomberos prefiriesen utilizar sus mangas de treinta metros de largo por el interior de los tramos de escalera altos. Probablemente habían hecho aquello algunos de los muchachos que conseguían escabullirse en el interior del edificio; los mismos que «robaban» un ascensor por puro gusto, y tenían que ser descendidos con la cabina hasta la planta baja mediante el mecanismo de emergencia.

La siguiente puerta de la escalera daba acceso al vestíbulo alto. Jernigan se encontraba en su escritorio, mirando hacia un punto situado por debajo de la superficie del mostrador. La primera película de la televisión, pensó Garfunkel, y dijo:

—Hola, Harry, ¿qué tal va eso?

Jernigan alzó la vista y sonrió ampliamente mientras cerraba el televisor.

—Aburrido, como de costumbre, Dan, pero prefiero estar aquí dentro que fuera, desde luego.

—¿Algo de particular?

—De haber ocurrido, te hubiera informado. Es una noche tranquila.

Calló unos instantes, como si vacilara en decir lo que pensaba, y al fin manifestó:

—Oye, Dan, ¿tienes algún plan para mañana?

—Condenación, ¿cuál va a ser? Quitarme los zapatos, abrir una lata de cerveza, sentarme en el sillón y ver la transmisión del partido. ¿Por qué?

—Marnie, bueno, ya sabes cómo le gusta la cocina —dijo Jernigan, y Garfunkel se dio cuenta de pronto, con verdadero pánico, de lo que se avecinaba, cuando el otro añadió—: Habrá más que suficiente comida, y lo cierto es que no puedo comerme tantos bocadillos de pavo. Entonces pensé que tú podrías ayudarme…

—Oye, Harry, mira que…

—Vamos, jefe —dijo Jernigan, sonriendo—; ya sabes que eres bienvenido.

—Bueno, yo te lo agradezco, Harry, pero es que estaba pensando…

—¿Querías estar solo? —preguntó Jernigan, con una voz que Garfunkel nunca le había oído hasta entonces—. Vamos, Dan…

—Está bien, lo pensaré. Es una atención, por tu parte, Harry, y te lo agradezco.

Jernigan echó un vistazo a algunos papeles que había detrás del mostrador, y añadió:

—Estará esa secretaria que trabaja con Marnie. Es blanca, de unos treinta y cinco años, y su esposo murió hace un año. Marnie pensó que debía invitarla también. Bueno, no es nada preparado, no es una ayuda a Cupido. Me dije que si estabais dos blancos en la mesa, Leroy se ofendería y se marcharía de casa. Es una chica excelente, Dan. Ya sabes que allí no permitimos la entrada a la gente desagradable.

Garfunkel no se atrevió a mirarle.

—Lo pensaré, Harry. Es una gran atención, por parte tuya y de Marnie, de verdad.

Jernigan advirtió una negativa en aquella voz; hojeó algunos papeles del escritorio, y a continuación volvió a conectar el televisor. Sin mirar a Garfunkel, declaró:

—Llámame por la mañana, si piensas venir, Dan. Marnie quedará encantada.

Garfunkel no recuperó el dominio de sí mismo hasta que estuvo dos pisos más abajo. Pensó en la perversidad de la naturaleza humana. ¿Qué nos hace rechazar la amistad, cuando nos la ofrecen tan abiertamente y es algo que deseamos con tanto ardor? Y no habría resultado fácil para Jernigan hacer aquella invitación, aun cuando fuese rechazada. Garfunkel suspiró. No podía ir. Sería forzarse a sí mismo. Le daba lástima no aceptar aquella invitación. ¿O sería un sentimiento masoquista?

En el piso veintiocho se detuvo durante un momento, con atención y recelo. Había un ligero olor a quemado. Rastreó el humo

por el pasillo y llegó a las oficinas de Johnson Tours. Las tenues volutas procedían de una bandeja llena de colillas que no había sido vaciada. Durante el día, alguien había arrojado en ella unos papeles arrugados, que se quemaban con el rescoldo de una colilla. Debían estar quemándose lentamente desde hacía varias horas. Al menos una vez todas las noches, la ronda contra incendios hallaba algo parecido, se dijo Garfunkel. Si no era un cenicero, era algún artefacto enchufado, o una papelera en la que alguien había tirado una colilla.

Fue hasta el depósito automático, llenó un vaso de papel de agua y regó la bandeja, haciendo luego algunas anotaciones en el tablero, para que enviasen a la compañía una circular con los reglamentos contra incendios. Sería la segunda circular, si no recordaba mal. ¿Quién demonios estaría a cargo de las mujeres de la limpieza, en aquel piso? Krost, desde luego, tenía que ser él. Aquel borrachín no sería capaz de olfatear humo ni en un vertedero de basura. Cielos, si a él le pusieran al mando de la sección de contratas y despidos de personal durante un solo día…

El piso veintiuno se hallaba completamente a oscuras, excepto unas pocas luces en la parte trasera de Motivational Displays. Alguien se encontraba en el apartamento de ejecutivos, pensó, y recordó que Bigelow había llegado una hora antes. Esto carecía de sentido, pues llegó solo, sin la compañía de ninguna chica. Los tres pisos siguientes eran de la National Curtainwall, y las luces brillaban en las oficinas, lo cual no era desusado. En la Cooperativa de la firma solían quedarse hasta tarde, y también la sección de arquitectura había estado trabajando recientemente por las noches. Se corrían rumores acerca de un nuevo proyecto de Leroux, algo que iba a revolucionar la arquitectura, según decían.

El piso diecisiete estaba a oscuras, y Garfunkel avanzó lentamente por el pasillo, tanteando las puertas de las oficinas, para asegurarse de que estaban cerradas. Dobló por otro corredor, e iba a examinar el cuarto de servicio cuando advirtió que la luz de Modern

Interiors estaba encendida, y que Ian Douglas se hallaba en la puerta, mirando hacia el otro extremo del vestíbulo. Garfunkel avanzó rápidamente y preguntó:

—¿Algún inconveniente, señor Douglas?

El grueso hombre se volvió y dejó escapar una exclamación contenida.

—Ah, lo siento —dijo—; no le había visto, y me he sobresaltado.

Garfunkel le miró con atención. Douglas estaba demasiado pálido y respiraba agitadamente.

—¿Está seguro de que no ocurre nada? ¿Ningún merodeador por aquí?

—¿Cómo? —preguntó el hombrón, y tras menear negativamente la cabeza, repuso—: No, no hay nada de eso. Es sólo que había escuchado un ruido. Pero no era nada.

—¿Está seguro?

El otro mostró cierta irritación.

—Claro que estoy seguro. De haber visto a alguien les hubiera llamado.

Garfunkel asintió con el rostro impasible.

—Está bien; buenas noches, señor Douglas —dijo.

Y bien, ¿por qué demonios habría mentido Douglas?, se preguntó Garfunkel, después de haber realizado una investigación por aquella planta. No había nadie por allí, pero había señales en el piso recién encerado, que indicaban que alguien había resbalado. Garfunkel sintió inquietud. Carecía de personal como para enviar una ronda de búsqueda por todo el edificio, y prefería no llamar a la policía local. Lo más probable es que, fuera quien fuese, ya hubiera abandonado el rascacielos.

Una docena de pisos más hacia abajo, y se encontró en el sector de tiendas y *boutiques* abiertas al público. Era la única parte del edificio que estaba dotada de rociadores de agua, pues, según los reglamentos contra incendios, todo lugar público debía poseer esos medios de seguridad. Avanzó por el vestíbulo principal sin que le

viese el guardia, que se hallaba atendiendo a los clientes del Salón de Paseo, y descendió por las escaleras que llevaban hasta el piso inferior y los aparcamientos.

—¿Van bien las cosas, Joe? —preguntó.

El encargado de estacionar los coches se limpió las manos con un trapo sucio; luego se volvió a contar los lugares libres, y después dijo:

—Todo marcha bien, señor Garfunkel; pero creo que hoy tengo la casa llena de tacaños que no dan propina.

—Sí, y no es porque no quieran tener esa atención, sino porque después de cenar en el Salón de Paseo, a la gente no le queda un céntimo.

El ayudante se dirigió hacia un coche que acababa de descender por la rampa, y dijo:

—Probablemente tenga razón; la gente que sube a cenar suele ser de la más adinerada de la ciudad.

Garfunkel echó una mirada a su alrededor y tomó nota mentalmente para decir a Joe que tuviera más cuidado cuando bombease la gasolina. Había señales de líquido derramado en torno a las bombas. Pero ¿qué podía esperarse? Aquella instalación funcionaba como aparcamiento y como gasolinera. La única diferencia residía en que las gasolineras corrientes estaban al aire libre, y aquélla se encontraba en el interior de un edificio.

Un piso más abajo y se encontró en el sótano de las calderas. Como de costumbre, estaba inmaculadamente limpio, en contraste con las plantas superiores inacabadas, con el sótano de aparcamiento y garaje.

—¿Qué ocurre, Dan? ¿Es que no se ha presentado nadie y tienes que hacer tú las rondas?

—En parte es eso, y en parte es que he querido bajar a verte, Griff.

—Vamos, no pretendas engañarme, Garfunkel. Ya sabes dónde está el café. Sírvete tú mismo.

Garfunkel se sirvió una taza, y tomó asiento junto al destartalado escritorio de Griff Edwards. Éste era un hombre grueso, de pelo entrecano y con piel algo picada de viruelas que le daba el aspecto de un viejo villano de películas de segundo orden. Garfunkel se reclinó hacia atrás, hasta que el respaldo de su silla fue a apoyarse en la pared de hormigón. Sostenía la taza con las dos manos, dejando que el vaho del café le diera en el rostro. Aquel café era pésimo; estaba quemado, pero como invitado no podía tener exigencias. Echó un vistazo a su alrededor, a las enormes calderas y las filas de indicadores que había en la pared opuesta.

—¿Cómo marcha todo esto? —preguntó al fin.

—Eso no debieras preguntarlo, Garfunkel. ¿Cómo crees que puede ir? —declaró Edwards, poniéndose de pie—. ¿Y tú, buscando infiernos llameantes allá arriba?

—Sí, y encontré uno. Un cenicero que no despedía humo suficiente como para activar tus detectores.

Garfunkel tomó un gran sorbo de café y casi vomitó. Estaba muy caliente y tan espeso que se podía untar pan con él. A continuación, preguntó a Edwards:

—¿Has visto alguno de los programas de televisión de Quantrell, Griff?

Edwards suspiró y repuso:

—Sí, he visto algunos. No hay nada en ellos que pueda aplicarse a cualquier edificio nuevo. ¿Qué pretendes que diga, que ya no construyen como lo hacían antes? Pues eso ya lo sabes de sobra.

—¿Qué tienes por aquí que pueda resultar de utilidad en caso de incendio? —preguntó Garfunkel.

—El teléfono para llamar al Departamento de Incendios.

—Me acordaré de eso —dijo Garfunkel, echándose a reír.

Volvió a tomar unos sorbos de café, mientras miraba con interés a Edwards, que echaba bastante azúcar en su propia taza.

Eso no podía favorecer a Edwards, que estaba ya demasiado grueso y una vez había tenido un principio de angina de pecho.

—Ponte algo más, Griff, y lo habrás convertido en jarabe.

—Entonces no tendré que beberlo, sino que lo chuparé con los dedos —respondió Edwards, quien después de observar a Garfunkel críticamente, agregó—: te preocupas demasiado por la gente, Dan. Tienes que tratar de evitar eso, o la palmarás antes que yo.

—No puedo remediarlo. Por otra parte, ¿con quién iba yo a hablar si te ocurriera algo?

Garfunkel sopló su caliente café y añadió:

—Según creo, el Viejo se ha tomado una semana de vacaciones a partir de hoy, ¿verdad?

—¿Y por qué no? ¿Por qué tendría que andar por aquí en estas largas fiestas?

—Eso quiere decir que Crandall ha quedado a cargo de todo, ¿no es cierto?

Edwards movió la cabeza pensativamente, y repuso:

—Son los chismorreos de siempre. Dime, ¿qué intentas averiguar?

—Me pregunto qué piensas acerca de Crandall.

—Que ha llegado a la cúspide de la incompetencia hace ya varios años. Aparte de eso, es un pelotillero, un antipático y un pérfido. Cuando sucede algo malo, la culpa siempre es de los demás. Y bien, ¿por qué te interesa saberlo?

—Se trata del sector no terminado arriba. Aquel lugar es un verdadero caos. Hay herramientas, trozos de madera y botes de pintura por todas partes. Debo informar de ello a alguien. Y creo que tendrá que decírselo a él.

Edwards pensó durante un momento. Por fin, manifestó:

—El capitán Harriman tendrá que hacer algo al respecto inmediatamente. Crandall va a aborrecerte porque deberá hablar, a su vez, con el capataz de construcción, que le parará los pies. Por eso te odiará, pero no tienes por qué preocuparte.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Garfunkel, con curiosidad.

—Pues que Crandall no es en realidad quien manda hoy aquí.

Garfunkel alzó las cejas con gesto inquisitivo, y Edwards se echó hacia atrás en su silla, sonriendo como un gato mientras bebía un gran sorbo de café. Luego añadió:

—El tiempo le ha afectado. Se fue a casa al mediodía con bastante tos, mucho moquillo y los ojos tan rojos como si hubiese pasado la noche en una taberna.

—¿Quién está al mando, entonces?

—Griff Edwards, ingeniero principal —le respondió Edwards, mirándole con benevolencia—. No tienes más que comprobarlo en el esquema de organización. Si Crandall sigue enfermo, tendré que llevar toda la carga hasta que regrese el capitán. De modo que entrégame tu pequeño informe. Llevo un mes deseando comerme crudo a alguien. Será un placer hacerlo.

—¿No podías habérmelo dicho desde el principio?

Edwards le miró con gesto ofendido.

—Entonces, ¿qué gracia habría tenido esto? El gesto que has hecho bien lo ha valido, Dan.

Garfunkel sonrió para su taza de café, y luego volvió a ponerse serio.

—Dime, Griff, ¿conoces a Jernigan?

—Desde luego; buena persona. No habrá pensado en marcharse, ¿verdad?

—No, no es eso, sino que él y su mujer, Marnie, me han invitado a cenar mañana.

—Me parece muy lógico. Sé que no tienes nada contra el color de su piel. Entonces, ¿por qué no vas?

—También han invitado a una mujer que trabaja con Marnie. Harry dijo que está…, bueno, muy bien.

—Pensándolo bien, no vayas. Déjame que lo haga yo en tu lugar.

Garfunkel frunció el ceño, y dijo:

—Griff, yo quiero ir, y sin embargo, sé que no voy a hacerlo. Comprendo que lo pasaría bien, aunque a pesar de ello pienso

continuamente que deseo estar solo.

—¿Ya te han afectado las fiestas? No me contestes; yo también las odio, y Dios me perdone, pero aún puedo acordarme cuando esperaba con impaciencia al rollizo hombre de la barba con su saco lleno de juguetes.

Permaneció un momento en silencio, y luego añadió:

—¿Qué tal está tu café? No has tomado mucho esta noche.

—He bebido lo bastante como para mantenerme despierto hasta el lunes. Pero guárdalo para cuando tengas que quitar el barniz de los suelos.

Se puso en pie, y luego se detuvo un momento junto a la puerta, diciendo:

—Griff, en serio. ¿Qué sucedería si estallara un incendio importante en este edificio? Contéstame con franqueza.

Edwards hizo caer ruidosamente su silla al ponerse en pie con violencia.

—¡Por Dios, Garfunkel, deja de actuar ya como una viejecita miedosa! Pero si quieres saberlo, te diré que esto ardería como un árbol de Navidad. Como un arbolito de Navidad lleno de adornos. ¿Estás satisfecho ahora?

12

Douglas corrió hacia la puerta, pero el vestíbulo del piso se hallaba vacío. Jesús había desaparecido. Aún seguía mirando por el pasillo, perdido en sus pensamientos, cuando Garfunkel apareció detrás de él y le preguntó si sucedía algo. Cuando el jefe de seguridad habló de malhechores, se disgustó mucho. Sólo cuando volvió a su oficina comprendió que no había deseado que atraparan al muchacho.

Al principio no supo muy bien por qué. El chico, indudablemente, habría hecho algunas acusaciones desagradables. Al fin y al cabo, ¿cómo había podido pasar ante los guardias y entrar en el edificio?, diría. ¿No era lógico que Douglas le hubiese llevado arriba por razones obvias? Pero eso no hubiera valido, desde luego. Douglas había firmado él solo a la entrada, y Barton, al que encontró en el ascensor, podía atestiguar que llegó sin compañía.

Pero no dejarían de aparecer las sonrisitas que implícitamente querían decir: «Ya saben cómo son los invertidos…». Anteriormente ya se había visto en aquella clase de embrollos. Hubo una posibilidad de que le hicieran chantaje, años antes, y juró que nunca se vería de nuevo en una situación semejante, pasara lo que pasase. Pero no, aquí no había intervenido el miedo. Se trataba de algo relativo al mismo muchacho…

Volvió a colocar el estante en su sitio y luego se agachó para recoger las figurillas de marfil, las tallas con trabajados quimonos japoneses. Tardó algunos minutos en encontrar la última, que era una talla de un carabao con aspecto asombrosamente real. Era su

pieza favorita, y la acarició con cariño. El artista había trabajado el pelo de la bestia por todo el cuerpo y con tal exactitud que parecía verse cada uno de los mechones. El rostro del animal era plácido y bovino.

Douglas volvió a colocar la pieza junto a las demás, mientras experimentaba una sensación placentera ante aquella belleza. Le disgustaba enormemente pensar que tendría que vender esa figura, y más de una vez había disuadido a algún cliente que estaba interesado por ella. Llegaría un tiempo, se dijo, en que la persona adecuada se sintiera atraída por la talla, y él tendría que cederla; pero para entonces ya se habría grabado tanto en su mente, que sería un poco como tenerla a su lado.

Paseó lentamente por la tienda, dejó atrás las pequeñas maquetas de alcobas, con su iluminación en miniatura, y la amplia mesa de teca sobre la cual se hallaban los muestrarios de telas y alfombras. Unas sillas de teca, del juego, estaban frente a la mesa, y de la pared que había detrás colgaba un grabado del cuadro de Picasso que Larry prefería, *La minotauromaquia*. Douglas le había regalado aquel grabado cuando Larry cumplió los treinta años.

El despacho de la parte de atrás carecía de la comodidad y el encanto de la sala de exhibiciones. Un escritorio Herman Miller ocupaba buena parte de la estancia. Sobre él había una calculadora eléctrica y varios trozos de papel y libros de contabilidad abiertos. Se apreciaba un ambiente comercial que le helaba el corazón.

Así era; pensó. Toda su vida podía resumirse en las cifras de esos libros. Sus cuarenta y cuatro años, en su totalidad. Con gesto ausente hizo correr los dedos por entre el ralo cabello, y luego metió el vientre e introdujo las manos entre el cinto y el abdomen, notando cómo la carne se apretaba contra las palmas. Te estás volviendo viejo, pensó, y ése era el verdadero problema. Cuando se carecía de la resistencia de la juventud, los problemas pequeños se convertían en verdaderas tragedias, y se descubría que la fuerza que uno había creído tener se había esfumado con el correr de los años.

Ya no se acogían de buen grado los desafíos del azar, y uno sólo se sentía cansado o derrotado.

Él y Larry no tardarían en ir a la bancarrota. Los libros de contabilidad y la calculadora no mentían. Pero iban a la bancarrota también en otros aspectos distintos de los puramente comerciales. Echó un vistazo a la pequeña fotografía en colores que había debajo del cristal que cubría el escritorio. En ella aparecían Larry y él, años antes en Fire Island. Fueron en una escapada. No se habían ocupado de las zonas más conocidas de los invertidos, y pasaron la mayor parte del tiempo en la playa, o a solas, los dos juntos. El mundo era joven, hablando relativamente, y nunca envejecerían.

Pero eso había sido diez años antes, se dijo Douglas, cuando él era un hombre vigoroso de treinta y cuatro años. Ahora era un hombre gordo y cansado, de cuarenta y cuatro. Por otra parte, Larry, que era delgado por naturaleza y no resultaba excesivamente hermoso a causa de un ligero espesamiento del puente de la nariz y una barbilla algo pronunciada, se había convertido en un interesante hombre de treinta y dos años.

Demasiado interesante, admitió Douglas. Larry, no cabía duda, tenía ahora otros intereses. Douglas siempre le dijo que poseía plena libertad en ese sentido. Nunca pensó que un hombre y una mujer podían ser totalmente monógamos, a la larga, y mucho menos dos hombres. Últimamente Larry había estado llegando tarde por las noches sin dar explicaciones —que tampoco pidió Douglas—, y hacía una semana, cuando éste acudía apresuradamente a una cita de negocios, localizó a Larry tras los ventanales de Belcher, comiendo con un hombre de algo menos de cuarenta años. El desconocido tenía el aspecto bronceado y atlético del que posee tiempo y dinero para permanecer al sol y mantener su cuerpo en buenas condiciones. Douglas se recordó a sí mismo cierto número de años antes.

Douglas suspiró y tomó asiento ante los libros de contabilidad. De pronto, cerró el que tenía delante y lo empujó hacia un lado. La

tienda había sido un juego en el que perdieron. Creyeron que iban a atraer a numerosos clientes de entre los adinerados inquilinos de la Casa de Cristal, pero resultó que la mayoría de ellos eran viejos y conservadores en sus gustos. Y en cuanto a los más jóvenes, preferían jactarse de que sus apartamentos hablan sido decorados por Peck y Wuncraft. En resumen, Today's Interiors estaba muy *déclassé*, muy pasado de moda.

Echó la silla hacia atrás y entró en el almacén, donde tenían cuidadosamente guardados tapices muy valiosos, de delicada y colorida trama, así como telas de grueso cuerpo y brillo metálico. Mucho de aquello fue adquirido para trabajos que no llegaron a materializarse, o que se cancelaron al comenzar. Al otro lado del estrecho pasillo había pilas de cojines de espuma de plástico, así como láminas del mismo material que empleaban en sus trabajos de tapizado. La mayor parte de las veces, los tapizados se hacían por encargo, pero en ocasiones a Larry le complacía reformar algunas de las piezas que tenían en venta, con el fin de transformarlas en algo nuevo e interesante.

Douglas pasó suavemente una mano por la superficie de las telas. Cuando liquidaran aquello, obtendrían sólo unos centavos por cada dólar que habían puesto; apenas lo suficiente como para contentar a sus acreedores.

Regresó a la tienda y cogió de nuevo la figurilla que representaba el carabao. Tan sólo acariciarlo le proporcionaba un momentáneo estado de paz interior. Volvió a acordarse de Jesús. El flacucho muchacho puertorriqueño…

No había sido por motivos pasionales; muy lejos de ello. ¿Qué había sido? ¿Piedad? Probablemente. Y también una buena dosis de identificación con aquel muchacho. Un perdedor que encontraba a otro. Era fácil reconocer la característica: se producía cuando uno abandonaba. Se sentó en el diván y apoyó la frente en las manos. Había que ser fuerte para salir adelante en el mundo. Con un poco de fortaleza podía enfrentarse a los fracasos, o tal vez reunir aquel

vestigio de energía que permitía salvar la situación en el último instante. Pero el juego había terminado.

De nuevo volvió a la oficina y otra vez inició el penoso proceso de comprobar las cifras. Le pareció curioso sentirse identificado con el puertorriqueño. Tal vez debió haberle dicho lo ocurrido a Garfunkel, se dijo. Sabía Dios lo que podía hacer aquel muchacho. Pero no, pensó. Él le había asustado mucho, y probablemente para entonces se encontraría muy lejos de allí.

13

El aguanieve se había transformado en una nevada de copos húmedos, y por fuera de la ventana se estaba formando una capa de hielo semilíquido, sobre la cornisa exterior. Barton siguió mirando a través del vidrio, y luego se estremeció y se retiró. A continuación se acercó al televisor, que emitía un fuerte estrépito, y lo apagó. Eran cerca de las siete y media, y el bar del Salón de Paseo sería un lugar mejor para reflexionar acerca de sus cuitas que su inhóspita oficina.

Se ajustó la corbata y se puso la chaqueta. Las luces de la sección de arquitectura ya estaban apagadas. Moore se había ido a su casa para pasar la noche, y probablemente aún se hallaba resentido por su actitud. Le llamaría a la mañana siguiente, se dijo Barton. Si tenían tiempo, iría con Jenny a ver qué tal estaba Beth. Barton tomó el ascensor hasta el vestíbulo superior y saludó con leve movimiento de cabeza a Jernigan. Éste parecía estar molesto. Entonces, Barton fue a tomar otro ascensor, uno de los del sector residencial, que llevaba hasta el Salón de Paseo. Poco después entró en el vestíbulo del restaurante, animado con el suave murmullo de los comensales y el tintineo de la cristalería y la vajilla.

Como siempre, el escenario y el ambiente resultaban espléndidos. El salón estaba iluminado con lamparillas y velas, y las danzarinas llamas hacían jugar las sombras sobre el brillante piso de mármol negro. Las mesas se hallaban cubiertas con manteles de color rosado, y encima destacaba un florero con una sola rosa roja.

Las paredes eran vidrios de color humo, y permitían divisar el paseo que había por fuera, así como las luces de la ciudad.

—Craig…

Barton hubiera reconocido aquella voz en cualquier parte. Se volvió con una alegría casi desmedida al volver a ver a la joven.

—¡Quinn! ¿Cuánto tiempo hace que trabajas aquí?

Los ojos azul claro de la mujer miraron por entre sus largas pestañas con una expresión pícara.

—Tú me ayudaste a conseguir este empleo y debieras saberlo. Hace tres meses, todos muy gratos.

—Sabia que trabajabas aquí, desde luego —se encogió de hombros, con pesar—; pero lo había olvidado, o de lo contrario hubiese venido antes.

Las llamas de los cirios del vestíbulo parecían juguetear en los ojos de la mujer.

—¿Ya me has olvidado, Craig? ¡Tiene gracia! —dijo. A continuación señaló a la gente que llenaba el comedor y añadió—: Si vas a estar un tiempo en la ciudad, ven por aquí algún fin de semana por la tarde. Es cuando esto está más tranquilo. Y no te olvides de traer a Jenny, pues me muero por conocerla.

Barton pensó que no había rastro de celos en las palabras de Quinn, a pesar de que él había roto con ella cuando conoció a Jenny. Quinn y él llegaron a una especie de acuerdo; pero en realidad fue él quien la dejó.

—Dos años es bastante tiempo para mantenerla escondida, Craig —dijo Quinn, que vaciló un instante y luego preguntó con gesto serio—: ¿Cómo van las cosas, en realidad? He oído algunos rumores. No te negaré que siempre os he seguido la pista.

—Las cosas podían ir mejor —aseguró él, francamente—. Tal vez sea algo por lo que todo el mundo deba pasar. Yo tengo bastante más edad, y…

—Y Jenny aún tiene que crecer, ¿no es eso?

—Eso creo —contestó Barton, sonriendo—. ¿Y qué es de tu vida?

La risa de ella era algo ronca cuando contestó:

—Tú me has contado lo tuyo, y yo te contaré lo mío, Craig. Se llama Leslie, es arquitecto, siempre he sido previsora, y creo que hacia el mes que viene tratará de convencerme para que me case con él.

—¿Le quieres?

—Si intenta convencerme, se llevará una sorpresa al ver lo rápidamente que gana una discusión, te lo aseguro.

Quinn le apretó cariñosamente un brazo y añadió:

—No dejes de venir hacia el fin de semana, y de traer a Jenny. A propósito, tu mesa no estará dispuesta hasta las ocho, pero imagino que ya lo sabías. Bueno, no te asombres; ya sabes que en la National Curtainwall las paredes tienen oídos.

La joven tomó dos cartas de una mesa cercana y las entregó a una pareja que aguardaba con impaciencia a la entrada del comedor. Si Jenny tuviera la mitad del aplomo y de la madurez de Quinn, pensó Barton. Pero no, Quinn tenía casi diez años más que Jenny, y en ese lapso de tiempo se aprendía mucho acerca de la humildad.

La cuarta parte del comedor, hacia la derecha, se hallaba dedicada al bar, separado del salón principal por un tabique de vidrio ahumado flanqueado por hileras de altos helechos plantados dentro de unos tiestos. Era un ambiente donde reinaba la penumbra, con unas divisiones pequeñas y un bar de caoba con taburetes giratorios forrados de suntuoso cuero negro. No había terminado de acomodarse en uno de estos taburetes, cuando oyó una voz que salía de uno de los compartimentos más oscuros:

—¿Te importa acompañarme, Craig?

—Será un placer, Wyndom.

Leroux se hallaba de pie cuando se aproximó Barton. Era un hombre alto y delgado, de aspecto aristocrático, con pómulos elevados, nariz aguileña y un leve tono azulino en las grisáceas sienes. Barton no sabía con certeza la edad de Leroux, pero imaginaba que tendría alrededor de cincuenta y cinco años; tal vez

hasta sesenta. Aún conservaba su pleno vigor físico, y sus finas facciones y sus ojos hondamente implantados irradiaban una enorme sensación de fortaleza. Así pudo ser César, el más noble de todos los romanos, se dijo. Barton. Leroux debió haberse dedicado a la política, y no a los negocios. Tenía el tipo de rostro que parecía destinado a ser grabado en una moneda. Barton estrechó la mano que el otro le tendía, y tomó asiento.

—¿Dónde están Jenny y Thelma? —preguntó.

—Están echando un vistazo a la ciudad desde el paseo —repuso Leroux.

Barton observó en el oscuro andén que había más allá de los cristales del bar. A unos treinta metros de distancia se recortaban contra el cielo nocturno las siluetas de dos mujeres que parecían estar mirando las luminarias que se extendían a su alrededor.

Leroux hizo una seña a un camarero y preguntó a Barton:

—¿El acostumbrado *whisky* escocés, con un poco de hielo?

—Eso es.

Barton sospechaba que Leroux tenía un fichero donde figuraban los gustos de sus altos empleados, en lo que se refería a la comida y la bebida, y de cuando en cuando le echaba un vistazo para refrescar su memoria. Ya veríamos lo que pasaba cuando llegase la hora de cenar.

Leroux se había echado hacia atrás, en el compartimento, con el rostro casi oculto entre las sombras.

—Lamento haberte hecho venir tan repentinamente, Craig. Comprendo que debe haber supuesto un inconveniente para ti.

—Un poco —admitió Barton—. Estábamos a punto de comparecer ante el Comité de Supervisores, con la propuesta, y tuve que solicitar una prórroga. El asunto proseguirá dentro de dos semanas.

—Eso no me parece grave. ¿Qué impresiones tienes hasta ahora?

Barton vaciló un momento. Luego, repuso:

—La Comisión de Ciudadanos es muy estricta cuando se trata de los límites de altura sobre los muelles de la bahía.

—¿La opinión popular?

—Que ellos tienen razón.

—¿Tu opinión?

—No creo que les importe —contestó Barton, lentamente.

Leroux se inclinó sobre la mesa y Barton notó una sombra hostil bajo la capa de cordialidad.

—A ellos tal vez. Digamos que yo siento curiosidad —manifestó al fin.

Barton aspiró despacio y dijo:

—Yo también creo que tienen razón. El edificio es demasiado grande para aquel lugar. Bloqueará la vista de la bahía desde un amplio sector de la ciudad. No creo que consigamos la aprobación del proyecto por parte de los supervisores. En cambio, es seguro que nos haremos con una buena cantidad de enemigos si lo intentamos.

Siguió un prolongado silencio.

—Si no creías en el proyecto, ¿por qué aceptaste trabajar en él?

Barton se sintió como un niño pequeño al que su padre echa una reprimenda.

—Era mi trabajo. Para eso me has contratado. Una vez dentro, las cosas no parecen lo mismo. Exceptuando mi impresión personal, no creo que mis esfuerzos se hayan resentido lo más mínimo.

—¿No lo crees? Sin embargo, me has dicho que no esperabas obtener éxito.

—Así es; no lo espero.

Leroux reflexionó un momento y luego desechó sus pensamientos agitando una mano.

—Bueno, este asunto tendrá que ir a contabilidad y allí calcularán la relación entre los ingresos mínimos y el mínimo capital invertido. No puedo hacerlo mentalmente. De todas formas, si no es posible construir tan alto, al menos vale la pena intentarlo.

Leroux tomó unos sorbos de su bebida.

—Creo que eres buen amigo del jefe de bomberos de este distrito, Mario Infantino, ¿verdad? —preguntó.

Al fin, se dijo Barton. Allí estaba la verdadera razón por la que le habían llamado.

—Soy amigo suyo, aunque no sé si demasiado bueno. Estábamos juntos en la misma unidad de reserva, cuando yo vivía aquí. Asistíamos a las mismas reuniones. Eso es todo lo que hay.

—¿Conoces a un comentarista de televisión llamado Quantrell? —preguntó Leroux, mirando con frialdad.

—No lo conozco. Ni siquiera había visto su programa hasta anoche.

Leroux se rió brevemente e inquirió:

—¿Y qué te ha parecido?

—Creo que es un enredador y que alguien le está proporcionando informes privados.

—En efecto. Alguien lo hace.

—Y tú crees que soy yo.

—No he dicho eso. Aunque tal vez hubiera esa posibilidad.

La bebida ayudaba a hablar, se dijo Barton. Hizo una seña para que le trajeran otra.

—Mira, Wyn, tú me has proporcionado una oportunidad. Al recapitular lo sucedido, no sé si habré hecho bien al aceptar el puesto, pero en su momento estaba muy satisfecho. Entonces, ¿crees que debo pagártelo haciendo de confidente?

—¿Y por qué no? Eso ocurre a menudo. Pocos negocios se basan en el altruismo, y los que lo hacen, no tardan en ir a la bancarrota.

—No pienso del mismo modo, y por otra parte, no tengo esos informes —contestó Barton, secamente—. Jamás trabajé con un equipo de construcción. Tú me quitaste de aquí y me enviaste a Boston, ¿lo recuerdas? De haber seguido aquí, no cabe la menor duda de que jamás se hubieran usado materiales sintéticos para

revestir la caja de los ascensores. Imagino que sabrás algo acerca de eso.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? Eso parece un asunto de costos, y de ello se ocupa la sección de contabilidad —dijo Leroux, y cambió de tema—: ¿Por qué Infantino trata de perjudicarnos? Si es un buen amigo tuyo, ¿cómo es que te apuñala por la espalda, que es lo que está haciendo al formar equipo con Quantrell?

Barton sintió que le iba dominando la ira. Se dijo que sería mejor desahogarse un poco.

—Te estás volviendo algo paranoico, Wyndom. ¿Quién te dijo que Infantino había formado equipo con Quantrell? Le conozco lo suficiente como para saber que no sería capaz de hacer eso.

En el sombrío compartimento, el rostro de Leroux tenía algo de satánico.

—Cualquiera es capaz de venderse, si el precio es adecuado. Lo único que hay que conocer es ese precio… que no siempre es dinero.

La situación afectaba hondamente a Leroux, se dijo Barton; le afectaba más de lo que podía suponerse. Entonces le preguntó:

—Está bien, ¿qué ocurre de malo?

Leroux hizo girar el vaso vacío entre sus dedos y respondió:

—Si sólo se tratara de la Casa de Cristal, sin duda podríamos solucionarlo. Pero los comentaristas de otras ciudades captaron las emisiones de Quantrell. Creen que somos vulnerables, que Quantrell no diría lo que dice a menos que hubiese algo más. Y después entra el espíritu de imitación. Como consecuencia, nos hallamos bajo esos ataques en media docena de ciudades donde tenemos importantes proyectos de edificación. En algunos lugares, la presión ha sido lo bastante fuerte como para que las autoridades de la ciudad hayan iniciado investigaciones. Generalmente se nos acusa de infringir los reglamentos locales de edificación, o bien de realizar construcciones de baja calidad. Aquí, concretamente, en la Casa de Cristal, la contratación de alquileres se ha detenido. Y no sólo eso, sino que

estamos empezando a perder inquilinos. Si quieres leer los balances, puedes hacerlo. Son muy instructivos.

—¿Por qué yo, precisamente, Wyn? —preguntó Barton, por fin—. Llego a la ciudad, y todo el mundo sabe que soy el tipo sospechoso. No creerían eso si tú no lo creyeras.

—Es un hecho circunstancial —admitió Leroux—. Si no conocieras los informes que conoces, aún tendrías acceso a ellos. Y yo diría que no aciertas del todo en la elección de tus amistades.

Después de tres vasos, Barton había llegado a una conclusión. Tardó bastante tiempo en llegar a ella, pero ahora no lo lamentaba.

—Wyn —dijo lentamente—, tengo que admitir algunas cosas, pero no son lo que tú piensas. En primer lugar, estoy cansado de esta discusión. A mi modo de ver, te encuentras agotado y alterado; de otra forma, lo habrías resuelto todo esto sin necesidad de hacerme venir aquí. En segundo lugar, he estado demasiado ocupado para suministrar informes a los jefes del Departamento de Incendios, o a los oportunistas reporteros de televisión. Puedes creerme o no, como gustes; a mí me importa poco. Y por fin, creo que estoy cansado de mi trabajo. Tú me hiciste un favor al proporcionármelo, y ahora yo me hago a mí mismo otro favor al devolvértelo. No me gusta la pugna de política interior en una empresa, y ahora, sin intervención alguna de mi parte, me encuentro en medio de todo este embrollo.

»No soy un político ni un hombre de relaciones públicas, sino un arquitecto, y me da la impresión de que nunca has querido emplearme como tal. Según puedo ver, por el último encargo que has hecho a Joe Moore, lo que buscas no son ya arquitectos. De modo que mi recomendación es que te consigas por ahí algún político. Yo renuncio a mi puesto.

Barton tomó de un trago la bebida y se puso en pie, un poco inestable. Añadió:

—Eso es todo lo que tengo que decir. Para ser honrado, pienso que todo se resume en dos palabras: «Me marcho». Creo que ya

somos bastante mayores para sentirnos demasiado sorprendidos.

Leroux estaba sonriendo. Dijo a Barton:

—Vamos, Craig, siéntate antes de que te caigas. Tienes que cenar, y la comida aquí es buena. Por otra parte, no olvides que no has venido solo, aunque quizá te sientas así.

La sonrisa desapareció del rostro de Leroux, cuando agregó:

—Yo he creído en ti. He creído en ti antes de que vinieras. Francamente, no puedo pasar sin ti. Tal vez por eso me duele más. Eso, y el hecho de que después de estar veinte años en el negocio, uno advierte que la sangre se ha visto reemplazada por tiras de papel de calculadoras. El negocio es un juego, Craig, y no se basa en cómo se juega, sino en si se gana o se pierde.

Barton tomó asiento. Era la autocompasión sugestiva de uno de los hombres más poderosos que había conocido. Te necesito, hijo, le decía Leroux, y él podía oírse a sí mismo responder. Era eso, y lo que sabía que diría Jenny si sospechaba que todo el viaje había tenido como objetivo presentar la renuncia. Ella nunca lo habría entendido, se dijo, aunque se lo hubieran explicado un millón de años.

—En cuanto a Quantrell —prosiguió Leroux—, he tomado algunas medidas para silenciarle, y creo que resultarán eficaces.

Barton se echó hacia atrás en su asiento y suspiró. De nuevo se indicaba el juego de costumbre, pero había algunas preguntas cuya respuesta debía conocer.

—¿Deseas silenciarle porque está equivocado, o porque tiene razón?

Leroux le miró con gesto abierto y amistoso, una vez desaparecida la tensión de los primeros momentos.

—¿Quieres que te dé mi opinión acerca de las acusaciones de Quantrell? —preguntó.

—Si lo prefieres, podemos tratar acerca de eso —declaró Barton.

—Encantado, Craig —dijo Leroux, sonriendo—. Esperaba que me lo propusieras.

El débil fulgor que se advierte en la oscura habitación ha aumentado de intensidad hasta el punto de que, de hallarse presente algún observador, hubiera podido vislumbrar los sombríos contornos de tres bidones de doscientos litros cada uno, y media docena de garrafas, así como unos estantes metálicos que se extienden a lo largo de una pared. Algunos de los estantes están cerrados y tienen puertas metálicas. Otros están abiertos y en ellos se ven filas y filas de botes y botellas, cuyas etiquetas aparecen confusas a causa del líquido que ha chorreado encima.

El fulgor procede ahora de un millar de minúsculas chispas que muerden el montón de cubiertas de algodón almohadilladas, como las que se usan en las mudanzas para proteger los muebles valiosos. La pila de fundas, amontonada sin cuidado contra la pared, junto a algunos de los estantes metálicos, tiene aproximadamente un metro y medio de alto. En algunos lugares, la borra y las hebras de algodón alcanzan a verse por los agujeros de la tela exterior. El rescoldo se nutre de las hebras de la tercera funda, a partir del suelo.

El detector de humos del techo no ha podido captar hasta ese momento las leves volutas, y el detector de calor que va adjunto sólo desencadenará la alarma cuando la temperatura de la habitación llegue a los 52 °C. La temperatura allí reinante, hasta ese momento, es más bien fría, y el aire cálido que sopla suavemente desde la rejilla del ventilador, enmascara el rescoldo que hay debajo.

En el centro de la ennegrecida tela y del algodón carbonizado, complejos procesos han proporcionado al fin la suficiente energía como para que las hebras alcancen el punto de la inflamación. El brillo de las numerosas chispas aumenta de pronto de intensidad, y una minúscula llama aparece repentinamente como una siniestra mariposa amarilla que surge de su capullo. Baila sobre la carbonizada superficie de la tela, y a ella se unen enseguida otras llamas.

La cría de la bestia ha aprendido a andar.

14

Jeffrey Quantrell estaba quieto ante la gran reproducción fotográfica de la Casa de Cristal, favoreciendo a su invisible auditorio con una «sincera» sonrisa final, mientras desaparecían de la pantalla los letreros correspondientes al canal de televisión. En cuanto se hubo encendido la luz roja situada encima de la cámara número uno, Quantrell arrojó el guión sobre el escritorio y se echó hacia atrás lanzando un suspiro, mientras extraía un cigarrillo. Uno de los cámaras le miró e hizo un gesto apuntándose a la sien con un dedo, como si se tratara de una pistola. En ese momento, un técnico sacó la cabeza fuera de la casilla de control, y dijo:

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces, Jeff?

—Más seguro que nunca.

—Fue algo sensacional, pero…

—Yo me ocuparé de eso —repuso Quantrell, sonriendo—. ¿Vienes a tomar un trago, o tienes que hacer?

—Tengo tiempo para tomar algo. Reynolds puede encargarse de la película.

Salieron para dar un paseo de media hora, costumbre favorita de Quantrell, cuando terminaba una emisión. El aire helado aclaró su cabeza, y los dos vasos de bebida le dieron tiempo para que aflorasen algunas ideas concernientes a la siguiente emisión de las once, que por lo general estaba relacionada con la reacción de los telespectadores ante la primera emisión. Por ello solía extenderse más a fondo en la segunda que en la primera.

Cuando volvió al despacho, Quantrell comenzó a escribir algunas notas que debía transcribir Sandy. Cuando la emisión hubiera terminado, se dijo, llevaría a Sandy a la cantina de la emisora para tomar unas bebidas y un bistec, y luego irían a su casa o a la de ella. Una buena recompensa para aquel día, se dijo.

—¿Tiene tiempo para hablar ahora, señor Quantrell?

La nota de formalidad que había en la voz de Bridgeport tomó a Quantrell por sorpresa. Éste alzó la mirada con gesto serio, pensando: «Vaya, hay problemas». Normalmente, el regordete semblante de Bridgeport era un encerado en el que aparecían escritas las cuitas del mundo, o al menos de la emisora de televisión.

—¿No puede esperar hasta mañana? Tengo que hacer el guión del programa de las once.

—No me refería a mí mismo —repuso Bridgeport, con una leve sonrisa triunfal en las comisuras de los labios—. Hablaba del señor Clairmont. Como usted recordará, es el gerente de la emisora.

Quantrell pensó un momento. El sobrino del Viejo había heredado el puesto de gerente de la emisora tras haberse diplomado en la Universidad y haber pasado un año desempeñando algunos puestos secundarios. Todo cuanto podía decirse contra el nepotismo, podía aplicarse a Victor Clairmont, exceptuando el hecho de que era un hombre de cierta inteligencia. Quantrell sabía que no le caía bien a Clairmont, pero era el viejo Clairmont el que le daba plena libertad de acción, y el joven tenía que doblegarse a sus deseos. Juntó las notas, se las introdujo en un bolsillo y se puso en pie.

—¿Dónde está?

—En su despacho —repuso Bridgeport, de nuevo con aquel vestigio de sonrisita maliciosa—. Le está aguardando desde que terminó el programa.

—Lamento no haberlo sabido antes; podríamos haber tomado una copa juntos.

Quantrell siguió a Bridgeport mientras éste cruzaba el vestíbulo. No cabía duda de que Bridgeport se sentía satisfecho ante la forma

en que se desarrollaban los acontecimientos, se dijo Quantrell, pero también dudó de que el director de noticias estuviera detrás de aquel asunto. No era su estilo invitar a alguien a una confrontación personal, puesto que se acercaba más al tipo de la comadreja, era más solapado. De modo que, si no era Bridgeport, tenía que ser otra persona. ¿Alguien de la misma organización? No era probable, pensó Quantrell; nadie poseía aquel tipo de autoridad. Posiblemente se tratara de una presión que llegaba del exterior. Si era así, el origen del asunto resultaba evidente.

Las paredes de la amplia oficina de Víctor Clairmont se hallaban revestidas de caoba, y una serie de fotografías de celebridades colgaban de ellas. Un gran globo terráqueo lucía en su armazón, para aquellos momentos en que Clairmont se diese el gusto de hacerlo girar, jugando a ser un dios. Victor Clairmont se hallaba sentado detrás de su escritorio, del tamaño de una mesa de billar. Era un joven de veinticinco años, elegantemente vestido, con un bigotillo cuidadosamente recortado con el que procuraba en vano pero obstinadamente, parecer de mayor edad.

—Por favor, siéntate, Jeff.

—Gracias, Victor.

Había un sillón cerca del escritorio, y Quantrell se acomodó en él, echándose hacia atrás sobre los mullidos cojines, muy al tanto de que todo él pareciese un experimentado reportero. Tenía prestancia y voz, y sabía cómo debían emplearse ambos factores. No había otro sillón cerca, y Bridgeport se quedó en pie junto al escritorio, nervioso y tratando de aparentar un estado de ánimo adecuado al momento. Quantrell sonrió para sus adentros.

—Jeff, no pretendo forzar las cosas. Esto va a ser una conversación amistosa. Nunca me ha gustado tu serie acerca de la Casa de Cristal y sobre Wyndom Leroux. Y después de esta noche, aún me gusta menos.

Quantrell asintió y repuso:

—Siempre has sido franco a este respecto. La libertad de acción en esos programas me fue concedida por tu tío. Él me dijo que podía actuar como deseara, y yo le tomé la palabra.

—No estoy de acuerdo con él —prosiguió Clairmont, con rostro serio—. Jamás creí adecuado que un reportero se mostrase completamente independiente de la dirección. En lo sustancial, tu idea era acertada; una serie de emisiones para mejorar el nivel de los servicios de noticias.

Clairmont echó una mirada a Bridgeport, que enrojeció y dio la impresión de lamentar el haberse quedado a la entrevista.

—Por desgracia —prosiguió Clairmont—, creo que en este momento se ha introducido un elemento personal en tus emisiones. Pienso que has convertido esa libertad en una especie de venganza particular.

—Nada hay de personal en mis programas acerca de Leroux —replicó Quantrell, rápidamente—. Me he limitado a exponer los hechos y me he documentado bien.

—¿Es cierto eso? —inquirió Clairmont, con voz aguda—. Hace unas pocas emisiones afirmabas que los suelos y las paredes de la Casa de Cristal habían sido perforados por los operarios de servicios, lo cual permitía que el humo y el fuego se extendiesen fácilmente por todo el edificio, en caso de incendio.

—Eso es verdad. Los empleados de teléfonos horadaron los muros y el piso para instalar sus líneas, y lo mismo ocurrió con la empresa que instaló el sistema de seguridad con circuito cerrado de televisión. Incluso para la calefacción, la ventilación y el aire acondicionado, los operarios se abrieron camino a través de tabiques y suelos. Puedes ir allí y comprobarlo por ti mismo.

—Ya lo hice. Uno de los ayudantes de Leroux me llevó a efectuar una inspección completa por el edificio. Aseguró que los tabiques contra incendios habían sido horadados algunas veces, pero fueron obturados posteriormente.

—No siempre. Y de todos modos, el yeso es tan eficaz para evitar la propagación del fuego como puede serlo el papel de envolver.

Clairmont se le quedó mirando largo rato. Por fin, manifestó:

—He hablado con distintos contratistas de toda la ciudad, Jeff, y me han dicho que eso no será una práctica adecuada, pero es lo corriente. ¿Por qué vamos a hacer cargar con todo ello a Leroux?

—No he pensado en culpar a nadie en especial —repuso Quantrell, fríamente—. Como no puedo indagar en todos los edificios de la ciudad, he tomado la Casa de Cristal, uno de los edificios más modernos y altos que hay en ella, como el ejemplo que necesitaba.

Pareció que Clairmont fuera a decir algo más, pero cambió de parecer, y se limitó a agregar:

—Supongo que te habrás basado en buenas fuentes para las afirmaciones que has hecho.

—Desde luego.

—¿Te importaría decirme cuáles son esas fuentes?

Quantrell se rió brevemente y dijo:

—Bueno, no eres una comisión del Congreso, Clairmont, pero aunque lo fueses, preferiría ir a la cárcel antes que revelar el origen de mis informes. En eso no soy diferente de otros reporteros.

—Entonces, debemos confiar, simplemente por buena fe, en lo que nos has dicho, ¿no es eso?

—De lo contrario no debierais haberme contratado. Es de imaginar que se me ha dado el puesto debido a mi reputación como buen reportero. Me concedieron el sueldo que solicité porque queríais mejorar el nivel de las emisiones. He logrado ese objetivo. A cambio de ello tengo derecho a esperar el respaldo de la dirección.

Clairmont, que parecía contrariado, contestó vivamente:

—Mira, Jeff, dejémonos de dialéctica. Se me ha presentado un problema. A mí y a la emisora. Por esta razón, tú también tienes un problema.

—Me interesa mucho saber cuál es.

—Para empezar, un posible juicio por difamación que supondría muchos millones de dólares. Por eso te pregunté acerca de tus fuentes de información. Si no son absolutamente dignas de crédito… Entonces no podremos aceptar el reto.

—En tal caso no tienes motivo para preocuparte —aseguró Quantrell, sonriendo para aminorar la tensión—. Mis fuentes son las mejores.

—Pero ¿no puedes decirme cuáles son?

Quantrell vaciló un momento, y por último se decidió a hacer una concesión.

—Todavía no —dijo—. Quizá más adelante.

Clairmont no quedó satisfecho, y Quantrell pareció realmente preocupado por vez primera, al advertir que su oponente tenía algo más que manifestar.

—He dicho «para empezar». Además, la renovación de la licencia de nuestra emisora deberá hacerse dentro de dos meses. Por lo general, el organismo superior correspondiente concede esa renovación como un mero trámite. Pero esta vez se nos presentan obstáculos en dos aspectos. Uno, que no hemos servido debidamente a los intereses de la comunidad. Dos, que somos un verdadero monopolio en esta zona. Somos propietarios de las principales estaciones de radio de AM y de FM; publicamos el periódico de mayor tirada, y, claro está, somos dueños de la emisora KYS de televisión.

Por el rabillo del ojo, Quantrell pudo ver a Bridgeport inclinado hacia adelante, como una especie de rechoncho emperador romano que estuviera regodeándose por anticipado con la muerte de un gladiador en la arena.

—Pensaréis luchar, ¿no es eso? —preguntó Quantrell.

—No, no lo haremos —contestó Clairmont, con calma—. No vale la pena, cuando se lo traduce en dólares y centavos.

—¿Es tu opinión o la de tu tío?

—La de ambos.

La ira hizo presa en Quantrell.

—Cuando yo llegué aquí —manifestó, conteniéndose a duras penas—, vuestra sección de noticias se hallaba entre las últimas, en cuanto a rendimiento. No resulta difícil saber por qué. Había mala administración, o con mayor exactitud, una administración que se mezclaba en algo que desconocía por completo. En la televisión hay muy poco periodismo por la sencilla razón de que en la tarea de escribir y de conseguir noticias intervienen gentes que no están debidamente preparadas. Más que periodistas se trata de vendedores. Seguid administrando de esa forma la emisora, y obtendréis precisamente lo que merecéis. Os abandonará vuestro auditorio porque sintonizará otra emisora donde saben lo que hacen.

Clairmont hizo un gesto vago con la mano.

—Leroux es un hueso duro de roer, Jeff —afirmó—. Amenaza con acusarnos ante los tribunales por difamación, debido al descenso en el número de locales alquilados de la Casa de Cristal. Y como puedes imaginar, también estará detrás de los obstáculos que nos pongan para la renovación de la licencia de la emisora.

—Ya he dicho a Quantrell que fuera prudente en este asunto —terció de pronto Bridgeport, con voz chillona, y alterado sin duda por la crítica que el reportero había hecho a la administración de la emisora.

—¡Por Dios, Herb, no te metas en esto! —exclamó Clairmont, sin disimular su disgusto—. Lo cierto es, Jeff, que nos encontramos en peligro de sufrir un serio revés a causa de tu proceder. Y el motivo es algo que no vale la pena. Así, pura y simplemente.

—¿Quieres que termine con el programa?

—Creo que me has interpretado mal —dijo Clairmont, secamente —. Lo que hemos decidido es terminar con tu contrato.

—El plazo vence dentro de dos años —repuso Quantrell, con voz tensa.

—Estoy seguro de que tu abogado y el de la emisora podrán llegar a un acuerdo razonable. Mientras, te sugiero que dejes tu

puesto definitivamente… a partir de esta misma noche.

Así de fácil, se dijo Quantrell, asombrado. Luego, preguntó:

—¿Qué debo hacer con el programa de esta noche, a las once?

—Ya tengo un programa para sustituirlo —intervino Bridgeport—. Uno de los animadores corrientes puede llevarlo.

Por su parte, Clairmont pareció dudar, y dijo:

—Bien, si lo deseas sal esta noche, Jeff; puedes hacerlo. Pero sin tocar el tema de la Casa de Cristal.

—Con franqueza, creo que no podría presentarme ante las cámaras esta noche —afirmó Quantrell, despacio—. Pienso que voy a ponerme enfermo.

—Hubiera preferido que no lo tomases así, Jeff. Procuraré que tus recomendaciones sean excelentes.

Clairmont se puso en pie y le tendió la mano.

Quantrell ignoró el gesto, y repuso:

—Con tu permiso, pasaré el resto de la velada recogiendo las cosas de mi escritorio.

Sin decir nada más, el reportero dio media vuelta y salió del despacho sin hacer caso de Bridgeport, que se hallaba junto a la puerta, luciendo una ancha sonrisa de triunfo.

Avanzó por la silenciosa sala de redacción, donde el rumor de su despido ya había corrido, y tomó asiento ante su escritorio, donde permaneció un buen rato reflexionando antes de tocar nada. Dejar que lo despidieran sería como admitir su culpa, pensó. Leroux podía seguir adelante con su acusación de difamación ante los tribunales, una vez que él se hubiera marchado. Y esa expulsión podía pesar gravemente en contra de la administración de la emisora. No cabía duda de que el Viejo se daba cuenta de ello. Su periódico no había ganado el premio Pulitzer publicando historietas. El Viejo…

Pulsó el timbre de Sandy, y un momento después ésta apareció en la puerta de la oficina, con aire un poco aprensivo. En su gesto había algo más, algo que él no podía precisar, aunque no le gustaba.

Bueno, aquello podía esperar. No tenía tiempo para dedicarle a ella, por el momento.

—Sandy, ponme con el viejo Clairmont, ¿quieres?

La boca de la joven experimentó un rictus ligero hacia abajo.

—Sí, señor —respondió.

Al cabo de un minuto se dejó oír el timbre interior, y Sandy dijo:

—Es el señor Clairmont, por la línea dos.

Quantrell se reclinó sobre el respaldo de su sillón, lleno de confianza en sí mismo, una vez más.

—Señor Clairmont —dijo por el teléfono—, al habla Jeffrey Quantrell. Sé que es tarde y que ya he hablado con Víctor, pero creo que podrá dispensarme diez minutos de su tiempo.

La añosa voz que se dejaba oír al otro lado de la línea era cortés pero firme:

—No hay demasiado de qué hablar.

—En justicia, me debe usted ese momento —insistió Quantrell—. Existen algunos hechos de los que usted no está enterado; hechos que yo no he comunicado a su sobrino. Creo que debiera usted conocerlos. No deseo discutir acerca del tema, sino tan sólo presentarle la situación tal como yo la veo.

Hizo una pausa para incrementar el efecto de sus palabras, y agregó:

—Considero, señor, que debe permitirme hablar como un caballero lo haría con otro. No me llevará demasiado tiempo.

Hubo un corto silencio, y luego la voz manifestó:

—Está bien, suba. Tiene diez minutos nada más.

—Estaré ahí enseguida.

Quantrell colgó con una leve sensación de triunfo. Contaba con la base periodística del viejo Clairmont, algo de que carecía el sobrino. No olvidaba la forma en que el Viejo había ganado su premio Pulitzer. Con un poco de buena suerte, debajo de aquel arrugado pellejo aún seguiría alentando el antiguo reportero, el hombre cuyo

Pulitzer fue obtenido al denunciar y obtener la condena de un político que había sido su mejor amigo.

15

Lisolette Mueller —que a menudo escribía su apellido en la foránea forma Müller— se hallaba encantada. Su cena con Harlee sería el broche de oro de un día maravilloso. Había comenzado con una tranquila mañana durante la cual escuchó la *Pastoral*, con recias y atronadoras sonoridades que literalmente hicieron estremecer las ventanas de su apartamento, y por fin, en un rapto de agridulce nostalgia exhumó sus inestimables discos de 78 r. p. m. y escuchó a *madame* Schumann-Heink en un recital de poderosos *Lieder*.

Había sido una forma maravillosa de pasar la mañana, cuando uno cumplía sesenta años. Lloró un poco, también, cuando rememoró los viejos tiempos de Saint Louis, las chicas que conociera en el *Turnverein*, y los muchachos, buena parte de los cuales habían hecho encantadoras locuras por ella. También recordó los millares de alumnos que pasaron por su clase de Historia en la Escuela Superior Goethe, de St. Louis. Había sido una existencia plena, se dijo, que le compensó lo suficiente como para sentirse, a los sesenta años, como una parte del mundo y de la gente que le rodeaba.

No es que pareciese tener sesenta años, se aseguró a sí misma. Por otra parte, importaba poco si era o no era así; más orgullo le producía su recia y aún esbelta figura, sin vestigios de papada ni peso excesivo. El pelo se le había plateado en las sienes, y en el resto tenía hebras blancas mezcladas con su tono castaño natural; pero el efecto del conjunto no resultaba desagradable a su vista. Ni a la de los demás, añadió mentalmente, pensando en Harlee

Claiborne. Era indudable que el interés de él se hallaba influido por matices comerciales, aparte de los personales, desde luego. Sin embargo, estaba segura de que la encontraba agradable.

Por la noche, tras haber dado un largo paseo por el parque, su afable talante se había acentuado, y sintió la necesidad de visitar a algunos de los amigos que tenía en el edificio. Después de trajinar un momento por la cocina, se acercó a la sala de estar, y dijo:

—Schiller, ven aquí y mira lo que te ha traído Lisa.

El gato de pelaje gris, que ella tenía consigo contraviniendo los reglamentos del edificio, arqueó el lomo al escuchar su nombre, y ronroneando entró en la cocina.

—¿No te parece magnífico? ¡Fíjate qué riñones tan ricos te ha hecho Lisa!

Los Harris aún se hallaban en casa, pensó, y además había prometido ver un momento a los Albrecht, antes de ir a cenar.

—Schiller, no sé si podremos usar nuestro *ticket* para el *ballet* de Leningrad-Kirov. Gertrude tiene que trabajar esta noche; en cuanto a Sharon, tal vez le guste venir, ¿no te parece?

Schiller, que para entonces casi había terminado su cena, ronroneó sin hacer otro comentario. No era ningún tonto Schiller, se dijo Lisa.

—Además, a Sharon le gustaría mucho ver *La cenicienta*, de Prokofiev —prosiguió Lisolette.

En realidad, los modernos compositores rusos no le gustaban, pero Prokofiev mereció haber sido alemán.

Schiller estaba ya ahíto y soñoliento, y notaba la tormenta que se estaba incubando en el exterior. Volvió suavemente a la sala de estar y se arrolló hasta formar una bola en su lugar favorito del diván. Los cojines estaban tibios, y los sueños felinos no tardarían en presentarse.

Lisolette sacó un jersey ligero del armario empotrado del vestíbulo. Era una prenda que se había tejido ella misma, y de la que estaba muy orgullosa. Cuando era más joven, a los cincuenta, por

ejemplo, había ganado algunas cintas azules, por sus trabajos de punto, en la Feria del estado de Missouri que se celebraba en Jefferson City. Se puso el jersey, rascó con aire ausente a Schiller bajo la barbilla, y abandonó el apartamento.

Los tres ascensores funcionaban en aquel momento, y Lisolette aguardó con impaciencia. Tenía la impresión de que los Harris proyectaban ir al cine aquella noche, y no quería dejar de verlos antes. Eran una pareja agradable, aunque algo puntillosa, de la clase media, y sospechaba que la consideraban como una entrometida. Sonrió para sus adentros. Tenían razón, desde luego. Era una entrometida, sobre todo cuando se trataba de Sharon, a la que consideraba la verdadera gema de la casa de los Harris. Sharon, a sus catorce años, era la mediana de los tres hijos de los Harris. Irene tenía diecisiete años, y Danny —Daniel, como su padre, Aaron, insistía en llamarle—, había cumplido once.

Lisolette apreciaba a los tres niños, pero sentía una predilección especial por Sharon, muchacha apacible, dada a la reflexión, y con una inteligencia inquisitiva. Despertaba en Lisa lo que tenía aún de maestra, y también le recordaba cómo era ella misma a esa edad. Lisolette había conocido a Sharon y a su madre cierto día, en el parque, cuando estaban rodeadas por tres jovenzuelos que las estaban molestando y tratando de quitarle el bolso a la madre. Al entrar Lisolette en escena, los vándalos se acobardaron y huyeron. Lisa acompañó a casa a la asustada Sharon y a su madre, no menos angustiada. Con placer comprobó que vivían también en la Casa de Cristal, situada a una manzana del parque.

Se trataba de una familia extraña, pensó Lisolette. Ruth Harris era una mujer rolliza, de cara redonda; casi la caricatura de un ama de casa judía de mediana edad. Extremadamente maternal, estaba muy orgullosa de su marido y de sus tres hijos. Lisolette le cobró afecto inmediatamente, si bien no estaba segura de que fuera correspondido su amistoso sentimiento. Tal vez la toleraban, se dijo tristemente, pero poseía un aire demasiado germánico para ser

aceptada por completo por Ruth o por su marido, Aaron, que era presidente de una empresa comercial de tejidos e integraba el consejo de administración de otras dos pequeñas firmas. Era gordo y calvo, pero poseía unos modales afables, y de vez en cuando, Lisa podía ver al chico sencillo que se albergaba dentro de aquel gran corpachón.

Llegó al fin el ascensor, y un momento más tarde, Lisolette golpeaba con los nudillos en la puerta del apartamento de los Harris. Abrió Ruth, y Lisa dijo, casi en tono de disculpa:

—Espero no haber llegado en un momento inoportuno, pero quise detenerme un momento para ver a Sharon.

—Nos estábamos preparando ahora mismo para salir… —declaró Ruth, con aire algo contrariado, pero luego abrió la puerta por completo.

Lisa recordó el día del parque, cuando le dijeron:

«Entre, Lisolette; tenemos que marcharnos, pero siempre hay tiempo para tomar una taza de café».

Apareció entonces Aaron Harris, que llegaba de su dormitorio respirando agitadamente, con una corbata de lazo torcida en el cuello.

—Ruthie, ya sabes que no puedo hacerme bien el nudo de esta condenada…

Al ver a Lisolette frunció el ceño por un instante, pero enseguida adoptó el gesto del buen anfitrión.

—Lástima que nos haya sorprendido en mal momento, Lisolette —dijo—; tratamos de llegar a la primera sesión. Pero aún estaremos unos minutos, de modo que sírvase usted misma una taza de café en la cocinilla.

—Sólo un minuto —repuso Lisa, a modo de disculpa—. ¿Está Sharon en casa?

Irene, la mayor de los hermanos, salió de la cocina con un vaso de leche.

—Vamos, papá —dijo—. Si no nos damos prisa, llegaremos tarde.

Saludó con la cabeza a Lisolette y agregó:

—Hola, señorita Mueller; felicítenos, al fin hemos conseguido que nuestro padre nos lleve a pasar una velada en el centro de la ciudad.

—Alguna vez tenía que ser —protestó Aaron.

—Sharon está cuidando niños esta noche —explicó Ruth Harris, mientras hacía el lazo de la corbata de su marido—. Se encuentra con Danny en la sala de estar.

—Es que tengo un *ticket* de más para el *ballet La cenicienta*, de Kirov —dijo Lisolette, tanteando el terreno—. Es para el jueves por la noche y pensé que le gustaría ir.

Ruth Harris vaciló en medio de la tarea.

—Tiene unas clases nocturnas —afirmó con aire de duda—. ¿Durará eso hasta muy tarde?

—Hasta bastante tarde, pero no siempre se tiene la posibilidad de contemplar el *ballet* de Kirov.

—Vamos, no seas tan *krevtch* —dijo Aaron a su mujer, poniendo de manifiesto el buen chico que había en su interior—; déjala ir. Mientras tanto, haz ese nudo y no hables.

—¡Sharon! —exclamó Ruth, volviendo su atención hacia la corbata.

Salió la voz de Sharon del cuarto de estar:

—¡Mamá, la película está en el momento más interesante!

—¡Tienes compañía! —le gritó el padre, y añadió enseguida—: ¡Por Dios, Ruth, me estás ahogando!

Sharon apareció en el pasillo, pálida y con aire tímido. Danny se ocultaba a medias detrás de ella.

—¡Lisa, Lisa! —voceó de pronto Danny, separándose de su hermana y corriendo a aferrarse a la falda de Lisolette.

Ésta se echó a reír y le revolvió el pelo afectuosamente.

—Cuida tus modales, Danny —dijo Ruth, con aspereza—. ¿Cuántas veces te he dicho que no debes tratar de esa forma a las personas?

—Bueno, es un niño —intervino Lisolette, indulgente—, y los niños son así, ¿verdad, Danny?

Lisolette captó demasiado tarde el forzado silencio de Ruth, y se dio cuenta de que al fin y al cabo no era un miembro de la familia. Se volvió entonces hacia Sharon, y con voz más seria, dijo:

—¿Qué tal estás, Sharon?

—Muy bien, señorita Mueller —respondió muy seria, y enseguida se volvió toda sonrisas y agregó—: ¡me alegro mucho de verla!

Lisolette le habló de la función de *ballet*, y la chica se dirigió inmediatamente a su padre.

—¿Podré ir, papá? —le preguntó.

Aaron estaba ocupado colocándose unos lujosos gemelos en los puños de la camisa y repuso:

—¿Por qué me lo preguntas a mí? Díselo a tu madre. Por lo que a mí respecta, estoy de acuerdo.

—Está bien, Sharon —concedió Ruth, algo remisa—. Pero tendrás que acostarte más temprano, la noche anterior. Tienes que descansar lo necesario.

—Yo me vuelvo a ver la televisión —declaró Danny, al notar que aquello nada tenía que ver con él.

—Buenas noches, Danny —dijo Lisa, pero el pequeño ya se había marchado.

Lisolette se dirigió entonces a los Harris y se despidió de ellos después de hacer unas caricias a Sharon y de tratar de quedar lo mejor posible ante Ruth. El resto de la familia la apreciaba, se dijo lisa, pero Ruth estaba celosa y no parecía complacida ante la posibilidad de que en el árbol familiar se injertase una especie de extraña tía soltera.

Fuera del apartamento, ya en el pasillo, se arregló el jersey y entonces se dio cuenta de que Danny debió estar comiendo chocolate cuando llegó ella, porque en la gruesa lana aparecían unas oscuras marcas de dedos. Así son los niños, pensó, mientras suspiraba resignadamente. Echaba de menos la enseñanza; echaba

de menos a los pequeños, que constituyeron una parte tan maravillosa de su vida…

Dio un vistazo a su pequeño reloj de pulsera engastado de brillantes, y vaciló un instante. Había prometido a los Albrecht que iría a verlos un momento, pero estuvo más tiempo de lo previsto con los Harris. Debería apresurarse, si deseaba ver a los Albrecht y luego vestirse para cenar con Harlee. Éste era un hombre encantador, musitó Lisa; poseía un aplomo y una cultura que hacían pensar en una juventud un tanto alocada. Ésa era una de las cosas que le hacían atractivo, se dijo Lisolette, el leve matiz de riesgo e incertidumbre que le rodeaba. Era una pena que después de esa noche su breve y grata amistad se viese interrumpida, aun cuando desde hacía tiempo ella se había acostumbrado a aceptar tanto lo malo como lo bueno.

Al fin se decidió. Iría a ver a los Albrecht. Harlee era en cierto modo un caballero capaz de comprender que una dama podía llegar a una cita con un razonable y elegante retraso. De todas formas, pensó Lisa con tristeza, aquella noche él la aguardaría con mayor expectación que de costumbre.

Tom Albrecht la acogió en la puerta en silencio, haciendo con sus sensibles dedos un signo de bienvenida.

Lisolette le respondió del mismo modo. Tom Albrecht era capaz de adivinar las palabras por el movimiento de los labios, al igual que su mujer, Evelyn; pero Lisolette prefería emplear los signos. Él la invitó a tomar una taza de café, y ella aceptó con sus dedos regordetes.

Evelyn estaba sentada en una silla de cocina, tejiendo una estera de cordel. Miró hacia arriba, sonrió y se puso en pie para saludar a Lisolette. De pronto se escuchó un vivaz grito que procedía del comedor. Aquél debía ser Chris, pensó Lisa, el pequeño de cinco años. El grito, así como la inmediata regañina de su hermana Linda, no pudieron ser escuchados por el matrimonio Albrecht.

Lisolette hizo señas a Evelyn de que no podía permanecer mucho tiempo, y siguió a la pareja hasta el comedor. Allí estaban los tres niños: Chris, Linda, de siete años, y Martin, el menor, de tres, todos sentados en torno a la mesa, cenando. Evelyn había cubierto la mesa con una alfombrilla y Linda jugaba a ser una madre muy ocupada. Lisolette sabía que Evelyn prefería dividir en dos la hora de la cena, pues el trabajo de Tom como ingeniero en una empresa local de electrónica le retenía a veces hasta altas horas de la noche. Por ello los integrantes de la familia se habían acostumbrado a cenar en dos horas distintas.

Evelyn hizo un lugar en la mesa para Lisolette, y ésta saludó con un «¡hola!» a los chiquillos, reservando un beso especial para Martin, y recibiendo a cambio un pringue de papilla en un carrillo. Era una hermosa familia, pensó Lisa, y en la ruidosa mesa tan sólo extrañaba el silencio de los padres. Al observar los elevados pómulos de Tom, Lisolette sospechaba que éste podía tener una ascendencia de indios norteamericanos ya atenuada. Evelyn, en cambio poseía rasgos más delicados, y tenía el aspecto de chica moderna tan grato a los publicistas de televisión.

Ambos se llevaban tan bien que a menudo uno olvidaba que eran sordomudos. De vez en cuando asistían a las funciones de *ballet*, aunque, lógicamente, no podían escuchar la música. Una de las pocas ocasiones en que se dieron amarga cuenta de su incapacidad fue cuando se vieron un día en una calle de San Francisco, en medio de una neblina tan densa que no podía verse para comunicarse por señas. Evelyn contó a Lisolette el pánico que ambos habían sentido.

Terminaron la taza de café, y Lisolette, con rápidos dedos, les dijo que debía marcharse. Los dos le expresaron su pesar.

«Un caballero amigo me está esperando», afirmó por señas Lisolette, y notó ella misma que se sonrojaba. Tom sonrió ampliamente, y contestó de la misma forma:

«Una dama como usted debe andar con mucho cuidado».

Ella se echó a reír y respondió:

«A mi edad, ya no hay nada que temer».

Prometió que cuidaría a los niños el martes siguiente, mientras ellos salían, y luego se despidió.

Una vez en el pasillo echó otra ojeada al reloj de pulsera y se dio cuenta de que iba demasiado retrasada. ¡Qué gente más maravillosa!, se dijo, mientras se encaminaba apresuradamente hacia el ascensor. Entonces se acordó de Harlee. Si se apresuraba mucho, no le haría esperar demasiado. Al rememorar el pasado recordó que nunca había hecho aguardar a un galán. Entonces notó que la idea le resultaba atractiva.

A su edad, bromeó para sus adentros, y se estaba convirtiendo en una casquivana…

16

Una de las ventajas que tenía ser pobre como una rata, pensó Harlee Claiborne, era que cuando había que salir por la noche no costaba mucho decidir la ropa que uno debía ponerse. En cuanto al traje, la elección era sencilla: o el azul, o el marrón. Por lo que se refería a las camisas y los accesorios restantes, tampoco era mayor la complicación. Abrió el cajón superior de la cómoda y observó el contenido. Tres camisas de lavar y poner —dos de ellas con puños postizos—, y dos corbatas, elegantemente anchas; de nuevo una azul y otra de color castaño, con los dibujos moderados que él prefería.

Sacó una de las camisas y la corbata marrón, y las dejó encima de la cama. Harlee Claiborne, «un caballero», como gustaba calificarse a sí mismo, iba a iniciar su trabajo. Ya se había duchado, después de lo cual se dio unos toques de masaje en el rostro, y dejó caer un par de gotas en las muñecas. El cepillo del pelo se hallaba encima de la cómoda, dentro de su neceser de piel. Lo extrajo y lo hizo correr sobre su cabello.

Harlee Claiborne tenía algo menos de sesenta años, y llevaba el canoso cabello a la última moda. Era una de sus escasas coqueterías, en parte porque así le gustaba a su mujer de años antes. También se daba cuenta de que constituía uno de sus atractivos, junto con su silueta naturalmente delgada, que nunca había conocido una cancha de tenis o un frontón, aunque parecía sugerir que fuese un experto en algo de esos deportes. Otra

cualidad, debía admitir con franqueza, era su ligero acento británico, que había adquirido como agente comercial en las Bahamas, tiempo atrás. Al descubrir el encanto que tenía ese acento para las mujeres, lo cultivó con asiduidad.

Aquellas cualidades le habían resultado de inestimable valor en su negocio, que consistía en conocer primero y embaucar después a ciertas damas solitarias y adineradas. En realidad, Claiborne no se consideraba a sí mismo como un estafador, sino más bien como un actor cuyo papel en escena podía durar varias semanas o varios meses, y que al final era recompensado con los honorarios que merecía.

Una vez, incluso, había llegado al extremo de casarse con una de aquellas damas. Ocurrió diez años antes, y se trataba de una señora deliciosa, que había heredado un taller de impresión y grabado. Él dirigió el taller durante varios años, y hasta aprendió la técnica del oficio, antes de que la firma diera en quiebra por motivos que le eran ajenos.

Adele murió poco después, pero los conocimientos adquiridos en el taller aún le servían cuando el recuerdo de ella ya se había desvanecido, y él regresó a la compañía de las matronas solitarias pero acomodadas. Según parecía, aquél era el oficio para el cual le había destinado Dios, y por ello ya no se le ocurría poner en tela de juicio la moralidad de sus actividades. Se enorgullecía de su especial encanto y del interés que lograba atraer hacia unas acciones de bolsa que en realidad no eran más que papeles sin valor. Durante años le habían atraído las acciones de empresas madereras, pero más recientemente se dedicó a las de metales, sobre todo el uranio. Sea como fuere, todos sus certificados de acciones eran verdaderas obras maestras.

Encendió un cigarrillo con la colilla que aún humeaba en el cenicero, y luego abrió el cajón del escritorio que estaba debajo del de las camisas. Lo único que había allí dentro era un grueso sobre que contenía algunas de las mejores muestras de su trabajo, hasta

la fecha. Abrió el paquete y sacó los certificados, que examinó con mirada crítica. El sello de la firma, impreso en la esquina izquierda, era una obra de arte. United Power Metals. Aquello sonaba impresionante, y en el caso de que alguien quisiera comprobar la existencia de tal firma, hasta había una de ese nombre en California. La ambigua denominación era lo que le había atraído, a pesar de que la empresa en cuestión se dedicaba a los metales alcalinos purificados, como el sodio y el calcio; es decir, algo muy alejado del uranio, en la tabla de los elementos.

Con todo cuidado volvió a meter los certificados en el grueso sobre de papel, y avanzó hacia el armario empotrado. Su traje azul, el bueno, tantas veces limpiado y planchado, colgaba allí de una percha de madera que se había llevado de un hotel de lujo de San Francisco, tiempo atrás. En cuanto al traje, le fue confeccionado en St. Paul unos años antes, por lo que las solapas eran algo estrechas para la moda del momento; pero tenía la ventaja de que el sastre le había hecho en la chaqueta un bolsillo donde podía llevar el gran sobre sin arruinar la línea del conjunto. Porque era evidente que no se podía ir a cenar llevando una cartera de documentos. Aquel sastre era un verdadero artista; lástima haber tenido que marcharse de St. Paul en cuanto le fue entregado el traje, pero sólo habrían pasado unas pocas horas, y el hombre se hubiera dado cuenta de que su tarjeta de crédito le había caducado un año antes. Las computadoras le habían hecho la vida más difícil, decididamente, incluso las primitivas de aquellos tiempos.

Tendría que abandonar pronto la Casa de Cristal, asimismo, pensó Claiborne. Iba atrasado en el pago de la renta, y la administración del edificio se estaba poniendo un poco pesada en sus exigencias. Le echarían al terminar las prolongadas fiestas, a menos que tuviera una suerte excepcional, o que pudiera persuadir a Lisolette para que le ayudase.

Se puso los pantalones, a continuación la chaqueta, con el sobre en su lugar, y se maldijo a sí mismo cuando notó que tenía manchas

de ceniza en las solapas. Sacó un cepillo de ropa del armario y comenzó a cepillar las tenues manchas grises, haciendo caer al mismo tiempo más ceniza ardiente del cigarrillo que tenía entre los labios. Una chispa relució en el suelo del armario empotrado, y él le dio un pisotón para apagarla. Tosiendo suavemente regresó al dormitorio y sacó otro cigarrillo del paquete que estaba sobre la cómoda. Tendría que dejar el vicio, se dijo. A su edad estaba fumando demasiado. Lisolette había bromeado un poco, con su tono de maestra, acerca del mismo asunto, y por un instante pareció que hablaba de nuevo su esposa, muerta hacía largo tiempo y que constantemente le regañaba diciendo: «Harlee, te estás estropeando los pulmones con esa porquería». Más tarde se preguntó si ella habría sido adivina. Eso fue antes de la advertencia impresa en los paquetes sobre la nocividad de los cigarrillos.

En numerosos aspectos, Lisolette le recordaba a su esposa. Lisa, desde luego, era más corpulenta, pero tenía los mismos ojos chispeantes, el mismo ingenio rápido, y semejantes intereses culturales. Claiborne había encontrado a Lisolette encantadora desde el principio, y en ocasiones lamentaba los bajos motivos que le llevaban hacia ella. Pero era necesario vivir, y la ley principal del mundo seguía siendo comer o ser comido.

Por las discretas investigaciones que había realizado (admitía que el interrogatorio que había realizado ante Jernigan esa misma noche no resultó discreto, sino un serio error), sabía que Lisa contaba con una pensión como profesora jubilada, y tenía una pequeña herencia. La cantidad de dinero que Lisolette quisiera «invertir» sería pequeña, pero no tenía intenciones de pedir más, para no dejarla desvalida, o incluso para no perjudicarla excesivamente. Ésa era una de las reglas de su juego: no esquilar demasiado a la oveja, para que no llegase a dolerle. En esos casos, además, ellas no solían acudir a la policía. A él le gustaba también creer que en ello había cierto vestigio de sentimentalismo.

Con todo cuidado se anudó la corbata azul, y luego se colocó la aguja, mirándose en el espejo mientras centraba esta última. Se estiró después los puños de la camisa, para que quedase a la vista el centímetro de tela conveniente, y a continuación se detuvo. Humo. Durante un momento creyó que era la colilla del cigarrillo anterior, que tal vez no había apagado del todo, pero enseguida se dio cuenta de que el olor era de trapo quemado. Examinó atentamente la alfombra, dando algunas patadas en ella y entonces pensó, angustiado, que podía provenir de su otro traje, el marrón. Corrió hacia el guardarropa, sacándolo de allí y extendiéndolo sobre la cama para mirarlo mejor. Nada. Volvió al guardarropa, donde un momento antes había extinguido con el pie una pequeña brasa del cigarrillo, y procuró descubrir si se había encendido alguna de las pelusillas que cubrían el piso.

De pronto localizó la procedencia de las tenues volutas de humo. Una chispa del cigarrillo había caído en los únicos pantalones de *sport* que tenía, y en una de las costuras interiores se apreciaba ya un redondel quemado del tamaño de una moneda.

Eliminó con los dedos la parte quemada, sintiéndose momentáneamente disgustado y deprimido. Eran sus mejores pantalones; los había comprado el año anterior, y eran caros y de excelente calidad. Tal vez pudieran arreglarlos, pero no podría garantizarse el resultado. De todos modos, aquel trabajo sería caro, y a él le quedaba poco dinero.

Bien, aquello forzaba más las cosas Por mucho afecto que sintiera por Lisolette, el incidente de los pantalones le había recordado penosamente que estaba sin fondos, y eso debía solucionarlo aquella misma noche Tal vez, si ella no se decidía por las acciones, podría conseguir de Lisolette un pequeño préstamo personal.

«Querida mía —podía decirle—, me siento terriblemente molesto, pero mi administrador no me ha enviado el cheque mensual, y…».

No hay duda que Lisolette sabría comprenderle y que su buen corazón la impulsaría a ofrecerle un razonable empréstito.

Todas sus damas habían sido muy generosas con él.

Las llamas cubren la superficie de la ennegrecida tela y penetran profundamente en la guata de algodón que hay debajo. Algunas chispas caen al suelo. El fuego se desliza entre las esteras, carbonizando los tejidos. El aire, por encima, se estremece, mientras el humo y el calor se desprenden de los puntos que entran en combustión. La temperatura del estante metálico que hay sobre las esteras sube cinco grados primero, y luego otros cinco, hasta que la pintura verde de la parte inferior del estante se vuelve de color oliváceo, y enseguida adquiere una tonalidad marrón. Después se forman pequeñas ampollas en la pintura, que estallan y se carbonizan, dejando la superficie pintada con un aspecto rugoso, de donde caen escamas sobre las esteras.

En el estante, un bote metálico estalla cuando su contenido se dilata a causa del calor. El líquido burbujea al caer entre volutas de vapor. Al lado, la etiqueta de papel de un botellón de vidrio, lleno de un líquido opalino, comienza a oscurecerse. La cola de la parte posterior de la etiqueta cae en fragmentos quebradizos, cuando ésta se curva, desprendiéndose del vidrio. Luego la etiqueta se enrolla, se ennegrece y de pronto se deshace en una lluvia de chispas.

Un segundo más tarde, el botellón revienta como un huevo aplastado, y el líquido se derrama por todo el estante, corriendo por él. Pero es contenido por el borde, que actúa como un pequeño dique. Después el líquido llega al extremo lateral del estante; algunos chorros caen sobre las esteras encendidas que hay debajo, sofocando en parte el fuego, antes de que el líquido se vaporice. Hay una breve pausa durante la cual los vapores inflamables se extienden sobre las esteras, e inmediatamente se produce un pequeño fogonazo, en el momento en que el líquido se inflama.

En el cuarto de máquinas que hay cerca del tejado de la Casa de Cristal, se encienden varias luces con franjas rojas, y se deja oír la pequeña sirena de los detectores de humo. Pero allí no hay nadie en ese momento, de acuerdo con el horario. En el sótano, Griff Edwards maldice su edad, sus debilitados riñones y la negrura de su café, y se encamina hacia los lavabos situados al otro lado del vestíbulo. Cuando termina vacila un momento y luego sube al vestíbulo principal, con la esperanza de que ya haya salido la edición temprana del periódico. El crucigrama le ayuda a distraerse durante las largas horas de la guardia nocturna. La afluencia de gente que acude a cenar al Salón de Paseo ha aminorado, y Edwards se detiene a hablar con Sue. Es una muchacha muy guapa, con problemas personales y Griff la sabe escuchar comprensivamente. Ella tiene poco que temer de él, y a él le halagan sus confidencias. En el sótano, entretanto, las luces indicadoras de fuego, conectadas con las de la sala de máquinas del techo del edificio, se han encendido, y brillan con su vivo tono rojo. Los detectores de humo zumban agudamente para llamar la atención. La conexión directa con el Departamento de Incendios empieza a sonar, pero una conexión defectuosa se separa y la señal se extingue. La luz de alarma del cuadro de mandos está averiada desde hace una semana, sin que haya sido posible comprobarlo. El hombre que está de guardia echa un vistazo al oír la primera alarma, pero ésta no continúa, y él prosigue anotando unas cifras de la interminable serie de medidores, olvidándose de la señal.

En el cuarto interior, la bestia repta por los delgados chorros de líquido, como lo haría un niño que trepara por una cuerda. Entonces la laguna que se ha formado en el estante se inflama con un rugido triunfal. Otros botes metálicos estallan ruidosamente tras la dilatación de su contenido. Luego ocurre lo mismo con dos botellones, cuyo líquido cae como una cascada sobre las esteras en llamas que hay debajo.

La superficie del estante se encuentra ahora totalmente cubierta por el fuego, y las latas van reventando en rápida secuencia. Desde

lejos, los recipientes que explotan parecen provocar un ruido similar al de las palomitas de maíz que preparan en un día de fiesta. Y es fiesta, en efecto.

La bestia tiene ya tres horas de vida.

17

El viaje en el ascensor panorámico resultaba espectacular y hasta impresionante, y Lisolette no refrenó su temor y se aferró a Harlee mientras subían. Una vez en el vestíbulo del Salón de Paseo, no pudo resistir un momento más y dijo:

—Tantas veces que hemos comido aquí, y nunca habíamos subido en este ascensor. Es lo mismo que le ocurre a un primo que tengo en Nueva York; dice que nunca ha estado en el Empire State Building.

Claiborne se sintió halagado. Ofreció el brazo a Lisolette, y ésta se cogió con firmeza, dejando que él la guiase hasta la mesa de reservas.

—Querida amiga —dijo—, no puede imaginar el placer que supone para mí poder exhibirme con tan encantadora compañera.

—Algunos cumplidos más como ése, y me trastornará la cabeza, y hasta la edad, Harlee.

—Me consideraría dichoso si pudiera hacerlo.

Se detuvieron ante la mesa de reservas, y Claiborne aguardó a que Quinn Reynolds, la azafata, volviera para atenderles.

—Es curioso —comentó él—. Siempre me he preguntado por qué no tendrán aquí un *maître d'hótel*.

—Es el tipo de negocio, Harlee —repuso Lisa—. La clientela está compuesta en su mayor parte por mujeres que vienen de hacer las compras abajo. Supongo que se sienten más cómodas al ser atendidas por una azafata y camareras.

Lisolette miró a través de las ventanas del comedor, observando los densos nubarrones que había en el exterior.

—Afortunadamente —añadió—, no tenemos que salir fuera para cenar, en una noche como ésta.

Llegó en ese momento Quinn Reynolds desde el salón comedor, y Claiborne le sonrió algo cansadamente.

—Buenas noches, señorita Reynolds. Por favor, ¿mesa reservada para dos?

Durante un momento la azafata pareció dudar, y Claiborne sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Ella sabía algo, se dijo. Quinn echó una mirada a su lista de reservas, y luego observó a Lisolette, que cogida estrechamente del brazo de Claiborne rebosaba satisfacción ante la perspectiva de una grata velada.

—Desde luego, señor Claiborne —contestó, sonriendo—. Me alegra verla por aquí de nuevo, señorita Mueller. ¿Quieren seguirme, por favor?

Quinn recogió dos cartas con borde negro y condujo a la pareja hasta una mesa situada cerca de los ventanales. Claiborne ayudó a Lisa a quitarse el abrigo, que recogió Quinn, y luego retiró la silla para que ella tomara asiento.

Mientras Lisolette desplegaba cuidadosamente la enorme servilleta, tan blanca como el ala de un ave, y antes de que Claiborne se hubiera sentado, Quinn dijo:

—¿Podría hablar con usted un momento, señor Claiborne? Tenemos que sustituir un vino de los que usted ha pedido, y la única lista disponible está en mi escritorio.

—Desde luego —contestó el aludido, encogiéndose de hombros, y tras pedir disculpas a Lisa, siguió a Quinn hasta su mesa.

—Lo siento enormemente, señor Claiborne —dijo Quinn con calma, cuando estuvieron lejos de Lisolette—. Sé que esto es desagradable para usted, pero su cuenta aquí asciende a casi doscientos dólares. De contabilidad me han notificado que no acepte su firma hasta que la nota haya sido saldada.

Claiborne observó que Quinn se sentía incómoda al decir aquello, pero su aire era decidido, no obstante.

—Querida mía —le dijo, dándole golpecitos en una mano—. Es usted una chica encantadora, y no tengo deseos de causarle el menor contratiempo. Me haré cargo de la cuenta mañana. Tengo un pequeño problema de efectivo, y está a punto de resolverse.

Los músculos del rostro de Quinn se contrajeron, y con voz helada respondió:

—Lo lamento, señor Claiborne, pero he recibido órdenes. Con franqueza, me gustaría poder aceptar su firma esta noche. Siento gran simpatía por la señorita Mueller y comprendo que el disgusto de usted será el de ella, asimismo…

—No importa —dijo Claiborne, despreocupadamente—. Tendré el placer de abonar la cuenta en efectivo esta misma noche.

Quinn sonrió y repuso:

—Me parece muy bien, señor Claiborne. Siento que acurran estas cosas. Que pase una agradable velada.

—Estoy seguro de que lo será, señorita Reynolds.

Claiborne volvió hacia la mesa, y mientras lo hacía pensó sombríamente que tenía que ser aquella noche, sin falta. Por mucho que apreciara a Lisolette, no había otra salida. Incluso podrían echarle del piso a la mañana siguiente. Cuando llegase el momento de pagar la cuenta de la cena, podía fingir que había dejado la cartera en el apartamento. Quinn Reynolds no armaría un escándalo, aunque sólo fuese por deferencia hacia Lisolette. Pero Quinn informaría de ello al gerente, y se vería enfrentado con un hecho desagradable.

Lisolette miró a Claiborne cuando éste volvía a tomar asiento, y le preguntó:

—¿Algún inconveniente, Harlee? Ha estado usted allí tanto tiempo…

—¿Inconveniente? Nada de eso, querida amiga; no hay problema alguno. Desea un cóctel, ¿verdad?

—Ah, pretende que me achispe un poco, ¿no es eso? —respondió Lisa, con los ojos brillantes.

—Tal vez —contestó él, risueño.

Ella pidió un daiquiri helado; Claiborne dudó un momento, y después encargó un martini doble.

—Es el frío —añadió Claiborne, señalando hacia los ventanales—. Necesito algo que me reconforte.

Hubo un gesto de duda en el semblante de Lisa, que ella disimuló rápidamente.

—Parece disgustado —declaró la mujer.

—No es eso; a decir verdad, soy en el fondo un fatalista, y en medio del placer y la alegría de una compañía excelente, me da por pensar en lo pronto que pasan todos estos goces.

Llegaron las bebidas y él tomó pequeños sorbos, en tanto que Lisa paladeaba la suya.

—Los alemanes tienen una palabra para eso —explicó Lisolette—. Lo llaman *Weltschmerz*, cansancio del mundo.

—Es un término grandilocuente —afirmó Claiborne, riendo.

—Quizá esté en la línea de lo que escribió Sudermann. ¿Ha leído a Sudermann?

—Me temo que no —repuso él, algo desconcertado, pues se trataba de una faceta de Lisolette que desconocía, y que le había cogido de improviso.

—Bueno, fue un escritor muy famoso. Estaba pensando en su *Frau Sorge*, nombre que puede traducirse por *Señora Preocupación*, aproximadamente. El libro trata acerca de una persona que pasa toda su vida entre tribulaciones y penas. Sudermann era muy parecido, en el enfoque de sus obras, a Thomas Hardy. En realidad, *Frau Sorge* es el equivalente alemán de *Jude el oscuro*.

Ella estaba por encima de él, pensó Claiborne. Sus damas habían sido amables, encantadoras y generosas, pero nunca intelectuales. Se sentía como alguien que fuera aficionado al vino blanco corriente, y de pronto le dieran a probar champaña.

—Pobre Jude —manifestó Claiborne, con una sonrisa—. No, Lisolette, me temo que mi caso no puede admitir tamañas comparaciones. Yo no soy un hombre apesadumbrado, sino que más bien soy de tipo optimista.

—Muy parecido a como era mi padre —dijo ella, pensativa—. Le hubiera gustado a usted mucho. Era maestro cervecero en St. Louis, en la fábrica de cervezas de Schwartz Brau. Fue un hombre orgulloso de sí mismo, y muy afectuoso.

—Y tuvo una hija encantadora.

—No adule en vano, Harlee —respondió lisa, riendo, y enseguida adoptó su aire pensativo y añadió—: él era… formidable. Llegó aquí desde Frankfurt am Main, *Sud Deutsch* y muy orgulloso de su legado cultural, que me transmitió a mí.

Por un instante su rostro se veló con la sombra de un recuerdo más trágico. Enseguida agregó:

—Fue también un hombre valiente. Casi murió a causa de ello, cuando no había cumplido los cuarenta años.

—¿Ah, sí? —dijo Claiborne, suavemente.

Era indudable que Lisolette tenía ganas de hablar, y él prefería que lo hiciera.

—Aquéllos eran los días de la Liga Germanoestadounidense, cuyos miembros eran muy fuertes en el sur de Saint Louis. En la zona llamada Schwartzwald —la Selva Negra—, uno podía ver las paredes cubiertas de esvásticas y hojas de roble pintadas en las paredes, y a grupos de hombres que marchaban vestidos con camisas pardas, brazaletes, correajes, gorras de las ss y todo aquel temible atuendo.

De improviso, ella pareció sentirse acongojada.

—Eso fue hace ya bastante tiempo, Lisolette.

—Para mí, no. Papá y yo fuimos al parque cierto día, cuando yo debía de tener unos veintiún o veintidós años, pues estaba a punto de diplomarme, y vimos a un grupo de ellos que marchaban con paso militar. Papá les gritó que eran una deshonra para la tierra de

Schiller y de Beethoven, y se enzarzó en una terrible pelea con el que los mandaba. Luego los demás empezaron a pegarle. Cuando llegó la policía, papá estaba muy gravemente herido.

—¿Le hicieron algo a usted? —inquirió Claiborne, tras un momento de silencio.

Lisolette sonrió, pero por una vez, no era una sonrisa afable.

—Había una barra de hierro hundida en el suelo, cerca de un cubo de desperdicios. Yo la arranqué y ataqué con ella a uno de los que estaban golpeando a mi padre. Tuvieron que llevar al vándalo al hospital.

Una expresión a la vez triunfal y triste brilló en los ojos de Lisolette, que continuó:

—Tal vez hice algo terrible, pero no podía dejar que mataran a mi padre, ¿no cree?

Claiborne miró a Lisa y por un momento recordó a su mujer Adele, muerta hacía mucho tiempo. Tanto ésta como Lisolette estaban imbuidas de la misma clase de altivo orgullo. Eso era precisamente lo que hubiera hecho Adele. Magnífica mujer, se dijo, mirando a Lisa.

Luego alzó en silencio su vaso, en mudo brindis, y ella le imitó, con los ojos velados por los recuerdos.

—He echado de menos a papá, con el correr de los años —agregó Lisa, lentamente—. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña, y él fue… muy importante para mí, durante toda mi vida.

—¿Ha estado casada, Lisolette?

Ella movió negativamente la cabeza, mientras miraba su vaso.

—Papá nunca llegó a recuperarse de aquella brutal paliza —continuó—. Tuve que cuidarle. Y no es que no me hubieran hecho propuestas, ¿sabe?

Le miró directamente, con un fulgor más intenso en la mirada, y agregó:

—¿Le sorprendería si le dijese que no soy virgen? ¿Le extrañaría?

—Claro que no —repuso él, riendo.

—Pues no lo soy —dijo Lisa, con altivez, y al momento se llevó una mano a la boca y manifestó—: Sólo un poco de alcohol, y ya hablo demasiado. Debe perdonarme, Harlee. De todos modos, es lo cierto, y me complace haber sabido lo que era el amor. Pero estaba mi padre, y también los niños…, los queridos niños a quienes daba clase. Creo que todos ellos constituyeron la razón de mi vida, y no lo otro.

Era notable, se dijo Claiborne; aquella mujer tenía tanta vida interior, que uno no podía menos que admirarla. Poseía gran fortaleza. A veces parecía candorosa, pero interiormente tenía una increíble reciedumbre.

—Bueno, ahora háble me de sus acciones de bolsa, Harlee, antes de que traigan la cena. De ese modo podremos comer más a gusto.

Le tomó por sorpresa. Había olvidado el motivo por el cual quiso invitar a Lisa a cenar.

—Será mejor hablar de eso más tarde —repuso Claiborne.

—Pienso que éste es el momento apropiado. Ahora es usted el que tiene que contarme cosas a mí.

Claiborne extrajo el sobre y extendió el contenido encima de la mesa. Ella le escuchó con interés, pero por algún motivo, su atención estaba en otra parte. La confianza que parecía tener en él, hizo que Claiborne se sintiera incómodo. Aquello le quitaba el gusto al juego, a la conquista.

—Y debe usted recordar, Lisolette, que acciones de este tipo son muy lucrativas.

—Si usted cree que tienen buenas posibilidades, Harlee… —comenzó a decir ella.

—Es mejor que lo piense bien, Lisa —dijo él con gesto grave, repentinamente.

¿Qué demonios le pasaba?, pensó Claiborne. Estaba estropeando el asunto.

—Ya sabe que me fío de usted —repuso ella, y tocó los certificados de acciones que tenía delante; luego agregó—: Son muy

bonitos, ¿verdad? E impresionantes. ¿Qué debo comprar, Harlee? Tiene que decírmelo.

—Las acciones del metal —empezó a decir Claiborne, y notó que tenía húmedas las axilas y la frente.

—Bueno.

De pronto él se sintió irritado, tanto con ella como consigo mismo.

—¿Confía en mí plenamente, Lisa?

—Desde luego —le contestó Lisolette, con el rostro repentinamente serio.

—¿Y por qué lo hace? ¿Por qué tiene usted que confiar en lo que yo le digo?

Ella pareció desconcertada.

—Está enfadado, Harlee. ¿He dicho algo inadecuado?

—Es usted muy confiada, Lisolette —dijo él, sombríamente—. Demasiado confiada.

—¿Hay algún motivo para que no confíe en usted? —preguntó ella, con sincera perplejidad.

Él se echó hacia atrás en su silla y tomó un prolongado sorbo de vermut. Había olvidado lo mucho que quiso a su difunta mujer, pensó; y Lisolette era casi una réplica de ella. Adele confió ciegamente en él en los negocios, en la cuenta bancaria, y le dejó todo en su testamento. Ella también le había amado.

—Lisolette —comenzó diciendo Claiborne, lentamente—. ¿Qué diría usted si le revelase que estas acciones no valen absolutamente nada; que no valen ni siquiera el precio del papel de calidad en que están impresas? Yo lo sé muy bien, porque yo mismo las he impreso.

Claiborne tocó suavemente uno de los certificados, alzó la vista para mirarla y agregó:

—Tiene razón, son muy bonitas; pero no valen nada. Son falsas. Falsas igual que yo, Lisolette. No tengo un solo dólar en la cartera y debo dos meses de alquiler. Ni siquiera podré pagar nuestra cena de esta noche.

Lisolette frunció el ceño, preocupada, y repuso:

—Cuando uno está desesperado…

—No me ha entendido bien —manifestó él, impaciente—. Esto es mi medio de vida. Usted no es la primera. Estoy seguro de que hay media docena de órdenes de captura esperándome por todo el país, a pesar de que mis damas son demasiado consideradas para presentar una denuncia.

—¿Sus damas? —dijo ella, sonriendo.

—Sí, mis damas —contestó con infinita tristeza—. Mis infortunadas damas.

—Es usted una persona muy sensible, Harlee.

Él la miró intensamente.

—No ha entendido una palabra de lo que le he dicho, ¿verdad?

—Claro que lo he entendido. Letra por letra.

—Y no parece estar sorprendida.

—¿Por qué debo asombrarme? —repuso ella, con un gesto impreciso—. Yo ya sabía todo esto mucho antes de esta noche. Resultó fácil obtener informes.

Claiborne la miró atónito, y de pronto sintió que le invadía la cólera.

—¿Y me ha dejado hablar, y quedar como un imbécil?

Ella tendió las manos y cogió una de las de Claiborne. Luego le dijo:

—No fue ésa mi intención. Es usted un hombre afable y cortés y por nada del mundo querría herirle. No hubiera echado de menos el dinero, pues a cambio de ello me ha proporcionado usted mucho más.

—Pero ¿habría usted seguido adelante? ¿Habría dejado que me llevase su dinero?

—Bueno, quizá no tanto dinero como usted hubiese pretendido.

—Lisa, eres una mujer asombrosa —dijo él, tuteándola por vez primera.

—No; soy tan sólo una mujer que ha vivido mucho tiempo, y que aún agradece la presencia de un caballero.

Lisolette sonrió, y de pronto se sintió complacida ante su propia perspicacia.

—Te sorprenderías, Harlee, si supieras que yo estaba convencida de que me revelarías la verdad sobre las acciones. Ya dije a Rosette que eras el hombre más honrado que había conocido.

Él se rió en voz baja y respondió:

—Cielos, hubiera deseado conocerte antes.

Y de pronto comprendió que la había conocido, que se había casado con ella. Adele; era Adele, de nuevo.

—Te diré —manifestó Lisa de pronto— que mientras estabas tratando de convencer a la señorita Reynolds de que debía dejarnos comer aquí, me tomé la libertad de pedir Chateaubriand, y una botella de Château Lafite Rothschild 64. Como ves, sé bien lo que les gusta a los caballeros.

—¡Vaya!

—Imaginé lo que debía de estar diciéndote, y quise que a pesar de ello disfrutaras de la velada.

¡Qué parecida a Adele!, pensó Claiborne. ¡Qué parecida a Adele, y sin embargo, qué insobornablemente Lisolette Mueller, era aquella mujer!

18

Thelma y Jenny acababan de aparecer, y Barton y Leroux, no queriendo seguir hablando de negocios en su presencia fueron a su vez a dar un paseo por la galería. Aún faltaban unos diez minutos para que la mesa estuviera dispuesta. Tiempo suficiente para que Leroux hiciera algunas preguntas acerca del programa de Quantrell. Teniendo en cuenta que la gran sala estaba llena de gente, y que todos parecían tener muy poca prisa por marcharse y salir a la inclemencia exterior, lo más probable era que se retrasaran en poner la mesa. Con menos hostilidad y tensión por parte de Leroux, Barton comenzaba ahora a sentirse a gusto y a gozar de la velada. Estaba en el interior del edificio, donde reinaba un ambiente tibio y olía gratamente a comida. De ese modo se podía admirar placenteramente la belleza de la nieve, al caer formando remolinos frente a los ventanales. Era casi como un espectro de nieve, unos copos ligeros, algodonosos, que se adherían al vidrio un instante, y luego se disolvían en lágrimas que goteaban y se perdían hacia abajo.

—Craig, tú llevas en el campo de la arquitectura y la construcción el tiempo suficiente como para comprender que no existe un edificio totalmente protegido del peligro del fuego —estaba diciendo Leroux —. Lo más que puede hacerse es prevenir todo lo posible el riesgo. La mayoría de los materiales pueden arder, cuando se ha llegado a una temperatura lo bastante elevada. Ésa es la premisa principal. A continuación hay que considerar el factor tiempo. ¿Cuánto puede

durar una pieza de madera o de tela antes de arder? ¿A qué temperatura ocurre esto? El material que entra en un edificio posee un índice de combustión, ésa es la ley. Entonces, existen reglamentos de edificación que deben seguir todas las empresas de construcción. Nosotros no somos distintos de los demás; hacemos lo posible por competir, y eliminamos los gastos innecesarios, tal es el juego. Sin embargo, no quebrantamos las leyes. La ciudad posee sus inspectores, lo mismo que el Departamento de Incendios y las compañías de seguros. Si éstos no aprueban la construcción de uno de nuestros edificios, no podemos destinarlo al negocio del alquiler. Es así de sencillo.

Barton agitó un poco la bebida de su vaso y pensó que no era tan sencillo como pretendía Leroux. Éste deseaba convencerle a toda costa, y Barton se preguntó por qué el otro se esforzaba de ese modo.

—¿Qué hay de los acuerdos con las compañías de seguros? —dijo—. Quantrell dio a entender que el constructor que hacía una instalación completa de rociadores en su edificio, por ejemplo, podía obtener una sustanciosa reducción de las primas, que ayudaría a su vez a pagar esa instalación. ¿Es cierto?

Leroux se rió brevemente y repuso:

—Eso es un subterfugio. Lo cierto es que ese constructor vería incrementarse realmente las primas del seguro. Existe la posibilidad de que algo bloquee accidentalmente el funcionamiento de los rociadores, y si se trata de un sector comercial, con mercancías, lo que queda entre manos es un embrollo muy poco agradable. Algunos inquilinos se quejan, además de las antiestéticas goteras que pueden formarse. La verdad es que en la mayoría de las construcciones elevadas no hay muchas posibilidades de disminuir las primas del seguro. Y por otra parte, éstas tampoco resultan muy caras, con las cuatrocientas firmas aseguradoras que andan por ahí tratando de captarlo a uno para su negocio. Francamente, el recibo

anual de electricidad de la Casa de Cristal, ascenderá a mucho más que las primas de seguros que pagaremos en un año.

Barton vació el vaso de un trago. Aquella bebida era excelente, se dijo. Habían puesto de todo en su cóctel, menos crema de arroz. Hizo una seña al camarero para que le sirvieran otro.

—¿Y cómo puede ser eso tan barato? —inquirió.

Leroux pareció encresparse.

—Porque, a pesar de todo lo que afirma Quantrell, los incendios en los rascacielos son mucho más escasos de lo que se cree. Claro está que ocurren, lo mismo que se producen los siniestros aéreos. Pero hablando relativamente, las bajas anuales son tan escasas que pueden considerarse inexistentes. ¿Qué importe de seguro puede adquirirse por cincuenta centavos en el aeropuerto? ¿Quince mil dólares?

Leroux se calmó un poco y luego siguió diciendo:

—Todas las zonas públicas de la Casa de Cristal están provistas de rociadores, como debe ser. Instálalos en todo el edificio y los gastos serán tan elevados que resultarán prohibitivos. Sears Roebuck lo hizo en el rascacielos de su sede central, tanto por prestigio como por motivos de seguridad. Pero nosotros no somos Sears, al menos por ahora.

Tal vez se hallaba cansado, pensó Barton, o quizá Leroux insistía demasiado en el tema, pero lo cierto es que no le había convencido.

—Craig, mira ahí —siguió diciendo Leroux—. Ese edificio que está un poco hacia la derecha, con la luz roja en la parte superior. Es el Penobscot Building, que fue construido por la National Curtainwall. Y algo hacia la izquierda, el Hanson Building, también es nuestro. Hay media docena más en la ciudad, todos hechos por nuestra empresa.

Durante un momento, Leroux permaneció enfrascado en sus pensamientos. Luego dijo:

—En cierto modo, nosotros somos los verdaderos ecólogos. La humanidad no puede seguir extendiendo sus ciudades por todas partes, destruyendo los bosques, nivelando las colinas. Los Angeles

alberga una población de sólo dos tercios respecto a la de Chicago, en el doble de superficie. No es posible continuar ensanchando los suburbios; debemos volver a la ciudad, que fue creada como centro comercial, como centro industrial, y fue proyectada de modo que el trabajador estuviera cerca del lugar donde desempeña sus tareas. Nosotros construimos ciudades, Craig, y esto no es cualquier cosa.

Aquél no era César, desde luego, se dijo Barton. En todo caso era Ramsés o Keops, un constructor de pirámides.

—Hace un momento dijiste que habías visto el proyecto de Joe Moore —añadió Leroux—. ¿Sabes lo que hay detrás de eso?

—No, pero me gustaría mucho saberlo, Wyn. No sé por qué, no quisiera ver todo el país cubierto de reproducciones de la Casa de Cristal.

Sonrió Leroux y dijo:

—Tal vez vieras uno o dos, pero no más de eso, ya que las condiciones locales varían mucho de una ciudad a otra. En realidad, debo admitir que habría algunos edificios muy parecidos, que pueden diferir sólo en los detalles externos, o bien en cuanto a la altura, el volumen u otras variantes interminables. Y algunas partes pueden parecer muy diferentes para el ojo poco educado. A mí me hubiera gustado ser el creador de la idea, pero hay una cadena de hoteles que puede reclamar ese honor. Sus establecimientos principales están todos diseñados según el mismo modelo original: un caparazón de habitaciones que rodean un enorme salón interior, el cual posee ascensores «exteriores» para toda la altura de la sala, así como fuentes, restaurantes y servicios. Esos salones pueden variar de tamaño y forma, pero siguen conservándose básicamente iguales. En gran parte, ya han sido explotadas las ideas de los pisos voladizos y otras modificaciones para dar mayor variedad a la nueva edificación que se proyecta.

Leroux perseguía un objetivo, razonó Barton, inquieto. Ya le había dicho antes que no podía pasarse sin él, lo cual era ridículo;

pero tenía que haber un motivo para que Leroux se expresara de esa forma.

—La construcción es una actividad financiera arriesgada —continuó diciendo Leroux—. En ella el factor tiempo es fundamental. Como constructores, primero tenemos que concertar la financiación interna, por lo general mediante la ayuda de un Banco a un trust de inversión inmobiliaria. Los intereses suelen ser bastante elevados, además de que a los Bancos no les gusta ceder su dinero por períodos muy prolongados. Y la construcción en sí supone otro riesgo. Al principio el edificio existe sólo sobre el papel, y pueden ocurrir muchas cosas desagradables desde que se traza el plano hasta que se termina de construir. Dios le ampare a uno, por ejemplo, si surge algún problema en el momento de poner los cimientos. Luego, una vez terminada la edificación, se acuerda una financiación permanente, casi siempre con una compañía de seguros. El edificio terminado ya supone un riesgo mucho menor, y las primas son bastante más bajas. Uno de los gastos evidentes, desde luego, es el tiempo que se tiene paralizado el capital inicial.

—Todo eso me lo enseñaste durante los primeros meses —intervino Barton, escuetamente—. Debo reconocer que fuiste un buen maestro.

Fue Leroux quien a su vez hizo una seña para que sirvieran otra ronda. Después agregó:

—Los promotores y los constructores tratan de subsanar ese problema, como es natural. Lo primero es adquirir el solar, haciendo que la empresa de arquitectura prepare de acuerdo con ello los correspondientes planos. Por desgracia, existe el factor tiempo, es decir, el plazo para la entrega de los planos; y el tiempo que requieren los contratistas para estudiarlos y hacer sus ofertas. En ello puede perderse seis meses, y hasta un año. En cuanto se conciertan estos detalles, se inicia la construcción del edificio: los cimientos, la estructura, la fachada, el núcleo de servicios con las cajas de las escaleras y ascensores, las máquinas esenciales y lo

demás. Se trabaja de fuera para dentro, haciendo buena parte del diseño al mismo tiempo que se construye, si bien muchos planos ya están trazados de antemano. Se hace un cálculo de los materiales necesarios, aun cuando no se haya decidido un uso específico para ellos, al comienzo. De este modo hay un evidente desperdicio de material, pero se sale ganando en el factor más importante de todos: el tiempo.

—Tú vas a alguna parte, Wyn. ¿De qué se trata?

—De lo que se trata es de lograr un producto de calidad, como en el caso de la cadena hotelera que he mencionado, Craig. O como en la Casa de Cristal. Éste es un hermoso edificio, y lo venderemos efectuando diversos cambios y transformaciones, como hacen con esos hoteles. Como hay tan poco riesgo con un producto ya probado, no existe peligro en poner capital, ni en la financiación, ni en los intereses elevados. Además, se eliminan los intermediarios. Todo ello hace que bajen los costos para el propietario final.

—Lo único que éste no consigue es un edificio que sea arquitectónicamente original —dijo Barton, con amargura—. Algo que constituya la expresión del carácter de su empresa o negocio.

Leroux señaló hacia los otros rascacielos.

—Hay muchas edificaciones por ahí, Craig —contestó—. ¿Cuántas de ellas te impresionan como una obra hermosa u original? ¿Una de cada diez, quizá, o es demasiado? ¿Qué tiene de malo que haya una Casa de Cristal aquí y otra versión algo distinta en Milwaukee? Nadie habita en ambas ciudades al mismo tiempo. Los que viven en cada una de ellas, por consiguiente, no pueden sentirse ofendidos.

Leroux había convencido a Moore con su idea, pensó Barton. Eso era lo que sospechaba y lo que el mismo Moore admitía, que el proyecto de Leroux le parecía acertado.

—Creo que me dices todo esto por alguna razón, Wyn. ¿Acaso quieres que yo desempeñe algún papel en ello?

—En efecto —declaró Leroux, y por un momento pareció turbado, inseguro de sí mismo, ante la falta de entusiasmo que

manifestaba Barton—. Esto no es algo que proyectamos para dentro de varios años, sino que estamos trabajando en ello actualmente. La United Insurance está de acuerdo en financiar todos los edificios de la National Curtainwall, a un interés fijo. De ese modo, seremos empresarios, contratistas, arquitectos, constructores, decoradores y administradores. Será difícil que nos derroten.

—Entonces construiremos edificios como la General Motors fabrica coches, ¿no es verdad? ¿Daremos también una garantía de cinco años?

—Ése es un modo especial de considerar el asunto —contestó Leroux, fríamente—. Pero no es el mío.

—¿Y en cuanto a mi papel?

—Tenías razón antes; no necesito tus cualidades de arquitecto, pues ya tengo a otros. Lo que preciso es talento empresarial; una persona que me ayude a montar la exhibición. Te elegí a ti y te he instruido a fondo durante los dos últimos años. Eres el hombre apropiado, y además, el único al que he tenido tiempo para adiestrar. Quizá eso haya sido un error.

Barton se volvió hacia el ventanal. La oportunidad… de nuevo. Un nuevo título, un nuevo sueldo, el Éxito con mayúscula, porque si Leroux acertaba, en pocos años la National Curtainwall sería una de las mayores firmas constructoras de la nación. Pero la oportunidad llegaba cuando él no quería, cuando ya había tomado una decisión sobre lo que debía hacer. Leroux no hacía más que abrirle puertas que él no deseaba trasponer.

—La idea no es tan limitada como crees —prosiguió Leroux, con tono persuasivo—. La Casa de Cristal es sólo un ejemplo. Habrá otros… modelos, si quieres llamarlos así.

Los copos de nieve se estaban haciendo cada vez más finos, pensó Barton, indolentemente, y pasaban con mayor rapidez. El viento debía soplar con gran fuerza en torno al edificio.

—Es un gran puesto —dijo Leroux, empezando a irritarse—. Tal vez no poseas talla suficiente para eso.

—Por favor, Wyn, no digas tonterías, que ya no tengo veinte años. No te he dicho que no lo aceptaría. Lo que necesito es tiempo para pensarlo.

Jenny se sentirá encantada, se dijo Barton, con amargura.

De pronto advirtieron que Quinn estaba junto a ellos, y les decía suavemente:

—Ya está dispuesta su mesa. ¿Quieren seguirme, por favor?

Quinn se mostraba amable, pero algo solemne, observó Barton. Sin duda se debía a la presencia de Leroux.

La siguieron hasta el comedor, donde Thelma y Jenny ya estaban sentadas. Barton pidió su bebida: café puro, y cuanto antes mejor. Luego apretó con gravedad la mano de Jenny. Ésta se mostró algo distante y fría. Era una joven de unos veinticinco años, morena y delgada, cuya hermosura de corte clásico se empañaba tan sólo por una nariz tal vez demasiado arremangada. En cierta época, se dijo Barton, Jenny se había mostrado muy vivaz, apacible y abierta. Aquello fue una de las cosas que más le habían atraído de ella. En muchos aspectos, era muy parecida a Quinn, sólo que más joven. Esa noche, como sucedía últimamente, parecía abstraída. Sin duda no iba a decir diez palabras en toda la cena.

Barton volvió su atención a Thelma Leroux. Aquél era el enigma de la existencia del gran empresario, reflexionó Barton. Una mujer que él jamás podría comprender, pero a la que respetaba instintivamente. Era más joven que Leroux, aunque no demasiado. Lo mismo que Wyndom, ella era de Carolina del Norte y aún poseía un vestigio del sonsonete sureño que le prestaba cierto encanto. Presentaba un aire confiado que combinaba muy bien con cierto aire maternal, levemente impregnado de sensualidad. Como mujer era algo rellena, aunque no tanto como para que se le formase una antiestética papada en el cuello, que se mantenía aún liso y esbelto. Poseía una piel pálida y cabello vaporoso. No obstante su aspecto mundano, impresionaba como una persona práctica, y Barton imaginó que podía mezclarse con capataces de la construcción, lo

mismo que con damas distinguidas, sin perder un ápice de su personalidad.

—Con todo el tiempo que lleva abierto el edificio —le decía en ese momento Thelma—, y aún no había comido aquí.

—Eso es culpa de Wyn —afirmó Barton—. Debió haberte traído mucho antes. Al fin y al cabo, Curtainwall puede hacerse cargo de la cuenta, como gastos de representación.

—Nada de eso, amigo —terció Leroux, con prontitud—. La sección de presupuestos nos vigila como lo haría un halcón.

—Es un hermoso lugar, y el personal parece magnífico, también —manifestó Thelma, y sus ojos brillaron con picardía—. La azafata parecía conocerte, Craig. ¿Es alguien relacionado con tu pasado?

Sonrió Barton y repuso:

—Quinn es una vieja amiga, con la que salía hace ya mucho tiempo, antes de conocer a Jenny.

—¿Hace cuánto tiempo, Craig?

La voz de Jenny se dejó oír, débil y tensa, y se produjo un repentino silencio en la mesa.

—Bueno, en realidad —contestó él, al fin—, eso fue justamente cuando te conocí, Tú y ella erais muy parecidas. Ya te he hablado de Quinn.

—Parece tener más edad de lo que yo imaginaba —manifestó Jenny, fríamente.

—Es más madura —aclaró Barton con aspereza, y al hacer un movimiento brusco empujó el botellón de agua, que fue a estrellarse en el suelo y se rompió en menudos fragmentos. Barton lanzó un juramento entre dientes.

—No te preocupes, Craig —intervino Thelma—. La camarera no debió haber dejado esa botella tan cerca del borde de la mesa.

Pero Quinn ya enviaba a un botones con una escobilla y una pala, para recoger los vidrios y secar el agua.

Barton se volvió entonces hacia la mesa vecina, a la que se sentaban una mujer de edad mediana, más bien corpulenta, y un

hombre veterano, de pulcro aspecto.

—Siento lo sucedido —les dijo—. Si queda alguna mancha, me haré cargo de la cuenta de la tintorería…

—No, gracias, me ocuparé yo de esto —replicó ella—. Es sólo agua. *Mein lieber Gott*, y pensar lo empapados que quedaríamos ahora, si estuviéramos fuera, ¿verdad, Harlee?

—Desde luego, querida. No se preocupe, señor; no tiene ninguna importancia, se lo aseguro.

Al decir esto, el hombre se sacudió algunas gotas del pantalón. En su voz había algo que hizo preguntarse a Barton si el otro habría contestado lo mismo de no haber estado presente su mujer.

Barton se volvió de nuevo hacia su mesa, y se dijo que, por las trazas, aquélla iba a resultar una larga noche. Y Jenny, por lo visto, mostraba intenciones de querer hacerla aún más larga.

—Hoy debe haber hecho un tiempo bastante malo para volar —intervino Thelma, procurando extender una delgada capa de aceite sobre las encrespadas aguas—. ¿O acaso no te importa volar con tormenta? Pues a mí no me hace gracia, sobre todo cuando tengo que dejar San Francisco para venir aquí.

Barton no pudo dejar de sonreír. Thelma quería socorrerle, se dijo. Envidiaba a Leroux.

19

El tiempo se estaba agotando, y Jesús comenzó a sentirse invadido por el pánico. Había seguido a su madre de despacho en despacho, mientras ella procedía a vaciar sistemáticamente las papeleras en el gran saco de lona que había en un armazón con ruedas, que arrastraba tras ella. No cesaba de pedirle el dinero, y ella se limitaba a contestarle «no».

Jesús se mostraba colérico un momento, y al siguiente sollozaba suplicando. Ya se acercaba la hora en que Spinner le había citado. Veinte minutos más, y el condenado se marcharía, pues tenía otros compromisos. Por otra parte, Spinner se mostraba inquieto desde la última vez que le detuvieron. Si Jesús tardaba en llegar, Spinner quizá llegase a recelar algo y le abandonase definitivamente. Jesús estaba fichado, y Spinner podía creer que la policía le estaba utilizando para tender trampas a los enlaces.

Jesús sintió que el sudor le inundaba las axilas y le resbalaba también por la frente abajo. Luchaba continuamente contra las náuseas que le acometían, y se dio cuenta de que sólo faltaban unos minutos para que empezasen los calambres musculares.

—¡Madre, tienes que ayudarme!

Ella movió negativamente la cabeza.

—No —repuso—. Arréglate tú solo.

—¿Quieres que haga algo terrible? —dijo, con el rostro sudoroso, y empezando ya a temblar.

—No tengo dinero —aseguró ella, impasible, mientras empujaba el carrito.

—Madre, tengo que ver a ese hombre, tengo que conseguir el dinero. No te imaginas lo que es esto. Si no veo a ese enlace, esto puede matarme.

Ella le miró de pronto fijamente:

—¿Enlace? —preguntó.

Jesús se pasó la lengua por los labios. Luego se arrancó los botones de las mangas y las subió por encima de sus nudosos codos. Tendió entonces hacia ella los brazos, donde se veían las venas abultadas.

—¿Ves esto, madre? —dijo él, con voz ronca—. Son marcas de agujas. Estoy atrapado, madre. Estoy atrapado por la heroína, y necesito una dosis. ¿Comprendes lo que te digo? Necesito una dosis. Si no, puedo morirme.

—Tú mismo te estás matando.

Él volvió a aferrarla por los hombros, y sus delgados dedos se hundieron de nuevo en ellos, haciéndola estremecer de dolor. Al fin, ella se libró de un tirón.

—O tal vez me mates a mí, a cambio —añadió, irritada—. ¿Es eso lo que quieres hacer, matarme? Pretendes que te dé veinte dólares, y no los tengo. Pídelo cuantas veces quieras. No los tengo.

Jesús estaba seguro de que su madre mentía; de que ella tenía esa suma.

—¡No te importa lo que me ocurre! —chilló, desesperado—. Prefieres que acometa a alguien en una calleja, ¿verdad? Un ladrillo en una media, y sólo tendré que vaciarle a alguien los bolsillos. Pero tal vez le dé demasiado fuerte, y no vuelva a despertarse. ¿Crees que nunca hice daño a nadie? ¿Piensas que jamás me escondí en un callejón, esperando el paso de un incauto? ¡No me conoces, madre! ¡Nunca me has conocido!

Ella vació otra papelera en el carrito, y luego continuó con varios ceniceros, por los que pasó un trapo húmedo, para limpiarlos.

—Será mejor que vayas a acostarte —murmuró ella—. Eso te hará bien.

Jesús no vio las lágrimas que empezaban a acumularse en los ojos de su madre.

—Escucha, madre —continuó él, más débilmente, sintiendo que las fuerzas le abandonaban conforme iban aumentando las náuseas —. No necesitaría pedírtelo. Puedo ir a la calle y conseguir el dinero. Puedo venderme; puedo dejar que algunos viejos me usen como una chica. Ellos me pagan, madre, y lo hago bien. No quiero hacerlo, pero me veo obligado.

Ella estaba de espaldas a su hijo, y las lágrimas le resbalaban por el rostro como si fueran gotas de lluvia.

—Entonces, eres una mujer, no un hombre —afirmó ella, esforzándose porque no se le notara en la voz.

Las náuseas le habían abandonado momentáneamente, y Jesús rodeó el escritorio y se enfrentó de nuevo con ella, empujándola contra la mesa.

—Tal vez deba informar a la Beneficencia —le dijo entre dientes —. Estás viviendo con Martínez, ¿verdad? Sólo que no os habéis casado. Si hablo, te quitarán de las listas. Ellos no saben que trabajas aquí. ¿Quieres que haga eso? Lo haré, madre. ¡Te juro que lo haré! Te echarán de aquel vertedero en que vives, y no podrás encontrar otro lugar tan barato donde vivir.

—¡Hijo! —exclamó ella.

Durante un momento sus emociones se pusieron en evidencia, y enseguida fueron arrastradas por lágrimas silenciosas.

—Tengo que limpiar esta noche otro piso —dijo—. María no vino a trabajar. Déjame sola, Jesús; te pido que me dejes sola. Debo volver a mi trabajo.

El hijo se inclinó sobre el escritorio, y con una mano empujó los ficheros, las bandejas de cartas y el teléfono, que cayeron con estrépito al suelo.

—¿Por qué tengo yo que preocuparme de tu maldito trabajo? ¿Qué tiene que ver conmigo?

De improviso, Jesús encendió una cerilla y la sostuvo encima del saco de lona del carrito, lleno de los papeles de desecho de una docena de oficinas.

—¡Tu maldito trabajo! —exclamó—. ¡Voy a quemar tu maldito trabajo! ¿Quieres verlo? ¡Lo haré, madre! ¡Sé que lo haré!

La mujer estaba tan espantada, que corrió a un teléfono de otro escritorio, con el fin de llamar a la sección de seguridad. Jesús le golpeó en las manos, con expresión enfurecida.

—¡Madre, quiero dinero! ¿Me oyes? ¡Lo quiero ahora mismo!

Sintió que le acometía de nuevo el desfallecimiento, y empezó a hablar entre náuseas:

—Sé que tienes… el dinero, madre.

Por el rabillo del ojo, Jesús advirtió que ella echaba mano casi maquinalmente a su bolsillo.

—¡Lo sabía, maldición! —exclamó, y rodeando de nuevo el escritorio le aferró la muñeca—. ¡Dame ese monedero o te rompo el condenado brazo!

Ella trató de eludirle y de alcanzar el teléfono, pero el hijo la acorraló contra la mesa, la golpeó, y tiró del hilo del aparato, desconectando el enchufe del teléfono. En ese momento, la madre consiguió escapar y corrió hacia la puerta. Él volvió a alcanzarla, agarrándola de la bata. La mujer cubrió el bolsillo donde tenía el monedero, pero los dedos de él le apartaron las manos, y rompieron y rasgaron la tela.

—¡Por favor, Jesús, *por Dios*!

—¡Habla inglés, madre, habla inglés! —contestó él, con sarcasmo.

Enseguida le sacó el billetero del bolsillo, y examinó el contenido. ¡Cielos, sólo dieciséis dólares…! Tal vez Spinner los aceptase a cuenta del total, o le diera medio paquetito. Jesús pasó ante su madre y abrió la puerta que daba al vestíbulo, cuando le acometió el

primero de los calambres. Se inclinó sobre sí mismo, y jadeó, tratando de recuperar el aliento y combatiendo a la vez las arcadas. Se apoyó en el marco de la puerta para recobrar las fuerzas.

Albina corrió hacia él con el rostro húmedo por las lágrimas, pero con una mirada de ira en los ojos. Jesús le volvió la espalda para proteger el billetero, pero ella se lo quitó ante la débil resistencia que ofrecía ahora.

—Madre, no hagas eso…

Ella echó a correr hacia los ascensores, y Jesús la persiguió empleando sus escasas fuerzas. Albina oprimió desesperadamente el botón del ascensor, pero al ver que su hijo se le echaba encima, escapó hacia la puerta de las escaleras. El muchacho la cogió por las muñecas cuando trasponía el umbral, y le retorció el brazo para hacerle caer el billetero. Estaban haciendo tanto ruido, pensó Jesús, que si aquel maricón de Douglas había llamado a la sección de seguridad, los guardias no tardarían en echarse encima de ellos.

La madre comenzó a gritar pidiendo auxilio y él le tapó la boca con una mano, al tiempo que trataba de quitarle la carterita con la otra. Albina cayó hacia atrás, arrastrando a su hijo hacia el rellano de la escalera. La puerta comenzó a cerrarse inexorablemente y Jesús saltó hacia ella.

—¡Sujétala! —gritó.

Sus dedos alcanzaron a tocar el borde metálico de la puerta, pero ésta enseguida se cerró, y el pestillo emitió un chasquido.

—¡Maldición, mira lo que has hecho! —exclamó Jesús, volviéndose hacia su madre—. ¡Estamos atrapados!

Ella se acurrucó contra la pared del rellano, sollozando y apretando aún el billetero contra el pecho, mientras procuraba introducir en él los arrugados billetes. Durante un momento, ambos permanecieron en silencio, mirándose airadamente. Luego, Jesús advirtió que algo más le oprimía el estómago. Ahora no se trataba de un calambre… Era un olor a algo quemado. Se volvió a mirar por el pozo de la escalera.

El aire, desde más abajo, llegaba oscurecido por el humo.

En la sala de máquinas de la parte superior de la Casa de Cristal, y en la sala del sótano, el intenso zumbido de alarma de los detectores de humo ha cesado, y las luces de los indicadores de alta temperatura se apagan. Las conexiones eléctricas con los instrumentos se han fundido, y los mismos detectores se retuercen, transformándose en pequeños trozos de metal informe. Griff Edwards vuelve a paso corto a su escritorio, abre el periódico y al cabo de un momento se pone a pensar en una palabra de seis letras que indica una habitación auxiliar. No sabe si la última letra es una n o una a. Tampoco sabe que el cuadro de luces de alarma está averiado, e ignora así la futilidad de su guardia.

Cierto número de pisos más arriba, la bestia devora hambrienta lo que halla dentro de los límites del cuarto, y ruge fortalecida. Ahora las llamas se alzan fulgurantes, extendiéndose por los estantes y los cajones que contienen latas y botellas de disolventes y ceras, así como cajas de toallas de papel y rollos de papel higiénico. En su mayor parte, todo esto ya se ha inflamado, añadiendo más energía al fuego incipiente.

Sobre los estantes, las botellas estallan debido al intenso calor, esparciendo su contenido sobre las esteras que hay debajo. Muy cerca, la puerta de un armarito salta en pedazos cuando una lata de veinte litros que hay en su interior revienta con estrépito. A pocos pasos, las llamas acarician ya varios bidones de cien litros que se alinean en la parte baja de tos estantes metálicos. Los bidones contienen un disolvente, el tricloroetileno, que sirve para eliminar la cera vieja de los pisos. Las letras impresas en uno de los bidones desaparecen cuando la pintura de metal empieza a ennegrecerse. El disolvente que hay en el interior comienza a vaporizarse debido a la alta temperatura, y crea una presión interna que abomba el bidón en una espantosa preñez.

Las paredes de la habitación, exceptuando la que es a la vez el muro del núcleo de servicios, son tabiques cubiertos de yeso. El papel que las cubre ya se ha quemado, y el yeso se resquebraja por el calor, humea y se desprende. Más arriba, las placas perforadas de insonorización se curvan y caen del techo. En circunstancias ordinarias, esas placas suelen presentar bastante resistencia a la combustión, pero el intenso calor que reina en el cuarto descompone sus materiales, que arden al separarse. En el suelo, más abajo, las placas de asfalto, protegidas hasta entonces por su contacto con el suelo de hormigón, que absorbe el calor, comienzan a fundirse en muchos lugares de su superficie, y se abomban. Allí donde el material se levanta del suelo, se deshace y comienza a arder con una llama clara y humeante. Cerca del cielorraso, un armazón que sostiene un gran tubo de luz fluorescente se desprende por un lado, y poco después cae sobre la superficie de placas fundidas.

La presión interior del más cercano de los bidones de tricloroetileno se hace demasiado intensa, y la espita salta hacia el otro lado de la estancia. Un momento después el bidón estalla. A temperatura normal, el tricloroetileno no es inflamable, pero con la elevada temperatura del cuarto, el líquido se esparce por el recinto, se vaporiza y se inflama. De los demás bidones rebalsa el líquido por las bocas, en lugar de estallar, y el tricloroetileno recalentado cubre el suelo para unirse a la llameante inundación.

La bestia se revuelve ahora rabiosa en su prisión, abalanzándose sobre el hormigón del techo, presionando en las paredes, mordiendo la puerta metálica, que ya se pandea al no poder estallar hacia el exterior por la solidez de sus goznes. Los líquidos del suelo de la estancia irrumpen por el espacio que se forma debajo de la puerta, y un dedo flamígero surge triunfal y encuentra nuevo material y pintura que hay más allá. Otro dedo sigue al primero, y al instante la ardiente marea cruza el umbral, bajo la puerta metálica.

La bestia ha adquirido astucia.

20

Notas de créditos, vales, facturas impagadas, pedidos cancelados… El conjunto, una sórdida historia de fracaso comercial. Era como deambular por un campo de batalla una vez terminada la contienda, pero cuando aún no han enterrado los cadáveres. De todas formas, alguien debía hacerlo, se dijo Douglas, y Larry no tenía cabeza para los números. Sumaba una columna de números seis veces, y cada una de ellas obtenía un resultado diferente. No es que no fuese inteligente, sino que su aptitud se inclinaba más hacia las ventas y las relaciones públicas.

Douglas se echó hacia atrás en su silla y se frotó los ojos con los nudillos de la mano. Durante un momento su mente le hizo volver diez años atrás, cuando conoció a Larry en un partido de fútbol estadounidense, en Oakland. Douglas trabajaba para otra empresa de decoración, por esa época, y un cliente le había invitado al partido. En cuanto a Larry, tenía un trabajo ocasional en una oficina, y el cliente —¿cuál era su nombre?— los había presentado durante el descanso, probablemente con intenciones de relacionarlos. Él y Larry se habían gustado desde el primer momento. Fue un cortejo extraño, sin disculpas que ofrecer, pues no eran esperadas. Cuando llegó el momento del amor, fuese lo que fuere aquello que esperaban, lo encontraron el uno en el otro.

El puesto de Larry dependía casi por completo de su comportamiento circunspecto, y a pesar de ello, con Ian pareció convertirse de la noche a la mañana en un ser humano sin

reticencias y con escasos remordimientos. Dos semanas más tarde, Douglas volvió a su casa, pero siguieron intercambiando correspondencia. Por fin, cierta mañana Douglas recibió un telegrama de Larry pidiéndole que fuera a esperarle al aeropuerto. Larry no regresó a su población.

Pero todo aquello había terminado. Douglas quebró repentinamente el lápiz que tenía entre los dedos, y arrojó los trozos contra la pared, súbitamente decidido. Podía ser demasiado viejo para Larry, quien tenía ahora otros intereses, pero no debía seguir indeciso en lo que concernía a Larry y al negocio. No podía seguir viviendo como un ser débil.

Se inclinó y abrió el cajón inferior del escritorio. Allí había una serie de carpetas dispuestas verticalmente, y al fin encontró la que buscaba. El título rezaba: «Póliza contra riesgos de incendio».

Hojeó un poco el contenido de la carpeta, y asintió en silencio. Era la solución más sencilla. Dividirían lo que cobrasen, y cada cual seguiría su camino. El dinero obtenido no sería mucho, tal vez unos quince mil dólares para cada uno, después de haber pagado a los acreedores. Pero con eso, Douglas pensó que podría ir a California o a Oregón, y quizá empezar otra vez y formarse una nueva vida. En ella no estaría Larry… y nadie podría llenar ya ese vacío. Por otra parte, era demasiado viejo y se sentía muy cansado, para buscar algo. Había sido magnífico mientras duró aquello. Pero sería demasiado casual que el rayo cayera dos veces en el mismo lugar.

Lo que se necesitaba en la vida, pensó, era valor y decisión. Se puso en pie y se dirigió hacia el salón anterior. Al avanzar se golpeó las rodillas contra el diván oscuro sobre el cual estaban dispuestos algunos tapices. Eran de shantung, con hilos de oro entrelazados con seda de la mejor calidad. Aquél era el mejor sitio para empezar, se dijo. Buscó el cargador de gas del mechero en un cajón de la mesa, y comenzó a derramarlo sobre las telas y el tapizado del asiento. Luego arrojó el bote a la papelera, hurgó en un bolsillo, en busca de cerillas, encendió una y la arrojó sobre el montón de

tapices. La llama osciló un momento, y se extinguió. Hizo la prueba por segunda vez, notando que su decisión comenzaba a flaquear. La llama tembló un instante sobre la húmeda tela; de pronto prendió en ella. Una llamarada humeante cubrió la superficie del asiento, con su carga de tapices. Pocos segundos más tarde, la habitación estaba llena de un humo negro y grasiento, y las llamas crecían en altura.

Por unos instantes Douglas observó las llamas con el gesto fascinado de un chiquillo, y de pronto, la gravedad de lo que estaba haciendo se manifestó instantáneamente en él.

—¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —exclamó.

El calor que irradiaba del sofá incendiado enrojeció su rostro, e incluso mientras miraba pudo ver cómo las llamas crecían cada vez más, llenando la estancia de nubes de humo. Los brazos de madera del diván se encendían ya, mientras las llamas prendían en el inflamable barniz. La espuma de poliuretano del tapizado del diván comenzó a hincharse, y oscuras llamas corrieron por la superficie expuesta. El humo que expulsaba la espuma plástica era espeso y acre, y provocó en Douglas unas arcadas. Pocos minutos más, se dijo, y toda la tienda sería un ascua.

De pronto se volvió y corrió hacia el cuarto de almacén, en busca del extintor de incendios de dióxido de carbono. Éste no se hallaba en su lugar de costumbre, y Douglas sintió que el pánico se apoderaba de él. Debía correr hasta el vestíbulo del piso para hacer sonar la alarma. Pero le harían preguntas… Entonces recordó que Larry había llevado el extintor abajo para que reparasen el soporte, y no lo dejó en su sitio. Estaba a los pies de un montón de alfombras. Lo cogió y regresó corriendo al salón de la tienda.

La espuma de plástico ardía como si estuviera empapada en gasolina. Douglas dirigió el negro cono del extintor hacia las llamas y oprimió el gatillo. Una nube de vapor de dióxido de carbono se extendió sobre la hoguera. Las llamas se estremecieron unos instantes. Douglas siguió enviando nube tras nube de vapor del extintor. Por fin dominó el fuego en un extremo del sofá, y se aplicó

al otro extremo. Enseguida atacó las llamas que ya trepaban por un rollo de tela de cortinas que estaba apoyado en un brazo del diván. Si hubiera carga suficiente en el extintor…

La última llama murió al fin, y Douglas cogió una muestra de lámina de fibra de vidrio, para golpear con ella los últimos rescoldos. Corrió luego a los servicios de la oficina, tomó un florero a medio llenar, y tras arrojar las flores al suelo, lo llenó de agua en el grifo. Luego volvió al sofá y vertió el agua sobre el ennegrecido tapizado y las telas que había encima. Hizo varios viajes al servicio, hasta que las chispas se extinguieron por completo. Luego se dejó caer sobre una silla estilo Imperio que había cerca.

El conato de incendio le dejó extenuado, y durante un momento, Douglas creyó que iba a vomitar. Era el humo intenso lo que le había provocado las náuseas, y ello, unido a la fuerte emoción, le hizo temblar sin control. Pudo haber quedado atrapado, pensó. Un minuto más y la salida habría quedado bloqueada por las llameantes telas, sin que hubiese tenido escapatoria por ningún otro lado. El tapizado y la espuma plástica, pensó, jadeando aún con fuerza, habían ardido mucho más rápido de lo que él creyó posible.

Suspiró un momento, y luego empezó a recoger las telas quemadas. En el almacén había unas gruesas bolsas de plástico que podía llenar con las cenizas y el material destruido, por más que la sala de exposiciones aún seguía siendo un caos. Poco se podía hacer por el diván, que estaba quemado casi por completo. Lo mejor era desmontarlo y meter los trozos en alguna bolsa, también. Pero el grasiento humo había impregnado el conjunto de la tienda y hasta las telas. La limpieza de todo aquello los arruinaría, además de que tendría que dar explicaciones a Larry. Vaciló interiormente. La mitad de la tienda era de Larry, pero éste no había sido su cómplice. Todas las decisiones las tomaba él, como si las opiniones de su socio no valieran más que las de un botones.

Olfateó el aire, y se dio cuenta de que el humo aún era denso en la sala de exposiciones, a pesar de la acción del aire acondicionado.

Abriendo una ventana podría hacer que saliera aquella humareda. Avanzó hacia los ventanales y apartó las cortinas que los cubrían. Entonces comprobó que las ventanas estaban completamente selladas. No se podían abrir. Ello se debía al aire acondicionado, se dijo Douglas. Probablemente el personal de servicios sabía el modo de abrir las ventanas, y al mirar de cerca advirtió una rendija en un lado del marco. Recordó que se necesitaba una herramienta especial, pero ésta no se hallaba al alcance de los inquilinos. Para ello debería llamar al personal de servicios, y no deseaba hacerlo.

Douglas regresó a la sala de exposiciones y terminó de cargar la bolsa con los restos de las telas calcinadas. No podría explicar satisfactoriamente aquello a Larry, se dijo, lleno de angustia. El diván quemado, los tapices destruidos, las telas empapadas, y el hollín y los vestigios del denso humo por todas partes.

Comprobó que el humo aún seguía siendo muy intenso. De pronto Douglas se detuvo y aspiró el aire. Ya no era el olor húmedo, que emana de un objeto quemado y apagado con agua, sino que se trataba de un humo cálido, reciente, que parecía proceder de un fuego que ardiese en alguna otra parte. Dejó caer la bolsa de plástico que sostenía, y volvió al diván, para cerciorarse de que no quedaba brasa alguna o un trozo de tela ardiendo que hubiera pasado por alto.

No, todo estaba apagado. Pero ahora estaba seguro de que el humo aumentaba en densidad, y que el olor era distinto. En lugar del olor acre y tóxico de las tapicerías, este nuevo humo era más tenue y parecía presentar un rostro de sustancias volátiles. Más bien le recordaba al olor de la gasolina de mechero que usó para encender la hoguera, al principio de todo.

Repentinamente advirtió de dónde procedía el humo. Corrió a la puerta exterior del local, que daba al pasillo y la abrió. El corredor ya se encontraba lleno de humo. En el extremo opuesto, varias puertas más allá de la caja de los ascensores, estaba el almacén de aquella planta, y la puerta del mismo aparecía enmarcada de humo

blanquecino. Había pasado por delante, en algunas ocasiones, cuando estaban allí las mujeres de limpieza o Krost, el encargado de mantenimiento, y sabía que el cuarto estaba lleno de grandes recipientes de disolvente y de cera líquida, así como de cajas de papel higiénico y toallas de papel.

El humo salía, sobre todo, por la amplia rendija que había bajo la puerta, y mientras miraba, advirtió el primer reguero de disolvente inflamado que atravesaba aquel hueco. Surgió otro, y luego un charco de líquido ardiente se extendió hacia fuera. El cielorraso del pasillo ya se estaba ennegreciendo por encima de la puerta del cuarto de servicio, y Douglas comprendió que era sólo cuestión de instantes que llegaran allí las llamas.

Cerró la puerta de su negocio, mientras el corazón le latía aceleradamente. Un incendio accidental, se dijo. Justamente lo que había deseado. Una solución para sus problemas, y sin que él hubiera tomado parte alguna en ello. En realidad, una vez que el fuego avanzase por el vestíbulo, y llegara a la tienda, destruiría las pruebas de la locura que había intentado poco antes. Lo malo, sin embargo, era que había mucha gente en el edificio, aparte de él mismo. Entonces cogió el teléfono que había en la mesa cercana, y marcó los tres números de la sección de seguridad. Oyó que le contestaba Garfunkel, y dijo atropelladamente:

—Señor Garfunkel, le habla Ian Douglas. Hay un fuego en la habitación de servicio del pasillo. Huele a disolvente quemado. Creo que es demasiado tarde para usar los extintores de incendio, pues da la impresión de que todo el cuarto está en llamas por dentro. Incluso he visto que las placas del techo se están ennegreciendo.

Por el auricular, la voz de Garfunkel se dejó oír tajante, autoritaria:

—Señor Douglas, salga de ahí inmediatamente, ¿me oye? No trate de sacar nada. ¡Márchese enseguida!

Se escuchó un chasquido seco que llegó del otro lado de la línea, y Douglas se sintió de nuevo dominado por el miedo. Avanzó hacia

la puerta de la tienda, pero vaciló al pasar ante la vitrina de las figuras de marfil. La abrió y extrajo de ella el carabao tallado. No podía dejarlo allí, se dijo. De todo lo que había en aquel local, era lo que poseía mayor valor sentimental para él. Eso y *La minotauromaquia*, de Larry. Descolgó el cuadro de la pared, se lo colocó debajo del brazo, y echó a correr hacia la puerta. El olor a quemado era ahora tan intenso que por vez primera sintió verdadero pánico.

Cuando abrió la puerta, un escalofrío le recorrió la espina dorsal. El extremo opuesto del vestíbulo ardía furiosamente, y el charco de ígneo disolvente avanzaba con lentitud hacia donde él se encontraba.

Ya le había cortado el camino hacia el hueco de la escalera y los ascensores.

21

—¿En qué estás pensando?

Mario Infantino se estiró en la oscuridad, saboreando la lasitud que seguía a la relación amorosa. Notó que Doris le acariciaba la cabeza. Sus uñas le rozaban suavemente el cuero cabelludo y el pelo, y por un momento sus pensamientos se disociaron por completo de su cuerpo. Era como flotar en un río apacible, dejando que alguna onda meciese levemente su cuerpo mientras se deslizaba con la corriente.

—Pienso en lo mucho que te quiero.

Se oyó una risa sofocada, en la oscuridad.

—No; hablo en serio, Mario.

Ella se movió un poco en la cama, y quedó de lado de cara hacia su marido.

—Entonces, pienso en Quantrell, me parece. Puede hacerme daño, Doris; mucho daño.

Hubiera preferido no decirlo, pero ella debía saber lo que pasaba. Los días que se avecinaban podían ser muy difíciles, tanto para él como para ella.

—Ya imaginé que era posible —respondió la mujer, con suavidad —. Pero no sé de qué forma puede hacerlo.

Él le rodeó los hombros con un brazo y le acarició los leves mechones de cabello.

—Demasiada exhibición, Doris. Estoy excesivamente sometido a la atención pública. Soy el ayudante jefe más joven en la historia de

la ciudad, y existen resentimientos y celos, a mi entender. Quantrell me ha hecho aparecer ante el público como si yo estuviera buscando propaganda personal.

—¿Y el jefe Fuchs?

Pensar en Fuchs hizo que Infantino se sintiera aún más incómodo.

—Él y yo tenemos opiniones diferentes.

—Puede llamarte al orden, ¿verdad?

—Es una organización sometida a una disciplina como la militar, y por ello debo acatar las órdenes como cualquier otro. Hasta el momento no ha dicho nada, pero tengo la impresión de que esto no le gusta. Demonios, si a mí mismo tampoco me gusta. Sin embargo, Fuchs está en un aprieto. Si me dice que me calle, Quantrell le acusará de amordazarme. Y lo cierto es que voy a dejar de hablar, de todas formas. No concederé más entrevistas a Quantrell. Pero ya has visto lo que dijo, porque no quise atenderle por teléfono. Malo si le hablo, y malo si no lo hago.

Ella reflexionó un momento. Luego, manifestó:

—Dices que tú y Fuchs no estáis de acuerdo, ¿verdad? ¿En qué aspecto no lo estáis?

—En realidad no estamos en desacuerdo, Doris. Se trata sólo del presupuesto y de la forma en que se gasta. Probablemente consigamos todo el equipo moderno, pesado, que deseamos para combatir el fuego en los rascacielos, ya que la gente que tiene intereses en esos edificios posee poder e influencia, y quieren lo mejor; pero los sueldos y el equipo para extinguir incendios más corrientes, eso no ha entrado en los cálculos. El municipio sólo tendrá en cuenta el presupuesto total del Departamento, y dirá que ya es suficiente. Se trata de un asunto de proporción.

Ella se agitó inquieta en el lecho y dijo:

—No estoy segura de comprender en qué aspecto disentís tú y el jefe Fuchs.

—Fuchs ha estado tratando de conseguir sueldos más elevados, pues el Departamento está comenzando a perder hombres. Pero también necesitamos equipo nuevo y más avanzado: mascarillas más livianas, emisores receptores portátiles, ropas especiales que repelen el fuego, bombas de alta presión… Es un equipo especialmente diseñado para combatir incendios en los rascacielos. Fuchs teme que si solicitamos el equipo, cuando llegue el momento de los sueldos le contesten con una negativa, añadiendo que el Departamento ya se ha excedido en su presupuesto.

Infantino vaciló un momento, y después añadió con lentitud:

—Creo comprender al Viejo. Le gustaría conseguir las dos cosas, si pudiera, y lo mismo le ocurriría a cualquier jefe de Departamento de Incendios, supongo. De todas formas, persiste el hecho de que es mucha más la gente que muere en incendios corrientes, y más las propiedades que se pierden en ellos.

—¿No se puede llegar a una solución intermedia?

Mario deslizó una mano desde la espalda de ella hasta abarcarle una de sus firmes nalgas.

—Se está volviendo viejo y algo flojo, a su modo, me parece. Ha luchado demasiado tiempo, y no alcanza a ver el punto de vista de los demás. Cuando me hizo primer jefe ayudante me asignó el problema de los rascacielos. Creo que soy como él en algunos aspectos, pues veo mis argumentos con mayor claridad que los de él. Yo preferiría perder algunos hombres ahora, porque quisieran mejorar su situación, y no más tarde… por otras razones. Me designó como experto técnico, pero ahora no quiere oír lo que tengo que decirle.

El calor del cuerpo de su mujer le estaba excitando, y la arrimó más contra él.

—Algún día —prosiguió Infantino— habrá un incendio que será el más tremendo de todos, y no podremos combatirlo; tendremos que permanecer allí, mirando cómo se quema todo. A veces tengo pesadillas acerca de eso…

Algún día, Fuchs le ordenaría que se callase, pensó Infantino, y entonces no sabía cómo iba a reaccionar. Si sería un buen soldado y acataría las órdenes pensando en su escalafón en el Departamento, en su futuro. No estaba seguro de lo que haría, pero adivinaba que se aproximaba un conflicto. Fuchs estaba perdiendo los estribos durante las entrevistas que mantenían ambos, si bien probablemente había que culpar de ello a Quantrell, en buena parte.

—Los niños… —Le recordó suavemente Doris.

Él echó una mirada al reloj que había sobre la mesilla de noche. Faltaba algo menos de media hora para que terminase el programa, y cuando subieran de nuevo irían a saquear la nevera y luego alborotarían por toda la casa. La brisa que llegaba desde la ventana entreabierta era cada vez más fría. El tiempo estaba empeorando rápidamente. Pero aún faltaba casi media hora…

Doris volvió a agitarse, y él le abarcó un pecho con la mano, mientras miraba hacia abajo, en la penumbra, admirando la suave curva de su vientre, y más allá, la intensa negrura de su triángulo púbico. ¡Cuánta vida había en ella, pensó, y qué cerca estaba él del peligro y de la muerte! Deslizó las manos suavemente por la piel de Doris, y ella curvó la espalda y se volvió un poco, pasándole la mano por todo el cuerpo, a su vez. Infantino notaba cómo ella se oprimía contra sus velludas piernas, cómo los menudos dedos de sus pies le arañaban las pantorrillas, y advertía igualmente el contacto de su redondo vientre contra el suyo, duro y musculoso.

Se levantó sobre un codo y se volvía ya hacia ella cuando sonó el teléfono. Apenas si se dio cuenta de ello, pero el aparato seguía llamando, hasta que interrumpió su concentración física y mental.

Infantino tendió la mano hacia el auricular, pero ella se la retuvo.

—No —susurró con fiereza—. Ahora, no.

Sin embargo, había algo de insistente en aquella llamada, y él sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. Un presentimiento le apremiaba a contestar, y notó que Doris parecía comprender lo

mismo. Se separó lentamente de ella, que emitió un leve murmullo de protesta.

Él la besó fuertemente, y luego descolgó el auricular.

22

—¿Me permite su abrigo, señor? El señor Clairmont le está esperando en la sala de juego.

Quantrell entregó el abrigo y el sombrero, y dijo:

—Gracias, Pepé.

Quantrell ya había estado varias veces, anteriormente, en el ático de Clairmont, pero siempre acompañado por el joven Clairmont o por Bridgeport. Siguió a Pepé por el vestíbulo, admirando la iluminación indirecta y el revestimiento bruñido de las paredes. Encima de una mesa dorada un espejo ovalado, con marco delicadamente tallado, le devolvió su reflejo. Ante la entrada de la sala de juego, Quantrell se detuvo para examinar dos pequeños cuadros que colgaban de una de las paredes. Medirían poco más de veinticinco centímetros, y advirtió que eran de Mattisse.

—Me alegra verle de nuevo, Jeffrey.

William Glade Clairmont le estaba esperando a la entrada de la sala de juego, con un taco de billar, incrustado de marfil, en la mano.

—Pedí ya las bebidas. Pepé me recordó que usted suele tomar *whisky* escocés. Tiene buena memoria, este Pepé. Veo que le gustan mis Matisses, ¿verdad?

—Magníficos —admitió Quantrell—. Deben de valer una fortuna.

—Las obras maestras poseen un valor, Jeffrey. Es una pena que la gente confunda ese valor con el precio.

Quantrell se volvió hacia Clairmont, que era media cabeza más bajo que él, si bien se conducía como si fuera él quien le llevase una cabeza y fuera más fuerte físicamente. Había envejecido, pensó Quantrell, incluso en el tiempo relativamente corto que hacía que no le veía. Algunas arrugas más en el rostro, el pelo más blanco, en lugar de ser entrecano, y cierto adelgazamiento que hacía que las ropas pareciesen colgar de su cuerpo. Cuando él se fuera, el joven Clairmont sería el representante de la dinastía. Pero eso no iba a ocurrir hasta que el Viejo estuviese muerto y enterrado, se dijo Quantrell.

—Bien, póngase cómodo —indicó Clairmont—. Sé que dije diez minutos tan sólo, pero ya soy viejo y no me viene a ver mucha gente, por lo que le diré, con franqueza, que me gusta recibir visitas.

Se dirigió hacia una mesa de billar que había en el amplio salón de juego.

—Si le gusta el billar, podemos hablar mientras jugamos y tomamos algo. ¿Qué le parece? —Añadió, con voz esperanzada.

—Hace bastante tiempo que no juego —contestó Quantrell—. Y creo que no tendré el mismo tino que antes. ¿Va algo como apuesta?

—Sí, pero simbólicamente. No le cogería su dinero. Me enseñó Willie Hoppe, y era un excelente profesor.

En ese momento entró Pepé y dejó un *whisky* con soda y una ginebra con agua tónica en una mesa cercana. Luego se marchó en silencio. Clairmont tomó unos sorbos de su bebida y ofreció a Quantrell un taco incrustado de marfil, tan trabajado y frágil como el suyo. Luego colocó las bolas en el triángulo.

—Estos tacos son también una obra de arte, Jeffrey, aunque no todos sepan reconocerlo. Proceden de Inglaterra y su artesanía es soberbia. Se trata de un regalo del príncipe Felipe —añadió, poniendo tiza a la punta del taco—. ¿Prefiere salir usted?

Quantrell movió afirmativamente la cabeza y se inclinó sobre la mesa. Hizo una mala salida, y se encogió de hombros.

—No está usted a punto —dijo Clairmont.

—Hay que ser prudente, al principio.

Clairmont asintió e introdujo una bola en una tronera. Quantrell tuvo la sensación de que el otro iba a vencer con facilidad.

—Eso es cierto —manifestó Clairmont—. La edad, sobre todo, me ha enseñado prudencia. Cuanto más viejo se es, más se advierte la posibilidad de perder.

—Conozco su trayectoria profesional —repuso Quantrell, despacio —. Por eso sé que usted no sería capaz de abandonar una batalla.

Clairmont le miró con gesto grave.

—Nunca he eludido la lucha, Jeffrey. Este combate lo ha iniciado usted para mí, y no estoy seguro de que me agrade.

Por un momento olvidaron el juego.

—La última vez que estuve aquí —dijo Quantrell—, a usted le pareció bien mi idea, según recuerdo. Creo que cuando le hablé de ello mi lucha se convirtió en la suya.

—No lo he olvidado, aunque debo admitir que ahora lamento haberlo dicho. Me disgusta que me sorprendan en una postura tal que luego puedan acusarme de no cumplir con mi palabra.

Clairmont se calló un momento para tirar, y Quantrell pensó con admiración que el viejo jugaba magníficamente.

—No me gusta intervenir en lo que ocurre abajo, por más que vaya contra mi parecer —añadió Clairmont—. Creo que algún día tendré que hacer una limpieza para librarme de las sombras. Pero lo importante es que en esto hay algo más que un simple proceso legal, o unos pocos ciudadanos ofendidos que piensan que debemos realizar más adecuadamente nuestro trabajo.

—Víctor me ha hablado del juicio por difamación y de la problemática renovación de la licencia de la emisora.

—Es una situación seria, pero no demasiado. Ambas amenazas desaparecerán cuando acaben sus programas.

—¿Confía en Leroux?

—Desde luego —dijo Clairmont, levemente sorprendido—. No es persona que me preocupe mucho, pero le considero hombre de palabra. Con franqueza, si yo estuviera en su piel haría justamente lo que él ha hecho.

—¿Por qué no le combate? —preguntó Quantrell—. Me sorprende que se deje usted intimidar así.

—¿Intimidar? —repitió Clairmont, con voz mucho menos cordial —. He aclarado que ésta era una cosa suya, no mía. Me entrevisté con Leroux en privado y vi que es un hombre honrado, un comerciante competente, y no veo la razón para hostigarlo. Existen decenas de rascacielos en la ciudad, todos construidos de modo similar al de Leroux. Con franqueza, la Casa de Cristal es probablemente el mejor de los que se han edificado hasta la fecha. ¿Por qué atacar a Leroux y su edificio, y no a otros?

Quantrell apuntó cuidadosamente, golpeó y tuvo la satisfacción de ver cómo una bola caía en su tronera.

—Precisamente se ataca a la Casa de Cristal porque es uno de los edificios más recientes, señor Clairmont, y debido a ello debiera estar dotado de las técnicas más avanzadas del último decenio. Debió haber sido el mejor y el más seguro de los rascacielos. Y no lo es.

Clairmont estaba inmóvil ahora. Había dejado el taco apoyado contra la mesa, y observaba a Quantrell con sus añosos ojos azules.

—Yo estoy informado de fuentes muy especiales, señor Quantrell —dijo—. Es mejor que se informe usted bien antes de emitir una opinión semejante.

Ahora sí, se dijo Quantrell. Para eso había ido a ver a Clairmont.

—Ya lo he hecho —respondió.

—¿Quién le ha informado?

—El supervisor de construcción del edificio, el hombre que fue expulsado por Wyndom Leroux porque se opuso a las chapucerías en la mano de obra, a los materiales de inferior calidad, a la violación de los reglamentos contra incendios, a reducir los costos a

la mínima expresión. Su nombre es Will Shevelson, y si usted desea confirmar todo cuanto le he dicho, en cualquier momento puede tener una entrevista con él.

—¿Le asombraría, amigo Quantrell, si le dijera que eso me importa muy poco?

Quantrell se le quedó mirando. Aquello le cogía totalmente desprevenido. No encajaba en absoluto dentro de la imagen que se había hecho de Clairmont. Estaba derrotado, se dijo, y no sabía a ciencia cierta por qué. Se acercó al gran ventanal que daba a la ciudad, aferrando el taco de billar con ambas manos.

—Sí, me asombra, señor Clairmont —dijo al fin, con amargura—. Y siento curiosidad por saber la razón de que a usted no le importe eso.

—Es muy sencillo —dijo Clairmont, detrás de él, y por vez primera, Quantrell alcanzó a apreciar un temblor senil en su voz—. Puede usted llamarlo instinto de conservación, si le parece. Lo cierto es que deseo dejar algo a mis descendientes, y si sus programas continúan será muy poco lo que pueda legarles. La amenaza contra la licencia de la emisora, y la de un proceso judicial, son asuntos muy graves, pero hay otros factores. Soy el propietario de Clairmont Towers, y tengo también intereses sustanciales en diversos rascacielos de esta ciudad. Su programa no sólo perjudica los alquileres de la Casa de Cristal, sino también los de cualquier otro edificio elevado. Además, esos centenares de negocios que tienen despachos en los edificios, ordenan anuncios en los periódicos y en la radio y la televisión. Más adelante pueden no hacerlo en nuestro periódico o en nuestras emisoras. Nos enfrentaremos con un boicot espontáneo, y eso resultaría doloroso, mucho más de lo que yo podría imaginar.

—Entonces, todo se reduce a un asunto de dinero, ¿no es cierto?

Ante la ventana, Quantrell pudo ver el fantasmal reflejo de Clairmont, asintiendo con la cabeza.

—En efecto, a un asunto de mucho dinero. De ser yo un hombre joven, tal vez tuviera una actitud diferente, pero ya no soy joven. Aparte de todo ello, tengo mis dudas respecto al valor de ese reportaje. Creo que los desastres en potencia nunca son tan estremecedores como los que ocurren realmente. La arena de más que se mezcla en el hormigón del puente sólo tiene verdadera importancia cuando éste se hunde. Hasta entonces, ¿a quién le importa, de verdad? Usted trata acerca de un asunto en potencia, Quantrell, no con algo que sucede en la realidad. Creo que no ha valido el tiempo que le hemos dedicado.

Clairmont vaciló un momento, y añadió:

—Comprendo muy bien sus ambiciones. Lo mejor que podemos decir de su programa es que se ha prestado un servicio a sí mismo. Por lo demás, lamento haberle dejado llegar tan lejos.

Quantrell, aún situado ante la ventana, sintió que le hervía la sangre. Había cosas que hubiera querido decir, pero se le ahogaban en la garganta. De nada valdría discutir con Clairmont, porque la ira del Viejo podía seguirle a cualquier lugar adonde fuese. La injusticia de aquel caso le carcomía como si fuera ácido. A menos de un kilómetro de distancia de la ventana en que se hallaba, se alzaba la Casa de Cristal. La miró y la vio reluciente por las luces de los edificios vecinos, y por los tonos anaranjados y rojizos de sus propios focos, instalados en las cuatro esquinas de la plaza delantera.

Incluso se apreciaba un leve destello del sol poniente… Quantrell se estremeció ligeramente al ver el cielo. Aquello era imposible; las nubes eran demasiado espesas, lo mismo que la capa de nieve helada que caía. Además, ya era muy tarde. El sol había desaparecido bastante tiempo antes bajo el horizonte.

Miró de nuevo con mayor atención al rascacielos y retuvo el aliento, lleno de asombro.

—Haré lo que pueda respecto a sus recomendaciones —decía Clairmont a sus espaldas, con el temblor de la voz claramente

perceptible ahora, tras la partida de billar, que le había agotado; entonces, añadió—: no soy tan enemigo de usted como pueda parecer. Creo que la ambición en un hombre joven está lejos de ser un delito.

Los músculos de Quantrell: se contrajeron repentinamente, y el taco de billar se rompió en sus manos, esparciendo pequeños trozos de marfil por toda la estancia.

—Pero ¿qué hace usted, Quantrell? Ese taco tenía gran valor…

Clairmont se aproximó más a él.

—¡Dios mío! —exclamó Quantrell, de pronto—. ¡Oh, Dios mío! ¿Que no tiene mérito mi reportaje? ¡Venga aquí y le enseñaré el mérito de mi reportaje!

Clairmont estaba de pie junto a Quantrell, y éste le aferró uno de los delgados hombros, notando un armazón endeble debajo de la cara tela.

—¡Mire, mire allí! —gritó Quantrell, casi con regocijo, señalando con uno de los trozos del taco—. ¡Eche una mirada! ¿Qué le parece que está ocurriendo?

Recortándose contra el cielo nocturno, la Casa de Cristal excedía con mucho, en altura, a los edificios vecinos. Lo que Quantrell había tomado al principio por el último fulgor del sol al dar en los cristales, se había convertido ahora en una sucia faja de llamas oscilantes, de color anaranjado, que aparecía aproximadamente a un tercio de altura del rascacielos. Densas nubes de humo negro oscurecían a veces el fulgor del fuego, y cuando la humareda se aclaraba un momento, las llamas aparecían más fulgurantes que nunca.

Quantrell alcanzaba a oír el jadeo de Clairmont. Éste se inclinó luego con ansiedad para mirar mejor a través del vidrio. El hombre de negocios se había esfumado por completo para dar paso al periodista.

—Conque no hay reportaje, ¿eh? —dijo Quantrell, riéndose casi histéricamente—. ¡Ahí lo tiene, viejo! ¡El mayor reportaje de toda una década!

POR LA NOCHE

En el cuarto de almacén, el techo de hormigón que se halla encima del estante de los disolventes empieza a resquebrajarse y a caer en trozos. El polvo depositado en la rejilla del ventilador se inflama de pronto, y en la pintura del metal surgen abultamientos que estallan y arden. La delgada rejilla se alabea lentamente y se retuerce debido al calor. Más atrás, el conducto de plástico de la calefacción empieza a arder, añadiendo más humo a las negras sombras de la estancia, y extendiendo la humareda por el laberinto de tuberías de otros pisos.

Fuera, en el pasillo, el fuego lame los marcos de madera de las puertas de las oficinas, pasa a éstas y salta hacia las placas insonorizadoras del falso techo. Esas placas contienen una buena cantidad de fibra de amianto, que ordinariamente es incombustible, pero el aire, a la altura del cielorraso, ha alcanzado una temperatura de unos 170 grados centígrados. El fuego corre entonces por el estrecho espacio que media entre el techo y el piso de la planta superior. Allí donde las tuberías atraviesan el hormigón del techado, las llamas avanzan rugientes y destrozan el yeso que obtura las conducciones. Ese material se ennegrece y estalla en llamas. Trozos de hormigón se van disgregando y se separan lentamente.

En algunos lugares, ni se ha intentado siquiera tapar los orificios de los conductos, y el fuego trepa al piso superior, transmitiéndose a las centralitas telefónicas y las terminales de las computadoras, para

adquirir mayor fuerza con la grasa de los mecanismos y con el material de aislamiento y los cables.

Todas las latas y los bidones de disolvente han estallado en el almacén, lo mismo que las botellas. La marea de líquido inflamable se extiende por todas partes, atraviesa el vestíbulo de la planta y penetra por debajo de las puertas de las oficinas. La ardiente marea irrumpe en la sala de exhibiciones de Today's Interiors, y lame los montones de material de tapizado, las muestras de alfombras y los muebles lujosos y caros. Avanza quemándolo todo a su paso hacia el almacén, y devora rápidamente las pilas de alfombras, tapices y cortinados. Las patas del escritorio Herman Miller se ennegrecen y pronto se inflaman. La placa de formica, con grano que imita la madera, se abomba y al momento se convierte en una lámina ígnea. Los libros de contabilidad y los montones de facturas sin pagar se transforman en bolas ardientes; el papel se convierte en negras cenizas que flotan en el aire brevemente y luego ascienden hasta el techo. La pintura de la máquina de calcular se tuesta y luego se ennegrece. Las piezas de plástico chisporrotean, sus palancas enrojecen y luego se vuelven blancas.

La carga ígnea de Today's Interiors es muy grande; en algunas partes de la tienda, sobre todo encima de los bultos de la espuma de poliuretano empleada en tapicería, la temperatura ambiente se acerca ya a los 600 grados centígrados.

En el vestíbulo que hay fuera, la bestia crece rápidamente en su adolescencia, y hambrienta, busca más alimento.

23

La cena había comenzado con una nota helada, pero al menos iba a concluir en un ambiente más grato, pensó Barton, gracias principalmente a Thelma. Ésta había sido toda encanto y cortesía del Sur, y al contar pequeñas anécdotas acerca de ella y Wyndom, logró predisponer más favorablemente a Jenny, que pareció reacia al comienzo, pero poco a poco fue apaciguándose. La tensión del principio terminó por desaparecer de la mesa. No podía negarse que el buen rato que estaba pasando la veterana pareja de la mesa vecina había sido un factor contagioso. A veces resultaba imposible no escuchar algo de lo que decían. La robusta mujer contaba una serie de anécdotas acerca de su vida como maestra; unas eran cómicas, y otras un tanto picantes. Hasta la misma Jenny tuvo que contener la risa, en ocasiones. Al cabo de una hora, el ambiente reinante en aquel extremo del comedor era, según habría dicho la robusta mujer, *gemütlichkeit*.

Leroux encendió un cigarro y ofreció otro a Barton, el cual lo aceptó dándole las gracias. Luego, el empresario se dirigió a Jenny.

—¿Qué te parece un licor para redondear la cena, Jenny? —le preguntó, y como ella vacilase, Leroux insistió—: Un poco de Cherry Heering ayudará a asentar el pato asado. No hay nada mejor que concluir una buena comida con una bebida que esté a la misma altura.

Jenny sonrió de pronto y contestó escuetamente:

—Sí.

Barton comprendió que al menos por aquella noche la tormenta se había esfumado. Tal vez hasta se podía encarar la posibilidad de que ambos tuvieran que pasar la noche en la habitación de un hotel, en lugar de hacerlo en la casa de los padres de ella. Al menos, sus exigencias serían más asequibles.

Barton pidió un Drambuie para él, y cuando se lo sirvieron, brindó por Thelma, diciendo:

—Por la mujer que tal vez sea la anfitriona más encantadora de Estados Unidos. Thelma, has hecho de ésta una noche muy grata para nosotros.

Jenny tendió una mano y apretó con suavidad la de la otra mujer, mientras decía:

—Has sido muy amable al invitarme.

Thelma la miró algo ofendida.

—Jenny, no tienes ni que mencionarlo. Te hemos traído desde el otro lado del país, y lo menos que podíamos hacer era esto.

Barton escuchó estas palabras, pero no les prestó atención. El lejano aullido de unas sirenas de los bomberos que se acercaban le distrajo. Pero ese ruido casi se perdía entre el murmullo de las conversaciones en el restaurante.

—Y bien, ¿te has decidido al fin, Craig? —preguntó Leroux, mirándole con gesto malicioso, medio oculto entre la humareda del cigarro.

Golpear el hierro mientras aún está al rojo vivo para moldearlo es buena política, pensó Barton.

—Te contestaré mañana, Wyn —repuso éste, despreocupadamente.

No quería insistir sobre aquel asunto, por temor a que Jenny la tomase con él durante el resto de la noche.

Leroux asintió, como si hubiera previsto cuál iba a ser la respuesta.

—Tómate el tiempo que quieras, Craig, y disfruta de las fiestas. ¿Puedo ponerme en comunicación contigo si tuviera que hacerlo?

—Sí, ya te he dado el número del teléfono.

Barton pidió otro Drambuie, y estaba disponiéndose a decir a Leroux que tenía un gusto discutible en la elección de la marca de cigarros —Wyn no podía vencer en todos los frentes aquella noche— cuando Quinn Reynolds se acercó apresuradamente a ellos. Barton pensó que habría sido mejor que hubiera elegido otra ocasión para hablarle. Entonces advirtió la expresión del rostro de Quinn.

Se inclinó ella sobre la mesa, y habló en voz baja. Miró a Leroux, aunque habló primero con Barton:

—Lamento interrumpirte la cena —dijo—, pero acaba de llamar Dan Garfunkel. Hay un incendio abajo. Por la lista de las reservas se enteró de que tú y el señor Leroux estabais aquí arriba, y creyó oportuno notificarlo inmediatamente.

Las sirenas, recordó Barton. Se habían acercado cada vez más, y luego se detuvieron. Su pensamiento, entonces, fue que el incendio debía ser cerca.

—¿En qué piso es? —preguntó.

—En el diecisiete. Ha sido en un cuarto de servicios —repuso Quinn.

La sensación de sorpresa que había dominado a Barton se atenuó un poco. Esa clase de incendios solía dominarse en pocos minutos.

—¿Es importante?

—Dan aseguró que sí.

Un breve relámpago cruzó su mirada cuando se encontró con la de Leroux. El otro hombre había palidecido visiblemente, a pesar de su tez bronceada.

—¿Tratan de combatir el fuego desde el interior del edificio? —preguntó Leroux.

—Sí. Dan dice que algunos de los hombres de servicio, dirigidos por Donaldson y Griff Edwards, han subido al piso diecisiete con extintores de incendios. Pero tuvieron que retroceder debido al

humo y las llamas. El fuego es… demasiado intenso para combatirlo con extintores.

—¿Alguna víctima?

—El señor Edwards… —dijo Quinn, mordiéndose los labios brevemente—. Han llamado a una ambulancia, y no se sabe nada aún. Tal vez fue por haber respirado humo, o un ataque al corazón, debido a las emociones.

Era algo característico de Griff, pensó Barton. No quería que nada ni nadie dañara a su edificio. Hubo un momento de silencio, en la mesa, y Barton notó la mano de Jenny, que oprimía la suya con fuerza.

—¿Y las bocas de agua de la escalera? —inquirió Barton—. ¿Han intentado extinguir el fuego con las mangueras que hay allí?

—No serviría de nada, Craig —terció Leroux—. Para manejar esa instalación se requieren bomberos profesionales. Los demás servicios no poseen el adiestramiento necesario.

—Alguien llamó a Dan informándole acerca del incendio —dijo Quinn—, y el señor Garfunkel telefoneó inmediatamente al Departamento de Bomberos.

Barton la miró, estremeciéndose interiormente. Algo había salido mal. No tenían por qué haberse visto en la necesidad de llamar a los bomberos. Los detectores de humo y de fuego del edificio estaban conectados directamente con el Departamento de Incendios. Una vez detectada la presencia de humo o de fuego, cuatro compañías debían ser enviadas a la Casa de Cristal, aunque sólo se tratase del fuego en un cesto de los papeles.

—¿Y respecto a los inquilinos? —preguntó Barton—. ¿Se lo han notificado ya?

Recordaba muy bien a Ian Douglas, subiendo en el ascensor, y las luces que había en la Cooperativa. Aunque esta gente ya debía haberse marchado.

Quinn hizo un gesto con la mirada, para indicarle que bajase la voz. Los que estaban en las mesas vecinas se habían callado de

pronto y escuchaban.

—La sección de seguridad está haciendo una lista de las personas que hay en el edificio, piso por piso. Se ha perdido la comunicación telefónica hasta el piso diecisiete y algo por encima de él. Pero las líneas del sector residencial siguen funcionando. Desde la centralita llaman ahora a los inquilinos de los apartamentos.

Leroux frunció el ceño y manifestó:

—No me parece oportuna esa medida. Puede provocar el pánico y un atasco de los ascensores, como mínimo. Se trata de un fuego en un cuarto de depósito. Ya han llegado los bomberos, y creo poco probable que el fuego se extienda más allá de esa estancia.

—El señor Donaldson afirma que el pasillo está en llamas —agregó Quinn, en voz baja.

—Aun así…

Leroux se interrumpió y mascó su cigarro. Barton comprendió lo que estaba pensando el otro. Cuanto más pánico hubiese, cuanto peor cariz presentara el incendio, más negros y grandes serían los titulares de los periódicos, y más razón parecería haber tenido Quantrell.

—Señor Leroux —dijo Quinn, vacilando un instante—. Aquí hay ahora ciento treinta y dos personas cenando, aparte del personal de cocina. ¿Debemos evacuarlos?

Barton apreció un vestigio de disgusto en la voz de la azafata.

—No lo creo conveniente, señorita Reynolds. Los comensales sin duda estarán a salvo, si aguardan aquí.

Barton fue a objetar algo, pero Leroux le miró con frialdad, y añadió:

—Si los bomberos no pueden dominar el fuego, nos lo harán saber. Habrá tiempo para desalojar la planta. Si saliéramos ahora atraeríamos los ascensores residenciales hasta aquí, además de que éstos deben estar atestados con la gente de los pisos más bajos. No creo que beneficiara a nadie el incrementar la confusión.

—Está el ascensor panorámico —dijo Quinn.

—Cierto —repuso Leroux—. Pero ¿sabe qué capacidad tiene?

—Una docena de personas, todo lo más —contestó ella, tras un breve momento de duda.

—Eso supondría once o doce viajes del ascensor y las personas que aguardasen aquí se pondrían cada vez más nerviosas. No, me temo que si empezamos a bajar ahora va a extenderse el pánico. Si debemos salir, subirán bomberos para dirigir la evacuación, y todo será más fácil. Por tanto, creo adecuado que sigamos aquí hasta que nos digan que debemos marcharnos, si hay que hacerlo. Señorita Reynolds, ¿cómo anda la bodega de la casa?

—Estaba perfectamente provista cuando abrimos. Aún queda mucha bebida.

—Que nos traigan algo bueno —declaró Leroux, con voz un poco ronca y tensa, y Barton advirtió que Thelma le miraba intensamente.

¿Había temor debajo de aquella apariencia tan serena? ¿O bien eran emociones reprimidas?

Un rumor de voces contenidas comenzó a extenderse por todo el salón. Quinn se alejó de la mesa y empezó a circular entre los comensales asegurando que todo se hallaba bajo control. Barton y Leroux se miraron en silencio. El rostro del hombre mayor era ahora totalmente inexpresivo. Constituía un duro golpe para Leroux, se dijo Barton, que había perdido la partida aun cuando los daños fueran escasos. Después de trazar complicados planes para hacer callar a Quantrell, el destino le había jugado una mala pasada. A todos los efectos, las predicciones de Quantrell en su programa se veían confirmadas ahora.

Jenny se volvió hacia Barton y preguntó con un susurro:

—¿Es seria la cosa?

—Creo que es justamente lo que Quinn nos ha dicho —replicó Barton—. Pero me temo que sus informes ya estén atrasados.

Los detectores no habían informado del fuego al Departamento de Incendios, se dijo. Eso significaba que se había producido una

demora durante la cual el fuego cobró fuerza, y mucha, puesto que Donaldson y Edwards habían sido rechazados de aquel piso.

—Craig —dijo Leroux, cuyo cerebro estaba trabajando de nuevo y no parecía tener deseos de lamentarse acerca de hechos del pasado—. Creo que debieras tomar el ascensor panorámico para ir hasta el vestíbulo y actuar como enlace con los bomberos. Hasta que yo baje, tú estás al mando. Algunos de los inquilinos que poseen tiendas y oficinas en el edificio querrán hablar con alguien que tenga autoridad. Imagino que también estarán los empleados de nuestra firma de seguros.

—Está bien, jefe —repuso Barton—. Una sola pregunta. ¿Por qué no vas tú?

—No me importa enfrentarme con esa gente, Craig; pero si me fuera, el efecto resultaría desastroso. Es como si el capitán abandonase el primero su nave. No iba a ser una idea feliz, bajo ningún concepto.

Barton comprendió la postura de Leroux. Los periódicos, al airear el asunto, no sólo podrían hacerle aparecer como un delincuente, sino también como un cobarde. De repente, pensó en otra cosa.

—¿Dónde está el capitán Harriman?

—Ha salido de vacaciones.

—¿Y Crandall?

—Informó al mediodía que estaba enfermo. No sirve de nada que le hagan ir ahí abajo, suponiendo que pueda ir.

—Desde luego; pero me gustaría saber quién sigue a Crandall en el mando.

—También se halla fuera. Es Griff Edwards, el hombre más antiguo de la organización, y han hecho bien al retirarle. No creí que pudiera pasarle eso.

Barton se puso en pie y de pronto Jenny le cogió de una manga.

—Craig —dijo, con voz débil—, creo que debería ir contigo.

Durante un momento, Barton se sintió conmovido. Luego movió negativamente la cabeza y repuso:

—Jenny, éste es probablemente el lugar más seguro del edificio, si permaneces aquí. Si vienes conmigo, te pondré en un taxi en cuanto lleguemos al vestíbulo, y te mandaré a un hotel.

—Entonces, me quedaré aquí con nuestros amigos —manifestó Jenny, con voz helada, y al ver la mirada de desaprobación de Thelma, sonrió forzadamente y añadió—: no es muy frecuente ver un incendio desde la primera fila, ¿verdad?

—No, claro que no —le contestó Barton, apretándole un hombro con una mano.

Barton se puso en pie y comenzó a andar, cuando advirtió que la corpulenta mujer de la mesa de atrás le daba un golpecito en la espalda.

—No he dejado de oírlo —le dijo ella, suavemente—. ¿Qué peligro hay, realmente?

Barton hizo un gesto negativo con la cabeza y trató de infundirle confianza.

—No es nada —respondió—. Se trata de un fuego en un cuarto de servicio. No hay ningún herido y los bomberos ya están aquí. Yo en su lugar seguiría tomando vino y gozando de la velada.

Barton miró al compañero de la mujer, que estaba bastante pálido, y añadió:

—¿No le parece, señor?

—Tiene razón —contestó el otro—. La primera regla a seguir es permanecer en calma hasta poder hacerse una idea de la situación.

Barton se alejó de allí en dirección al ascensor panorámico. Pensó en lo extraño que resultaba que la robusta mujer, con rostro ya serio cuando le preguntó acerca del incendio, pareciese aún más preocupada cuando se enteró de que se estaba avisando a los inquilinos del edificio.

A continuación, Barton se puso a esperar el ascensor en el vestíbulo del restaurante, en compañía de algunos comensales que habían decidido marcharse. A pesar de las seguridades que les diera Quinn, todos estaban pálidos y tenían un aire sombrío.

24

Resultaba curioso, se dijo Mario Infantino, que una noche que había comenzado tan bien, pudiera estropearse de aquella forma. La nieve caía en copos espesos y hacía que los faros de los otros coches pareciesen manchas borrosas que surgieran de la oscuridad. Alcanzaba a notar la forma en que los neumáticos perdían su capacidad de tracción una y otra vez debido a las malas condiciones de la calzada, que además iban empeorando por momentos. Entró con su Camaro en el espacio señalado con el letrero «Jefe de la División», que se hallaba en el aparcamiento trasero del Departamento de Bomberos, y estacionó allí el coche.

Retiró las llaves, y tras salir rápidamente, cerró la puerta del automóvil a sus espaldas. Iba por la mitad del aparcamiento cuando el coche oficial del jefe Fuchs entró en el recinto, y con la luz roja aún girando, fue a detenerse al lado de su Camaro. Infantino dio la vuelta y corrió hacia el recién llegado vehículo.

Fuchs bajó la ventanilla, y le dijo en el momento en que el otro se acercaba:

—Es algo serio, Infantino; parece hecho a su medida.

—El mensaje decía que era en la Casa de Cristal. ¿Es tan importante?

—Está ardiendo todo el piso diecisiete, y ahora probablemente el dieciocho también.

La nieve comenzaba a caer en el cuello de Infantino, y éste se estremeció.

—Ya debería estar allí —dijo—. Es mi distrito. Tenían que habérmelo notificado hace mucho tiempo.

—Tuvieron que dar la alarma por teléfono, porque los detectores no funcionaban —manifestó Fuchs, y tras escupir despectivamente por la ventana, añadió—: es la tecnología moderna, Infantino. Es magnífica cuando funciona, y cuando no, Dios nos ayude. A propósito, cuando llegue allí asuma el mando. De toda la operación.

Infantino le miró fijamente y repuso:

—Es costumbre que el jefe del Departamento esté al mando de los siniestros de esta clase.

—En efecto, y yo estaré detrás de usted —afirmó Fuchs, con un vestigio de malicia que Infantino captó enseguida.

—Jefe, no tenemos mucho tiempo. Dígame qué plan se ha formado hasta ahora.

—De acuerdo.

Fuchs salió de su coche, se alzó el cuello hasta las orejas e hizo una seña a Infantino mientras avanzaban por él lado del edificio. Hacía bastante frío, y el aliento formaba pequeñas nubecillas de vapor cuando hablaban.

—Quiero que vaya allí por dos razones, Infantino. En primer lugar, y lo más importante, es usted el único hombre de que dispongo, que esté adiestrado en esta clase de incendios. Cometería una injusticia con el Departamento si asumiera la dirección cuando creo que hay una persona más apta que yo para llevar el asunto.

La voz del jefe se volvió agria cuando continuó:

—Podemos decir que estaré allí para aprender. Aprenderé si usted sale adelante, y también aprenderé en caso contrario. Usted ha hablado mucho acerca de cómo deben combatirse los incendios en los rascacielos. Muy bien, amigo, aquí tiene una ocasión para enseñárnoslo prácticamente.

—¿Piensa que he tratado de ponerle en un aprieto a usted y al Departamento?

El hirsuto bigote de Fuchs se erizó de modo perceptible. El jefe dijo con furia:

—He visto todas las emisiones de Quantrell. Ni yo ni el Departamento hemos salido bien parados. Me importa poco lo que digan de mí, pero nuestro Departamento de Incendios es otra cosa. Se trata de uno de los mejores del país. He pasado mi vida en él y he ayudado a llevar a hombros los ataúdes de muchos de los hombres que entraron conmigo como novatos. Ese hijo de perra de la televisión no conoció a ninguno de ellos. No supo cómo murieron, y no le interesaría saberlo. Por lo que él parece creer, el Departamento marcha detrás de la época, y posiblemente lo crea corrompido. Y buena parte de su información la ha obtenido de usted.

El rostro de Infantino enrojeció de cólera.

—¡Eso es mentira! —exclamó—. Me sacó los informes y los apañó a su gusto. ¿Qué debí hacer, callarme para que le acusara a usted de amordazarme? ¿Qué motivo podía yo tener para desacreditarle a usted?

Las mejillas de Fuchs no estaban menos coloreadas que las de su subordinado. Los alientos formaban una nube entre los dos hombres.

—Si creyera que no posee ambiciones personales, Infantino, aún desconfiaría más de usted de lo que ahora desconfío.

Infantino se controló haciendo un considerable esfuerzo. Luego, preguntó:

—¿Qué quiere que haga, entonces?

—Ya se lo he dicho. Dirija las operaciones en la Casa de Cristal.

—Para ver si cometo un error, ¿verdad?

Unas arterias latían en la frente de Fuchs, que replicó:

—Si es usted la mitad de competente de lo que cree ser, entonces yo hago lo que debo. Si no lo es, existen comisiones de investigación, y mi decisión no será la única. Pero no le negaré que me gustaría verle lejos de mi vista.

—Yo nunca me he quejado de los hombres o del Departamento en sí, sino de la falta de material moderno —aseguró Infantino.

Fuchs asintió con aire cansado.

—Ya conozco sus argumentos; los he oído muchas veces. Pero por mucha importancia que tenga el equipo, en definitiva quien combate los incendios son los hombres. El fuego es como el cáncer; unas veces se cura pronto, y otras veces resulta mortal, a pesar del equipo de que se dispone.

—Necesito su colaboración —dijo Infantino.

—La tendrá.

—Por el mensaje supe que allí están ya cuatro compañías. Probablemente necesite más hombres.

—Podemos ir llamando a las compañías conforme usted las necesite. Pero no quiero dejar en cuadro al resto de la ciudad, a menos que sea estrictamente necesario.

—¿Disponemos de planos especiales del edificio?

—No; un equipo iba a ir allí para hacerlos a finales de este mes.

—*¡Pero si el rascacielos ya lleva ocupado tres meses!*

—¡Usted sólo ve sus problemas, pero no ve los míos, Infantino! —estalló Fuchs—. ¿Se cree que cualquier hijo de vecino desea ser bombero? Tengo que darle una noticia, amigo. Vamos muy por detrás del Departamento de Policía, en cuanto a cantidad de personal, y ellos no están precisamente abrumados de solicitudes. Muy poca gente se presta voluntariamente para que les frían los sesos, con unos sueldos que dejan mucho que desear. Yo podría tener el mejor equipo contra incendios del mundo, y no haría más que llenarse de polvo, si no hubiera hombres que lo manejasen. Hay que tener hombres con las mangueras, con los camiones-bomba, con las escaleras, con las hachas, con los ganchos. Hombres, con eso se combaten los incendios. Y estamos lejos de tener los necesarios. No dispongo de los planos del edificio porque no tenía gente para enviarla allí. ¿Alcanza a comprenderlo?

Fuchs hizo una pausa; se estremecía por la ira que le embargaba.

—La mayor parte de esta ciudad está formada por zonas residenciales —siguió diciendo—, y es ahí donde ocurren los incendios, en su mayoría. Ahí es donde muere la gente. He aplicado mis esfuerzos a conseguir material para combatir esa clase de fuegos, y ello me ha costado sangre. Claro está que puedo obtener pertrechos para combatir incendios en los edificios altos. Y ese equipo estaría durmiendo después en el almacén la mayor parte del año. Pero entonces, ¿con qué íbamos a pagar a los hombres? ¿Con qué mejoraríamos el equipo para los incendios corrientes? Los grandes bancos y las firmas poderosas no respaldarían una empresa descabellada.

Se miraron fieramente un momento el uno al otro, mientras la nieve caía, a su alrededor.

—Hay una gran diferencia entre una casa y un rascacielos —dijo Infantino, ásperamente—. Y ésta resulta de multiplicar por diez, o tal vez por cien, el número de posibles muertes. Esos incendios no necesitan producirse todos los meses. Con una vez que ocurran ya basta.

—No dejo de comprender su punto de vista —declaró Fuchs—. Pero lamento que usted no comprenda el mío.

—Bien; respecto a los planos de la Casa de Cristal —manifestó Infantino, más calmado—, ¿no podemos conseguirlos del Departamento de Construcción y Seguridad? ¿O de la misma National Curtainwall?

Fuchs asintió con la cabeza, ya disipada su cólera, y dijo:

—Me ocuparé de ello. ¿Algo más?

—Vamos a enviar a nuestros hombres a compartimentos y locales cerrados casi por completo. Necesitaremos todo el equipo de respiración que haya disponible.

—Ya he dado la orden correspondiente —repuso Fuchs, y se encaminó hacia su coche, mientras sus hombros vencidos por la

edad trataban de superar la fuerza del viento.

—¡No he terminado aún! —exclamó Infantino.

—Ya tiene todo lo que hay en esta ciudad, en cuanto a equipo —dijo Fuchs, volviéndose.

—En esta ciudad, sí. Pero creo que debiéramos ponernos en contacto con el Departamento de Southport. Allí tienen respiradores de gran capacidad, y una torre de treinta metros que permite lanzar hasta el piso trece.

—Les pondré sobre aviso, pero no voy a llamarles aún. Dudo que necesitemos más equipo. Creo que con el que tenemos podremos solucionar esta papeleta.

Infantino asintió. Alcanzaba a comprender que Fuchs se sintiera reacio a pedir más ayuda, a menos que fuese absolutamente necesario.

—Gracias, jefe —le dijo—. Me ha proporcionado todo lo que necesito.

—¿Eso cree? —repuso Fuchs, secamente—. Pues sepa que no le he deseado buena suerte, ni he ofrecido plegarias por usted. Y ambas cosas son necesarias ante un incendio de importancia.

El jefe reanudó la marcha hacia su automóvil, y al alejarse, dijo:

—Al menos, ¿puedo llevarle en el coche?

—No, gracias —contestó Infantino, con aspereza.

Luego entró en el edificio de bomberos, y saludó con la cabeza al que se hallaba de guardia en la minúscula casilla de la entrada. Las cuatro compañías que estaban destinadas allí habían salido ya, y con excepción del vigilante, el cuartel se encontraba vacío. Una fuente con una docena de costillas de cerdo a medio cocinar se hallaban en el horno de la cocina, y en ellas la grasa empezaba ya a endurecerse. Un montón de lechuga cortada en trozos aparecía esparcido sobre un tablero de madera.

Infantino tardó escasos minutos en quitarse la chaqueta y los pantalones, y en colocarse la ropa y las botas adecuadas. Cogió luego un par de guantes, el casco protector, y corrió hacia el garaje,

donde se hallaba su coche de servicio. Se ajustó el cinturón de seguridad, puso en marcha el motor y conectó la radio. El interior del coche se vio inmediatamente inundado de conversaciones entre ruidos chasqueantes. Infantino escuchó un momento, y luego el motor de su coche rugió al salir éste del garaje, mientras la sirena lanzaba un prolongado aullido.

El incendio de la Casa de Cristal iba mucho más rápido de lo que había creído. Debía culparse en parte de ello al tiempo reinante. La diferencia de temperaturas entre el aire exterior del edificio y el aire interior, creaba una especie de efecto de chimenea. El aire frío, más pesado, tendía a entrar en la edificación por las puertas, los orificios y algunos resquicios de la fachada, y luego subía por dentro como el humo de una chimenea.

En ese momento, pensó Infantino, la Casa de Cristal era la chimenea más alta de la ciudad.

25

El ingeniero de sonido de la sala de control se llevó una mano a la garganta; quedaba menos de un minuto para salir al aire. Jeffrey Quantrell se volvió levemente y quedó mirando al objetivo de la cámara número dos. Su expresión seguía siendo la del ciudadano preocupado y dolorido como consecuencia del incendio que había previsto con tanta anticipación, y que ahora se convertía en realidad. Al hablar, lo hizo en un tono de penosa confidencia.

—Sea cual fuere el resultado del desastre que se está desarrollando en la avenida Lee, indudablemente esto es sólo el comienzo —decía—. En su estilo, la Casa de Cristal no es algo desusado, puesto que decenas de edificios similares en la ciudad, debido a las deficiencias de construcción, así como a las flagrantes violaciones de los reglamentos arquitectónicos, son verdaderas trampas en el cielo. A la larga, lo que pueda hacerse depende de ustedes. Durante el resto de la noche, como es natural, KYS interrumpirá su programación regular para informarles acerca de las últimas noticias que se produzcan en relación con el incendio que está devorando las entrañas de la Casa de Cristal. Gracias, buenas noches.

Quantrell mantuvo su solemne postura hasta que la luz se extinguió en la pantalla y el jefe de emisión le hizo una seña. Quantrell pensó que había hecho un buen trabajo al recordar a los televidentes diversos aspectos del hecho, sin atribuirse demasiada importancia a sí mismo. Saboreó el momento un segundo más. Todo

el mundo creyó que estaba exagerando, y allí lo tenían, el mayor desastre que la ciudad había presenciado en muchos años. Ahora le importaba poco si le cancelaban o no el contrato; mañana podría conseguir cualquier excelente puesto en todo el país, si lo deseaba.

Se enderezó el nudo de la corbata y abandonó el estudio. El jefe de emisión le sonrió ampliamente y le hizo un gesto felicitándolo. Quantrell no se molestó en corresponder. Aquel mal nacido le hubiese crucificado seis horas antes, de haber podido hacerlo. La mayoría del personal del estudio le trataría con notable compañerismo, aguardando la ocasión para poder darle una puñalada.

Carter, el director, sacó la cabeza de la cabina, cuando pasaba Quantrell, y le dijo:

—Buen trabajo, Jeff. Puedes hablar de haber caído en una alcantarilla y de haber salido oliendo a rosas.

—Gracias —respondió Quantrell, despreocupadamente.

A sus espaldas escuchó a Carter, que le decía en voz alta:

—¡Me alegro de que sigas con la cabeza sobre los hombros, Jeff!

Bueno, otra navaja a la espera, se dijo. Pero importaba poco lo que ellos pensaran; no iba a quedarse allí mucho tiempo, y eso no se debería a ellos, sino a su propia decisión.

Saludó con la mano a la secretaria de Clairmont y pasó frente a su escritorio antes de que ella pudiera detenerle. Golpeó una vez en la puerta del despacho y entró sin aguardar a que contestaran.

—Hola, Vic; he creído que debía venir a verte antes de salir en dirección al incendio de Leroux.

Clairmont se echó hacia atrás en su sillón y echó una mirada a su reloj.

—Vaya, he perdido la apuesta —dijo—. Aposté con Marge a que tardarías dos minutos en llegar hasta aquí, una vez terminada la emisión, y has tardado tres. ¿Qué es lo que te ha retenido?

Quantrell contestó con frialdad:

—Los cazadores de autógrafos del vestíbulo. Hay una muchedumbre esperándome ahí fuera —dijo, y tomó asiento en el sillón que había al lado del escritorio—. Dime, Vic, ¿te duele que yo tuviera razón? Creí que tendrías más nobleza que todo eso.

—¿Esperas que te felicite por este asunto? —Manifestó Clairmont, secamente—. Mi tío me llamó diez minutos antes de que comenzase tu emisión. De lo contrario, habrías actuado ante una cámara desconectada.

Quantrell fingió un gesto de falsa humildad, y respondió:

—Yo sabía que estaba en lo cierto, e hice todo lo posible por demostrarlo. Si te molesta, debes culpar de ello al azar, pues te aseguro que yo no prendí fuego al edificio. Pienso que a la larga mis acciones resultarán beneficiosas para la emisora.

—Y también para las ambiciones personales de Jeffrey Quantrell, ¿verdad?

—No sabía yo que fuera un delito ser ambicioso. En tal caso, soy un delincuente, y creo que tú también lo eres.

—Estoy apañado, si te voy a tener por aquí por cualquier motivo, ahora que has logrado salir adelante con esto.

—¿No hubieras hecho lo mismo, de haber estado en mi lugar? —preguntó Quantrell, con calma—. Supongo que sí, sobre todo si creyeras tanto en lo que hacías como yo lo creo. Tú no me dejaste otra elección, Vic. Me has puesto grasa en el suelo para que resbalara, y yo no pensaba dejarme vencer tan fácilmente. Si esto te sirve de consuelo, te diré que la visita al Viejo no fue del todo afortunada. Juego bastante mal al billar, y más pronto o más tarde, él tendrá que recordarme que le he destrozado su taco preferido.

—También me contó eso —respondió Clairmont, sonriendo a medias.

Quantrell le miró un momento y luego afirmó:

—El asunto no ha terminado; exigirá mucho trabajo y colaboración por vuestra parte. De ahora en adelante se trata de

asunto tuyo tanto como mío, y haré lo posible porque el Viejo se dé cuenta de ello.

—No me hagas más favores, Jeff —dijo Clairmont, y Quantrell advirtió que su cólera se había aplacado.

El Viejo nunca había perdonado a su sobrino que no fuese un periodista nato. Por encima de todo, el viejo Clairmont hubiera querido estar orgulloso de él, y debía jugar aquella baza. Eso era todo, por lo que se refería al joven Clairmont, pensó Quantrell.

—Lo que necesito es un respaldo completo —afirmó Quantrell, aunque comprendía que aquello resultaba un poco duro de tragar por parte de Clairmont—. Zimmerman me está esperando fuera con el fotógrafo. Con un poco de suerte puede que hasta consiga una entrevista con Leroux.

Clairmont lanzó un suspiro y dijo:

—Jeff, tranquilízate un poco. Tenemos en este momento un pequeño problema entre manos. La policía ha llamado para averiguar las fuentes de tu información. Era un miembro de la sección de incendios provocados, un tal Petucci. ¿Le conoces?

—Bah, un bocazas. Tú dispones de abogados para estos casos. Que se encarguen de él.

—Está bien —repuso Clairmont.

Éste descolgó el teléfono para hacer una llamada, y cuando Quantrell se ponía en pie, le miró de improviso y le preguntó:

—Oye, a propósito, ¿dónde has obtenido tus informes?

—¿No te lo ha dicho tu tío?

—Estaba demasiado ocupado hablando de ti, y no tenía tiempo de aludir a otra persona.

—Pues ha sido Will Shevelson, antiguo capataz de la construcción. Tuvo una disputa con Leroux y le echaron.

Clairmont se le quedó mirando unos segundos; luego se echó hacia atrás y comenzó a reírse.

—¡Cielos, debí haberlo imaginado! —dijo—. ¡Ha sido Shevelson!

Quantrell sintió un espasmo en el estómago, y preguntó:

—¿Qué tiene eso de gracioso?

Clairmont sacudió la cabeza, riéndose aún, y contestó:

—Tenía que haberlo supuesto. Hace seis meses, ese chiflado recorrió las oficinas de todos los periódicos y las emisoras, tratando de vendernos su historia. Me pareció un paranoico y mandé que le echasen. Has tenido suerte con que el edificio se incendiara. De lo contrario, hubiera sido peor para ti. No habría creído a ese infeliz, aunque me hubiese dicho que el sol iba a salir por la mañana.

—El rascacielos está ardiendo —dijo Quantrell, simplemente—. Todo lo que él me dijo ha resultado cierto.

—Jeff —manifestó Clairmont, de nuevo con aire serio y muy comercial—, cuida tu forma de actuar, sobre todo en lo que concierne a Leroux. En muchos edificios se han producido incendios. Shevelson odia a Leroux lo suficiente como para haber retorcido los hechos hasta el punto de convertirlos en flagrantes mentiras. Una cosa es que podamos acusar a Leroux de negligencia criminal, y otra es que lo hagamos basándonos en las afirmaciones de Shevelson. El asunto es delicado, y tendremos que traer a un abogado aquí, a las oficinas, para que controle cada palabra de lo que más tarde tú vayas transmitiendo por teléfono. Es lo único que puede hacerse.

Quantrell se encogió de hombros y afirmó:

—Tú tienes tu labor y yo la mía. Por lo que se refiere al reportaje, pienso utilizar la Casa de Cristal sólo como un ejemplo. Hay numerosas Casas de Cristal por todo el país; el problema es nacional. Otras emisoras retransmitirán nuestro programa, estoy seguro de ello.

Clairmont dijo con aire pensativo:

—Me doy perfecta cuenta. Bien, ¿qué deseas? ¿En qué podemos ayudarte?

—Necesito el camión con la Estación móvil número dos, y también el helicóptero.

—Lo tendrás, aunque no creo que te sirva de mucho el helicóptero, porque las corrientes de aire en torno al edificio tienen

que ser muy intensas.

Quantrell se encontraba ya en la puerta, cuando Clairmont le dijo, suavemente:

—¿Tienes alguna nueva idea, Jeff?

El astuto Clairmont, pensó de pronto Quantrell. Al cabo de doce horas, o menos, la vida del reportaje habría concluido. Sería una noticia del día anterior, y las noticias viejas y el pescado muerto apestan enseguida. Podía elegir a Leroux y hacerle aparecer como un villano, pero Clairmont le había dado a entender que no consentiría eso. Iba a ser un gran reportaje, pero al triunfar a corto plazo, saldría perdiendo a la larga.

—Ya pensaré algo —contestó antes de marcharse.

Fuera, Bridgeport esperaba su turno para ver al gran hombre. No sabía cómo reaccionar ante Quantrell, y ensayó una sonrisa, al tiempo que le decía:

—Felicitaciones, Jeff; ha sido un gran programa.

—Desde luego —contestó él, secamente—. Pero se necesita inteligencia para comprenderlo.

Quantrell se encaminó a su oficina para coger el magnetófono y luego reunirse con Zimmerman, que le esperaba fuera, en su coche, tal vez jurando a causa de la tormenta que estaba desencadenándose. En la oficina vio a Sandy ante la máquina de escribir, pero con el abrigo ya puesto.

—¿Dónde demonios vas a ir, Sandy?

Ella le miró algo asustada y repuso:

—Como tú vas a estar ocupado con el reportaje de la Casa de Cristal, he llamado a mi amigo y le he dicho que nos encontraremos un poco más tarde.

Quantrell se sentó en el sillón giratorio, junto a ella y le cogió las manos entre las suyas.

—Sandy, Sandy —le dijo—. No puedes dejarme ahora. Voy a estar llamando por teléfono media noche, pidiendo o dando datos o

cifras que exigirán una ayuda competente. Eres imprescindible para mí. Tienes que ayudarme.

—He hablado con Angie —dijo Sandy, mordiéndose un labio para no temblar—. Ella me dijo que podría reemplazarme. Quizá no tengas que llamar mucho aquí.

—Jamás he trabajado con Angie —aseguró Quantrell, alzando las cejas—, y no podría confiar en ella como lo hago contigo. No le dejaría pegar un sello en un sobre. Es a ti a quien necesito, Sandy. Tú eres mi enlace.

Bajó apreciablemente la voz y añadió:

—Mira, Sandy, esta noche he logrado un importante triunfo, y tú has tomado buena parte en él. Así se lo dije a Victor, e incluso mencioné tu nombre al Viejo. Ahora, si quieres marcharte, hazlo; no te detendré. Pero te aseguro que dependo de ti, Sandy, y te necesito.

—Si realmente me necesitas… —Manifestó ella, dudando.

Él le apretó una mano y declaró:

—El significa mucho para ti, ¿verdad?

Sandy pareció sobresaltarse, y Quantrell esbozó una sonrisa cansada.

—No puedes ocultarlo —agregó—. Ya me había dado cuenta tiempo atrás. Pero si él realmente te quiere, sin duda sabrá comprender lo de esta noche. Cuando esto haya terminado, os llevaré una noche al centro a pasar una velada que será inolvidable. ¿Te parece bien?

—Claro, será magnífico —repuso ella, sin gran entusiasmo y tratando de sonreír.

Quantrell se dijo que aún faltaba mucho tiempo para que eso sucediera, pero perder a Sandy aquella noche no entraba en sus planes.

Le apretó con afecto la mano por última vez, y entró apresuradamente en su despacho, donde cogió el magnetófono y se introdujo un puñado de *cassettes* en el bolsillo. Observó el

magnetófono para comprobar si estaba debidamente cargado; a continuación tomó el abrigo de la percha y se lo puso laboriosamente. Pensó que Zimmerman estaría a esas horas llamándole los peores epítetos del diccionario.

Cruzó con paso rápido la sala de noticias y pasó ante varias chicas que repiqueteaban activamente en sus máquinas de escribir. Un ayudante llevaba al laboratorio fotográfico un rollo de película de dieciséis milímetros. Iba a ser una noche agitada, pensó Quantrell. Antes de desaparecer por la puerta de la emisora, echó un vistazo a Sandy y la vio llamando por teléfono con aire preocupado.

Qué chica más estúpida, se dijo.

26

—¡Este bocazas es el hijo de perra más grande que he conocido! Y ya lo supe desde el principio. Te aseguro que lo supe desde el primer momento.

Will Shevelson se levantó del diván, se acercó al televisor y pulsó la tecla interrumpiendo la emisión. La imagen de Jeffrey Quantrell enmudeció de pronto y se redujo enseguida a un punto de luz.

—¿Quieres una cerveza, Marty?

Marty Hodgehead se estiró en su sillón, reprimió un bostezo y contestó:

—Sí, tomaré una.

Shevelson extrajo dos botes del refrigerador, arrojó uno a Hodgehead y tiró de la anilla del suyo.

—Es un mal nacido, ese Quantrell —aseguró Shevelson, mientras volvía al sofá y se sentaba en él, permaneciendo en un sombrío silencio.

Se trataba de un hombre corpulento, musculoso, de algo menos de cincuenta años. Vestido con unos pantalones de pana amplios y una camisa de trabajo de color verde, abierta en el cuello, su torso tenía cierta semejanza con el de *El pensador*, de Rodin. Echó una mirada en torno a los estantes que circundaban su estudio, y los ojos se detuvieron en un pequeño grupo de fotografías situadas encima del escritorio. Todas correspondían a edificios en cuya construcción él había intervenido en los últimos veinte años. Algunos eran de la National Curtainwall, y entre ellos figuraba una ampliación

en colores, de quince por veinte centímetros, de la Casa de Cristal. Todas eran buenas construcciones, se dijo, incluso la Casa de Cristal… Al menos así parecían desde el exterior.

Hodgehead siguió su mirada y le dijo:

—Escucha, Will, olvídate de eso. Apagarán el fuego, esta vez habrá una investigación y Leroux tendrá su merecido. ¿Qué más deseas?

—Quiero su pellejo para clavarlo en la pared —murmuró Shevelson, y su mano se contrajo con tal furia sobre el bote de cerveza, que del interior de éste saltó un chorro de dorado líquido; entonces, añadió—: ¡Vaya, voy a necesitar un trapo!

Shevelson fue a buscar uno al pequeño bar, y con él limpió las baldosas del suelo. Luego, dijo:

—No sé si podría explicártelo, Marty. La Casa de Cristal era mi edificación preferida, pero cada día que trabajaba en ella me sentía más y más como un rufián que está vendiendo a su propia hija.

Leroux no cesaba de recortar los gastos, recordó Shevelson, y le obligaba a seguir adelante. Por fin, un día Leroux apareció en el piso cuarenta y cuatro del rascacielos en construcción, con los últimos planos donde se establecían nuevos cambios. Éstos preveían materiales más baratos y otras economías en la construcción. Shevelson estalló entonces.

—¿Te he dado las gracias por evitar que diera de puñetazos a aquel mal nacido? —agregó.

—Una docena de veces —repuso Hodgehead, y se limpió la boca con la manga—. Si le hubieras dado a Leroux, éste se habría caído por el borde del edificio. Una caída bastante grande, Will.

Shevelson asintió con la cabeza. Había evocado la escena numerosas veces, y aún no sabía si el recuerdo le producía terror o arrepentimiento. Lo cierto es que en aquel momento no esperó la nota de despido, sino que tomó el ascensor hasta la planta baja, se metió en su coche y se marchó a casa. Al día siguiente le llegó el cheque de la paga por correo certificado. Y ése fue su fin, como

capataz de la construcción. Nadie en aquella ciudad quería suscitar la ira de Leroux, y al tener en cuenta las circunstancias —en los momentos en que no estaba bebido y examinaba el asunto con objetividad—, lo cierto es que no podía culpar a aquella gente. ¿Quién hubiese querido contratar a un capataz, que según se afirmaba, podía matar al que no estaba de acuerdo con él? El mismo Leroux no necesitó hacer ninguna denuncia legal, en parte porque no hubo testigos del hecho. Shevelson sonrió a medias al recordarlo.

—Creo que también debo agradecerte que no soltaras prenda cuando la empresa Knudsen te llamó para la investigación —afirmó.

—Bueno, tú te caíste encima de él, durante una disputa. Eso suele suceder, habiendo todos aquellos bártulos por el suelo de la planta sin terminar. Pero si hubieras pegado a Leroux y éste hubiese caído por el borde… —Hodgehead se encogió de hombros y añadió —: En ese caso, la historia habría sido diferente. Alguno de los chicos podría haberse ido de la lengua, ya lo sabes. Pero no ocurrió; entonces, ¿por qué preocuparse?

Hodgehead dudó un momento, pero enseguida añadió:

—No me lo has preguntado, pero a mi entender debiste conservar la boca cerrada después de eso.

Shevelson, que rodeaba el bote de cerveza con ambas manos, asintió con la cabeza. Su disputa con Leroux acerca de la Casa de Cristal se convirtió en una obsesión para él, durante los meses que siguieron al suceso. Se puso en contacto con reporteros de los periódicos, de la radio y la televisión, tratando de convencerles de lo que estaba haciendo Leroux. Pero todos le tomaron por un chiflado. Sólo un par de diarios publicaron un artículo en el que se abogaba por una investigación; sin embargo, Leroux manipuló el asunto y todo terminó al poco tiempo.

Shevelson fue a buscar otro bote de cerveza y volvió a encender el televisor, observando las minúsculas figuras que corrían por un césped demasiado verde. Manipuló un momento los controles del color y de tono.

—¿Cómo va el partido?

—Parece que bien hasta ahora; veremos al final.

Shevelson volvió a sentarse entre los cojines del diván y añadió:

—¿Sabes, Marty? Creo que Leroux me decepcionó terriblemente. Condenación, ya sé que el mundo está dirigido por zopencos, pero nunca creí que Leroux fuera uno de ellos. Por el contrario, le tenía por una de las personas más capaces que llegué a conocer. Estaba dotado de competencia, de energía… Sí, de integridad, incluso.

—Hasta que llegó el momento de la Casa de Cristal, ¿no es eso?

—Justamente; hasta ese momento.

¿Qué pudo cambiar a Leroux?, se preguntó Shevelson para sus adentros. No necesitaba llegar al punto que había llegado, pues no estaba en aprietos económicos. Sin duda tenía compromisos, pero había un punto más allá del cual un hombre cabal no acostumbra ir. Sin embargo, Leroux parecía buscar cualquier medio que le permitiera ahorrar hasta un dólar. Era espléndido a la hora de proyectar la fachada del edificio y los detalles externos. En lo demás, Leroux se mostraba falto de principios y no daba la sensación de experimentar ningún remordimiento.

En cuanto a él mismo, siguió reflexionando Shevelson, bueno, había logrado salir adelante bastante bien. Consiguió por fin un trabajo como supervisor de aquel pequeño complejo de apartamentos, y se dedicó a una vida tranquila, arreglando las averías que hubiese durante el día, y viendo la televisión y bebiendo cerveza durante la noche. Después de tres matrimonios y tres divorcios, se dio cuenta de que era un solitario, y aceptó su soledad casi con un sentimiento de alivio.

—¿Cómo llegaste a relacionarte con ese granuja del noticiero de la televisión? —preguntó Hodgehead.

—Porque soy un imbécil, no hay otra razón —dijo Shevelson, con talante sombrío—. Un día estaba examinando los planos, y sentí que no podía aguantar más. Entonces llamé a Quantrell, él me invitó a comer y yo le conté hasta el menor detalle.

Había hecho bastante más que eso, recordó Shevelson. No sólo reveló todo lo que sabía con seguridad, sino también muchas cosas de las que sólo sospechaba.

—Fue una necedad, Marty, no necesitas decírmelo —aseguró Shevelson, haciendo un gesto—. Pude haber hecho un montón de cosas, en lugar de aquello. Pude recurrir al Consejo de la Edificación; pero deseaba perjudicar a Leroux todo lo posible, y una reconvención del Consejo no me hubiera satisfecho.

—Los métodos de construcción no eran malos —declaró Hodgehead, lentamente—. Muchos de los que emplearon allí son de práctica común en todas partes.

—Bueno, ¿de qué lado estás, Marty? —dijo Shevelson, irritado, pero luego movió una mano, transigiendo—. Está bien, tienes parte de razón. Pero que algo sea práctica común no quiere decir que deba ser aprobado. Uno a uno, esos detalles pueden admitirse, pero en conjunto se llegaría así a construir un edificio con graves deficiencias, en que los materiales no hubieran sido comprobados, y otros aspectos similares.

Terminó de beber su bote de cerveza y lo aplastó entre los dedos. Algo estaba empezando a aflorar en su mente. Trató de concretarlo, pero no lo consiguió; se le escapaba. Dejó entonces que su atención se concentrara en la pantalla del televisor. Empezaba el segundo tiempo del partido, y la defensa del equipo estaba débil. Mal asunto.

—Me parece que yo hubiera hecho lo mismo, de haber estado en tu lugar —afirmó Hodgehead—. La Casa de Cristal fue tu proyecto favorito desde el comienzo. Eso es lo cierto; un edificio es en realidad del que lo construye, y no del que lo compra.

Aquél había sido su error, reflexionó Shevelson. La Casa de Cristal había sido su capricho, y lo que le preocupaba era que aún seguía siéndolo. Tal vez otro hombre la hubiera proyectado y otro más la hubiese terminado, pero con todos sus defectos, aquel rascacielos era más suyo que de cualquier otro. Se trataba de la

edificación más hermosa de la ciudad, y lo mismo que le ocurrió a Pigmalión con su estatua, mientras la construía se había enamorado de ella. Ahora se estaba convirtiendo en humo, y él permanecía sentado allí, bebiendo su cerveza y viendo el partido por la televisión.

Con todos sus defectos… ¿Y quién los conocía mejor que él? Leroux, no, desde luego. Para él ese edificio había sido contabilidad, un montón de cifras de su departamento comercial, que le informaba de los costos y de lo que podía ahorrar. Y tampoco lo conocía el tipo que Leroux había llamado de la Costa Este para continuar con el proyecto, una vez que él, Shevelson, fue despedido. Lo único que le importaba al otro era cobrar su cheque todos los martes. Cuando se concluyó la edificación volvió al Este, y ahora sería difícil localizarle.

En cuanto al arquitecto de la Casa de Cristal —¿cómo se llamaba, Barton?—, le había mandado también al Este antes incluso de que la construcción hubiese comenzado, y lo último que había sabido Shevelson de él era que seguía trabajando fuera de San Francisco. El arquitecto que actuó como supervisor había muerto. Probablemente se fue a la gloria maldiciéndose a sí mismo por ser demasiado débil para enfrentarse a Leroux. El tipo había sido un lameculos desde el principio.

¿Y el Departamento de Incendios? Probablemente disponían de algunos planos de la situación de los pozos de las escaleras, y diagramas de tuberías, pero sin duda ignoraban dónde radicaban los principales defectos.

Shevelson se decidió al fin, y dirigiéndose rápidamente al armario empotrado sacó su abrigo y sus guantes, asegurándose de que tenía las llaves en el bolsillo. Condenado tiempo, pensó. Tardaría media hora en llegar, por la autopista, si tenía suerte.

—¿Adónde demonios vas, Will?

—A la Casa de Cristal. ¿Dónde, si no?

—Después de lo que te hicieron, ¿aún tienes ganas de ayudarles?

Shevelson sonrió a medias y repuso:

—El edificio es más mío que de Leroux, Marty.

Estaba casi en la puerta cuando recordó algo y corrió de vuelta a su estudio, donde cogió un rollo de planos de un estante.

Hodgehead, al tiempo que movía negativamente la cabeza, manifestó:

—Will, deben tener un juego de planos allí mismo. Estás obrando como un necio.

—¿Eso crees? Quantrell dijo que el fuego era en el piso diecisiete. Ahora ya debe de estar también en el dieciocho, y allí se encuentran las oficinas centrales de la National Curtainwall. Lo más probable es que no puedan llegar hasta sus propios planos. Claro que podrían obtenerlos de Wesler y Haines, pero apuesto diez contra uno a que tienen tanta semejanza con los planos finales, como un coche en el salón de exposiciones, y el mismo modelo en un parque de desguace.

Shevelson se abrochó el abrigo y se alzó el cuello, mientras agregaba:

—Marty, yo soy la única persona, en esta ciudad, que probablemente disponga de un juego de planos actualizados. Leroux pagará lo que le pidan por ellos.

Quince minutos más tarde, Shevelson rodeó una curva de la autopista, luchando por conservar la estabilidad del coche en el helado pavimento. No lo apreciaba muy bien debido a la nieve que caía, pero muy a lo lejos creyó divisar un tenue fulgor anaranjado hacia el horizonte.

27

Tenía que haber otra botella por allí, pensó Bigelow. Estaba seguro de que había quedado alguna de la última reunión del alto personal, celebrada la semana anterior, y que había sido mitad asamblea y mitad fiesta. Abrió torpemente los cajones de los escritorios en la oficina delantera, y luego se irguió de nuevo, tratando de aclarar su visión. Condenado cuarto, no quería estarse quieto y no cesaba de dar vueltas y vueltas a su alrededor…

Bigelow se aferró al respaldo de un sillón giratorio, cerró los ojos con fuerza y enseguida los abrió ampliamente. El borde metálico del sillón producía una sensación de frescura en su vientre desnudo, y eso le aliviaba algo. ¡Cielos, estaba molido! Había empezado a beber temprano, para tener el valor de romper con Deirdre aquella misma noche. Cuando ella llegó, se había tomado ya media botella. Deirdre le acompañó de buen grado para olvidarlo todo, y entre los dos, la bebida había ido desapareciendo con rapidez.

¡Condenación, él sabía que la botella estaba por allí! Si al menos la habitación se quedara quieta… ¡Claro, qué torpe era! El pequeño gabinete situado debajo de los estantes de los libros, donde había unas pocas botellas de bebida, algunos vasos de plástico y un pequeño cubo de hielo, para los compromisos comerciales. Allí tenía que haber algo.

Avanzó tropezando hasta el estante, se agarró a las tablas para no caer, y luego se arrodilló junto a las puertas del pequeño bar, que abrió de golpe. ¡Victoria!, se dijo. Allí había aún una botella

escondida, y Bigelow la sacó enseguida. ¡Maldición, estaba mediada! Alguien se había estado aprovechando. Por un momento pensó en Krost, pero luego se encogió de hombros. No, aquel borrachín tenía acceso a mejores lugares, para echar un trago, que Motivational Displays. Se irguió de nuevo apretando la botella contra el cuerpo, y de pronto recordó la reunión comercial y miró la etiqueta. Era *whisky* estadounidense, y del barato. Se habían bebido todo lo mejor durante la asamblea, y cometieron el error de enviar al botones a comprar una botella a la tienda de licores del edificio.

Bigelow tuvo un acceso de hipo y cruzó por el almacén, de vuelta hacia el apartamento de ejecutivos. Eso demostraba una vez más que no debía enviarse a un botones a que realizase una tarea de hombres, se dijo. Era gracioso, pero él y Deirdre habían llegado demasiado lejos para que les importase la calidad de la bebida.

Una astilla del suelo de madera del almacén, al clavársele en un pie, le hizo lanzar un grito ahogado, y le disipó en parte el mareo. Se aferró a los cuernos de un reno de poliestireno, tratando de mantener el equilibrio, y alzó el pie para retirar la astilla que se le había clavado en la piel de la planta.

Debía haberse puesto los zapatos, se dijo. Logró enfocar la visión y extrajo la astilla. Una gotita de sangre surgió de la pequeña herida. Estaba tan bebido que no se había dado cuenta de que le había entrado tan adentro. Era menester que tuviese cuidado. Si se emborrachaba, no podría hacer bien las cosas, al menos para Deirdre, que nunca dejaba de recordárselo. Aunque no pensaba volver a verla más…

Se había olvidado de apagar la luz de la oficina delantera. Se volvió para regresar, cuando pensó que ya la apagaría más tarde. Si iba ahora, probablemente volvería a clavarse otra astilla. De nuevo se encaminó hacia el apartamento, entre los carteles y figuras de propaganda, y de pronto se le ocurrió pensar que los condenados renos y los Papás Noel eran un hatajo de *voyeurs* de poliéster. Pensaba que le estaban mirando desnudo y que disimulaban unas

risitas, y su rostro enrojeció. Pero no se trataba de lo que uno tuviese, sino de la forma en que supiera emplearlo. Entonces deseó, absurdamente, haberse puesto los pantalones antes de acudir a la oficina delantera en busca de otra botella.

Se encontraba ya casi en la puerta del apartamento de ejecutivos cuando escuchó las sirenas. Se estaban acercando y enseguida se detuvieron. Bigelow se preguntó perezosamente si podría ver el fuego desde las ventanas. Podían apagar las luces y observar el incendio como una hoguera en el campo. Sólo que su campo se hallaba a veintiún pisos de altura.

Sintió que la botella se le resbalaba de entre las manos y la apretó con más fuerza contra su sudoroso pecho. Entonces llegó al apartamento y colocó la botella sobre el bar, con todo cuidado, junto a su trofeo. Le dio unas palmaditas; era el único trofeo que había ganado en toda su vida, y se lo dieron dos años antes como recompensa por haber creado «La muestra más sobresaliente» en el salón de pequeños motores. Se mantuvo a cosa de un metro, mirándolo con afecto, y enseguida enderezó su sombrero, que le había colocado encima. Qué bonito trofeo, se dijo, sintiéndose sentimental.

—Bueno, ¿vas a quedarte ahí, o vas a servirme una copa?

Deirdre estaba sentada en el borde del sillón desplegable, con una sábana enrollada en torno al cuerpo. Se volvió de nuevo hacia el televisor, situado en la pared, a un par de metros de distancia, y observó la pantalla con interés. Bigelow vio lo que daban. Una vieja película; probablemente una de las favoritas de Deirdre. Era capaz de volverle loco de aburrimiento, cuando le hablaba de celuloide rancio.

—Dame tu copa, Deedee, y te serviré doble.

Bigelow dejó caer una buena cantidad de *whisky* sobre el cubito de hielo que aún había en el fondo de la copa de Deirdre, y se la devolvió. Ella la cogió con aire ausente, sin dejar de mirar la pantalla.

—¿Te distraes? —preguntó Bigelow—. Era un viejo filme musical de Busby Berkeley, con cientos de chicas de coro que tenían un aire de los años treinta. ¿Cómo se llamaba? «Cuando una nena de Broadway dice buenas noches…». No, eso era de una canción que interpretaban: *Lullaby of…*

—Dieron las noticias hace un minuto, e interrumpieron la película —dijo Deirdre, con voz gangosa—. No sé qué dijeron de un incendio. No pude entenderlo. Ya sabes, ese tipo de la KYS; un verdadero imbécil No puedo soportarlo…

Tomó unos sorbos de *whisky*, y agregó:

—Gracias. Como te digo, no sé qué era acerca de un incendio…

Deirdre dejó que sus palabras se perdieran, y Bigelow pensó que la chica no tardaría en dormirse. Se inclinó por encima de ella y apagó el televisor.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —dijo Deirdre con todo el acento ofendido del borrachín que está en la esquina del bar.

Por un momento Bigelow tuvo una clara imagen de cómo iba a ser ella en un futuro muy cercano. Algunas arrugas se formaban ya en su cuello y en torno a los ojos. La piel de los brazos estaba perdiendo elasticidad, y la carne le colgaba algo por debajo de las nalgas. Había tenido razón, le susurró una voz interior. Ya era hora de terminar con ella.

A continuación, Bigelow se puso a saborear su bebida, dejando que el calor inundara su cuerpo y anulase sus pensamientos más sobrios. Apagó la luz de la habitación, dejando sólo las lucecillas del pequeño árbol de Navidad. ¿Cómo era la canción de *Finian's Rainbow*? *Si no estoy con la chica que amo, amo a la chica con la que estoy*. Algo parecido. Se volvió para abrazar a Deirdre en la oscuridad, y la acercó más contra él. La sábana ya no envolvía su cuerpo. Hundió el rostro en el cuello de ella, soplándole levemente en la piel Sonó el teléfono.

—¡Por todos los cielos!

Bigelow se incorporó de pronto, cogió el teléfono que estaba en el extremo de la mesilla, y lo puso debajo de una almohada, a un lado, de modo que el sonido del timbre parecía venir de lejos. Una condenada interrupción después de otra, se dijo. ¿Quién demonios podía estar llamando a esas horas? Probablemente se trataba de un número equivocado. Se volvió de nuevo hacia Deirdre, que le aguardaba.

Al abrazarla de nuevo, Bigelow tuvo la impresión de que los ojos le escocían. Los cerró maquinalmente. Hacer el amor era una de las escasas actividades para la cual los seres humanos no necesitaban ver, se dijo. No se dio cuenta de las ligeras volutas de humo que empezaban a filtrarse por la rejilla de ventilación, en lo alto de la pared, y que se esfumaban en la penumbra del cuarto.

Detrás de Bigelow, ahogado el ruido por la almohada, el teléfono seguía llamando en vano.

28

Lex Hughes tenía problemas con la nueva calculadora eléctrica. Los botones del aparato eran mucho más pequeños que los de la vieja Monroe de sumar, a la que había reemplazado aquélla, y de vez en cuando pulsaba a la vez dos botones. Tenía que haber sido eso lo que había arrojado una diferencia de cien dólares. Un simple desliz, pero tardó casi una hora en dar con el error. Aquello era lo que siempre le pasaba a él, se dijo Lex Hughes. Era la historia de su vida.

Se echó hacia atrás y suspiró. Estaba muy cansado, demasiado cansado, incluso, para sentir la acostumbrada desesperación que con frecuencia le acometía cuando trabajaba él solo en la oficina, por la noche. Durante un momento deseó no haber dejado marchar a Carolyn. Ella era muy hábil para encontrar los errores con rapidez.

Pero lo que sentía era algo más que cansancio físico. Era la certidumbre de que estaba entregando toda una vida de trabajo, la suya, a los intereses de los demás. Todo parecía rutinario, aburrido. *Si eres tan inteligente, ¿por qué no te has hecho rico?* Lo cierto es que nunca llegaría a ser rico; jamás tendría una vida realmente desahogada. Iría ascendiendo poco a poco por la cuesta del escalafón, y cuando llegara a los niveles ejecutivos más bajos, le darían algo así como una comida de despedida y le entregarían un reloj de oro. El acostumbrado apretón de manos, y el deseo implícito de que retirase pronto sus cosas de los cajones del escritorio, para

dejarlo a su reemplazante, un joven que estaría aguardando con impaciencia fuera de la oficina.

Luego, una tediosa jubilación y una batalla perdida contra la devaluación de la mensualidad. La compañía, en la edad provecta, de una arpía de mujer, que dedicaría el resto de sus fuerzas a recriminarle constantemente el no haberla dotado de las debidas comodidades. En cierto modo, ella lograría así una satisfacción que él nunca conseguiría.

Si de pronto le concedieran tres deseos, se dijo Hughes, el primero que solicitaría iba a ser que le dejasen ser niño de nuevo, para poder llorar sin que le acusaran de ser poco hombre.

Se levantó de su escritorio y llevó el último de los libros de contabilidad, así como las hojas de cuentas, a la cámara acorazada. Esa noche no se llevaría trabajo para casa. Por una vez, el fin de semana sería sólo para descansar. Al salir de la cámara se detuvo y echó un vistazo hacia atrás, brevemente. Los cajones del dinero eran como un imán para él. Cuántas respuestas a los problemas de la vida se hallaban en aquellos cajones de aspecto tan sencillo…

Y de pronto, sintiéndose culpable, miró hacia arriba, al Ojo, seguro de que éste leía sus pensamientos. La luz roja refulgía mientras la cámara se desplazaba con lentitud hacia donde estaba él. *Tú me ves*, pensó de nuevo. La cámara le apuntaba ahora directamente, e imaginó que a través de sus lentes podía ver insondables distancias. Una honda sensación de vértigo le invadió. Odiaba las alturas, y mirar hacia la cámara le producía casi la misma impresión que contemplar el abismo desde el piso dieciocho en que se hallaba. Se preguntó si alguien le estaría vigilando a su vez.

En ese instante, la luz roja se extinguió.

Notó que el aliento se le agarrotaba en la garganta. No, no podía ser. Las luces seguían alumbrando. Sólo se había apagado aquélla. El lunes mandarían a alguien para que cambiase esa lámpara. Mientras, la cámara continuaría siguiéndole con su implacable ojo, aun estando apagada la luz rojiza.

Sólo que… la cámara no se movía. En el mismo instante en que la luz roja se extinguió, el motor de la cámara pareció detenerse y el aparato permaneció inmóvil, apuntando hacia donde se hallaba. Ahora no tenía la anterior sensación de estar observando desde una gran altura. Algo le decía que el Ojo estaba muerto, y que en la pantalla de vigilancia, situada dieciocho pisos más abajo, aparecía un difuso color gris, como si una densa cortina hubiera caído sobre toda aquella zona de la Cooperativa de la National Curtainwall.

Alcanzó a notar el sudor que empezaba a formarse en sus axilas. La habitación se hallaba ahora totalmente en silencio, y el zumbido del motor de la cámara, antes claramente perceptible, aunque muy suave, había cesado. Únicamente escuchaba el jadeo de su propio pecho y los fuertes latidos de su corazón. También el aullido de unas sirenas.

Coches de bomberos, pensó distraídamente. Y debían de estar muy cerca, cuando alcanzaba a oírselos en aquellas oficinas, casi a prueba de ruidos.

Con una repentina sospecha, se encaminó entre las filas de escritorios, en dirección a la puerta del vestíbulo. Miró hacia atrás con gesto indeciso, al detenerse. La cámara no se había movido un solo centímetro. Se volvió hacia la puerta, la abrió y miró por el vestíbulo. Nada, se dijo, sintiéndose levemente decepcionado. Y entonces advirtió una sensación rara en la garganta y la nariz. Era el acre y leve olor del humo. Miró hacia la caja de los ascensores, en el vestíbulo, y advirtió unas perezosas espirales de humo que surgían de las puertas, volviendo azulino el aire del pasillo. Más humo salía del conducto del aire acondicionado, situado pocos metros más lejos.

Por vez primera notó lo enrarecido que estaba el aire de las oficinas. Los motores de la ventilación se habían detenido. Había un fuego en el edificio, pensó lentamente. Desconocía su importancia, pero había provocado la avería de la cámara, y a todos los efectos acababa de tender un telón entre él y el resto del mundo.

Cerró de golpe la puerta y se apoyó en ella, con el corazón latiéndole en alocada carrera. Aislado del mundo; aislado del vigilante Ojo. Corrió de nuevo hacia su escritorio, sintiendo las primeras punzadas del pánico. Tenía que salir de allí, pero antes debía cerrar las puertas de la cámara acorazada Estas eran a prueba de fuego, y tendría que reinar una temperatura infernal para que se dañase su contenido. Sin embargo, había leído que el dinero se carbonizaba en el interior de algunas cajas de caudales, durante los incendios. Podía ocurrir. Se secó el sudor que le inundaba la frente y echó de nuevo una mirada a la inmóvil cámara. Todo dependía de él. Todo estaba bajo su responsabilidad. El dinero y los documentos debían quedar a salvo. Era una pena que el Ojo no pudiera ver lo seriamente que cumplía con su deber, y lo digno de fe que era en aquellos momentos.

—Nunca tendrás una ocasión mejor —dijo lentamente, sin darse cuenta de que estaba hablando; y repitió como para asegurarse a sí mismo—: Nunca volverás a tenerla.

La cámara no reaccionó; su Ojo muerto siguió contemplando el vacío.

Tras mirar de nuevo el artefacto inmóvil, se dijo que debía cumplir con su deber y dejar el dinero a buen recaudo. Tenía que hacer honor a sus responsabilidades.

Y de improviso tuvo otro pensamiento. Un pensamiento terrible, estremecedor. ¿No sería que el lejano Dios había sentido piedad de él y le había concedido aquella última oportunidad para escapar de la prisión que era su vida?

Pero Dios no obraba de aquella forma.

¿Y por qué no?, le dijo una voz interior. Hughes dudó todavía unos instantes. Luego tendió la mano hacia su cartera de documentos. Soltó el cierre y la volcó hacia abajo, dejando que cayeran al suelo los papeles que contenía. No podía perder aquella oportunidad, pensó de improviso, con la mente clara y fría como el

cristal. Era su única ocasión, y bien valía la pena arriesgarse. Lo que estaba allí dentro se hallaba asegurado. No perjudicaría a nadie.

Abrió de par en par la puerta de la cámara, sintiéndose fuerte y seguro de sus actos por vez primera. Ahora no se sentía obligado a considerar los deseos de los demás como los suyos propios. Él era lo primero, se dijo. Por una vez en su vida, era lo más importante.

Apretó contra su cuerpo la cartera vacía, y comenzó a avanzar hacia la cámara acorazada, mirando directamente hacia la cámara de televisión, que permanecía quieta más arriba. Un sentimiento de increíble gozo llenaba su ser. ¡Tú *no* me ves!, exclamó con tono triunfal. Ahora se sentía mejor que nunca.

29

Pocos minutos después de que Jernigan hubo recibido la llamada de alarma de Garfunkel, el vestíbulo superior comenzó a llenarse de gente. Algunos de los inquilinos estaban vestidos para salir, otros iban con pijama y zapatillas, y con un abrigo colocado apresuradamente sobre los hombros. Unos pocos daban muestras de nerviosismo extremado, y Jernigan notó que el pánico flotaba en el aire.

Tenues volutas de humo salían ya por los resquicios de las puertas de los ascensores. Jernigan se preguntó si el fuego sería abajo peor de lo que Garfunkel le había dicho. Pensó si debía obligar a los Inquilinos a volver a sus apartamentos y a que siguieran las instrucciones impresas en las placas de las puertas. Pero se dijo que si lo hacía podía verse enfrentado con una algarada. De todas formas aquello era lo más sensato, pero la gente que se encontraba en el vestíbulo no parecía dispuesta a adoptar una actitud prudente.

En ese momento llegó Rosette. Estaba viendo la televisión en un aparato del recinto de las camareras, cuando interrumpieron la película para dar noticias del incendio. Aún conservaba puesto el uniforme, y Jernigan dio gracias al cielo por aquel pequeño favor. Inmediatamente le dijo que condujese a los inquilinos hasta el ascensor expreso, del sector residencial. Éste era el único en que podía confiarse para atravesar la zona de fuego sin detenerse. Luego procuró calmar a los inquilinos.

—Los bomberos ya están aquí —exclamó con voz lo suficientemente alta como para que le oyesen por encima del parloteo y de los lamentos, y agregó—: el fuego está localizado en el piso diecisiete. Llega hasta nosotros un poco de humo, pero eso es todo.

Quisiera él que eso fuese todo, se dijo. Y dudaba de que el fuego estuviera localizado en un solo piso.

—¡Nunca nos dicen nada! —chilló una mujer—. Tenían que haber hecho ensayos para caso de incendio; debían habernos instruido debidamente, ¡pero nadie me dijo nunca nada!

Uno de los inquilinos antiguos se volvió hacia Jernigan y le dijo:

—Oiga, joven, ¿tiene previsto la administración algún plan de evacuación? ¿Qué plan es ése?

Jernigan se estremeció interiormente. Recordó que Harriman había proyectado al respecto algunas reuniones con los inquilinos, pero las había postergado debido a la proximidad de las fiestas. Los inquilinos no tendrían tiempo, y tampoco disponía de él la administración del edificio.

—Todo se reduce, señor —contestó—, a esperar formando cola, para descender en el ascensor expreso.

—¿Tampoco han dado instrucciones a las familias de los empleados para que salgan del edificio, en casos como éste?

—Señor, yo no vivo aquí —repuso Jernigan.

El anciano se rió forzadamente y manifestó:

—Vaya, es usted más inteligente que yo.

Había que tener en cuenta el punto de vista de los inquilinos, reflexionó Jernigan. Existía una falta de comunicación evidente entre ellos y los administradores, además de una impresión de aislamiento entre los mismos vecinos.

En un rascacielos se disponía de toda la intimidad que podía desearse. Existía mayor aislamiento aún que en las casas de pisos corrientes, donde a veces no se conoce a los demás vecinos, como no sea porque a uno se le ha inundado la cocina, y de pronto tiene a

los ocupantes del apartamento de abajo golpeándole en la puerta. Aquí, pocas veces se encontraba gente en los pasillos. Era como en un hotel: los corredores casi desiertos, y tan sólo un encuentro ocasional en el ascensor.

Pero ahora se sentían algo más que aislados. Ahora estaban dominados por el miedo.

—¡Tendrán que pagarme! —decía una mujer—. Tendrán que limpiar todo el apartamento. Sé muy bien el daño que produce el humo.

—Veré a mi abogado el lunes… —Aseguraba otro.

—… No es nada, Martha; tan sólo un poco de humo. Todo saldrá bien…

—… Pase lo que pase, cógete a la chaqueta de papá. No te separes…

—… He visto su nombre en el buzón. Yo vivo al lado de usted…

—… Al, tengo un miedo horrible…

Uno de los ascensores de abajo se abrió, y salió de él una pareja con un minúsculo perro de aguas atado a una correa. Jernigan los miró un momento como fascinado, preguntándose cómo habrían podido meter y sacar el animalillo del edificio sin que los encargados de seguridad se dieran cuenta de ello. Lisolette Mueller tenía un gato, pero aquello era un secreto a voces; todo el mundo estaba al tanto, aunque nadie se oponía, en realidad.

Jernigan ayudó a Rosette a alinear a los inquilinos ante la puerta del ascensor expreso que llevaba hasta el vestíbulo principal. Las únicas paradas que ese ascensor de los pisos residenciales podía hacer eran en los dos vestíbulos y en el garaje del sótano. No efectuaba detención alguna en el sector comercial del edificio. De pronto, Jernigan divisó a un grueso individuo con el característico aire del vendedor, que junto con una rolliza mujer estaba oprimiendo el botón de uno de los ascensores de la sección comercial. Se encaminó hacia donde se encontraban y dijo:

—Lo siento, señor; tendrán que esperar a los expresos residenciales, pues resulta demasiado arriesgado descender en los ascensores del sector comercial.

El vendedor le miró con aire suspicaz.

—No le entiendo —repuso—. ¿Qué significa eso de que es demasiado arriesgado?

Jernigan se había enterado de ese hecho cierta vez al hablar con un bombero, y se lo explicó pacientemente:

—Si un ascensor puede parar en la zona incendiada, y el botón de llamada de ese piso se funde debido al calor, es muy probable que el ascensor sea llamado hasta dicho lugar quiérase o no. Y una vez que las puertas se hayan abierto, no saldrían de allí con vida.

—No sé de qué me habla, hijo —declaró el hombre—. Lo único que puedo decirle es que Maggie y yo no vamos a quedarnos aquí, esperando a achicharrarnos.

—El fuego está catorce pisos por debajo de nosotros —insistió Jernigan, con calma—. Mire, es muy expuesto; el ascensor podría detenerse justo en el piso incendiado.

El vestíbulo se encontraba atestado de gente.

Iba a llevar bastante tiempo evacuar a los residentes, y sería también difícil impedir que se alejaran de las puertas de los ascensores de la zona comercial. Lo que ninguno parecía haber advertido era que en el aire había un tenue velo azulino, debido al humo del incendio. Aquello probablemente iba a empeorar, y con rapidez. La gente empezaría entonces a perder la cabeza…

—Voy a llamar al ascensor, hijo. Yo pago mi alquiler; no puede impedírmelo.

El hombre tenía el rostro congestionado y trataba de dominar su cólera. Probablemente estaba aterrado también, pensó Jernigan. Cierto número de inquilinos de entre la multitud se abalanzarían hacia el ascensor en el momento en que la puerta se abriese. Por la expresión de sus rostros, Jernigan se había dado cuenta de que

tampoco habían comprendido lo que acababa de explicarle al vendedor.

Entonces alzó la voz y dijo:

—Rosette, haz que las mujeres y los niños bajen primero; sobrecarga el ascensor, si es necesario.

Había un mecanismo de seguridad que podía resistir la sobrecarga. Pero aún cuando el ascensor no se detuviese en el piso incendiado, era necesario atravesarlo, y cuanto antes estuviesen fuera las mujeres y los niños, tanto mejor sería.

Jernigan se volvió hacia el vendedor, y con tono áspero, manifestó:

—Trataré de explicárselo una vez más, amigo. El ascensor expreso no tiene botones de llamada en el piso incendiado. No se detendrá allí, sino que atravesará esa zona e irá directamente al vestíbulo de salida. Si toma uno de los ascensores del sector comercial, lo más probable es que se detenga donde está el fuego, aunque usted no haya tocado el botón de ese piso. Y una vez que se abran las puertas, se asará usted.

—No trate de intimidarme, muchacho. Cuando llegue el ascensor me iré en él.

Algunos de los inquilinos que estaban detrás de Jernigan comenzaron a empujar, para prepararse.

El ascensor de la zona comercial llegó y las puertas se abrieron silenciosamente. Jernigan vio lo que el vendedor no había visto: la pintura de esas puertas estaban ligeramente chamuscada. Probablemente se había detenido un momento en el piso en llamas, las puertas se abrieron y cerraron, y luego reanudó el viaje hacia arriba. Era casi seguro que se detendría de nuevo allí al descender.

El vendedor sonrió con aire triunfal.

—Nos veremos abajo —manifestó, y se dispuso a entrar en la cabina.

Jernigan le cogió por un brazo, haciendo caso omiso de los murmullos de disgusto que oía detrás.

—¡Nadie va a tomar este ascensor! —exclamó en voz alta, para que se echasen hacia atrás los que estaban empujando.

El vendedor se soltó de una sacudida y alzó los puños, mientras respondía:

—¡Ningún negro va a decirme lo que debo o no debo hacer! ¡Vamos a salir de aquí!

Rosette le observaba alarmada. Jernigan señaló hacia el ascensor residencial, que se estaba llenando rápidamente, y alzó dos dedos. Ella asintió, y sacó a dos mujeres de la cabina, a pesar de sus protestas.

Jernigan aferró al vendedor por un brazo y le dio vuelta, haciéndole perder el equilibrio.

—Lo siento, chico —dijo suavemente, y le golpeó justo en la barbilla, con un rápido puñetazo. Cogió al hombre antes de que se desplomase sobre el suelo. Luego le dio unas palmaditas en las mejillas hasta que recuperó a medias la conciencia, y le empujó hacia donde estaba su mujer, que había empezado a chillar. Le dijo a ella suavemente:

—Sáquelo de aquí enseguida. Hay sitio para los dos en el otro ascensor, pero no va a esperar.

La mujer se llevó medio a rastras a su marido hasta el ascensor de Rosette, el cual estaba aguardando. El resto de la gente retrocedió de mala gana del ascensor comercial. Las puertas de éste se cerraron, y Jernigan se dijo que descendería muy probablemente hasta el piso diecisiete.

Ya no llegaban muchos Inquilinos al vestíbulo, advirtió Jernigan, esperanzado. Sería posible evacuarlo, después de todo. Al cabo de quince minutos, la multitud del vestíbulo había disminuido apreciablemente. En la siguiente vez que subió el ascensor, salieron de él dos bomberos ataviados con impermeables y cascos. Jernigan les hizo una seña para alejarlos de la gente e inquirió:

—¿Cómo van las cosas?

El más viejo de los dos se encogió de hombros y respondió:

—Bastante mal; peor de lo que debiera ser. De haber recibido nosotros la alarma quince minutos antes, habría sido un asunto diferente. ¿Es usted el que los ha apartado de los ascensores comerciales?

Jernigan asintió con la cabeza.

—Bien hecho —agregó el bombero—. ¿Cuántas personas quedan arriba?

Jernigan sintió que el sudor le resbalaba por la nuca. El aire del vestíbulo iba enrareciéndose cada vez más.

—No estoy seguro —dijo—. Los contaba conforme iban saliendo, pero luego no hubo tiempo. Creo que la centralita está tratando de avisarlos a todos.

—Desde luego. Hay dos telefonistas en esa tarea. Otras dos van a relevarlas. La centralita está atascada con llamadas exteriores hacia aquí; son parientes y amigos, y tal vez algunos graciosos. Procuran llamar a los inquilinos, pero eso requiere tiempo. Hay mucha gente que ve la televisión con el tono a todo volumen, y que no pueden oír el teléfono, que lo desenchufan por la noche, que están tomando una ducha, o que se han quedado dormidos tras tomar un somnífero…

El bombero movió negativamente la cabeza y prosiguió:

—Tendremos que hacer subir a más de los nuestros hasta aquí, para que vayan por los pisos uno a uno. El humo se está extendiendo rápidamente. Gracias a Dios que los pisos superiores están vacíos.

Luego miró con gesto preocupado a Jernigan, mientras preguntaba:

—¿Hay niños solos? ¿Algún apartamento donde los padres se hayan marchado a pasar fuera la noche y haya quedado un pequeño, tal vez con una cuidadora?

Jernigan se sintió desolado. La señora Harris y su marido habían ido al cine temprano, esa noche, junto con Irene; pero no recordaba

que Danny y Sharon estuvieran en el vestíbulo, mientras éste se iba evacuando.

—Hay dos hijos del matrimonio Harris. Un chico de once y una chica de catorce. No los he visto, aunque eso no quiere decir que no hayan salido.

—¿En qué apartamento están?

—Dos pisos más arriba. Les puedo conducir allí.

Jernigan llamó a Rosette, que cuidaba del resto de la sinuosa cola, junto a las puertas del ascensor expreso.

—Encárgate de todo, Rosie. Yo estaré de vuelta dentro de pocos minutos. De lo contrario, baja con los últimos de la fila.

El aire estaba apreciablemente velado en ese momento, y se hacía cada vez más difícil respirar.

El bombero se dio cuenta de ello y manifestó:

—Aún no es necesario usar máscaras contra el humo, pero aquí se encuentran en un mal lugar. La zona de servicios posee un hueco, y por ese lado sopla un fuerte viento del norte. Usted no lo advierte, pero éste penetra por todo el edificio y está empujando el humo hacia aquí.

Jernigan llamó uno de los ascensores residenciales, corrientes.

—Ese humo se extiende con gran rapidez —aseguró.

—En buena parte eso se debe al tiempo que hace. El edificio actúa como una chimenea cuando hace frío fuera. En parte también se debe a deficiencias del edificio. Están tratando de invertir el movimiento de los ventiladores, de modo que salga el humo del interior. Pero eso debió realizarse automáticamente. ¿Dice que es dos pisos más arriba?

Tomaron el ascensor local, y un momento más tarde cruzaban el vestíbulo en dirección al apartamento de los Harris. Había humo en el vestíbulo de la planta, pero no tanto como en el vestíbulo superior. Probablemente ello se debía a que el apartamento de los Harris estaba cerca de la cara norte del edificio. Golpeó con el puño en la puerta del piso, y luego hurgó en un bolsillo en busca de una llave

maestra. Condenación, la había dejado abajo, en el escritorio. El bombero principal le hizo una seña para que se apartase e introdujo una palanca en el marco de la puerta, cerca de la cerradura. Comenzaba a hacer fuerza, cuando una voz aguda y velada dijo desde el otro lado:

—Un momento, por favor.

Enseguida se abrió la puerta, y vieron a Sharon Harris, que les miraba con sorpresa.

—Recibimos una llamada —dijo ella—; pero no creímos que llegarían ustedes tan pronto.

Jernigan siguió al bombero por el interior del piso. En él se apreciaba menos humo aún que en el vestíbulo. Entonces notó que había unos trapos mojados en los resquicios de la puerta, y que las rejillas de ventilación se hallaban asimismo cubiertas con telas húmedas. Los bomberos también lo advirtieron, y el de más edad movió la cabeza, admirado.

—¿Quién os mandó que hicierais esto?

—La telefonista nos dijo que había un incendio; yo corrí hasta la puerta y vi que había algo de humo en el vestíbulo. No sabía lo que podía suceder en los ascensores o la escalera, de modo que pensé que era mejor quedarnos aquí hasta que viniese alguien a buscarnos. Danny tiene asma, y temí que lo pasara mal. Entonces recordé lo que Lisolette había dicho acerca de la placa de la puerta. Ella nos lo había explicado.

Sharon miró a los bomberos con gesto serio, y Jernigan se preguntó si no había visto aquella expresión anteriormente. Entonces lo recordó.

—Era lo mejor que podíais hacer —dijo.

El bombero miró a Jernigan.

—¿Quién es esa Lisolette? —preguntó.

—Es una maestra solterona, protectora de todos los chiquillos del edificio.

Jernigan se preguntó cómo andaría su cena con Harlee, e inquirió:

—¿Dónde está Danny?

—Allí —dijo ella, y señaló hacia la sala de estar—, mirando el incendio en la televisión.

Uno de los bomberos se acercó a la puerta y dijo:

—Vamos, hijo, es hora de marcharse.

—¿Es necesario? ¡Esto está muy interesante!

—Creo que debes venir. Coge tu abrigo. Tenemos que irnos enseguida.

En el vestíbulo del apartamento, Sharon cogió unos trapos húmedos que habían estado tapando los resquicios de la puerta y entregó algunos a Danny con instrucciones de que los mantuviera sobre el rostro y respirara a través de ellos. El humo del pasillo era ahora más denso, y en el vestíbulo de la planta el velo azulino del aire se había convertido en un tono gris sucio. Danny empezó a toser.

—¿Sabe de alguien más que no haya bajado?

—Bueno, no recuerdo a todos. Espero que todos los demás hayan bajado.

El humo empezaba a doler en los pulmones, y Jernigan prefería no hablar. Tampoco deseaba pensar en los que hubieran podido quedar atrás. Tenía que haber alguno, se dijo. Si se acordaba cuando ya se hubieran marchado abajo, el recuerdo sería un verdadero infierno para él.

Sharon y Danny ya empezaban a jadear, y el bombero los empujó a ellos y a Jernigan dentro del expreso residencial. Las puertas estaban ya por cerrarse cuando Jernigan oprimió con violencia el botón de «abrir». Estaba a punto de desfallecer, y exclamó:

—¡Cielos, lo había olvidado! Hay una anciana con su marido en el número 3724; son los Richardson. Ella está en una silla de ruedas, y

no podrían salir de aquí. Tal vez se hayan marchado antes de estallar el fuego, pero yo no recuerdo haberles visto. ¡No, no les he visto!

—Está bien, nosotros lo comprobaremos. Cuando llegue abajo, procure hacer un censo en el vestíbulo. Usted tiene los tableros de control, ¿verdad? Bien, les llegarán máscaras respiradoras. Consigan una al menos para el chico.

Tomaron el ascensor, y enseguida las puertas se cerraron. Jernigan pudo sentir la lenta aceleración en la cabina. Detrás de él, Danny se encontraba ahora manifiestamente enfermo.

En el ya desierto vestíbulo alto, el teléfono interior comenzó de pronto a sonar. Una luz roja de la centralita, la que llevaba el número 3416, se iluminó.

Alguien estaba tratando de llamar desde el apartamento de los Albrecht.

30

Incluso desde donde se hallaba, en el vano de la puerta. Ian Douglas podía notar el calor de la riada de disolvente inflamado que atravesaba el vestíbulo de la planta. Producía un calor mucho mayor de lo que podía esperarse, teniendo en cuenta la distancia. Entonces advirtió, con un estremecimiento, que la distancia se hacía cada vez más corta, incluso mientras se hallaba mirando.

Sus ojos lagrimeaban ahora intensamente a causa del humo. Tenía que salir de allí. Maquinalmente se llevó el cuadro al rostro para protegerse del calor, y retrocedió con rapidez hacia el vestíbulo. Notó el calor en el dorso de la mano, y el borde inferior del marco del grabado se calentó perceptiblemente.

No podría conseguirlo, pensó, lleno de pánico. El fuego avanzaba demasiado aprisa. De repente se volvió y corrió hacia la puerta de las escaleras, sintiendo la vaharada de calor a sus espaldas. Hizo girar el picaporte, abrió de golpe la puerta, y al tiempo que entraba echó un rápido vistazo hacia atrás, sobre sus hombros. Era como mirar dentro de un horno. Todo el pasillo estaba en llamas, y el ígneo disolvente avanzaba a unos pocos metros de distancia. Entonces la puerta se cerró a sus espaldas, y su pestillo emitió un fuerte chasquido.

Douglas depositó *La minotauromaquia* sobre el hormigón del descansillo y se reclinó contra la pared, al tiempo que empezaba a toser y le lloraban los ojos. Sentía también las mejillas húmedas y durante un minuto permaneció aferrado a la barandilla, en el rellano

de la escalera, mientras el cuerpo le temblaba violentamente. Luego le pasó el acceso, ya que resultaba más fácil de respirar en la escalera, y el acelerado ritmo de su corazón fue normalizándose al comprender que estaba a salvo, al menos por el momento. Notó el calor en la parte posterior de la camisa. Pudo recordar que la prenda parecía estar ardiendo cuando cruzó corriendo la puerta. El calor irradiado debía ser enormemente intenso en el pasillo. Tenía ampollas en la parte trasera del cuello. Luego se miró las manos, al recordar que con ellas había sostenido el grabado cuando cruzó el vestíbulo. La piel del dorso estaba enrojecida e inflamada, como si la hubiese apoyado contra las planchas de una cocinilla eléctrica.

En ese momento oyó el rumor de unos sollozos. Inclinó la cabeza y escuchó. Era también una especie de gemido que procedía del rellano superior a aquel donde se encontraba, es decir, del piso dieciocho. Alguien, allí encima, estaba asustado o herido, lo cual no parecía lógico, puesto que el fuego se encontraba en su piso. Pero el humo probablemente había subido. Corrió escaleras arriba, dejando atrás el cuadro.

En el rellano siguiente pudo ver a dos personas. Una parecía estar inclinada sobre la otra. La primera se volvió, y Douglas pudo comprobar que se trataba del chico puertorriqueño, ¡el que había tratado de robar en su tienda!

Salvó rápidamente los peldaños que faltaban. Debió haber denunciado a aquel condenado drogadicto a Garfunkel. ¡Qué necio había sido! Llegó al rellano y Jesús le miró desconcertado. Acurrucada contra la pared vio a una de las mujeres de la limpieza, tratando de meter algunos billetes en una carterita. Tenía el vestido desgarrado y estaba llorando. Douglas se hizo cargo de la escena al instante. El jovenzuelo sin duda trató de robarle el billetero, y ella se había resistido.

—¡Condenado ladrón! —gritó.

Jesús empezó a retroceder, mientras exclamaba con tono suplicante:

—¡No; se equivoca esta vez!

—¡Ya sé quién eres, bribón!

Douglas dio a Jesús con el dorso de la mano en un lado de la cabeza y le envió al suelo, con las piernas y los brazos abiertos.

—¿Qué más le has quitado? ¿Algún anillo o reloj? ¡No te olvidas de nada, granuja!

—¡Usted no lo entiende! —farfulló Jesús—. ¡Me encuentro enfermo, necesito el dinero!

Douglas le cogió por la camisa y le puso en pie.

—¡Debiera arrojarte escaleras abajo! Te dejé escapar una vez, pero no volveré a cometer ese error, ahora… —dijo, y de pronto sus ojos se agrandaron—. Fuiste tú quien prendió fuego al cuarto almacén, ¿verdad? Tenías que ser tú. ¡No hay nadie más por aquí!

Jesús retrocedió bajo la férrea presión del otro, con los ojos llenos de miedo.

—¡Yo no hice nada! —dijo—. ¡Nada absolutamente! ¡Usted está loco!

La mujer de la limpieza se puso trabajosamente en pie, tambaleándose con cada movimiento. Daba la impresión de que se había retorcido un tobillo, al caer al suelo de hormigón. Tiró de la manga de Douglas mientras movía negativamente la cabeza y decía:

—*Mi hijo…* Mi hijo…

—¿Su hijo? —repitió Douglas, asombrado.

Ella asintió con un gesto.

—Mi hijo —añadió con voz ronca.

Douglas soltó a Jesús, que retrocedió unos pasos.

—Es mi madre —aseguró el joven—. Ha estado trabajando aquí desde que inauguraron el edificio. Quería que… que me prestara algún dinero esta noche.

—Prestar, ¿eh? —declaró Douglas, con disgusto.

Aquel jovenzuelo era capaz de robar las muelas de oro a un muerto. Probablemente había tratado de quitarle el dinero

golpeándola. Douglas empezó a toser de nuevo, y de pronto recordó el fuego que había abajo.

—Tenemos que salir de aquí —dijo—. Hay un gran incendio en el edificio.

Albina le miró sin que pareciese comprender. También había empezado a toser.

—*Fuego* —manifestó Jesús, en un español algo defectuoso.

—¿Fuego? —dijo ella, y sus ojos se abrieron ampliamente al mirarle.

Entonces se dirigió a él con lentitud acusadora, y lanzó un torrente de palabras.

Jesús movió negativamente la cabeza y dijo:

—No, mamá, yo no lo hice. ¡No lo hice!

—No hay tiempo para eso. ¡Salgamos de aquí! —murmuró Douglas.

Cogió entonces a Albina por un brazo para proporcionarle apoyo, y lentamente fue descendiendo las escaleras, seguido de Jesús. Hacia la mitad del tramo se inclinó hacia abajo, y en ese momento retuvo el aliento. El disolvente inflamado se había filtrado por debajo de la puerta, prendiendo fuego a la pintura de la misma. Al instante siguiente observó que el charco de ardiente líquido se extendía hasta alcanzar *La minotauromaquia*, la reproducción del cuadro de Picasso que estaba apoyada contra la pared. El dorado del marco se peló ante sus ojos, y enseguida el vidrio se rajó y estalló en mil trozos. El papel se oscureció rápidamente. El fornido hombre contempló lleno de angustia la enloquecida muchedumbre de la plaza de toros del grabado, que desaparecía entre las llamas.

En ese momento todo el rellano estaba invadido por el fuego.

—No podemos bajar —dijo Douglas, quedamente—. Estamos atrapados.

Más disolvente se escurrió por debajo de la combada puerta. Una repentina bocanada de calor y de humo les hizo retroceder varios

escalones. Una cascada de llamas se precipitó por el borde del rellano hasta el descansillo siguiente.

—¡Tenemos que salir de aquí! —chilló Jesús, y volvió corriendo hasta el piso dieciocho.

Golpeó allí con los puños en la puerta que daba al vestíbulo, y agitó frenéticamente el picaporte. Douglas ayudó a Albina a subir hasta el rellano superior. Apartó a Jesús de la puerta y le dijo:

—No seas necio, no puedes salir por ahí. La cierran a las siete.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —preguntó Jesús—. No podemos quedarnos aquí, para que nos frían las llamas.

De improviso sus ojos se agrandaron y con gesto angustiado, dijo:

—¡Cielos, mire!

El humo empezaba a filtrarse por debajo de la puerta del rellano donde estaban. Era un humo negro, el que ascendía, y Douglas pensó que tras el humo vendría el fuego. El piso dieciocho se había incendiado probablemente, lo mismo que el diecisiete. Eso quería decir que debían seguir subiendo sin cesar, hasta el Salón de Paseo.

Todas las puertas de los rellanos estarían cerradas, excepto la última de arriba. Douglas había cenado una noche en el Salón de Paseo y descubrió que lo que creyera la puerta del servicio de hombres era en realidad la de la escalera. No tuvo dificultad en volver al vestíbulo, aunque la puerta se había cerrado antes a sus espaldas. Era evidente que las puertas cortafuegos se mantenían abiertas, tanto en lo más alto como en lo más bajo de la caja de la escalera.

—Tenemos que subir —aseguró Douglas, lentamente—. El paso está cortado por abajo.

Ayudó a Albina a ascender el siguiente tramo. Ella se detuvo de pronto y le miró con recelo.

—¿Cuánto? —preguntó—. ¿Cuánto arriba?

—Hasta lo más alto del edificio.

—¡Está usted loco, hombre! —dijo Jesús, y escupió—. Eso son más de cuarenta pisos. No lo conseguiremos. ¡Mamá no podrá resistirlo!

—¿Tienes una idea mejor? —inquirió Douglas, con frialdad—. Se trata de subir, o de quedarse y morir asfixiados o quemados. Son las únicas posibilidades que tenemos. Lo tomas o lo dejas.

Se volvió entonces hacia Albina y le preguntó:

—¿Ha comprendido?

Ella asintió con rostro impasible.

—Albina ha comprendido —repuso.

Iniciaron de nuevo el ascenso. Detrás de él, Douglas alcanzó a oír a Jesús, que hacía ruidos como si estuviera vomitando. Un momento después, Douglas oyó arrastrarse los zapatos del joven sobre el hormigón de los peldaños. Iba a ser un largo ascenso, se dijo, y la escalera ya estaba invadida por un denso humo.

31

Eran las doce menos cuarto de la noche cuando Mario Infantino dobló en su coche por la calle Elm, a dos manzanas de la Casa de Cristal. Delante de él reinaba un verdadero caos. La calle era una maraña de vehículos, entre los que había coches de la policía, ambulancias, coches de bomberos y automóviles de simples curiosos en busca de emociones. Quantrell, con sus noticias de las nueve, debía haber llevado hasta allí a la mitad de la ciudad, a pesar del mal tiempo, se dijo con disgusto. Al final de la manzana, la riada de curiosos había sido detenida por las barreras de la policía, que la desvió hacia la derecha.

Infantino golpeteó impaciente con los dedos sobre el volante del coche, sintiéndose cada vez menos optimista conforme iba escuchando los boletines que el emisor receptor de radio iba dando. Ya le había resultado difícil llegar hasta allí, debido al tiempo reinante, y cuanto más se acercaba al siniestro más denso era el tráfico de curiosos. Su sirena le ayudó un poco al principio, pero ahora se hallaba atascado. El embotellamiento era ya excesivo como para que pudiese salir de allí. Justo delante de él, podía divisar la Casa de Cristal cerniéndose en el cielo, aunque sus contornos eran imprecisos debido a la nieve helada que caía.

Un humo espeso salía en torbellinos de los pisos diecisiete y dieciocho, y detrás de los vidrios de los ventanales alcanzaba a ver de vez en cuando un ramalazo de llamas anaranjadas. Aquello tenía

un aspecto tan poco favorable como lo que habían descrito por radio.

Un coche situado inmediatamente a su izquierda se detuvo de pronto; Infantino hizo girar el volante con rapidez y se situó en el hueco, pasando a continuación al carril de la dirección contraria, que estaba vacío. Luego avanzó con el motor rugiendo y dispersando a los curiosos que habían invadido la calzada. Según pudo apreciar, las aceras se hallaban tan atestadas de gente como la calle de automóviles. Tendría que ponerse en contacto con la policía, para que los hiciera retirar otra manzana, por lo menos. Eso ampliaría considerablemente el perímetro, y exigiría la presencia de más agentes. De todas formas, el peligro subsistiría. El viento iba aumentando de fuerza paulatinamente y los trozos de cristal roto de las ventanas del edificio volaban hasta allí y más lejos aún.

La policía le hizo señas de que avanzase hasta la próxima esquina, e Infantino siguió hasta detenerse detrás del coche oficial de Fuchs, en el extremo opuesto de la calle. El jefe de bomberos había llegado antes. Infantino se inclinó hacia atrás, sobre el asiento delantero, cogió el casco protector y salió del coche, abrochándose el cuello de su impermeable. La cellisca parecía morder la lona cubierta de neopreno de la prenda. La temperatura seguía descendiendo, y eso era una de las peores cosas que podían esperar. Cuanto más frío fuese el tiempo, mayor la diferencia entre la temperatura que había dentro del edificio y la que reinaba fuera de él, y más intenso sería el efecto de chimenea.

Era una situación que los bomberos temían, sobre todo en las edificaciones elevadas, y la Casa de Cristal se contaba entre las más altas de la ciudad. El único punto algo favorable era el fuerte viento que soplaba del norte. Si no recordaba mal la disposición general del rascacielos, ello contribuiría a mantener una de las escaleras relativamente libre de humo, aunque más valía que el cielo ayudase a los que pudieran estar atrapados en la otra.

En la calle había un laberinto de mangas que iban desde las bocas de incendio a los camiones bomba, y luego a las conexiones que se proyectaban desde los lados del edificio, y que eran extensiones de las tuberías de los pozos de las escaleras. Los camiones con escaleras altas y unidades de riego elevado resultaban inútiles en un incendio a semejante altura. Había que combatir el fuego desde el interior del edificio.

Los bomberos debían haber llevado ya los rollos de mangas de quince metros de largo y seis centímetros de diámetro para conectarlos con las tuberías verticales. Infantino vio sólo una compañía de salvamento y tomó nota mentalmente para llamar a otra. El agua descendería en cascada por los pozos de las escaleras abajo, así como por las cajas de los ascensores, e incluso se filtraría por los orificios practicados en la fachada. Tendrían que desalojar el vestíbulo inferior y dos o tres pisos por lo menos.

—Eh, Mario, alguien afirma por ahí que ésta es tu criatura; ¿es eso cierto? —dijo Tom Bylson, oficial jefe de comunicaciones, sacando la cabeza por una ventanilla del furgón de comunicaciones situado junto a la acera.

—Te han informado bien —contestó el aludido—. ¿Qué impresiones hay arriba?

—Un calor infernal, un humo muy denso y llamas en el piso diecisiete, que está abriéndose camino por el dieciocho. Y también ha descendido al dieciséis, debido a los líquidos inflamables que caen por la escalera.

Movió la cabeza negativamente y agregó:

—Va propagándose mucho más rápido de lo que cualquiera podía esperar.

—Haz una llamada a los jefes de batallones. Quiero informes personales dentro de quince minutos. Que la reunión sea en el vestíbulo.

—No me parece buena idea, jefe. La mayor parte de los inquilinos están reunidos en el vestíbulo.

—¿Hay ahí una sala de servicios de seguridad?

—En efecto.

—Que sea allí, entonces.

Bylson se retiró al interior del furgón, y se oyó un breve intercambio de conversaciones radiadas, a través del frío aire de la noche, antes de que cerrase la puerta del vehículo.

Infantino avanzó hacia la entrada del vestíbulo, saludando con un gesto a varios rostros familiares situados junto a la camioneta de la Cruz Roja, donde entregaban apresuradamente vasos de café a los bomberos y a un reducido grupo de inquilinos vestidos con pijamas y abrigos encima.

La confusión reinante en el vestíbulo inferior era aún peor que la que se apreciaba fuera, en la calle. Los inquilinos seguían llegando todavía por el ascensor residencial. Formaban pequeños grupos, esperando que alguien les dijera lo que debían hacer. Algunos llevaban con ellos maletas o paquetes con diversas pertenencias. Una pareja, incluso, tenía consigo un pequeño faldero sujeto a una correa. El perro, enardecido por el ruido y la confusión que había a su alrededor, ladraba y lanzaba mordiscos a cuantos se ponían a su alcance.

Infantino hizo una seña a un joven agente de policía que estaba cerca de él.

—Saque de aquí a ese perro —le dijo.

El policía advirtió su grado y asintió con la cabeza, mientras preguntaba:

—¿Qué quiere que haga con él, señor?

—Poco importa. Enciérrelo en el almacén del vestíbulo del subsuelo; no quiero que eche a correr por aquí, si llega a soltarse.

Un reducido grupo de inquilinos estaba junto al mostrador de reservas discutiendo con uno de los guardias de seguridad del edificio. Insistían en que debía permitírseles volver a sus respectivos apartamentos para recuperar las carteras y otros objetos de valor.

Infantino avanzó hacia el guardia y dijo con voz perentoria:

—Nadie debe volver arriba. Absolutamente nadie. Una vez abajo, que se queden aquí. Debemos tener libre acceso a los ascensores.

Ante las puertas de éstos, Infantino localizó al capitán Miller, de la Compañía 23.

—¿Hay alguna dificultad para subir? —le preguntó.

—No mucha —repuso el aludido, moviendo la cabeza—. Hay cerrojos automáticos en las puertas de las escaleras. Hicimos saltar uno, y luego conseguimos una llave de uno de los hombres de seguridad, para abrir las demás puertas.

Miller se hizo a un lado cuando un bombero pasó hacia el ascensor, llevando un rollo de manguera de quince metros sobre un hombro.

—Estamos subiendo toda la manga que podemos —le dijo el bombero—. El calor es muy fuerte. Ya hemos perdido una sección de mangas.

—¿Y los ascensores?

—Dos de los del sector comercial poseen un mecanismo de acción manual. Lo estamos haciendo llegar al piso dieciséis y luego ascenderemos por las escaleras. El dieciséis empezó a arder, pero lo apagamos rápidamente.

El mecanismo manual impediría el empleo de los ascensores por parte de los inquilinos que se hubieran quedado a trabajar hasta tarde, pensó Infantino. Si estaban por debajo del piso incendiado, podrían utilizar otros ascensores de la zona comercial para descender Si se hallaban por encima… En tal caso, que Dios les ayudase.

Infantino echó un vistazo por el vestíbulo, de nuevo. Una mujer joven con vestido de noche y abrigo de franela trataba de abrirse paso hacia el ascensor expreso del sector residencial. Varios bomberos y uno de los inquilinos, probablemente su marido, procuraban contenerla. Por experiencia, sabía de qué se trataba. Infantino buscó entre la multitud al oficial de policía y lo localizó al fin en la casilla del teléfono. Junto al puesto de cigarrillos. El oficial

colgaba el auricular en el momento en que Infantino se aproximaba a él.

—¿Es usted el policía de mayor graduación que hay aquí? —le preguntó.

—Así es. Hasta que venga otro superior. ¿Y usted?

—Soy el jefe de división Mario Infantino. Estoy al mando de todas las operaciones.

El otro pareció desconcertado y declaró:

—El jefe Fuchs está aquí. ¿No es él quien ejerce el mando?

—Lo ha delegado en mí. Puede confirmarlo con él, si lo desea. Mientras, es mejor que retire las barreras una manzana más atrás en todas las direcciones. Van a caer a la calle trozos de vidrio, cascotes y piezas de aluminio. ¿Sabe dónde se encuentra el jefe de seguridad del edificio?

—Está con algunos de los demás empleados del rascacielos en la sala de control. ¿Quiere verle?

—Me basta con saber dónde está. Ya le veré más tarde.

Luego señaló con la cabeza hacia la mujer, que se hallaba en un estado de histerismo y agregó:

—Necesitará más agentes para impedir escenas como ésta. Puede que se produzcan otras. Yo no puedo distraer a los bomberos para eso.

La mujer gritaba llena de angustia:

—¡Déjenme subir, déjenme subir! ¡Dios mío, él aún está arriba!

El capitán de la policía dijo con sorpresa:

—Creí que era su marido, el que se encuentra junto a ella.

—Probablemente lo sea —repuso Infantino—. Pero también es posible que la mujer haya perdido la cabeza por haber quedado arriba alguno de sus hijos. Cuando tienen tres o cuatro, con las prisas suelen contar mal o pierden su rastro. Al principio siempre creen que los tienen todos. Por lo común, los encontramos cuando ya es demasiado tarde, escondidos en algún armario o debajo de las mantas. Cuando entramos en una casa o un piso donde sabemos

que ha quedado rezagado un niño, es en esos sitios donde miramos primero. Resulta muy penoso cuando los encontramos ya tarde.

Recordó la dolorosa escena que presenció dos años antes, cuando con un hombre de su compañía encontraron a dos niños en el segundo piso de una casa ya derruida. Los pequeños se habían colocado almohadas encima de la cabeza y se arrastraron hasta colocarse debajo de la alfombra del dormitorio. Murieron a causa del humo, mucho antes de que el fuego llegase a la habitación.

Un ascensor del sector residencial, situado a la izquierda de Infantino, abrió ahora sus puertas y de él salieron más inquilinos y algunos bomberos. Algunos de los inquilinos tosían y jadeaban intensamente por haber aspirado humo. Uno de los bomberos, gritó:

—¡Traigan aquí un respirador!

Llevaba con él a otro bombero. Éste se hallaba en estado de inconsciencia, y de sus fosas nasales pendían densas mucosidades oscuras, que manchaban su chaquetón.

Infantino observó cómo trataban de aplicar el respirador al bombero accidentado, y dijo al oficial de policía:

—Haga desalojar este vestíbulo en cuanto pueda. Vamos a tener más casos de ésos.

Luego se alejó, pasando junto a dos hombres de la Cruz Roja, con cascos protectores azules, que hablaban con algunos inquilinos y tomaban notas.

Infantino encontró a uno de los guardias de seguridad del edificio; era muy joven y parecía estar bastante asustado. Le pidió que le llevase hasta la sala de control de seguridad. La estancia se encontraba llena a medias de gente. Infantino se dio a conocer al jefe de seguridad, y a su ayudante. Éstos eran Dan Garfunkel y Harry Jernigan. Ambos tenían aspecto de estar muy cansados. Garfunkel le presentó al jefe de conservación, llamado Donaldson, un hombre con aire de constante preocupación. El rostro y el traje de Garfunkel estaban manchados de humo. Infantino supuso que

había encabezado el grupo de empleados del edificio que trató de sofocar el fuego con extintores de mano, en los primeros momentos.

—¿Tiene usted una lista de las personas que quedan en el edificio? —le preguntó.

Garfunkel movió negativamente la cabeza, y repuso con gesto de cansancio:

—No hay manera de saberlo con precisión. Tal vez haya media docena de inquilinos en los locales comerciales. En cuanto a los del sector residencial… no es posible saber el número exacto.

—¿Hay bajas?

—Griff Edwards —dijo el jefe de seguridad—, el maquinista principal. Vino con nosotros cuando subimos, al principio de todo. Fue excesivo para él y ha sido trasladado al hospital. Los médicos creen que se trata de un ataque cardíaco. No tuve tiempo de confirmarlo.

—¿Dónde se halla el supervisor jefe?

—Está de vacaciones. Su ayudante se fue a su casa por la tarde, resfriado. Griff era el tercero en el escalafón.

Infantino miró a Donaldson y preguntó:

—¿Qué hay de su sistema de aire acondicionado? ¿Podemos utilizarlo para la extracción del humo del edificio?

Donaldson repuso, con aire de disgusto:

—Los ventiladores debieran haberse invertido automáticamente. Dos se atascaron, uno con el motor quemado, y el otro con los rodamientos trabados. En cuanto a los demás, están trabajando para extraer el humo.

El rostro se le enrojeció de ira, repentinamente, y exclamó:

—¡Les dije a aquellos mal nacidos que era una instalación barata e inferior, en cuanto la vi!

Infantino echó una mirada a las pantallas de televisión de control y dijo:

—¿Podemos dar a esto algún uso?

Garfunkel se encogió de hombros y repuso:

—No lo sé. Cubren el vestíbulo, el banco de la entrada, la Cooperativa de la National Curtainwall, los vestíbulos superiores y el restaurante. El de la Cooperativa está averiado. Se encuentra en el piso dieciocho. También tenemos detectores de rayos infrarrojos para localizar personas en las escaleras. Algunos están averiados, asimismo, pero poco antes de que uno de ellos se estropease, detectó la presencia de algunas personas en la escalera sur, por el piso diecisiete.

—¿Cuántos eran?

—Tres; tal vez más.

La escalera sur, pensó Infantino. La del norte estaría relativamente libre de humo; pero la del sur… Bien, buena suerte. El defectuoso sistema de aire acondicionado les libraría en parte del humo, pero sólo en parte.

Tres de los cuatro jefes de batallón de bomberos que estaban de servicio, se habían presentado allí. Infantino se volvió hacia ellos.

—¿Dónde está el capitán Verlaine? —preguntó.

—En el piso diecisiete. Está con las manos en la masa —dijo una voz.

Infantino miró hacia la puerta.

—Ah, me alegro de verle, jefe —manifestó.

Fuchs asintió con la cabeza y agregó:

—Señores, por si aún no lo saben, el jefe Infantino se halla a cargo de esta operación. Sé que le prestarán plena colaboración, como lo haré yo mismo. No abandonaré mi autoridad; estaré aquí en todo momento, pero el jefe Infantino ha realizado un estudio especial acerca de esta clase de siniestros y debo suponer que es el hombre más adecuado para tomar el mando absoluto. No ocultaré mis desacuerdos con él en el pasado, pero por el momento eso carece de importancia. Se trata de un grave incendio, uno de los peores que ha padecido hasta ahora la ciudad, y todos nos encontramos aquí por el mismo motivo, para acabar con él. Le toca a usted, Mario.

Fuchs se retiró hacia la parte posterior de la estancia, e Infantino se dirigió al capitán Miller, que acababa de asumir el mando de la Compañía 23.

—¿Tiene alguna idea acerca del origen del fuego y de las principales sustancias de que se nutre?

—Parece como si hubiera empezado en un cuarto almacén cercano al núcleo de servicios del piso diecisiete. En él había disolvente, líquidos limpiadores y además, en gran cantidad. Desde allí se extendió por el vestíbulo hasta una tienda de decoración, donde se encontraban rollos de tejidos y balas de espuma de poliuretano para el tapizado de asientos. Era bastante más de lo que produce un incendio corriente. La caída de cielorrasos falsos incrementó la intensidad del fuego. Se trata de un edificio nuevo, y por consiguiente atrajo a numerosos comerciantes adinerados, que hicieron instalar sus oficinas por decoradores profesionales. Y ya se sabe cuál es la regla en esos casos: cuanto más cara es la decoración, más inflamable suele ser. El sistema de alarma era deficiente, según parece, y permitió que el fuego adquiriese gran fuerza. No tenemos indicio alguno de que se haya recibido una llamada automática desde aquí, en nuestros cuarteles centrales.

—¿Situación actual, jefe Fleming?

—El piso diecisiete se halla totalmente destruido. Unos focos pequeños en el dieciséis fueron rápidamente extinguidos. En el dieciocho la situación es seria. Parece que el control se nos va de las manos. El humo ha producido grandes daños en los pisos diecinueve y superiores. No sabemos hasta dónde se extiende la zona afectada, pero sí estamos al corriente de que el humo ha llegado al sector superior, el residencial.

Fleming hizo una breve pausa y luego añadió:

—Van a producirse graves perjuicios a causa del agua en los pisos dieciocho y diecisiete, y los que se encuentran inmediatamente debajo.

Infantino asintió con la cabeza.

—He ordenado la presencia de una compañía más de salvamento —dijo—, así como de otra de rescate y otra de demolición. Jefe Castro, ¿situación de efectivos?

—Necesitamos más hombres. Estamos concentrando nuestros esfuerzos en el piso diecisiete, pero nadie puede permanecer allí durante más de diez o quince minutos seguidos. El calor irradiado quema enseguida los chaquetones y las mangas del agua. Ya hemos perdido una sección de éstas. El fuego se extiende por el dieciocho y no disponemos de hombres suficientes para contenerlo.

—Los tendrá. ¿Y en cuanto al equipo?

—Hasta ahora hemos usado el corriente, aunque en mayor cantidad. Las tuberías verticales externas están cargadas y trabajando. Las mangas de algunas de las escaleras han desaparecido, bien por acción de los gamberros o por efecto del fuego. Necesitaremos más respiradores y máscaras. Pero sobre todo, hombres, más hombres.

Infantino observó brevemente a Fuchs. En el rostro de éste no había expresión alguna de triunfo.

—¿Bajas?

—Cuatro hombres en el hospital, por aspirar humo. Podemos perder a uno de ellos, Murphy, de la Compañía 25. Otro hombre ha recibido un profundo corte. Un novato de la Compañía 33 de camiones trató de destrozar una ventana, para aliviar el fuego en el piso diecisiete. Perdió el pulgar y otros dos dedos.

Lo primero que había que aprender, se dijo Infantino, era la forma de empuñar debidamente un hacha.

—Está bien. El jefe Verlaine está a cargo del piso diecisiete. La próxima compañía de máquinas que llegue quedará bajo su mando. Castro, ocúpese del dieciocho. Se le proporcionará otra compañía en cuanto sea posible. Miller, encárguese de despejar el piso dieciséis. Fleming, póngase en contacto con Bylson que está en el furgón de comunicaciones, y pídale que establezca un sistema de comunicaciones doble en el vestíbulo, para realizar contactos

interiores. Eso le aliviará a él un poco la carga de comunicaciones que tiene. He pedido más ayuda a la policía para desalojar el vestíbulo, de forma que mejoren allí las condiciones de trabajo. Está bien, vuelvan a sus puestos. Me pondré en contacto con ustedes lo antes posible.

Los jefes se marcharon, quedando en la estancia los hombres de seguridad del edificio, así como Donaldson y el capitán Fuchs. Garfunkel se estaba limpiando la suciedad del rostro con un pañuelo. Miró a Infantino y dijo:

—Aún queda otro problema.

—¿Cuál es?

—Hay una gasolinera en el sótano.

Infantino se quedó mirándole e inquirió:

—¿Qué capacidad tiene?

—Dos tanques de tres mil ochocientos litros. Los llenaron a principios de la semana.

—Esos permisos pasan por mi escritorio. La Casa de Cristal nunca solicitó uno de ellos.

Garfunkel estaba sudando.

—Harriman, el superintendente —afirmó—, iba a solicitarlo. Recuerdo que le oí hablar de eso cierto día.

—De modo que ustedes, entonces, instalaron la gasolinera antes de que se les concediera el permiso, ¿verdad? ¿Quién les suministra el combustible, la compañía City Gas and Oil? Llámeles ahora y pida al encargado de guardia que manden un camión cisterna para que empiecen inmediatamente a bombear.

—¿Está seguro de que es necesario? —preguntó Fuchs—. Probablemente habremos extinguido el fuego antes de que se haya bombeado toda la gasolina.

—Tal vez quiera asegurarme demasiado —manifestó Infantino, lentamente—. Pero así es, quiero asegurarme. ¿De acuerdo?

—Usted manda.

—Podríamos verterlo en las alcantarillas —sugirió Garfunkel.

—De ningún modo —contestó rápidamente Infantino—. La gasolina flota en el agua. Además, llenaríamos todo el sistema de alcantarillado de vapores, y una chispa o una descarga eléctrica podría tener muy graves consecuencias.

Infantino se puso en pie para marcharse, pero Garfunkel añadió:

—¿Qué se hace de la gente que está en el restaurante, en lo alto del rascacielos?

—¿Cuántos son?

—Unas ciento treinta personas.

—No les pasará nada mientras no cunda el pánico entre ellos, y no hay motivo para que tengan miedo. El fuego está cuarenta pisos más abajo de donde se encuentran.

—El señor Leroux y el señor Barton se hallan allí con sus respectivas esposas.

—¿Craig Barton? —preguntó Infantino.

En esos momentos, se dijo, tanto Barton como Leroux resultarían de enorme valor, pues nadie podía conocer mejor el edificio que su arquitecto y que Leroux, que también había supervisado la construcción.

—Bien, llámelos por el teléfono interno y dígales que bajen inmediatamente, pues podemos necesitarles —agregó Infantino, y tras un momento de vacilación añadió—: Dígales que tomen el ascensor panorámico.

Que tomaran otro ascensor, razonó para sus adentros con desánimo, podía ser condenarlos al sacrificio.

—Sí, señor —dijo Garfunkel, y se alejó.

Jernigan y Donaldson le siguieron casi al momento.

Cuando estuvieron solos, Fuchs miró a Infantino en silencio y luego declaró:

—No me lo ha preguntado, pero a mi entender usted lo está haciendo bien, hasta ahora.

—¿No desea que pegue un resbalón?

Un leve músculo se contrajo en la frente de Fuchs, pero su rostro se mantuvo impasible.

—Eso no estaría bien, Infantino. Si se equivoca, morirá mucha gente. No desearía eso aunque mi peor enemigo estuviese al mando de la operación.

—Tiene razón. Eso no estaría bien.

Fuchs sonrió amargamente, cuando se volvía para marcharse.

—Algún día le hablaré de un pequeño desliz que yo también tuve —dijo.

Infantino se disponía a seguirle cuando llegó uno de los hombres de Bylson, el jefe de comunicaciones. El hombre dijo llamarse Bill Philtron, y traía con él un emisor receptor múltiple y portátil, una versión más pesada de las unidades de cristal simple utilizada por las dotaciones de bomberos. Infantino comprobó el aparato rápidamente y luego se trasladó al vestíbulo seguido de Philtron.

La sala se hallaba tan atestada y carente de orden como antes, por lo que los bomberos tenían que abrirse paso con dificultad, entre una nube de excitados inquilinos, para llegar hasta los ascensores. ¿Dónde demonios estaría el capitán de la policía?, se dijo Infantino. ¿Por qué no habían despejado el vestíbulo? Un joven bombero pasó apresuradamente junto a él, con la máscara respiradora balanceándose en torno a su cuello. Infantino lo reconoció y aferrándole por un brazo, le preguntó:

—¿Cómo van las cosas allá arriba, Lencho?

—Muy mal —repuso David Lencho, cuyo rostro, sucio por el humo, presentaba una raya roja provocada por la presión de la máscara—. El fuego se está abriendo paso por todo el piso dieciocho.

Infantino cogió el auricular del emisor receptor de Philtron y llamó a Verlaine.

—Aquí Infantino; voy hacia ahí.

La voz de Verlaine resonó cansada y hueca por el aparato.

—Es su funeral —dijo.

Infantino devolvió el aparato a Philtron y le explicó a continuación:

—Es usted mi estación de enlace mientras estoy arriba. Siga en la frecuencia de Verlaine.

Se volvió hacia los ascensores cuando las puertas de uno de ellos comenzaron a abrirse. Un bombero salió del mismo llevando un chiquillo de unos cuatro años, con los ojos enrojecidos. El niño, entre llantos y toses, miraba espantado a su alrededor, por el vestíbulo. De pronto se libró de la mano del bombero y corrió sollozando hacia la mujer en la que Infantino había reparado antes. Ésta lo alzó en sus brazos y un momento después se reunía con ella su marido. La tensión que atenazaba el estómago de Infantino se alivió notablemente.

Tomó el ascensor con otros dos bomberos. Un momento después se encontraba en el piso dieciséis. Un chorro de agua se filtraba por el techo del corredor; el cielorraso estaba resquebrajado en varias partes. Las botas de Infantino emitieron un chasquido al pisar sobre las alfombras empapadas. El ascensor se abría en el interior de unas oficinas que ocupaban toda la planta. Allí, la compañía de salvamento había extendido unas fundas de lona en la mayoría de los despachos, pero buena parte del techo y del alfombrado, en especial lo que estaba en el sector de recepción, cerca de los ascensores, estaba totalmente perdido. Muchas de esas alfombras y un sector del techo se hallaban carbonizados. Infantino comprendió que algo del disolvente inflamado había caído por el hueco del ascensor desde el piso superior. Sin duda requirió buen trabajo extinguir aquellos focos.

Grandes manchas de agua se iban extendiendo por el yeso de los tabiques. En un punto determinado, el lujoso recubrimiento de madera de las paredes se había pandeado, separándose de la pared. Lo mismo debía de estar ocurriendo, aunque en menor escala, en los pisos inferiores. Las compañías de seguros iban a recibir un rudo golpe cuando todo aquello hubiera concluido, pensó Infantino.

Varios bomberos se encontraban en el rellano de la escalera. Uno de ellos se apoyaba débilmente en la barandilla, mientras tosía y expulsaba una flama negra. Otro le ayudó luego a atravesar la puerta.

—Tiene los pulmones afectados, jefe —dijo uno de los bomberos a Infantino—. El respirador falló.

Aquello no era corriente. Se adiestraba a todo bombero para que pudiera limpiar, montar y desmontar el respirador hasta en la oscuridad; pero con el viejo equipo las válvulas se atascaban a veces.

—Que lo lleven abajo enseguida.

El rellano del piso diecisiete estaba resbaladizo a causa del agua, y el aire se hallaba velado por el humo. Varios bomberos se habían retirado al hueco de la escalera, con el rostro ennegrecido y tosiendo, en tanto que otro equipo de relevo iba a ocupar sus puestos. Alguien dio un golpecito a Infantino en un hombro y le entregó un respirador.

—No puede ir por ahí sin un Scott, jefe —le dijo el bombero, y ayudó a Infantino a colocarse el cilindro y a ajustar la válvula.

El corredor principal era una maraña de mangueras, algunas de las cuales se alejaban por corredores y otros pasillos laterales. El humo se hacía cada vez más denso conforme Infantino avanzaba. También aumentaba la oscuridad. Ahora alcanzaba a percibir el calor, y de vez en cuando veía un reflejo de llamas a pocos metros de él. Se agachó al lado de tres bomberos, de los cuales el que iba en cabeza dirigía el chorro de alta presión hacia las llamas que surgían al frente. El agua, sobre los baldosines, tenía un espesor de un par de centímetros, y estaba caliente. Otro equipo de bomberos con mangas se encontraba algunos metros más hacia delante. Infantino avanzó chapoteando hacia ellos. La corriente de la cercana manguera empapaba al grupo delantero con una espuma que descendía por sus manchados chaquetones hasta llegar al suelo.

Infantino sintió que le cogían por un brazo y se volvió. Reconoció a Lencho, a pesar de la máscara que éste llevaba.

Lencho se inclinó hacia él, hasta que la placa de su máscara respiradora casi tocó la oreja de Infantino.

—Mal asunto —gritó—. Hemos enviado ya dos grupos abajo. Hay muchas sustancias inflamables, así como objetos ligeros de plástico y cosas similares. Y siguen cayendo encima de nosotros trozos de falso techo. Es un verdadero infierno.

—¿Quién manda ese grupo de delante?

—Mark Fuchs, y es el que lleva la cabeza de la manga.

El hijo del jefe, pensó Infantino, estaba recibiendo su bautismo de fuego. Manejar la cabeza de una manguera de alta presión era una tarea de hombre. Si se perdía el control, la pesada cabeza de latón podía revolverse como un látigo y destrozar a los que estaban cerca. El hombre que manejaba la manga también era el más expuesto al calor. Infantino los había visto volver, después de quince minutos ante las llamas, con el rostro enrojecido y el dorso de las manos lleno de ampollas, a pesar de los guantes. Si el calor era muy intenso y los pantalones protectores estaban tirantes por las rodillas, la piel que había debajo también quedaba afectada.

—Hay una enorme carga combustible —añadió Lencho, a voces —. Escritorios, archivos, sillones y divanes con relleno de plástico, y el recubrimiento de las paredes. Todo arde como si estuviera regado con gasolina.

Infantino asintió y comenzó a retroceder por el pasillo. Al llegar a un cruce con un corredor lleno de humo denso y aceitoso, escuchó una voz que gritaba llena de pánico:

—¡Al suelo! ¡Al suelo!

Un fogonazo de calor, pensó Infantino. La diferencia de temperatura entre el techo y el suelo podía llegar a algún centenar de grados, y entonces el calor se expandía repentinamente en forma de ondas. El primer hombre que se daba cuenta de ello gritaba: «¡al suelo!», para advertir a los que iban detrás. En ese momento el jefe

escuchó una explosión ahogada. En el extremo opuesto del pasillo brilló un relámpago anaranjado. Un humo espeso rodeó de pronto a Infantino. Éste corrió hacia la escalera y aferró el emisor receptor que tenía uno de los bomberos allí presentes.

—¡Philtron, se ha producido una explosión de humo en el piso diecisiete! —exclamó—. Haga que venga una compañía de salvamento inmediatamente.

Hubo un brote de actividad en el pasillo. Dos hombres aparecieron por una puerta, arrastrando a un tercero. Le quitaron la máscara y la dejaron caer al suelo. La máscara estaba llena de vómitos, y su rostro aparecía cubierto de vesículas. El hombre tosía de tal modo que parecía que iba a expulsar los pulmones.

—¡Recalentamiento pulmonar! —gritó uno de los bomberos.

El otro había respirado aire recalentado o incluso inflamado. Debía tener quemado literalmente uno de los pulmones, o tal vez los dos. Infantino pulsó de nuevo su emisor.

—Aquí Infantino. Que tengan preparada una ambulancia. Va a descender una baja. Notifique al hospital que se trata de un caso de recalentamiento pulmonar.

Dos bomberos arrastraron a su compañero hacia el pozo de las escaleras.

—Es un asado que va a durar toda la noche, Mario —oyó Infantino que le decía Verlaine, el cual acababa de aparecer en el rellano, con la máscara suelta y jadeando intensamente.

Tenía el rostro congestionado por el calor; al cabo de un momento añadió:

—La temperatura del techo debe alcanzar los ciento sesenta o doscientos grados. Arrastramos lentamente las mangas por el suelo.

Más hombres llegaban tambaleándose al rellano, algunos vomitando y resollando con fuerza.

—Cuídate, Hal —dijo Infantino, y dando la vuelta comenzó a descender las escaleras, volviéndose a veces de lado para dejar que subiera otra compañía. Bajó en el mismo ascensor en que llevaban

inconsciente al bombero de los pulmones dañados. Observó el débil movimiento de su pecho, y pensó que aquel hombre iba a morir. Era probable que no pasara de aquella noche. Durante un instante fugaz deseó de todo corazón que los que se habían levantado en el último Consejo Ciudadano para protestar contra el aumento en el presupuesto del Departamento de Incendios, hubieran podido estar allí en ese momento. ¿Por qué estos hombres desempeñaban esa dura tarea?, se preguntó sombríamente. ¿Por qué lo hacía él mismo? No era por el dinero, sin duda.

Atravesó el vestíbulo y salió luego a la plaza embaldosada, en dirección al furgón de comunicaciones. La puerta se hallaba parcialmente abierta, e Infantino pudo escuchar las conversaciones de la policía y del Departamento de Incendios, en el frío aire nocturno. El jefe Fuchs estaba de pie junto a la puerta entreabierta, mirando hacia el edificio, sin duda perdido en sus propios pensamientos.

—No marcha bien el asunto —dijo Infantino, con tono sombrío.

—Ya lo esperaba yo. Pero aún es demasiado pronto. Si podemos evitar que el fuego se extienda, más tarde o más temprano, empezará a extinguirse por falta de combustible.

—Tenemos que hacer eso, por lo menos.

—Está más alto de lo normal, pero ya hemos dominado incendios como ése anteriormente.

—Yo nunca he visto un incendio parecido —aseguró Infantino—. Y creo que usted tampoco.

Fuchs le miró fijamente y repuso:

—Está bien, Mario, ¿qué quiere usted? No ha venido hasta aquí para disfrutar del tiempo, evidentemente.

—Deseo pedir algunas cargas de plástico para volar el suelo y combatir el fuego desde abajo.

—Olvídese de eso —le contestó Fuchs, tajante—. En la Central de Suministros no tienen lo que pide.

—En el Departamento de Southport sí lo tienen, y podemos pedírselo prestado.

—Infantino… —dijo Fuchs, e hizo una pausa como para buscar las palabras adecuadas.

La nieve que le cubría las cejas hacía que pareciese un flaco y ajado Papá Noel, pensó para sus adentros Infantino. Fuchs agregó enseguida:

—Ha tenido usted plena libertad en esta operación; pero no puede hacer eso. No va usted a hacer estallar ningún explosivo en este edificio. Si desea practicar un agujero en el piso, dispone para ello de la compañía de demolición.

—Eso llevaría mucho tiempo, y disponemos de muy poco.

—Por el contrario, tenemos toda la noche. Seguiremos usando los métodos convencionales, pues los otros resultan demasiado peligrosos. No veo por qué no vamos a poder dominar este incendio, con tales procedimientos.

Infantino notó que comenzaba a dominarle un sentimiento de frustración.

—¿Sabe usted cómo son las cargas de plástico? ¿Cómo trabajan?

—Tengo ciertos conocimientos —repuso Fuchs—, y estoy al corriente del peligro que supone usar explosivos en un edificio del que no sabemos casi nada. Es un riesgo desde el punto de vista legal, y también en lo estructural. Si me demuestra que es usted un ingeniero de la construcción, entonces tal vez le escuche. De otro modo, le contesto con una negativa. La explosión podría debilitar toda la estructura, al punto de que el rascacielos debiera ser demolido después del incendio.

—No tiene usted razón. Yo he manejado muchos explosivos en el ejército —insistió Infantino—, y sé muy bien cuáles son sus efectos.

Fuchs miró hacia arriba, a uno de los costados del edificio, ignorando a Infantino, y repuso:

—He dicho que no, amigo.

Infantino siguió la mirada de su superior, hasta que vio un minúsculo puntito de luz que reptaba hacia abajo por la cara sur del rascacielos. Era el ascensor panorámico, en el que probablemente viajaban Barton y Leroux. Tal vez ellos pudieran aportar informes que reforzasen su punto de vista.

Se oyó un grito ahogado de algunos de los bomberos que estaban en la plaza. Muy arriba, Infantino había escuchado un estallido seco. Se trataba de uno de los grandes ventanales de cristal del piso dieciocho, que se fragmentó de improviso. Divisó algo grande y plano que caía sobre la plaza, y un momento después varios trozos de vidrio estallaban sobre los baldosines. A continuación oyó otro rumor, esta vez un chasquido. El borde de neopreno que soportaba el cristal vecino al anterior se había ablandado, y la lámina, empujada hacia fuera por el calor y la presión interna del edificio había saltado de su marco. El vidrio cortó el cielo frío de la noche como un ala amenazadora.

—¡Saquen a esos hombres de la plaza! —gritó Infantino.

Otros ventanales empezaron a saltar, y planearon sobre la plaza. Una de las piezas cortó limpiamente el techo de un coche de la policía, y otra dio de lado contra el sostén de cerámica de un pinabete pequeño y se hizo trizas. Los fragmentos de vidrio se esparcieron y llegaron rebotando hasta el furgón de comunicaciones. Fuchs e Infantino se agacharon, pero no a tiempo. Infantino sintió una punzada en la mejilla. Se frotó el rostro con una mano y la retiró manchada de sangre…

Infantino se volvió a mirar hacia la calle. A cosa de una manzana de distancia, una joven y su amigo observaban el incendio apoyados en su coche. Él le rodeaba la cintura con un brazo, y ella se le arrimó más en busca de calor. Al escuchar los estallidos secos, la joven se estremeció y preguntó:

—¿Qué ha sido eso, Rick?

—Son las ventanas —dijo su amigo, al cabo de un momento—. Están saltando de su marco y caen a la plaza.

—Me alegro de no estar allí —manifestó ella, inquieta.

Un relámpago pareció hender el pavimento y se oyó un estallido de vidrio delante de ellos. Fragmentos agudos como puñales saltaron hacia sus piernas. Detrás, alguno de los neumáticos empezó a perder el aire. La muchacha lanzó un grito:

—¡Rick!

Éste guardaba silencio; el brazo con que le había rodeado la cintura, pendía inerte a un costado.

Ella miró hacia la acera un momento, y luego comenzó a chillar.

32

Lo mejor que tenía Consolidated Distributors, pensó Krost cuando subió a las oficinas de esta compañía, era que allí uno podía elegir lo que quisiera. Y todo buen bebedor conocía el placer de una elección acertada.

Krost se echó hacia atrás en el sillón, y con ojos llorosos, observó las diez botellas que se alineaban delante de él sobre el escritorio. Había tenido la intención de llevarse tan sólo una botella de *brandy* barato. Nunca lo echarían de menos, pues sin duda no llevaban ningún control sobre las muestras de la oficina. Pero había llegado una nueva partida de bebidas, entre las que se contaban cierto número de marcas que Krost no conocía. Como era lógico, la situación requería una decisión algo más delicada.

Sacudió la cabeza en un vano intento de aclararla, pero no le sirvió de mucho. Estaba borracho, se dijo. Demasiado borracho. Daisy no le dejaría entrar en casa, y Donaldson le despediría. Por un momento se sintió lloroso y acongojado. El mundo era muy cruel con Michael Krost.

Pasó el mal momento y echó una nueva mirada a la hilera de botellas, gozando por anticipado de un renovado placer. Ahora se sentía complacido consigo mismo. Tendió la mano hacia el vaso preguntándose qué tomaría ahora… Allí había *whisky* irlandés, una extraña marca con un intrigante licor de tono ambarino, un *whisky* de Kentucky en una botella cuya forma recordaba una cabaña de

troncos, y un *whisky* escocés, de ocho años e importado, que debía valer una fortuna en cualquier tienda de licores.

Bien, ¿por qué no el irlandés? Inclinó la botella sobre el vaso y se dio cuenta con desencanto de que éste se llenaba en una ínfima parte, porque llevaba bebiendo toda la velada y la botella estaba vacía. Bueno, no pondría de nuevo en el armarito los envases vacíos. «¡A tu salud, señor Krost!», tarareó, y tomó luego un par de tragos. ¡Si le viese en aquel momento el viejo y pelado de Donaldson!, se dijo.

Enseguida se llevó las manos al rostro. Evocar la imagen de Donaldson apareciendo encima de él en ese instante, le estropeaba la noche. Tendría que volver al trabajo. No le hacía gracia la idea, pero es que Donaldson muy bien podía estarle buscando. Echó una mirada a su reloj de pulsera y silbó para sus adentros. Sí, Donaldson le estaría buscando… Bah, de todas formas, si le llamaba, bien podía darle una excusa. Sin embargo, no se atrevía a enfrentarse con él cara a cara.

De pronto, sintió deseos de llorar. La idea de verse ante Donaldson no le agradaba en absoluto. El condenado escocés se daría cuenta de lo que había estado haciendo, dijera lo que dijese.

Su talante volvió a cambiar. Porque hablando de escoceses, lo cierto era que ni siquiera había abierto la botella de *whisky* escocés. ¿O sí lo había hecho? Ah, sí, pero sólo tomó un poco. Al menos, aquella bebida merecía tanta atención como el *whisky* irlandés. La botella se hallaba en la mesa, lejos del alcance de su mano, y Krost se puso en pie para cogerla; pero enseguida volvió a caer sobre el asiento. Aquello había sido una equivocación. Toda la estancia daba vueltas a su alrededor. Tendría que acercarla poco a poco.

Al fin sus dedos se cerraron en torno al cuello de la botella, y la aferró triunfalmente. Entonces se dispuso a servirse otro trago. Las manos le temblaban tanto que parte del licor se esparció sobre la superficie del escritorio. Debía conseguir un trapo, pensó, echando una mirada en torno suyo, por el cuarto. Las decoraciones de

Navidad estaban ya montadas, y eso le alegró el espíritu. Es el mejor momento del año, se dijo. El único momento en que él y Daisy declaraban una tregua en sus constantes rencillas. Sí, era la mejor época, pensó con los ojos llorosos. El suelo cubierto de nieve, el aire fresco y puro. Todo el mundo se sentía feliz, y, además, había media docena de nietecillos a los que hacer regalos. Y por la radio cantaban villancicos, y el Ejército de Salvación tocaba sus campanillas, y doblaban las campanas de las iglesias… No como aquellas condenadas sirenas que llevaba escuchando toda la noche.

En ese momento se oían más sirenas. Éstas no le gustaban; ni siquiera le gustaba pensar en ellas. Le recordaban algo que había estado tratando de olvidar, algo que le disgustaba. Sirenas y un rumor de gente gritando muy abajo, y ruidos como de algo que se rompiese o estallase, lo mismo que los petardos del 4 de julio, pero más fuerte…

Lanzó un suspiro. Sería mejor que echase una mirada, aunque tenía la impresión de que eso significaría tener que volver al trabajo, ir corriendo en busca de Donaldson; y si había algo que no quisiera hacer entonces, justamente, era ver al escocés. Se puso en pie, aferrándose al borde del escritorio para sostenerse, y a continuación se acercó a un ventanal y miró hacia afuera.

El humo salía por las ventanas, varios pisos más abajo. La calle se hallaba atestada de camiones de los bomberos y de coches de policía. Sus manos se cerraron sobre el vano. Sintió que recuperaba la sobriedad durante unos segundos. Volvieron de pronto los recuerdos como una riada. Se acordó del incidente que había preferido mantener olvidado… El incendio en el edificio Melton hacía ya tiempo. Trataron de hacer que cargara con aquello, pero Leroux se había interpuesto y le salvó el pellejo. No sabía muy bien por qué, pero lo hizo.

Forzó la vista para mirar por entre el humo y la nieve que caía. Divisó las ambulancias abajo y contuvo el aliento. Había heridos. Comenzó a recordar y el pánico se fue adueñando de él.

Se alejó de la ventana y avanzó tambaleándose hasta la puerta de la oficina. Tenía que salir de allí, y con toda rapidez. Se encaminó hacia la caja de los ascensores, apoyándose de vez en cuando en la pared del pasillo para mantener el equilibrio. El olor a quemado aumentaba, y con él los recuerdos que trataba de acallar durante un año y medio afloraban en su mente. Condenación, ¿dónde estaba el ascensor? Pulsó desesperadamente el botón; sudaba con profusión, y procuró no pensar en aquello. Por fin llegó un ascensor, y Krost casi se desplomó dentro de la cabina. Oprimió el botón del vestíbulo, y luego se apretó contra el delgado tabique, sollozando.

Ahora estaba casi sobrio, de nuevo. Las imágenes evocadas se sucedían sin cesar. El edificio Melton, incendiado, aparecía con toda claridad en su mente, lo mismo que si el hecho hubiese ocurrido el día anterior. Se encontraba descansando en su despacho, mitad almacén y mitad oficina, con los pies sobre el escritorio, y arrojando con aire ausente las cenizas del cigarrillo sobre el suelo. El almacén estaba sucio —ya se lo había dicho Donaldson—, y un chorro aceitoso se encendió con una chispa del cigarrillo. Todo ocurrió con rapidez, después de eso. Casi todo el mundo logró salir del piso, pero una secretaria y su hija pequeña, que con frecuencia la visitaba en la oficina, quedaron atrapadas. La madre se salvó, pero no sucedió lo mismo con la niña. Krost se había dado a la bebida bastante más, después de aquel suceso.

Krost se echó hacia atrás, observando el número de los pisos, que se encendían en el indicador. Inconscientemente advirtió que el aire se iba haciendo más caliente, y que la marcha del ascensor se hacía más lenta. Diecinueve, dieciocho, ¿qué demonios ocurría? Oprimió el botón del vestíbulo inferior. Sin embargo, el ascensor se estaba deteniendo en el piso diecisiete. La cabina se detuvo y las puertas se abrieron con suavidad.

Krost vio entonces el infierno.

Más allá de las puertas del ascensor surgió un horno de llamas que llenaban el pasillo, entremezcladas con vetas de negro humo

aceitoso. Miró horrorizado durante un segundo y luego pulsó frenéticamente el botón de cerrar. En el mismo momento, las llamas entraron rugiendo en la cabina. La oleada de calor cayó encima de él cuando empezaba una aspiración. El aire llegó a sus pulmones tan caliente como el plomo fundido. De pronto, pareció como si sus sensaciones disminuyeran.

Las puertas del ascensor oscilaron hacia atrás, y luego hacia delante. El humo pasó más allá de la célula fotoeléctrica, que mantenía las puertas abiertas. Krost trató de gritar, pero ya no había aire en las bolsas resecas que fueron sus pulmones. Sintió que la piel de sus mejillas y de su nariz estaba ardiendo, y que sus párpados y sus labios se hinchaban. Una mucosidad densa fluyó de sus fosas nasales.

Aún pudo apretar, una vez más, casi maquinalmente, los botones del cuadro de mando, y luego se manoteó los enceguecidos ojos con las manos inflamadas, en tanto que su cabello y sus cejas comenzaban a arder. Krost giró, quedando de espaldas a la hecatombe, y se desplomó sobre el suelo del ascensor, arrollado en una bola agonizante. La parte trasera de su camisa y de sus pantalones se chamuscó y luego se ennegreció, pero Krost ya no sentía el calor ni el dolor de las quemaduras.

Su último pensamiento fue para recordar que el nombre de la niña era Bonnie, y que le había tenido mucho afecto.

33

Lex Hughes abrió el último cajón de dinero efectivo y deliberadamente hizo caso omiso de los billetes pequeños, para concentrar su atención en los de veinte dólares. El maletín que había en el estante, debajo de los cajones, ya rebosaba de billetes de banco. Había perdido la cuenta de lo que había metido en él, en su prisa por llevarse lo mejor de los cajones, pero calculaba que serían al menos treinta mil dólares en billetes de veinte y de cincuenta.

Dudó si debía tomar los de diez dólares, y cogió un fajo de éstos, pero advirtió que el maletín no podría cerrarse, tal como ya se encontraba. Por fin, cogió los billetes y el maletín y los llevó al despacho externo. Se puso el abrigo e introdujo el fajo de billetes de diez en uno de los bolsillos interiores de la prenda. A continuación se detuvo un momento, indeciso. Había valores negociables en la cámara, pero les podían seguir la pista. Bueno, treinta mil dólares no era una fortuna, pero con ellos podía desaparecer e iniciar una nueva vida. Podría adquirir un negocio pequeño, y mediante una administración prudente le sería posible pasar el resto de sus días, viviendo con una razonable comodidad.

Dejó el maletín sobre la mesa y regresó a la cámara.

Hizo girar lentamente la puerta, la cerró, y tras accionar los cierres automáticos, retrocedió. Entonces se dijo que podía haberla dejado abierta. Si el fuego penetraba hasta allí, destruiría todas las pruebas de su robo. Bien, ya era muy tarde para pensar en aquello,

que carecía de interés. Una vez fuera del edificio, al llegar la mañana se encontraría muy lejos de aquel lugar.

Se abrochó el abrigo y cogió el maletín por el asa. Pesaba mucho, se dijo; pero era una carga agradable. Avanzó rápidamente por entre las filas de escritorios. Al llegar a la puerta del pasillo se detuvo husmeando el aire. Aun con la puerta cerrada, pudo notar el olor resinoso y denso del humo que se filtraba por la rendija inferior. Alarmado, echó un vistazo a su reloj. Había perdido veinte preciosos minutos en la cámara. El fuego tal vez se hubiera extendido con demasiada rapidez.

Aspiró con fuerza, se animó interiormente, y abrió la puerta. El pasillo se encontraba lleno de humo. Tosió y sus ojos comenzaron a lagrimear. Temeroso, se preguntó si habría tardado demasiado. No, el humo no era excesivamente denso. Podría contener la respiración y llegar hasta los ascensores. Entonces vio algunas siluetas que se movían entre el humo y comprendió que se había entretenido mucho tiempo. Los bomberos ya habían llegado hasta allí.

Despacio entornó la puerta, dejando abierta una rendija. Llegaban voces de la caja de la escalera; advirtió que la puerta de ésta se hallaba abierta. A través de ella, otras tres figuras arrastraban una gruesa manga que chorreaba agua. Llegaron hasta el pozo de los ascensores y se arrodillaron. Uno de los que iba en cabeza abrió la boquilla de la manguera y un grueso chorro de agua salió con tremenda fuerza. Los bomberos dirigían el agua contra el extremo más alejado del vestíbulo.

Hughes vaciló, y luego abrió la puerta de nuevo. Ahora podía echar un vistazo, y esperaba que no le viesen. El extremo opuesto del vestíbulo se encontraba para entonces envuelto en llamas.

Volvió a retroceder detrás de la puerta, y el temor oprimió su pecho. Le abrumaba un sentimiento de culpabilidad. Había esperado demasiado. No tenía posibilidad de llegar hasta los ascensores sin ser visto, y podía descender por las escaleras, pero no con un maletín lleno de dinero. Todo dependía de la confusión que reinase

en el vestíbulo. Pero era muy arriesgado, pues alguien podía sospechar.

Lentamente volvió a cerrar la puerta, sintiendo un terrible desencanto. Su gran robo había terminado antes de empezar. Dio la vuelta y regresó por entre los escritorios. No tenía otra solución que devolver el dinero y salir con las manos vacías. Las autoridades podían sentirse intrigadas al verle salir al cabo de tanto tiempo y con aquel pesado maletín. Por ello iba a dejar el dinero allí. Se detuvo ante la puerta de la cámara, sintiéndose repentinamente angustiado.

Había echado los cierres, según recordó. De haber sido una cerradura ordinaria, podía haber abierto la combinación y colocado luego los billetes en su sitio. Pero se trataba de una cerradura de tiempo, y la había dispuesto para que volviera a abrirse a las ocho de la mañana del lunes siguiente.

No podía hacer demasiado, pensó, dejándose caer en un sillón, con aire resignado. De pronto, las luces comenzaron a oscilar, y enseguida se apagaron, dejándolo a oscuras. El fuego debía haber interrumpido la corriente, se dijo. Bien, se quedaría allí sentado hasta que le encontrasen, a él y a su acusador maletín. El fuego no le amenazaría ahora, puesto que los bomberos se encontraban en el piso.

Se puso a toser y comprendió que si el humo se volvía demasiado denso, tendría que salir de allí dejando el maletín tras él. Habría salvado la vida, pero tendría que huir de la justicia. Eran muchos los que sabían que él y Carolyn se habían quedado trabajando hasta tarde. Ella contaría a la policía que él fue el último en quedarse, y con la cámara de valores abierta. Por otra parte, la misma cámara de televisión había registrado aquello, que tuvo que ser visto por los encargados de seguridad.

Existía una sola posibilidad, pensó de pronto. La mayor parte de los incendios no duraban demasiado. Cuando los bomberos se hubiesen marchado, el vestíbulo de la planta estaría vacío, y podría escapar. Aún seguía siendo arriesgado, pero era una posibilidad.

Luego descendería por las escaleras hasta el vestíbulo inferior, o hasta el garaje, y se alejaría del edificio.

Se sentó más cómodamente en el sillón y aguardó con creciente esperanza, sin hacer caso del Ojo que estaba encima de él y que ya no veía nada.

34

Barton se abrió paso por entre los inquilinos, que se aglomeraban en el vestíbulo inferior. Los bomberos se esforzaban por llegar hasta las puertas de los ascensores, mientras algunos policías procuraban vanamente introducir algún orden en aquella confusión.

El vestíbulo había cambiado drásticamente desde que lo viera pocas horas antes. Diversas lonas de protección, extendidas sobre el suelo de mármol, estaban llenas de suciedad y de hollín. En el ahora helado aire del vestíbulo predominaba un olor acre a quemado. En la pared opuesta, junto a las puertas del banco, el equipo de una ambulancia se inclinaba sobre una camilla, y cubría con una manta del ejército la figura que aparecía tendida. Barton miró un momento, hasta que al fin comprendió lo que aquello significaba. No pudo precisar si se trataba de un inquilino o de un bombero.

Pocos metros más allá, dos padres jóvenes abrazaban a un niño que estaba llorando, mientras que algo delante, una mujer gemía histéricamente sin que le hicieran caso los que estaban a su alrededor. Sólo los chasquidos y las voces de un intercomunicador de radio se dejaban oír por encima de la charla excitada de la gente.

Barton miró entre la muchedumbre y al fin localizó a varios bomberos situados junto a un aparato emisor receptor que habían instalado en el puesto de cigarrillos del vestíbulo. Se dirigió apresuradamente hacia allí, y preguntó:

—¿Quién está a cargo de las operaciones?

Uno de los bomberos le miró con curiosidad, e inquirió, a su vez:

—Oiga, ¿y quién es usted?

—Soy Craig Barton, el arquitecto jefe de este edificio. También represento al señor Leroux aquí abajo. Pueden comprobarlo en las listas; está cenando en el restaurante del Salón de Paseo.

El bombero no pareció muy impresionado y manifestó:

—El jefe de división, Mario Infantino, es el hombre que usted busca, pero ahora está demasiado ocupado para hablar con particulares.

De modo que Mario era quien dirigía el asunto, se dijo Barton. Una sensación de alivio se apoderó de él. El edificio se hallaba en buenas manos.

—Bien, dígale que estoy en el vestíbulo. Si tiene un momento, me gustaría verle. En caso de que pueda proporcionar una ayuda, lo haré con gusto.

—Está bien —dijo el bombero, y señalando hacia el vestíbulo, añadió—: en tal caso, procure hacer algo con aquel embrollo; los policías no parecen conseguir nada.

—Lo intentaré —repuso Barton.

Regresó al centro del vestíbulo, donde vio a Garfunkel y Jernigan junto al escritorio de la sección de seguridad. Estaban hablando con aire preocupado, y ambos parecían hallarse bastante cansados. Garfunkel interrumpió la conversación al ver a Barton, y su expresión preocupada se suavizó.

—¿Cuándo baja el señor Leroux? —preguntó—. Le necesitamos aquí. La gente me hace un montón de preguntas y no sé cómo contestarlo todo.

—Bajará más tarde. Tendrán que arreglarse conmigo hasta que llegue él.

Luego, Barton señaló hacia el hombre que sacaban los camilleros por la puerta del edificio, y preguntó:

—¿Cuántas víctimas ha habido?

El rostro de Garfunkel se ensombreció.

—Una hasta ahora, que sepamos. El hombre que se llevan es Sol Jacobs, un solterón de setenta y cuatro años del 3214. Aspiró mucho humo. Además, está Griff Edwards. Trató de ayudarnos cuando subimos hasta el piso incendiado, al principio. Sufrió un ataque cardíaco y se encuentra en la sección de cuidados intensivos. Probablemente haya otras bajas.

Para Barton, Jacobs tan sólo era un nombre. En cuanto a Griff Edwards, le había encontrado varias veces y le caía bien. Dedujo que Garfunkel era amigo suyo.

—¿Qué tal se encuentra ahora Edwards?

Garfunkel respondió con la voz levemente estremecida:

—He hablado con los médicos. No creen que llegue a la mañana.

No había tiempo para derramar lágrimas, pensó Barton. Echó un vistazo de nuevo por el vestíbulo, en el que pequeños grupos de inquilinos deambulaban mientras duraba su espera, o permanecían al lado de sus bultos y pertenencias.

—Dan, abra la cantina de abajo. Trate de conseguir voluntarios para hacer café y bocadillos. Luego haga saber a los inquilinos que la cantina está abierta. Eso les hará abandonar el vestíbulo. Y que uno de los guardias llame a los hoteles cercanos para conseguir habitaciones. Hay fiestas y es fin de semana, de modo que probablemente existan muchas vacantes. Que pidan reservas para los inquilinos que lo deseen, bien para esta noche, o hasta que se pongan en relación con sus parientes, o puedan volver aquí. Póngase en contacto con los gerentes nocturnos de los hoteles y explíqueles la situación. Dígales que la National Curtainwall se hará cargo de los gastos.

También habría que tratar con el propietario de la cantina, se dijo Barton, pero eso serían gastos menores. Todo iría a cargo de Leroux; que él se preocupase de semejantes detalles. De pronto, se le ocurrió algo más y añadió:

—Será mejor que llame igualmente a una compañía de taxis; dígales que manden todas sus unidades libres. Que utilicen la

entrada del norte, así no estorbarán a los bomberos. Necesitaremos esos taxis para enviar a los inquilinos a los hoteles. Cuando termine, véame de nuevo aquí para informarme.

Jernigan se marchó y Barton se dedicó a inspeccionar de nuevo el vestíbulo. De los ascensores salieron dos bomberos con el rostro tiznado de hollín. Ambos se tambaleaban y algunos compañeros que estaban cerca aplicaron un respirador a uno. El otro se apoyó en la pared y vomitó sobre la lona de protección. Se abrió la puerta de otro ascensor, y por ella salió un nuevo equipo de salvamento con una camilla. El cuerpo que llevaban en ella estaba totalmente cubierto por la manta. Barton observó con morbosa atención mientras el personal de la ambulancia llevaba la camilla hacia la puerta. Tal vez se debiera a que los rostros de los hombres fueran excesivamente inexpresivos o a que demostraban cansancio, lo cierto es que Barton se alegró de pronto de que el cuerpo estuviera del todo cubierto por la manta, porque la forma que llevaban en la camilla tal vez ni siquiera fuese humana. Al pasar junto a él, notó el olor que despedía. Hay dos olores que uno jamás olvida, se dijo Barton: uno es el de las patatas podridas, y el otro el de la carne quemada.

Al otro lado de la entrada, uno de los guardias hacía una llamada al exterior. Barton adivinó que estaba haciendo las reservas de los hoteles destinadas a los inquilinos. A un lado de la multitud, Barton divisó a Garfunkel que conversaba con algunas inquilinas de edad madura. Ellas le escucharon un momento y luego le siguieron hacia la escalera mecánica que conducía hasta el vestíbulo del sótano. En cuanto hicieran café, se abriría la cantina y al menos quedaría resuelto uno de los problemas, razonó Barton.

De improviso apareció Jernigan al lado de Barton, acompañado por un capitán de policía que parecía acudir de mala gana. La nieve se derritía encima de su impermeable.

—Señor Barton, el capitán Greenwalt.

El capitán no concedió a Barton ni siquiera la ocasión de presentarse.

—Tengo muchos problemas ahí fuera, amigo —dijo—. ¿Qué hay tan importante aquí para que me pida usted que venga?

—Ocurre que usted también tiene problemas aquí —contestó Barton, secamente—. ¿Por qué no han despejado este vestíbulo?

El capitán le miró con frialdad, y dijo:

—No he entendido su nombre.

—Soy Craig Barton. El arquitecto jefe de este edificio.

—Está bien; tengo un asunto que arreglar fuera —manifestó el otro, y se volvió para marcharse.

—Ocupo el puesto de Wyndom Leroux hasta que él baje —prosiguió Barton—. Dígame qué sucede fuera.

—Ah, Leroux —manifestó el capitán, y se aplacó visiblemente—. Estamos trasladando las barreras otra manzana más atrás, alrededor del edificio. Están cayendo cristales.

—¿Hubo víctimas?

—Hace mucho viento y eso es tan malo como cabía esperar —contestó el policía, y su rostro se ensombreció, como si hubiese algo que no quisiera recordar. Añadió enseguida—: Ha habido una baja a una manzana de distancia. Mucha confusión, y otra media docena de personas hospitalizadas. Tal vez una docena de coches con el techo o el capó cortados. ¿Era eso lo que deseaba saber?

—Estamos empezando a evacuar a los inquilinos. Llegarán taxis dentro de algún tiempo para llevarlos a los hoteles. Tienen instrucciones de entrar por el norte. Diga a sus hombres que les dejen pasar.

Observó de nuevo el estado del vestíbulo y advirtió que la gente bajaba por las escaleras.

—Vamos a necesitar más policías para mantener el orden. ¿Es posible conseguirlos?

—Haré lo que pueda —respondió el capitán, encogiéndose de hombros—. Fuera hay una función de circo. Todas las emisoras de

televisión están filmando el incendio; la mitad de la ciudad se encuentra aquí, a pesar del tiempo que hace.

Pan y circo, se dijo Barton, o más aún, pues no había atracción tan fascinante como un gran incendio.

—¿Tiene usted un intercomunicador de radio? —inquirió Barton.

El capitán señaló hacia la pequeña estación situada en el mostrador del puesto de cigarrillos.

—Desde ahí pueden localizarme en cualquier momento —aseguró.

La multitud del vestíbulo iba haciéndose menos densa. Garfunkel se presentó de nuevo, y su rostro evidenciaba menos preocupación que antes.

—En la cantina no caben todos —afirmó—; pero los demás inquilinos pueden permanecer en aquella parte del vestíbulo. El café y la comida están simplificando las cosas; al menos, ha disminuido la cantidad de reclamaciones.

—¿Hay ahora algún enfermo o herido?

—No. Los que había fueron evacuados en las ambulancias antes de que usted llegara. La mayoría eran casos de inhalación de humo.

Garfunkel pareció vacilar un momento, y luego prosiguió diciendo:

—Estamos haciendo reservas en algunos de los hoteles cercanos; pero la mayor parte de los inquilinos no quieren marcharse de aquí.

—¿Hay gente de la Cruz Roja?

—Fuera hay una furgoneta, y están sirviendo café. Algunos de ellos se hallaban en el vestíbulo hace media hora, tomando el nombre y la dirección de los parientes para notificárselo.

Barton se volvió hacia Jernigan y dijo:

—Vaya fuera y póngase en contacto con el que los dirige. Vea si puede proporcionarnos catres y mantas.

Cuando Jernigan se marchó, Garfunkel manifestó:

—Craig, he hablado con el jefe Infantino acerca de la gasolinera que hay en el garaje. Estaba bastante preocupado, sobre todo

cuando supo que se habían llenado los tanques a principios de esta semana.

—¿Qué piensa hacer él al respecto?

—Ya lo ha hecho. Mandó telefonear a la City Gas and Oil; enviarán un camión cisterna para desalojar el combustible y llenar los tanques de agua, a fin de echar los vapores explosivos.

—Entonces llame a Greenwalt y comuníquele que el camión cruzará sus barreras, también por la entrada del norte.

Era muy improbable que el fuego llegase a alcanzar el sótano, pero tampoco resultaba agradable saber que uno estaba sentado encima de una bomba. De improviso recordó las gotas de combustible en el suelo del sótano, así como los vapores cuya presencia advirtió cuando había aparcado.

—¡Cielos! —exclamó, y echó a correr hacia las escaleras mecánicas que conducían al garaje.

Garfunkel acababa de dar instrucciones al bombero que estaba en la estación de enlace por radio, cuando vio a Barton que se abría paso entre la gente, y echó a correr detrás de él.

—Señor Barton, ¿qué sucede ahora?

El aludido le hizo una seña, y ambos bajaron al vestíbulo del subsuelo. Barton advirtió que la cantina se encontraba llena de gente. El nerviosismo y el miedo habían cedido, y los inquilinos hablaban o discutían serenamente sobre lo que debían hacer. Algunos estaban apoyados contra las paredes tomando café y bocadillos, o bollos del día anterior. El ambiente era otro, pensó Barton. Parecía como si los supervivientes comenzasen a darse cuenta de su suerte, y quisieran hacer acopio de recuerdos para el futuro.

Barton los dejó atrás y descendió por las escaleras que llevaban hasta el garaje. Garfunkel le siguió apresuradamente.

—¿Dónde está el que estaciona los coches, Dan? —preguntó Barton.

—¡Eh, Joe! —gritó entonces Garfunkel, y el joven encargado del aparcamiento salió de su casilla con aspecto atemorizado.

—Señor Garfunkel —dijo—, ¿cómo van las cosas arriba? No he querido marcharme, pero lo cierto es que no sé nada de lo que sucede. ¿Es grave el incendio?

—Puede ser aún peor. Dentro de poco llegará un camión cisterna de la City Gas and Oil, para llevarse la gasolina de los tanques.

El auxiliar palideció visiblemente.

—¿Desciende el fuego? —inquirió.

—Es una medida de precaución —terció Barton—. También hay que sacar de aquí los coches. ¿Cuántos hay aparcados en estos momentos?

—Setenta y tres, señor Barton; sin contar el mío.

—¿Conoce muchos aparcadores que puedan venir aquí dentro de pocos minutos?

—Sé de una docena, aproximadamente. El tiempo es muy malo y los clubs de la zona apenas si trabajan.

—Entonces llámelos y dígales que vengan. Quiero que todos estos coches estén fuera de aquí lo antes posible.

Las posibilidades eran remotas, pero si se iniciaba allí un incendio, la presencia de los coches sería tan desastrosa como la de los tanques de gasolina.

—¿Adónde los llevamos?

—Hay un aparcamiento de la ciudad en Elm y Taylor, a tres manzanas de distancia. Haré que llame la policía y que arregle el asunto. Entregue usted los billetes al encargado que hay allí.

Barton volvió a subir las escaleras, seguido siempre por Garfunkel. Mario Infantino aguardaba en el mostrador de comunicaciones; tenía un aire sombrío y fatigado. Barton sintió una opresión en el estómago. Ahora tendría que hacer todas las preguntas que temía, y recibiría las respuestas que no deseaba escuchar.

—¿Cómo van las cosas, Mario?

—Peor de lo que imaginaba. Parece como si hubieran regado las habitaciones con gasolina. Por lo que podemos saber, el incendio empezó en un cuarto de almacén donde había disolventes y ceras para la limpieza. Por ahora no hay forma de detener el fuego.

—¿Bajas?

—Uno de mis hombres muerto y tres en el hospital, con asfixia producida por el humo, o con quemaduras. Nada se sabe de un par de inquilinos, o más tal vez. El humo puede haber sorprendido a muchos de ellos mientras dormían. El monóxido de carbono se va acumulando poco a poco y sin que uno se dé cuenta. Tengo entendido que uno de los hombres de ustedes está en el hospital con un ataque cardíaco. Eso es todo, hasta el momento.

Barton no se decidía a hacer la siguiente pregunta, pero al fin inquirió:

—Y en cuanto a combatir en incendio, ¿qué impresiones tiene?

Vaciló Infantino y repuso:

—Eso depende en buena parte de la suerte. El piso diecisiete está perdido, pero también ardió todo lo que tenía que arder, de modo que ahora se trata de contener el fuego en el dieciocho. En ambos pisos han estallado los cristales. Eso alivió un tanto el fuego. Por un tiempo creí que habría que practicar un orificio en el suelo del piso diecinueve, para aliviar el fuego y combatir las llamas desde arriba; pero ahora ya no es necesario. El humo ha provocado considerables daños, y probablemente cueste a Curtainwall una fortuna tan sólo limpiar las oficinas.

—Eso ya se lo temía Leroux. ¿Qué se sabe de los pisos que hay más arriba?

Infantino se mostró inseguro.

—No he podido enviar a ninguno de mis hombres para que investiguen en todos los pisos. Tal vez haya humo hasta la planta treinta y cinco o mucho más arriba, según el lado del rascacielos. El viento llega del norte, de modo que en ese sector el edificio está relativamente libre de humo. Una cosa es segura, que tanto el humo

como las llamas se extienden con rapidez. Esta edificación es como un queso de *Gruyère*, Craig. Hay innumerables orificios en los suelos y las paredes; no existe una sola barrera eficaz contra el fuego en toda la estructura.

—El sistema de aire acondicionado debió haber invertido el funcionamiento para extraer el humo, en cuanto se detectó éste —manifestó Barton, lentamente, pensando con desesperación que las cosas estaban saliendo muy mal.

—Mucho de lo que ha pasado no debiera haber ocurrido, Craig. El sistema de extracción de humos no funcionó debidamente, pero tampoco se recibió la alarma automática en nuestra central. Por el contrario, nos llamaron por teléfono.

Infantino advirtió la expresión que aparecía en el rostro de Barton, y añadió:

—Nadie le está haciendo cargos, Craig. Usted no construyó el rascacielos.

El asunto había comenzado cuando advirtió el revestimiento de la caja de los ascensores, se dijo Barton. Desde entonces, el edificio resultó ser, para él, una caja de sorpresas, todas desagradables.

—Afirma usted que el humo se extiende con rapidez, lo mismo que el fuego. Aunque el sistema de aire acondicionado sólo funcione parcialmente, al menos contribuye a extraer el humo. ¿Cómo puede extenderse el fuego con tal celeridad?

Un bombero les interrumpió para entregar un mensaje escrito a Infantino. Éste lo leyó rápidamente y enseguida contestó a Barton:

—Todo ha dependido de lo que llamamos «potencial de combustión». En el piso diecisiete era considerablemente alto, pues había disolventes y ceras en el cuarto de almacén, así como en una tienda de decoración atestada de tejidos y materiales de tapizado, y en diversas oficinas elegantes cuyo decorado ardió como cajas de cerillas. Todo ello dio lugar a un potencial de combustión que provocó un calor muy intenso y espeso humo.

Infantino se volvió hacia los ascensores y manifestó:

—Regresaré dentro de algunos minutos. Tengo que averiguar qué potencial de combustión hay en los demás pisos.

Barton permaneció en silencio durante un momento, cuando Infantino se marchó.

—¿Poseemos alguna especie de censo del edificio, Dan? —preguntó al fin a Garfunkel.

—Nada que valga la pena.

—¿Qué se sabe de las plantas comerciales?

—Falta una de las mujeres de la limpieza. Las demás ya han salido. Por lo que sabemos, cierto Lex Hughes, que trabaja en la Cooperativa de ustedes, no abandonó el edificio, aunque pudo salir en los momentos de mayor confusión. También está uno de los socios de Today's Interiors, Ian Douglas, que fue quien nos informó por teléfono cuando se iniciaba el fuego. No sabemos que haya bajado tampoco.

Today's Interiors se encontraba en el piso diecisiete, donde empezó el incendio, recordó Barton. Los materiales de tapicería y decoración que había mencionado Infantino se hallaban en aquella tienda. Probablemente Douglas no había podido salir.

—¿Alguien más?

—Uno de los hombres del servicio de mantenimiento. Krost. Nadie sabe dónde está.

—Nunca se sabe dónde está Krost —intervino Jernigan, con tono sarcàstico.

—Igualmente se ignora lo que ha sido de John Bigelow, uno de los directores de Motivational Displays. Hemos tratado de comunicarnos por teléfono con el apartamento de ejecutivos, donde según parece estaba conferenciando con un cliente. Llamó a Donaldson para que le arreglasen la nevera. Ahora no contesta nadie. Se halla un par de pisos por encima de la planta incendiada, por lo que posiblemente haya bajado, aun cuando no le han visto.

—¿Y en cuanto a la evacuación de los inquilinos del sector residencial?

Jernigan movió la cabeza con disgusto y repuso:

—Ha sido un tremendo embrollo, con bastante desorganización, como puede ver. Nadie sabía, en verdad, lo que debía hacerse, sin excluirme a mí. Jamás nos dijeron nada al respecto. Sir embargo, creo que hemos conseguido sacar a casi todos los que estaban. Los bomberos lograron rescatar a la señora Halvorsen y a su marido.

Barton recordaba vagamente quiénes eran. Una pareja de edad avanzada; ella iba en una silla de ruedas.

—¿Procuró llamar a todos los pisos por teléfono? —preguntó Infantino, que regresaba en ese momento.

—Las telefonistas han hecho llamadas con el timbre desde la centralita en los pisos superiores, tanto si figuraban como ocupados, como si no.

—Haga que esas telefonistas no atiendan las llamadas exteriores, y que se apliquen a llamar a aquellos apartamentos donde haya dudas de que pueda encontrarse alguien. Que insistan cada quince minutos.

—¿Por qué tienen que seguir insistiendo las telefonistas, Mario? —preguntó Barton, con curiosidad—. Me parece una pérdida de tiempo. Si no contestan, es que no hay nadie en esos momentos.

—Esa deducción es errónea. Pueden haber estado viendo la televisión cuando se hizo la llamada, y por eso no oyeron el timbre. O bien lo oyeron y por el interés de algún programa no se molestaron en atender. Además, hay personas que toman pastillas para dormir, y otras que por estar duchándose no oyen el teléfono. En cuanto disponga de algunos hombres libres, los mandaré a que examinen personalmente los pisos residenciales con una llave maestra. Si las telefonistas obtienen alguna respuesta, que digan a los inquilinos que permanezcan en su lugar y coloquen toallas mojadas en los resquicios de las puertas y en las rejillas de ventilación. Si insisten en abandonar el apartamento, dígales que toquen la puerta para comprobar si está caliente, aunque creemos que no hay fuego tan arriba. En caso de que salgan y adviertan

mucho humo, que se dirijan hacia la escalera del norte lo más rápidamente posible, pues está relativamente libre de humo. Bajo ningún concepto deben tomar los ascensores. El punto de transferencia, en el vestíbulo superior, se halla junto al núcleo de servicios del sector sur, y allí el humo es demasiado denso. De todas formas, que sigan insistiendo en las llamadas a los apartamentos donde se sospeche que puede haber gente.

El rostro de Jernigan expresó, de pronto, consternación.

—Señor Barton —dijo—. En el 3416 vive la familia Albrecht.

—¿Y bien?

—Que son sordomudos.

Infantino lanzó un silbido, y repuso:

—Está bien, enviaré a algunos hombres allá arriba en cuanto pueda.

Barton miraba distraídamente hacia el tablero indicador de los ascensores mientras hablaban. De pronto, se estremeció y dijo:

—¿Qué ascensores usan sus hombres, Infantino?

Éste siguió su mirada y contestó:

—Los dos de la derecha, que tienen funcionamiento manual. No tiene por qué preocuparse.

En el tablero indicador, las luces rojas mostraban que el resto de los ascensores se alineaban todos ahora en el piso diecisiete, formando las luces una sola fila. De pronto, las luces oscilaron y se extinguieron. Los botones de llamada se habían fundido, haciendo que acudieran al piso incendiado; si en ellos se encontraba alguien tratando de bajar, estaba perdido. Con eso quedaban tres ascensores, el expreso residencial y los dos ascensores del sector comercial, accionados manualmente.

—Craig —dijo Infantino—, hemos hablado antes del potencial de combustión. ¿Tiene alguna idea de lo que hay justamente encima y debajo del piso diecisiete?

Barton movió afirmativamente la cabeza.

—La National Curtainwall ocupa los pisos dieciocho, diecinueve y veinte —dijo—. Los despachos ejecutivos se hallan en el dieciocho, probablemente decorados con material muy combustible, según lo que usted dice. Los otros dos pisos son de oficinas corrientes, con menos posibilidad de combustión. Por lo que se refiere al piso dieciséis, no estoy seguro de lo que hay, pero supongo que es parecido a lo que se halla a partir del piso veintiuno.

Hizo Barton una pausa, y poco después añadió:

—Motivational Displays se encuentra en el piso veintiuno; poseen una buena parte de las oficinas, así como un almacén donde debe hallarse la mayor parte de sus carteles y adornos de escaparates. Estamos cerca de las fiestas, de modo que probablemente esa estancia se encuentre llena de Papás Noel de poliestireno, y otros motivos similares. Aparte de eso, ignoro lo que hay en esa planta. Es la primera vez que vengo a este edificio, desde que lo inauguraron. Además, creo que se han producido bastantes cambios de inquilinos.

—Podemos obtener la mayor parte de los informes de la dirección del edificio, y realizar una apreciación bastante aproximada. ¿Dónde están los planos del rascacielos? Sería interesante disponer de ellos.

—Según tengo entendido, se hallan archivados en nuestras oficinas del piso dieciocho.

Infantino no disimuló su disgusto.

—Nosotros no disponemos de planos, y usted no puede conseguir los suyos. ¿Podría dibujarme de memoria un bosquejo de la disposición general del piso?

Barton hurgó en sus bolsillos, y luego se encaminó hacia el escritorio de control, donde una empleada había estado señalando con una X los nombres en la lista de reservas del Salón de Paseo. El pequeño rotulador negro estaba donde lo había dejado. Lo recogió junto con el tablero, y avanzó apresuradamente hacia el puesto de cigarrillos. Volvió una de las hojas de las reservas y en ella dibujó un rudimentario esquema, tras lo cual dijo a Garfunkel:

—Usted ha realizado rondas contra incendio por el edificio, ¿verdad, Dan?

Garfunkel asintió, y Barton prosiguió diciendo:

—Entonces, coloque ahí los números de los despachos y diga a Mario lo que recuerde acerca de mobiliario: sillones, divanes, cortinajes, ficheros abiertos, escritorios de madera o metálicos. Si no se acuerda del nombre de todas las oficinas, compruébelo con la guía de teléfonos. Jernigan…

Barton echó una mirada en torno suyo, y preguntó:

—¿Dónde ha ido?

Garfunkel también pareció extrañado.

—Estaba aquí hace un minuto.

—Cuando regrese, vea si puede servirle de ayuda. Yo estaré abajo, en el cuarto de calderas.

En el vestíbulo del subsuelo la Cruz Roja había comenzado a instalar catres, y en ellos ya estaban durmiendo algunos niños, envueltos en gruesas mantas del ejército. El número de inquilinos había disminuido apreciablemente. Sin duda se habían trasladado a otros lugares, con la colaboración del personal del edificio.

En el piso del garaje, el camión cisterna de la City Gas and Oil ya había llegado y estaba procediendo a vaciar los dos tanques de la gasolinera. El rostro de Joe, el encargado, había recuperado algo de su color; el hombre gritaba una serie de instrucciones a los cuatro ayudantes de aparcamiento que trasladaban los automóviles fuera de aquel lugar.

Dentro de media hora, aproximadamente, pensó Barton, aquel sitio estaría vacío. Cuando los comensales del Salón de Paseo comenzaran a llegar, habría que tenerles preparados muchos taxis para que se trasladaran hasta el aparcamiento de la ciudad. Más dinero que debería desembolsar la Curtainwall, o alguna agencia de seguros, según lo que se hubiera estipulado en la póliza.

Donaldson se sentaba ante el escritorio de Griff Edwards, y aparte de su aire de cansancio, parecía estar a punto de ceder a las

lágrimas. Otro buen amigo de Edwards, se dijo Barton.

—¿Cómo van las cosas, señor Donaldson? —le preguntó, suavemente.

El aludido tenía el semblante lleno de manchas y el uniforme arrugado. Barton recordó que había estado con los hombres del servicio de mantenimiento que trataron de dominar el fuego al comienzo.

—Las cosas no han salido bien desde que entré en esta guardia, señor Barton —repuso.

—Tengo entendido que algunos motores de los ventiladores se estropearon.

—Uno se quemó, el otro se ha atascado.

Donaldson se echó hacia atrás en su sillón y permaneció callado un buen rato. Al fin, agregó:

—Señor Barton, esto tal vez me cueste mi puesto, pero voy a decir lo que pienso. Las instalaciones que hay aquí resultaban adecuadas para un edificio de un tercio de su tamaño. A decir verdad, Griff tenía que manejar esto en condiciones normales. En una situación de emergencia, en cambio, no hay forma de salir adelante.

—Esto reunía todas las condiciones exigidas —respondió Barton, secamente.

—¿Es eso cierto? —preguntó Donaldson, con aire de cansancio—. Yo lo he puesto en duda varias veces. No era el material que se había encargado.

La sensación de opresión que tenía Barton en el estómago se acentuó aún más.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó.

—Yo sabía que iban a trasladarme y hablé con los ingenieros arquitectónicos cuando iniciaron la construcción. Habían solicitado motores y generadores de mayor precio, y un sistema de detectores más perfeccionado. Lo que terminó instalándose cumplió su cometido, pero sólo al mínimo.

Donaldson se pasó unos dedos sucios por la calva, que tenía ya manchada.

—Creo que la instalación podía desempeñar su función, siempre que no hubiera una demanda excesiva o una sobrecarga de emergencia.

El equipo no era lo que el departamento de ingeniería de Wexler y Haines había recomendado, se dijo Barton. Lo que decía Donaldson era que la oficina de contabilidad de Leroux había reducido los costes al mínimo. Barton sintió que se apoderaba de él la ira. Había querido ser supervisor efectivo, cargo que normalmente también debiera haber desempeñado; pero Leroux le envió a Boston. ¿Tal vez ello se debió a que Leroux comprendió que él iba a luchar por su edificio? ¿O quizá a que Leroux intuyó que renunciaría, antes que prestar su consentimiento a la reducción de costos que se estaba efectuando?

Barton se encaminó de nuevo hacia las escaleras, y manifestó:

—Estaré en el vestíbulo si me necesita, Donaldson.

Permaneció un buen rato descansando en la cantina del subsuelo, encorvado sobre un vaso de café y tratando de ordenar sus pensamientos. Aquél era su edificio, siguió diciéndose. Era creación suya. Leroux no tenía derecho… Pero, claro está, Leroux sí lo tenía. Él era quien pagaba las cuentas y los sueldos, y quien conseguía la financiación. ¿Por qué habría abaratado la calidad de los materiales? No existía ninguna razón para ello.

—Señor Barton, ¿cuándo cree que terminará el incendio, para que podamos volver arriba?

Barton recordó a la mujer, madura y de aspecto maternal, cuyo pelo estaba lleno de rizadores. Llevaba puesta una bata de seda manchada de hollín y humo.

—No lo sé —repuso él—. Tal vez sean unas pocas horas; pero de todas formas, habrá que proceder a limpiar lo que esté manchado. Estamos haciendo reservas para que aquellos de ustedes que

prefieran ir a un hotel, lo hagan hasta el momento de volver. Ustedes no pagarán nada.

Ella movió la cabeza negativamente y sonrió con aire apenado.

—No, eso no importa —contestó—. Éste es un hermoso edificio, y es nuestro hogar. Mi marido y yo hemos estado viviendo en hoteles durante muchos años.

Había murmullos entre los inquilinos que estaban mirando a Barton. En su mayor parte, no conocían su nombre, pero sabían que era el representante de la dirección. Algunos avanzaron hacia él. Barton tomó de un trago el café del vaso y salió rápidamente.

Una vez arriba de nuevo, Barton vio que Garfunkel había terminado de bosquejar el rudimentario plano de varios pisos, para el uso de Infantino. Barton se inclinó a fin de examinar las hojas, cuando se produjeron algunos fogonazos de cámaras fotográficas a la entrada. Un reducido número de reporteros acababa de penetrar en el vestíbulo, ya casi vacío.

—¿Dónde está Leroux? —preguntó uno de ellos, en voz alta.

—¿Hay alguien que declare en nombre de la administración del edificio?

Uno de los periodistas recordaba a Barton del día de la inauguración.

—¿Qué está saliendo mal, señor Barton? —le preguntó—. El rascacielos está ardiendo como una antorcha.

—No hago declaraciones —respondió Barton, irritado.

Luego hizo una seña al capitán Greenwalt, que había acudido a inspeccionar la pequeña estación de comunicaciones.

—Haga que algunos de sus hombres despejen el vestíbulo —dijo —. Hay peligro a menos de una manzana del edificio, y me cargarán la responsabilidad de cualquier muerte que se produzca. Que los periodistas se retiren detrás de las barreras. Nadie que no esté autorizado deberá atravesarlas.

El capitán llamó a varios de sus agentes que se hallaban cerca, y dijo a los reporteros:

—Vamos, chicos; ya os harán más tarde todas las declaraciones que queráis. Vamos, vamos, marchaos. Debéis estar a una manzana de distancia, por lo menos, debido al peligro de los cristales que caen. Ya ha muerto un joven por esa causa.

Uno de los periodistas le pidió que se explicara, y Greenwalt lo hizo breve y gráficamente. El reportero palideció de modo visible, y tanto él como sus compañeros retrocedieron rápidamente. Alguno de ellos aún sacó unas instantáneas de Barton al alejarse.

Cuando fueron desalojados los periodistas, el capitán regresó y dijo a Barton:

—Hay un hombre de la compañía de seguros junto a las barreras, y quiere hablar con usted. Otros también que dicen ser inquilinos de apartamentos y tiendas, y desean llevarse el dinero o las pertenencias.

—Que no entre nadie —repuso Barton, maquinalmente—. Absolutamente nadie.

—Algunos están muy excitados.

—Lo siento.

Deseaban quejarse ante alguien, querían enfrentarse a alguien que tuviera autoridad, para amenazarle con un proceso judicial. Pero aquello ya era competencia de Leroux; eran sus trapos sucios.

—Greenwalt —dijo, volviéndose hacia el capitán—. Manténgalos alejados de mí. No importa cómo lo haga, ni si son inquilinos o de la compañía de seguros. Dígales…

Vaciló un momento, y luego se encogió de hombros. Ya había hecho bastante; ya había hecho demasiado. De ahora en adelante le correspondía jugar a Leroux. Él ya estaba harto. Y le importaba poco lo que pudiera pensar Jenny.

—Dígales —prosiguió Barton, lentamente— que el señor Leroux bajará dentro de pocos minutos y hablará con ellos.

Antes de que Barton pudiera encaminarse hasta un teléfono interior del edificio, le llamó Infantino. Éste, que parecía estar desconcertado, manifestó:

—Craig, ¿no hay algún modo de que podamos conseguir unos planos del rascacielos? Necesitamos conocer las distancias que hay entre las oficinas, y determinar las que se hallan encima unas de otras.

—No es posible, Mario, a menos que sus hombres entren en los despachos de la National Curtainwall.

—Está bien, nos arreglaremos sin ellos. Pero eso nos hubiera ayudado mucho —afirmó, y tras levantar la vista del dibujo que tenía delante, agregó—: También habría sido de desear que usted hubiese diseñado puertas contra incendio en las escaleras. De ese modo se habría cortado el paso del humo. No lo requieren los reglamentos municipales, pero es algo indispensable, y ayuda también a facilitar la evacuación de las personas.

—¡Ya lo creo que las diseñé, Mario! —exclamó Barton, encolerizado—. Estaba al corriente de que esas puertas no eran obligatorias, pero conocía su utilidad.

Infantino movió con pesadumbre la cabeza.

—Pues no se molestaron en instalarlas —aseguró, agregando luego con una risa amarga—: Parece que su criatura nació en un mal parto.

Barton avanzó enérgicamente hacia una casilla del teléfono y marcó con violencia el número del Salón de Paseo. Ya no se fiaba de las razones que le había dado Leroux, al enviarle allí abajo. Había sido un truco, se dijo. Leroux sospechaba lo que le iba a esperar allí y no quería hacer frente a la situación. Entonces le envió a él para que diera la cara. Bueno, eso se había acabado. Cuando llegase Leroux, pensó Barton, le entregaría su renuncia en el acto.

Terminó de marcar y aguardó, pero del otro lado no llegaba más que un completo silencio. Volvió a marcar y tampoco recibió respuesta. Entonces llamó a la telefonista.

Un momento más tarde colgaba el auricular sintiéndose lleno de angustia… y de miedo. No había contacto alguno por teléfono con los pisos superiores, a partir del cuarenta y cinco. En algún punto, el

fuego había cortado el cable coaxial que servía a aquellas plantas y al Salón de Paseo.

El restaurante se hallaba ahora sin comunicación con el exterior. Y allí estaba Jenny.

Casi todos los locales de la zona próxima al cuarto de almacén del piso diecisiete, donde nació la bestia, han quedado destruidos. Alfombras y cortinajes son excelente combustible para el fuego, lo mismo que los recios suelos de parquet instalados por Psychiatric Associates, situada hacia la mitad del pasillo. La pintura de las paredes de ese despacho, así como la del corredor, es de una marca conocida que anuncian como «resistente al fuego». En el corazón incandescente de las llamas, esa pintura forma rápidamente ampollas, al quedar expuesta a las superficies combustibles que hay debajo. El metal, al descubierto, reluce por un momento y luego comienza a fundirse. El yeso se descompone y cae convertido en una lluvia de escamas de un sucio color blanco.

En los lavabos, el enlucido se desprende y los tabiques interiores se pandean. Los receptáculos de plástico que contienen agua se abomban, se ennegrecen y entran en combustión. El papel higiénico se oscurece y queda envuelto en llamas, desprendiéndose sus hojas como las capas de una cebolla. En diversos despachos, los recipientes de agua potable se resquebrajan y estallan en el momento en que el líquido que contienen hierve y se transforma en vapor.

En una cantina, el cristal delantero de una máquina automática de venta de bocadillos se rompe, y los bocadillos del interior se tuestan y luego se carbonizan. La parte anterior de una vecina máquina de bebidas sin alcohol se pandea; tras arrollarse sobre sí misma cae al suelo. Los botes de bebida estallan en cadena, como una gran traca. En las oficinas de una agencia de recortes de prensa, una puerta más allá, el fuego barre los papeles que hay sobre los escritorios y los archivadores, funde las grapas y los clips de los documentos convirtiéndolos en masas metálicas informes; chamusca

la pintura de unos archivadores metálicos y curva el metal de los cajones; luego se introduce dentro de éstos para consumir su contenido. Innumerables registros de deudores desaparecen entre un infierno de llamas.

En el piso dieciocho, el fuego se ha abierto paso a través de los orificios mal sellados que comunican con el piso inferior; luego se extiende por los alfombrados de una docena de oficinas diferentes. Trepa por el papel de las paredes de una compañía de seguros, y penetra en el espacio hueco que hay por encima del cielorraso a prueba de ruidos. Allí las llamas descubren un prolongado conducto de aire acondicionado en cuyas paredes se ha acumulado una gruesa capa de polvo y pelusa. En el interior del conducto existe aire suficiente para que se produzca una combustión incompleta que carboniza todo su contenido orgánico, expulsando unos gases inflamables que se queman en el enrarecido oxígeno.

La temperatura de la resultante mezcla de monóxido de carbono y humos grasos se aproxima a los trescientos ochenta grados. Una treintena de metros más abajo, el conducto llega a una unión de plástico. Los gases calientes e inflamables provocan una pequeña explosión, que desprende grandes trozos de cielorraso. Durante varios segundos, una especie de enorme soplete actúa sobre los muebles de madera que hay debajo y sobre las paredes recubiertas de nogal. La pared, al fin, estalla en llamas.

En el extremo más alejado del piso dieciocho, una parte del lienzo exterior de aluminio se ha recalentado liasta el punto en que llega a saltar del armazón del edificio. El aluminio se suelta en cadena hasta llegar al piso veintiuno. Calientes nubes de humo surgen en remolino por las hendiduras y comienzan a fundir los marcos de metal de los pisos diecinueve, veinte y veintiuno.

En esta última planta, un ventanal estalla de pronto y grandes trozos de vidrio se sueltan del marco, caen hacia la calle y se estrellan entre dos coches. En el interior del piso, los cortinajes se retuercen en un baile endemoniado, al compás de las ondas de aire caliente. Luego

empiezan a arder. Se agitan hacia el exterior y luego hacia adentro; allí azotan un cartel de propaganda en el que dice: «Motivational Displays mueve sus productos». Un borde arrollado del cartel se tuesta, se ennegrece y se inflama de súbito.

Tres plantas más abajo, la bestia hace una pausa y se da cuenta de que se está quedando sin alimento. Repentinamente, algo le hiere en un costado y se retira unos metros. Luego siente otro dolor más fuerte y vuelve a encogerse. Está atemorizada. Algo trata de darle muerte.

El dolor es ahora continuo, y la bestia se repliega sobre sí misma lentamente. Advierte una creciente sensación de entorpecimiento.

35

A lo largo de los primeros e intensos momentos, tras ser comunicada la emergencia, Wyndom Leroux permaneció en silencio observando a los comensales. No se hallaban en inmediato peligro, y parecían darse cuenta de ello. Una sensación de futilidad le dominaba, ahogando sus pensamientos como si fuera una pesada manta. Estaba estudiando a los otros compañeros de velada como si los viese por un anteojo colocado al revés, sin prestar atención a Jenny ni a su mujer, que estaban a su izquierda.

Durante un momento, después que la palabra fuego se hubo extendido por todo el Salón de Paseo, los comensales consideraron la situación con cierto espíritu humorístico. Los excelentes vinos de la cena, el rumor de los coches de bomberos que llegaba desde muy abajo, la leve sensación de peligro y al mismo tiempo la certeza de que estaban alejados del mismo, producía en muchos la imagen de que se encontraban suspendidos en el cielo mientras el mundo estaba ardiendo. Todo ello, combinado, contribuyó a crear un ambiente ligero, casi alegre.

Unos pocos comensales se marcharon en silencio, tomando el ascensor panorámico; pero los demás se sintieron ligados entre ellos por una especie de vínculo de camaradería. La tranquila noche que había sido hasta entonces se convertía en una pequeña fiesta en que la gente de las mesas vecinas bromeaba y compartía complacida la lejana noción de peligro. Algunos salían hasta la galería de paseo para tratar de ver lo que ocurría abajo, en las calles. Señalaban con

interés las barreras de contención, así como los coches de la policía y los vehículos de los bomberos, todo lo cual quedaba oculto a veces por la nieve que caía.

En el fondo, aquello resultaba divertido.

Luego llegaron las ambulancias al extremo de la plaza, y unas figuras diminutas salieron con camillas y desaparecieron en el interior del edificio. Minutos más tarde volvieron a aparecer unos servidores de ambulancia conduciendo una camilla cubierta con una manta. Desde lo alto resultaba imposible adivinar si la manta cubría por completo o no el cuerpo que llevaban. La alegre escena del comedor fue decayendo conforme el gran salón se iba vaciando. Casi todos estaban ahora en la galería, observando en silencio la escena que se desarrollaba en el exterior.

Tanto el humo que subía arremolinándose desde los pisos situados más abajo, como la nieve helada, contribuían a hacer muy deficiente la visibilidad. A pesar de ello, pudieron ver cómo un camión cisterna descendía por la rampa y se perdía hacia el interior del garaje. Pocos adivinaron la razón de la presencia del vehículo. Minutos más tarde, una hilera continua de coches comenzó a salir del aparcamiento. En la entrada del norte, los taxis recogían a los inquilinos —muchos de ellos con pijamas debajo de los abrigos—, que se disponían a pasar la noche en otros lugares.

Después, las ventanas de los pisos incendiados empezaron a estallar hacia fuera. Las minúsculas figuras de la plaza se dispersaron mientras los trozos de vidrio caían como cuchillos, brillando tenuemente igual que los copos de nieve. Después de presenciar todo esto, los comensales perdieron mucha de su alegría, y en el corredor sólo se escucharon murmullos contenidos. Un sentimiento de aprensión comenzó a difundirse por el lugar.

Los comensales empezaron a volver al comedor, y siguieron comiendo y bebiendo en silencio, aunque unos pocos hacían algunas preguntas a la azafata. Ésta no parecía haber perdido un ápice de su seguridad en sí misma; sin embargo, era evidente que carecía de

informes sobre lo que estaba ocurriendo. Su calma había contribuido a tranquilizar a muchos de los presentes con anterioridad; pero ahora esa serenidad parecía forzada, y su desconocimiento de la situación les asustaba.

Varios de los presentes, los más perspicaces, dedujeron que la comunicación telefónica con el vestíbulo inferior había quedado interrumpida a causa del fuego. Otros pagaron la cuenta y se encaminaron serenamente hacia el ascensor panorámico, donde estaba empezando a formarse una fila.

Leroux se sentía más alejado que nunca de la realidad. Comía y bebía maquinalmente, y de vez en cuando charlaba un poco, cuando era indispensable. Leroux advirtió que Jenny estaba aterrada, y salió momentáneamente de su abstracción para procurar calmarla con las palabras adecuadas. En cuanto a Thelma, notó que le observaba detenidamente, como si procurase descubrir alguna tensión interior. Pero ella no podía saberlo. Los negocios habían sido una parte de la vida de Leroux que él rara vez compartió con su mujer, y ahora era un poco tarde para comenzar. Leroux pensó en lo que iba a ocurrir: el clamor público, su condena personal en los periódicos y la televisión; las investigaciones, los procesos judiciales…

También advirtió que todo aquello no llegaba a afectarle emocionalmente. Thelma y Jenny, el comedor, y el mismo incendio, eran elementos lejanos para él. En cierto modo, no existían. El fuego era una catástrofe que no alcanzaba a comprender en toda su magnitud. Podía ocurrir lo peor, o ya había ocurrido; pero no podía concretar el hecho, ni enfrentarse a aquella realidad. Durante la prolongada lucha que Wyndom Leroux había sostenido contra el mundo, jamás creyó necesario preparar un camino para la retirada. Ahora se veía en esa situación, pero el camino no existía, No tenía preparado ningún plan de acción.

—Wyn…

Alzó la vista, estremecido. Por un momento creyó estar fuera de aquel lugar. Pensaba en Nueva Orleáns, en los tiempos en que era

joven. Su padre le había obligado a trabajar en los muelles del puerto, para que descubriese temprano lo que era el mundo, y lo que necesitaba un hombre para triunfar en él. Aquella experiencia tuvo un valor inapreciable, pero nunca perdonó a su padre por ello.

Thelma empezó a decir algo, y luego se detuvo en medio de la frase. Sonrió y le cogió una mano. Él se la apretó a su vez y después retiró la suya. Thelma pudo notar el talante de su marido, y entonces volvió su atención hacia Jenny. Ésta repuso con monosílabos a sus intentos de iniciar una conversación. Era extraño, se dijo Leroux, pero tanto él como Jenny parecían querer alejarse, cada uno de una realidad diferente.

Empezó a hacer frío en el Salón de Paseo, y el aire se enrareció apreciablemente. Leroux se dio cuenta de ello entre los primeros, sin duda porque sabía que los sistemas de calefacción y ventilación podían haberse averiado.

—Señor Leroux —dijo Quinn Reynolds, que había llegado apresuradamente y con la alarma pintada en el rostro—. Algunos de los clientes están tratando de bajar en los ascensores interiores. He procurado disuadirlos, pues sé que esos ascensores no son seguros, pero no quieren escuchar razones.

Eso fue como salir de improviso de una densa niebla, o como emerger después de una profunda inmersión en las aguas. Aquello era algo que podía vencer.

—Iré enseguida, Quinn.

Había un par de parejas en el vestíbulo de entrada, discutiendo con un asustado botones.

—Mira, chico, nadie sabe lo que ocurre aquí —decía un hombre —, y no vamos a esperar a averiguarlo ni un minuto más. No tiene sentido aguardar en fila el ascensor panorámico, cuando estos otros son igual de rápidos.

El botones, con el semblante pálido, respondió:

—Lo siento, señor; me han dado órdenes de que no use nadie estos ascensores.

—Hijito, no he pagado los precios que cobran aquí, para discutir con subordinados.

El hombre apartó al muchacho, cuando de pronto sintió una mano sobre su hombro.

—El chico tiene toda la razón del mundo —dijo Leroux, serenamente—. Tendrían que hacer transbordo en el vestíbulo superior y tomar allí los ascensores que conducen a través de los pisos incendiados, para llegar a la planta baja. Dudo mucho que pudieran conseguirlo.

El hombre se volvió para mirar fijamente a Leroux por un momento. Treinta y tantos años, pensó Leroux; de su misma talla, poco más o menos, y tal vez antiguo jugador de *rugby*, aunque ahora estuviese fuera de forma. El otro hombre era de edad similar, pero algo más pequeño. Quizá jugaron en el mismo equipo de la Universidad. Debían ser antiguos compañeros que llevaban a sus mujeres a pasar una noche divertida. Los ojos de Leroux examinaron brevemente a su mujer. El tipo de esposa de los alrededores de la ciudad. Demasiado maquillaje y laca en el pelo. La clase de mujer cuya existencia no se extiende más allá de su chalé, sus dos chiquillos y el televisor, aunque influye fuertemente sobre su marido. Esa gente iba a crearle complicaciones, se dijo Leroux.

—¡Frank, no voy a seguir aquí un solo minuto más!

La mujer se colgó con aire posesivo del brazo derecho de su esposo, y Leroux sonrió para sus adentros, mientras esperaba impasible a que su algo panzudo marido pensara la forma en que podía intimidarle.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó al fin este último.

—Wyndom Leroux, presidente de la National Curtainwall, empresa propietaria de este edificio.

—¡Frank, vámonos!

Él se volvió y le dijo:

—Cállate, Gale.

A continuación se enfrentó de nuevo con Leroux, aunque con aire menos beligerante. El miedo se notaba apreciablemente en su voz.

—Creo que debemos salir de aquí lo antes posible, señor Leroux. Me parece que nos hallamos aislados, y ningún bombero podrá venir a rescatarnos.

—Eso es precisamente porque los ascensores interiores deben estar averiados, o resulta peligroso tomarlos —explicó de nuevo Leroux.

—Sí, tal vez tenga usted razón. ¿Qué cree usted que debemos hacer?

Su agresividad se había disipado y parecía estar dispuesto a recibir órdenes de Leroux. Éste se alegró interiormente. Era una situación propicia, que estaba dominada. El pánico podía estallar dentro de unos minutos en aquel salón. Lo cierto es que no se hallaban en peligro inmediato. Los bomberos que estaban abajo sabían que el Salón de Paseo estaba lleno de gente, y aunque los teléfonos y los ascensores internos no funcionasen, podían haber subido en el ascensor panorámico para evacuar a los comensales, si lo hubieran juzgado necesario. Aún se podía esperar allí, pero el temor de la pareja era lógico, y probablemente todos sentían lo mismo en el salón. Físicamente estaban a salvo por el momento, pero psicológicamente la situación no podría mantenerse por mucho tiempo.

—Creo que debemos preocuparnos de nuestra propia evacuación —declaró Leroux—. Si se extiende el pánico habrá heridos, y hasta es posible que alguien perdiese la cabeza y llegara a atascar el ascensor panorámico. Si uno de ustedes, señores, quiere ir a buscar a la azafata, podremos bosquejar un plan de acción.

El más bajo de los dos hombres mostró sus deseos de tomar parte en la acción.

—¡Yo iré, señor Leroux! —dijo.

Espíritu de equipo, pensó Leroux, sarcásticamente; se podía jugar con esa idea lo mismo que con las teclas de un órgano. El

hombre regresó con Quinn al cabo de escasos minutos.

—Quinn, ¿cuál dijo que era la capacidad del ascensor panorámico?

—Diez personas. Es posible introducir tina o dos más —repuso ella.

—Está bien. Recorra el salón y diga a los clientes que vamos a evacuar la planta. Recuérdeles que deben recoger sus abrigos en el guardarropa. Empiece por las mesas más alejadas del ascensor. Los que están allí son los más susceptibles a sentir el pánico cuando vean que se empieza a desalojar el comedor.

A continuación, Leroux se volvió hacia los dos hombres que estaban detrás de él.

—Necesitaré la ayuda de ustedes, para el caso de que surja el pánico y alguno trate de precipitarse sobre el ascensor, sin esperar su turno.

—Puede contar con nosotros.

Leroux echó un vistazo a las dos mujeres, que permanecían a un lado con aspecto nervioso.

—Enviaremos a sus esposas abajo en el primer viaje. Tengo la impresión de que están retirando todos los coches del garaje para llevarlos a un aparcamiento público. Sus mujeres podrán recogerles cuando bajen.

Ellas les habían impulsado a usar los ascensores internos. Era mejor que desapareciesen de la escena para poder manejar mejor a los maridos.

Leroux se detuvo brevemente ante su mesa, y dijo:

—Thelma, Jenny, estamos enviando a la gente abajo en el ascensor panorámico. Recoged vuestros abrigos.

—¿Y tú? —le preguntó Thelma.

Una sonrisa afloró brevemente en el rostro de Leroux, quien repuso:

—Yo dirijo la operación.

Entonces, Thelma tomó asiento en su silla.

—Me marcharé cuando tú lo hagas, Wyndom —manifestó.

—¿Qué dices tú, Jenny? Craig ya está abajo.

Ella tenía un aire un tanto rígido e intentó sonreír forzadamente.

—Me quedaré aquí con vosotros dos. No tardaremos mucho, ¿verdad?

—Una hora, quizá; no creo que sea más.

—El tiempo para saborear mejor este vino —repuso Jenny con ligereza.

Leroux volvió rápidamente al ascensor panorámico, cuya entrada se encontraba en el vestíbulo. Se presentó a los que estaban formando la fila y les explicó la razón de que salieran primero los de las mesas más alejadas, aunque después de los que ya formaban cola, desde luego. Pudo ver a Quinn en el otro extremo del salón explicando la situación a los comensales. Una a una fueron vaciándose las mesas más lejanas, y tras recoger sus abrigos en el guardarropa, los clientes se fueron colocando en fila. No había muestras de pánico. Cuando la gente comprendió que bajaría dentro de poco, y que había alguien al mando de la situación, el ambiente del comedor mejoró considerablemente.

Persistían algunos problemas menores, sin embargo.

—Yo no vine en el ascensor exterior —dijo una mujer, intensamente pálida—. Siento temor a las alturas y no puedo soportar la visión de la calle desde aquí, sin otra cosa que un vidrio a mi alrededor.

Leroux sonrió y se la entregó con firmeza a su marido, que estaba ya dentro del ascensor.

—Cierre los ojos —le dijo a ella—, y cuando sienta un breve golpe, es que han llegado a la planta baja.

Un hombre de unos cuarenta y cinco años, con aire de luchador, dijo enseguida:

—¿Cómo sabemos que estamos seguros ahí dentro? Le he oído decir a sus amigos que los ascensores atraviesan la zona en llamas. ¿Por qué este ascensor es seguro y los otros no lo son?

—El ascensor panorámico se desplaza por fuera de un muro de hormigón liso, hasta llegar al vestíbulo inferior —explicó Leroux, pacientemente—. Hay una buena capa de material entre el ascensor y el fuego, y es poco menos que imposible que se detenga en uno de los pisos incendiados, porque es directo.

Leroux empujó al hombre dentro de la cabina y las puertas se cerraron cuando el otro estaba formulando una nueva pregunta. Probablemente sentía el mismo temor a las alturas que la mujer de edad madura.

—Señor Leroux…

Un pulcro hombrecillo que se hallaba en la mesa situada detrás de la de ellos, estaba ahora a su lado, a la entrada del vestíbulo, con gesto preocupado.

—¿Dígame?

—¿Ha visto si la señorita Mueller bajó en el ascensor?

Leroux le miró sin comprender, y el hombre añadió:

—Era mi invitada en la cena de esta noche. Fui a los lavabos un momento, y cuando volví no la encontré en su asiento.

Leroux se volvió para hacer pasar a algunas personas más al ascensor. Dos viajes se habían realizado desde que comenzó la evacuación de la sala, pero no pudo ver a la señorita Mueller entre los que descendieron.

—Lo siento, pero creo que no ha bajado. ¿Seguro que no está con algunos amigos en otra mesa?

El hombre movió la cabeza negativamente, con aire apesadumbrado.

—No —repuso lentamente—. He recorrido el salón dos veces y no está aquí.

Leroux recordó lo bien que lo habían pasado ellos dos durante la cena, y agregó:

—Pida a la señorita Reynolds que mire en el cuarto tocador. Tal vez le haya sentado mal la bebida.

El hombre sonrió y dijo:

—Su padre era cervecero. Podría beber con nosotros hasta que nos cayéramos bajo la mesa.

Regresó otra vez al comedor para iniciar una nueva indagación, y Leroux se preguntó qué podría haberle ocurrido a la mujer. En ese instante llegó el ascensor por tercera vez, y Leroux se olvidó del episodio.

Le hacía bien sentirse inmerso en aquella actividad. Dentro de algún tiempo, se dijo Leroux, estaría de nuevo abajo, en el vestíbulo, y aquélla sería una realidad diferente. Prefería no pensar en eso de momento, porque no tenía un plan establecido y dudaba sobre lo que iba a hacer.

Entonces pensó en Barton. ¿Cómo se estaría desenvolviendo allá abajo? Sin duda le estaría solucionando los muchos problemas que él hubiera encontrado de haber bajado primero. Se dijo que la idea de enviarle había sido muy acertada.

Pero también se daba cuenta de que en cuanto llegase a la planta baja, se quedaría sin el mejor empleado que había tenido hasta entonces.

36

Tom Albrecht se agitó inquieto en su sueño. Había llegado muy cansado a casa, y después de hacer que los niños se fueran a la cama, él y Evelyn se acostaron temprano. Trabajar hasta tarde en los nuevos instrumentos de los satélites de la Fuerza Aérea estaba exigiendo de él más energías de lo que había previsto. Esa noche, la fatiga le dominó después de unos minutos de hacer el amor de modo rutinario, y en cuanto su cabeza hubo tocado la almohada se durmió profundamente.

Ahora estaba despierto a medias. Dios unos golpes a la almohada, y tras darse la vuelta hundió el rostro en la fresca superficie de la funda, al tiempo que se apretaba contra el cuerpo cálido de su mujer, que seguía dormida. El sueño parecía eludirle ahora. Era como si tuviera algo pesado sobre la espalda, que le hundía el pecho en el colchón. Aún no despierto del todo, tosió y se frotó distraídamente la nariz. Ésta despedía agüilla, como si estuviera muy constipado. Poco a poco se dio cuenta de que se notaba cada vez más incómodo. Entonces se despertó por completo.

Se tendió boca arriba, con los ojos abiertos a la oscuridad de la alcoba. A su lado, Evelyn se movió agitadamente y comenzó a toser. La sensación de incomodidad crecía por momentos. De improviso se dio cuenta de lo que les había molestado. El aire era denso y sofocante. Aspiró y pudo notar un perceptible olor a quemado. Tanteó en la mesilla para dar la luz de la lámpara, y cuando la hubo

encendido advirtió que el cuarto estaba lleno de humo, y la lámpara parecía una luciérnaga envuelta en la pesada atmósfera.

Se incorporó rápidamente, con el corazón oprimido por el temor. No estaba haciendo lo que debía. La alcoba se hallaba invadida por un humo caliente que procedía de la rejilla de ventilación. Volvió a tenderse y sufrió un acceso de tos. Tuvo la impresión de que iba a vomitar.

A su lado, Evelyn comenzó a toser violentamente, asimismo. No podía oírla, pero percibía las vibraciones de la cama, mientras su cuerpo se estremecía. Trató de gritar, pero ningún sonido salió de su boca. Sacudió a Evelyn frenéticamente, tratando de despertarla.

Ella se movió, pero lenta, muy lentamente. Aún tosiendo, Evelyn parpadeó varias veces, y luego abrió los ojos, al reconocer el peligro. También pareció gritar, y luego se sentó en la cama. Pero de inmediato tosió con más violencia al aspirar el humo más denso. Tom la empujó hacia atrás, y luego la hizo deslizar con él al suelo.

Allí el humo tenía menos densidad, y se podía respirar más fácilmente. Las toses aminoraron. Tom hizo un frenético movimiento con las manos: «El edificio está en llamas».

«Los niños», respondió ella, del mismo modo.

Aun allí el humo se iba espesando. Volvieron a toser. «No te pongas de pie, quédate en el suelo», dijeron las manos de él. En parte por las lágrimas que le llenaban los ojos, y en parte debido a que el humo disminuía la visibilidad, ella no le entendió. Hizo esfuerzos para ponerse en pie, y Tom la empujó sobre la alfombra, acariciándole después el rostro para tranquilizarla. Evelyn empezó a sollozar calladamente.

«Los niños», dijo de nuevo por señas. El temor de él se incrementó. Los pequeños se hallaban en la habitación vecina, pero no sabía si seguían dormidos o si estaban llorando y llamándoles. Comenzó a arrastrarse alejándose del lecho. Sintió que el cordón de la lámpara se le enredaba en un pie, y lo sacudió para soltarse. La luz se apagó de improviso y quedaron en la más completa oscuridad.

Debió haber sacado el enchufe de su sitio. Y con desesperación, pensó que ahora era mudo, sordo y ciego. Un mundo sin imágenes, sin sonidos, sin voces.

Tanteó por el suelo, y al tocar el brazo de su mujer tiró de ella hacia la puerta. Avanzaron rápidamente arrastrándose, y de pronto vacilaron. ¿Habrían ido en dirección a la puerta? En la oscuridad, al tratar de localizar a Evelyn, Tom había perdido el sentido de la orientación. Tendió la mano y movió el brazo en un amplio arco por delante de él. Dio con la muñeca contra la pata de la cama. Por la forma en que estaban colocadas las mantas, notó que se encontraba a los pies del lecho. Se habían arrastrado paralelamente a la puerta del dormitorio.

Lleno de pánico, Tom se puso en pie y sintió como si hubiera metido la cabeza en un horno. Se arrojó de nuevo al suelo. La temperatura de la habitación, a partir de su mitad hacia arriba, debía ser cercana a la de la ebullición del agua. Notó la piel de la frente tensa y dolorida. Volvió a reptar en dirección a la pared, hasta que la sintió delante. Tanteó rápidamente por su superficie, buscando el enchufe. Nada. Se movió un poco más allá y de pronto su brazo dio contra algo. Al tantear, comprobó que era la puerta. La abrió frenéticamente y avanzó por el suelo. Cuando encontrase a los niños volvería inmediatamente a por Evelyn.

Si por un momento tuviera el don de la voz, pensó; si pudiera gritar a los niños. O si al menos pudiera oírles a ellos… Advirtió que en aquella estancia hacía menos calor, y se puso en pie para llenar a fondo sus pulmones. Inmediatamente sintió que su cabeza quedaba envuelta entre unos pliegues de tela. Un delgado objeto metálico cayó encima de él, y cuando extendió las manos tocó una serie de prendas. Se volvió ciegamente. Algo que sobresalía de la pared le arañó la frente. En lugar de entrar en la habitación de los niños, había ido a parar al armario empotrado.

Giró en redondo, manoteando las prendas que le cubrían. Trajes, vestidos, todo cayó al suelo. De nuevo encontró la puerta y volvió a

arrodillarse. ¿Dónde estaría Evelyn? Retrocedió arrastrándose, y al tantear la encontró cerca del lecho, donde la había dejado. Evelyn estaba inmóvil. Aún de rodillas, Tom la cogió en los brazos, mientras sus pulmones jadeaban desesperadamente, procurando aspirar aire puro. Se sintió demasiado débil para seguir adelante.

La tos le dominó de nuevo, y las mucosidades fluyeron como agua de su nariz. Parecía como si se hubiera acabado todo el aire del mundo, y sólo imperasen en él oleadas de gases calientes. Evelyn había resbalado ya de sus brazos y notó que él también caía en el suelo, a su lado.

Los niños, pensó. Santo Dios, los niños…

37

—¿Un brindis? —dijo Claiborne, y alzó la copa.

Lisolette sonrió e hizo otro tanto. Entrechocaron las copas y bebieron. Mientras tomaba unos sorbos, ella se dijo que Harlee era muy… continental, aunque tal vez la palabra ya había caído en desuso. Echó una mirada en torno suyo y vio que los comensales vecinos hablaban en voz baja, murmuraban, o permanecían en silencio. El señor Leroux había ido a hablar con unas parejas situadas junto al ascensor, y parecía estar discutiendo con ellos. Aunque no sabía el motivo por el cual discutían, se lo podía imaginar.

—Estoy seguro de que no hay razón para alarmarse, Lisa —le dijo Claiborne—. El fuego se encuentra a más de cuarenta pisos por debajo de nosotros, y dentro de poco estará dominado.

—Sí, creo que tiene razón. Lo que dice resulta lógico.

Él la miró fijamente y añadió:

—Sin embargo, algo parece estarla preocupando.

—En efecto —admitió ella—; estoy preocupada, pero no por su seguridad ni por la mía. Es otra cosa, y la verdad es que no puedo precisar de qué se trata.

Quinn Reynolds apareció en ese momento al lado de la mesa que ocupaban, y dijo:

—¿Puedo hacer que les traigan otra botella de vino?

Claiborne no disimuló su alegría.

—Vaya, gracias, señorita Reynolds. Le aseguro que sabremos apreciar la atención.

—Es una gentileza de la dirección —añadió la joven, y enseguida se alejó.

Pocos minutos más tarde, la camarera se acercó con otra botella y les llenó las copas. Su mano temblaba perceptiblemente mientras lo hacía, por lo que Lisolette alzó la vista y le dijo:

—Creo que no hay motivo para preocuparse, señorita. Los bomberos han llegado hace bastante tiempo, y sin duda han impedido que se extienda el fuego. De lo contrario ya nos lo habrían hecho saber.

—Las ambulancias también llegaron hace tiempo, señora —repuso la camarera, al tiempo que servía el vaso de Harlee—. Ni siquiera es mi turno de servicio esta noche. Estoy reemplazando a una compañera.

La muchacha se alejó y Harlee levantó la copa y tomó unos sorbos con aire de conocedor.

—¡Condenación, qué torpe me estoy volviendo en la edad! Lo siento, Lisa —dijo Claiborne, porque la camarera le había llenado excesivamente la copa, y unas gotas del oscuro vino habían resbalado por su barbilla hasta ir a manchar la delantera de su camisa blanca.

Lisolette sumergió la servilleta en su vaso de agua y frotó la mancha unos segundos.

—Harlee —manifestó—. ¿No sería mejor que se llevara el salero a los lavabos y se aplicase sal fina a la mancha? Una vez que la sal haya absorbido el vino, con un poco de agua y jabón, todo quedará arreglado. Quedará un círculo húmedo, pero ésa parece ser una tela de las que secan rápido.

—Lisa, a usted no se le escapa nada. Volveré dentro de un momento.

Claiborne cogió el salero y se puso en pie, tras lo cual avanzó entre las mesas en dirección a los servicios de hombres. Lisolette le observó mientras se alejaba y pensó que Harlee era en verdad un hombre muy atractivo. De carácter afable, y sobre todo, y lo que era

más importante, honrado en el fondo. Se preguntó si sería cierto que había órdenes de captura contra él en algunos estados. Con certeza que, en todo caso, sería algo que un buen abogado podría solucionar con un poco de tiempo y de dinero.

Lisolette dejó vagar la mirada por el salón. Había sido una velada espléndida, hasta que recibieron la noticia del incendio. Incluso, en los primeros momentos, la alegría no se había disipado. Luego, como dijo la camarera, llegaron las ambulancias y cambió el ambiente. Unos pocos comensales estaban aún en el Salón de Paseo observando lo que ocurría abajo. Ella y Harlee estuvieron allí un momento, y la vista de los camilleros y el ruido de los cristales estrellándose en el pavimento de la plaza, habían disipado su alegría.

Aun ahora se podía escuchar el lejano aullido de nuevas sirenas, conforme se acercaban al edificio otros coches de bomberos. Lisolette permaneció escuchando e imaginó la confusión que debía reinar abajo. Esperaba que los bomberos progresaran en su cometido y que ninguno resultara… Bueno, más valía no pensar en ello, se prometió interiormente. Uno de sus antiguos alumnos se hizo bombero, y no podía olvidar el dolor que experimentó cuando vio su nombre en los periódicos. Lo citaban como un héroe que había entregado su vida para salvar la de varias personas durante un incendio producido en las viviendas de unos humildes suburbios.

Se agitó inquieta. Algo le estaba rondando en el borde de la mente, pero no alcanzaba a precisar de qué se trataba. Las sirenas, desde luego, tenían que ver con ello. Las sirenas, el ruido de los vidrios al estrellarse abajo, la conmoción reinante en la calle y quizá el de los timbres del teléfono que hacían sonar las telefonistas para notificar a los inquilinos de la existencia del incendio. Ruido más que suficiente para despertar a los muertos, y con mayor razón a los vivos.

Sólo que había gente que no podía escuchar las sirenas.

Gente para quien ese estrépito no significaba nada. Gente que vivía en un mundo silencioso, sin palabras; que hablaban con las manos y se leían en los labios lo que estaban diciendo.

Tom y Evelyn Albrecht. Sabía que se habían acostado temprano porque él estaba agotado después de trabajar durante varias noches seguidas, y estuvo aguardando las fiestas para poder descansar. Aparte de esto, no podían escuchar las sirenas de los coches de bomberos, de la policía y las ambulancias. Tampoco hubiesen podido oír el teléfono, en el caso de que las telefonistas les hubieran llamado para advertirles acerca del incendio. Habían enseñado a la pequeña Linda a usar el teléfono, pero ella y sus hermanitos probablemente se fueron a la cama antes que sus padres. Y aunque hubieran despertado a Linda las llamadas, ¿qué podía ella saber acerca de evacuar un edificio, de alarmas de incendios, de colocar toallas en las rendijas de las puertas y en las rejillas de ventilación? No dejaba de recordar que Linda tenía tan sólo siete años.

Tal vez, pensó Lisolette, debía comunicar aquello a la señorita Quinn Reynolds. Ella sabría qué podría hacerse. Quizá llamaría abajo para avisar a los encargados de la seguridad o a los bomberos. Llamó la atención de Quinn y le hizo una seña para que se acercase, a lo que respondió la otra indicando que lo haría enseguida. Lisolette tableteó con los dedos sobre el mantel, cada vez más impaciente. Si al menos volviera Harlee. No, era un hombre digno de aprecio, el tipo de persona que se desenvolvía perfectamente en un salón o durante una cena elegante, pero no el hombre capaz de salir adelante durante una emergencia.

Quinn se había trasladado a la mesa de otros clientes y les estaba hablando serenamente, sin duda para tratar de calmarles, pensó Lisolette. No podía saber cuándo acudiría a hablar con ella.

Lisolette tomó entonces una decisión. Se puso en pie y avanzó hasta el extremo opuesto del comedor, donde se hallaban las cabinas del teléfono. Rápidamente, marcó el número de la sección de seguridad, pero enseguida se dio cuenta de que no había tono

para llamar. Lo intentó en otra casilla, con el mismo resultado. Los teléfonos estaban averiados, se dijo; quizá lo estuvieran ya desde hacía media hora o más.

Se acordó del pobre Schiller, atrapado en su pequeño apartamento. De nuevo resolvió actuar. Tan sólo podía hacer una cosa, aun a costa de un tremendo riesgo. Ignoraba si alguien había avisado ya a los Albrecht, y si éstos se encontraban a salvo en esos momentos, o si habían corrido siquiera algún peligro. El hecho de que fuera a arriesgar su vida no le preocupaba; tan sólo tenía en cuenta el trance por el que podían pasar los Albrecht.

No dejó de pensar, tampoco, en lo que su padre hubiera hecho en semejantes circunstancias.

Miró de nuevo hacia los ascensores. El señor Leroux y las dos parejas se habían separado. El primero regresó a su mesa un momento, y las parejas se hallaban ahora junto a la entrada del ascensor panorámico, en el extremo opuesto del salón. Nadie miraba hacia donde estaba ella. Se encaminó hacia la entrada del ascensor residencial y oprimió el botón. Después se acercó a una mesa vacía y humedeció una servilleta en la jarra de agua. Podía necesitarlo, se dijo, mientras regresaba a la puerta de los ascensores altos.

Se acordó de Harlee en el preciso momento en que se abrían las puertas. Quizá él creyera que le había abandonado llena de miedo, y se sintiera desilusionado por aquel modo de proceder. Pero comprendió que no era conveniente esperarle ni confiarle sus planes, pues habría procurado detenerla por todos los medios. Bueno, tal vez más tarde pudiera subir a aclararlo todo.

Lisolette entró en el ascensor y pulsó el botón del piso treinta y cuatro. Probablemente allí habría humo, o quizá no, puesto que el fuego se hallaba bastantes pisos más abajo, y ella ni siquiera iba a llegar al vestíbulo superior. Se le ocurrió que quizá se estuviera embarcando en una empresa necia y descabellada, pero no le importaba.

El ascensor redujo su marcha y al fin se detuvo. En el momento en que se abrieron las puertas, notó la presencia del humo. El olor a quemado se hacía más intenso conforme avanzaba por el pasillo. En el aire ya aparecían tenues volutas. El humo se hizo más denso conforme se iba acercando al apartamento de los Albrecht. Las puertas que daban a los pasillos se hallaban abiertas de par en par, lo cual indicaba que los inquilinos habían salido apresuradamente. El interior de los apartamentos estaba lleno de humo. En uno de ellos, Lisolette advirtió que el humo salía por la rejilla de la ventilación, y maquinalmente, cerró la puerta del piso. Ahora estaba realmente asustada, pensando en lo que podía haberles ocurrido a los Albrecht.

Éstos habitaban en un pasillo sin salida por el fondo, y por ello el humo era allí más denso. Provocaba tos y fatiga, y Lisolette pudo notar que sus pulmones empezaban a trabajar con mayor celeridad. Se detuvo un instante para atarse la servilleta húmeda ante la parte inferior de la cara, de modo que le cubriese la nariz y la boca. Aquello la alivió un poco.

La puerta del apartamento de los Albrecht estaba cerrada, y era de suponer que con el pestillo echado por dentro. Eso no significaba nada, pues podían haberla cerrado al salir, de no haberlo hecho apresuradamente, como muchos de los vecinos del pasillo. Empezó a golpear en la puerta, con la esperanza de que los niños pudieran escuchar desde dentro, ya que sus padres no podían hacerlo. Continuó golpeando hasta que se dio cuenta de que estaba perdiendo un tiempo precioso.

Abrió su bolso de mano y extrajo de él la tarjeta de crédito de los Almacenes Grammerty, donde se proveía. ¿Cuántas veces había leído cómo se hacía aquello, en sus libros preferidos de temas policíacos, o lo había visto en las películas de la televisión? Rogó a Dios que diera resultado. Se arrodilló, y de pronto sintió desesperados deseos de llorar. Había un pequeño marco metálico por todo el vano de la puerta, que impedía llegar al pestillo con la tarjeta. Golpeó la moldura metálica llena de ira, y advirtió de pronto que se movía. Se

hallaba fijada a la madera situada debajo, por medio de unos remaches pequeños y endebles. Buscó apresuradamente en el interior de su bolso y sacó la lima de uñas; insertó la punta entre la moldura y la madera, y luego retorció la lima hacia un lado. La lima se dobló, pero la moldura cedió levemente entre el rechinar de los pequeños remaches forzados, y la pintura se resquebrajó de arriba abajo en el punto de contacto con la madera.

Lisolette introdujo más a fondo la lima y apretó de nuevo, con lo que la pequeña brecha se hizo más amplia. Un intento más y podría introducir la tarjeta. Ya podía ver el leve fulgor de la espiga de latón del cerrojo. Metió la recia tarjeta entre la puerta y la placa del marco, dirigiéndola contra la lengüeta curva del cerrojo. No alcanzaba a ver si esa lengüeta estaba echada o no, pero la tarjeta le resbaló entre los dedos sudorosos. Envolvió un pañuelo en torno a la tarjeta e hizo un nuevo intento. Durante un momento no apreció movimiento alguno, pero de improviso la lengüeta se retrajo. Hizo girar el picaporte de la puerta y entró, cayendo casi, en su impaciencia, en el interior del apartamento.

Dentro, el piso estaba lleno de humo. Durante un minuto se vio acometida por un acceso de tos. Luego se ajustó mejor la servilleta sobre el rostro y avanzó inclinada.

—¡Niños! —gritó—. ¡Linda, Chris, Martin, soy Lisa! ¿Estáis ahí?

Se detuvo y escuchó atentamente para ver si oía alguna respuesta. No percibió nada, y por un momento se sintió enferma y hasta un tanto necia, por haber puesto en peligro su vida en una empresa tan disparatada. El humo era insoportable. Gritó de nuevo, y como antes no obtuvo respuesta. Gracias a Dios, se dijo, todos se habían marchado ya del apartamento.

Iba ya a retirarse, cuando creyó escuchar un lamento. Se volvió, deseando haberse equivocado.

—¡Niños! —gritó de nuevo; esta vez no había error posible, y notó unos sollozos en el dormitorio de los pequeños.

Lisolette cruzó corriendo la sala de estar y abrió la puerta de la alcoba de los niños. El humo era menos denso que en la sala de estar, y una vez que hubo localizado el interruptor de la luz echó una mirada.

Las camas estaban vacías.

—¡Niños, Chris! —gritó.

Se volvió para salir de la estancia, temiendo lo que pudiera encontrar en las habitaciones traseras del piso. De improviso escuchó un sollozo infantil a sus espaldas. Advirtió que provenía de un montón de ropas de cama que aparecían sobre el suelo. Avanzó inclinada hacia él y retiró las sábanas y las mantas. El pequeño Chris estaba encogido debajo, con los ojos húmedos por el llanto y por la irritación que provocaba el humo.

—¡Chris! —exclamó—. ¡Escúchame!, ¿dónde están tus hermanos?

El niño se llevó las manos a los ojos, sin dejar de llorar.

—¡Por favor, Chris, dímelo! ¡Díselo a Lisa!

—Están… escondidos —murmuró al fin.

—¿Dónde? ¡Dímelo, por Dios!

El chiquillo señaló el guardarropa. Lisolette corrió hacia allí y abrió la puerta. El armario empotrado estaba a oscuras, lleno de perchas y de bolsas con prendas de vestir. Advirtió que se movían levemente, y las retiró con presteza hacia un lado. Linda estaba con Martin, el pequeñín, encogidos ambos sobre el suelo de la parte posterior del guardarropa. Ella abrazaba con fuerza a su hermanito y aunque no lloraba, tenía los ojos llenos de lágrimas a causa del humo.

Linda se incorporó y corrió hacia lisa, aferrándose enseguida a sus piernas.

—¡Lisa, tengo miedo! —musitó—. Llamé por teléfono abajo, pero no me contestaban. Sonaba y sonaba, pero no había nadie. Y no pude despertar a mamá y papá, porque tienen echado el pestillo de la puerta.

Sí, como suelen hacer los padres de niños pequeños, cuando quieren estar un rato solos, se dijo Lisolette.

Y sin duda se habían dormido sin acordarse de abrir de nuevo. Acarició el cabello de la niña y dijo:

—Vamos, vamos, no tengas miedo. No pasa nada. Quédate aquí mismo, que vuelvo enseguida.

Regresó al dormitorio y quitó las fundas de las almohadas. A continuación corrió al cuarto de baño y las humedeció rápidamente bajo la ducha. Al volver, entregó dos de ellas a Linda y le dijo:

—Ponte esto sobre la boca, y coloca la otra a Martin. Yo le llevaré ésta a Chris. Eso impedirá que respiréis el humo.

Ayudó a anudar los trapos detrás de la cabeza de los dos niños, y estaba ya conduciéndolos hacia fuera, cuando se acordó de que había olvidado a Tom y a Evelyn. Tendría que despertarlos.

—*Mein lieber Gott!* ¡Esperad aquí, niños! —ordenó. Lisolette.

Aferró el picaporte de la puerta del dormitorio, pero se hallaba cerrado. Miró a su alrededor y vio una lámpara de recio pedestal situada sobre la mesa del comedor vecino. Tres veces golpeó el cerrojo, y al fin éste saltó destrozado. Abrió de golpe la puerta, y un calor de horno salió hacia ella en ondas sucesivas. Se agachó y estuvo tanteando en busca del interruptor de la luz del techo. Cuando la hubo encendido, comprobó que el humo era tan denso que apenas si alcanzaba a divisar las dos figuras caídas junto a la cama. Se acercó con presteza y notó que sólo estaban inconscientes, aunque ambos respiraban con dificultad y jadeaban a veces.

Sacudió a Tom, el cual se limitó a lanzar unos quejidos. Pensó que sería una pérdida de tiempo tratar de despertarlos. Tom estaba caído en parte sobre el cuerpo de su mujer. Lisolette lo apartó un poco y cogiendo a Evelyn por debajo de los brazos, la arrastró por el suelo fuera del cuarto. La gruesa alfombra hacía que fuese más difícil la tarea, y los pasos que dio en dirección a la puerta consumieron muchas de sus energías, en gran parte porque cada vez le costaba más respirar en el enrarecido ambiente.

—Linda, moja la frente de tu madre con la funda empapada —dijo a la niña—. Y vosotros, pequeños, tendeos en el suelo. Tú también, Linda. Puedes hacer eso mientras estás echada. Yo vuelvo a por vuestro padre.

Pudo haber sido su imaginación, pero Lisolette notó que el aire estaba aún más caliente y el humo más denso que antes en la alcoba. Se agachó una vez más y cogió a Tom por los brazos, tirando de él hacia fuera. Tom debía pesar unos ochenta kilos, se dijo; habría resultado mucho más fácil, si hubiera sido un hombre pequeño, como Harlee.

Tom se quejó de nuevo y sufrió un fuerte acceso de tos. Durante un momento, Lisolette dudó que pudiese arrastrarle hasta la puerta. El humo de la rejilla de ventilación seguía afectándole los pulmones. De nuevo le cogió por los brazos y tiró con mayor fuerza. Al fin salió con el cuerpo del interior del dormitorio. Ya en la sala de estar, empujó la puerta de la alcoba, que no se cerró del todo porque tenía el cerrojo estropeado.

—¿Están muertos? —preguntó la pequeña con los ojos muy abiertos—. Mamá no se mueve.

—No, no están muertos —respondió Lisolette, sintiendo que se le saltaban las lágrimas—. Pero tenemos que llevarlos a donde puedan respirar mejor.

De todas formas, comenzó a hacer la respiración boca a boca a Tom. Éste jadeó, tosió y se volvió de lado. Una densa saliva salió, de su boca y de pronto vomitó sobre la alfombra. ¿Qué podía hacer ella?, se dijo Lisolette, angustiada. No tendría bastantes fuerzas para arrastrarlos fuera del piso, inconscientes como se hallaban. Ni siquiera podría hacerlo con Evelyn, pese a ser mucho más liviana que su marido. Tendría que abandonar a los padres al humo y al fuego, se dijo para sus adentros; en cambio, podía salvar a los niños.

—Venid conmigo, pequeños; cogeos de la mano y no os soltéis.

Pero Linda permaneció inmóvil.

—¿Y papá y mamá? —preguntó.

Su voz temblaba ahora, como si fuera a echarse a llorar. El pequeño Chris advirtió el tono de sus palabras y comenzó a sollozar de nuevo.

—Ya enviaremos a alguien a que los recoja.

—Quiero quedarme con ellos.

—No, no, *kinder*, tienes que venir conmigo —rogó Lisolette, también casi al borde de las lágrimas.

Señor, se dijo, ¿por qué le pasaría eso a ella? Luego preguntó a la niña:

—Linda, ¿querrían tu papá y tu mamá que te quedases atrás?

Linda se dio cuenta, y aunque el llanto anegó sus ojos, hizo una seña afirmativa a Lisolette y cogió por la mano a Chris y a Martin, saliendo luego de la habitación.

El humo crecía siempre en intensidad, y Lisolette halló la puerta por el tacto tanto como por la vista. Conservaba los ojos entrecerrados para protegerlos del humo, que los irritaba intensamente.

—Señorita Mueller, ¿qué hace usted aquí?

Le había parecido oír unos pasos en el vestíbulo exterior, pero no quiso concebir una esperanza semejante. Abrió los ojos por completo y vio a Harry Jernigan en el umbral del apartamento. Detrás de él, divisó a dos bomberos con impermeables y cascos protectores.

—*Gott sei dank!* —exclamó ella, sollozando y empujando a los niños hacia los bomberos—. Por favor, ayuden a estas pobres criaturas.

Uno de los bomberos pasó junto a ella y se arrodilló ante las dos figuras tendidas más allá, en el suelo. Era muy joven, tal vez no tenía más de veinticinco años, se dijo Lisolette; pero resultaba difícil comprobarlo, debido a lo encarnada que estaba la piel de su rostro y a que ésta también se encontraba manchada de sudor y hollín.

Cogió la muñeca de Evelyn para tomarle el pulso, y luego se inclinó sobre el pecho de Albrecht.

—¿Cómo están, Johnny? —le preguntó el bombero de mayor edad.

—Bastante mal; han aspirado humo. Debemos sacarlos de aquí enseguida.

—¿Se recuperarán? —preguntó Lisolette, preocupada.

—No soy médico, señora. Tendremos que bajarlos al vestíbulo, donde hay equipos de oxígeno y pulmones artificiales. ¿Quieren llevar a los niños?

Jernigan asintió con la cabeza y dijo:

—Desde luego.

—Yo llevaré a los dos pequeños y usted puede llevar a Linda —terció Lisolette, cogiendo por la mano a los dos niños de menor edad.

Linda aún continuaba llorando, y Jernigan le dijo con suavidad:

—Vaya, no todos los días puede uno ayudar a una niña tan guapa como tú.

La pequeña procuró dominar los sollozos.

Los dos bomberos actuaban rápidamente.

—Johnny, lleva tú a la mujer; yo me encargo del hombre.

El bombero de menor edad tomó a Evelyn en sus brazos como si fuera una niña. El otro se echó a Albrecht sobre la espalda del modo que suelen hacerlo los bomberos.

—Bien, salgamos de una vez de aquí. Nos veremos abajo. No tomen los ascensores; el vestíbulo superior está lleno de humo y los ascensores ya no actúan desde allí. Bajen por las escaleras. La brigada de rescate se hará cargo de los niños y sus padres.

Los dos bomberos avanzaron por el vestíbulo con su carga. Les seguía Lisolette, y Jernigan cerraba la marcha. La mujer tropezó y Jernigan la aferró a tiempo. Estaba más debilitada de lo que creía, pensó Lisolette. El humo, sin duda, había contribuido a ello. Aunque quizá podía ocurrir que ya se le notaban los años. Continuamente

repetía a los dos pequeños que se aferraban a su falda, a cada lado, que retuvieran las fundas contra los rostros. La suya se había secado debido al calor que reinaba en el cuarto de los Albrecht, y cada cierto tiempo le acometía un acceso de tos. Debió haberla humedecido antes de salir de allí.

Los dos hombres ya habían desaparecido por el pozo de la escalera, cuando llegaron a ella. Jernigan abrió la puerta y la mantuvo abierta.

—Pase, señorita Mueller.

Ella le siguió con los dos chiquillos. Uno o dos pisos más abajo alcanzaba a escuchar el ruido de las botas de los bomberos sobre los peldaños de hormigón, y Lisolette rogó interiormente que llegaran a tiempo para salvar a los Albrecht. En la escalera también había humo, pero allí la atmósfera era relativamente respirable. La opresión que sentía en los pulmones fue cediendo.

—Han conseguido algunos progresos contra el fuego —manifestó Jernigan—. Está localizado en los pisos diecisiete y dieciocho, y lo combaten desde la otra escalera hacia el interior de las plantas. Se ha logrado eliminar gran cantidad de humo.

—También está haciendo frío —dijo Lisolette, y de pronto se echó a reír.

Cuando uno se queja, pensó, era que todo seguía como debía ser.

Chris tiró de la mano de Lisolette y dijo:

—¿Van a ponerse bien mamá y papá?

—Claro que sí, Chris. Ahora están durmiendo un poco.

—Si rezo se despertarán antes, ¿verdad?

—Estoy segura de que sí, Chris. Rezaremos los dos, pero muy bajito, para nosotros mismos.

El ruido de las botas de los dos bomberos iba alejándose cada vez más.

—Nos están dejando muy atrás —declaró Jernigan, que a su vez llevaba ya un piso de ventaja a Lisolette.

—Eso me alegra —repuso Lisa.

Tendría que llevar en sus brazos a Martin, pensó de pronto, pues su lento andar la retrasaba demasiado. Antes no había podido hacerlo, pero ahora sentía que estaba recuperando de nuevo las fuerzas. Se inclinó y alzó al pequeño hasta colocarlo en el hueco de su brazo.

Para ella resultaba un ambiente extraño la escalera, cubierta de tuberías que salían de cada piso y corrían por los rincones de los descansillos.

—Harry, ¿qué escalera es ésta? Nunca la había visto anteriormente.

La voz de él llegó desde casi un piso y medio más abajo.

—Ustedes suelen emplear la escalera norte del edificio, señorita Mueller. Ésta es la del sector sur, y está junto al núcleo de servicios, el hueco que contiene todas las tuberías y la caja de los ascensores. El ascensor panorámico se halla en la cara exterior de la pared.

Lisa se había orientado ya para entonces. Pocos pisos más y habría terminado la zozobra.

—Vamos, aprisa, Chris, si no quieres que nos quedemos atrás.

—¿Necesita ayuda, señorita Mueller?

—No, puedo arreglarme, Harry.

La mujer empezó a mover los labios en una silenciosa plegaria, no sólo por Tom y Evelyn Albrecht, sino también por alguien más.

Por segunda vez, en aquella noche, Lisa pensó en Schiller, atrapado en su apartamento.

38

Era el primer incendio importante para el bombero recluta David Lencho, quien a pesar del denso humo y del intenso calor, sentía una innegable y algo perversa excitación. El fuego se había convertido en un enemigo personal para Lencho, una especie de ígneo dragón cuya presencia le colocaba en un papel que podía recordar al de san Jorge. Se hallaba en la cabeza de la manga de seis centímetros de diámetro, avanzando trabajosamente por uno de los pasillos del piso diecisiete. Detrás de él iban otros dos bomberos, uno de ellos Mark Fuchs, el hijo del jefe. Se daba cuenta de que Mark también compartía la misma excitación que a él le embargaba.

Agachándose para evitar las capas superiores, más calientes, movía lentamente la cabeza de la manga hacia un lado y otro, lanzando sobre el vestíbulo en llamas un gran chorro de agua a alta presión. Llevaba el casco protector al revés, de modo que el amplio borde que normalmente iba hacia atrás, estaba ahora hacia delante, a fin de proteger el rostro de las llamas. La visibilidad no era muy buena en esas condiciones, pero debido al calor podía notar perfectamente dónde estaba el fuego.

Unos tres o cuatro metros más atrás, un segundo equipo de mangas lanzaba agua encima de él y los de su grupo delantero. En ocasiones se sentía como una rata ahogada, al menos en agua caliente o incluso en vapor recalentado, cuando el agua caía en un punto de muy elevada temperatura.

Avanzó unos pasos más, acercándose a la bestia, echó una breve mirada a Fuchs y sonrió en su excitación. Fuchs le hizo una seña aprobadora, cuando vio que Lencho avanzaba otro paso hacia las llamas. Podía permanecer allí diez minutos, todo lo más, y luego tendría que ser reemplazado. Pero Lencho sentía una especie de euforia al comprobar que había contribuido a derrotar al fuego.

Ajustó levemente el cabezal de la manga y dirigió el chorro hacia el techo, observando cómo se ennegrecía el cielorraso y saltaban dispersándose los trozos de yeso bajo la fuerza del chorro. Regueros de sudor le cubrían el rostro. Sentía una satisfacción muy especial cuando combatía un incendio. También era un placer trabajar al lado de hombres a los que respetaba. Hombres que estaban en su mismo grupo y por los que sentía afecto, como Jenkins, el tercer componente del equipo, y Mark Fuchs, el hijo del jefe, que por lo común manejaba la cabeza de la manga, pero al que había reemplazado unos minutos para que descansara y para adquirir él experiencia. Fuchs tenía su misma edad, y ambos habían ido juntos al colegio. Un año antes Fuchs ingresó en el cuerpo, y lo mismo había decidido Lencho.

Durante aquel tiempo, Fuchs se había casado y ahora tenía un niño pequeño. Lencho se rió para sus adentros. ¿De dónde habría sacado tiempo Fuchs para casarse? Imaginaba que un día u otro él mismo se casaría con alguna guapa chica judía. Tendría que hablar de ello a su madre. Ésta disponía de más tiempo para buscar una que le conviniese.

El cabezal de la manga casi se le escapó de pronto de las manos, y Fuchs, gritó:

—¡Ten cuidado, demonios, con lo que haces, Dave!

Lencho asintió con la cabeza, y la sonrisa se borró de su rostro. La manga lanzaba cerca de mil litros de agua por minuto a una presión de salida de unos 23 kilos por cada 2,5 cm cuadrados. Se requerían, pues, tres hombres para manejar una manga de seis centímetros de diámetro, y si perdían el control de la misma, la

pesada cabeza de latón podía golpear como un látigo y descalabrar a un hombre.

Unos doce metros delante, Lencho pudo divisar la combada puerta del cuarto de almacén donde se creía que el fuego había comenzado. A su izquierda, y hacia atrás, aún humeaban los restos carbonizados de Today's Interiors, aunque allí la mayor parte del fuego había sido extinguido. De improviso, un trozo de cielorraso inflamado cayó encima de su mano enguantada. Lencho aflojó la presión a causa de un movimiento reflejo, y la manga regó sin control las paredes del pasillo, al tiempo que Fuchs y Jenkins se adelantaban para ayudar. Lencho se apoderó de nuevo del cabezal, y entre los tres dominaron la pesada manga. Fuchs se inclinó hacia delante y gritó al oído de Lencho:

—Hazme el favor, no vuelvas a hacer eso, ¿entendido, Dave?

Lencho afirmó con la cabeza. Cedió el cabezal a Fuchs, y luego se quitó el guante de amianto y echó una mirada a su mano. En el lugar donde el cielorraso ardiente le había caído, se formaba una ampolla del tamaño de tina moneda pequeña. Le dolería durante una semana, se dijo. En ese momento el fuego ya no resultaba tan interesante. Tenía el rostro congestionado, las fosas nasales llenas de mucosidad, y le empezaban a doler los pulmones. Tosió y siguió avanzando, aunque tenía cansados los músculos. De pronto notó un golpecito en un hombro, y una voz que gritaba desde atrás:

—¡Está bien, chicos, habéis terminado por ahora!

El grupo de relevo se hizo cargo de la manga, y Lencho, Fuchs y Jenkins retrocedieron hasta el descansillo de la escalera. Allí se encontraba el jefe Infantino.

—¿Estás bien, Lencho? —le preguntó, pues como hombre de cabeza, había soportado lo más duro de la labor.

—Tengo un poco quemada la mano, pero no tiene importancia.

—Déjame verlo.

Lencho tendió la mano. Infantino observó la quemadura con aire profesional y dijo:

—Bueno, baja a primeros auxilios, en el vestíbulo, y que te curen y venden.

—Puedo aguantarlo.

—¿Prefieres que se te infecte, y perder una semana en vez de unos pocos minutos? Vamos, ve a que te curen, Lencho. Es una orden. Ya te diré cuándo empiezan a dar medallas por ser tonto.

Lencho enrojeció y dijo:

—Iré enseguida, señor. Estaré de vuelta dentro de un momento.

—No, no vuelvas aquí.

—No le comprendo —manifestó Lencho, extrañado.

—Estás más cansado de lo que tú crees. Necesitas algo más que unos minutos. Si vuelves enseguida, no durarás ni la mitad que antes.

La voz de Infantino adquirió un tono sombrío.

—He sabido que perdiste el control del cabezal por dos veces —continuó—, con lo que has puesto en peligro la vida de los hombres con quienes estabas. Eres un valiente, Lencho, y posees una gran voluntad, pero eso es como cuando se tiene un motor muy fuerte y la dirección no marcha bien. El apagar un incendio requiere algo más que coraje. También requiere cerebro.

—Le aseguro que no volverá a ocurrir, señor —repuso Lencho, hondamente afectado.

—Claro que no volverá a ocurrir; ya me encargaré yo de ello.

Infantino le miró un momento, y luego dijo con menos severidad:

—Cuando te hayan curado, preséntate al capitán Miller, en el piso dieciséis. Consigue una palanqueta y tú y Fuchs ayudad a revisar la planta. Lo principal del fuego ha sido extinguido allí, pero están comprobando si hay nuevos focos.

—Sí, señor —contestó Lencho, que sentía como si le faltaran las palabras.

Luego, antes de bajar, se volvió a mirar hacia el extremo opuesto del pasillo y dijo:

—Parece como si estuviera disminuyendo.

Infantino asintió con la cabeza y declaró:

—Con toda el agua que hemos echado ahí, no podía ocurrir más que eso.

Lencho comenzó a descender los peldaños que le llevarían hasta el piso quince, donde tomaría el ascensor hasta el vestíbulo inferior. Había sido muy hermoso mientras duró, dijo para sus adentros.

39

Barton ya no podía aguardar a que se presentara Leroux. Lo que deseaba era quitarse de encima aquel fardo. Pero Leroux no aparecía en los viajes que realizaba el ascensor panorámico desde el Salón de Paseo. Y tampoco llegaban Thelma ni Jenny. Pensó que cuando apareciese Leroux, ya poco quedaría por hacer, exceptuando enfrentarse a las cámaras de los reporteros.

El vestíbulo había sido despejado y aquellos inquilinos que no aceptaron las reservas hechas en hoteles dormían en catres instalados en el vestíbulo inferior de la cantina, y en los pasillos adyacentes. Unos pocos seguían ante las mesas de la cantina, hablando en tono monótono y felicitándose por pertenecer aún a la fraternidad de los supervivientes.

Hubo otros problemas, aparte de los relativos a los inquilinos. Barton consiguió mecánicos para que reparasen los ventiladores del cuarto de máquinas. Éstos le prometieron que en el curso de una hora todos los ventiladores estarían funcionando para extraer el humo del edificio. Los conductos de ventilación de los pisos superiores estaban casi todos intactos. En cuanto a la reparación de las líneas telefónicas que comunicaban con los pisos superiores, habría que esperar a que el fuego hubiese sido dominado en los distintos pisos.

Los problemas humanos habían creado a Barton más dolores de cabeza que los de índole mecánica. Un representante de la compañía de seguros que cubría la Casa de Cristal logró atravesar la

barrera y los policías que la guardaban. Barton tomó una taza de café en la cantina, y cuando regresó al vestíbulo principal descubrió que el hombre estaba filmando las operaciones de los bomberos, así como los daños, con una cámara de televisión portátil. Como se negara a retirarse, Barton lo echó por la fuerza.

También apaciguó a algunos de los inquilinos de tiendas, a los que la policía dejó pasar tras concederles permiso Barton. La mayoría de ellos se hallaban enormemente preocupados por la posible pérdida de sus archivos y registros. Unos pocos temían por las mercancías, muebles u otras pertenencias. Barton los tranquilizó a casi todos, y sugirió a algunos que se pusieran en contacto con sus compañías de seguros, cuando hubieran terminado los daños. El acceso hasta los pisos o despachos estaba prohibido para todo el mundo. Barton manifestó que serían informados en el momento en que terminara la labor de los bomberos. Habría numerosas cancelaciones de alquileres, cuando el incendio hubiera acabado; pero aquello era asunto de Leroux, no suyo.

En el hospital había una docena de inquilinos con principios de asfixia producida por el humo, y un número similar de bomberos afectados de igual modo. Además había gente que aún no había sido encontrada hasta el momento, y Barton se sentía muy preocupado. Douglas, Albina Obligado, Bigelow, Deirdre Elmon —de la cual Jernigan insistía que se hallaba en el edificio, aunque había firmado al salir—, y cierto número de vecinos que Barton no conocía.

También hubo bajas. Un inquilino que murió por inhalación de humo. Y Michael Krost. Los bomberos habían terminado con el fuego en el piso diecisiete, pero principalmente porque ya no había nada más que pudiese arder. Hallaron abiertas las puertas de un ascensor. En él había un cadáver, que los camilleros llevaron al vestíbulo. Barton ayudó a identificar el cuerpo. Fueron unos momentos muy desagradables, cuando se pretendió establecer a quién pertenecían los restos. Barton insinuó su identidad, y luego los camilleros se marcharon con su carga cubierta por una manta que chorreaba agua

sucia, caída encima en el vestíbulo donde estaba el puesto de rescate.

En conjunto, se dijo Barton sombríamente, el siniestro podía haber resultado peor, mucho peor. El fuego en el piso diecisiete ya estaba extinguido, lo mismo que algunos focos en el dieciséis. En cuanto al dieciocho, las llamas estaban allí bajo control. Los hombres de Infantino tenían ahora problemas en el piso veintiuno, donde el fuego había ascendido por unos conductos de los costados, pero la cosa no parecía seria. Aunque cualquier fuego era serio, o podía serlo.

—¿No ha bajado Jenny? —preguntó Infantino, que llevaba con él un vaso de café de los que entregaban al personal de comunicaciones.

—Todavía no —repuso Barton—. Ella y los Leroux probablemente vengan en los últimos viajes desde el Salón de Paseo.

Barton echó un vistazo al vaso de plástico que Infantino tenía en la mano.

—¿Por qué no ha pedido café en la cantina? —inquirió.

—Porque Garfunkel pidió voluntarios para ir allí, y María Tifoidea fue la primera que se ofreció. Esa mujer ni siquiera ha conseguido hacer hervir el agua en toda su vida. ¿Se sabe algo desde el hospital acerca de Edwards?

—Parece que resiste, pero aún está en la unidad de servicios intensivos. Lo supe por Garfunkel; ambos eran muy buenos amigos.

Barton vio a algunos bomberos que aguardaban para subir en los ascensores, y preguntó:

—¿Cuál es la situación en el piso veintiuno?

—El fuego se ha propagado a algunos apartamentos del sector norte, pero lo estamos dominando —declaró Infantino, y al advertir que sus palabras resultaban demasiado optimistas, añadió inmediatamente—: no se ilusione demasiado, porque el fuego es algo imprevisible. Como se produjera una avería en el cuarto de máquinas, todo se volvería en contra. Y si nos equivocamos al

calcular el potencial de combustión que existe por encima del piso dieciocho, también se nos pueden presentar complicaciones. Por otra parte, ya le he dicho antes que este edificio es como un queso de *Gruyère*. El fuego puede haberse abierto camino a través de una docena de conductos distintos, y estar iniciándose ahora donde menos se piensa.

Infantino gritó algunas órdenes a unos bomberos que pasaban con una manga, y luego se volvió hacia Barton y le preguntó:

—¿Cómo es que Leroux no ha venido entre los primeros, desde el Salón de Paseo? Me alegra que usted esté aquí, pero esto no le favorecerá a él demasiado.

—Según parece está dirigiendo la evacuación allá arriba, donde mantiene el orden, impide que se produzca el pánico y todo eso. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque puede haber otra razón. Que le resulte a él más difícil dar la cara que a usted. En el momento en que ponga el pie en el vestíbulo y se enteren los periodistas, no será fácil que los policías logren contenerlos. Supondrá una dura prueba para él. Yo creo que Leroux ya se ha dado cuenta de que podría ocurrir todo eso.

—Es posible —admitió Barton—. Quizá esté tratando de ganar tiempo para pensar algunas de las preguntas que pueden hacerle; aunque siempre podría responder «sin comentarios». De todas formas, el problema es sólo suyo.

Infantino terminó su café y aplastó con la mano el vaso de plástico.

—Examinemos de nuevo sus dibujos —manifestó—. Quiero comprobar lo que hay por encima del piso veintiuno. ¿Hasta qué punto podemos confiar en que Garfunkel esté al corriente del potencial de combustible que hay allí?

—Yo le tengo una confianza absoluta, y apostaría en ello mi vida.

—Tal vez no se trate de la suya, sino de la de otros. Echemos nuevamente un vistazo a sus esquemas.

Se encaminaron hacia el puesto de cigarros, donde se hallaba el centro de enlace de comunicaciones. Barton notó que en esos momentos había menos mensajes radiados. Infantino había dejado de enviar partes solicitando más personal. Y en el resto de la ciudad, las comunicaciones habían vuelto a la normalidad, al no ser puestas sobre alerta nuevas unidades contra incendios.

Estaban estudiando a fondo el potencial de combustible sobre el piso veintiuno, cuando llegó un policía y dijo:

—Señor Barton, en las barreras hay un hombre que insiste en verle.

—No quiero ver a nadie —gruñó Barton, irritado por la interrupción, pero enseguida lanzó un leve suspiro e inquirió—: ¿Quién es?

—Dice llamarse William Shevelson, y asegura que fue capataz o algo así en la construcción del edificio.

Barton contuvo el aliento. Shevelson. Sus ojos se encontraron con los de Infantino.

—Dígale que venga —manifestó.

Shevelson llegó cruzando el vestíbulo un minuto más tarde. Llevaba un cigarro apagado en los labios; era una cabeza más bajo que Barton, pero igual de ancho. Se observaron el uno al otro un momento, y Barton decidió, lo mismo que cuando había conocido a Shevelson por vez primera, dos años antes, que aquel personaje no le gustaba. Shevelson poseía una actitud belicosa que no resultaba fácil de definir, aunque parecía indicar que consideraba a todos los demás como unos incompetentes.

—Usted es Barton —dijo Shevelson, sin dejar de observarle—. Ya le conocía de antes, y ahora lo recuerdo. Fue hace un par de años.

Luego saludó con la cabeza a Infantino y le preguntó:

—¿Dónde está Leroux?

—Aún no ha bajado desde el Salón de Paseo.

—Si yo estuviera en su piel, tampoco lo haría.

—¿Quería usted verme? —le preguntó secamente Barton.

—En efecto —admitió Shevelson, y después de vacilar un momento arrojó un rollo de planos a Barton y agregó—: si ese condenado estuviera aquí, le haría sudar para que consiguiera esto; pero no está, y creo que puede serles de utilidad a ustedes.

Barton recogió los planos y contestó:

—Muchas gracias.

Hubiera querido dar un poco más de calor a sus palabras, pero Shevelson era un hombre con el que resultaba difícil ser cortés. Entonces volvió a notar la mirada de Infantino, y de pronto los dos se dieron cuenta.

—Es usted el que suministró la información confidencial a Quantrell, ¿no es verdad? —le preguntó Infantino, con hostilidad que no procuró disimular.

—Quantrell también me empleó a mí para sus fines —respondió Shevelson, con calma—. Fui tan ingenuo como usted; de modo que ahora ya tenemos más experiencia. Por otra parte, si debo hacer penitencia —añadió señalando a los planos—, eso puede valer perfectamente.

—No sé si los necesitaremos ya —declaró Barton—. De todos modos, se lo agradecemos.

Aquello era una despedida. Los planos, en efecto, no le servirían ya de mucho.

Pero Shevelson no se movió de su sitio. Echó una mirada al vestíbulo, luego hacia el cielorraso.

—Ya lo creo que va a necesitarlos —manifestó, y señaló brevemente los dibujos que Barton tenía sobre el mostrador—. Yo en su lugar, tiraría todo eso y echaría un vistazo a los planos. Estoy seguro de que los encontrará interesantes.

—Olvida usted que yo he diseñado la Casa de Cristal —declaró Barton.

—No, no lo he olvidado. Usted la diseñó, yo la construí y Leroux no hizo otra cosa que pagar por ella. Pero ahí está lo malo. No quiso pagar demasiado.

Algo en la voz de Shevelson hizo que Barton extendiese los planos por encima de sus propios dibujos. Los examinó rápidamente. Le resultaban familiares, demasiado familiares, y le pareció volver tres años atrás, al tiempo en que trabajó en ellos. Le pareció que había transcurrido mucho tiempo desde entonces, cuando era más feliz, aunque menos experimentado. En cuanto a la felicidad, la había perdido, y de su experiencia no estaba seguro.

Los planos eran tal como los recordaba. Pero de improviso comenzó a notar diferencia, pequeños cambios. Se dio cuenta entonces de que estaba mirando los verdaderos planos que sirvieron para la construcción efectiva del rascacielos, y no los dibujos originales que él había diseñado cuando aún estaba en Wexler y Haines.

Alguien tuvo que ser responsable de aquello, pensó con disgusto. No podía ser tan sólo Leroux. Era práctica común en las compañías constructoras sugerir la forma en que podía ahorrarse dinero mediante el empleo de otros materiales o procedimientos que tuviesen la misma utilidad. Y Shevelson era capataz de la compañía constructora.

—Tiene razón, Shevelson, yo diseñé el edificio y usted lo construyó, pero hizo un pésimo trabajo. Si quiere detalles, empecemos con los orificios de los conductos. Muy pocos de esos agujeros estaban debidamente obturados y ésa fue una de las principales razones de que las llamas se extendieran tan de prisa.

Shevelson asintió con aire afable y dijo:

—También usted está en lo cierto, Barton. Los orificios probablemente no estaban cerrados como era debido. Un trabajo chapucero, lo admito. Pero no debieron hablarme a mí de eso, sino a la gente de los servicios, que fueron quienes hicieron los agujeros. Y también debiera acusar a alguno de los inspectores del Departamento de Edificación y Seguridad del municipio. Ellos debieron haber puesto el grito en el cielo. Sin embargo, tal vez aquel día estaban demasiado atareados y se limitaron a echar un vistazo

apresurado. Al fin y al cabo, la ciudad no les paga para que se dediquen tan sólo a buscar defectillos; o quizá hubo otros que les pagaron para que no los viesen.

—Tenían que haberse instalado puertas cortafuegos en los pozos de la escalera, para evitar que se extendiera el humo —añadió Barton lentamente—. De eso fueron responsables ustedes. Nosotros las solicitamos.

—Lo sé. Pero los reglamentos contra incendios de la ciudad no los exigen, y hay constructores que las consideran como un lujo superfino. En este caso así sucedió. En el momento de la construcción los reglamentos tampoco exigían pozos de escalera a presión. Sus primeros diseños preveían su instalación, ¿no es cierto?

—Así es. ¿Por qué no se instalaron? —inquirió Barton, irritado.

Shevelson extrajo otro cigarro de su bolsillo.

—¿Se puede fumar aquí, jefe? —preguntó—. Hay bastante agua en este vestíbulo, de modo que no creo que haya que preocuparse por unas pocas cenizas que caigan sobre la cubierta protectora.

Y encendió el habano sin esperar el consentimiento de Infantino. Después continuó:

—Mire, Barton, ¿por qué cree que me echaron a mí? ¿Porque aprobaba los cambios que hicieron en los planos? No; y tampoco es que me caiga usted simpático, pero debo reconocer que diseñó un hermoso edificio. Y tomándolo en conjunto, resulta bastante seguro. Yo no fui el que hizo los cambios. Fue su jefe. A mí me expulsaron porque no los aprobaba.

—¿Me está diciendo que el responsable es Wyndom Leroux?

—¿Quién, si no? Él pagó las facturas. Quizá sea que es demasiado buen negociante. Ustedes dibujan planos muy bonitos, y luego son otros los que deben hacer cuentas y convocar las subastas para adjudicar las obras.

Barton movió negativamente la cabeza.

—En este caso, no fue necesario —explicó—. La compañía constructora era una empresa satélite.

—¿Knudsen? —dijo Shevelson, alzando las cejas—. Sabía que Leroux tenía intereses en esa empresa, pero no hasta tal punto. De todas formas, eso no cambia las cosas. Leroux no permanecería mucho tiempo en el negocio si su propia compañía constructora no pudiera erigir sus edificios al menos a un precio tan bajo como lo hace cualquier otra firma.

Barton podía imaginarse a Leroux, diciendo que aquello era un negocio y no una entidad benéfica. Había cumplido al mínimo los preceptos contra incendios, limitó radicalmente los costos y eliminó los detalles superficiales.

—Parece como si le defendiera usted —dijo Barton.

—Usted bromea, amigo —respondió Shevelson, con repentina amargura—. Precisamente me echaron por no estar de acuerdo con él. Me disgustaba construir trampas de fuego, por muy bonito que fuera su aspecto.

De pronto los ojos de Shevelson se empequeñecieron a causa de la ira, y masculló:

—¿Dónde demonios estaba usted durante la construcción? Se permite acusar con mucha facilidad; pero ¿qué hacía mientras tanto? Es usted el arquitecto principal; el proyecto le pertenecía más que a nadie.

—Fui trasladado a Boston durante la primera fase de la construcción —repuso Barton, secamente—. Me encontraba en San Francisco cuando se comenzó a trabajar en los interiores del rascacielos.

Shevelson mostró un abierto desdén.

—Su trabajo en Boston tenía que ser muy importante, ¿verdad? —agregó—. Y también en San Francisco, ¿eh? ¿No se le ocurrió que Leroux tan sólo quería mantenerle fuera de esta ciudad mientras se realizaba la construcción de la Casa de Cristal? De haber permanecido usted aquí, sin duda hubiese supervisado las obras directamente, realizando los controles oportunos, día tras día. ¿Qué habría hecho al descubrir que Leroux estaba abaratando la obra

poco a poco? ¿Poner el grito en el cielo, o renunciar? Por eso Leroux consiguió lo que quería: dominarle a usted y apartarle de su camino.

—Tiene razón —admitió Barton, molesto—. Pero existe una diferencia fundamental entre nosotros dos, Shevelson. Usted sabía lo que estaba sucediendo; yo, no. ¿Por qué no fue a hablar con los funcionarios del municipio o del Departamento de Incendios? Usted supo lo que ocurría, las infracciones que se cometían. ¿Qué hizo para solucionarlo?

—Ahí está el quid del asunto —replicó Shevelson, despacio—. No se trataba en realidad de infracciones, o en todo caso lo eran de menor cuantía, nunca de índole grave. Yo no podía demostrar nada. Quizá unas pocas coincidencias, como el cambio repentino en los reglamentos contra incendios de la ciudad, cuando se eliminaron los pozos de escalera a presión. Mi caso parecía tan sólo emocional, de manera que opté por acudir a los periódicos y a las emisoras de televisión. Nadie hizo nada, con excepción de Quantrell. Pero ahora, bien lo sabe el cielo, puedo decir que lo lamento.

Shevelson permaneció un momento callado, con el semblante sombrío, luchando por dominar su cólera. Barton e Infantino también callaban, aguardando.

—Todo lo que él hizo resultaba perfectamente… legal. Un pequeño engaño aquí, otro pequeño engaño allá, hasta que al fin el edificio vino a ser una endeble versión de lo que debió haber sido. Quizá no resultaba más peligroso que otros rascacielos de la ciudad, pero por lo que a mí se refería, era el que yo había ayudado a construir.

Shevelson miró entonces a Barton con la expresión del hombre que duda de que vayan a comprenderle.

—¿Quiere saber quién redacta los reglamentos contra incendios en esta ciudad, Barton? Pues pregunte a las empresas inmobiliarias, a los propietarios de edificios. Ellos son quienes hacen los códigos. Cuando llegan los inspectores del Departamento de Incendios, todo está resuelto. ¿Están las válvulas de las tuberías montadas

debidamente? ¿Funcionan bien? ¿Se han instalado los fusibles de contacto de las puertas cortafuegos en la forma prescrita? Pero también hay otros asuntos que deben ser investigados, y que nadie parece querer averiguar. ¿Por qué en esta ciudad el requisito de los pozos de escalera a presión fue eliminado del código contra incendios? ¿Por qué en Nueva York no se exigió esos pozos a presión, ni conductos de humos, hasta 1973? ¿Por qué en Los Angeles se permiten los techos de chapa, que constituyen uno de los riesgos de fuego más grandes que hay? ¿Quién ejerce las presiones políticas en estos casos? Como puede ver, Barton, nuestra ciudad no es el único caso.

Shevelson estaba haciendo una acusación y una súplica de comprensión al mismo tiempo, se dijo Barton. Al menos, por el momento, podía ver más allá de la fachada, y comprendía el desdén que sentía Shevelson por los hombres mezquinos. Sin duda había conocido a muchos de ellos.

—¿Adónde nos conduce todo esto? —preguntó Infantino, impaciente—. Lo cierto es que aquí tenemos un incendio.

Y que no estaba apagado, pensó Barton. Pero Shevelson le había recordado algo: que el edificio era suyo. Se engañaba a sí mismo si creía poder escapar de esa realidad. Volvió los planos hacia Shevelson, y preguntó:

—¿Cuáles son los aspectos que desconocemos? Tendría que pasarme toda una noche estudiando estos planos. Sin duda, usted conoce esas deficiencias de memoria.

De pronto, Shevelson asumió una actitud dinámica.

—Supongamos lo peor —dijo—. Probablemente hay pocos orificios de conductos que están sellados debidamente. Y el rascacielos se halla plagado de ellos. Algo peligroso y tosco, pero rápido, fácil y barato. Las gentes de servicios tenían que ganarse el pan, y Leroux no pagaba demasiado. De modo que también hicieron trampa. Puede deducirse entonces que el edificio posee escasa integridad, en lo que se refiere a la resistencia a los incendios.

También es cierto que algunas de las vigas principales se hallan al aire en ciertos lugares en que esos conductos pasan directamente debajo, y van fijadas a ellas como medio de sostén. Otras veces son las tuberías las que van sujetas a las vigas. En cualquier caso, la protección contra incendios de las vigas ha sido eliminada al hacer esas instalaciones, y me juego diez contra cinco a que no se la ha vuelto a reponer. Se trata también de algo corriente, pero en un gran incendio, eso puede hacer que se derrumbe toda una planta. Sin embargo, la principal preocupación que tienen ustedes reside aquí.

Shevelson se quitó el cigarro de la boca, y con el extremo encendido señaló hacia una parte de los planos.

—Aquí, en el núcleo de servicios. El método antiguo de construir un núcleo protegido contra el fuego consistía en erigirlo con bloques de material que luego se recubrían de yeso. En la actualidad se utiliza el Pyrobar. Se trata de un material muy resistente al fuego, aunque estructuralmente hablando no resulta demasiado fuerte. Los defectos de diseño residen en que existen algunos cuartos de almacén, tanto del edificio en sí como de los inquilinos y de los despachos comerciales, que comparten una pared común con el núcleo de servicios. Ahora recuerden que las tuberías del gas, del vapor y las líneas de electricidad y algunas del teléfono van directamente por ese núcleo. Resulta concebible, entonces, que si uno de esos cuartos de almacén llega a incendiarse, la complicación sería grave, tanto más cuanto mayor sea el potencial de combustión. Y en los cuartos de almacén, éste suele ser elevado.

Barton miró a Infantino.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—No hay gran peligro. El único cuarto de almacén que se ha incendiado está ya bajo control —manifestó Infantino, que no parecía impresionado por las palabras de Shevelson, y agregó—: de todos modos, gracias por traer los planos. Siempre es mejor saber dónde se hallan realmente las cosas.

Shevelson sonrió con presteza y repuso:

—Recuerdo que un profesor nos dijo una vez que un rascacielos es la máquina mayor que existe, pero sobre la cual nadie ha escrito todavía un manual de funcionamiento. Esto es lo más que he podido hacer.

Echó otro vistazo a los planos, durante un momento, y luego recorrió con la vista el vestíbulo, una vez más. Añadió entonces con lentitud:

—Es un hermoso edificio, siempre lo he dicho. En su mayor parte es suyo, Barton, pero también a mí me pertenece una buena parte. Creí que debía hacer lo que pudiera, por más que desprecie a Leroux.

—Usted no le despreciaba al comienzo, ¿verdad? —preguntó Barton, de improviso.

Shevelson parecía estar perdido en sus pensamientos. Luego, respondió:

—No, no le despreciaba. En los primeros tiempos le tuve por el hombre más competente que había conocido.

Las puertas del ascensor panorámico se abrieron de pronto, y su carga humana se esparció por el vestíbulo. Barton buscó entre los rostros de los que salían, el de aquellos que esperaba. ¿Cuántos viajes había hecho ya el ascensor? ¿Diez? ¿Once? Leroux tenía que llegar en el siguiente viaje. Y también Jenny.

40

Para Ian Douglas, el mundo se había convertido en una sucesión infinita de escalones que llevaban hacia arriba. Trepar una docena de peldaños, descansar un momento en el rellano de hormigón, y luego ascender otra docena de escalones. De vez en cuando manipulaba un picaporte, con la esperanza de que alguno estuviera mal cerrado y pudieran salir a una de las plantas. Después de una docena de vanas tentativas, renunció a esa operación.

Persistía el problema del humo; primero eran suaves volutas de olor tenue, que luego iban adquiriendo mayor densidad, hasta que resultaba difícil respirar. Para complicar las cosas, el tobillo de Albina había empeorado en el piso treinta, y se había visto obligado a llevarla en vilo a partir de entonces. Douglas notó que estaba rebasando los límites de su resistencia física. Se detuvo más a menudo para descansar. Una de las veces se disponía a iniciar el ascenso cuando comenzó a toser. Advirtió que el humo, iba espesándose, y comenzaba a llenar todo el pozo de la escalera.

Se encontraban en el piso cuarenta y cinco, cuando comprendió que no podría subir mucho más, con la carga de Albina y aquella creciente dificultad para respirar. La mujer empezaba a toser continuamente. En cuanto a Jesús, bastante hacía con irse arrastrando escaleras arriba. Afortunadamente para él, los síntomas del drogado parecían haber disminuido. La certeza del peligro inmediato debían haber inundado de adrenalina su aparato circulatorio, proporcionándole las fuerzas que necesitaba. Pero

tenían que descansar, aun a riesgo que el humo los envolviera. Se sentó en el escalón del rellano y por un momento cedió a un acceso de tos.

—Continúe subiendo —dijo Albina a Douglas, quedamente—. Cuando esté arriba envíe a los bomberos a por mí. Lleve a Jesús con usted y siga subiendo.

Douglas lo pensó, pero luego rechazó la idea. La mujer ya estaba debilitada, y apenas si podría resistir el humo. Y había algo más. Por vez primera, Douglas se hallaba inmerso en una lucha a vida o muerte, y con toda su alma deseaba ganar. Siempre le habían tenido por un hombre débil, a pesar de su corpulencia. Quería demostrar que los demás estaban equivocados. Aunque nadie le hubiera reprochado que se pusiera a salvo, estaba decidido a que sobrevivieran los tres.

Jesús y Albina comenzaron a jadear. De pronto, Douglas recordó algo que había leído cierta vez.

—¿Tienen ustedes pañuelos? —preguntó.

Jesús asintió y extrajo del bolsillo una especie de trapo sucio. Albina hurgó en su bata y sacó un pañuelo de notable color rojo. Por su parte, Douglas desplegó el pulcro pañuelo blanco que en forma de triángulo llevaba doblado en el bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Jesús, con curiosidad.

—Orinen en él —dijo Douglas.

Jesús le miró con gesto de incredulidad.

—Les digo que orinen —repitió Douglas—. Luego aten los pañuelos cubriéndose la nariz y la boca. Les ayudará a rechazar el humo.

—¡Oiga, usted está bromeando! —exclamó Jesús, sin disimular su asombro.

—Hablo completamente en serio —aseguró Douglas—. Ahora, hagan lo que les digo.

—¿Quién me ordena eso? ¿Usted?

El desdén que había en la voz del muchacho resultó excesivo para Douglas. Éste empujó a Jesús contra la pared, le cogió luego por el cuello y con la otra mano le dio dos bofetadas con la mano abierta. La cólera le había puesto fuera de sí.

—¡Me importa poco lo que pienses! ¡Vas a hacer lo que te digo! Tenemos aún veinte pisos por delante, y no llegaremos si respiramos con dificultad. ¿Acaso tienes tú una idea mejor? En tal caso, habla. De lo contrario, haz lo que te digo, o te rompo todos los dientes.

Douglas echó hacia atrás el puño, y Jesús consiguió erguirse aunque tenía la pesada mano de Douglas aferrándole por la camisa.

—Se está esforzando inútilmente —agregó Jesús, cuya voz ya no evidenciaba desprecio, aunque tampoco temor.

—¿Por qué lo dices?

—Porque todo me importa muy poco. Ahora, y probablemente también antes. Drogadicto… Marica… ¿Qué importa todo eso? Dentro de otros diez minutos, ya a ninguno de nosotros nos preocupará nada.

Douglas enrojeció y bajó el puño. Durante un momento, Jesús había sido el mundo, la suma de todas las burlas, las risitas y los murmullos que se habían acumulado a través de los años. Douglas se sintió avergonzado de sí mismo.

—Orina en el pañuelo —murmuró, no obstante—. Es lo único que creo que podrá ayudarnos.

—Haz lo que te dicen —intervino Albina, ásperamente—. ¿O es que aquí hay un solo hombre?

Jesús se volvió sin decir una sola palabra, con el pañuelo en la mano. Douglas hizo lo propio, mientras que Albina, en los escalones, repitió el acto con notable decoro. Douglas la ayudó a atarse el pañuelo en torno al rostro. Luego le enlazó un brazo sobre su hombro y continuó subiendo. Jesús los siguió.

Ascendieron dos pisos más, cuando Douglas se dio cuenta de que los pañuelos eran más un elemento psicológico que efectivo. La tela era demasiado delgada para atajar las pequeñas partículas de

hollín, y tampoco ayudaba a filtrar los gases de la combustión. Douglas comenzó a toser de nuevo, como lo hacía Albina. Jesús se arrancó el pañuelo del rostro y lo tiró sobre los peldaños. No dijo nada, y Douglas tampoco hizo ningún comentario.

En el siguiente rellano, Douglas descubrió la manga contra incendios que había en una cavidad cubierta por un cristal.

De pronto, tuvo una idea. Se detuvo mientras los otros dos miraban, y se quitó un zapato. Lo levantó y golpeó con el tacón el vidrio, hasta romperlo. Quitó algunas astillas de cristal del marco, luego introdujo la mano y extrajo la manguera de la cavidad.

Cuando tuvo unos siete metros de manga desenrollados, se volvió hacia la ventana del rellano ante la que se hallaban la madre y el hijo.

—Apártense de la ventana —ordenó.

Douglas alzó la manga sobre su cabeza, de modo que detrás de él quedaron unos tres metros del tubo de lona, incluido el pesado cabezal de latón. Luego lo impulsó hacia adelante, como un látigo. La cabeza metálica voló por encima de él y fue a estrellarse contra la ventana. Se produjo un estrépito de vidrios rotos, y al instante penetró una ráfaga de aire frío. Douglas repitió la maniobra por dos veces, para eliminar del marco los trozos de vidrio más grandes que aún quedaban. El aire frío del norte entró por el hueco, y por ser más pesado circuló hacia abajo. Douglas comprendió que había creado una capa de inversión, al ventilar el pozo de la escalera. Aquello podía resultar efectivo.

De nuevo empezaron a ascender. Otro piso más, y Douglas notó un escalofrío. La temperatura de la escalera estaba bajando con rapidez; pero, por otra parte, ahora resultaba mucho más fácil respirar.

—Lamento haber tenido la idea del pañuelo —dijo de improviso —. Lo leí en algún sitio, y creí de verdad que serviría para algo.

Jesús se echó a reír.

—No se lamente, hombre —manifestó—. Al menos tuvo otra buena idea. A mí no se me ocurrió nada.

En la voz del joven había una nota de igualdad, de aceptación hacia él, y por un momento Douglas se sintió disgustado ante aquel hecho. ¿Quién demonios se creía aquel jovenzuelo que era? Entonces se dio cuenta de que Jesús se consideraba un drogadicto. ¿Acaso se despreciaba a sí mismo? ¿Le aceptaba como a un igual?

Douglas miró a Jesús pensativamente. Resultaba difícil de creer, pero ambos habían aprendido a vivir en su propio pellejo, y se resignaban a ello.

41

La acera y el pavimento de la plaza situada ante la Casa de Cristal se hallaban cubiertos por una reluciente capa de hielo. Las botas de Infantino resbalaban en la dura superficie. Se aferró a la portezuela abierta del furgón de comunicaciones mientras miraba hacia arriba, al rascacielos. A pesar de las huellas del incendio, aún seguía siendo una belleza arquitectónica, con los rayos de luz de los focos jugando en su lisa superficie exterior.

Era la reina de la ciudad, se dijo, aunque una reina un poco deteriorada. Alcanzaba a ver los agujeros de la fachada, allí donde las ventanas habían perdido sus cristales en los pisos diecisiete y dieciocho. El grueso manto de hielo tapizaba los pisos a aquella altura y descendía por el exterior del edificio casi hasta llegar al suelo. Aquella circunstancia añadía una especie de belleza perversa a la escena. El rascacielos que se cernía delante de él era como una gema dorada y refulgente, envuelta en un helado velo.

De todos modos, no iba saliendo demasiado mal, pensó Infantino. Por un momento había temido que el fuego pudiera extenderse, en cuyo caso habría sido necesario traer helicópteros para efectuar la evacuación por el tejado. Pero los fuegos principales de los pisos diecisiete y dieciocho casi habían sido dominados, y el del veintiuno se hallaba bajo control. Podía prever que la actividad de sus hombres en la madrugada siguiente se limitaría a derribar los tabiques y los cielorrasos inseguros, y a la búsqueda de pequeños focos ocultos en diversos huecos de las plantas. Poco antes del

amanecer, la mayor parte de las brigadas recogerían sus mangas y volverían al cuartel, donde les aguardaba la comida que habían dejado a medio preparar en la cocina. Entonces tratarían de olvidar que estuvieron a punto de asistir a uno de los mayores desastres con que pudo enfrentarse la ciudad.

Infantino no dejaba de sorprenderse ante las escasas bajas que se habían producido. En un incendio de aquella magnitud pudo haberse pronosticado mayor número de víctimas. De unos efectivos de más de cien bomberos, tal vez una docena habían sido enviados al hospital con principios de asfixia, por aspirar humo, así como con quemaduras y cortes de los vidrios que caían. Algunas de las quemaduras producidas, tanto por el intenso calor como por las capas de cielorraso ardiente que se resquebrajaban y caían encima de los hombres, eran graves. Y a pesar de todo, sólo hubo un caso fatal, el del bombero con los pulmones afectados por el calor.

La aparición de Shevelson en escena fue útil, pero supuso también un trastorno. Los planos demostraron su valor, aunque no tanto como el mismo Shevelson creyera. Y también resultó un alivio saber, por fin, que había sido Shevelson quien suministró los principales informes a Quantrell. Tanto si Fuchs le creía como si no, al menos el propio Infantino quedaba en paz con su conciencia. Pero Shevelson había impresionado a Infantino en un aspecto concreto: la Casa de Cristal era un edificio de mínimas cualidades. Los servicios fueron instalados para servir a sesenta y seis pisos, pero ni uno solo más. No había reservas, no había respaldo. Las desagradables sorpresas, como la de ahora, podían volver a repetirse.

Infantino echó un último vistazo a la fachada, y a continuación se encaminó hacia el furgón cantina de la Cruz Roja, donde el jefe Fuchs había pedido un vaso de café. En ese momento se lo entregó la joven del interior, y Fuchs le añadió crema y tres cucharadas de azúcar colmadas.

—¿No endulza un poco la boca, Infantino?

—Sí, se quema mucha energía combatiendo incendios —repuso el aludido, y observó al jefe un minuto, antes de decidirse a hablar. Añadió—: Shevelson, el capataz de construcción de la Casa de Cristal estuvo aquí hace un momento. Trajo consigo un juego de los planos de trabajo.

—¿Ah, sí? —dijo Fuchs, y aguardó.

—Es una fuente de informes por si usted estaba esperando algunos. Estuvo hablando con Quantrell durante varias semanas. Según parece, Leroux había despedido a Shevelson y éste aún sigue resentido por ello.

—Vaya —manifestó Fuchs, tomando unos sorbos de café, sin levantar la vista—. Su amigo Barton me habló de eso. Incluso me presentó a Shevelson mientras usted estaba arriba. Es un personaje interesante, que hubiera sido un buen capitán de bomberos. Claro que no sé si me habría gustado trabajar con él.

Infantino advirtió un vestigio de hostilidad en la voz de su jefe, por lo que preguntó:

—¿Alguna queja?

—¿Por la forma en que está llevando las cosas? De haber tenido yo alguna, ya se habría usted enterado. En realidad, es un incendio corriente; algo más intenso que los demás, pero muy corriente.

—Cuando se ha visto un incendio, ya se han visto todos, ¿verdad?

—No he querido decir eso —declaró Fuchs, y su voz volvió a alterarse.

—Pues por lo que a mí se refiere, nunca había presenciado un fuego similar —afirmó Infantino—. Tampoco me parece que lo haya visto usted. Se ha extendido con mayor rapidez que cualquiera de aquellos en los que trabajé antes, y el calor irradiado era extraordinariamente intenso.

—Sí, admito eso —concedió Fuchs.

De nuevo el tono de voz sorprendió a Infantino. Éste tomó un sorbo de café del vaso que le habían servido, y agregó de improviso:

—¿Por qué demonios tenemos que pelearnos, jefe?

Durante un buen rato, Fuchs no dijo nada. Permaneció apoyado contra el furgón, mirando hacia arriba, al rascacielos. Luego, dijo:

—Usted tiene sus puntos de vista, y yo los míos. No le puse a cargo de esta operación porque esperase que estuviera de acuerdo conmigo. Por lo demás, la única queja seria que he tenido respecto a usted, ha sido por airear en público los asuntos del Departamento.

Ésas eran todas las excusas que le iban a presentar, pensó Infantino, pero ya era bastante.

—Tal vez no haya sido yo quien habló, sino otra persona.

—Sí, sobre todo teniendo en cuenta que algunas personas son muy susceptibles.

Fuchs colocó su vaso de plástico sobre el mostrador del furgón, y se subió el cuello del impermeable, mientras añadía:

—Y hablando de los asuntos del Departamento, imagino que tendrá algunas recomendaciones que hacer.

—Sí. Y es probable que no todas resulten agradables.

—Eso no importa.

—Lo incluiré todo en un informe.

Fuchs asintió con la cabeza.

—Así lo espero, Infantino. De todas formas, me gustaría que hiciera algunas sugerencias ahora mismo.

—Necesitamos equipo nuevo.

El rostro de Fuchs permaneció impasible, e Infantino agregó:

—En su mayor parte, se trata de equipo para el personal. Respiradores de alta capacidad, que permitan resistir más tiempo en ambientes enrarecidos. Y podrían emplearse botellas más livianas que contuvieran oxígeno, en lugar de aire comprimido. Se necesitan máscaras más cómodas, y válvulas reductoras más dignas de confianza. Y trajes protectores nuevos. Algunos están tan usados que se desmenuzan con el calor intenso. En cuanto a los grupos de cabeza de las mangas, podrían utilizar trajes impregnados de aluminio, como los que se emplean para combatir de cerca los

incendios en los pozos petrolíferos. Casi todas las quemaduras que hemos tenido se han debido al calor irradiado por las llamas.

—¿Algo más?

—Creo que todo hombre que trabaje en una planta incendiada donde el humo sea denso, debe tener un emisor receptor portátil. Resulta fácil extraviarse en ese ambiente.

Fuchs parecía estar perdido en sus pensamientos, por lo que Infantino le preguntó:

—¿No tiene nada que decir?

—No mucho —repuso el jefe—. Tiene razón en cuanto al calor. Fue más intenso de lo que yo esperaba, aunque en parte eso se debió a la naturaleza del edificio, a la deficiente técnica empleada, al potencial de combustión, superior a lo normal, y a otras circunstancias similares. Pero creo que no incluye en su lista lo que más le hubiera gustado, ¿verdad?

Fuchs dijo estas últimas palabras sonriendo.

—¿Las cargas de plástico? Por fin, no hemos tenido necesidad de usarlas esta noche, pero sería conveniente tenerlas a mano.

—Hable con el departamento de ingeniería y envíeme un memorándum. Si ellos lo recomiendan, lo tendré en consideración.

Fuchs se alejaba ya hacia el edificio, pero Infantino le gritó:

—¡No he terminado aún!

—No sé por qué imaginé que iba a decir eso —manifestó Fuchs, con aspereza—. ¿Qué ha olvidado esta vez?

—Desearía recomendar que se contratara algunos ingenieros de protección contra incendios, tal vez en jornada de trabajo parcial, con el fin de que inspeccionen los edificios más importantes de la ciudad.

—Magnífica idea, si encontramos alguno de esos ingenieros, que no abundan mucho. Póngalo también en el memorándum.

Fuchs se disponía a encaminarse de nuevo a la entrada del edificio, cuando una voz dijo:

—¿Tienen algo que decir para la televisión, señores?

Quantrell acababa de aparecer por un lado del furgón, seguido de un cámara con su tomavistas de dieciséis milímetros y el resto de su equipo.

—¿Por qué no se va derecho al infierno, Quantrell? —dijo Infantino, sintiéndose de pronto muy cansado.

—Probablemente lo haga, a su debido tiempo —repuso el aludido, con gesto sombrío. Después, alzó la mirada hasta el rascacielos y añadió—: Bonito fuego. Probablemente se hubiera evitado esto si el constructor hubiese sido un poco más consciente. ¿No les parece, señores?

—Márchese ya, Quantrell —insistió Infantino—. Sepa que la Casa de Cristal no es mejor ni peor que una media docena de edificios que hay también en esta ciudad. Todos son iguales; todos sufren de los mismos defectos.

—¿Le importaría señalar algunos defectos de los otros edificios? Contribuiría usted a prestar un servicio público. Ahora es el momento de hacer sonar la alarma; ahora, cuando el periodismo está escuchando y observando.

Quantrell inclinó la cabeza y añadió con una media sonrisa:

—¿Y bien, jefe de división Infantino?

—Se trata de un incendio que está dando trabajo —repuso Infantino, lentamente—. Una docena de mis hombres se encuentran en el hospital, de donde buena parte puede que no salgan en varios meses. Uno ha muerto. No estoy para juegos esta noche, y lo único que quiero es que se marche de aquí cuanto antes. No soy un mal nacido como usted, que creó el término «recuento de despojos», para indicar los enemigos muertos en Vietnam. Ustedes informan acerca de desastres como si se tratara de partidos de fútbol. Para ustedes no existe diferencia alguna entre el hombre al que le hacen una zancadilla y aquel al que matan. Tan sólo son números en un marcador.

Quantrell se acercó más a Infantino; su sonrisa había desaparecido.

—¿Por qué demonios me insulta, Infantino? Yo tengo mi trabajo lo mismo que usted tiene el suyo. Mi labor es proporcionar noticias a los ciudadanos que le pagan a usted el sueldo. Doy algunas patadas en el trasero, hiero algunos sentimientos y sé que nadie me va a escoger como el chico más popular de la clase. Yo no soy un redactor ni un chupatintas, sino que voy a averiguar las cosas por mí mismo. Amigo, usted no conoce este negocio. ¿Cuánta información cree que podría obtener si actuase almibaradamente? Muchos querrían verme haciendo trabajitos de relaciones públicas. Pues bien, si no le gusta la forma en que le nombro, déjese de hacer el latino charlatán y mantenga la boca cerrada.

—Basta ya —le interrumpió Fuchs, serenamente—. Ya ha hablado bastante, Quantrell. Ahora márchese al infierno; váyase de aquí o haré que le lleven más allá de las barreras.

—Hágalo. Constituiría una gran crónica —manifestó Quantrell, sarcásticamente.

—Si cree que no voy a hacerlo, se equivoca.

Algo en la voz de Fuchs hizo que Quantrell retrocediese.

—Está bien, jefe —dijo—. De todos modos, ya he terminado mi reportaje.

Hizo una seña con la cabeza al operador de televisión, y ambos se alejaron.

—Ese condenado cámara estaba tomando todo lo que podía —dijo Infantino, furioso.

—No se preocupe, no lo utilizarán.

—Me importa poco si lo usan o no —repuso Infantino.

Pero lo cierto es que sí le importaba. Quantrell había conseguido exasperarle.

—Cálmese —le dijo Fuchs.

Riendo en voz baja, el jefe echó a andar a través de la plaza, mientras el helado viento agitaba los faldones de su gabán. Infantino permaneció un momento junto al furgón, contemplando la Casa de Cristal. Estaba pensando en los hombres que aún se hallaban en el

edificio, trabajando y tratando de eliminar lo último que quedaba del incendio. Perezosamente observaba el ascensor panorámico que empezaba a descender por la desnuda pared. Parecía un bicho lento y fosforescente. Entonces localizó a Quantrell, que con su operador ascendía los escalones exteriores en dirección al vestíbulo. Quantrell debió haber contado los viajes del ascensor, y comprendía que Leroux podía bajar en ése. Sorprendería a Leroux cuando saliera del ascensor, aún ataviado con su traje de etiqueta, en notable contraste con los inquilinos, vestidos con sus pijamas, cansados y asustados, y a los que Quantrell sin duda había hecho filmar en la cantina del sótano.

Infantino tomó el último sorbo de café. Le importaba poco lo que Leroux y Quantrell tuvieran que decirse el uno al otro. Ya lo leería por la mañana, en el periódico, o lo vería en el noticiario de las seis de la tarde, al día siguiente.

El viento comenzaba a soplar de nuevo. La combinación de hielo y nieve golpeaba en su piel como si fueran minúsculos dardos. Tuvo un escalofrío y sintió enormes deseos de irse a casa. Pensó en el lecho y en la cálida presencia de Doris, a su lado.

Otra hora, se dijo; tal vez sólo una hora más…

42

David Lencho se frotó la mano enguantada contra el impermeable y lanzó un juramento en voz baja. La quemadura no era importante, pero iban a pasar varios días antes de que curase debidamente. Le dolía la piel enrojecida y en los bordes comenzaba a sentir picazón. Tal vez fuera alergia al ungüento. Padecía de achaques alérgicos desde su infancia.

El fuego sólo había ennegrecido parte del piso dieciséis, aquel sector que se encontraba justamente debajo del lugar donde se había iniciado el incendio, en el diecisiete. Lencho, Fuchs y otros hombres que estaban bajo el mando del capitán Miller, avanzaban por el pasillo con ganchos y palanquetas, derribando revestimientos de madera carbonizados y buscando cualquier vestigio de fuego latente. Cuando encontraban algún rescoldo, un bombero con una manga de dos centímetros y medio lo eliminaba inmediatamente.

Mark Fuchs, que iba detrás de Lencho por el corredor, alumbraba con la linterna a su alrededor, para evitar que pudieran tropezar en algunos escombros. Los hombres que iban delante habían echado abajo tabiques, destrozado tablones y arrancado el papel de las paredes procurando hallar los últimos restos del fuego. De vez en cuando, Fuchs hablaba por su receptor emisor portátil, informando de su avance al capitán Miller, situado en el rellano de la escalera.

El aire apestaba a quemado, pensó Lencho. Era la peculiar emanación acre de la madera y los trapos quemados, y del metal chamuscado. El vestíbulo, con excepción del rayo que proyectaba la

linterna de Fuchs, se hallaba totalmente a oscuras. De vez en cuando pasaban ante una oficina con una puerta destrozada, que colgaba de una bisagra o se apoyaba en la pared. Podía ver la noche a través de las ventanas de los despachos, como un cuadro con marco en cuya tela se veían negras tinieblas con reflejos rojizos, y copos de nieve que se arremolinaban más allá de los cristales. De nuevo se frotó la mano lastimada.

—Sufres más quemaduras que cualquiera de los reclutas que conozco —dijo Fuchs.

Aquello no era una broma, sino una afirmación, sencillamente, detrás de la cual Lencho pudo apreciar un matiz de irritación.

—Eso puede ocurrirle a cualquiera —protestó Lencho.

—Ya lo sé; pero siempre parece ocurrirte a ti.

Avanzaron cautelosamente por el pasillo, en la busca constante de chispas o rescoldos humeantes. La dotación que había pasado antes por allí había hecho un buen trabajo de limpieza, pensó Lencho, al ver el suelo casi completamente despejado, con excepción de algún fulgor ocasional, que había vuelto a encenderse una vez que el equipo se hubo marchado. El pasillo no tenía salida, y Fuchs dijo:

—Esa pared es la del núcleo de servicios. Hemos recorrido todo el piso.

A continuación pulsó su receptor emisor portátil y luego vaciló un momento.

—¿Has examinado ese cuarto de útiles de limpieza? —dijo, señalando hacia la última puerta del pasillo.

—Probablemente es una habitación de servicio —contestó Lencho —. Me ocuparé de eso.

Fuchs habló por el emisor receptor.

—¿Capitán Miller? Soy Mark Fuchs. Parece que el piso dieciséis está totalmente lim…

Lencho acababa de llegar junto a la puerta, y aferró el picaporte. En cuanto lo hizo lanzó un grito de dolor. El metal estaba

terriblemente caliente. Retiró la mano, pero una parte de su guante y de la piel de la palma quedaron pegados en el pasador. Sin embargo, el impulso que había dado al picaporte fue suficiente. Se abrió la puerta y se produjo una explosión.

El cuarto de servicio del piso dieciséis se encontraba justamente debajo de los dos intensos potenciales de combustión del piso superior. No se había propagado el fuego allí dentro, pero el calor de arriba había eliminado el oxígeno. Las ceras y los disolventes hicieron estallar sus recipientes, y luego se vaporizaron en el seno del aire tremendamente recalentado y carente de oxígeno.

La puerta había permanecido firme, muy estanca, y era escaso el aire que desde el pasillo había entrado por las rendijas para mezclarse con el ambiente cargado de vapores de combustible. Y el agua de las mangas tampoco contribuyó a enfriar el recinto, desde el exterior.

Durante unos momentos no se escuchó más sonido que el de los trozos de cielorraso que caían del techo recalentado, y también el de los escombros, que se desplomaban en el propio núcleo de servicios, que la explosión había llegado a afectar al destrozarse la pared de la parte posterior del pequeño cuarto de almacén. Siguió un intenso siseo, y de pronto, una segunda explosión, más intensa aún.

Inmediatamente, el pasillo se llenó de vapor.

43

Gracias a Dios, pensó Leroux, era el último viaje. Los dos hombres que habían ayudado a evacuar a la gente acababan de descender, con lo que sólo quedaban allí Thelma, Jenny, Quinn, unos pocos comensales y parte del personal de cocina, lo suficiente para llenar por completo el pequeño ascensor panorámico en el siguiente viaje.

De pronto, una de las mujeres que habían estado cenando se volvió hacia Quinn.

—Creí que Harvey se encontraba aquí —dijo con el pánico reflejado en la voz—. ¡Estaba conmigo hasta hace tan sólo unos minutos!

Leroux los recordaba muy bien. Eran una mujer de unos cincuenta y tantos años que estaba cenando con su hijo, un jovencito. El chico se había puesto muy alegre con el vino del convite, y a Leroux se le ocurrió dónde podía hallarse. Hizo una seña a Quinn y ambos se apartaron un momento.

—Probablemente esté en los servicios —dijo Leroux, a media voz —. Demasiada bebida. Creo que aún tardará algunos minutos.

Quinn se mordió los labios y manifestó:

—Señor Leroux, cuando él vuelva no habrá manera de meterle en el ascensor. Éste ya irá sobrecargado con los que aquí nos hallamos.

Leroux lanzó un juramento en voz baja.

—Está bien —dijo—. Yo me quedaré a esperarle y bajaré con él.

—No creo que sea conveniente —repuso ella, moviendo negativamente la cabeza—. Ni su esposa ni Jenny se marcharían sin usted. Y que los tres se quedaran resultaría ridículo. Yo esperaré al muchacho.

—No puedo dejarle que haga eso, Quinn.

—¿Por qué no? —declaró, levemente irritada—. ¿Porque soy una mujer? Bah, eso no tiene sentido. Los dos sabemos que aquí no corremos peligro. De haber sido así, ya nos lo hubieran hecho saber. No haga eso; baje y yo me reuniré con ustedes dentro de diez minutos.

Quinn se rió brevemente y enseguida agregó:

—Tomaré un poco de gaseosa en la cocina. Al chico también le vendrá bien para asentar el estómago.

—Está bien, Quinn, usted manda aquí.

El ascensor, de nuevo en el último piso, ya estaba repleto de gente. Leroux entró en la cabina y dijo a la mujer que su hijo iría con Quinn en el siguiente viaje.

Luego oprimió el botón de descenso para que las puertas se cerrasen antes de que ella protestara. Un momento después, Leroux notó que comenzaba el descenso. Empezó a tranquilizarse, y se puso a pensar en lo que tendría que decir a los reporteros. Resolvió no decir nada de nada, pero deseaba que aquello hubiese terminado.

—Puedes ver toda la ciudad a tus pies —dijo Thelma, suavemente, a Jenny; ambas se hallaban a un lado de la cabina, junto a los cristales, y Thelma añadió—: Con la nieve que está cayendo, parece el paisaje de un cuento de hadas.

—Qué hermoso —convino Jenny.

Leroux colocó suavemente la mano en un hombro de su mujer. Más adelante se iniciarían unas investigaciones que le resultaría difícil sobrellevar. Necesitaría a Thelma más que nunca. De improviso, se sintió avergonzado. La había tenido muy alejada de su vida. Aquello no había sido justo; ni para ella, ni para él.

Se encontraban casi a mitad del descenso, en ese momento, y Leroux podía ver el suelo a través de los remolinos de nieve. Unos minutos más y se hallarían en el vestíbulo. Entonces empezaría lo desagradable.

En ese instante, una explosión sorda sacudió la cabina del ascensor. Alguien se agarró a Leroux, para no caer al suelo. Leroux vio un fogonazo de llamas, reflejado en la cortina de nieve que estaba cayendo. Las lamparillas exteriores que marcaban el contorno de la cabina se apagaron de improviso. Siguió un fuerte chirrido, cuando el ascensor se deslizaba hacia abajo, pero enseguida se detuvo. Los frenos mecánicos de emergencia rechinaron contra los raíles laterales.

El interior del ascensor se convirtió en un caos de chillidos. Varias personas habían caído al suelo, y luchaban por ponerse en pie. Cerca de Leroux, Jenny dijo con voz plañidera:

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido?

Leroux, desconcertado aún, sacudió la cabeza. Pero era evidente lo que había sucedido. En algún lugar, una explosión había hecho saltar parte de la pared del núcleo de servicios, retorciendo debajo de ellos los raíles que guiaban el ascensor. Al fallar la corriente eléctrica, la cabina cayó varios metros. Luego, los frenos de emergencia, activados por un descenso demasiado rápido, habían detenido automáticamente la caída.

En ese momento se encontraban suspendidos a unos cien metros por encima de la ciudad.

POR LA MADRUGADA

La bestia se ha ido debilitando, envejeciendo, volviéndose más endeble. El agua le ha quitado fuerzas, y la muerte está mordiendo sus entrañas. Su período de vida ha sido corto, pero en ese lapso ha quemado y ennegrecido todo el piso diecisiete y parte del dieciocho. Ahora, la mayor parte del combustible que alimentó el fuego se ha consumido. Las llamas del piso veintiuno han sido rechazadas palmo a palmo. En unas pocas horas, el fuego pasó desde la infancia a la adolescencia, para convertirse luego en un adulto glotón. Ahora ya ha pasado la madurez y se desliza rápidamente hacia la senectud.

Por los pisos quemados, los bomberos se abren paso entre los escombros con sus palanquetas y sus ganchos, derribando tabiques, dejando al descubierto rescoldos tras los revestimientos de madera, destrozando muebles para descubrir las chispas que como gusanos roen su estructura. Cada vez que los encuentran, esos rescoldos mueren rápidamente bajo un diluvio de agua.

Pero la bestia es astuta. En algunos cuartos y despensas retirados ha dejado escondites con reservas de alimento. Uno de ellos se encuentra en un cuarto de almacén situado justamente encima de la habitación en la que el fuego ha nacido. Se trata de un depósito de los despachos de la Tops Supply Company, central de una gran cadena de ferreterías y droguerías, donde se hallan muestras de distintas pinturas, barnices, disolventes y artículos similares. Muchos de los recipientes han sido abiertos por los vendedores para comprobar el contenido, y luego se los ha devuelto

al cuarto almacén con las tapas apenas ajustadas. La Tops Supply Company es un inquilino reciente, que se ha trasladado a la Casa de Cristal cuando fracasó la empresa que anteriormente ocupaba los mismos locales. Ni los inspectores del Departamento de Construcción y Seguridad de la ciudad ni los del Departamento de Incendios saben nada del nuevo vecino, ni del contenido de su depósito. Ambos organismos han sido informados rutinariamente, pero el papeleo en cada departamento es enorme y los formularios quedan enterrados bajo un montón de documentos donde se encontrarán aproximadamente un mes después de que el fuego haya terminado.

La puerta del cuarto de almacén no se ha pandeado, pero en el interior del recinto los disolventes, las pinturas y las ceras se han disuelto y vaporizado por efectos del intenso calor. El aire, en el interior del recinto, se halla enrarecido, y la mayoría de las sustancias volátiles han desaparecido tras una primera etapa de combustión que ha originado monóxido de carbono caliente y diversos productos inflamables. El monóxido de carbono es un gas extremadamente explosivo, y la temperatura del almacén ha alcanzado de sobra su punto de ignición.

En este momento es cuando el recluta bombero David Lencho abre la puerta del depósito. El aire fresco se precipita en el interior y se mezcla con los gases combustibles recalentados. La reacción es instantánea, y la explosión destroza las paredes del cuarto de almacén, impulsando el destrozado cadáver de David Lencho hasta la parte media del pasillo. También derriba la pared posterior del depósito, que es asimismo uno de los muros del núcleo de servicios.

Precisamente detrás de esa pared discurre una gran tubería de vapor a presión que llega hasta el cuarto de máquinas del piso sesenta y cuatro, con destino al sistema de aire acondicionado. La tubería no era realmente adecuada a la tarea que desempeñaba, y esa noche, la primera realmente fría que padecía la ciudad desde que se inauguró la Casa de Cristal, la instalación está funcionando

por encima de su capacidad. El vapor de la tubería posee una presión de varios cientos de kilos por centímetro cuadrado, y su temperatura supera los cien grados centígrados.

La tubería, que ya está sometida a un notable esfuerzo, sufre la repentina explosión del cuarto de almacén como si recibiese un gigantesco mazazo. Los tubos se doblan, falla una junta, y la instalación estalla. Si fue violenta la explosión del depósito, esta otra es igual o más intensa aún.

La fuerza del estallido destroza la pared externa del núcleo de servicios, y perfora el muro externo en un punto en que se hallan afirmados los raíles del ascensor panorámico. Los remaches saltan de la montura y los carriles de acero se retuercen hacia afuera, como si estuvieran hechos de plomo. El ascensor se detiene bruscamente, cuando los frenos de emergencia actúan como una cuña entre el ascensor y los deformados raíles. Pero como éstos han saltado de su apoyo, la capacidad de frenado de las cuñas es bastante débil.

Dentro del núcleo de servicios, los conductos y tuberías se deshacen como si un gigante hubiera pisado encima de la galvanizada lámina de metal. Saltan las líneas eléctricas y la luz se extingue de pronto en todo el edificio, dejando los pisos residenciales y los comerciales en tinieblas.

Junto a los conductores eléctricos, y a lo largo de todo el núcleo de servicios corre la tubería principal del gas, que suministra éste a los apartamentos residenciales y a los restaurantes del rascacielos. Se halla sujeta a la pared por fuertes abrazaderas, sobre todo en el lugar donde se encuentran las bombas para la circulación del gas. La fuerza de la explosión hace saltar la gran tubería de su sujeción, pero los tubos no se rompen, sino que quedan en posición endeble, curvados hacia afuera. La sacudida se transmite hacia arriba por la instalación, que vibra como si pulsaran la cuerda de un violín. En el cuarto superior de máquinas, separado del Salón de Paseo por el pasillo de observación, es donde falla por fin la tubería.

Una enorme cantidad de gas surge del tubo y llena el recinto de las máquinas, girando en torno a los generadores eléctricos de emergencia. El gas es más liviano que el aire, pero también más frío respecto al aire que le rodea, y buena parte de ese gas desciende hasta los pisos inmediatamente inferiores, se filtra por las grietas de los baldosines, por los revestimientos de madera y entre otros materiales de construcción almacenados en los pisos aún sin terminar.

En el cuarto de máquinas superior chasquea un interruptor, y un motor cercano se pone en marcha. La chispa del interruptor es suficiente. Una explosión sorda conmueve el piso. La armadura del motor salta de su base y comienza a humear. El motor se recalienta y el aislamiento empieza a arder. Por numerosos lugares del recinto se inician pequeñas hogueras, allí donde se ha derramado el combustible y en los receptáculos de grasa. Un piso más abajo, la mezcla de gas y aire explota y prende fuego a diversas latas de pintura, que en su mayoría han quedado abiertas por descuido al lado de una pila de revestimientos y molduras de madera.

Es un principio modesto, pero la bestia saca provecho de él rápidamente. Las losas de alquitrán se funden, se carbonizan e inflaman. Los recubrimientos de madera y las placas contrachapadas se ennegrecen en los bordes y estallan en llamas. Tan sólo uno o dos minutos tarda la bestia en asentarse firmemente en su nueva morada.

Bastante más abajo, el fuego ha vuelto a cobrar fuerza en el piso veintiuno y se abre rápidamente camino a través de los orificios de los conductos de servicio, hasta alcanzar el piso veintidós.

La bestia ve así reforzada su vitalidad, y envía triunfalmente lenguas llameantes que despiden humo sobre el cielo nocturno en el que desciende la nieve. La bestia ruge rabiosa, y contempla ferozmente la ciudad que se extiende a sus pies.

44

El sordo ruido de la explosión hizo estremecer a Barton. Éste miró a Shevelson y estaba a punto de preguntar: «¿Qué ha sido eso?», cuando se dejó oír un estallido más intenso y audible. La improvisada mesa sobre la que había extendido los planos tembló ligeramente. Un segundo más tarde, las luces del vestíbulo se extinguieron. Hubo un silencio de muerte por un momento, y luego la estación de enlace de radio, instalada en el puesto de tabaco, rompió a transmitir con palabras excitadas. En el vestíbulo inferior algunas mujeres empezaron a gritar. Barton murmuró:

—¿Qué demonios ha ocurrido?

Alguien encendió una lámpara eléctrica portátil en el puesto de tabaco. Shevelson quedó tenuemente alumbrado por el fulgor.

—Tranquilos —dijo, moviendo la cabeza con gesto lleno de tensión.

Barton prestó atención y alcanzó a oír el ruido. Una incesante lluvia de escombros caía por la caja de los ascensores, y luego, de pronto, un retumbar más intenso se escuchó hacia abajo.

—Las paredes del núcleo de servicios se están derrumbando —dijo suavemente Shevelson—. Las explosiones tienen que haber destrozado el mismo núcleo.

Barton pudo imaginar el caos que debía reinar allí. Trozos de ladrillos y de material aislante que caían al fondo desde los pisos superiores, junto con fragmentos de hormigón, yeso calcinado, secciones de tuberías y cables, pedazos de madera ardiendo…

—Vamos afuera —dijo Barton—. Aquí dentro no sabemos lo que ocurre.

Avanzó apresuradamente hacia la puerta, seguido por Shevelson y Garfunkel. Salieron fuera del vestíbulo. En la plaza, el viento cortaba a través de sus abrigos como si fuera un escalpelo. Barton se estremeció y alzó el cuello de su abrigo, pensando si debía volver al interior para procurarse un impermeable. Entonces vio a Infantino, que se hallaba junto al furgón de comunicaciones, y corrió hacia él.

—¿Qué ha sucedido, Mario? —le preguntó.

Infantino parecía como si hubiera salido de pronto de un estado hipnótico.

—No estoy seguro —repuso—. Se han producido dos explosiones, pero no sé qué pudo haberlas originado.

Miró hacia lo alto del edificio y Barton siguió su mirada hasta el piso dieciséis. Las llamas oscilaban detrás de las ventanas en casi la totalidad del piso. Podía ver llamas de nuevo en el piso dieciséis, y éstas eran más intensas desde el dieciocho hasta el veintidós. Probablemente quedaba poca cosa para quemar en el diecisiete, se dijo Barton, ya que casi todo había quedado consumido. Pero los incendios de los demás pisos parecían presentar mayor gravedad.

—No sé qué pudo provocar la primera explosión —manifestó Shevelson, lentamente—, pero aseguraría que la segunda se debió al estallido de las tuberías de vapor, que probablemente se rompieron entre el piso dieciséis y el veinte.

Aquella tubería debió destrozar el suelo de varias plantas, extendiendo luego las llamas hacia arriba, se dijo Barton. No podía apreciarse hasta el momento la extensión del daño en el núcleo de servicios, pero se hacía evidente que las principales conducciones eléctricas y de gas habían quedado inutilizadas. Barton se volvió hacia Garfunkel, y dijo:

—Póngase en contacto con Donaldson y dígale que cierre los principales circuitos eléctricos y de gas. Ahora mismo.

—Con eso se inutilizan todos los ascensores —manifestó Infantino, sombríamente—. Y los necesito para que suban mis hombres hasta los pisos incendiados.

Barton movió lentamente la cabeza y repuso:

—Mario, usted tendrá el mando aquí, pero piense que si la tubería principal del gas ha quedado rota, los pisos superiores se convertirán en una bomba, y hasta la más leve chispa podrá hacerlos estallar.

—¿Sabe lo que pesa un tramo de manga de seis centímetros de diámetro, Craig? Más de treinta kilos. ¿Cree que usted podría subir eso hasta los pisos dieciséis o dieciocho, o que le valdría de algo, una vez que hubiese llegado allí arriba?

—Olvídense de eso —les interrumpió Shevelson—. Los ascensores ya están inutilizados. Lo estaban ya cuando salimos del edificio. Y no creo que haya que preocuparse mucho por la ruptura de la tubería de gas, que a mi entender también se encontraba ya rota.

—¿Qué quiere decir con eso? —le preguntó Barton, que empezó a temblar y se introdujo las manos en los bolsillos para calentarlas un poco.

Shevelson no tuvo ocasión de contestar. Se escucharon algunas explosiones sordas muy arriba, y unos segundos más tarde, un gran cristal se estrelló en la calle, a unos treinta metros de distancia. Éste no ha caído desde los pisos veintiuno o veintidós, se dijo Barton, con un sobresalto, sino de mucho más arriba. Echó hacia atrás la cabeza y pudo divisar un tenue fulgor de llamas en la cúspide del edificio, pocos pisos por debajo de la azotea. El fuego se hallaba en el cuarto de máquinas, el lugar donde probablemente se había roto la tubería de gas.

Barton miró a Infantino, el cual movió apesadumbrado la cabeza, y dijo:

—No hay forma de llegar hasta allí. Resultaría absurdo subir por las escaleras, y aun suponiendo que se llegara allí, al no haber

corriente eléctrica sería imposible hacer funcionar las bombas de elevación para el suministro de agua.

Barton echó otra ojeada al rascacielos y experimentó un nuevo sobresalto al ver que el ascensor panorámico estaba inmovilizado hacia la mitad del edificio. No podía apreciarse fácilmente debido a los remolinos de nieve, pero daba la impresión de que los carriles de la cabina hubieran saltado pocos pisos más abajo. Entonces pudo advertir la sombra oscura que había detrás de las retorcidas vigas, y comprendió que acababa de volar una parte de la pared.

Cielos, Jenny…

Vagamente se dio cuenta de que Infantino se hallaba detrás de él, hablando con el operador de comunicaciones del furgón.

—Pida más ambulancias; habrá nuevas víctimas, y necesitaremos…

Se interrumpió al ver que Fuchs atravesaba corriendo la plaza hacia donde estaban. Infantino esperó hasta que hubo llegado allí, y luego comenzó a hablar de nuevo, tanto para Infantino como para el operador.

—Necesitamos más compañías; bastante más. Llame al Departamento de Southport y pida cargas de plástico, Primacord, y un hombre que sepa usarlo. Pregunte también si pueden enviar un destacamento de bomberos dotados de trajes para extinción cercana del fuego.

—Yo sé manejar los explosivos —dijo maquinalmente Barton.

Infantino no quitó los ojos de Fuchs, que había permanecido en silencio mientras daba las órdenes al operador de comunicaciones, pero respondió:

—Olvídese de eso, Craig; usted no es un bombero.

Entonces, Barton reflexionó acerca de lo que Infantino decía, y añadió:

—Si provoca una explosión intensa allí arriba, quizá llegue a dañar la estructura del edificio.

—¿Y qué le parece que ha ocurrido hasta ahora? —Manifestó Infantino, secamente—. No quedan muchas posibilidades para tener en cuenta.

Infantino, que seguía mirando fijamente a Fuchs, agregó:

—Si desea usted recusar mis órdenes, deberá hacerlo ahora mismo.

Fuchs movió negativamente la cabeza y se volvió a observar al edificio. El jefe parecía más viejo y más pequeño. Y más extenuado, se dijo Barton.

—¡Jefe!

Un bombero llegaba corriendo para informar a Infantino. Barton escuchó con atención. La situación era peor de lo que había imaginado. El fuego dominaba en los pisos veintiuno, veintidós y veintitrés. También llegaban noticias de que el cuarto de máquinas superior estaba en llamas. Infantino señaló silenciosamente hacia la parte superior del edificio. El bombero se volvió, miró un instante y luego prosiguió informando:

—La explosión fue en el piso dieciséis, señor. Era un cuarto de almacén de una empresa de pinturas. Hizo volar parte de la pared interior del núcleo de servicios y, según parece, provocó a su vez el estallido de las tuberías de vapor.

—¿Qué se sabe del equipo de salvamento que había en ese piso?

El hombre se mordió nerviosamente los labios, miró un instante a Fuchs, y luego a Infantino.

—La mayoría de los hombres están bien, señor, pero el recluta David Lencho y el bombero Mark Fuchs han desaparecido. Estamos tratando de enviar un destacamento allí, en estos momentos, pero el calor es muy intenso.

Su mirada se dirigió de nuevo hacia Fuchs, quien sin decir una palabra se volvió y se encaminó hacia el edificio.

—¿Algo más? —preguntó Infantino, y como el bombero moviese negativamente la cabeza, añadió—: Está bien, regrese con su compañía.

Cuando el bombero se marchó. Infantino se volvió hacia Barton y dijo:

—El jefe tiene tres hijos; Mark es el único que ingresó con él en el Departamento de Incendios.

—Es una noche muy dura para todos —declaró Barton, quedamente.

Infantino miró hacia el costado del rascacielos, donde el ascensor panorámico colgaba inmovilizado a mitad del camino.

—Sí, eso me parece —dijo, y mientras echaba a andar hacia la Casa de Cristal, añadió—: ¿Viene conmigo, Craig?

—Le acompaño —repuso Barton.

El viento le azotaba los bajos del pantalón, y de pronto pareció darse cuenta del intenso frío que tenía, no sólo en el rostro y las manos, sino también en la espalda y las piernas. Comenzó a temblar de modo incontrolable y sus dientes castañetearon. Se oyeron más chasquidos sordos desde arriba, y Barton e Infantino echaron a correr repentinamente hacia la puerta del vestíbulo de entrada. Detrás de ellos, los vidrios se estrellaron en la plaza.

Al menos, pensó Barton, la mayoría de los inquilinos ya estaban evacuados y se alojaban en otros lugares para pasar la noche, con excepción de los que estaban en el vestíbulo inferior y la cantina. Y asimismo de los que se hallaban aún en el Salón de Paseo o atrapados en el ascensor panorámico. Pero de nada valía pensar en estos últimos; era imposible hacer nada por ellos.

Shevelson encontró un foco de pilas y lo colocó en un extremo de la mesa, para que pudieran ver los planos. Barton avanzó, y apoyándose con los nudillos en la mesa, miró vagamente los esquemas. Estaba abrumado por una sensación de futilidad, de certeza de que era necesario hacer algo, pero que resultaba imposible llevarlo a cabo.

Durante un momento, el vestíbulo permaneció en silencio, exceptuando el crepitar de los mensajes del centro de comunicaciones de emergencia, situado detrás de ellos, y el

estrépito ocasional que se escuchaba en la caja de los ascensores, conforme los escombros se precipitaban hasta el fondo del núcleo de servicios.

Era la calma antes de la tormenta, se dijo Barton. Dentro de unos minutos comenzarían a bajar los heridos desde los pisos superiores, y las compañías de reemplazo no tardarían en presentarse.

—Barton…

Se libró de sus pensamientos y miró a Shevelson.

—¿Sí? —contestó.

Shevelson tenía un cigarro apagado entre los labios y Barton pudo notar que los ojos del otro se hallaban empañados por las lágrimas.

—Nuestro hermoso edificio es una condenada calamidad, ¿no cree?

45

John Bigelow sufría una pesadilla. Le amenazaba un peligro aterrador. Consiguió despertarse, pero sólo a medias. La pesadilla se había esfumado, y no podía recordar de qué se trataba. Siguió tendido en el lecho, adormecido, con la mente aún embotada por el alcohol. Se volvió de costado y rozó a Deirdre. Maquinalmente acarició con los labios su pelo, pero luego escupió algunos cabellos, pues tenía el gusto acre de la laca perfumada.

Aún no del todo despierto, sintió el impulso del amor y aproximó su rostro al de ella, pero enseguida volvió la cabeza al percibir el aliento dulzón de Deirdre. Luego se adormiló de nuevo.

El tenue rumor de las sirenas, que llegaba desde abajo, le hizo volver a un estado de semiinconsciencia. Tosió un poco, sin darse cuenta del tenue humo que flotaba en el aire. El humo procedente de la rejilla de ventilación aún era escaso, en parte gracias al fuerte viento del norte que soplaba por las minúsculas rendijas del edificio y empujaba el aire enrarecido hacia el sector sur. Por otra parte, había fumado mucho antes de acostarse para disfrutar de unas decepcionantes horas de amor maquinal. Sus pulmones estaban todavía cargados de ardientes vapores del tabaco, y tenía la boca seca e insensible. Notaba totalmente bloqueadas las fosas nasales, y su respiración silbaba en su boca, mientras se mantenía entre el sueño y la vigilia.

Transcurrieron algunos minutos, antes de que relacionase las explosiones con la realidad. Durante mucho tiempo, le habían

parecido una parte de la pesadilla que tenía. Bigelow se sentó en la cama, con la mente aún entorpecida, y miró a su alrededor, por la oscura habitación. Pasó otro minuto, hasta que tuvo noción del olor a quemado. Vagamente alarmado, se dio cuenta de que en la habitación reinaba un calor excesivo. Todavía le dominaba la bebida, pero la combinación del olor a quemado, y aquel calor inexplicable, clavaron un aguijón de miedo en su cuerpo. Manoteó en busca del interruptor de la lámpara que se hallaba junto al sofá cama, oprimió el botón, pero no pasó nada. Se habría salido el enchufe, pensó.

Echó hacia atrás la sábana y fue tambaleándose desde el lecho hasta la pared, tanteando en busca del interruptor de las luces del techo. Volvió a pulsarlo, y tampoco se encendió la luz.

Bigelow ya estaba del todo despierto. Era una avería de la instalación eléctrica, se dijo. No alcanzaba a recordar si tenía una linterna en el apartamento, pero estaba seguro de que allí no había velas. Entonces recordó la linterna que Krost había dejado en la mesa de la cocinilla. Fue a tientas hasta que logró dar con la linterna. La encendió y regresó hasta el diván cama.

—Por Dios, ¿quieres apagar ese maldito aparato? —le dijo con disgusto Deirdre, echándose una almohada sobre la cabeza.

—Perra… —murmuró Bigelow.

Luego se cayó contra el bar, y casi derriba su trofeo. En ese momento advirtió las volutas de humo que se filtraban por debajo de la puerta de la oficina exterior. Se volvió hacia Deidre, y gritó:

—¡Despierta, maldita! ¡Hay fuego!

—Estás loco —dijo ella, con voz soñolienta, y se hundió más aún entre las almohadas.

Bigelow dejó la linterna en el extremo de la mesa, y arrancó de un tirón las sábanas del lecho.

—Johnny, déjame dormir —gimió Deirdre.

—Vamos —insistió él, arrastrándola a medias fuera del colchón—. Venga, ponte algo… ¡Tenemos que salir de aquí!

Bigelow saltó de un pie al otro, poniéndose apresuradamente los pantalones y la camisa, que abrochó en parte. Ignorando los calcetines, se puso directamente los mocasines.

—Qué infeliz —dijo Deirdre, completamente bebida, volviendo a echarse en la cama, esta vez boca abajo. Durante la noche había conseguido ponerse unas bragas, pero éstas presentaban un gran desgarrón, dejando al descubierto la hendidura central y una nalga. Bigelow se preguntó de qué forma podía haber ocurrido aquello, mientras se introducía los faldones de la camisa en el pantalón y se ajustaba el cinturón. Se preguntó qué debía hacer, si sacarla de nuevo del diván cama o darle unas bofetadas para despertarla.

El humo hizo que se decidiera. Corrió a la puerta del apartamento y la abrió de golpe. Retrocedió tropezando ante la oleada de calor y humo que recibió en el rostro. Se cubrió la cara con las manos. La oficina exterior era una reproducción de su anterior pesadilla.

En el extremo más alejado del cuarto que servía de depósito, los bancos de los vendedores en los pequeños despachos se hallaban ardiendo, y los endebles tabiques de tablero se iban ennegreciendo mientras Bigelow los contemplaba. Los pesados cortinajes del otro extremo de la sala parecían cobrar vida con las llamas, mientras las maderas de los muebles, también ardiendo, contribuían a aumentar la temperatura del recinto.

En el centro de éste, donde los cartelones de plástico se hallaban apilados, las gárgolas ígneas de su sueño se convertían en realidad. Tardó un momento en darse cuenta de que las largas hileras de figuras de poliestireno se estaban fundiendo ante el calor reinante. Los duendecillos se desplomaban bajo su mirada, y sus rostros se alargaban y adquirían manchas grotescas, mientras las narices y las mejillas se hacían colgantes y oscilaban a la luz anaranjada de las llamas.

Los renos parecieron adquirir vida, y como si estuviesen aterrados barrían con sus colas el suelo igual que si huyeran

precipitadamente, en tanto que sus cubiertas de plástico relucían débilmente. Los Papás Noel estaban ahora jorobados, torcidos, con unos nudillos que rozaban la madera, más abajo, y los semblantes rollizos y joviales transformados en máscaras enjutas y malignas.

Bigelow cerró la puerta temblando. Apenas si quedaba tiempo, se dijo frenéticamente. Corrió al cuarto de baño y humedeció una pesada toalla para colocársela en el rostro. Luego hizo lo mismo con una bata, y se la puso encima. De vuelta al apartamento, sacudió de nuevo a Deirdre.

—¡Maldición, déjame en paz! —exclamó ella, y dándole un empujón volvió a tumbarse en el lecho.

A Bigelow le escocían los ojos a causa del humo.

—¡Vamos, condenada! —gritó Bigelow, tirándole de un brazo.

Pero Deirdre se escapó una vez más, lanzando ahora leves risitas.

—Está bien, nena —murmuró él—. Éste es tu propio funeral.

La soltó y echó a correr hacia la puerta. De pronto se detuvo al llegar al bar. El único trofeo que había ganado en su vida no podía dejarlo abandonado a las llamas. Le pareció que pesaba una tonelada; se ajustó la toalla al rostro, y tras sujetar el trofeo bajo el brazo, abrió la puerta de nuevo.

Fuera, entre las llamas, las filas de figuras amenazantes, que se fundían ante su vista, le aguardaban. Advirtió claramente un sendero hasta la puerta de entrada de las oficinas, a través del horror de fuego. Un sendero que no permanecería abierto mucho tiempo. Entonces observó más detenidamente el suelo de madera, entre las figuras, y descubrió que estaba cubierto de plástico derretido. De pronto, recordó el episodio del historiador romano que se vio forzado a andar por encima de la lava fundida, durante una erupción del Vesubio.

Bigelow avanzó hasta el borde del líquido, pensando que sus pies se hallaban mucho mejor protegidos que los del antiguo romano, e introdujo a modo de prueba un zapato en el plástico fundido. El

líquido era pegajoso, y al levantar el zapato unos delgados y relucientes chorros cayeron de la suela; pero el calzado le protegía el pie, aun cuando notaba un poco más de calor.

Aspiró una bocanada de aire caliente, tosió algo por efectos del humo, y comenzó a cruzar la peligrosa laguna. Avanzaba con lentitud. Debía tener cuidado para no salpicarse las piernas con aquel líquido, que podía atravesarle los pantalones. Paso a paso atravesó el pegajoso charco. Por fin comenzó a sentir calor a través de las suelas de los zapatos. Durante un momento pensó soltar el trofeo; era demasiado pesado, y el metal ya se estaba recalentado a causa del calor irradiado.

Luego se dio cuenta de que sólo le faltaban unos dos metros y medio para llegar a la puerta. Una alegría enorme se iba apoderando de él. No alcanzaba a ver nada a través de los cristales esmerilados de la puerta exterior de los despachos. Tal vez aún no hubiera fuego más allá. En la misma puerta no se apreciaban señales de combustión. Pocos pasos más allá y cruzaría el umbral para dirigirse a los ascensores o la escalera. Sólo unos pocos pasos…

Sintió que su zapato derecho se adhería a la masa pegajosa. Tiró con fuerza, y el pie se le escapó del zapato. Ya se encontraba en equilibrio precario debido al peso del trofeo; durante un segundo se tambaleó sobre el pie izquierdo, y luego, sin darse cuenta, extendió el pie derecho para no caerse. Con él tocó la laguna de plástico fundido.

Lanzó un grito de dolor agónico al sentir que la sustancia licuada le abrasaba el pie. Lo retiró tratando desesperadamente de dominar el dolor, y una vez más perdió el equilibrio. Cayó hacia adelante, aferrándose lleno de angustia a los cortinajes que colgaban en el tabique de separación entre el cuarto de almacén y los despachos. Se cogió a la tela para sostenerse, pero los cortinajes cedieron y volvió a caer. Una de sus rodillas fue arrastrando por el suelo como si fuera una superficie helada. El dolor le mordió la pierna a través del pantalón. Tendió el brazo izquierdo para asirse a cualquier sitio, a

fin de no caer, mas no encontró apoyo alguno y se precipitó boca abajo sobre el ardiente charco de plástico.

Chilló de nuevo y rodó por el suelo, tratando de escapar al dolor lacerante, mientras aferraba aún contra su cuerpo el trofeo y los cortinajes. El resto de éstos, incluidos los que habían comenzado a incendiarse en el extremo opuesto, se deslizaron de la varilla, suelta a medias, y le envolvieron. Donde aquellos cortinajes tocaron el líquido, propagaron rápidamente el fuego, que se transmitió enseguida a las telas que cubrían a Bigelow. No le había salido bien, alcanzó a pensar el hombre. No había salido nada bien.

Las llamas rugieron al cruzar el salón. Las paredes quedaron cubiertas de llamas, y las figuras se derrumbaron en la ahora ardiente laguna de plástico. Cerca del movedizo montón de cortinajes que había al lado de la puerta, un trofeo se iba ennegreciendo con el humo que enrarecía el aire de la habitación. Las figuras de metal que adornaban el trofeo empezaban a fundirse.

46

Deirdre aún estaba ebria, pero una sensación de tremendo peligro le devolvió rápidamente la sobriedad. Se sentó en el borde del lecho dominando su imperioso deseo de acurrucarse de nuevo entre las sábanas. Aún le dolía el brazo del que Bigelow le había tirado. Con aire ausente se frotó el miembro dolorido. Deseaba con toda el alma volver a dormirse, pero notaba que el calor de la habitación era excesivo, y que se hacía difícil respirar. Algo debía de haberle ocurrido a la instalación de aire acondicionado. Por alguna causa, además, le lloraban los ojos. Se los restregó, abrió la boca para bostezar, y comenzó a toser. En la boca notó algo que le produjo una arcada. Además del regusto a licor malo, notaba otra cosa. Humo.

Esta vez consiguió abrir los ojos del todo. La puerta del cuarto de almacén se hallaba entreabierta, y a través de ella entraban densas masas de aire caliente. Tosió de nuevo y se puso en pie tambaleándose, mientras que su mente se aclaraba con gran rapidez. Bigelow le había gritado algo así como «fuego». Tenía que salir de aquel sitio, pensó, comenzando a verse dominada por el pánico. Introdujo los pies en las chancletas y corrió hacia la puerta. En el otro extremo del depósito, casi perdido entre aquella especie de museo de cera de los duendecillos y los Papás Noel que se iban fundiendo, llegó a ver a Bigelow, avanzando lentamente mientras abrazaba su trofeo. Se movía con un andar peculiar, como si sus zapatos se adhiriesen al suelo.

De pronto, tropezó y cayó. Deirdre se cubrió el rostro con las manos cuando él se desplomó sobre el piso. Bigelow gritó, y Deirdre vio entre sus dedos los cortinajes. Éstos le envolvieron y pronto se cubrió de llamas el montón de telas que se agitaba desesperadamente. Deirdre cerró la puerta para no ver aquel horror, se apoyó en ella y comenzó a llorar histéricamente. Poco a poco fue recuperando la calma. Notó algo muy desagradable, aunque no sabía de qué se trataba. De pronto advirtió que la puerta, a sus espaldas, estaba muy caliente, y su temperatura aumentaba por momentos.

Corrió por la salita del apartamento, donde la linterna, situada en un extremo de la mesa, proyectaba aterradoras sombras sobre las paredes. Entró en la pequeña cocina, con la esperanza de encontrar otra salida, pero no había ninguna. La histeria la había abandonado por completo. Regresó hacia la puerta y vio que ésta se chamuscaba por el calor reinante al otro lado. Por debajo, un espeso reguero de poliéster fundido y ardiente fluía con lentitud.

Corrió hacia el cuarto de baño en busca de toallas gruesas u otras prendas que pudiera humedecer y ponerse encima. Bigelow casi lo había logrado de esa forma. De no haber sido por aquel condenado trofeo… En el baño no encontró más toallas ni albornoces. Al volver a la salita comprobó que la puerta estaba casi totalmente ennegrecida. Se hallaba atrapada, no tenía esperanza alguna. Se arrojó sobre el diván cama y echó hacia los lados los cortinajes que cubrían el gran ventanal. Fuera la nieve caía suavemente, formando pequeños montones algodonosos en el estrecho reborde.

Una enorme calma, mezclada con una honda tristeza se apoderaron de su espíritu. Sabía que la ventana no podía ser abierta. Aun cuando pudiese hacerlo, estaba en el piso veintiuno y no había escalera de incendios. Pudo notar el calor a su espalda y se volvió. El fuego había atravesado la puerta y las llamas cubrían la parte opuesta del apartamento. El humo era denso y acre. Apenas

podía respirar. Había un pisapapeles sobre el escritorio, cerca de la pared llameante; corrió hacia allí y arrojó el pisapapeles contra el ventanal.

El vidrio se quebró con estrépito, y los trozos cayeron hacia la noche. Se acercó a la ventana y se inclinó al exterior, haciendo caso omiso del ligero dolor que le producían los trozos de vidrio del marco, que se le clavaban en las manos. El aire era gélido y los copos de nieve laceraban su cara. Muy abajo escuchó el atenuado rumor de las sirenas y los gritos de los hombres. Cerró los ojos por un momento. En algún lugar, allá lejos, le pareció escuchar el débil sonido de las campanas y los villancicos. Era su época preferida del año…

Entonces volvió a sentir una oleada de calor y se dio la vuelta. El fuego se hallaba hacia la parte media de la habitación, y ya no tenía escapatoria. Permaneció frente a la ventana, envuelta en la protectora capa de aire frío y nieve, y empezó a sollozar. En su mente podía sentir por anticipado el contacto de las llamas. Ante aquel pensamiento se derrumbó su mentalidad racional, y sólo quedó el primitivo deseo de escapar.

De un tirón quitó la delgada manta y las sábanas del sofá cama y levantó el colchón, que colocó junto a la ventana. Pensó espantada que aquello podía valerle de algo, que sería capaz de protegerla en cierto modo del fuego.

Así se quedó junto a la ventana, aferrando el colchón. Se dijo que tal vez aún pudiera llegar alguien; quizá los bomberos estaban abriéndose paso en ese instante hacia el apartamento, sabiendo que ella estaba allí.

Pero no, nadie sabía que se encontraba en aquel lugar, según recordó. Ella misma había hecho lo posible porque así fuera.

Continuaba esperando y nadie acudía. Sólo llegaba el fuego, que ya quemaba el escritorio, abrasaba la alfombra y reptaba hacia ella. Los brazos tapizados del diván cama estaban ardiendo, y el barniz de la mesilla de café se cubrió de ampollas, se chamuscó y estalló

en llamas. No podía resistir más. Los dedos que sostenían el colchón para protegerse del calor empezaron a escocerle.

Volvió la espalda al fuego. Notó un suave tirón en los bajos de su braga, y algo caliente se posó en su nuca. Aferró el colchón, y un segundo después se vio cayendo en el seno de la bendita y fresca noche, mientras su única emoción era un tremendo sentimiento de pena.

En el pelo se le había prendido fuego en el último momento, lo mismo que en los bajos de su prenda interior, cuando se hallaba junto a la ventana. Pero no se dio cuenta de esto mientras caía hacia abajo, muy abajo.

Su caída trazó un arco prolongado y llameante a través del oscuro cielo nocturno.

47

—Señorita Mueller, ¿se encuentra usted bien?

Lisolette miró sobre la barandilla, por el estrecho espacio que mediaba entre dos tramos de la escalera. Podía ver a Harry Jernigan, que estaba en el rellano inmediatamente inferior.

—Ya vamos, Harry. El pequeño Martin tropezó y se le ha salido el zapato.

El chiquillo, de tres años, trataba de introducirse el zapato en tanto que su hermanito Chris, de cinco, le miraba con disgusto.

—Lisa, por favor, daos prisa.

Era la voz de Linda.

La mujer miró de nuevo por encima del pasamanos. Linda estaba cogida a la mano de Jernigan y miraba con impaciencia. Los pequeños parecían olvidar pronto el peligro en que se hallaban, se dijo Lisolette.

—Querrá calzarse él solo —agregó Linda—. Siempre quiere hacerlo, pero aún es muy pequeño.

La voz de Jernigan se dejó oír de nuevo, y en ella había una nota de urgencia.

—Es mejor que se apresure, señorita Mueller. Esperaremos hasta que se reúna con nosotros.

Chris, despreocupado de cuanto sucedía, se puso a examinar los pliegues de una manga atornillada a una boca de la pared de hormigón. Comenzó a jugar con el cierre, y Lisolette le dijo que no

tocara aquello, al tiempo que se inclinaba para ayudar a Martin a ponerse el zapato.

Conservaba un equilibrio precario cuando se produjo la explosión. Ésta arrojó a la mujer encima del pequeño Martin, que chilló aterrorizado. Allí se quedó un momento Lisolette, algo atontada. Luego hubo un segundo estallido, varios pisos por encima, las luces se apagaron y el rellano de hormigón sufrió una fuerte sacudida. Escuchó un silbido intenso, que fue debilitándose poco a poco. Lisolette trató de ponerse de rodillas. Chris le tiraba de la falda y lloraba.

—¡Lisa, Lisa! —clamaba el niño.

El aire estaba lleno de polvillo de los escombros. No podía ver nada, pero afortunadamente tenía cogido de la mano al pequeño Martin. Al ponerse en pie, la mujer notó que la losa de hormigón que constituía el descansillo se movía y se inclinaba. Tanteó en la oscuridad hasta dar con Chris, al que junto con Martin apretó contra ella. El leve movimiento de la losa cesó. No se oían otros ruidos que el rumor de la caída de los cascotes, muy abajo, y el llanto del pequeño Martin, que gemía desesperadamente.

—Dios mío —musitó Lisolette—. ¿Qué habrá ocurrido?

—¡Señorita Mueller! —Oyó que le llamaba Jernigan, en la oscuridad—. ¿Cómo se encuentra?

—Creo que bien —respondió ella.

Su voz resonaba extraña. No parecía estar ante una pared. Lisolette notó, con una repentina sensación de alarma, como si faltase el eco.

—Harry, ¿qué ha sucedido?

—Los niños, ¿cómo están los niños? —inquirió apremiante Jernigan.

—Asustados, pero ninguno de los dos está herido. Por Dios, Harry, ¿qué ha pasado?

—Sin duda estalló una tubería de vapor a alta presión. Cuando ocurre eso es como si explotase una bomba.

Jernigan se interrumpió de pronto y dijo enseguida, con voz que expresaba preocupación:

—Oiga, señorita Mueller, no se acerque al borde del rellano.

El polvo comenzaba a asentarse, y donde había estado la pared, al otro lado de la escalera, imperaba una densa oscuridad. Lisolette notó que el aire soplaba hacia ella, enviándole una mezcla extraña de brisa fresca y gotitas de agua caliente. El vapor condensado, pensó ella. Pero ¿y el aire frío?

Sus ojos se estaban acostumbrando ahora a la oscuridad, y entonces notó que ésta no era completa. Había unos destellos de luz rojiza, tanto arriba como abajo. La pared que se hallaba entre la escalera y el núcleo de servicios se había esfumado en una altura de tres o cuatro pisos. Detrás de ella seguía estando la pared del edificio, pero delante… no había nada.

Entonces la mujer se dio cuenta de que la explosión también había destrozado el tramo de escaleras que llevaba hasta donde se encontraba Jernigan. Los escalones eran losas de hormigón afirmados sobre una viga central, y habían desaparecido en varios pisos, incluso la viga de sostén. En consecuencia, Lisolette se hallaba ahora suspendida sobre una pequeña plataforma de hormigón, a unos siete metros por encima de donde se encontraba Jernigan. Delante de ella no había más que el vacío, sobre el fondo del núcleo de servicios.

—¡Quiero bajar! —gemía Chris—. ¡Quiero bajar!

Lisolette abrazó a ambos niños y dijo:

—Callaos, dentro de un momento Lisa os sacará de aquí.

La plataforma donde se hallaba se estremeció de nuevo, y la mujer jadeó involuntariamente. Debajo de ella oyó que Jernigan decía:

—Linda, sal aquí y vete al pasillo. Yo iré dentro de un rato.

—No, no —dijo la niña, sollozando—. ¿Qué les va a pasar a Chris y a Martin?

—Haz lo que te dicen —le gritó Lisolette—. Yo me cuido de Chris y Martin.

Lisa podía ver ahora a su alrededor merced a una tenue luz que provenía del pozo de la escalera. Detrás de ella estaba la puerta cortafuegos que conducía al vestíbulo del edificio. Manipuló el picaporte, pero advirtió que estaba cerrado. Y entonces se dio cuenta, con creciente pánico, de que el fuego debía hallarse al otro lado, porque el picaporte estaba muy caliente.

Se escuchó un retumbar amenazante. Lisa cogió a los dos niños y se apretó contra la pared. Justo frente a ella, una parte del muro exterior del núcleo de utilidad se estremeció, luego se resquebrajó en grandes bloques y éstos se precipitaron por el hueco central. El polvo se elevó desde el fondo, y la mujer comenzó a toser. Los pequeños seguían firmemente aferrados a ella, y ahora parecían estar demasiado aterrados, incluso para llorar.

Lisolette permaneció quieta un momento; luego se dio cuenta de que había cerrado los ojos cuando la pared dio la impresión de caer hacia ella. Volvió a abrir los ojos y lanzó un suspiro. Una parte del muro exterior del pozo se había derrumbado en una extensión de varios pisos, y ahora estaba mirando al cielo nocturno desde una pequeña plataforma que se inclinaba peligrosamente hacia el vacío. Sólo los refuerzos de acero del hormigón, las vigas que sujetaban el rellano a la pared interior de la caja de la escalera, habían evitado que las losas se precipitaran hasta el fondo. ¿Qué sería de Jernigan y de Linda?

—Daos la vuelta, pequeños —dijo a los dos hermanitos—. Poneos de cara a la pared.

No podía dejar que mirasen aquel temible abismo. Con todo cuidado, avanzó hasta el vestigio de pasamanos que quedaba, y miró al rellano que se encontraba siete metros hacia abajo. También estaba inclinado ahora, y lleno de escombros, algunos bastante grandes. No había el menor rastro de Jernigan ni de Linda.

Lisa advirtió que su propia plataforma comenzaba a oscilar y que del punto de unión con la pared subían nubecillas de polvo. No podía quedarse allí, se dijo. La plataforma se desprendería de la pared dentro de poco, o tal vez el mismo muro se derrumbaría.

—¿No les ha ocurrido nada, señorita Mueller?

Una vez más, era la voz de Jernigan, que según parecía se había procurado una linterna y con ella alumbraba hacia la plataforma donde estaban Lisa y los niños. Lisolette se inclinó de nuevo y vio a Jernigan, que entre los escombros trataba de enfocar con el rayo de la linterna. Detrás de él, una luz llegaba hasta el pozo de la escalera. Imaginó, correctamente, que los bomberos estaban trabajando en el pasillo adyacente.

El rellano de Jernigan era aquel por el cual avanzaron los dos bomberos.

—¿Dónde está Linda? —preguntó.

—Dentro, a salvo —gritó Jernigan—. Vi las grietas que se abrían en la pared exterior, y nos apartamos a tiempo. Señorita Mueller, tenemos que sacarlos a usted y a los niños de ahí. El rellano no aguantará mucho tiempo.

—¿Cómo lo hará?

—¿Podría dejar caer los niños hasta donde yo estoy?

Ella notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—¡Son siete metros, Harry! —repuso—. Y si usted no los cogiese…

—Tendremos que arriesgarnos, señorita Mueller. Y le prometo que no erraré.

—¡Es demasiado arriesgado!

—¡No hay otra solución! —replicó Jernigan.

Lisa iba a protestar, cuando advirtió que la plataforma se movía ligeramente hacia fuera, desde su sostén. Se volvió con rapidez hacia Chris. Pensó que el niño no podía pesar más de veintidós kilos, pero lo que Jernigan esperaba que ella hiciese iba a poner a prueba la fuerza de ambos.

—Chris —le dijo suavemente—. ¿Eres capaz de cerrar los ojos y de ponerte tieso, muy tieso, como una tabla?

—¡Vas a dejarme caer! —le respondió el pequeño, con tono acusador.

Ella sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero manifestó:

—El señor Jernigan es un hombre muy fuerte, Chris. Él te recogerá. Pero no debes moverte nada. ¿Podrás hacerlo?

—¿Tengo que hacer eso? —inquirió el niño, con cierto tono de rebeldía.

—Sí, Chris —respondió Lisa, a punto de llorar.

El chiquillo asintió con la cabeza, apretó los puños y permaneció tan erguido y tieso como un soldado.

—Cierra los ojos, Chris. Así está bien. Ahora no los abras hasta que sientas los brazos del señor Jernigan a tu alrededor.

Lisa procuró mantener la voz en calma. Luego cogió al niño como si fuera una estatuilla. Alcanzaba a percibir el temblor que agitaba el cuerpo del pequeño, y los fuertes latidos de su corazón.

Echó un vistazo sobre la baranda, hacia donde estaba Jernigan, siete metros más abajo, con los brazos extendidos sobre el abismo. Rezó para sus adentros mientras levantaba a Chris sobre el pasamanos. Sostuvo con las manos el peso, y recordó el Turnverein, en St. Louis. Gracias a Dios aún le quedaban bastantes fuerzas, desde aquellos agitados días. Colocó a Chris en la postura más conveniente, y lo dejó caer.

Vio la caída del niño como si se tratara de un movimiento de cámara lenta. Enseguida notó que Jernigan flexionaba las piernas, al tiempo que Chris caía entre sus brazos. Por un instante pareció como si los dos fueran a precipitarse hacia abajo, pero a continuación, Chris se convirtió en un remolino que se aferraba frenéticamente a Jernigan. Éste se arrodilló, sosteniendo al niño, que al fin se abrazó a su cuello.

—¡Está bien! —exclamó Jernigan, triunfalmente.

Un bombero apreció detrás de ellos y se llevó al niño hacia dentro. Jernigan se irguió de nuevo e hizo girar un brazo.

—¡Creo que tengo una distensión muscular!

—¿Cree que podrá recoger al pequeño Martin?

—Eso espero; hay que hacerlo.

Después de aquello, pensó Lisolette, el asunto se complicaría. Ella no podría saltar, y esperar que la asiera Jernigan, como había hecho con los chiquillos. De un modo u otro, se dijo, tendría que descender por sí sola. Se volvió entonces hacia Martin.

—¡No! —gritó el niño, procurando soltarse—. ¡No quiero, no quiero!

Ella le sujetó, pero Martin se debatía lleno de pavor. Bajo sus pies, la losa de hormigón se estremeció y se inclinó un poco más hacia el hueco.

—¡Harry, no puedo echar a Martin! ¡Tendré que bajarlo yo misma!

—¡No hay modo de hacerlo, señorita Mueller! —le gritó Jernigan desde abajo.

Ella miró con desesperación en torno suyo, y en la misma plataforma del rellano divisó la manga contra incendios de la escalera, cuyo armazón se había soltado en parte.

—¡Sí, hay un modo! —contestó ella.

Dejó a Martin, que estaba sollozando, y se apoderó de la manga. El viento empujaba la nieve al interior del hueco de servicios, y Lisa notó que se le humedecía la espalda del vestido. Al coger la manguera se soltó el armazón. Empezó a dejar la manga por encima de la baranda. Jernigan la recogió, y en un momento, toda la longitud de la manguera estuvo extendida.

Lisolette echó un vistazo a la unión que sostenía la manga al caño de la pared, y se dijo que parecía bastante resistente. Tenía que serlo. No disponía de otro medio para afianzar la manguera.

Luego empezó a desgarrar tiras de los bajos de su vestido. Su bonito vestido, pensó; el que había comprado especialmente para ir

a cenar con Harlee. Pero no quedaba otra solución. De todas formas, la prenda ya estaba estropeada. En cuanto dispuso de media docena de fuertes tiras de tela, llamó al niño y le dijo:

—Ven aquí, Martin.

—¡No! —gritó de nuevo el pequeño.

—Ven y rodéame el cuello con los brazos —insistió ella—. Sé buen niño; ponte aquí atrás y haz lo que te digo.

Martin pareció acceder al fin. Se colocó detrás de Lisa, y cuando le pasó las manos hacia delante, ella le aferró por las muñecas, y antes de que pudiera soltarse, se las ató con una de las tiras del vestido. El pequeño se debatió de nuevo, y estuvo a punto de ahogarla. Pero mientras Martin se retorcía, Lisa le ató dos tiras más en torno al cuerpo y las anudó por delante del suyo. Aquello era muy penoso, pero cuando hubo terminado, Martin había quedado asegurado con firmeza a su espalda.

Avanzó hacia la baranda e hizo correr los dedos por la áspera superficie de la manga. Tenía las palmas de la mano húmedas a causa de la transpiración nerviosa, y se las secó en el vestido. Martin se retorcía a su espalda, y gritaba despavorido. Lisa pasó con todo cuidado por encima del pasamanos, procurando mirar hacia la manga, más que al pozo que se abría bajo sus pies. Se volvió y aferró la manga, transmitiendo a ella el peso de los dos cuerpos. Comenzó a descender mano sobre mano, lo cual le costó ímprobos esfuerzos, con el niño sacudiéndose detrás.

—Por favor, Martin, quédate quieto —le suplicó—. Lisa está cuidando de ti.

Lentamente descendió por la manguera, afirmándose en el rústico material mediante las rodillas. Afortunadamente se había quitado parte de los bajos del vestido, y de ese modo podía utilizar las piernas con plena libertad. Se encontraba a mitad de camino cuando escuchó un chirrido estremecedor por encima de ella. Las vigas que sostenían la plataforma a la pared interior de la escalera estaban cediendo y doblándose. El borde del rellano bajó algo más

de medio metro. El corazón de Lisolette latió con violencia, y durante un momento la mujer cerró los ojos. Luego el movimiento se detuvo, y ella comenzó de nuevo a descender, tratando desesperadamente de dominar el pánico que la embargaba. Sus instintos dormidos se despertaban ahora, y pudo advertir como si entrasen en juego una serie de músculos ignorados, que ahora se activaban bajo su piel. Entonces se sintió inundada por el orgullo. Se dijo que podía hacerlo. Iba a conseguirlo.

Martin se había quedado muy quieto. La sensación de energía y lucha que se había apoderado de Lisa, parecía transmitirse también al pequeño. De pronto notó que unas manos fuertes se apoderaban de sus tobillos, guiándola hacia abajo. Un momento después se encontraban al lado de Jernigan y de un bombero, que la ayudaron a desatar a Martin, el cual ahora estaba muy quieto.

—Vamos —manifestó Jernigan, apremiante, y condujo a los dos hasta la puerta del rellano, donde les aguardaban Linda y Chris.

Una vez allí, Jernigan miró a Lisa con orgullo, a la luz de un cercano foco portátil.

—Ha estado magnífica —le dijo, quedamente.

Lisolette sonrió y repuso:

—Muchas gracias, Harry.

Antes de que pudiera seguir hablando, se oyó un violento retumbar. Lisa echó un vistazo por encima de ella, y cogió a Chris y a Martin y los empujó con rapidez hacia el interior del pasillo.

La plataforma de hormigón sobre la que se hallaban momentos antes, acababa de desprenderse de su soporte. Con una lentitud casi increíble, se precipitó hacia el rellano donde se encontraban. Cayó provocando una especie de explosión que envió fragmentos de hormigón en todas direcciones, y enseguida la plataforma del piso en que estaban cedió asimismo.

Desde la seguridad del pasillo, Lisa y Jernigan vieron cómo los restos de las dos losas de hormigón se precipitaban por el hueco del núcleo de servicios. Transcurrieron algunos segundos, hasta que se

oyó el estruendo que produjeron al estrellarse contra el fondo del hueco, diecinueve pisos más abajo.

48

En el momento de producirse la explosión de la tubería de vapor, cuatro bomberos descendían desde el piso veinte en uno de los ascensores de funcionamiento manual. Ya había sido dominado en parte el fuego en los pisos diecisiete y dieciocho, y por completo en el dieciséis, desde hacía al menos una hora. Los hombres se hallaban cansados, cubiertos de hollín, y se apoyaban en las paredes de la cabina, sin hablar.

Ron Gilman, que había sido cabeza de manguera desde el principio de la noche, tenía una quemadura en la nariz, que adquiría ahora color rojizo y comenzaba, a perder la piel. Nick Pappas presentaba los ojos enrojecidos y llorosos, y cada cierto tiempo sufría un acceso de tos. En cuanto a Sam Waters y Jake Lapides se encontraban menos afectados porque habían actuado en grupos de retaguardia.

Al cabo de un momento de silencio, y cuando ya las puertas se habían cerrado. Lapides dijo:

—Espero que todos los inquilinos hayan podido salir.

—No lo hicieron todos; no suelen hacerlo —repuso Gilman, sombríamente—. El humo era demasiado intenso, aun con el sistema de ventilación invertido. Cuando empezamos a revisar los apartamentos del sector sur del edificio, encontramos algunos inquilinos.

—Creo que no me gustaría formar parte de la brigada de limpieza —terció Waters, con lentitud.

—¿Estómago delicado? —acusó Pappas.

—Tienes toda la razón —admitió Waters, sarcásticamente—. Llevo en este oficio diez años, y aún tengo el estómago delicado. El día que no sea así…

La explosión de la tubería de vapor se produjo en ese momento. Tuvo que producirse cerca, pues la cabina del ascensor se movió con violencia y empezó a caer, mientras las luces se apagaban.

—¡Santo Dios! —gritó Lapides.

Pocos metros más abajo los frenos de emergencia actuaron entre los raíles laterales y la cabina, y ésta se detuvo con un fuerte chirrido. En el silencio que siguió pudieron oír el estrépito de los escombros al caer al fondo del pozo del ascensor, más abajo. Por encima, algo que parecía grava resonó sobre el techo y los costados del ascensor.

—Por todos los cielos, ¿tiene alguien una linterna?

Uno de ellos se movió hacia la parte posterior de la cabina, y enseguida se encendió una linterna, que sostenía Pappas.

—¿Qué demonios ha pasado? —inquirió Lapides, con voz temblorosa.

—Una explosión ha debido cortar los cables de sostén del ascensor —contestó Gilman—. ¿Oísteis ese golpe? Creo que ha sido el contrapeso, al caer al fondo. El otro ruido menor pudo ser causado por los cables, al rozar la cabina cuando caían.

Waters oprimió algunos botones del tablero de mando, sin que se produjera la menor reacción.

—No podemos quedarnos aquí —manifestó enseguida—. Si los cables se han roto, los frenos de emergencia no podrán resistir demasiado tiempo. ¿Quién echa una mirada afuera?

—Necesitaré ayuda —declaró Gilman.

Pappas entregó su linterna a Lapides y se colocó debajo de la trampilla de escape situada en el techo de la cabina. Adelantó una rodilla y puso encima las manos cruzadas. Gilman situó la bota derecha encima de las manos y se sostuvo en los hombros de

Pappas. Éste lanzó un gruñido cuando hizo un esfuerzo para levantar a su compañero. Gilman tanteó en la trampilla y al fin la abrió hacia un lado. Se aferró al techo del ascensor y dijo:

—Dame otro empujón, Nick.

Pappas impulsó de nuevo hacia arriba a Gilman, el cual salió por la abertura con un esfuerzo muscular.

Una vez sobre el techo, permaneció un rato en silencio, hasta que Waters gritó:

—¿Qué infiernos ocurre ahí arriba?

—Esto es un caos —repuso Gilman, y su rostro apareció por la abertura—. Cuatro de los cables de sostén se han roto, y el contrapeso destrozó los otros dos. Deben haberse producido dos explosiones; cinco o seis pisos están ardiendo aquí cerca, y unos treinta metros hacia arriba parece como si la pared exterior faltase.

—¿Qué demontre vamos a hacer? —dijo Lapides, el más joven de los cuatro y el que parecía más asustado.

Gilman permaneció un momento en silencio, pero enseguida ordenó:

—Subid todos aquí.

—Estás loco —dijo Pappas.

—Ya has oído al otro —intervino Waters, con un gruñido—. ¿Quieres quedarte aquí y asarte?

La temperatura en el interior de la cabina ya había aumentado apreciablemente.

Lapides subió sobre las manos cruzadas de Pappas y con otro empujón de éste traspuso la escotilla. Gilman le cogió las manos, y un momento después, Lapides estaba en el techo del ascensor. Waters le siguió pronto. Luego dos de ellos se inclinaron a través de la trampilla, y aferrando las manos de Pappas lo izaron hasta donde se encontraban. Cuando Pappas estuvo arriba, miró a su alrededor y murmuró:

—¡Santo Dios!

Un par de cables permanecían arrollados como negras serpientes en el techo de la cabina, y otros más colgaban inertes hacia los lados. Dos pisos más arriba las llamas rugían a través de una abertura en el muro del núcleo de servicios, en tanto que algunos trozos de yeso y hormigón se desprendían de la destrozada pared. Las llamas surgían del piso ante el cual se hallaba el ascensor, mientras que a una treintena de metros más arriba, un enorme boquete en la pared externa dejaba expuesto el núcleo de servicios al aire frío y la nieve. Trozos de escombros llameantes caían en torno al inmovilizado ascensor, y algunos lo hacían en el mismo techo.

—Hay que salir de aquí —manifestó Gilman.

Waters sonrió con sarcasmo a la luz de las llamas y dijo:

—Eso está bien. ¿Tienes una idea de cómo podemos hacerlo?

—Sí; puede hacerse, aunque del modo más difícil.

—¿Qué dices? —terció Pappas.

—Un par de compañeros de la Costa Este lo hicieron una vez —explicó Gilman—. Tendremos que bajar por uno de esos cables.

Lapides dijo, tartamudeando:

—¿Mano… sobre mano? ¡Pero si esos cables están cubiertos de grasa!

—Pasaremos un par de vueltas en torno a ellos con nuestros cinturones, y nos afirmaremos con las piernas —continuó Gilman—. Pero tendremos que quitarnos los chaquetones, los cascos y todo lo que nos moleste.

Hubo un momento de silencio. A continuación, Waters se quitó el pesado chaquetón y lo dejó caer por el borde del techo del ascensor. La prenda revoloteó un momento en el aire, y luego desapareció en el negro hueco, hacia abajo.

Lapides se retiró del borde y dijo:

—Estás loco, Gilman; hay dieciocho pisos, hasta la parte inferior.

—Pappas, entrégame el garfio —dijo Gilman.

Éste cogió la herramienta que le entregaban, y se tendió boca abajo sobre el techo de la cabina. Luego extendió el gancho y atrajo hacia sí uno de los cables que estaban libres del contrapeso. Lo alzó hasta la cabina y manifestó:

—Muy bien, ¿quién es el primero?

—Creo que no voy a poder hacerlo —aseguró Lapides, con voz asustada.

—Entonces, tendrás que bajar el primero; si lo haces el último y resbalas, te llevas al resto de nosotros —declaró Gilman, moviendo la cabeza tristemente—. Lo siento, chico, pero no cabe otra salida. Tienes que ser tú.

Lapides se acercó al cable y miró sobre el borde de la cabina. En el pozo, hacia abajo, había algo de humo; el humo aparecía iluminado con las llamas de los pisos incendiados. Más allá la oscuridad era absoluta y no se veía el fondo.

—Vamos, decídete de una vez, Jake —le apremió Waters—. No podemos seguir aquí.

—No me metáis prisa —contestó Lapides, que tenía el rostro cubierto de sudor.

—Un momento —añadió Gilman—. Asegúrate la linterna al cinturón, para que podamos ver. Trata de no resbalar. Los demás confiamos en ti.

—Da una doble vuelta con tu cinturón en torno al cable —dijo Pappas—. Te ayudaré a bajar.

—Puedo hacerlo solo —respondió Lapides, con repentino mal humor.

La parte delantera de sus pantalones aparecía húmeda. Se limpió los guantes en los pantalones, y tiró con fuerza del cinturón, que había arrollado en torno al cable. Luego se deslizó sobre el borde de la cabina. Resbaló varios palmos, pero se afirmó al cable con las piernas. Los pantalones actuaban a modo de freno. Comenzó a descender lentamente.

—No mires abajo —le advirtió Gilman, pero entonces notó que Lapides tenía los ojos cerrados.

—Es tremendamente resbaladizo —dijo Lapides, con voz tensa—. Pero creo que lo conseguiré.

En cuanto Lapides hubo abandonado el techo del ascensor le siguió Pappas, luego Waters, y por fin le tocó a Gilman. Por encima de ellos, los cascotes seguían cayendo desde los pisos afectados por la explosión.

—¡Recuérdalo, no mires hacia abajo! —gritó Gilman, una vez más.

Éste abandonó el garfio y cogió el cable. Resbaló un par de manos, antes de que pudiera sujetarse con el cable entre las rodillas.

—¡Vaya papeleta! —gritó Lapides, cuya linterna oscilaba siete metros más abajo.

—¡No necesitas decirlo! —Gruñó Gilman.

De los cuatro, era él quien sufría más de vértigo.

49

—¡Haz una toma vertical junto a los camiones bomba! —gritó Quantrell.

Kimbrough, el operador, echó a correr en dirección al lugar indicado. Quantrell retuvo el aliento. Si aquel condenado resbalaba en el suelo cubierto por una capa de hielo, la cámara que llevaba apoyada en el hombro, y que valía cinco billetes grandes, se iría al infierno. Kimbrough logró situarse debidamente, y Quantrell se volvió hacia Zimmerman, el joven reportero.

—Al, procura ver si consigues una entrevista con el policía que estaba al lado de la pareja, cuando el muchacho fue alcanzado por el cristal. No seas demasiado sesudo. Dale a la cosa un aire juvenil.

—Está bien —contestó Zimmerman, y se alejó.

Buena persona, pensó Quantrell, brevemente. Al menos, era de los que sabían quién mandaba allí. Volvió a mirar a Kimbrough. Estaba en el centro de la calzada, detrás de los vehículos bomba que empleaba como primer plano para sacar la escena del edificio incendiado. Se arrodilló y apuntó con el objetivo hacia arriba, a fin de lograr un efecto más impresionante. Quantrell siguió maquinalmente el ángulo de la cámara, procurando imaginar cómo aparecería la escena en la pequeña pantalla. En ese momento alcanzó a divisar un delgado trazo llameante que caía cruzando el cielo. Lo siguió con la vista, cuando advirtió que se trataba de una mujer semidesnuda, que aferraba un colchón. Hacia la mitad de la caída, el colchón se desprendió de sus manos, y Quantrell pudo ver

el pelo envuelto en llamas que oscilaba detrás de ella. Iba a caer en la plaza, cerca de donde estaba Quantrell. Los bomberos que se encontraban por allí, también divisaron a la mujer y se apartaron rápidamente.

Quantrell observó con fascinación casi hipnótica, y los segundos parecieron horas en su mente. Luego sus ojos advirtieron la gran escultura de aluminio y plexiglás, que cubierta de hielo, pero aún con las luces encendidas, se alzaba ante el edificio. Aún tuvo tiempo de pensar «ahí no, ahí no». Volvió la cabeza, y se escuchó un ruido como si hubieran roto un millar de vidrios.

—¡Filma eso! —gritó a Kimbrough.

Los bomberos gritaron. Dos de los que estaban en uno de los camiones corrieron hacia allí con una lona. Kimbrough ya estaba tomando la escena, y Quantrell se preguntó cuánto podrían usar de aquella secuencia; probablemente nada, aparte de un rápido enfoque a la destrozada escultura y a los dos bomberos, acudiendo con la lona para cubrir el cuerpo.

El propio Quantrell no miró más de cerca; no se animó a hacerlo. Cierta vez, años antes, uno de los chicos de la ciudad universitaria se prendió fuego ante el edificio de la alcaldía, para protestar contra la guerra del Vietnam. Quantrell estaba pronunciando una serie de conferencias en la escuela de periodismo, por aquel tiempo, y se acercó lo suficiente al cadáver como para reconocer en él a uno de los estudiantes que asistían a sus lecciones. Era el que más preguntas hacía, el que parecía estar más preocupado por los problemas de la sociedad… Bien, pronto averiguaría quién era la mujer que acababa de caer allí. Ahora podría hacer el emocionante comentario «en el mismo lugar del hecho».

—Jan, ¿tienes una *cassette* nueva?

La joven rubia que estaba a su lado rebuscó en su bolso y le entregó lo que Quantrell pedía. Este introdujo en el magnetófono la *cassette* y comenzó a hacer los comentarios mientras los bomberos pasaban apresuradamente a su lado. Una breve descripción de la

helada capa que cubría la plaza y las aceras, los algodonosos copos de nieve que convertían la escena en una tarjeta de Navidad un tanto manida, el viento que llevaba el olor acre del humo, y la Casa de Cristal, envuelta en un halo gélido, como un palacio salido de un cuento de hadas. Y, desde luego, las llamas y el humo que surgían de los últimos pisos…

Mientras hablaba para el magnetófono, Quantrell echaba rápidos vistazos a Jan, que tomaba notas por su cuenta sobre la escena. Serena, competente, de poco más de veinte años, y sumamente atractiva. Si Sandy le dejaba, pensó Quantrell, tal vez no lo sintiera tanto como había creído. Jan era periodista, y podía hacer cosas que Sandy no estaba en condiciones de realizar. Tal vez muchas cosas que Sandy no podía o no quería hacer.

Regresó Kimbrough, y Quantrell abordó rápidamente a un joven bombero que pasaba a su lado.

—Eh, oiga, ¿tiene un momento libre? —le preguntó.

—¿Qué le parece a usted? —murmuró el otro, y trató de eludirle, pero el periodista siguió interponiéndose en su camino.

—Al menos, ¿puede usted decirnos su nombre? —preguntó al bombero.

Éste pareció desconcertado; luego se detuvo y de mala gana, dijo:

—Jim Artaud.

Kimbrough hacía algunas tomas mientras Quantrell empezaba a hablar rápidamente por el micrófono.

—Tenemos ante nosotros al bombero Jim Artaud, en la plaza situada frente al edificio incendiado de la National Curtainwall. Díganos, Jim, ¿cuántos pisos hay en llamas, ahora?

Artaud se hallaba a disgusto, pues comprendía que le habían atrapado.

—Tengo que irme —protestó.

—Un minuto tan sólo, Jim —manifestó Quantrell—. No diga que no puede dedicarnos ese tiempo.

—Bien, por el momento la situación es comprometida en los pisos dieciséis a veinticinco. En el dieciséis y el diecisiete el fuego había sido apagado anteriormente, y en los que van del dieciocho al veintiuno, se le había contenido. Entonces se produjeron las explosiones, y enseguida se ha desatado el infierno.

—¿Cómo va el incendio en lo más alto, Jim?

—Se trata de gas inflamado, al menos cuando se inició. Las tuberías de gas que abastecen a los pisos superiores se rompieron después de las explosiones, y eso fue el principio. No sé cómo irán allí las cosas en estos momentos.

—¿Qué planes tiene el jefe Infantino para combatir el fuego en el piso sesenta y cuatro?

Artaud miró a Quantrell como si éste fuera un imbécil.

—Oiga, amigo —dijo—. El sistema eléctrico está completamente inutilizado, lo cual quiere decir que las bombas del edificio no pueden funcionar. No hay modo alguno de combatir el fuego, ningún modo. No podemos llevar el agua tan arriba.

Durante un momento, Quantrell se quedó mirando a su interlocutor. No había pensado en eso. Intuyó que habría dificultades, que añadirían sensacionalismo a la crónica; pero no pudo imaginar que aquello fuera imposible. De pronto se dio cuenta de su propio silencio y dijo rápidamente:

—¿Quiere usted decir que el fuego, en los pisos superiores, arderá sin control alguno?

Artaud asintió y repuso:

—Así es; a menos que ideen algún truco para proporcionar energía a las bombas del rascacielos. Bueno, amigo, tengo que marcharme.

El bombero dio media vuelta y echó a correr hacia el edificio. Quantrell se situó frente a la cámara.

—Esto es todo por el momento, señoras y señores —dijo—. Mientras la mayor parte de las fuerzas contra incendios de la ciudad se encuentran empeñadas en una lucha contra las llamas, entre los

pisos dieciocho a veinticinco, el fuego también domina en lo más alto de la Casa de Cristal, sin que existan esperanzas inmediatas de poder contenerlo. Y ahora…

Hizo una pausa cuando Zimmerman llegó corriendo hasta donde se hallaba y le entregó una nota. Quantrell le echó un vistazo, y a continuación volvió a mirar a la cámara, esta vez con gesto grave.

—Señoras y señores, como ustedes recordarán por lo dicho en el boletín de hace diez minutos, la explosión de una tubería de vapor a alta presión, en la Casa de Cristal, ha reavivado el fuego en los pisos inferiores, y lo ha propagado a los últimos pisos del edificio. Ahora me informan que ha ocurrido bastante más que eso. La explosión destruyó buena parte de la pared sur del núcleo de servicios. Con ello también destrozó los raíles que guían el ascensor panorámico empleado para evacuar a los clientes que se hallaban en el restaurante del Salón de Paseo. El ascensor, con su última carga de comensales, estaba descendiendo cuando se produjo la explosión. Ahora se encuentra suspendido a la altura del piso veinticinco, con un número desconocido de viajeros. También ignoramos si alguno de ellos ha resultado herido. Seguiremos informándoles durante toda la noche acerca del incendio originado en el edificio de la National Curtainwall, el más grave de cuantos se han producido hasta ahora en la historia de nuestra ciudad. Les habla el reportero Jeffrey Quantrell, de la KYS. Por favor, sigan en nuestro canal.

Quantrell se volvió hacia Kimbrough y añadió:

—Por el momento, yo ya he terminado. Tú procura obtener algunas vistas del ascensor panorámico. Podemos hacer los comentarios más tarde. Y tú, Al, busca a un policía o un bombero que haya visto la explosión desde el exterior, desde la plaza —agregó, dirigiéndose ahora a Zimmerman; y antes de que Kimbrough se alejase, prosiguió—: Trata de obtener algunas secuencias de la cascada de hielo que hay en la fachada oeste, Kimbrough. Hace que el edificio parezca un enorme sorbete.

Durante un momento, Quantrell permaneció contemplando la Casa de Cristal. Jan le sacó de la abstracción.

—Es un hermoso edificio —dijo ella.

—Lo era —corrigió el periodista.

—He visto algunos trozos de películas del incendio de un rascacielos de Sao Paulo, en Brasil. Los cuarenta pisos se habían incendiado. Aquello era como una antorcha, y hasta los edificios del otro lado de la calle estaban amenazados por el calor irradiado.

—También yo lo he visto —declaró Quantrell, asintiendo con la cabeza.

—¿Puedes imaginarte la Casa de Cristal en esas condiciones? —Manifestó la joven, estremeciéndose.

Quantrell pareció adoptar de pronto una actitud cautelosa.

—Creo que no me he parado a pensarlo —dijo.

—Mientes —repuso ella, riendo—. Es imposible no haberlo pensado.

Jan tenía razón, se dijo Quantrell. Con la imaginación alcanzaba a ver la Casa de Cristal ardiendo en toda su altura de sesenta y seis pisos. Aquello tenía que ser un espectáculo aterrador, y hermoso, en cierto modo. Una parte de su ser se estremecía de horror, y la otra cedía con morbosa fascinación.

—¿Tratas de decirme algo?

—Te estás preocupando demasiado —aseguró ella, sonriendo sin demasiado calor.

—¿Y eso es malo?

—Por esta noche, no. Pero dentro de una semana, sí.

—Siempre se cuentan historietas —contestó él, serenamente—. Pueden tener alguna base, pero no pasan de ahí.

Jan le miró con curiosidad, y Quantrell tuvo la impresión de que le estaba estudiando, como si perteneciera a una especie de trance de extinción.

—En este caso, no es así —dijo ella—. Bien, ¿hay algo que quieres que haga, en especial?

—Habla con algunos inquilinos —manifestó el periodista, con sequedad—. Haz las entrevistas en directo.

Quantrell vio cómo se alejaba la muchacha y no dejó de advertir el confiado balanceo de sus caderas. La había juzgado equivocadamente. No era el tipo de chica sencilla, sino una futura competidora. Y utilizaría los medios a su alcance —todos ellos—, del mismo modo frío y calculador con que él los utilizaba. Al verla, creía estar mirando el futuro. Por lo que a ella se refería, el asunto ya estaba decidido.

A continuación se puso a revisar su magnetófono. Infantino se mostraría reacio a dejarse entrevistar, pero habría diversas maneras de conseguirlo. Unos pocos pinchazos bien administrados, e Infantino estallaría. Luego, algunos arreglos ingeniosos, para dar a la grabación el cariz que uno deseara. No tenía intención de desvirtuar las declaraciones de Infantino, sino tan sólo de realzarlas y dramatizarlas, excluyendo las repeticiones o lo que careciese de interés. Eso se hallaba en el límite de lo moral, pero las noticias eran dramatismo, en primer lugar, según había aprendido Quantrell hacía mucho tiempo.

Encontró a Infantino al lado del furgón de comunicaciones, hablando con otro hombre. Cuando Quantrell estuvo más cerca, advirtió que se trataba de Shevelson. ¿Qué demonios estaría haciendo allí? Claro que no podía perder esa ocasión, se dijo Quantrell, y se alzó el cuello de pieles, pues sintió la corriente de aire frío que llegaba desde las estrechas calles adyacentes.

No estaba del todo tranquilo al tener que enfrentarse a Shevelson e Infantino al mismo tiempo. Habrían cambiado impresiones, y probablemente le calificaran como el villano del año. Miró rápidamente a su alrededor en busca de Kimbrough y le localizó junto a uno de los camiones de bomberos, recargando su cámara para tomar una vista del ascensor panorámico. Bueno, el ascensor podía esperar, se dijo, pues no se iba a mover de allí. Captó una

mirada de Kimbrough y le señaló el furgón de comunicaciones. Kimbrough asintió con la cabeza.

No tenía sentido el andar con cumplidos; ninguno de los otros dos se tragaría el anzuelo. Acercarse, preguntar, obtener respuestas y marcharse.

—Tengo entendido que es imposible apagar el fuego en los pisos superiores —dijo a Infantino.

—No seré yo quien se lo haya dicho —respondió el aludido, secamente.

—¿Puede confirmar o denegar la noticia?

—No tengo por qué decidirme por lo uno o lo otro. El Departamento suministra informes a la prensa cuando ha terminado un incendio, no mientras éste se produce.

—Según su opinión, ¿puede ser ésta la obra de un pirómano?

—No he dicho que opinase nada —prosiguió Infantino, sin abandonar su fría actitud, y señalando hacia el cámara, agregó—: Haga que se marche ese hombre de ahí, o haré yo que lo echen. Está impidiendo el paso de los bomberos que combaten el fuego.

Quantrell miró a su alrededor y dijo:

—No veo por aquí a ningún bombero.

—Debiera usted tener mejor visión, para el trabajo que hace. Si no están ahí, aparecerán dentro de un minuto. Dígale que se marche.

Kimbrough se corrió hacia la izquierda de Infantino, enfocando más a Quantrell y menos al jefe de división.

—¿No estaba la gasolinera del sótano en contradicción con los reglamentos? —insistió el reportero, casi deseando que el otro perdiese los estribos—. ¿O acaso fue eso aprobado por su Departamento?

—Sin comentarios —repuso Infantino, impasible—. Cualquier cosa que diga, puede perjudicar las negociaciones entre el propietario y la empresa de seguros.

—¿Qué bajas ha producido el incendio, hasta ahora?

—No comento, pues está pendiente la nota oficial.

—Creo que el público tiene que estar interesado por saber cuántas personas han resultado heridas o muertas en este siniestro —dijo Quantrell, sin disimular su disgusto.

Infantino sonrió ligeramente.

—Y yo creo que el público condenará cualquier declaración que yo haga en las actuales circunstancias —declaró, y dándole la espalda, se alejó de allí.

Aquel mal nacido estaba aprendiendo, pensó Quantrell, y se volvió hacia Shevelson.

—¿Qué le parece el hecho de que sus predicciones se hayan convertido en realidad, señor Shevelson?

—Termine ya de una vez, Quantrell.

El reportero hizo un esfuerzo para hacer que su voz pareciese indiferente.

—Tengo la impresión de que a usted le complace ver que se confirman sus acusaciones contra el proceder de Leroux, al eludir los adecuados reglamentos de construcción. Supongo que no sentirá otra cosa que indignación, ante las noticias de los que han resultado muertos o heridos.

—Hay también otra baja —manifestó Shevelson, sombríamente —. Se trata de la misma Casa de Cristal. Yo ayudé a construirla y la considero mía en parte, con todos sus defectos. Lo siento, pero no me satisface verla, envuelta en llamas.

Quantrell hizo una seña a Kimbrough y colocó el micrófono ante Shevelson.

—¿Tiene algún otro comentario que hacer? —le preguntó.

El aludido se quitó el cigarro de la boca y miró con aire pensativo a Quantrell.

—Sí, que me beses el trasero, si te parece —respondió lentamente, y dejó caer el cigarro, que chisporroteó un instante sobre el hielo; luego agregó—: Creo que el jefe le ha dicho que

abandone esta zona. Si necesitase ayuda para eso, con gusto se la proporcionaré.

Quantrell volvió a hacer otro gesto a Kimbrough, que se alejó de allí.

—Fue usted quien me llamó, Shevelson, y no a la inversa. Fue usted quien quería desahogarse. Usted quería vengarse, y yo le di esa oportunidad, porque con ello se servían los intereses públicos. Sin duda tiene más que decir, desde luego, pero lo dirá ante los tribunales. Leroux va a ser sometido a juicio, y usted será el principal testigo de la acusación. Lo será, sin duda, cuando yo revele a las autoridades que fue usted la fuente principal de mis informes.

Shevelson escupió en el suelo, y parte del salivazo fue a dar en los zapatos de Quantrell.

—Fuera de aquí, amigo —dijo—; y me importa poco si todo esto sale en la película.

Shevelson dio un paso adelante, con gesto amenazador, y Quantrell se volvió y se alejó de aquel lugar, seguido de cerca por Kimbrough. No podía actuar, pues con ello sólo corroboraría las acusaciones de Clairmont, de que obraba por motivos de venganza. Pero le escocían las mejillas y se sentía como en la escuela primaria, cuando el matón de la clase le desafió a pelear y él salió corriendo. Durante veinticinco años no había podido saber si negarse a pelear se había debido a que era un cobarde o que le pareció la solución más adecuada. En todo caso, sabía muy bien por aquella época que de haber peleado le hubiesen dado una paliza. Pero durante años deseó haber sido un zoquete, y no el alumno más inteligente de la clase. Lo bastante zoquete como para haber aceptado la pelea, y no tener que dudar durante el resto de su vida de su valor.

Entonces sopló una helada ráfaga de viento, y Quantrell tuvo otras cosas que hacer y en las que pensar. Regresó hacia la estación de radio instalada en el furgón, para hablar con el jefe de la unidad, que dirigía las comunicaciones relativas a la operación.

—Jeff —le dijo el jefe—, estamos obteniendo algunas hermosas vistas desde el helicóptero. ¿Le interesa?

Hizo un gesto señalando la pantalla principal, que tenía delante. La imagen era una vista tomada desde arriba y en la que podía divisarse todo el costado del rascacielos, comprendido el destrozado muro del núcleo de servicios.

—Desde luego, concédame cinco minutos, ¿quiere? Kimbrough, saque algunos planos del ascensor. ¿Cuántas veces voy a tener que decírselo?

—Con dos basta —protestó Kimbrough—. Pero ha habido una docena de peticiones entre una y otra vez. ¿Por qué no le enfrentaste, Jeff? Tal vez te hubiera zurrado, pero te habrías sentido mejor. ¿Quién sabe? Quizá le hubieses acertado con un golpe de suerte.

Quantrell se alejó junto con Kimbrough y luego le observó mientras éste se encaminaba hacia un costado del edificio. Después, Quantrell se volvió con aire abstraído, encendió un cigarrillo y echó un vistazo al cielo, del que caía la nieve. Su mirada descendió luego a la plaza iluminada y se detuvo un momento en la destrozada escultura de aluminio y plexiglás. Una lona se hallaba junto a la base, y la nieve aparecía allí de color levemente rojizo. *Por encima del silencio profundo y sin sueños, las estrellas prosiguen su marcha…*

Pobre ser, pensó de pronto. Pobre y desesperado ser. Se preguntó quién pudo haber sido.

50

Lex Hughes estaba dormitando en un sillón del despacho interior, aguardando pacientemente a que los bomberos se retirasen, para poder descender por las escaleras. Las explosiones le levantaron de su asiento y le proyectaron de bruces contra el suelo. La pared opuesta de la Cooperativa de la National Curtainwall, situada frente al pasillo exterior, se deshizo de pronto en una lluvia de escombros. Hughes se pegó desesperadamente al piso, cuando éste pareció sacudirse y bailar, y los escritorios se desplazaron por su superficie. Desde algún lugar cercano, un sonido sibilante atronó el aire; una llovizna caliente llenó la habitación. Luego el sonido murió rápidamente, y predominó el silencio, interrumpido a veces por la caída ocasional de algunos trozos de cielorraso, o el más lejano rumor de los escombros al caer desde lo alto.

Permaneció un momento en el suelo, como atontado, y luego se puso lentamente en pie. El despacho era un caos. La zona próxima a la cámara acorazada aún estaba intacta, pero la pared que separaba las oficinas del pasillo exterior había desaparecido. El estrecho tabique yacía convertido en pequeños fragmentos por entre los escritorios cercanos y encima de los mismos. La pared del corredor que bordeaba el núcleo de servicios también se había derrumbado, y las vigas y los alambres de sostén se veían por entre los trozos de hormigón. Las luces se habían apagado, y lo poco que alcanzaba a ver se debía al fulgor de las pequeñas llamas que ahora parecían

surgir por todas partes. El pasillo externo estaba lleno de un humo negro, que formaba densos remolinos.

Se pasó las manos por el rostro y se estremeció al notar que sangraba cuando las retiró. Advirtió un corte amplio e irregular en la mejilla izquierda, sin duda provocado por un trozo de cristal o de escombro, proyectados por la explosión. Trató de restañar la salida de la sangre oprimiéndose la mejilla con el pañuelo.

El asombro inicial estaba dando paso ahora a un sentimiento de pánico. Algo más terrible que el fuego había ocurrido… y muy cerca de donde él se hallaba. Tenía que salir de aquel lugar. No podía seguir aguardando más tiempo. Dudó si debía coger el maletín, y por último decidió arriesgarse. Con su preciosa carga, avanzó tambaleándose entre los escritorios en dirección al pasillo exterior. Se adelantó entre sillones y archivos que la explosión había destrozado. La puerta de las oficinas tenía roto el cristal, y los fragmentos del mismo estaban dispersos por el suelo. Probablemente un trozo de aquel cristal había sido lo que le provocara la herida de la mejilla, se dijo Hughes.

Un humo espeso y oscuro llenaba el corredor, del que surgían asimismo, de vez en cuando, algunas lenguas de fuego. Comenzó a toser. Aquello era un desbarajuste total. Empuñó el picaporte por la fuerza de la costumbre, y al tirar de la puerta ésta se desprendió de sus goznes, faltando poco para que le cayese encima.

Ya en el pasillo exterior, el humo le mordió los pulmones, provocando en él un acceso de tos. A intervalos llegaba a su rostro una bocanada de aire caliente y húmedo, por lo que Hughes pensó que las tuberías de vapor del edificio debían haber estallado. Más lejos, pudo escuchar los gritos de unos bomberos; llegaban de uno de los pozos de escalera adonde habían retrocedido. Un delgado rayo de luz procedente de tina linterna rasgó momentáneamente la oscuridad, y Hughes se apartó hacia un lado. Trataría de llegar a la otra escalera sin que le viesen; era probable que los bomberos

estuvieran en esta otra, más cercana. Sabía dónde se hallaba la otra escalera y avanzó tanteando hacia allí.

Se inclinó para evitar la zona de humo más denso, y tendió la mano hacia delante. La luz de las pequeñas hogueras del corredor crecía por momentos. Por otra parte, debía apresurarse, si no deseaba ser visto. Corrió inclinado, haciendo todo lo posible para no toser, pero tropezó en una manga de bombero abandonada y soltó sin querer el maletín. Se abrió el cierre de éste, y los fajos de billetes cayeron rebotando en el suelo del corredor.

Procuró recogerlos, cuando se dio cuenta de que estaba al borde mismo del infierno. Pocos pasos más allá del muro del núcleo de servicios, el suelo había desaparecido, y lo que quedaba del mismo se inclinaba suavemente hacia el boquete abierto en la pared. A través del agujero, Hughes pudo ver el interior del núcleo de servicios. Durante un momento permaneció como paralizado por el miedo, mirando los fajos de billetes y el maletín, caído algo más allá del alcance de sus dedos.

Durante un largo momento permaneció tendido en el suelo, hasta que notó una corriente de aire que atravesaba el pasillo en dirección al pozo de servicios. Billetes de cincuenta dólares, procedentes de un fajo roto, empezaron a moverse poco a poco, como si tuvieran vida propia, se dispersaron y luego cayeron como hojas muertas en el abismo que había más abajo.

Hughes lanzó un quejido y reptó hacia delante, tratando desesperadamente de impedir la caída de los billetes. Algunos fajos habían caído encima de los alambres y varillas de refuerzo de una parte del hormigón destrozado. Subían las llamas desde el piso inferior, y el calor comenzó a ennegrecer los billetes, que enseguida entraron en combustión.

La libertad, la costa adriática, toda una nueva vida estaba ardiendo sin que pudiera evitarlo. Aquello era demasiado para Hughes; se puso de rodillas y trató de apagar las llamas de los billetes con las manos. Entonces se dio cuenta de que tenía los

dedos llenos de ampollas, y que su rostro estaba hinchado a causa del intenso calor. El aire caliente empezaba a afectarle los pulmones. Trató de alejarse del hormigón destrozado y del abismo que se iniciaba más allá. De pronto, el pequeño sector de piso sobre el que se encontraba, se inclinó fuertemente y se resquebrajó. Notó con mayor intensidad el calor que subía del piso inmediatamente inferior. Durante unos segundos permaneció mirando directamente hacia abajo, al hueco de dieciocho pisos de altura.

Hizo una nueva y desesperada tentativa para retroceder, y sus pies resbalaron en el polvillo del hormigón. Por un instante quedó detenido en el borde como la figura inmóvil del fotograma de una película. Luego el suelo desapareció bajo sus pies, y cayó en la oscuridad humeante del núcleo de servicios.

El tiempo pareció detenerse, y Hughes sintió que se precipitaba en medio de las fuertes corrientes de aire procedentes del fondo del pozo. Aún pudo divisar uno de los llameantes fajos de billetes, que caía hacia él. En la semioscuridad, el ardiente fajo le pareció el ojo fulgurante de un dios terrible y vengativo.

51

Douglas estaba totalmente desprevenido cuando se produjeron las explosiones. Las luces de la escalera se extinguieron en cuanto se originó el primer estallido. Se dio cuenta de que hubo dos explosiones algunos pisos más abajo, y luego otra, sorda y más distante, hacia lo alto. Esta última le preocupó más que las anteriores. Había tenido la esperanza de poder llegar al Salón de Paseo, para tomar luego algún ascensor hacia abajo, o aguardar allí, simplemente, a que los bomberos apagaran el incendio en los pisos inferiores.

Aquellas explosiones destrozaban sus esperanzas, y con la repentina oscuridad le invadió también el miedo. Albina pareció aterrada al principio, pero ahora daba la impresión de estar resignada. Era evidente que no tenía esperanzas de salir con vida, aquella noche. En cuanto a Jesús, se vino abajo enseguida, y Douglas tuvo que darle varias bofetadas para vencer la histeria que le dominaba. Después de eso, continuaron ascendiendo en silencio por la sombría escalera, tan sólo iluminada por la luz que atravesaba los ventanales situados en cada rellano. Albina necesitaba cada vez más ayuda, y las detenciones para descansar se hacían más frecuentes. Afortunadamente, a aquella altura apenas parecía haber vestigios de humo.

Se encontraban en ese momento en la mitad de uno de los últimos tramos de escalera, el que llevaba hasta el piso sesenta y cuatro. Douglas se volvió hacia Albina, que con una mano se

apoyaba en el pasamanos y con la otra en un hombro de Jesús. La mujer se detuvo de nuevo a descansar. Tanto ella como Jesús jadeaban con fuerza.

—Vamos, vamos —dijo Douglas, impaciente—. ¿Necesitan ayuda?

—¡Váyase al demonio, hombre! Llegaremos cuando podamos —dijo Jesús, con voz tan llena de agotamiento que Douglas sintió lástima de él.

Por orgullo, el muchacho se había impuesto la tarea de ayudar a subir a su madre. De todas formas, Douglas no dejaba de comprender que parte de aquella actitud se debía a que él estaba avergonzando constantemente al joven, afeándole su actitud. Ahora Jesús temblaba de fatiga.

Douglas retrocedió unos escalones y tendió una mano.

—Vamos, Albina, cójase aquí —dijo.

Jesús le iba a apartar la mano, pero se encogió de hombros cuando vio que Albina se aferraba a la mano de Douglas. Entre los dos, la ayudaron a subir los siguientes escalones.

—¿Falta mucho? —preguntó Jesús, cuya piel, bajo la tenue luz de la escalera parecía de color verdoso.

—El próximo piso es la galería de observación —dijo Douglas—. Tenemos que llegar allí.

Douglas sabía que la escalera estaba abierta en su parte inferior y en la superior, y según creía recordar, la galería de observación se hallaba en lo alto del rascacielos. Desde allí, ascendiendo unos pocos escalones, se encontrarían en el restaurante del Salón de Paseo.

Jesús asintió con la cabeza. De pronto miró a Douglas y el rostro se le congestionó de ira.

—¡Imbécil y mal nacido! —exclamó.

Douglas enrojeció y dijo:

—¿Qué demonios te ocurre?

—¡La electricidad, hombre! Se apagaron todas las luces cuando escuchamos las explosiones, ¿no es cierto? Debimos intentar abrir la

puerta, en aquel momento, porque los cierres tuvieron que aflojarse, también.

Douglas le observó un momento, y luego se volvió hacia la puerta que tenía a sus espaldas. Era ya la del piso sesenta y cuatro, el piso del cuarto de máquinas situado justamente debajo de la galería de observación. Tanteó el picaporte, y lo soltó enseguida.

—No, por aquí no se puede salir —declaró—. Subamos pronto a la galería de observación.

—No lo haré —repuso Jesús—. Voy a quedarme aquí. No pienso subir un solo peldaño más, así me cueste la vida.

—Vamos —manifestó Douglas, terminante—. Aquí estamos en peligro.

Cuando Jesús se disponía a empuñar el picaporte, Douglas le cogió el brazo y se lo retuvo.

—Está bien, tócalo —le dijo despacio—, pero muy suavemente. No trates de abrir la puerta.

Con aire displicente Jesús tocó el picaporte, y al momento retiró la mano.

—Ya lo ves —declaró Douglas—. Vamos arriba, y pronto.

Entre ambos levantaron a Albina, que subió casi a rastras. Llegaron al siguiente rellano en el momento en que se producía una nueva explosión más abajo. La puerta que acababan de tocar había saltado de sus goznes, cayendo al rellano de la escalera. Una oleada de aire caliente y llamas surgió por la abertura. Douglas lo esperaba, pues el picaporte quemaba, y había percibido también un leve olor a gas. Tras la explosión que había escuchado primero, probablemente se formó una bolsa de gas detrás de la puerta.

Lo cierto era, se dijo Douglas, que habían tratado de eludir el fuego durante cuarenta pisos, sólo para descubrir que les estaba esperando arriba.

—Vamos —manifestó, tratando de conservar la calma—. Es el último tramo de escaleras.

Su voz sonaba temblorosa, y esperó que Jesús no se diera cuenta de ello.

Pero el joven movió la cabeza con desesperanza.

—¿De qué puede servir eso? Hemos subido hasta aquí, y el maldito fuego ha llegado antes que nosotros.

Parecía a punto de llorar. Douglas observó el rostro del muchacho. Antes le había parecido mayor, tal vez de unos dieciocho años; pero ahora se dio cuenta de que tenía menos, quizá tan sólo quince o dieciséis años. Era un chiquillo, se dijo Douglas; pero es que en las calles crecían muy de prisa. Afortunadamente la adrenalina de su organismo le había mantenido, a pesar de los síntomas producidos por la falta de droga.

—¿Y qué piensas hacer, quedarte ahí sentado —preguntó Douglas—, o esperar a que el fuego llegue hasta la galería de observación y quedes atrapado aquí, sin poder ir hacia arriba ni hacia abajo? Entonces sí que te moverás aprisa, pero ya de nada te servirá. Vamos, ayuda a tu madre, que casi hemos llegado.

—Sí, hombre, casi hemos llegado; pero ¿adónde? —preguntó Jesús.

De todas formas se puso en pie, cogió a Albina por un brazo y añadió:

—Vamos, mamá; sólo un piso más.

Subieron penosamente hasta el siguiente rellano y se vieron ante una puerta pintada de rojo. Douglas tocó el picaporte, y lo hizo girar. La puerta se abrió con facilidad, y al momento se hallaron en la galería de observación. Ésta tenía forma de U, y rodeaba por ambos lados el núcleo de servicios. En el centro también se hallaba un recinto amplio y cerrado. Douglas nunca había estado dentro de aquella estancia, pero se dijo que debía tener una puerta, y que en algún lugar se hallaría la escalera que llevaba hasta el Salón de Paseo.

Anteriormente Douglas ya había estado en la galería de observación; fue cierta vez, cuando ésta se hallaba llena de la

algazara de padres e hijos que miraban a través de los telescopios que funcionaban con monedas, o que compraban postales y recuerdos en el pequeño puesto de venta. Ahora los tres estaban solos entre el silencio y la oscuridad, y con la nieve arremolinándose más allá de los grandes ventanales.

Jesús encontró la puerta que conducía hacia el amplio recinto central. Los tres traspusieron el umbral, y dentro vieron los grandes tanques de agua que servían a las tuberías de los rociadores montados en el sector comercial del edificio. También había unos tanques de freón, utilizados en el sistema de aire acondicionado. Todo ello estaba justamente debajo del ático que comprendía una parte del techo, y se hallaba separado del Salón de Paseo por unos jardinillos.

La escalera metálica que llevaba al Salón de Paseo se encontraba en el extremo más alejado de la planta. Douglas se encaminó hacia allí, y de pronto tuvo que apoyarse contra uno de los tanques de agua. Se sintió enfermo y mareado, como a muchos kilómetros de la escalerilla. No se había dado cuenta antes de lo agotado que estaba, y del enorme esfuerzo que acababa de realizar. El ascenso ayudando a Albina y a Jesús terminó con sus últimos vestigios de energía. Ahora que ya habían llegado, se encontraba al borde del colapso. Se estaba volviendo demasiado viejo y demasiado gordo. No era de extrañar que Larry… Bueno, mejor era olvidar eso. Ya tendría tiempo de pensar en aquel asunto. Las rodillas empezaron a temblarle, y por vez primera dudó de poder seguir adelante.

—¿Cansado el hombre? —le preguntó Jesús, observándole y con un vestigio de burla en la voz.

Él era joven, se dijo Douglas, y así era como reaccionaban los jóvenes. Ahora le tocaba el turno de aguantar. Douglas logró que sus rodillas dejasen de temblar y se irguió de nuevo.

—Sí, pero puedo subir esas escaleras. Tendrás que ayudar a tu madre. Me parece que yo no podré hacerlo.

Douglas avanzó penosamente, detrás de la madre y el hijo. La galería de observación tenía una altura de un piso y medio, y la escalera se interrumpía en un pequeño rellano. Douglas quiso descansar, pero Jesús movió negativamente la cabeza.

—Si se detiene ahora, hombre, no podrá llegar. Y es demasiado pesado para que yo le lleve. Además —agregó, alzando la mirada—, veo que la puerta está abierta. Un minuto más y podrá sentarse. ¿Qué le parece, eh?

Le parecía magnífico, pensó Douglas; sencillamente magnífico. Se aferró al pasamanos y casi fue impulsándose peldaño a peldaño. Las rodillas empezaban de nuevo a aflojársele, y los músculos de las piernas, de un simple dolor que tenía, empezaron a provocarle una verdadera tortura. Por fin cruzaron la puerta superior y se encontraron en un recinto alfombrado. Hacia la izquierda estaban los lavabos, que Douglas no había llegado a encontrar unas semanas atrás. Hacia la derecha, a través de una puerta cubierta de cortinajes, pudo ver a algunas personas. Apretó los dientes y siguió a Jesús y Albina en dirección a la sala que había más allá.

El salón comedor, que en otros tiempos resultaba tan elegante, con su tibia luz y el murmullo de los comensales, ahora se hallaba casi desierto. Platos a medio terminar cubrían las mesas, y los carritos de la cocina estaban llenos de vajilla sucia. En muchas mesas se apilaban las servilletas, las botellas vacías, la cubertería y las rosas ya ajadas. El lugar estaba débilmente alumbrado por las velas que había encima de las mesas.

Un grupo de personas, muchas de ellas ataviadas con trajes de noche, se apiñaban en el extremo opuesto del salón. Eran inquilinos, se dijo Douglas. Debían haber llegado hasta allí por los ascensores del sector residencial o por las escaleras, como lo hicieron él, Jesús y su madre. Reconoció a algunos de los inquilinos. Uno era un hombre de edad, Harlee Claiborne. Le había pedido que le decorase su piso. Agradable personalmente, ésa era su única garantía. El primer cheque que cobró de él, fue devuelto.

Douglas miró en torno suyo, buscó una silla y se dejó caer en ella. Jesús y Albina ya habían hecho lo mismo. Douglas extendió las piernas y se las masajeó levemente un momento. Luego prestó atención al grupo. Quien lo encabezaba, evidentemente, era Quinn Reynolds, la azafata. Conocía a Quinn debido a las comidas de negocios que a menudo celebraba en el restaurante del Salón de Paseo con los posibles clientes. Le divisó ella y acudió corriendo. Pero antes prestó atención a Albina, que tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad.

—¿Se encuentra mal?

—Es más bien agotamiento —repuso Douglas—. Y una posible luxación de tobillo.

Entonces le explicó lo que les había ocurrido.

—¿Han subido a pie todos esos pisos? —preguntó Quinn, con gesto de asombro.

Douglas asintió y la joven se volvió hacia la mesa que tenía detrás; sirvió varias copas de vino, y entregó una a cada uno de ellos. Albina bebió su vino, tosió levemente e hizo una seña negativa cuando Quinn quiso llenarle de nuevo la copa.

—Gracias, muchas gracias —le dijo.

—¡Señorita Reynolds! —exclamó un hombre.

Douglas y Quinn se volvieron y divisaron a un hombre anciano que sostenía en los brazos a una niña. Ésta lloraba y tosía, pero su tos era profunda y convulsa.

—Perdónenme un momento —dijo Quinn, y desapareció con los otros dos hacia la cocina.

Regresó al cabo de unos minutos y dijo:

—En la cocina tenemos un botiquín para los clientes que a veces se ponen enfermos de repente. Pero no hay en él nada que pueda servir de ayuda, cuando existe un principio de asfixia por aspiración de humo.

Douglas estaba mirando en torno al salón, y de pronto un pensamiento aterrador afloró en su mente.

—Señorita Reynolds —dijo—. ¿Cómo están ustedes aquí? ¿Por qué no han bajado?

Quinn pareció sorprenderse ante la pregunta. Luego contestó:

—Ya comprendo; ustedes no podían saber lo que ha ocurrido. Las explosiones han averiado el ascensor panorámico así como la red eléctrica, de modo que los ascensores del sector residencial tampoco pueden funcionar. Probablemente, lo más aconsejable es permanecer aquí, mientras los bomberos combaten el fuego abajo.

Quinn vaciló un instante y continuó:

—Imagino que podemos marcharnos del mismo modo que subieron ustedes… por las escaleras. Resultará mucho más fácil descender.

—Eso es imposible —respondió Douglas, lentamente—. Tampoco puede hacerse.

Quinn advirtió el tono de la voz de Douglas, palideció y dijo:

—Me temo que no le comprendo.

—No puede hacerse eso —repitió Douglas—. Aunque las escaleras no estuvieran llenas de humo, dudo que se pudiera bajar por ellas.

—Sigo sin entender. ¿Por qué no? —preguntó Quinn.

—A causa del fuego —contestó el hombre, sintiendo que el agotamiento le abrumaba de nuevo—. Está en el cuarto de máquinas, dos pisos por debajo de nosotros, y continúa extendiéndose.

52

La subida a pie hasta el piso dieciséis fue más prolongada y dura de lo que el jefe Fuchs había previsto. El olor a metal fundido y a madera quemada invadía el aire, y los peldaños de hormigón estaban resbaladizos a causa del agua. Reinaba allí una ordenada confusión en la que bomberos servidores de mangas e integrantes de los equipos de salvamento pasaban junto a él por el tenuemente iluminado pozo de la escalera. Nadie pareció reconocerle, en la semipenumbra.

En una ocasión se hizo a un lado para que pasaran dos hombres que llevaban entre ellos a un tercero. El rostro del bombero al que ayudaban tenía el color de remolacha que indicó a Fuchs más de lo que deseaba saber. Debió haber sido afectado por la explosión de una tubería de vapor, se dijo Fuchs, y se preguntó hasta qué punto serían graves las quemaduras. Una cosa era segura: en los años siguientes aquel hombre tendría que hacer numerosas visitas al cirujano plástico.

No quiso pensar demasiado en ello, pero en el fondo de su mente comprendió que su hijo Mark podía estar en las mismas condiciones. O peor aún.

Cuando llegó al rellano del piso dieciséis, Fuchs echó una mirada. En el pasillo, lleno de humo, el capitán Miller estaba dando instrucciones al grupo de servidores de una manga, que iban a entrar en actividad. Miller reconoció a Fuchs y se acercó a él.

—Siento lo de Mark, jefe —le dijo—. Acabamos de enviar a un grupo de rescate en su busca. No es una tarea fácil.

—¿Dónde sucedió?

—En el último pasillo de enlace, junto al núcleo da servicios. Creemos que la explosión tuvo que empujarle a bastante distancia de allí.

—Voy a echar un vistazo —declaró Fuchs, con calma.

Miller se interpuso en su camino.

—Eso es una locura, jefe —manifestó—, y usted lo sabe muy bien. Es usted el director del Departamento, y precisamente la persona que menos debe dejarse llevar por las emociones. No podrá hacer nada más de lo que estamos haciendo ahora. Ése no es el lugar qué le corresponde.

—Bonito discurso, gracias —respondió Fuchs—. Pero quien está a cargo de la extinción de este siniestro es el jefe de división Infantino, como usted bien sabe. No soy de mucha utilidad mirando por encima del hombro de los demás.

Miller vaciló un momento y añadió:

—Si se tratara de mi hijo, ¿me dejaría ir usted?

Fuchs movió negativamente la cabeza y repuso:

—No; pero si usted estuviese en mi lugar, y se tratara de su hijo, usted iría.

Apartó a Miller, que seguía protestando, y se adelantó por el pasillo cubierto de humo, encendiendo su linterna. En realidad aquella luz no le ayudaba demasiado a atravesar la densa cortina de humo. Fuchs había conseguido un respirador; uno de los más modernos, con un regulador automático que proporcionaba el aire necesario hasta en las condiciones de trabajo más difíciles. Se colocó la máscara, se ajustó el tanque a la espalda y se internó por el ennegrecido corredor en dirección al fuego. Se detuvo una vez, cuando el cielorraso del pasillo cedió y cayó levantando una nube de chispas.

El humo se iba haciendo más denso y resultaba difícil ver entre el mismo. Dobló por otro pasillo, y divisó las llamas a unos cuatro metros de distancia. Un equipo de apoyo lanzaba agua sobre el grupo de cabeza, que combatía directamente el fuego. Formando remolinos, el humo escapaba por el corredor, en busca de la salida natural que era el pozo de los ascensores situados a la izquierda. La puerta de uno de los ascensores estaba abierta, y la cabina se encontraba allí, con el interior ennegrecido y las placas que recubrían sus paredes abombadas y desprendidas.

El pasillo no tenía salida y Fuchs retrocedió. Miller le había dicho que era el último de los pasillos de enlace… Volvió hacia atrás unos cuantos metros, buscó el corredor mencionado y avanzó por él, tratando de no tropezar en los escombros que se amontonaban en el suelo. El humo era aún más espeso que en el pasillo principal, y la visibilidad prácticamente nula. El corredor parecía desierto, y Fuchs alcanzó a notar cómo el humo se cerraba a sus espaldas, ocultándole a la visión de cualquiera que estuviese en el corredor principal.

La máscara le producía calor en el rostro, hasta que Fuchs se dio cuenta, de pronto, de que no recibía aire suficiente. Notó el olor del humo que penetraba por la válvula de salida. Tanteó en la máscara y en el regulador, lanzando maldiciones para sus adentros. Aquella válvula no funcionaba debidamente. Se dio cuenta de que la presión iba aumentando en el interior de la máscara sin que se abriese la válvula hacia afuera. Manipuló de nuevo en el exterior de la máscara, pero no pudo abrir la válvula.

«No te dejes dominar por el pánico —se dijo Fuchs—. Ya te has visto en éstas anteriormente. Debes contener la respiración y desatascar el maldito aparato. Vamos, tienes de treinta a sesenta segundos para liberar la válvula».

Pero ésta no se destapaba. Sacudió el mecanismo mientras sentía que no alcanzaba a aguantar más. Era capaz de contener la respiración durante varios minutos, pero eso había sido hacía mucho

tiempo. Empezaba a dominarle el pánico, y notaba un fuerte zumbido en los oídos. El respirador era una completa inutilidad. Tendría que volver al pasillo principal y de allí al rellano lo antes posible. Al volverse, tropezó con un montón de escombros y cayó hacia delante. Logró reducir la caída con la ayuda de los brazos, pero el esfuerzo sustrajo oxígeno de sus pulmones e involuntariamente realizó una inspiración.

Al instante sus pulmones se llenaron de un humo espeso y aceitoso. Tosió, y al hacerlo aspiró más aire, por lo que trató de nuevo, desesperadamente, de contener la respiración. Ya era demasiado tarde. Una tos convulsiva le dominaba, y poco a poco, iba inhalando más de aquel humo resinoso y denso, con muy escaso oxígeno y demasiado dióxido de carbono. Luchó para ponerse en pie, siempre tosiendo, dio un paso y advirtió que estaba muy débil para continuar.

Era demasiado para él; se sentía muy viejo y cansado. Debió haber escuchado a Miller. Se desplomó de nuevo sobre el suelo, deseando interiormente que el equipo de salvamento pudiera encontrar a Mark antes de que fuese demasiado tarde. En el momento en que le abandonaba la conciencia, alcanzó a pensar: ¡Qué forma tan estúpida de morir!

53

Una docena de focos de emergencia habían sido colocados en diversos lugares del vestíbulo, gracias a lo cual Barton pudo avanzar sin tropezar en los pliegues de las lonas protectoras o con los mismos muebles. Donaldson trataba de localizar un generador móvil de emergencia. Si lograba hacerlo, podrían tender líneas con lámparas para que los bomberos tuvieran al menos iluminadas las escaleras. La mayoría de los inquilinos que aún permanecían en el vestíbulo de la cantina, en el sótano, resolvieron trasladarse a los hoteles cercanos, después de producirse las explosiones. El vestíbulo superior recordó vagamente a Barton la cubierta de un velero dispuesto para una competición en el mar.

—Ah, señor Barton —dijo Garfunkel, que regresaba de realizar una inspección por el garaje del sótano.

—¿Cómo van las cosas abajo, Dan?

—Todo ha quedado despejado. Se han vaciado los tanques, y los coches abandonaron ya el lugar. Hubo un incidente.

—¿Qué ha sido? —preguntó Barton, inquieto.

—No, se trata de un coche —agregó Garfunkel, rápidamente—. Cuando las luces se apagaron, uno de los conductores contratados se estrelló con el automóvil contra una columna. El coche ya ha sido remolcado fuera. Tiene la parte delantera destrozada. Por otra parte, Joe quiere irse a su casa. Dice que se está helando allá abajo.

Barton asintió con la cabeza.

—Está bien, déjele que se marche, y dele las gracias. Ya procuraré que Leroux se lo agradezca de un modo más sustancial.

—Eso le alegrará, pero creo que apreciaría más el agradecimiento personal de usted.

—Vea si puede ayudar a Donaldson con el generador, ¿quiere, Dan? Y si queda algo de café en la cantina, tráigame una taza. No importa si está frío o caliente.

Garfunkel desapareció y Barton volvió a estudiar los planos, aun cuando los miraba sin verlos realmente. Shevelson estaba abajo, en la cantina, y Barton se encontraba solo cuando llegó Infantino. Barton le miró y preguntó:

—¿Malas noticias?

—Del dieciséis al dieciocho están destruidos; del diecinueve al veinticinco están en llamas, y resulta difícil llegar hasta allí. He pedido a Southport que nos envíen todos los hombres y el equipo de que dispongan, incluyendo asimismo las cargas de plástico.

—¿Tiene planes para esas cargas?

Infantino se encogió de hombros y repuso:

—A decir verdad, no; pero así las tendremos a mano, si las necesitamos.

—¿Qué hay del incendio en la sala de máquinas del piso sesenta y cuatro? —inquirió Barton, lentamente—. No hay modo de llegar hasta allí, ¿verdad? ¿Tendremos que quedarnos aquí y dejar que arda aquello?

—No, Craig. Southport nos envía una bomba Seagrave que es un verdadero monstruo. Se trata de un nuevo modelo que mueve unos seis mil litros por minuto, a más de 400 p. s. i.

—Eso es chino para mí, Mario. ¿Qué significa?

—Bueno, viene a significar que no necesitamos las bombas del edificio. Podemos emplear las tuberías del rascacielos y dispondremos de agua a presión hasta una altura de 240 metros. Esa bomba era uno de los puntos en que discrepábamos Fuchs y yo. Él no veía utilidad alguna en semejante inversión, más que para

algunos casos muy contados. En cierto modo, tenía algo de razón. Pero nadie imaginaba que uno de esos casos iba a presentarse tan pronto.

Infantino echó un vistazo por el vestíbulo y vio que algunos bomberos con mangueras desaparecían por el hueco de la escalera.

—Ya he empezado a enviar bomberos arriba, de modo que puedan conectar las mangas en cuanto llegue la bomba. De aquí a entonces…

Infantino se encogió de hombros, expresivamente.

—¿Ha habido más bajas a causa de la explosión? —preguntó Barton.

—Un bombero recluta llamado Lencho. El tipo de hombre desmañado al que se critica bastante. Le conocí muy bien. La primera explosión le mató instantáneamente.

—¿Y el joven Fuchs?

—Aún no han encontrado su cuerpo, de modo que quedan algunas esperanzas. Más me preocupa el mismo jefe. Miller me ha dicho que subió hace un rato hasta el piso dieciséis a buscar a su hijo, y nadie le ha visto desde entonces. Dentro de cinco o diez minutos se le habrá agotado el aire.

Barton iba a hacer otra pregunta, cuando se escuchó el retumbar distante y sordo de una nueva explosión.

—¡Dios mío! —exclamó Infantino, y echó a correr hacia el centro de comunicaciones del puesto de tabaco.

Regresó un momento después y dijo:

—Otra explosión de gas, esta vez en el piso sesenta y cuatro. Sube muy aprisa. Uno de los bomberos casi había llegado allí y llevaba con él un emisor receptor portátil. Informa que el pozo de la escalera está lleno de escombros proyectados por la explosión. Ahora resultará más difícil que los bomberos lleguen hasta allá arriba.

El Salón de Paseo estaba dos pisos por encima, pensó Barton, y pasaría un tiempo antes de que llegara la bomba de Southport. Los

que se encontrasen en el Salón de Paseo, en ese momento, se hallaban directamente amenazados. Y si Jenny no estaba en el ascensor, tenía que estar en el salón. Durante un momento, Barton se dejó ganar por las emociones. Luego deliberadamente puso coto a aquellos pensamientos. Se estaba haciendo todo lo que se podía, y en lo demás, sólo cabía esperar… y rezar.

Shevelson llegó desde abajo y entregó a Barton un vaso de café.

—Con los respetos del jefe de seguridad —declaró—. Dice que lo ha calentado en su cocinilla.

Shevelson miró a Infantino y añadió:

—No sabía que usted se encontrara aquí, jefe. Le hubiera traído otro café.

—Gracias, de todos modos —dijo, y agregó, volviéndose hacia Barton—: ¿no puede venir Donaldson aquí? Él tiene que saber el potencial de combustión que hay en los pisos inmediatamente debajo del cuarto de máquinas superior, ¿verdad?

—También yo lo conozco —dijo Shevelson y ante la mirada de extrañeza de Barton continuó—: Nunca perdí contacto con el edificio. Sentía curiosidad por ver de qué modo lo iban a estropear, y tengo muchos amigos en la construcción que me mantenían informado.

Shevelson echó una ojeada a los planos, y ante los de la parte superior del rascacielos dijo:

—Aquí hay cinco pisos cuyos apartamentos están aún sin terminar.

—Infantino…

Quantrell había llegado por detrás de ellos, sin la compañía del operador de cine.

—Le he dicho que no se acerque a mis brigadas de trabajo. Puede considerar que ésta es otra brigada de trabajo más.

Quantrell hizo caso omiso de esas palabras. De su rostro había desaparecido el aire levemente burlón que solía tener.

—Infantino —repitió—, hemos hecho que nuestro helicóptero suba hasta allí arriba, y haga algunas pasadas ante el Salón de Paseo. El piloto afirma que puede haber unas veinte o más personas, en la sala. No puedo precisarlo porque sólo tienen las luces de las velas. También hizo otra pasada frente al ascensor panorámico. Jura que el ascensor descendió un poco mientras el operador tomaba algunos metros de película. Cree que los frenos de emergencia pueden estar cediendo.

—Gracias —dijo Barton con voz suave, y Quantrell se alejó.

Infantino se dirigió a Shevelson y repitió:

—Cinco pisos de apartamentos sin terminar. ¿Qué hay allí?

Shevelson empezó a relacionar el contenido: las pilas de maderos y de placas contrachapadas, las latas de veinte litros de pintura o de barniz, los botes de colas y otros adhesivos, las placas para revestir paredes, los rollos de moquetas y de papel, y una docena más de artículos. Barton miró brevemente a Infantino. Los últimos pisos eran una caja de yesca.

—Cuando empiecen a arder —manifestó Shevelson, quedamente —, creo que no podrán detenerlo.

Siguió un prolongado silencio. De pronto, Infantino, con una extraña expresión en el rostro, alzó la mano pidiendo silencio, cuando Barton iba a hablar.

Entonces se escuchó claramente un débil golpear desde el otro lado de las puertas del pozo del ascensor.

Era algo más regular que el ruido de los escombros que caían de cuando en cuando.

—¡Que vengan un par de hombres con palanquetas! —gritó Infantino.

Un momento después se presentaban varios bomberos e Infantino les señaló el pozo de los ascensores. Se detuvo ante algunas puertas, hasta que localizó aquélla de donde proveían los golpes. Barton y Shevelson se aproximaron, mientras los bomberos introducían sus palanquetas entre las dos puertas, y poco a poco

iban abriéndolas con gran esfuerzo muscular. Cuando estuvieron abiertas, lo único que pudo verse era la oscuridad del pozo, con un tenue fulgor procedente del fondo, donde un par de pisos más abajo habían caído algunos escombros ardientes.

Barton encendió una linterna y la arrimó a las puertas. Tres bomberos colgaban de un cable a una distancia de metro y medio. Uno de ellos empuñaba un gancho con el que había golpeado en las puertas. Infantino cogió el extremo del gancho y tiró del hombre y del cable lentamente en dirección a la puerta, hasta que los bomberos que estaban en el vestíbulo pudieron coger las manos de los otros y les hicieron saltar al suelo.

Los tres hombres se desplomaron sobre las lonas de protección, y uno de ellos vomitó inmediatamente. Los otros dos se acurrucaron en el suelo con rostros que expresaban el enorme esfuerzo realizado. Barton les miró las manos y sintió que se le revolvía el estómago. Tenían las palmas ennegrecidas y en carne viva.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Infantino, al cabo de un momento.

El más joven de los tres fue el primero que habló. En sus ojos se reflejaba una expresión desquiciada.

—Cuatro de nosotros —dijo— quedamos atrapados en un ascensor hacia el piso dieciocho. No había forma de salir de allí, si no era bajando por los cables rotos.

—Dices que erais cuatro —manifestó Infantino—. ¿Qué ha sido del otro?

—Era Ron Gilman —prosiguió el más joven, cuya voz indicaba que se hallaba al borde de las lágrimas—. No consiguió aferrarse bien al cable. Era el último en descender, y al comprobar que resbalaba, saltó hacia un lado para no arrastrarnos a nosotros.

Las lágrimas le cubrían ahora el rostro, mezclándose con la grasa, el hollín y las mucosidades de la nariz.

—Me dijo que bajara el primero porque temía que yo pudiera resbalar. ¡Oh, Señor!

Perdió el control y se echó a llorar.

54

El ascensor panorámico estaba en la mitad del descenso cuando la explosión destrozó la pared por debajo del punto adonde había llegado. La cabina se estremeció y cayó un breve trecho. Fueron unos instantes de agonía. Se produjo luego un chirrido del metal al presionar sobre el metal, y el ascensor se detuvo. Se extinguieron las luces superiores, y Jenny Barton, junto con los demás aterrados pasajeros del ascensor, quedaron en la semioscuridad.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —repetía alguien, incesantemente.

También hubo gritos, chillidos y sollozos. Y por encima de todo, la voz de Wyndom Leroux, que con voz grave decía algo ininteligible.

«Dios del cielo —pensó Jenny—, vamos a precipitarnos desde lo alto». Cayó de rodillas, sintiendo que se le hacía un nudo en el estómago. Durante un momento no pudo respirar. Debajo de ella, el suelo de la cabina se estremeció cuando el ascensor resbaló un par de palmos más, hasta detenerse. Por un momento le pareció como si el suelo no estuviera horizontal, aunque no sabía si aquello se debía a su imaginación. Pero era cierto; el suelo estaba ahora inclinado.

La voz de Leroux se alzó por entre los gritos, el parloteo y el llanto.

—¡Escúchenme, escúchenme todos! —exclamó—. No pierdan la cabeza. Estamos en lugar seguro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó una vez más una voz de hombre.

—Una explosión que desde abajo ha torcido los raíles del ascensor hacia fuera. O bien la cabina se ha atascado, o han actuado los frenos de emergencia. En cualquier caso, no corremos peligro.

—¿Es cierto eso? —respondió con incredulidad la misma voz.

Al mirar un poco hacia arriba, Jenny vio la silueta de un hombre fornido recortada contra las paredes de vidrio de la cabina. Identificó a pesar de ello al hombre, un individuo que estaba en el restaurante, que había bebido demasiado, y cuyo vozarrón ya había provocado inquietud en los últimos momentos.

—¿No corremos peligro? —insistió—. ¿Y qué pasará si fallan los frenos, amigo?

En la cabina reinaba ahora un poco más de tranquilidad, y los pasajeros escuchaban con interés preocupado el diálogo entre Leroux y el otro hombre.

—No sucederá nada si fallan los frenos de emergencia —aseguró Leroux con calma—. En ese caso nos sostendrán los cables. Hay seis cables, y cada uno de ellos puede hacerlo por sí solo. Ahora han actuado los frenos, porque éstos entran en acción cuando se interrumpe la corriente eléctrica.

—Espléndido —dijo el hombre, con sarcasmo—. Entonces, ¿por qué demonios caemos?

—No caeremos —repuso Leroux—. Tendremos que aguardar a que extingan el fuego, y luego nos izarán hacia arriba.

Jenny reconoció entonces la voz de Thelma.

—¿No pueden bajarnos, Wyn? —dijo.

—Me temo que no, Thelma, porque los carriles han saltado por debajo de nosotros. Habrá que esperar a que vuelva la corriente, interrumpida sin duda a causa de la explosión.

—Bonita perspectiva —murmuró ásperamente el hombre—. Nos quedaremos aquí colgados y nos helaremos.

Jenny se dio cuenta de pronto de dos cosas. En la cabina reinaba cada vez más el frío y el hombre que discutía daba la impresión de

estar más tranquilo.

Ella hubiera deseado estarlo también, pero empezaba a temblar, más a causa del miedo que por la temperatura. Con la imaginación veía la cabina precipitarse hacia la noche, y luego estrellarse contra el pavimento de la plaza.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Thelma Leroux, arrodillándose al lado de Jenny.

Ésta comenzó a ponerse en pie, pero Thelma le hizo una señal, luego se sujetó la falda por debajo y se sentó en el suelo de la cabina.

—Es mejor ponerse lo más cómoda que se pueda, puesto que vamos a estar aquí un buen rato —añadió Thelma.

Jenny advirtió el nerviosismo que había en la voz de la mujer, y no dejó de admirar los esfuerzos que hacía para mantenerse en calma. Los pasajeros, de pie alrededor de ellas, parecían un muro que las aislase en un pequeño mundo particular.

—Debemos esperar —prosiguió Thelma—. Dejarse dominar por el miedo no conduce a nada.

Jenny procuró refrenar su temor, pero no dejaba de temblar, y tampoco podía controlar la voz.

—Tengo mucho miedo —manifestó, mordiéndose los labios para no echarse a llorar.

Sostuvo así una dura lucha interior, consciente de la presencia de las otras personas que las rodeaban. Ahora se daba cuenta de lo que significaba cuando decían que los perros son capaces de oler a la persona que tiene miedo. La cabina apestaba a miedo.

—Creo que no tengo tu fortaleza —agregó Jenny.

Thelma permaneció en silencio un momento y luego se echó a reír suavemente. Su voz era más segura y firme.

—No debemos engañarnos —declaró—. Tal vez yo demuestre menos temor porque ya he vivido mucho, y tú aún tienes que iniciar tu vida.

Aquello no era filosofía, se dijo Jenny, sino algo personal. La idea le vino de improviso, y tuvo menos conciencia de la gente que la rodeaba.

—Si te refieres a Craig y a mí —dijo, sin saber si realmente agradecía la ocasión de hablar de aquello, o le disgustaba como una injerencia en su vida privada—, debes saber que llevamos ya dos años de casados.

—¿Es cierto?

Por un momento pareció como si la cabina se hubiera movido, y Jenny contuvo el aliento. Luego se sintió obligada a hablar, a decir cualquier cosa, con tal de olvidar que se hallaban colgando en el espacio. Si pensaba más en su situación, terminaría por revolcarse lanzando gritos histéricos.

—Bueno, eso no es todo. Existe una competencia. Se trata del trabajo de Craig.

Enseguida se dio cuenta de lo que había dicho, y también de a quién se lo había dicho. Pero era verdad, y desde hacía dos años que deseaba revelarlo.

—Lo sé —admitió Thelma, con tranquilidad—. Algunos trabajos son más exigentes que cualquier amante. Creo que si les diesen a elegir, algunas esposas jóvenes preferirían que su marido tuviera una amante. Al menos, sus exigencias de tiempo son más previsibles.

Jenny enrojeció, al recordar que el caso de Thelma y su marido se había comentado en la empresa.

Thelma volvió a reírse quedamente en la oscuridad, lo que contrastó con los sollozos contenidos que se oían alrededor de ellas.

—Sí, yo también lo sé. Y es algo que un marido no puede evitar que sepa su mujer.

—Yo nunca toleraría eso —afirmó Jenny, ásperamente.

—¿Y en cambio toleras la actual amante de Craig… su trabajo?

Alguien había comenzado a rezar en la oscuridad de la cabina, por encima de ellas. Jenny notó que su mente trataba de captar la realidad de la situación, y entonces se obligó a seguir conversando.

Una cosa era cierta: Thelma tenía algo que invitaba a hacerle confidencias.

—Bueno, es cierto que no nos llevamos muy bien. Es fácil de adivinar.

Thelma puso su mano sobre un hombro de Jenny y manifestó.

—No es eso lo que esperabas del matrimonio, ¿verdad? Pero es que la mayor parte de las mujeres son educadas con ideas románticamente ultrajantes de lo que debe ser el matrimonio. Al menos, así ocurría con mi generación. Nunca se nos dijo que los hombres son seres humanos, con sus debilidades, lo mismo que las mujeres. O más aún, quizá.

Thelma probablemente estaba tan asustada como ella, pensó Jenny, y hablar contribuía tal vez a disminuir su temor. Aquello le hizo sentirse más igual a su interlocutora.

—No se puede llamar debilidad al hecho de que existan dos vidas, una profesional y la otra hogareña. En cuanto a mí, nada sé de la primera, y muy poco es lo que participo en la segunda.

—Eso suena a espíritu dolorido —acusó Thelma—. La convicción repentina de que no eres el centro de su vida. Los hombres necesitan dedicarse a algo. Yo aprendí hace tiempo que sólo había una parte de la existencia de Wyn en la que podía desempeñar un papel. Lo demás estaba vedado para mí.

—Me parece algo inhumano.

—No, es muy humano. ¿Por qué tiene Craig que de dedicarte todos o casi todos los momentos de su vida? Es una persona con derechos propios.

—También yo soy una persona con mis propios derechos —protestó Jenny, con fiereza.

Se escucharon unas palabras más fuertes por encima de ellas, y a continuación el sonido de una bofetada.

—Procure controlarse —dijo Leroux, con tono glacial—. No va a arreglar nada obrando de ese modo.

—Trata de construir un mundo a tu alrededor —continuó Thelma, serenamente—. Hay un millar de cosas que pueden entrar en ese mundo. Busca las necesarias para que coincidan con las de él. Tu marido no puede estar pensando siempre en ti; debes concederle el privilegio de que te ignore de vez en cuando.

—¿Acaso no me ama?

Thelma guardó silencio un momento. Luego, dijo:

—Sólo tú puedes contestar a eso. Pero primero piensa muy bien lo que entiendes por amor.

Jenny estaba a punto de contestar cuando se oyó otro estallido ahogado y lejano. Algo pesado resonó sobre el techo del ascensor, y la cabina se estremeció y descendió un palmo.

—Eso fue una explosión —exclamó el hombre corpulento—. ¿Dónde demonios ha sido?

—En lo alto —repuso Leroux, con voz tensa—. No sé exactamente en qué sitio.

—¡Miren! —gritó alguien.

Por el cristal de la cabina, Jenny vio cómo dos largas serpientes arrolladas caían por un lado y golpeaban luego contra un costado del ascensor.

—¡Los cables! —chilló uno—. ¡Dos de los malditos cables se han cortado!

La vida se presentó de nuevo ante Jenny con estremecedora realidad.

«Por favor, Señor —pensó—. No permitas que caigamos. Por favor».

55

Quinn Reynolds se apartó un mechón de cabellos de los ojos y se dio cuenta de que su peinado se había deshecho. Su vestido, antes tan pulcro, se encontraba ahora arrugado y con manchas en una docena de sitios diferentes. Y no es que nadie fuera a darse cuenta o que a ella le importase demasiado, pues había cosas mucho más trascendentales en que pensar. El humo había empezado a filtrarse por el restaurante, y varios de los inquilinos que habían ascendido desde los pisos inferiores le informaron, lo mismo que Douglas, que estaba en llamas el cuarto de máquinas situado bajo la galería de observación. No alcanzaba a imaginar cómo había podido atravesar por el rellano de aquel piso, pero el caso es que lo hicieron. Probablemente contuvieron la respiración y echaron a correr, con todos los riesgos que ello entrañaba. Uno de los hombres de más edad tenía bastante quemado el brazo derecho, y dos mujeres tosían con fuerza. El botiquín de la cocina había servido eficazmente en el caso de las quemaduras, pero de nada valía tratándose de inhalación de humo.

Ahora se hallaban casi cincuenta personas en el restaurante, la mayor parte de los cuales eran inquilinos que habían subido de los pisos inferiores. También ellos sufrían quemaduras o principio de asfixia por aspirar el humo. Uno de los que más preocupaban a Quinn era una niña. Su padre había subido con ella poco después de producirse la explosión en el cuarto de máquinas. La pequeña tenía grandes dificultades para respirar, y en aquel momento apenas

estaba consciente. Quinn hizo lo que pudo, y luego el decorador de interiores, Douglas, la reemplazó. Vio que empezaba a suministrarle respiración artificial, empleando el método antiguo.

Era extraño, se dijo Quinn. Conocía a Douglas por las numerosas veces que había comido en el restaurante, pero nunca imaginó que sirviera en un caso de emergencia. Y eso era lo que estaba haciendo. Mientras actuaba sobre la pequeña, Douglas daba breves órdenes al muchacho de piel aceitunada que se encontraba a su lado. Quinn observó cómo Jesús salía de la cocina con varias cajas de velas, y empezaba a reemplazar en las mesas aquellas que se habían agotado. El chico observaba a Douglas de vez en cuando con un semblante que era una muestra de emociones encontradas, por lo que ella se preguntó cuáles serían sus relaciones. En cierto momento, Quinn se acercó a Douglas y se colocó junto a él. Parecía haberse equivocado. Había conocido otras relaciones de *aquella* especie, e inevitablemente era el muchacho el que dominaba. Esto padecía bastante más corriente.

—¿Cómo está? —le preguntó a Douglas.

—La pequeña ha aspirado bastante humo —respondió él, con aire preocupado—. Me temí que dejara de respirar hace unos instantes.

—¿Puedo hacer algo?

—No. Jesús la ayudará, si le precisa para algo. Usted dígale lo que necesita.

Douglas olfateó levemente el aire y añadió:

—El aire se está enrareciendo demasiado aquí dentro. Habrá que romper una ventana para ventilar el salón.

Luego, el hombre miró a la pequeña y movió la cabeza negativamente, mientras agregaba:

—Teníamos que haberla sacado de aquí.

—¿Está seguro de que no hay paso hacia abajo? —inquirió el padre de la niña, que se había acercado en aquel momento.

Quinn movió negativamente la cabeza, y repuso:

—Todos los ascensores están inutilizados, y ya no es posible volver por donde han venido los últimos inquilinos.

Douglas volvió a atender a la niña, que tosía ahora más débilmente. Le tomó el pulso y se mordió los labios.

—Ha sido demasiado vino tan sólo, Quinn.

Se volvió ella y vio que se trataba de Harlee Claiborne, que acababa de regresar después de haber cuidado del muchacho en los lavabos. Con una sonrisa, Claiborne añadió:

—Vivirá, aunque en este momento no tenga muchas ganas de seguir con vida. En todo caso, lo pensará dos veces antes de volver a tocar una botella de vino. ¿Dónde se encuentran sus padres?

—Bajaron en el último viaje del ascensor —dijo Quinn.

—¿El que se quedó atascado? —Manifestó él, frunciendo el ceño —. Creo que será mejor no decirle nada todavía. ¿Se puede hacer algo por esa gente?

—Mientras el incendio continúe no es posible. Los que están en la cabina tendrán que aguardar a que lo extingan. Los frenos automáticos aguantaron, gracias a Dios, aunque hay quien dice por aquí que también los cables resistirán. A decir verdad, me temo que nosotros estemos en mayor aprieto que ellos.

—Así parece —aseguró Claiborne, mientras una sombra cruzaba su rostro—. Me gustaría saber lo que le ha sucedido a Lisolette. Tengo la impresión de que se fue abajo procurando ayudar a algunos de sus amigos.

—Quizá lo haya logrado —afirmó Quinn, tratando de alegrarlo—. Ella probablemente estará ahora en el vestíbulo, preocupándose por usted.

—Sin duda le deseo que esté allá abajo, aunque no necesariamente preocupada por mí.

Claiborne vaciló un momento, y luego añadió con aire pensativo:

—El mundo sería mucho más aburrido sin ella, al menos para mí.

—Quinn —manifestó Douglas, de pronto—. ¿Está segura de que no hay nadie aquí que posea conocimientos médicos?

—Ya he preguntado, y me temo que no.

Él le hizo una seña para que se acercara, y Quinn así lo hizo.

—Vamos a perder a la niña, de seguir así —afirmó Douglas, con voz temblorosa—. Es necesario que la bajemos.

—No hay forma de hacerlo —dijo Quinn, con tristeza.

Douglas echó un vistazo a la pequeña.

—Sí, claro —murmuró—. Ya imagino que no puede ser.

De pronto, alzó la cabeza y exclamó:

—¡Escuchen!

Quinn forzó el oído, y por encima del rumor de las conversaciones alcanzó a escuchar un ruido monótono, que crecía y disminuía en intensidad como si se acercase o alejase del edificio, o como si lo impulsaran las ráfagas del viento.

—¡Un helicóptero! —Manifestó Quinn—. ¿Qué puede estar haciendo ahí afuera?

Douglas se puso en pie, y dijo:

—Jesús, cuídate de la niña.

Luego cogió a Quinn por un brazo y cruzó con ella el restaurante hasta llegar a los ventanales de la pared exterior. Pasaron unos segundos y al fin vieron las luces movedizas de un pequeño helicóptero. Poseía un compartimiento de pasajeros en forma de burbuja de plástico, en el que sólo cabían dos personas. Mientras pasaba ante las ventanas, pudieron ver la inscripción KYS-TV en su costado. Dentro de la burbuja, Quinn creyó ver a un hombre con una pesada cámara de cine sobre un hombro, pero no tuvo plena seguridad de ello.

—¿Cómo se puede llegar a la azotea? —preguntó Douglas.

—Hay una escala de servicio desde la cocina.

—Vamos allá.

Quinn fue delante, acompañada de Douglas. Al pasar ante una mesa, éste cogió el mantel blanco, tirando al suelo la vajilla y los cubiertos. La escala era fija, metálica, y se hallaba en la pared

posterior de la cocina. Por encima de ella, en el techo, se veía una trampilla.

—Fuera debe de hacer mucho viento y frío —advirtió Quinn—. También es posible que el piso de la azotea esté cubierto de nieve.

—No tenemos otra elección —manifestó Douglas, brevemente.

Subió con rapidez por la escalera y corrió los cerrojos de la trampilla. El segundo estaba atascado y tuvo que golpearlo con el puño. Luego empujó la trampilla, que fue a descansar sobre el techo. Quinn le siguió por la escala, y de pronto se sintió helada por las ráfagas de aire frío y de nieve que atravesaron la abertura.

—¡No intente seguirme! —exclamó Douglas, y desapareció por la abertura.

Quinn se limitó a sacar la cabeza por el hueco y recibió en pleno rostro el viento helado. El techo por encima del Salón de Paseo, estaba cubierto de una reluciente capa de hielo, que en muchos puntos tapaba la nieve. Hacia la izquierda, Quinn pudo divisar el ático y el jardinillo que le rodeaba. Las pequeñas coníferas blanqueadas por la nieve, que se erguían en sus jardineras, ponían una alegre nota de color y recordaba las fiestas que se avecinaban. Hacia la derecha se veía la mole oscura del recinto que albergaba los motores de los ascensores. En el resto del techo surgían algunos tubos de ventilación.

Douglas avanzó agachado hasta uno de estos tubos, se aferró a él y se irguió. A continuación desplegó el blanco mantel y lo agitó en el aire. Quinn escuchaba el *flop flop* del helicóptero, pero de momento no podía divisarlo. De improviso vio que pasaba justamente por encima de su cabeza. En la burbuja de la cabina se apreciaba un reflejo rojizo. Eran las llamas que había más abajo, pensó ella con temor.

El helicóptero se cernía ahora sobre el techo, oscilando de un lado a otro a impulsos de las ráfagas de viento. Douglas redobló sus señales. Por fin, el helicóptero se posó en el suelo de la azotea, y el aire producido por sus aspas barrió la nieve depositada sobre el

techo. Resbalando sobre el hielo, Douglas corrió hacia el aparato. Cuando se acercaba, la burbuja se abrió y Douglas comenzó a gritar algo, si bien el viento llevaba sus palabras y Quinn no podía oírle.

Pero era evidente que se hallaba irritado. De pronto, tendió un brazo y comenzó a forcejear con el operador, como si quisiera sacarlo de la cabina, Quinn advirtió que el técnico se hallaba sujeto por un cinturón, y de momento pareció tener éxito en su empeño de rechazar a Douglas. Entonces la cámara y el soporte que llevaba el operador en el hombro se aflojaron, Douglas lo aferró y saltó hacia atrás.

El técnico se liberó inmediatamente del cinturón y salió de la cabina. Douglas lanzó la cámara de cine hacia el borde del techo, hasta que fue a dar sobre la cornisa. Allí permaneció unos segundos mientras el operador corría a por ella. Pero el viento impulsó el equipo por encima del borde en el momento en que el hombre estaba a punto de cogerlo Douglas, frenético, cogió algunos estuches que contenían los accesorios de la cámara y los lanzó también por el borde del rascacielos.

Quinn contuvo el aliento. El cámara se volvió y se arrojó contra Douglas. Éste, más corpulento, le cogió por los brazos y mientras le inmovilizaba le dijo rápidamente algunas palabras. Por fin, el operador asintió con la cabeza. Douglas le soltó, y el hombre volvió a ocupar su puesto en la cabina. Douglas dio media vuelta e inclinándose contra el viento, avanzó trabajosamente hacia la trampilla.

—¡Maldito idiota! —exclamó al llegar junto a Quinn—. Le preocupaba más su equipo de cine que la vida de un niño. Bueno, al fin se ha convencido, pero tendrá usted que ayudarme.

—¡Se marchan! —gritó Quinn, al tiempo que el helicóptero empezaba a elevarse.

—Están acercándose más —explicó Douglas—. Vamos a por la pequeña.

Volvieron apresuradamente a la cocina y pasaron al comedor.

—Jesús, entrégame la niña.

Quinn observó mientras el joven alzaba a la pequeña en sus brazos y con inusitada ternura la envolvía en un grueso mantel.

—No tiene buen aspecto, señor Douglas —dijo Jesús.

En efecto, la chiquilla tenía dificultades para respirar, y emitió un quejido cuando pasó a los brazos de Douglas. Casi corriendo regresaron a la escalerilla de la cocina. Douglas trepó apresuradamente, y luego se volvió e inclinó al llegar a la abertura, para que le alcanzasen la pequeña. Le seguía en la mitad de la escala Jesús. Quinn entregó la niña a este último, que a su vez se la pasó a Douglas. Después, Douglas desapareció por la trampilla. Quinn siguió a Jesús a través de la abertura y salió a la azotea, estremeciéndose cuando el frío viento pareció morderle a través del vestido.

El helicóptero se hallaba a pocos pasos de distancia.

El operador estaba ya colocando a la niña en la parte trasera del aparato, en el lugar que anteriormente estuvo destinado a su valioso equipo.

—¡No vamos a volver! —gritó—. ¡Es muy peligroso, porque el helicóptero es demasiado liviano para este viento!

Douglas asintió con la cabeza y exclamó:

—¡Llévela a un médico en cuanto pueda!

—¡Vamos, vamos! —gritó el piloto—. ¡Este maldito vendaval nos va a arrojar fuera del techo!

El operador trepó a la cabina y cerró la burbuja de plástico. El helicóptero se elevó, osciló un instante a impulsos del viento, y luego se perdió en la noche.

—¿No van a volver? —preguntó Quinn a Douglas.

Éste movió negativamente la cabeza.

—No, Quinn. Es muy arriesgado. Pero al menos hemos evacuado a uno.

Jesús dio un golpecito a Quinn en la espalda, y sonriendo le dijo:

—¿De qué se preocupa, señorita? ¡Todo saldrá bien!

Luego señaló a Douglas con el pulgar y agregó:

—¡Él se encargará de eso!

Los dientes de Quinn comenzaron a entrechocar, mientras las tres personas corrían hacia la trampilla. Quinn tenía enormes deseos de creer a Jesús.

Dios santo, cómo deseaba creerle…

56

Harry Jernigan cerró la puerta de la ambulancia y se echó hacia atrás, observando al vehículo blanco con las grandes cruces rojas pintadas en los costados, que un momento después avanzaba entre la confusión de los otros furgones de emergencia que atestaban la calle. Sus luces rojas destellaron, y el aullido de la sirena llenó el aire nocturno. Luego, Jernigan volvió a cruzar la calle hasta donde Lisolette se encontraba con los tres niños. Éstos se hallaban envueltos en mantas, mientras que la mujer se abrigaba con un gran gabán de hombre que la empequeñecía.

—Creo que saldrán adelante —dijo Jernigan, tratando de calmarla—. He hablado con el conductor, y dice que han tenido casos peores esta noche, e iban saliendo bien.

—Rogaré a Dios para que sea cierto —manifestó Lisolette, suavemente, mientras envolvía mejor a Martin, que había empezado a llorar.

—Bueno, no nos quedemos aquí fuera —agregó Jernigan—. Donaldson ha puesto en marcha un generador de emergencia, y hay luz y calor abajo, en la cantina. Uno de los bomberos me dijo que la Cruz Roja ha instalado una cocina de campaña, también abajo, para los hombres del cuerpo. Vamos a pedirles unas tazas de café. ¿Lo intentamos?

Lisolette no pudo dejar de sonreír.

—Creo que me pinto sola para eso —manifestó.

La mujer condujo delante a los dos niños más pequeños, mientras que Jernigan cogía a Linda de la mano. Se encaminaron hacia la entrada.

El salón de la cantina estaba en silencio. Media docena de bomberos saboreaban lentamente el humeante café de sus tazas, y algunos inquilinos se agrupabais en un costado de la sala.

—Siéntense aquí —dijo Jernigan, señalando una mesa situada junto a la pared—. Voy a traer café, y cacao para los niños.

Se alejó rápidamente, mientras Lisolette sacaba un pañuelo y limpiaba la nariz de Martin.

—Yo no he llorado —dijo Chris con orgullo, y mirando acusadoramente a Martin, añadió—: Sólo lloran las criaturas.

—Martin es más pequeño que tú, Chris —dijo Lisolette—. Pero lo cierto es que eres un chico valiente, y estoy muy orgullosa de ti.

—Bah, chicos —terció Linda, con disgusto—. No saben hablar más que de lo valientes que son. Pero los dos lloraron. Yo los he visto.

—¡Yo no lloré! —protestó Chris, casi al borde de las lágrimas.

—Todos habéis sido muy valientes —aseguró Lisolette, con tal convicción que el asunto quedó zanjado.

Jernigan volvió poco después con la tapa de una caja de cartón a modo de bandeja. En ella había dos vasos de café y otros tres de cacao. Entregó estos últimos a los pequeños, y ofreció a Lisa el de café.

—Tendrá que tomarlo puro —dijo a Lisolette—. No tienen crema ni azúcar.

Jernigan saboreó su café en silencio durante un minuto, y luego dijo a Lisa:

—Creo que debemos cuidarnos de que los niños encuentren un sitio para dormir. Puedo hacer que la lleven a usted a un hotel. ¿O acaso tiene familiares o amigos en la ciudad?

—Harry —dijo ella, vacilante—, no tengo parientes en la ciudad, y creo que no soy del tipo de personas que hacen demasiados

amigos. No he tenido allegados en bastantes años.

Le miró un momento, y agregó:

—Por favor, no me tenga lástima; no se lo he dicho por eso.

—Lo sé muy bien —repuso Jernigan, encogiéndose de hombros —. Bueno, si se cree capaz de aguantar a un enjambre de chiquillos y de parientes, será para mí un placer llevarla a mi casa. He hablado tanto a Marnie de usted, que se está muriendo por conocerla.

—Muchas gracias, Harry —dijo Lisolette, sonriendo con verdadera satisfacción—. Sé que habrá que hacer algo por los niños, y por eso me gustaría quedarme aquí con ellos un tiempo más, al menos hasta que hayan bajado todos los del Salón de Paseo.

Lisa miró hacia los tres niños, que sentados en sus sillas se habían dormido ya sin alcanzar a terminar su cacao.

—No tengo prisa por marcharme —añadió.

—Estaba usted cenando arriba con el señor Claiborne, ¿no es cierto? —dijo Jernigan, recordándolo de pronto.

—Sí, y he mirado por muchos sitios al bajar hasta aquí —dijo ella —, sin que haya podido encontrarlo. Le pregunté al señor Garfunkel y dice que Harlee puede estar aún arriba, o quizá en el ascensor. Es un hombre muy atento. Espero que se encuentre bien —concluyó con tristeza.

—El fuego es muy intenso allí —manifestó Jernigan, lentamente —. Se encuentra un piso por debajo del Salón de Paseo, y los bomberos no pueden llegar hasta allí.

—Hallarán un modo para llegar —dijo Lisa, con firmeza—. Lo harán; estoy convencida de ello.

—Señorita Mueller —dijo Jernigan, jugando con su vaso y odiándose por lo que iba a decir, aunque sabía que de no decirlo iba a odiarse más aún—, el señor Claiborne tiene dificultades de crédito con la administración del edificio. Rosie se ha informado y tal vez resulte que Harlee no es la excelente persona que uno puede creer.

—Es lo que se llama un timador —respondió Lisolette, serenamente—. Lo sé desde hace dos semanas. Lo sé, y para mí no

supone una gran diferencia.

Se echó a reír con suavidad y agregó:

—Creo que eso hace de mí una vieja necia.

Jernigan tendió de pronto una mano hacia ella y manifestó:

—No lo creo así, señorita Mueller. A mi entender, eso sólo quiere decir que usted le aprecia mucho.

—Gracias —repuso Lisa, y le oprimió la mano que le tendía—. Gracias de todo corazón.

57

La preocupación sobre lo que podía haber ocurrido al jefe Karl Fuchs abrumaba a Infantino. Su primera detención fue en el botiquín de primeros auxilios que había sido instalado en el piso dieciocho, cerca del pozo de la escalera. Fue allí donde Infantino descubrió al joven Mark Fuchs, con las ropas destrozadas por la explosión y la caída de los escombros. Fuchs había permanecido inconsciente durante media hora, y acababa de recuperar el conocimiento. Con excepción de algunas quemaduras de segundo grado y diversas magulladuras en el rostro y la espalda, su estado no revestía otra gravedad que la del choque emocional experimentado.

Infantino le halló sentado en el borde de un catre, mirando al vacío. Le echó un vistazo y se volvió hacia el bombero del cuerpo de rescate que cuidaba el botiquín.

—¿Por qué demonios no le han evacuado? —preguntó.

—No tenemos hombres suficientes para ayudar a bajar a los heridos, jefe. Aparte de algunas quemaduras, se encuentra en mejor estado que los otros. Además, no quiere marcharse.

Infantino se volvió hacia Fuchs, y dijo:

—Mark, eres tan tozudo como tu padre. ¿No quieres bajar de buen grado? ¿Tendré, acaso, que ordenártelo?

El rostro de Fuchs no expresaba emoción alguna.

—¿Qué le ha ocurrido a Dave? No me lo han dicho.

—¿Dave?

—Dave Lencho. Iba delante de mí cuando se produjo la explosión. Probablemente resultó afectado cuando abrió la puerta del cuarto de almacén.

Infantino calló, tratando de imaginarse el estado mental de Fuchs, para saber si podía soportar malas noticias.

—¿Cómo has sobrevivido? —preguntó a Fuchs.

—Una viga del techo cayó por encima de mí, y los demás escombros se apilaron alrededor sin afectarme. Pero no has contestado a mi pregunta.

Infantino se sintió incómodo.

—Lo siento, Mark —dijo—. Pero Lencho estaba justo frente a la explosión.

—¿Está mal?

—Ha muerto. Murió instantáneamente.

Durante un momento, el joven pareció estar al borde de las lágrimas, pero consiguió dominarse.

—Lo siento —dijo, y añadió compasivamente—: Era un pésimo bombero.

—Será mejor que te mandemos al hospital, para que te hagan un reconocimiento —declaró Infantino.

Fuchs no se movió.

—Me han dicho que el viejo estaba curioseando por el piso dieciséis, después de la explosión —manifestó.

Si le decía todo, pensó Infantino, el joven Fuchs no se marcharía de allí.

—Ése es uno de sus privilegios —afirmó Infantino, suavemente—. En teoría yo mando esta operación, pero no puedo poner la brida a un viejo corcel de batalla.

Trató de cambiar de tema y añadió:

—Mira, no estás en condiciones para seguir aquí arriba. Tienes que ir al puesto de primeros auxilios que hay abajo, y si lo creen conveniente y te mandan a un hospital, no dejes de ir. Probablemente será por poco tiempo, y sin cargo alguno.

Los ojos de Fuchs miraban con frialdad; parecían los de un viejo.

—Deja ya de engatusarme, jefe. El viejo fue a buscarme, ¿verdad? Y desde entonces nadie volvió a verle, ¿no es eso? Ha hecho una tontería —concluyó débilmente.

—¿Estás esperando a que lo traigan aquí? —preguntó Infantino.

—Justamente —repuso el otro, y añadió a modo de disculpa—: es mi padre.

Infantino pensó que estaba desperdiciando un tiempo precioso. Hubiese querido eludir el tema, o concluir con él sin brusquedades; pero ya no podía hacerlo.

—Está bien, Mark —dijo, fríamente—. Tienes razón, el jefe subió a buscarte. Llegó hasta el piso de Miller y se adentró por allí. No hemos sabido nada de él desde entonces, y el aire de la botella de su respirador tiene que haberse agotado ya. Un equipo de rescate le está buscando. He subido para ayudar porque no tengo más que hacer hasta que llegue de Southport el nuevo equipo. De un modo u otro encontraré a tu padre. Teníamos algunas discrepancias, pero además de ser mi superior era mi amigo. Te aseguro que te informaré en cuanto sepa algo, sea lo que fuere, tanto si son buenas noticias como malas.

Infantino se levantó del cajón sobre el que se hallaba sentado y manifestó ahora con voz glacial:

—Estás estorbando aquí en el botiquín, Fuchs. Hay hombres con heridas más graves que las tuyas. Ve abajo y deja que te examinen los médicos. Es una orden.

Se volvió para marcharse, cuando Fuchs dijo, de pronto:

—Jefe…

—¿Sí?

—No trates de ser un héroe. Limítate a cumplir con tu deber. Será mejor para todos.

—Lo tendré en cuenta.

Fuchs dejó que le condujesen hacia el pozo de la escalera y descendió despacio los peldaños. Infantino le siguió hasta el piso

dieciséis y entró por la puerta de aquel rellano. El corredor estaba resbaladizo a causa del agua, y atestado con una maraña de mangueras que salían de las bocas situadas en las tuberías de la escalera. El humo era poco denso hacia la entrada, pero se espesaba rápidamente a los pocos metros. Densas nubes de humo que giraban como un torbellino en el otro extremo del pasillo, más allá de la caja de los ascensores, señalaban la verdadera extensión del fuego.

A intervalos podía verse, a través del humo, una bocanada de llamas anaranjadas. Infantino comenzó a toser; se colocó la máscara y avanzó por el pasillo hasta que encontró la dotación de una manguera. Se arrodilló y dio un golpecito en el hombro al bombero que estaba detrás, mientras le gritaba al oído:

—¿Dónde está el equipo de salvamento que fue en busca del jefe Fuchs?

El hombre se volvió y repuso, también a voces:

—En el segundo pasillo de enlace, después de éste. Ya han buscado en los otros.

Había dos formas de hacerlo, pensó Infantino, y aquélla era la incorrecta. Habían imaginado que Fuchs comenzó a buscar por los corredores de enlace cercanos al rellano de la escalera, que era lo más sencillo, pero no lo más lógico. Resultaba más probable que el jefe hubiese ido al pasillo más alejado, donde se produjo la explosión. Sin duda le había derribado una caída de escombros, o si no…

Infantino echó a correr de improviso hacia el rellano de la escalera.

—¿Quién tiene un respirador y botellas de oxígeno puro? —pidió —. Está bien, démelo.

Volvió apresuradamente por donde estaba la dotación de la manguera y cortó camino por el mismo pasillo hasta encontrarse justo ante el fuego, y recibiendo de lleno la espuma de la manga antes de que le hubieran visto y la hubiesen retirado. Entonces

siguió avanzando y llegó hasta le tierra de nadie que era el lugar donde se desarrollaba la lucha entre el fuego y los hombres, la zona arrasada que era un marjal de cenizas y de agua.

Era un sector de muros calcinados, de espeso y grasiento humo, de quemados despachos, de distorsionados y medio fundidos esqueletos de máquinas de escribir y calcular, de destrozados cortinajes que goteaban agua encima de las alfombras humeantes. Más allá del pasillo, el fuego había consumido la mayor parte del material combustible, y los focos más activos se habían extinguido. Pasó junto a una dotación de salvamento que derribaba los restos humeantes de unos muebles de oficina. Los despachos de aquel sector se hallaban totalmente perdidos. Las papeleras metálicas medio fundidas, lo mismo que los colgadores que se abarquillaban en las barras de los guardarropas, indicaban lo intenso que había sido el fuego. El humo era ahora mucho más denso.

En un corredor de enlace, Infantino vaciló un momento, pensando lo que debía hacer. Alcanzaba a escuchar la dotación de salvamento que iba detrás, empapando los últimos rescoldos humeantes. Hacia su izquierda, todo un sector de cielorraso aislante se había derrumbado, al abombarse las paredes que lo soportaban. Allí los escombros aparecían sorprendentemente libres de vestigios del fuego. El derrumbe parecía haber quitado aire a las llamas en aquella parte, y sólo algunas volutas de humo se alzaban a veces del caótico montón. Estaba a punto de desviarse hacia el pasillo de la derecha, cuando de una ojeada percibió el brillo de la goma, unida a la lona.

Se puso de rodillas y apartó algunos fragmentos de cielorraso. Lo que había visto era el faldón de un impermeable de bombero. Empujó hacia un lado los restos, y puso al descubierto una pierna con una bota. Entonces comenzó a trabajar desesperadamente en los calientes escombros, retirando montones de yeso, de baldosines y pequeñas vigas parcialmente quemadas. Al cabo de pocos minutos

había hecho un camino por entre los restos más grandes, dejando a la vista de la cintura para abajo a un hombre.

De pronto, el montón de escombros que había apartado a un lado, comenzó a deslizarse. Recogió un buen trozo de tubo de metal que había caído del techo y lo utilizó para afirmar el montón. Al cabo de algunos minutos consiguió aferrar al hombre por la cintura y sacarle de entre la masa de yeso y vigas calcinadas.

Infantino volvió al hombre boca arriba, suavemente. Era el jefe Fuchs. Durante un momento, Infantino creyó que el viejo estaba muerto. Tenía la máscara del respirador hacia un lado, y su piel presentaba el color azul de la cianosis. Entonces advirtió que el pecho de Fuchs se movía ligeramente. Se quitó con rapidez su propia máscara y trató de aplicarle la respiración boca a boca. Al cabo de un momento, el pecho del jefe se estremeció espasmódicamente y comenzó una respiración más normal.

Infantino retrocedió hasta el pasillo donde había dejado el otro respirador y el tanque de oxígeno puro. Se había olvidado de colocarse de nuevo su propia máscara, pero eso podía esperar un minuto. Accidentalmente aspiró una bocanada de acre humo y empezó a toser. Trató de contener la tos mientras ajustaba la máscara al rostro de Fuchs, y con todo cuidado reguló la salida de oxígeno. Luego se colocó rápidamente su propia máscara, y trató después de echarse a Fuchs sobre los hombros. Pero algo no andaba bien, ya que con un poco de humo y algún esfuerzo se sentía totalmente mareado. A continuación procuró llevar a Fuchs, medio a rastras, por el pasillo.

De pronto, sintió que otras manos le quitaban de encima el cuerpo del jefe. El equipo de salvamento había abandonado las mangas para correr hacia él, a fin de ayudarle. Dos hombres llevaron a Fuchs pasillo adelante; el tercero sujetó a Infantino rodeándole con un brazo, y le ayudó a encaminarse hasta el vestíbulo y la escalera.

Una vez en el rellano, Infantino que quitó la máscara y tomó asiento unos minutos en los peldaños para descansar y permitir que su mente se aclarase. Empezó a toser de nuevo, pero era evidente que no se trataba de nada serio como para requerir atención médica. Tan sólo algún descanso y un poco de aire puro…

Alargó el cuello y observó cómo la dotación de salvamento llevaba a Fuchs escaleras abajo. Infantino deseó vehementemente haber encontrado a tiempo a aquel terco, necio y valiente viejo. Miró unos instantes más, y maquinalmente empezó a mover los labios pronunciando aquella oración, antigua y familiar *Santa María, madre de Dios…*

58

Thelma se aferró instintivamente a Jenny al escuchar la explosión y el chasquido de los cables cuando cayeron sobre el techo del ascensor. Luego, aflojó de improviso la presión de su mano, temerosa de que Jenny pudiera notar su propio temblor. La situación ya era por sí misma bastante mala, y no había motivo para comunicar a Jenny sus propios temores. Se preguntó fugazmente qué sentiría si se partían los últimos cables y la cabina se precipitaba al suelo. Cuáles serían sus pensamientos, y luego el impacto sobre la plaza, allá abajo…

Pero no debía seguir pesando en eso. Más valía que se concentrase en lo que estaba diciendo su marido, con voz estentórea, y por encima de los murmullos de la cabina:

—¡No hay peligro! ¡Mientras un solo cable aguante, no hay peligro!

Jenny estaba al borde de la histeria y había comenzado a llorar. Thelma tendió un brazo y le acarició la espalda suavemente, como suele hacerse para tranquilizar a un niño.

—No temas —le dijo—. Wyn sabe lo que dice.

Ella creía en Wyn, creía en él ciegamente, y en ese momento estaba orgullosa de su marido, que era la influencia apaciguadora dentro de la oscura cabina, la voz de la cordura y el valor que impedía un pánico general entre los pasajeros. Dos veces, hasta el momento, los frenos de emergencia se habían deslizado brevemente, y Wyn había logrado aplacar los ánimos de los que se

hallaban en el ascensor. Sabía que él tenía tanta confianza como la que representaba, y por fortuna podía comunicar lo que sentía a quienes se hallaban a su alrededor.

Resultaba curioso, se dijo, que Wyn se mostrase tan valiente en una situación como ésa. Le preocupaba cómo reaccionaría en los meses siguientes, cuando las dificultades fueran de otro tipo.

Jenny se había arrimado a ella en la oscuridad, en parte para buscar calor, y en parte por la sensación de seguridad que emanaba de Thelma. En cuanto a esta última, sabía que los esfuerzos que realizaba para tranquilizar a Jenny contribuían también a serenarla a ella.

—Tú y él estáis muy unidos, ¿verdad, Thelma?

—¿Unidos? —Manifestó Thelma, dubitativamente—. Bueno, eso creo. Puede decirse que Wyn y yo dependemos el uno del otro.

—¿Estás realmente conforme con permitirle que tenga algunos intereses ajenos?

En la cabina se notaba ahora un ligero movimiento. El viento la estaba bamboleando un poco, pensó Thelma. Luego procuró pensar en la pregunta.

—¿Te refieres a que tenga una amante? Sería más adecuado decir que lo tolero, me parece. Por otra parte, ¿qué podría hacer yo? ¿Recriminárselo? ¿Ponerle en una disyuntiva? Eso podría ser eficaz a corto plazo, pero a la larga no valdría de mucho. Además, no creo que me beneficiase. En última instancia, quizá llegara a perder a Wyn y, francamente, no quiero perderlo.

—Si me hiciera eso Craig, le diría que dejara su asunto.

—Eso es tener confianza; pero es no pensar en las consecuencias, Jenny. Y a mi modo de ver, indica que deseas conservarle.

Thelma se sorprendía de su propia brusquedad. En otro momento y lugar habría sido mucho más diplomática; pero la misma situación en que se hallaban escasamente invitaba a la diplomacia.

—Quiero conservar a Wyn, pero sin exclusivismos —añadió—. Creo que no me gustaría vivir todos los momentos de su vida junto a él. La mayor parte de esa vida carece de atractivo para mí, y no valdría de nada el fingir otra cosa. Pero él me ofrece buena parte de sí mismo. Le necesito, y él me necesita.

—Te necesitará más que nunca cuando todo esto haya terminado —declaró Jenny.

Eso era cierto, pensó Thelma. Se llevarían a cabo investigaciones relacionadas con el incendio, ataques por parte de los periódicos, y todo tipo de acusaciones. Entonces, más que nunca en su vida, Wyn la necesitaría. Durante un segundo, Thelma notó un extraño sentimiento de satisfacción, y luego lo desechó como algo que no valía la pena.

—Jenny, he dado a entender que dependo de Wyn, pero no debes tomar eso al pie de la letra. Existe una diferencia entre amor y dependencia. Creo que si una persona no vive su propia vida, al final termina despojada de fuerza interior, y sin ésta, ninguna pareja tiene nada que darse recíprocamente. Un hombre y una mujer viven sus propias existencias, y ése es el don que comparten. A mi entender…

En ese momento, la cabina se estremeció y se dejó oír el chirrido de los frenos de emergencia al resbalar sobre los raíles exteriores. La gente empezó a gritar, y de nuevo Thelma rodeó a Jenny con sus brazos, en parte para calmarla a ella, y en parte para calmarse a sí misma.

El ascensor empezó a balancearse como un péndulo, descendiendo poco a poco mientras lo hacía. Algunos pasajeros fueron arrojados al suelo, y Thelma se estremeció al sentir que alguien había caído con todo su peso sobre sus piernas. Pero no había tiempo para quejarse; pensó que el ascensor debía haberse deslizado hasta el lugar en que los raíles se separaban, y los frenos de emergencia se habían soltado. Comprendió horrorizada que comenzaban una larga caída hasta la calle, allá abajo.

De improviso, se experimentó una sacudida y la cabina dejó de caer. Tan sólo persistió un movimiento de balanceo.

Los cables habían resistido, pensó, respirando de nuevo. Pero el ascensor ya no estaba afirmado a los raíles laterales. Ahora los pasajeros se encontraban todos oscilando en el aire, sostenidos tan sólo por los cuatro cables que quedaban.

59

Barton e Infantino se hallaban en el exterior de la plaza, mirando hacia la desnuda red, cuando el ascensor se soltó de los carriles. Resbaló poco más de un metro, y luego cayó, al librarse de los raíles. Enseguida volvió a detenerse cuando los cables restantes se tensaron. La cabina rebotó un poco, y a continuación se estabilizó, oscilando suavemente a impulsos del viento y rozando de vez en cuando la pared del edificio. Retuvo el aliento e imaginó el pánico que debía reinar en el interior de la cabina. Se preguntó si Jenny estaría en el ascensor, o permanecería aún en el Salón de Paseo. Si estaba en la cabina, tendría que estar sufriendo enormemente, y si se hallaba en el Salón de Paseo…

Infantino vio que los ojos de su acompañante ascendían por el costado del rascacielos hasta donde el fulgor humeante y rojizo se dejaba ver en el piso sesenta y cuatro.

—Cuando llegue hasta aquí la bomba de Southport, podremos hacer algo efectivo, Craig —dijo—. Ya dispongo de hombres y mangas en el pozo de la escalera, hasta el piso sesenta y tres y más abajo.

—El fuego ya estará muy extendido para entonces.

—Lo siento, Craig. Eso es todo lo que podemos hacer.

La noche había estado llena de trágicos sucesos, pensó Barton. Ciertamente, Infantino había participado también en ello con la pérdida de Lencho, uno de sus hombres y al que consideraba como un protegido debido a su falta de experiencia. Y también por lo

ocurrido al jefe Fuchs, que en esos momentos se encontraba en la unidad de cuidados intensivos, desde donde informaban acerca de la gravedad de su estado. E igualmente, Gilman, el veterano con el cual se inició Infantino. Éste ya había recibido su parte en la tragedia, y Barton esperaba ahora la suya.

Se dejaron oír más sirenas cortando el frío aire nocturno. Éstas resonaban extrañamente, en parte por su número y en parte por el sonido distinto que tenían. Entonces llegó corriendo uno de los bomberos y dijo a Infantino:

—¡Jefe, la dotación de Southport acaba de cruzar las barreras!

Infantino se volvió y gritó a Barton:

—¡Vamos allá!

Y se encaminó a través de la plaza hasta la calle. Barton le siguió. El parpadeo de las luces rojas que dominaban una pequeña columna de bombas y coches de rescate se hacía ahora visible mientras los vehículos avanzaban lentamente por la atestada calle.

Un coche rojo de comando fue el primero en llegar. El hombre que saltó del mismo era bajo y musculoso, con un rostro joven, pero curtido por la intemperie; el tipo de semblante que se tiene después de haber practicado deportes marinos unos cuantos años sobre las olas del océano. Era una versión joven del jefe Fuchs, se dijo Barton.

—¿El jefe Mario Infantino? —preguntó. Éste asintió con la cabeza y el otro añadió—: Soy el jefe de batallón Jorgensen, de Southport.

Se estrecharon las manos e Infantino preguntó:

—¿Cuántas compañías trae aquí?

—Más de las que usted pidió. Traemos cierto número de respiradores de alta capacidad, escudos contra el calor y varias docenas de trajes de aproximación.

—¿Y las cargas de plástico?

—Tenemos cincuenta de medio kilo, y una docena de cinco kilos. También unos trescientos metros de Primacord. No es posible lograr una detonación simultánea sin conectar las cargas con Primacord.

Miró a Infantino con curiosidad, y agregó:

—Está pensando en horadar un piso con las cargas, ¿eh?

—Sí, eso es lo que había pensado.

Jorgensen movió la cabeza con gesto de duda y dijo:

—Yo lo pensaría dos veces antes de hacerlo, sobre todo si la estructura del edificio se ha debilitado.

Infantino gritaba ahora para hacerse escuchar en contra del viento.

—Tenemos serios problemas en los pisos diecinueve a veinticinco, pero podemos solucionarlo sin necesidad de los explosivos, ya que la mayor parte de las ventanas han saltado y los pisos están bien ventilados. Lo que me preocupa es el fuego de las plantas superiores.

Describió la situación a Jorgensen, y el jefe de Southport lanzó un silbido.

—Cuando ustedes, la gente de las grandes ciudades, tienen un incendio, no se andan con medias tintas, ¿verdad?

Southport no tenía esos problemas, pensó Barton. Era principalmente una población industrial y un centro de ventas. Su jefe de bomberos no tenía que hacer los equilibrios de presupuesto que debía realizar el jefe Fuchs. La base de impuestos era tal que no existían problemas de dinero.

—Ahora que ustedes se encuentran aquí —afirmó Infantino, volviéndose hacia la calle y echando un vistazo a los efectivos de Southport, que se alineaban enfrente—, estamos más tranquilos.

Algunos hombres con trajes impregnados de aluminio salían de los camiones. Infantino añadió:

—Jefe, ¿dónde está la bomba Seagrave? Ninguna de las que veo ahí tienen la potencia necesaria.

Jorgensen puso un gesto grave.

—Vendrá más tarde. Patinó por la autopista, cuando veníamos, y ahora tratan de sacarla con grúas de la zanja donde se deslizó.

—¡Por todos los cielos! —exclamó Infantino—. ¿Tardarán mucho? No tenemos tiempo. No podemos quedarnos aquí, esperando

tranquilamente.

—Lo lamento tanto como usted —manifestó Jorgensen—. Pero no es posible saber cuándo estará en condiciones. Tal vez dentro de media hora, o quizá por la mañana. No me quedé para ver la situación en que se hallaba.

Infantino se volvió con gesto disgustado, y Barton le preguntó:

—¿Qué significa eso, Mario?

—Significa que no podemos contar con la bomba —repuso Infantino, amargamente—. Tendremos que quedarnos, en efecto, con los brazos cruzados, contemplando cómo se quema la Casa de Cristal. No hay otra bomba de esa potencia en ciento cincuenta kilómetros a la redonda.

—Jefe Infantino, ¿cómo desea que se desplieguen mis hombres?

Infantino se volvió hacia Jorgensen, mientras Barton contemplaba el rascacielos. No había forma de detener el fuego en lo alto, pensó tristemente. Aquello ardería hasta que las llamas devorasen el Salón de Paseo. Después, el techo se hundiría, y con él los mecanismos superiores del ascensor panorámico, con lo cual la cabina se precipitaría hasta estrellarse en la plaza. La escena ya estaba escrita. Sólo faltaba tiempo para representarla.

Shevelson se acercó y pareció leer en el rostro de Barton.

—¿Tan mal va la situación? —preguntó.

Barton asintió con la cabeza y repuso:

—La gran bomba de Southport está en una zanja. No se sabe cuándo llegará aquí.

—Se dice por ahí que usted e Infantino piensan utilizar explosivos. ¿Tienen experiencia con ellos?

—Alguna, durante el servicio —declaró Barton, disgustado—. Por lo visto, los rumores se divulgan pronto por aquí.

—Cuando no se quema uno la piel, o se bebe café, no queda más alternativa que murmurar —dijo Shevelson, dubitativo—. En cuanto al núcleo de servicio, no está en muy buenas condiciones.

Barton pensó un instante y dijo:

—La estructura de acero resistirá. Podrá caer parte de un piso sin resultados graves. En cambio, si se tratara de una estructura de hormigón armado se correría el riesgo de un desplome de varios pisos. Eso no pasará aquí.

Shevelson encendió otro cigarro.

—No estoy tan seguro de que importase demasiado —afirmó—. El edificio es ahora una verdadera calamidad.

—Poniendo unos pocos millones, podrá ser reparado —respondió Barton.

—¿Lo haría Leroux? En ese caso, será reconstruido con los mismos errores que antes. Pero no creo que esta vez se salga con la suya. Cuando ante los tribunales se solventen los procesos legales que habrá contra él, Leroux será expulsado de la profesión.

La venganza debía resultar placentera para Shevelson, pensó Barton. Por desgracia, era una venganza que se sustentaba en una serie de tragedias personales, además de la destrucción de la Casa de Cristal. Se habían producido las muertes de varios inquilinos y bomberos, y también estaba el caso de Jenny y sus acompañantes, condenados a morir en el restaurante o a estrellarse con la cabina en la calle. Para él era difícil mantener una actitud ecuánime.

—Shevelson —dijo Barton—, tiene usted motivos para desear vengarse, pero no se regocije delante de mí. Me importa poco lo que usted piense de Leroux, y tampoco me preocupa lo que le vaya a suceder a él. Esta noche he visto morir a demasiada gente, y dentro de poco tiempo, mi mujer puede ser una de esas personas. Si quiere jactarse de la razón que tenía, dígaselo a otro. Yo no tengo ganas de escucharle.

Shevelson le miró ligeramente avergonzado de sí mismo, y declaró:

—Mire, Barton, lo siento por su mujer y también por los demás. Lo cierto es que la gente empezó a morir por causa de este edificio el día en que se inició su construcción. Mi mejor amigo trabajaba en lo alto de la estructura de acero, y el brazo de una grúa le derribó

accidentalmente de una viga cierto día. Antes, otro resultó sepultado cuando se construían los cimientos. Cortaron un par de trozos de hormigón y lo enterraron simbólicamente.

—De acuerdo —murmuró Barton—. Entonces, todo el mundo ha salido perdiendo.

Se volvió para regresar al vestíbulo cuando apareció Quantrell delante de él, seguido a pocos pasos por el operador de televisión.

—Da la impresión de que va usted a perder todo el edificio, Barton. ¿Algún comentario?

Barton se volvió. Si había algo con lo que pudiera desahogarse aquella noche, Quantrell parecía lo más adecuado. Exclamó:

—¡Si su foca amaestrada me apunta una vez más con su cámara, Quantrell, los dos tendrán que recoger los dientes en la acera!

A sus espaldas, Barton oyó a Shevelson, que decía en tono calmoso:

—Dé un grito, si necesita ayuda. Siempre me ha gustado ayudar a los amigos, especialmente en casos como éstos.

Quantrell trató de sonreír y Barton tuvo la impresión momentánea de hallarse ante una comadreja acorralada.

—A esto se le llama libertad de prensa, señores —dijo el reportero—, por si no lo sabían. Me lo garantiza la Constitución. Barton, tengo entendido que su mujer se encuentra en el Salón de Paseo o en el ascensor panorámico. ¿Es eso cierto?

—¿Qué pretende que haga, que desembuche todo para que sus televidentes se regodeen con mis problemas y olviden los suyos? Váyase a…

Por encima de ellos se escuchó el repentino batir de unas aspas de helicóptero y los cuatro alzaron la vista en el momento en que el aparato de la cabina en forma de burbuja descendía hacia la plaza. Infantino, que estaba conversando urgentemente con Jorgensen a una docena de pasos, corrió hacia Quantrell, exclamando:

—¡Ése es un helicóptero de la KYS! ¿Quién demonios le ha dado permiso para que use esta plaza como campo de aterrizaje privado?

¡Tenemos que situar equipo en este lugar, dentro de poco!

Quantrell pareció desconcertado.

—¿Qué rayos pasa? ¡Yo no les he ordenado que aterrizasen aquí!

Barton e Infantino corrieron hacia el helicóptero, seguidos de Shevelson y Quantrell. Se abrió la puerta de la cabina, y de su interior saltó un hombre que llevaba en brazos a una niña.

—¡Que alguien me ayude! —exclamó.

Barton tomó a la niña e Infantino, mirándola brevemente, dijo:

—Principio de asfixia por humo. Mala cosa.

Quantrell se volvió hacia el cámara y le dijo:

—Llévala al centro de la ciudad, a alguno de los hospitales más importantes. Yo puedo tener allí esperando a un fotógrafo y algún reportero para que entrevisten a los médicos.

Infantino impidió que el cámara se hiciese cargo de la niña.

—Lamento no estar de acuerdo con sus planes, Quantrell, pero la pequeña no saldría viva sin un pulmón artificial, enseguida.

Se volvió e hizo una seña a algunos de los ayudantes vestidos de blanco de las ambulancias. Éstos salieron del vehículo y corrieron hacia Infantino.

—Pónganla en un pulmón artificial —dijo, y echó de nuevo un vistazo a la piel grisácea de la chiquilla, y al ligero movimiento de su pecho, tras lo cual agregó—: Esperemos no haber actuado demasiado tarde.

Los ayudantes cogieron a la niña y corrieron hacia la ambulancia.

—La hemos bajado desde la azotea del edificio —dijo el piloto del helicóptero, inclinándose sobre el asiento del pasajero—. Es muy arriesgado, con los vientos que hay allí. El aparato es demasiado ligero para eso.

El cámara que había salido con la chiquilla movió la cabeza negativamente, y añadió:

—Y las cosas marchan mal allá arriba. El fuego está directamente debajo del Salón de Paseo en estos momentos, y aún queda bastante gente.

—¿Y el ascensor? —preguntó Barton—. ¿Pudo verlo cuando bajaban?

—Se ha salido de los carriles, como creo que puede verse desde aquí. El viento es sumamente fuerte, y lo está balanceando. Otros dos cables se han roto, y creo que ya sólo quedan los dos últimos. Si quieren sacar de allí a aquella gente, más vale que lo hagan cuanto antes. Y también deben solucionar lo de la azotea.

—¿Puede usted ayudarnos? —preguntó Barton al piloto.

—¿Irlos sacando uno a uno? Usted está loco, amigo. Bastante suerte hemos tenido con hacerlo una vez.

—¡Vamos, subid pronto! —ordenó Quantrell—. ¡Estáis perdiendo algunas vistas magníficas!

El operador de televisión se rió forzadamente y declaró:

—¿Con qué voy a tomarlas, Jeff? Un loco, allá arriba, me tiró el equipo a la calle.

—¿Cómo?

—Sí, a causa del viento no le entendí lo que decía acerca de una niña. Para bajarla hubiéramos tenido que buscar sitio en el aparato, y él lo hizo por nosotros.

—¡Pero si eran cinco mil dólares de equipo! —exclamó Quantrell.

El cámara se encogió de hombros y dijo:

—No me grites, Jeff. Yo no lo hice. Y además, estamos asegurados, ¿no es cierto?

Uno de los ayudantes de la ambulancia volvió para informar a Infantino.

—La pequeña se encuentra mal. Es una fuerte intoxicación de monóxido de carbono. Tendremos que llevarla rápidamente a un hospital.

—No pierda tiempo informándome, y hágalo. Quedan más ambulancias para el caso de que haya nuevas bajas.

El ayudante regresó corriendo a la ambulancia, seguido de Quantrell y del fotógrafo. Barton continuó observando el edificio, del

que también surgían ahora densos remolinos de humo a la altura de los pisos sesenta y cuatro y sesenta y cinco.

—No queda otro remedio —dijo Infantino—. Habrá que llamar al Escuadrón 304.

Barton corrió con él hacia el furgón de comunicaciones.

—A ver si podemos convencer al coronel Shea, jefe del Escuadrón —declaró—. Tiene bajo su mando cinco helicópteros Bell UH-1, modelo D, de siete pasajeros, según creo recordar.

—También podríamos conseguir un Boeing de los guardacostas —agregó Infantino, pensativamente.

—Exacto, hay que conseguir todas las unidades de rescate que podamos. Queda el problema del ascensor panorámico.

Barton chasqueó de pronto los dedos y dijo:

—Habría que llamar al servicio de helicópteros del Aeropuerto Internacional. Disponen de un Sikorsky F-106 que suelen alquilar para cometidos industriales, sobre todo para izar grandes pesos, como acondicionadores de aire y cosas parecidas, hasta el techo de los edificios. Con eso se podría levantar el ascensor.

¿Dónde demonios estarán Garfunkel y Donaldson?, se preguntó Barton. Ya tendrían que empezar a despejar la plaza de las jardineras de pinabetes. El pequeño helicóptero de la televisión puede aterrizar entre ellas, pero un Bell de siete pasajeros es demasiado grande para eso.

Aspiró profundamente el frío aire nocturno y echó de nuevo un vistazo hacia lo alto del rascacielos. Tendrían que darse prisa.

La furia del fuego en los pisos bajos está ahora decreciendo. La mayor parte de las sustancias combustibles se han consumido, y la nueva aportación de hombres y equipo desde Southport ha empezado a notarse. Numerosas dotaciones de bomberos con mangas y escudos protectores van haciendo retroceder paulatinamente las llamas, cortando trozos de la bestia para rematarlos luego con agua.

Las dotaciones de rescate siguen a las primeras y derriban partes de tabiques y cielorrasos, en busca del menor vestigio de rescoldo. La bestia cede terreno paso a paso; lucha por su existencia, pero comprende que no tardará en morir.

Cuarenta pisos más arriba, la bestia posee una vitalidad mucho mayor. En el cuarto de máquinas que hay debajo de la galería de observación, la bestia se nutre ávidamente con los bidones de grasa y petróleo. Hacia un extremo están ardiendo una serie de armazones de madera sobre los cuales se han instalado recientemente diversas máquinas, y las llamas, debido a la fuerte corriente de aire, se propagan a los almacenes y cuartos de equipo.

El petróleo y la grasa han fluido a través de varios orificios, hasta los apartamentos sin terminar que hay abajo. El goteo del petróleo se dispersa por las pilas de baldosines de asfalto y las placas de madera contrachapada. Se prende fuego en este material, y las llamas se extienden rápidamente a las latas de pinturas y barnices, y a las cajas de embalaje de los accesorios, rellenas de viruta. En algunos apartamentos, los marcos de las ventanas se dilatan, como había ocurrido en los pisos inferiores. El primero de los cristales salta fuera y planea sobre la ciudad. Su alcance es mucho más amplio, puesto que ahora el punto de lanzamiento se encuentra a más de 210 metros sobre el nivel de la calle.

Los bomberos han comenzado a tender líneas eléctricas a partir del generador de emergencia, con el fin de poner en marcha las bombas en un cuarto de almacén situado a mitad de la altura del edificio. Pero esa tarea va a requerir bastante tiempo. La bestia nada sabe de esto, y únicamente advierte que, mientras abajo está muriendo, encuentra nueva vitalidad en los pisos superiores, donde existe una increíble cantidad de alimento, y no hay indicios de que nada vaya a detener su avance.

La bestia introduce un dedo, tanteando, por uno de los orificios sin obturar del techo del piso sesenta y cuatro, que constituye también el suelo de la galería de observación. Allí encuentra poco material

combustible a su disposición, pero presiente que puede haber más en el restaurante del piso inmediatamente superior, y sube reptando escaleras arriba por la pintura de las paredes.

La bestia puede haber perdido gran parte de su vitalidad en los pisos inferiores, pero aquí arriba sigue con vida... y continúa creciendo.

60

Habían colgado luces de emergencia por todo el vestíbulo, y Barton pudo examinar ahora los planos con mucha mayor facilidad. Oculta entre alguno de aquellos dibujos tenía que estar la sugerencia de una idea, por lo menos. Pero se dijo que sólo los magos son capaces de sacar conejos de un sombrero de copa.

—Déjalo ya, Craig —le dijo Infantino, cuando Barton hubo revisado todos los planos y empezó de nuevo por el primero—. Dentro de una hora, aproximadamente, tendrán las bombas del edificio conectadas a la línea eléctrica de emergencia.

—Dentro de una hora —repuso Barton—, todo el edificio se habrá convertido en una antorcha.

—También hay que contar con la bomba de Southport; tal vez llegue a tiempo.

Barton dio un puñetazo sobre la mesa y dijo:

—¡Yo no creo que pueda pasar eso, y usted tampoco, Mario!

Un enlace se presentó ante Infantino y le dijo que el fuego había sido dominado en el último de los pisos inferiores incendiados. Shevelson se mostró visiblemente tranquilizado.

—Entonces no tendrá que usar explosivos, ¿verdad? —preguntó.

—En efecto —respondió Infantino—; yo dudaba realmente que fueran necesarios, pero había que tenerlos a mano por si acaso. Creo que dijo usted que no había peligro en usarlos, ¿no es verdad?

—No soy ingeniero —dijo Shevelson—. Fue una respuesta un poco precipitada, tal vez. Si tuviera que apostar algo, seguiría en la

misma postura, pero siempre puede existir una posibilidad de que la estructura estuviese debilitada, y pudiera derrumbarse la totalidad de una planta.

Uno de los hombres del furgón de comunicaciones llegó corriendo en ese instante.

—Jefe —dijo a Infantino—, el coronel Shea acaba de informar por radio que los UH-1 ya han despegado. Los tendremos aquí dentro de unos quince minutos.

—¿Qué se sabe del Sikorsky? —preguntó Barton.

—Aún estamos tratando de localizar a los encargados. El servicio de helicópteros está cerrado durante la noche.

—Siga insistiendo. Necesitamos ese mastodonte cuanto antes; diez vidas o más dependen de él.

—¿No puede utilizarse el cabrestante del UH-1? —preguntó Infantino.

Barton movió negativamente la cabeza y repuso:

—Lo dudo. Desde luego, existen menos posibilidades aún mientras el helicóptero está en el aire. Además, no sé bien cómo podrá realizarse el anclaje para levantar la cabina.

—El coronel Shea dijo que enviaba también más de media docena de sopletes pirotécnicos —añadió el hombre de comunicaciones.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Shevelson, mirando a Barton con gesto de extrañeza.

—En esencia son unos cohetes de combustible sólido —explicó Barton— que proporcionan una llama muy rica en oxígeno que corta casi todos los metales. Duran un minuto, aproximadamente. Yo deseaba sopletes oxiacetilénicos, pero estos otros resultan más manejables.

—Sigo sin comprender. ¿Para qué quiere eso?

—Para el caso en que sea preciso cortar los cables del ascensor.

—No sé muy bien qué está planeando —dijo Shevelson—. Pero me alegro de que la responsabilidad sea suya y no mía.

—No se preocupe por eso —manifestó Barton, y volviéndose a Infantino, añadió—: Además de esto, sólo nos queda el fuego en lo más alto, ¿verdad?

—En efecto, Craig —admitió Infantino—; pero aparte de esperar por la bomba, o a que se conecte con las tuberías del edificio, no podemos hacer demasiado.

—Hay cinco pisos más de apartamentos sin terminar, por los que puede extenderse el fuego en el curso de la próxima hora o poco más —dijo Barton—. ¿Qué posibilidades cree que habrá de salvar el edificio para entonces?

—Probablemente lo salvaremos —aseguró Infantino, con calma —. Los últimos pisos quedarán destruidos, desde luego.

—¿Y si se producen más explosiones en el núcleo de servicios?

—Entonces las posibilidades disminuirán, como puede imaginar —dijo, e hizo una pausa—. ¿Tiene alguna idea?

Barton movió negativamente la cabeza y señaló a Shevelson.

—No es idea mía —aseguró—, sino de él.

Luego examinó los dibujos hasta dar con el del cuarto de máquinas que se hallaba debajo de la galería de observación y donde estaban los grandes tanques de freón, los enormes depósitos de agua, el sistema de aire acondicionado y las tuberías del ático, que estaba desocupado.

—Sé lo que está pensando —dijo Infantino—. Es demasiado peligroso.

—Nunca se sabe el daño que puede provocar un explosivo en la estructura de un edificio —objetó Shevelson.

—Ninguno de nosotros está seguro de nada —convino Barton—; pero sí conocemos el daño que puede causar el fuego, ¿no es verdad?

Luego señaló de nuevo los planos de la galería de observación, con sus voluminosos tanques de agua y de freón. Las vigas metálicas de soporte se apreciaban claramente en el dibujo.

—Tomando las medidas en base a los dibujos —agregó—, podemos colocar una carga de plástico con Primacord en este punto. Situando tres cargas en las conexiones de las vigas y otras en lugares convenientes, las explosiones provocarán la ruptura de los soportes de los tanques.

—¿Y la integridad estructural del edificio? —insistió Infantino.

—Las cargas de plástico permiten actuar según una dirección determinada. Mientras no dañemos la armazón exterior, las plantas de arriba seguirán intactas. La onda expansiva provocada por el explosivo es muy potente, desde luego, pero confío en que los pisos bajos aguanten el impacto. Por otra parte, la masa de agua liberada será muy grande.

—Para lo que usted desea, las cargas de plástico tendrán que estallar casi simultáneamente —objetó Shevelson.

—Por eso usamos Primacord —explicó Barton—. La onda expansiva viaja a razón de cinco mil cuatrocientos metros por segundo a través del cable de Primacord. Eso significa que todas las cargas estallarán con diferencias de apenas unas décimas de segundo.

—¡Cielos! —exclamó Shevelson—. Si vuela el piso de la galería de observación, entonces…

—Todo el contenido de los tanques de agua y de freón, de la planta donde está la galería de observación, caerá sobre el cuarto de máquinas situado debajo.

Shevelson movió negativamente la cabeza y repuso:

—La cosa podría no detenerse ahí, Barton. Al menos, en algunos lugares. Las explosiones y el peso repentino del agua al caer podrían hundir también el suelo del cuarto de máquinas.

Barton asintió y dijo:

—Justamente. Gran cantidad de agua caerá como una cascada a través del suelo destrozado del piso sesenta y tres, que está debajo y que es el de los apartamentos sin ocupar que se han incendiado. Eso es lo que espero de todo corazón. Pero imagino también que

donde se acumule el agua, como en los pozos de las escaleras y de los ascensores, todo quedará inundado.

Reinó el silencio durante unos momentos, y al fin Shevelson preguntó:

—¿Qué será de los pequeños tanques del techo del ático, y del agua que contienen?

—Al derribar el suelo, las tuberías se romperán también y el agua caerá igualmente sobre el fuego.

Barton se volvió hacia Infantino y le preguntó:

—¿Qué le parece, Mario? Usted es aquí el responsable.

Infantino se encogió de hombros y respondió:

—Es una magnífica idea, si da resultado. En caso contrario, creo que perderé mi puesto.

61

El humo se iba haciendo cada vez más denso en el Salón de Paseo. Unos cincuenta inquilinos se apiñaban en un extremo, cerca de un ventanal. Alguien había logrado romper el grueso cristal con una silla, y el aire era más fresco, aunque no mucho más porque el viento soplaba en dirección contraria, y sólo alguna ráfaga ocasional entraba a través de la destrozada cristalera. Douglas observó mientras Quinn circulaba entre los inquilinos tratando de serenarlos; pero sus palabras no parecían tener demasiado efecto. Algunas mujeres se haliaban en estado de histerismo, y a sus maridos también les faltaba poco para caer en la misma situación.

Un fuerte acceso de tos acometió a Douglas. Logró recuperarse, y en el momento en que se acercaba Quinn ésta le dijo:

—No podemos resistir aquí por mucho tiempo.

El hombre se desabrochó el cuello de la camisa, pues a pesar del ventanal roto hacía calor en el salón.

—Lo sé, Quinn —repuso Douglas—. ¿Y el ático? ¿Hay algún modo de llegar a él?

—Hay una escalera en el pasillo de la cocina. Los que alquilaban el ático tomaban el ascensor hasta aquí, y luego pasaban el corredor y subían.

Jesús se aproximó por detrás de ellos y escuchó parte de la conversación. Movió negativamente la cabeza y dijo:

—Eso de nada vale ahora. Estuve mirando por allí, y como se trata del mismo pozo de escalera, el humo es muy denso. No se

podría hacer pasar a esta gente por aquel lugar.

Jesús se volvió entonces hacia Albina, que permanecía sentada, en silencio, en un rincón, e inclinándose hacia ella la escuchó cuando le decía algo en castellano. El rostro de Jesús adoptó un gesto grave.

—Mi madre no se encuentra bien —aseguró—. Dice que le duele la pierna, y que se le revuelve el estómago.

—Creo que eso último nos pasa a todos —observó Quinn.

Douglas observó un momento a Jesús, que rodeaba con un brazo los hombros de su madre. A Albina le había costado mucho tiempo volver a encontrar a su hijo, pensó, y también a éste, el hablar de nuevo a su madre.

Luego, Douglas se volvió hacia Quinn y manifestó:

—Sólo hay una solución, de momento, Quinn; subir a la azotea. Tendremos que hacerles pasar por la trampilla.

—¡Aquello es el polo! —protestó Quinn—. En diez minutos pueden resentirse del intenso frío.

Douglas abrió los brazos, con ademán de impotencia.

—Si nos quedamos aquí —manifestó—, moriremos por asfixia a causa del humo, o por algo peor.

Señaló hacia la escalera posterior, oculta por un saliente de la pared. Un humo espeso empezaba a salir desde abajo, y de vez en cuando se apreciaba un reflejo de llamas.

—Si subimos al techo, al menos viviremos un poco más. Y creo que puestos a elegir entre morir congelados o quemados, me parece mejor lo primero.

—Está bien —asintió ella—. ¿Puedo hacer algo?

—Reúna todos los abrigos del guardarropa, los delantales de la cocina y los manteles; todo lo que pueda servir de abrigo y protección contra el viento. Luego ayudaremos a la gente a subir.

—No sé si querrán seguirme, señor Douglas —manifestó Quinn, con gesto de duda.

Douglas volvió a señalar las escaleras que estaban detrás de ella. Al volverse, Quinn vio aparecer algunas llamas.

—Podrán discutir ahora —aseguró Douglas—, pero dentro de un momento sobrarán las palabras.

Se volvió hacia Jesús y le dijo:

—Ayúdala a reunir manteles, Jesús, y también algunos materiales de plástico, más bien gruesos. Pueden valer como escudo contra el viento.

—Desde luego —dijo el joven, y siguió a Quinn hacia el guardarropa.

Douglas se acercó al grupo de inquilinos, que le habían visto hablar con Quinn.

—El restaurante se está llenando de humo —comenzó sin más preámbulos—, y el fuego se extenderá dentro de pocos minutos. Tendremos que subir a la azotea.

—¿Con esa nieve y ese viento? —dijo un hombre—. ¡Usted está chiflado!

—La señorita Reynolds está reuniendo abrigos, manteles y todo lo que pueda servir para resguardarnos del viento y el frío.

—¿Unos manteles allá arriba? —declaró alguien, riendo—. ¿Qué vamos a hacer, cenar?

El primero de los que habían hablado agregó:

—No, amigo, yo no voy a ninguna parte. Cuando llegue aquí el fuego, entonces veremos.

—Cuando llegue aquí, ya será tarde —aseguró Douglas, serenamente—. La única salida a la azotea es por una escalerilla estrecha que hay en la cocina. Cuando el fuego aparezca, no habrá forma de poder subir a tiempo.

Reinó el silencio.

—¿Puedo ayudar a la señorita Reynolds? —preguntó un joven de semblante pálido, que Douglas reconoció como el muchacho que había bebido demasiado durante la cena.

—Te lo agradecerá. Está en el guardarropa.

—¿Qué va a suceder cuando estemos en la azotea? —inquirió una mujer en tono de duda.

Un cambio rápido, se dijo Douglas, pues aquella mujer tenía un acceso de histeria pocos momentos antes. De todas formas, Douglas comprendió que si no mentía, pocos seguirían su consejo. No obstante, siempre cabía la posibilidad de que la mentira no fuese completa.

—La única forma de salir de aquí es mediante helicópteros —dijo Douglas, recordando el pequeño aparato de la televisión que se llevó a la niña—. Cuando aterricen, tendremos que encontrarnos allí, esperándolos, en lugar de amontonarnos en la escalerilla, si es que no nos han eliminado, para entonces, el humo o las llamas.

—¡Oiga, amigo, yo no voy!

—Haga lo que le plazca —declaró Douglas, sonriendo sombríamente—. No puedo obligarle. Pero le advierto que quedan cinco minutos, antes de que el fuego llegue a este salón.

Douglas se volvió y se encaminó hacia el guardarropa, seguido de la mayor parte de los inquilinos. Alcanzó a escuchar al hombre terco que discutía con su esposa sobre si debían subir o no a la azotea. Ya lo creo que lo harían, pensó Douglas.

En el guardarropa, Quinn y el joven fueron entregando abrigos, manteles y forros de mesa de plástico. En algún sitio. Quinn había encontrado varias mantas gruesas y los cortó en dos partes.

—Sigan a la señorita Reynolds hasta la cocina —manifestó Douglas—. Ella les enseñará la escala y la trampilla que lleva a la azotea.

La mayoría de los inquilinos se alinearon en silencio, maquinalmente, y siguieron a Quinn a través de la cocina. Douglas miró a su alrededor. Albina aún se hallaba sentada en la silla. Jesús salió del guardarropa con un abrigo de pieles y se lo puso encima a su madre. Bueno, no podía culpar al muchacho, pensó Douglas, y miró el abrigo.

—Parece zorro del bueno —manifestó, en tono evasivo.

—No —repuso Jesús—. Son pieles sintéticas, pero bastante buenas.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Douglas, sintiendo curiosidad.

—Es un truco, amigo —dijo Jesús, riendo—. Cuando es piel auténtica se nota la costura de las pieles por debajo del forro. Además, está la calidad del corte, la confección de los ojales y el cosido de los botones; en fin, varios detalles. Es como los coches; cuanto más caros son, mejor los construyen. Por cierto que aquí tienen una clientela barata. Éste es el mejor abrigo de todo el guardarropa.

Vaya, pensó Douglas; Jesús también poseía sus talentos ignorados.

Se volvió para echar un vistazo por última vez al comedor. Aún no estaba vacío. En una mesa alejada había un hombre de edad que se hallaba sentado mirando caer los remolinos de nieve. Douglas se le acercó rápidamente.

—Señor Claiborne —le dijo—. Es hora de marcharse.

Harlee Claiborne no se movió, y al mirarle, Douglas pudo ver que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Creo que voy a quedarme hasta que vuelva Lisolette —manifestó Claiborne—. Le diré dónde están ustedes.

Douglas procuró hallar algo oportuno para decir. Al fin declaró:

—¿Cree usted que la señorita Mueller desearía que usted la esperase aquí?

Claiborne reflexionó un momento; luego se puso lentamente en pie, temblando un poco, y dijo con tristeza:

—No, creo que no lo querría.

Siguió a Douglas por el pasillo de la cocina y este último advirtió que antes de abandonar el comedor, Claiborne cogió el clavel que llevaba en el ojal de la solapa y lo dejó caer al suelo. Douglas simuló no verlo.

62

Era necesario disponer de espacio suficiente para que los helicópteros aterrizasen y dejaran salir a los rescatados. Barton dio instrucciones a Garfunkel, Donaldson y a los pocos hombres de las secciones de seguridad y mantenimiento que aún quedaban en el edificio, para que retirasen de la plaza las jardineras. Los observó cuando se esforzaban por inclinarlas a fin de romper el hielo de la base, para luego arrastrarlas hacia un lado de la fachada del edificio. Confirmó que la zona que estaban despejando tenía las dimensiones adecuadas, y luego volvió apresuradamente al vestíbulo.

Barton pasó los diez minutos siguientes cortando las cuerdas de Primacord a la longitud debida. Después, uno de los hombres del furgón de comunicaciones llegó corriendo a donde estaba Infantino y dijo:

—Jefe, el helicóptero de cabeza está al habla.

—Enseguida voy —contestó Infantino.

Estaban terminando, justamente, el último tramo de la compleja red de Primacord y cargas de plástico, usando para ello las medidas tomadas de los planos de Shevelson. La red comprendía dos secciones, a fin de que un par de hombres pudieran llevar las voluminosas cargas.

—Coloque esto en dos mochilas —dijo Infantino a un bombero que les había estado ayudando, y añadió dirigiéndose a Barton—: Vamos, Craig.

Cuando se encaminaron hacia el furgón de comunicaciones, Barton preguntó al que les había avisado:

—¿Se sabe algo del helicóptero Sikorsky?

—Viene tres o cuatro minutos detrás del primer grupo.

Subieron al furgón, y al hacerlo escuchó Barton los chasquidos de una comunicación.

—Aquí Burleigh, ETA, un minuto.

Barton sonrió. ¡Burleigh! El único hecho afortunado de aquella condenada noche. No podía haber deseado un hombre mejor. Burleigh era un pintoresco tejano, un oficial subalterno capaz de trasegar las mayores cantidades de *whisky*; uno de los puntales de su unidad de reserva, y que había combatido dos años en Vietnam.

—Mario, déjeme hablar con él.

—El micrófono es suyo, Craig.

—Tex, soy Craig Barton.

—No sabía que estuviera ahí, capitán. ¿Qué quiere que hagamos?

—Tenemos unas cincuenta personas en el restaurante que hay en lo alto de la Casa de Cristal, y no es posible bajarlos. ¿Puede venir con sus pájaros y aterrizar en el techo?

—¿De qué espacio disponemos?

—Hay un ático y algunos jardinillos al lado, así como la instalación del aire acondicionado y un cobertizo que alberga los motores del ascensor panorámico. Creo que podrían descender dos UH-1 en la azotea. Uno, con seguridad.

—¿Hay antenas de televisión?

—De tipo comercial no, aunque hay una comunitaria.

—Esperemos lo mejor, aunque eso complica las cosas. Está bien, descenderemos de uno en uno.

—Tex —añadió Barton, preocupado—. ¿Ha visto algún rastro de un Sikorsky F-106? Hemos pedido al aeropuerto que nos envíen uno.

—Un momento, está tan condenadamente oscuro… ¿Por qué demonios no han tenido el incendio al mediodía? Ah, sí, ahí está el

pájaro, a unos tres kilómetros de distancia, a menos que me confundan las luces.

—¿Trae usted sopletes pirotécnicos?

—En efecto —repuso Burleigh—. ¿Dónde quiere que los descarguemos?

—Tex —manifestó Barton, con voz sombría—, ésa es una parte del problema. Necesito su ayuda. Deje que los otros aparatos realicen la evacuación, y haga que su copiloto le deje a usted sobre la azotea.

—¿Para qué infiernos?

—Se lo diré en un minuto.

Barton habló rápidamente y explicó su plan. Burleigh pareció dudar.

—No lo sé, capitán —dijo—. He traído el material que dijo el coronel. Tres empalmadores, si podemos colocarlos en los cables. Con uno bastaría, sin embargo.

—¿Podrá hacer el enganche?

—Eso creo —manifestó Burleigh, tras una pausa—. Pero con este tiempo, tendrá que ser tocar y escapar.

—En el ascensor hay por lo menos diez personas —explicó Barton, lentamente—. Tengo motivos para creer que mi mujer es una de ellas.

Burleigh lanzó un silbido.

—Haré todo lo que pueda, capitán.

Cuando hubo cortado, Barton dijo al de comunicaciones:

—Comuníqueme con el piloto de Sikorsky en cuanto sea posible.

Dejó el micrófono y se inclinó sobre el respaldo de su silla, notando de pronto que la fatiga le dominaba. Si alguien podía hacerlo, ése era Burleigh.

—Espero que salga bien —manifestó Infantino, quedamente.

—Si tiene alguna idea mejor, no deje de decírmela —contestó Barton.

Luego, con voz que trasuntaba desesperación, Barton agregó:

—Escuche, Mario, tiene que salir bien. No hay tiempo para intentar otra cosa.

63

Douglas se dijo que no podrían sobrevivir. Las posibilidades eran muy escasas. Ya les estaba vedado volver por la escalerilla al restaurante, porque el humo era demasiado denso. Pero veinte minutos o media hora en la azotea terminarían con ellos a causa de la helada temperatura, aun sin contar con que el fuego podía llegar hasta allí, y obligarles a saltar por el borde.

El forro de plástico con que se había envuelto el cuerpo, estaba rígido con el hielo y ofrecía escasa protección contra el viento. Algunos de los inquilinos habían tratado de buscar refugio en el ático, pero el humo les echó de allí y volvieron a la azotea, apiñándose contra la pared del ático, para protegerse de las heladas ráfagas. Al menos, se dijo Douglas, Larry saldría beneficiado. Su seguro se encargaría de ello, e incluso proporcionaría a Larry una segunda posibilidad, si deseaba continuar en el negocio.

Uno de los inquilinos, manteniéndose a duras penas sobre la superficie helada, avanzó hacia Douglas.

—¿Qué espera que hagamos aquí, que nos sentemos y quedemos congelados?

Douglas se encogió de hombros y contestó:

—Puede bajar y morir abrasado. A usted le corresponde elegir.

El hombre se volvió a donde estaba el grupo y dijo:

—¿Viene alguien conmigo? Volveremos al restaurante y bajaremos luego por las escaleras del otro lado.

Varios inquilinos se pusieron en pie para seguirle, mientras que otros permanecían indecisos. Douglas se puso en pie y les gritó:

—¡Tendrán que pasar por el piso en llamas! ¡Nunca conseguirán su propósito!

—¿Qué pasa con los helicópteros? —preguntó otro hombre—. ¡Usted dijo que iban a venir!

Así era, y hubiese dado cinco años de su vida porque fuese verdad. Había sido el farol de un jugador, y parecía que iba a perder la partida.

El primer hombre miró a Douglas de reojo.

—¿Sabe, gordinflón? Creo que todo eso son bobadas. No creo que venga nadie. Vamos, Marta —dijo, al tiempo que se volvía hacia su esposa.

Una mujer rolliza, cubierta con un grueso abrigo de pieles salió del grupo y ambos se encaminaron hacia la trampilla, por la que desaparecieron en dirección a la cocina.

—¡Se están matando! —alcanzó a gritarles Douglas.

Algunos inquilinos corrieron a la trampilla, miraron el humo que había abajo, y tras dudar, volvieron en silencio hacia la pared del ático protegida del viento.

Douglas había comenzado a temblar a causa del frío. Jesús se le acercó y le dijo:

—Señor Douglas, usted no me ha mentido en toda esta noche. ¿Sabe alguien que nos encontramos aquí? ¿Van a venir en verdad los helicópteros?

Jesús leyó la respuesta en los ojos de Douglas, antes de que éste le contestara.

—Mire, la gente me ha mentido toda mi vida, pero ahora sé por qué. Al menos esto es algo.

—Lo siento —declaró Douglas, roncamente—. No sé qué puedo decir…

Alguien, entre los del grupo, exclamó:

—¡Escuchen!

En la distancia, Douglas creyó oír un acompasado sonido: *plop, plop, plop*.

—¡Es un helicóptero! —gritó una voz.

Douglas escuchó detenidamente; era un helicóptero, sin duda, y parecía haber más de uno. Necesitaban espacio para aterrizar. Echó un vistazo a su alrededor, y exclamó:

—¡No pueden aterrizar con aquella antena de televisión en medio! —gritó—. ¡Habrá que derribarla!

Cogió el soporte más cercano y comenzó a tirar de él.

Jesús observó los cables y dijo:

—Vuelvo dentro de un minuto.

Corrió hacia la trampilla de la cocina, desapareció dentro y volvió al cabo de un momento con una gran hacha de carnicero, mientras tosía con fuerza.

—¿Recuerda aquellos dos que bajaron antes? Pues no lo han conseguido. Es imposible respirar allí abajo.

Se puso a cortar los cables de la antena, mientras Douglas tiraba de ella. Unos minutos más tarde la habían doblado, con ayuda de los inquilinos y cuando el primer helicóptero aparecía sobre el borde del rascacielos.

El aparato descendió sobre la superficie de la azotea y una puerta lateral se abrió, dejando salir a un hombre delgado y musculoso, con un espeso bigote y vestido con traje de faena del ejército. La multitud de inquilinos se lanzó hacia el helicóptero, pero él gritó:

—¡Un momento, amigos! ¡Sólo podemos llevar a siete a la vez! Vendrá otro autobús dentro de un minuto.

Se volvió y extrajo una caja de herramientas y otras dos cajas del interior del aparato.

—¿Quién me echa una mano? —preguntó.

Douglas y Jesús corrieron hacia él. La turba comenzaba a empujar de nuevo, y el hombre, vociferó:

—¡Siete nada más, maldición!

Se volvió luego a Jesús y le dijo:

—Cuéntalos cuando suban, chico. Tan sólo siete. Hay otros helicópteros después de éste. Si surge alguna complicación, pega un grito.

—No habrá complicaciones, amigo —dijo Jesús, sonriendo a medias.

El soldado se volvió a Douglas y manifestó a su vez:

—Me llamo Burleigh. ¿Puede echarme una mano con estas cajas, un momento?

Douglas le ayudó a llevar las cajas lejos de la multitud, y luego Burleigh las abrió, rompiendo la cubierta. Dentro había dos aparatos en forma de tubo y con boquilla. Tenían el aspecto de un cohete de medio metro de largo.

—¿Tiene idea del lugar en que se encuentra alojado el motor del ascensor panorámico?

Douglas echó una rápida ojeada por el techo y calculó el sitio en que podía estar el ascensor externo; divisó un cobertizo situado a unos treinta metros, junto al borde de la azotea y dijo:

—Hacia allí.

Burleigh avanzaba hacia el lugar señalado, seguido de Douglas, cuando este último oyó gritar a Jesús:

—¡Un momento, espere su turno! ¡Las mujeres primero! ¡Usted no parece llevar faldas!

Enseguida se escuchó mascullar:

—¡Condenado mozalbete puertorriqueño!

Pero no hubo más protestas. Douglas miró hacia atrás y vio a Jesús, que estaba junto a la puerta del helicóptero ayudando a subir a las mujeres con una mano, mientras que con la otra sostenía aún el hacha de la cocina. No, por allí no habría complicaciones, se dijo Douglas, siguiendo a Burleigh.

El cobertizo que albergaba los motores y mecanismos de los cables del ascensor era una estructura de chapa de aluminio remachada a un armazón, también de aluminio. La puerta estaba

asegurada con un cerrojo de endeble aspecto. Burleigh dio una patada a la puerta y la abrió. Entró en el cobertizo, echó una mirada en la oscuridad, y dijo a Douglas:

—Tendremos que echar abajo este tinglado para dejar al descubierto los cables. Veamos si son fuertes las chapas.

Como prueba, golpeó una de ellas, que se soltó de los remaches que la sujetaban al armazón.

—Ayúdeme a hacer lo mismo con las demás —agregó Burleigh.

Douglas comenzó a patear las chapas en la base, arrancándolas después donde estaban remachadas en la parte superior. La mayoría de las chapas quedaron sobre la misma azotea. Unas pocas se deslizaron sobre el borde del edificio y cayeron en espiral hacia la oscuri dad. Burleigh extrajo una pesada llave de su mochila y comenzó a percutir en las placas que formaban el techo. Al cabo de algunos minutos no quedaba del cobertizo más que el delgado armazón. Dentro estaba el cuadro de mandos, el generador y el mecanismo de marcha debajo del cual se hallaban suspendidas las ruedas de transmisión secundaria. Por fortuna, el esqueleto del tinglado no iba a molestarles en su labor.

Burleigh permaneció observando un buen rato los motores y las ruedas de transmisión, situadas sobre el borde del edificio, así como los cables, que desaparecían hacia abajo en la oscuridad. Movió la cabeza y dijo:

—Esto va a ser una empresa tremenda.

Douglas volvió a mirar hacia las demás personas reunidas en el centro de la azotea. El primer helicóptero ya despegaba con su carga. Desapareció en el cielo mientras el segundo aparato ocupaba su lugar. El resto de los inquilinos se alineaban debidamente bajo la dirección de Jesús, que gritaba dando instrucciones. El muchacho se estaba desenvolviendo perfectamente, se dijo Douglas.

En ese momento escuchó por encima de ellos el potente sonido de un motor de helicóptero, y al mirar hacia arriba, Douglas

descubrió el mayor helicóptero que había visto jamás, y que se acercaba a ellos con un pesado cable colgando de su parte inferior.

64

Barton e Infantino estaban esperando mientras el primero de los helicópteros descendía del cielo nocturno para tomar tierra en la ancha plaza que flanqueaba la Casa de Cristal. La zona de aterrizaje había sido despejada de jardineras, y las mangas de los bomberos fueron apartadas del centro. El helicóptero se posó en el suelo y cuando las aspas se detenían se abrió la portezuela del aparato. Varios policías y ayudantes de ambulancia corrieron para ayudar a los pasajeros, que salían trabajosamente del aparato. Algunos tosían con fuerza, pero todos estaban mojados y medio congelados.

Infantino gritó al personal de ambulancias:

—¡A los que necesiten tratamiento por quemaduras o principio de asfixia, llévenlos inmediatamente al hospital! ¡Los demás, que vayan al botiquín de primeros auxilios instalado en el vestíbulo inferior!

Barton observó frenéticamente los rostros de la gente que salía del helicóptero.

—¡Quinn, Quinn, por aquí! —exclamó.

La joven se volvió y sonrió débilmente. Barton corrió hacia ella.

—¿Dónde está Jenny? —le preguntó.

La sonrisa de Quinn desapareció de su rostro, mientras le respondía:

—Lo siento, Craig, pero ella y los Leroux entraron en el ascensor panorámico, cuando hizo el último descenso.

La muchacha echó una mirada a su alrededor, como si buscara a alguien, e inquirió:

—¿Cómo está allá la situación?

—Bastante mal, aunque existe alguna posibilidad de que podamos llegar hasta el ascensor.

Los periodistas y los fotógrafos comenzaban a rodearlos en ese momento. Barton vio que Quantrell y sus ayudantes estaban hablando con algunos de los inquilinos, mientras los llevaban hacia las ambulancias. Entonces advirtió que alguien le empujaba desde atrás.

—¡Quinn, Dios santo, Quinn! —oyó exclamar, y un hombre alto, algo más joven que él mismo, le apartó y fue a abrazar a Quinn. Durante un momento, Barton observó a la pareja. Ella tenía los ojos cerrados, pero podían verse las lágrimas correr por su rostro.

—Leslie, por favor, sácame de aquí.

—Desde luego, Quinn. Tengo el coche a sólo media manzana de distancia. La policía me dejó acercar.

Se quitó el abrigo, envolvió con él a la muchacha y ambos comenzaron a alejarse. Quinn se volvió un instante y dijo:

—Buena suerte, Craig.

Luego se apretó contra el hombre. El autodominio de que había hecho gala la azafata hasta aquel momento la abandonaba rápidamente, y Barton pudo comprobar que estaba sollozando.

Barton pensó brevemente en Jenny y luego se volvió hacia la multitud y gritó a la policía:

—¡Hagan retroceder a esa gente! ¡Échenlos de aquí! ¡Otro helicóptero va a aterrizar dentro de pocos minutos!

Infantino habló brevemente con el piloto del helicóptero y luego se aproximó con paso rápido a Barton.

—Burleigh ha cedido los mandos del helicóptero a su copiloto —le dijo—. Ahora está allá arriba, trabajando con los mandos del ascensor.

—Esperemos que tenga suerte —murmuró Barton.

A continuación, las aspas del helicóptero comenzaron a girar de nuevo, y el aparato alzó el vuelo desde su improvisada pista de

aterrizaje. Mucho más arriba podía verse otro helicóptero que descendía.

—Será nuestro turno cuando llegue el Número Cuatro —dijo Infantino—. Probablemente tardemos ese tiempo, hasta que lo tengamos todo listo.

Se aproximó un mensajero que entregó a Infantino una nota. Le echó una ojeada y luego se volvió hacia Barton, con rostro sombrío.

—Informe de bajas. ¿Recuerda aquel hombre del que usted no se fiaba demasiado, un tal Bigelow? Le hemos hallado.

Le explicó entonces los detalles, y Barton pensó que iba a ponerse enfermo.

—¿Qué se sabe de su amiga, la que Jernigan creyó que podía estar con él?

—¿Deirdre Elmon? Ésa es una posibilidad —dijo Infantino, señalando a la destrozada escultura que había ante el rascacielos.

Detrás de ellos, el segundo UH-1 se posó suavemente en las losas de la plaza y comenzó a descargar a los extenuados pasajeros.

65

—¡Vamos, condenación! —masculló ásperamente Tex Burleigh, mientras retiraba con presteza la última cubierta que protegía los motores del ascensor. Los cables que se arrollaban sobre los cilindros y las ruedas quedaban ahora completamente al descubierto.

—Cuatro de ellos deben haberse partido —dijo Douglas, que sostenía la linterna de Burleigh iluminando los cilindros de los cables.

Burleigh observó a Douglas, tratando de calcular la musculatura que podía haber debajo de aquel corpachón. Los hombres corpulentos a veces engañaban, pensó; pero algo le decía que bajo la corpulencia de aquel hombre había un notable vigor.

—¿Cuál dijo que era su nombre? ¿Douglas? Bien, Douglas, ¿podría quedarse aquí algún tiempo más? Sé que tendrá helados hasta los huesos, pero voy a necesitar su ayuda.

Lo último lo dijo gritando para hacerse oír por encima del ruido producido por otro UH-1 que se posaba en la azotea, y por el rugido del gigantesco Sikorsky, que permanecía esperando algo más arriba.

—¡Cuente conmigo! —repuso Douglas, también a gritos—. ¿Qué quiere que haga?

Burleigh señaló por encima de ellos al largo cable que oscilaba desde la parte inferior del Sikorsky.

—Tendremos que unir el cable de ese helicóptero a uno de los cables del ascensor, y luego cortar este último, para liberarlo del mecanismo de marcha.

Señaló entonces hacia los dos tubos parecidos a un cohete y agregó:

—Para eso son los sopletes de combustible sólido.

—¿Cree usted que aguantará la unión?

—¡Amigo, tendrá que aguantar!

Burleigh comenzó a sacar diversas herramientas de la mochila que tenía a sus pies. Por fin extrajo tres grandes barras de acero provistas de muescas, y con dos voluminosos pernos hexagonales en cada barra.

—Esto nos servirá para empalmar, y ojalá que resulte efectivo.

Burleigh cogió entonces una llave inglesa de veinticinco centímetros y comenzó a aflojar los pernos hexagonales. Un extremo de la barra de empalme se abrió al retirar uno de los pernos.

—Tendrá que sujetarme mientras ajusto esto en el cable del ascensor —dijo Burleigh a Douglas.

—¿Servirá la medida? —preguntó Douglas.

—El perno fuerza los dientes de la empalmadora, que son aserrados y muerden directamente en el cable, asegurándolo. Cuando hayamos hecho la unión con el cable del Sikorsky, tendremos que cortar los cables, que van al motor del ascensor. Pero antes habrá que envolver la unión del cable definitivo con alambre para evitar que se suelte. Si el empalme no resiste, el juego habrá terminado.

Burleigh extrajo a continuación un pequeño emisor transmisor del bolsillo, extendió la antena y habló por el aparato.

—Helicóptero Dos del Aeropuerto, adelante.

—Le oigo perfectamente, Tex. ¿Dónde demonios está usted?

Burleigh hizo un gesto a Douglas y dijo:

—Hágale unas señas con la linterna.

Douglas salió de entre el armazón del cobertizo y empezó a mover la linterna. Entonces sintió que resbalaba en el piso y golpeó con los pies para afirmarlos. Apagó y encendió sucesivamente el foco, y lo agitó de delante hacia atrás. El Sikorsky giró mediante sus

rotores unos treinta grados y avanzó descendiendo poco a poco, mientras su grueso cable se inclinaba hacia atrás por la fuerza del viento.

—Alto, ahí está bien —ordenó Burleigh por el transmisor—. Ahora suelten tres metros de cable.

Por encima, el cabrestante del helicóptero produjo un zumbido agudo, mientras el cable descendía con lentitud. Azotó el suelo de la terraza una vez y se estabilizó. Burleigh arrojó a Douglas un grueso trapo de mecánico.

—Cójalo con eso —le dijo—. No utilice las manos directamente, pues se las cortaría en trozos.

Douglas cogió el extremo del cable con la mano envuelta en el trapo, y lo sostuvo sobre el hueco que se abría a sus pies. El cable continuó descendiendo.

—Basta. Manténganlo ahí para hacer el empalme —dijo Burleigh, y deslizó el transmisor en su bolsillo.

Luego recogió la llave y echó una mirada a su alrededor en busca de una de las barras de empalme.

—¡Eh! ¿Dónde demonios…? —empezó a decir Burleigh.

Douglas iluminó hacia el suelo y pudo verse que sólo quedaban dos de las barras.

El corpulento hombre había resbalado un momento sobre el piso, recordó Burleigh. Entonces probablemente golpeó una de las barras y la hizo caer sobre el borde. Douglas también se dio cuenta de eso en el mismo momento, y se mostró tremendamente apesadumbrado.

—¡Dios santo, yo no quería…! —murmuró.

—Bueno, olvídelo —manifestó Burleigh—. Ya le dije que una sola barra aguantaría.

Tomó, pues, una de las barras de empalme y agregó:

—Vamos, ahora cójame por los tobillos. Voy a inclinarme sobre uno de los cilindros. Cuando se lo diga, acérqueme el cable del helicóptero.

Douglas buscó un punto de apoyo y aferró a Burleigh por los tobillos. Éste se inclinó hacia fuera, sobre la abertura del pozo del ascensor. El viento le azotó el rostro, sacudiéndole la gorra de fajina, que se desprendió de su cabeza y cayó al vacío. El cable del ascensor estaba cubierto por una delgada capa de hielo resbaladizo. Durante unos segundos, Burleigh creyó que las manos se le iban a quedar pegadas al gélido metal. Acercó el extremo abierto de la barra de empalme y la aseguró al cable. Luego insertó el perno y comenzó a apretarlo mediante la llave inglesa. Los copos de nieve se deshacían en sus manos, volviendo escurridiza su piel. De pronto notó que la llave inglesa se le deslizaba de la diestra. La aferró con la izquierda, pero entonces advirtió que la barra de empalme se le escapaba y descendía cable abajo.

Burleigh se retorció hacia atrás y tomó asiento en el borde de la azotea, jadeando con fuerza.

—Bien, amigo —dijo al fin—. Ése ha sido el primer intento. Ahora viene el último, y tenemos que conseguirlo.

Burleigh se inclinó de nuevo sobre el agujero, sujeto una vez más por Douglas. Aquel hombre era mucho más fuerte de lo que había creído, se dijo Burleigh. Quizá estaba sufriendo mucho con el frío, asimismo, pero no decía absolutamente nada.

Otra vez pasó Burleigh la abertura de la barra de empalme en torno al cable. Lentamente, procedió a ajustar el perno, y estuvo a punto de que se le escapara la llave inglesa de la mano otra vez. Al fin, los dientes de la pieza mordieron en el cable. Calculó el punto en que debía cortar, y envolvió la sección de cable, a cada extremo del proyectado corte, con alambre de acero. Con la llave inglesa, apretó el torniquete metálico, y luego gritó:

—¡Alcánceme el cable del helicóptero!

Douglas empujó con un pie el cable, que se desenroscó, cayendo junto al rostro de Burleigh. Aquélla era la parte más difícil, se dijo Burleigh. El cable tenía que ser sujetado al otro extremo de la barra de empalme que no se abría. El helado cable del helicóptero se

estremecía en sus manos, y Burleigh pudo sentir incluso, en el cable, la vibración de los motores del aparato. Desde éste habían soltado cable suficiente como para que las oscilaciones del helicóptero provocadas por el viento no creasen grandes dificultades. Burleigh buscó el extremo del cable, y después de dos intentos fallidos consiguió pasarlo formando una *U* a través de la otra extremidad de la barra de empalme. Luego ajustó el segundo perno hasta que fue a morder en el cable del helicóptero.

Burleigh retrocedió hasta descansar de nuevo en el suelo de la azotea, sonrió con gesto de triunfo a Douglas, y extrajo su transmisor.

—Está bien —dijo—; vayan cobrando cable lentamente, muy lentamente, para tensar lo que está suelto.

Aguardó a que el cable quedara en tensión, y agregó:

—Bueno, manténganlo ahí para que la cabina no se deslice demasiado cuando corte el cable antiguo.

Entonces Burleigh se colocó unas gafas protectoras, cogió uno de los sopletes de combustible sólido y gritó a Douglas:

—¡Esto es peligroso! ¡Retroceda un poco!

Tiró del seguro, luego del alambre de ignición y apuntó con la boquilla hacia el exterior del edificio. El soplete se encendió con un violento soplido, y lanzó una llamarada de unos treinta centímetros de largo, que chisporroteó y despidió una densa nube blanquecina. Burleigh se desplazó en torno a la abertura del pozo del ascensor, a fin de acercarse al cable que no había sido empalmado. La llama del soplete fue cortando lentamente el cable, entre una lluvia de chispas. Cuando el cable se partió, produjo un sonido similar al de un petardo y azotó a su alrededor, como una serpiente furiosa.

El corte del último cable resultó más fácil. Las hebras metálicas se enrojecieron, luego se volvieron blancas y después se deshicieron en una cascada de chispas. Al cortarse el cable, el otro que estaba por encima, el del helicóptero, vibró con fuerza al tensarse ante el peso que soportaba ahora.

—Ya está listo, aquí abajo. Empiecen a izar. Cuando les diga, avancen hacia fuera y arriba. Hagan lo que hagan, no golpeen la cabina del ascensor contra la pared del edificio.

Hizo una señal a Douglas para que retrocediera hacia el centro de la azotea, pues no era necesario correr más riesgos. El Sikorsky iba izando la cabina lentamente, a lo largo de la pared externa del núcleo de servicios del rascacielos. Había que izar irnos cien metros de cable, y la maniobra era lenta. Ahora alcanzaron a escuchar un fuerte roce, que fue acercándose poco a poco, hasta sonar muy próximo. Burleigh miró por encima del borde del edificio y vio que el techo del ascensor se aproximaba al nivel del piso inmediatamente inferior. Aquél era habitualmente el fin del viaje del ascensor, en circunstancias normales.

Empuñó otra vez el transmisor y dijo:

—¡Atención, apártense ahora!

Burleigh retrocedió hasta donde se hallaba Douglas. El helicóptero empezó a alejarse del edificio, y de pronto pudo verse la cabina, ya libre, que oscilaba de un lado a otro a impulsos del viento. Enseguida, al haberse izado más cable desde el aparato, el balanceo se hizo más moderado.

—En sus manos queda eso —dijo Burleigh al piloto, e hizo una señal con la linterna.

El Sikorsky fue virando lentamente, hasta que inició de nuevo el descenso sobre el techo del edificio, y por último depositó la cabina del ascensor en la azotea, cerca de un UH-1 que acababa de aterrizar.

Douglas comenzó de improviso a reírse a carcajadas, mientras golpeaba a Burleigh en la espalda.

—Vaya, lo hemos conseguido —manifestó Burleigh, con gran flema, dándose cuenta de pronto del sudor que le inundaba las axilas.

—¿Acaso lo dudaba? —dijo Douglas.

—Amigo, eso es algo que jamás voy a decir a nadie, aunque sea en mi lecho de muerte —aseguró Burleigh, con vehemencia.

Enseguida echó a correr hacia la cabina mientras gritaba a Douglas:

—¡Vamos allá! ¡Tenemos que ayudar a sacar a esa gente de ahí dentro!

66

Reinaba el silencio, en medio de la oscuridad de la cabina del ascensor. Sólo se escuchaban algunos sollozos contenidos. Leroux tardó un momento en darse cuenta de que quien lloraba era un hombre, el mismo individuo corpulento que se había mostrado tan agresivo poco antes. Leroux se estremeció. Fuera, la nieve helada se adhería a los cristales de la cabina, y le parecía que el frío penetraba a través de su delgado *smoking*. Alguien se apretaba contra él, y por la tenue fragancia que exhalaba se dio cuenta de que era Thelma.

—¿Qué va a pasar, Wyn? —preguntó ella.

Leroux la acarició suavemente y le besó una mejilla.

—No lo sé —contestó él—. Quedarnos colgados aquí, por el momento.

Ella bajó la voz e inquirió:

—No tenemos demasiadas probabilidades, ¿no es cierto?

Con voz levemente disgustada, repuso Leroux:

—Sé muy bien lo que pueden aguantar los cables, Thelma. Si creyera que el ascensor iba a caer, no hubiese tratado de infundir confianza a la gente. Todo el mundo debe tener ocasión de ponerse en paz con Dios, en esos casos, sin necesidad de que yo me entrometa en ello.

Pudo notar que la tensión aflojaba los músculos de Thelma, y pensó que el Todopoderoso debía perdonarle por aquella mentira piadosa. Thelma tenía razón. Las posibilidades eran muy escasas.

El fuerte viento reinante empujó de pronto la cabina separándola de la pared, y luego la dejó caer de nuevo contra el hormigón. Con el movimiento, se retorcieron un poco los cables y la cabina golpeó algo de costado contra el muro. Uno de los cristales del ascensor se rompió, y una mujer que estaba al lado fue despedida hacia dentro, en medio de un clamor de gritos de espanto. Leroux sintió crecer la tensión. La cabina no podría aguantar mucho en aquellas circunstancias, y menos aún los cables, de los que ya debían de quedar pocos.

—¡Escuchen! —gritó alguien.

Se oían fuertes golpeteos desde arriba, y al forzar la vista Leroux pudo ver, poco después, que caían algunos escombros ante las paredes de la cabina. Durante un momento se sintió perplejo. Parecían placas de aluminio y trozos de viga de hierro delgada. De pronto recordó el cobertizo del ascensor panorámico, en lo alto del rascacielos. Dios santo, si estuviera viniéndose abajo…

Leroux notó que la mano de Thelma, se aferraba a su brazo.

—¿Qué ocurre, Wyn? —inquirió ella.

Leroux inclinó la cabeza, y entonces percibió un sonido. Era un *plop, plop, plop* que resonaba allá arriba. No se trataba de los helicópteros ligeros que había visto minutos antes, sino de un gigante, tal vez un Sikorsky F-106 que ya habían empleado para subir equipo pesado hasta el restaurante, cuando se terminaba la construcción del edificio. Barton debía haber tenido esa idea. Probablemente pensaban empalmar el cable y sacarlos de allí.

—¡Atención, escúchenme todos! —exclamó—. Han traído un helicóptero grúa, y creo que van a emplearlo para sacarnos de aquí. La cabina puede recibir golpes, y por lo tanto sugiero que nos tendamos en el suelo.

—¿Qué demonios sabe usted? —dijo el grueso individuo, reaccionando de pronto—. ¡Ni siquiera ha sabido lo que iba a pasar con su propio edificio!

Los demás pasajeros habían comenzado a tenderse en el suelo.

—Oiga, aparte la rodilla —dijo alguien; pero al fin todos quedaron echados, menos el hombrón, que aún de pie se aferraba a un saliente de la cabina.

—¡Tiéndase! —le advirtió Leroux—. Esta cabina va a golpear contra la pared al menos una docena de veces, antes de que nos suban hasta arriba.

—¡Váyase al infierno! —dijo el otro.

No podía llegar hasta él, pensó Leroux, ni podía obligarle a echarse en el piso.

—Haga lo que le parezca —repuso Leroux.

Éste y su mujer estaban echados juntos, y de pronto él la rodeó con un brazo y la acercó más aún. Saldrían con bien o no, pero en este último caso quería sentir el cuerpo de Thelma contra él, por última vez.

—Escucha —susurró Thelma.

Los cables zumbaban a impulsos del viento. De pronto uno de ellos cayó más abajo de la cabina. El ascensor bajó medio palmo y Leroux aferró con mayor fuerza a su esposa. Un segundo cable chasqueó al pasar ante la cabina, y desapareció en la noche.

—El siguiente será el último que corten —dijo Leroux, quedamente, a Thelma—. Recemos para que el empalme sea eficaz.

Se partió el último cable, y la cabina descendió un palmo. Una mujer, de entre las personas que estaban tendidas en el suelo, lanzó un grito ahogado. El ascensor se balanceó de modo alarmante por un momento, y luego comenzó a ascender muy despacio por la pared del edificio. Se escuchaban fuertes roces y golpes, y Leroux sintió que el corazón le latía sin control. Aquello no duraría mucho, se dijo. ¡Qué increíble ironía, si en el último momento…! No, no debía pensar en eso.

Al llegar a la altura de la planta de servicios pudieron ver salir las rojizas llamas. Enseguida, la cabina se separó del rascacielos y les pareció que flotaban sobre la ciudad, envueltos en el sudario de nieve y acunados por el viento. Una ráfaga muy fuerte provocó un

balanceo que aumentó perceptiblemente la inclinación del piso del ascensor. Leroux imaginó lo que podía suceder, y gritó:

—¡Al suelo, al suelo!

La cabina empezaba a oscilar de vuelta, y aún estaban cerca del edificio. Se produjo un choque, un estallido de cristales rotos, y casi al instante un alarido, que se perdió rápidamente en la oscuridad. Alguien gritó:

—¡Me he cortado!

El viento helado entró con más fuerza en el ascensor, y Leroux comprendió lo que había pasado.

Al golpear de nuevo la cabina contra la pared, se había roto el vidrio contra el cual se apoyaba el hombre corpulento, y éste se había precipitado en el vacío.

Leroux cerró los ojos y susurró quedamente:

—¡Oh, Dios mío!

Luego la cabina se estabilizó. Se notaba que ascendía llevada por el helicóptero, y que el balanceo iba disminuyendo conforme parecían situarse por encima de la azotea. Luego pudo apreciarse un lento movimiento de descenso. Leroux estaba agotado; excesivamente agotado, para mirar, siquiera.

Un momento más tarde la cabina se posó con violencia sobre la azotea. Leroux fue lanzado hacia delante por el impacto; su cabeza chocó contra la pared del ascensor, y por un momento quedó atontado. Luego reinó el silencio, sólo interrumpido por el sonido del viento.

Estaban a salvo, se dijo. A salvo.

Oyó que algunos hombres hablaban fuera, y notó que retiraban los restos de los cristales de una de las paredes de vidrio. Luego quienes se hallaban en el interior se pusieron trabajosamente en pie, y unas manos vigorosas les ayudaron a salir de la cabina.

—Nos hemos salvado, Wyn —musitó Thelma, y de pronto se echó a llorar.

Leroux la rodeó con los brazos un momento, y luego atravesaron la destrozada pared de la cabina. La mente del hombre ya estaba ocupada con otras cosas.

Se encontraban por fin a salvo. Todos menos él. En la calle, allá abajo, estarían los periodistas y los inspectores del Departamento de Incendios, e incluso alguna comisión, tal vez, llegada en avión desde Washington.

Todos a salvo, pensó de nuevo.

Todos menos él.

67

Barton aún estaba colocándose el traje aluminizado de protección, cuando el UH-1 de rescate aterrizó en la plaza para descargar más evacuados de la azotea. Infantino ya se había puesto el traje, y estaba impaciente, esperando a que Barton terminase.

—¿Se sabe algo más del Sikorsky? —preguntó Barton.

—Sólo que Burleigh está trabajando en el enganche. Para cuando lleguemos allá arriba, tal vez se nos hayan adelantado con el ascensor. Una cosa es segura; no podemos hacer estallar estas cargas habiendo gente sobre el techo. A ver, déjeme ayudarle con el respirador.

Infantino se colocó detrás de Barton y le sujetó el correaje.

—¿Ha ordenado a sus hombres que se retiren de los pozos de las escaleras?

—Los pisos superiores ya están desalojados. Creo que no necesitamos preocuparnos por los inferiores.

—¿Y respecto a las calles, aquí abajo?

—Se han dado órdenes oportunas a la policía —repuso Infantino, frunciendo el ceño—. De todas formas, pienso que no debiera dejarle continuar con este asunto.

—¿Dispone de alguien más que sepa manejar explosivos, y conozca a la vez el rascacielos?

El copiloto del UH-1 que estaba aguardando, llegó corriendo y dijo:

—Ya van bajando todos, menos los que se hallaban en el ascensor. ¿Están ustedes dispuestos?

Barton asintió con la cabeza. Reconoció al copiloto de cuando realizaba sus actividades en la reserva, durante los fines de semana. Estuvieron en el mismo escuadrón, pero no alcanzaba a recordar el nombre del otro. Sí se acordaba de que le había ganado treinta dólares en una partida de póquer, una noche; pero había olvidado su nombre. Barton recogió un pesado saco de lona que contenía las cargas explosivas conectadas con Primacord. Infantino terminó de ajustarse su respirador y luego recogió el otro saco. Cuando se encontraron en la galería de observación, tendrían que conectar los dos artefactos explosivos para que actuasen juntos.

Avanzaron trabajosamente por la plaza en dirección al helicóptero UH-1, que les aguardaba con las aspas batiendo lentamente el aire helado. El copiloto ayudó a infantino y a Barton a subir a la cabina, y luego se aseguró su propio cinturón de seguridad.

El piloto volvió la cabeza brevemente para mirar a Barton y dijo:

—¿Todo bien, capitán? Entonces, allá vamos. Barton asintió con la cabeza y el piloto probó los cuatro pedales estabilizados. Luego examinó la posición de la palanca de mando, de medio metro de largo y con centro en el cuadro de mandos de la izquierda, así como la palanca de giro, situada por encima de él. Hizo una señal al copiloto, que se ocupaba en ese momento de la radio, y movió la palanca. El helicóptero se elevó y quedó cerniéndose un momento, girando lentamente mientras el piloto corregía el impulso rotatorio. Después ascendieron rápidamente en el seno de la oscura noche.

—No puedo descender muy cerca del restaurante —les gritó el piloto—, porque están cargando otro UH-1, y además el Sikorsky está aún arriba. El aire de sus aspas nos haría volcar.

—Trate de hacerlo en el ático —gritó a su vez Barton—. Hay algunos jardinillos que lo separan del Salón de Paseo, y no podrá descender allí. Tendrá que usar el techo del apartamento.

Se volvió hacia Infantino y dijo en tono divertido:

—Ése tenía que haber sido el mejor domicilio de la ciudad. ¿Tiene alguna idea de a quién iban a alquilar ese ático?

—De momento sólo sé que es bueno para una cosa, y después de eso, no creo que valga para mucho —respondió Infantino, algo displicente.

—¡Ya llegamos! —exclamó el piloto.

El helicóptero se deslizó de costado en dirección a la reluciente superficie de la azotea, pasó por encima de otro UH-1 que cargaba gente y luego descendió sobre el pequeño techo del ático, que estaba cubierto de nieve. Infantino y Barton soltaron sus cinturones de seguridad, y Barton empujó la portezuela hacia fuera. Tras salir rápidamente, echó un vistazo al techo del Salón de Paseo, a tiempo de ver cómo el Sikorsky llegaba con la cabina del ascensor balanceándose debajo, y la depositaba lentamente en la azotea. Dos hombres corrieron hacia allí y abrieron las puertas. Salieron algunas personas, que avanzaron hacia el UH-1, que les aguardaba. Varios de ellos tuvieron que ser ayudados.

Incluso a la distancia en que se hallaba, Barton reconoció a Leroux. Su imponente figura y su pelo blanco, iluminados brevemente por las luces del aparato de rescate, eran inconfundibles. Barton vio enseguida, con alivio, que Jenny aparecía detrás de Leroux. Miró justamente hacia donde ellos estaban, preguntándose tal vez quiénes eran y qué hacían. No había posibilidad de que le reconociese, vestido como estaba con el brillante traje aluminizado de aproximación. Barton iba a saludar con el brazo, pero ya Jenny y Leroux habían desaparecido en el interior del UH-1. Otro de estos aparatos se cernía a un lado del edificio para llevarse a las últimas personas que quedaran por rescatar.

Infantino se ocupaba de bajar los sacos del helicóptero que había descendido sobre el ático. Lo último que bajó fue una linterna, que encendió enseguida.

—¿Ya tiene todo? —preguntó Infantino.

—Todo —repuso Barton, y cuando iba a colocarse la máscara del respirador, se detuvo un momento y añadió—: Asegúrese de que el Primacord ajusta en su hueco, bajo las cargas. Éstas tienen que estar niveladas en el suelo y necesitan el espacio posterior para concentrar su poder explosivo.

—Comprendido —manifestó Infantino, ajustándose la mascarilla y haciendo una seña a Barton para que hiciese lo propio.

Hecho esto, Barton notó como si estuviera en un mundo independiente, con su respiración silbando a través de la válvula del respirador. Un duro viento barría el techo, y por un instante el helicóptero se inclinó, aunque volvió a enderezarse.

—¡Tendrán que darse prisa! —gritó el piloto—. No podemos seguir aquí mucho tiempo con este viento.

El copiloto volvió a cerrar la portezuela y el piloto se echó hacia atrás en su asiento. De pronto los rotores se detuvieron. Aquello era una estupidez, se dijo Barton. No debía parar el motor en aquellas circunstancias. Luego oyó el zumbido del arranque, y comprobó que las aspas empezaban a girar de nuevo lentamente. Se había interrumpido el funcionamiento del motor. Bien, aquél era un problema del piloto. Ellos tenían los suyos.

Barton e Infantino recogieron sus pesados sacos de lona y avanzaron por el techo del ático. Sería una barbaridad pretender bajar por la trampilla del restaurante hacia la cocina, se dijo Barton, con sus voluminosas vestimentas y los sacos de explosivos. En cambio, dentro del ático había una escalera que conducía al pasillo de la cocina, y desde allí podía llegarse a la galería de observación. Cruzaron la portezuela de la entrada del techo, y descendieron poco a poco los escalones que llevaban hacia el interior del ático. La puerta del fondo de la escalera estaba cerrada. Infantino manipuló el picaporte, y luego retrocedió y la descerrajó con una patada de su pesada bota.

Permanecieron en la penumbra del apartamento durante unos segundos, tratando de orientarse. El ambiente estaba lleno de

humo, lo cual explicaba por qué los inquilinos del edificio no habían buscado refugio allí. Infantino recorrió lentamente el lugar con su linterna, dejando ver, a través del humo, las paredes recubiertas de madera y los suelos de *parquet*. A semejanza de otros pisos superiores del edificio, el ático no estaba terminado, y en el interior reinaba una confusión de materiales de construcción y accesorios apilados contra las paredes.

Infantino localizó con la linterna las escaleras y empezó a bajar por ellas. De pronto Barton le tocó un hombro y le hizo una señal para que se detuviera. Permanecieron un momento escuchando y notando las vibraciones con los pies. Aparte del lejano aullido del viento, no había ruido alguno ni sensación de vida, en el edificio. Aun con el aislamiento del piso, tenía que haber cierta impresión vital, pues no se podía eliminar completamente las vibraciones de la poderosa maquinaria, se dijo Barton.

Pero no había el menor ruido, ni vibración alguna ni sensación de energía y vida como las que habían dominado poco antes en el edificio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Infantino, con la voz velada por la mascarilla.

Barton movió negativamente la cabeza.

—No, nada. Sigamos adelante.

Descendieron por los alfombrados peldaños que llevaban hasta el pasillo de la cocina, y luego bajaron por otra escalera hacia la galería de observación. Allí el humo era muy denso y apenas si podían ver algo. Al abandonar el pie de la escalera, tropezaron con los dos cuerpos. Un hombre y una mujer; un matrimonio, probablemente. Ella tenía puesto un grueso abrigo de pieles, y él llevaba en torno a la cabeza y los hombros un mantel. Barton pensó que serían dos de los inquilinos, que después de estar en la azotea habrían cambiado de parecer, antes de que se hubiesen presentado los helicópteros. Sin duda trataron de volver hacia atrás y murieron asfixiados por el humo al pie de la escalera. Barton se quitó un guante y se arrodilló

para tomarles el pulso. Nada. Miró a Infantino, que movió negativamente la cabeza y señaló los sacos. Barton se puso en pie y pasaron por encima de los cadáveres.

En la galería de observación el aire era algo más fresco, aun cuando el humo era igualmente denso. Barton descargó el saco que llevaba en los hombros, e Infantino hizo lo propio. Barton tomó la iniciativa para colocar las cargas, y buscó la esquina que había elegido observando los planos de Shevelson. Situó debidamente la primera carga y midió cuidadosamente la distancia para colocar la segunda carga. Una vez colocadas las dos en su lugar, sólo era necesario tender el Primacord para situar las demás cargas. Infantino avanzó hasta depositar sus cargas en el extremo opuesto de la estancia. Barton hizo un rápido examen para asegurarse de que todas las cargas estaban levantadas, en sus manguitos de posición, y tendió el Primacord desde los explosivos de Infantino hasta los suyos. Habían dejado aparte tres cargas. Después desenrolló el Primacord hacia la habitación central. Infantino abrió la puerta, y una vez en el interior de la estancia, Barton colocó otra carga en la base del tanque de freón, y las dos restantes bajo los depósitos de agua.

Concluido esto. Barton hizo una seña a Infantino, y regresaron a la galería de observación. Barton conectó un detonador en uno de los cables de Primacord, e insertó una mecha para explosión retardada. Extrajo luego unos alicates del saco de lona y ajustó el blando manguito de cobre del detonador a la mecha. Cuando las cargas hubieran hecho explosión, era muy posible que todo el piso se viniera abajo, con lo cual el agua y el freón se extenderían por la planta inmediatamente inferior. Con un poco de suerte, el fuego se apagaría en los pisos adyacentes.

Por un momento, Barton no pudo encontrar el mechero de gas, en el fondo del saco de lona, y rebuscó frenéticamente. Al fin lo halló en una esquina de la bolsa. Lo oprimió con el pulgar hasta que surgió la llama, que comunicó a la mecha. Ésta chisporroteó, y luego

se encendió con fuerza. Barton e Infantino echaron a correr hacia la escalera, y segundos más tarde llegaban al ático, donde, sin detenerse, ascendieron hasta el techo del mismo.

Fuera les aguardaba el UH-1, cuyo copiloto se hallaba de pie junto a la portezuela. Las aspas giraban en el fuerte viento, y el aparato se balanceaba levemente. Barton se quitó la mascarilla y trepó con rapidez al helicóptero.

—Quedan unos cincuenta segundos —dijo—. ¡Vámonos!

Infantino le siguió, y ambos se ajustaron los cinturones de seguridad.

El piloto empuñó la palanca de mando y aumentó las revoluciones. Entonces se escuchó un ruido extraño, y el motor se detuvo, con lo que las aspas fueron perdiendo velocidad.

—Debe haber entrado agua en el arranque —dijo el piloto con un gruñido, y oprimió el arranque del motor, que tosió pero sin ponerse en marcha.

—¡Tenemos sólo treinta segundos antes de que estalle el infierno! —exclamó Barton.

—¡Hago todo lo que puedo, capitán!

La capa de sudor que cubría el rostro del piloto relució a la luz de los instrumentos del tablero de mando. Hizo un nuevo intento, y Barton suspiró aliviado, al notar que el motor arrancaba y las aspas iniciaban su danza acelerada impulsadas por el rotor. El helicóptero se estremeció al enfrentarse al viento, se alzó un par de metros y giró lentamente. Luego una ráfaga de viento lo levantó con rapidez. La cabina giró y se niveló cuando el piloto pisó los pedales estabilizadores. Un momento después, se hallaban a unos cuatrocientos metros de distancia de la Casa de Cristal, en dirección al este.

Barton echó un vistazo hacia atrás. En ese instante, las cargas de plástico unidas por las conexiones de Primacord, estallaron simultáneamente. La galería de observación se llenó de fuego y remolinos de humo. Las ventanas de los costados de la galería

estallaron repentinamente y los trozos de vidrio cayeron hacia la calle. La azotea se curvó levemente hacia arriba, debido a la onda expansiva, y luego se hundió en el centro, a lo largo de la línea que bordeaba los jardinillos. Placas de aluminio de la fachada saltaron hacia fuera, desgajándose del armazón de acero.

En el interior del edificio el suelo de hormigón de la galería de observación retumbó y se resquebrajó, desplomándose con sus vigas de sostén. Enormes cantidades de escombros cayeron sobre el cuarto de máquinas, situado debajo. Nubes de vapor y de freón vaporizado a medias escaparon por los ventanales rotos, a consecuencia de la presión interior provocada por la caída de amplios sectores de suelo. El incendio que dominaba la sala de máquinas se extinguió instantáneamente. La masa de hormigón que se desplomaba, y el diluvio de miles de litros de agua que cayeron después, destrozaron a su vez algunas partes del piso de aquella sala, que se hundió por el centro. El agua y el freón fluyeron como una cascada por el gran orificio, para inundar la planta situada debajo, extinguiendo las llamas y cayendo luego por los pozos de las escaleras y de los ascensores.

Todo concluyó en quince segundos. En el interior del helicóptero, Infantino y Barton observaron el cataclismo en silencio. Barton se sintió enfermo de pronto. El rascacielos parecía como si una gigantesca garra hubiera caído sobre él, destrozando su piel y sus músculos, y dañando lo más hondo de sus órganos vitales.

Aquélla había sido su criatura, pensó Barton. Él la había creado en el tablero de dibujo, y luego se la entregó a Leroux, que se encargó de criarla.

Y ahora acababa de darle muerte.

68

El UH-1 bajó despacio sobre la plaza, rebotó suavemente en el pavimento, y el piloto detuvo el motor, con lo que las aspas dejaron de girar.

—Hemos llegado —dijo Infantino.

Barton parpadeó un poco y se quitó el cinturón de seguridad. Se sentía terriblemente cansado; le pesaban los años y tenía necesidad de bañarse y de echarse a dormir. Abrió la puerta del helicóptero y salió al frío de la madrugada. Aún seguían cayendo pequeños copos de nieve, y el viento azotaba las losas de la plaza.

—Todo ha terminado —manifestó Infantino, con calma.

—No, todo, no —repuso Barton, sombríamente.

Un grupo de periodistas y operadores habían rodeado el helicóptero, y avanzaron en cuanto las aspas dejaron de moverse. Los fogonazos de las cámaras iluminaron la noche, y las preguntas cayeron una tras otras sobre Barton e Infantino, aunque el viento se llevaba buena parte de las palabras.

—¡Más tarde! —gritó Barton—. ¡Luego! ¡Aún tenemos mucho que hacer!

Se abrió paso entre la multitud de periodistas, que se volvieron entonces a Infantino.

Ya fuera del círculo de reporteros, Barton notó que alguien se le acercaba y le decía:

—Señor Barton…

Éste miró a su alrededor, dispuesto a rechazar a otro periodista, cuando vio quién le hablaba y se serenó.

—Ah, hola, Dan —dijo—. ¿Qué tal está Griff?

—Los médicos dicen que saldrá adelante —declaró Garfunkel, y señaló hacia otro grupo de reporteros y personas rescatadas que se hallaban a una treintena de metros de distancia—. Su esposa y los Leroux han llegado bien. Están algo trastornados y Leroux tiene un esguince en una muñeca, pero a eso se reduce todo.

—Gracias, Dan —dijo Barton, respirando—. ¿Se ha hecho un recuento de las personas del edificio? ¿Hay todavía algún desaparecido?

—Los bomberos lo examinaron detenidamente piso por piso; ha habido más bajas de las que habíamos supuesto al principio. Son treinta y un muertos por diversas causas, en su mayor parte por quemaduras y por asfixia provocada por el humo. Gracias a Dios, ocurrió al comienzo de unas largas fiestas. Por otra parte, no han encontrado aún a Lex Hughes, uno de los contables de la National Curtainwall, y a pocas personas más. Supongo que los hallarán cuando se retiren los escombros, al final.

Luego, Garfunkel señaló hacia la destrozada escultura de plástico y metal, y agregó:

—Todavía no se ha identificado con certeza a la mujer que cayó ahí, aunque creemos saber de quién se trata.

Un hombre vestido con atuendo conservador se acercó a ellos y les interrumpió, diciendo:

—Señor Barton, me gustaría hablar un momento con usted. Soy Brian, de la International Surety. Nosotros…

—Señor Brian —repuso Barton, lentamente—; usted no necesita hablar conmigo, y a decir verdad, yo no quiero hablar con usted. Ni siquiera estoy seguro de que trabaje ya para la National Curtainwall. El hombre al que usted quiere ver es Wyndom Leroux.

—Pero sólo tardaré…

—Oiga —manifestó Barton, con la voz ronca por el cansancio y el fastidio—, estoy demasiado agotado para ser cortés, de modo que márchese con viento fresco. Vaya a ver a Leroux. Ése es su edificio.

El hombre se le quedó mirando un instante, y se volvió de pronto. Medio andando y medio corriendo se encaminó hacia el grupo algo alejado donde se encontraba Leroux. Barton miró a su alrededor en busca de Infantino, y advirtió que éste se había librado de los periodistas y se dirigía hacia el furgón de comunicaciones mientras iba despojándose de la parte superior de su traje aluminizado.

Buena idea, se dijo Barton, y empezó a abrir los cierres del suyo. En él se sentía como un Papá Noel recubierto de aluminio, que aguardase la llegada de sus renos de acero inoxidable. *Es la mejor estación*, pensó amargamente…

Aquello estaba liquidado, se dijo por su parte Infantino. Las dotaciones seguirían trabajando hasta bien entrada la mañana, pero en su mayor parte serían compañías de rescate. Las demás, en su mayoría, habían terminado su cometido y estaban arrollando las mangueras en el suelo de la plaza. Otros bomberos almacenaban las herramientas y los equipos de respiración, mientras que algunos, en la cantina del sótano, tomaban apresuradamente un vaso de café antes de regresar a su acuartelamiento.

A continuación Infantino se puso en contacto con los jefes de batallón, uno por uno, para hablar con ellos, elogiar su conducta y darles las órdenes finales. El jefe Jorgensen, de Southport, salió del vestíbulo con un vaso de café en una mano y en la otra una golosina que había sisado en el puesto de tabaco.

—Jefe, ¿cómo podremos agradecérselo? —preguntó Infantino a su colega de Southport.

—No se preocupe por eso. Mi ciudad le enviará la cuenta. Y también existe la posibilidad de que les pidamos ayuda a ustedes, algún día.

Se estrecharon las manos y Jorgensen se marchó.

Infantino encontró al capitán Miller en el vestíbulo, y le preguntó por las bajas del Cuerpo. Miller extrajo una libreta de notas del bolsillo y comenzó a enumerar los detalles más penosos. ¿Quién había dicho aquello?, pensó Infantino con tristeza: *Los mejores, los más sencillos…* Gilman, Lencho y otros más.

—¿Qué hay del jefe Fuchs? —preguntó al fin.

Miller movió la cabeza con desaliento y repuso:

—Tiene las dos piernas aplastadas. Probablemente pierda un pulmón. Permanecerá en la unidad de cuidados intensivos para… Bueno, será mejor que pregunte usted a los médicos; aunque no estaban muy seguros cuando hablé con ellos hace unos minutos. Creen que no morirá, pero desde ahora sólo podrá realizar un trabajo burocrático. Nunca se acercará a un incendio.

El viejo Fuchs tenía que haberlo pensado mejor, se dijo Infantino, con amargura. Pero de haberle ocurrido a él, y tratándose de un hijo…, ¿quién sabe?

—¿Y el joven Fuchs?

—Heridas sin importancia. Tal vez le tengan un día, y luego le dejen marchar —dijo Miller, y añadió maquinalmente—: un buen elemento, a propósito.

—Sí, ya lo sé. Todo lo aprendió de su padre.

Se presentó en ese momento un ayudante del departamento que entregó una nota a Infantino. La leyó despacio, dio las gracias al hombre y salió a la plaza. Su coche estaba detenido junto a la acera. Se quitó el casco de seguridad y se secó la frente, preguntándose cómo habría conseguido su esposa trasponer la línea de policías. Entonces advirtió que Doris estaba también en el coche, que conducía uno de los bomberos reclutas. Se aproximó al automóvil, y cuando ella lo vio bajó el cristal de la ventanilla.

—Debieras estar en casa, durmiendo —dijo Infantino suavemente, mientras la devoraba con la vista.

—Y tú también —repuso Doris.

—Aún hay que solucionar algunas cosillas por aquí, pero creo que podrán arreglarse sin mi ayuda. ¿Preocupada?

—No mucho —contestó ella, pero Infantino se dio cuenta de que mentía.

Él tendió un brazo por la ventanilla y le oprimió una mano. Luego abrió la puerta trasera y tomó asiento atrás. Doris se le reunió enseguida.

—¿Tienes algo de comida en casa?

—Hay un bistec en la nevera.

—Con eso bastará —dijo él, quedamente—. Eso es lo que necesito.

Después, localizó de improviso a Barton, que cruzaba la calle. Bajó el cristal y gritó:

—¡Eh, Craig! ¿Puedo verle cuando quede libre?

—¡Enseguida vuelvo! —replicó Barton.

Infantino se reclinó en el respaldo del asiento y manifestó:

—Dios santo, qué cansado estoy…

Luego se apoyó en el cálido cuerpo de su mujer, y se adormeció unos minutos. Doris le rodeó con un brazo y permaneció inmóvil, aun cuando la postura era bastante incómoda para ella. Le acarició maquinalmente los cabellos mientras observaba a los bomberos que con aire cansado enrollaban las mangueras en la plaza. Concluido el trabajo, trepaban a sus respectivos camiones y se alejaban calle abajo. Una ambulancia y otros vehículos que había delante llamaron la atención de Doris, que los observó con curiosidad un momento. Una mujer de la limpieza, a juzgar por su vestimenta, era introducida en la ambulancia mientras un hombre corpulento, de algo más de cuarenta años, y un muchacho muy joven, observaban la operación. Se preguntó con indolencia si aquellas personas serían parientes…

Cuando cerraron las puertas de la ambulancia, Douglas se volvió hacia Jesús y dijo:

—No te preocupes, se pondrá bien. Un poco de humo y una torcedura. Le darán de alta en un par de días.

—Sí, ya lo sé —dijo Jesús, sin mirar a Douglas a los ojos, y mientras comenzaba a temblar de nuevo.

—¿Vienes con nosotros, chico? —le preguntó el conductor, desde el asiento delantero.

—¡Voy enseguida! —contestó Jesús.

Luego se volvió hacia Douglas y de pronto le miró directamente a la cara.

—Oiga, ¿por qué no viene usted con nosotros? Mi madre se alegrará, y yo también.

—Me gustaría hacerlo, pero no puedo. Tengo que ver a alguien.

La mirada de Jesús se desvió otra vez.

—Claro, comprendo.

Permanecieron un momento en silencio. Jesús parecía pequeño y frágil en el viejo y ancho impermeable que le había dejado un bombero.

—La calle es un mal sitio para una persona —dijo Douglas, por fin—. No es asunto de mi incumbencia, pero me gustaría que te alejaras de esos lugares.

—¡Sí, es asunto suyo, hombre! —Aseguró Jesús, con vehemencia —. Está bien, está bien, lo intentaré.

—Conozco gente que probablemente pueda ofrecerte un empleo… —comenzó a decir Douglas.

—Se ha portado usted magníficamente —dijo Jesús, interrumpiéndole, y le tendió la mano.

Douglas, con gesto ausente, le cogió la mano. Luego se la estrechó con firmeza. A continuación, Jesús se encaminó hacia la ambulancia, y cuando iba a subir se volvió y gritó:

—¡Cuídese bien, gordito!

—¡Conozco a un peletero que necesita un ayudante en su tienda! —repuso Douglas.

Jesús se detuvo con el cuerpo medio fuera de la ambulancia. Douglas pudo advertir que volvían al muchacho los síntomas de la falta de droga, una vez que la agitación vivida había pasado. Jesús procuró sonreír y dijo con mirada alegre:

—¿Es cierto eso? ¡Yo distingo una piel de zorro de una de conejo a treinta metros de distancia! ¡Le veré mañana! ¡No, el lunes, y la próxima vez, llamaré antes de entrar!

—¡Te esperaré!

El conductor tiró de Jesús, y la ambulancia se alejó velozmente.

Douglas agitó un brazo y observó cómo el vehículo iba desapareciendo a lo lejos. No, no sería el lunes, pensó. Aquel muchacho buscaría de nuevo una dosis. ¿Tal vez dentro de una semana, o de un mes? Se volvió para marcharse, y miró de nuevo hacia la lejana ambulancia. No resultaba fácil. No podía volverse así la espalda, y abandonar a alguien. Él conocía a médicos, a asistentes sociales que podrían llevar a Jesús a un establecimiento, para el tratamiento con metadona, o a un sanatorio. Lo que Jesús necesitaba era alguien que se preocupara de él.

Sonrió para sus adentros. Interés, ése era el principal requisito para un padre adoptivo. Todo lo demás, no tenía importancia.

Luego, la excitación y la euforia se esfumaron, y de pronto se dio cuenta de que estaba solo, solo con los desastres gemelos de una bancarrota en los negocios y el fin de una relación sin la cual no estaba seguro de poder sobrevivir. Esto no era cierto, pues resultaba evidente que podría subsistir sin esa relación, pero cabía preguntarse si valdría la pena seguir viviendo en esas condiciones.

Douglas avanzó lentamente por la plaza, pisando la maraña de mangueras que aún quedaban. De modo inconsciente, dio un gran rodeo para no pasar cerca de la escultura de plástico y metal.

—¡Ian! ¡Ian Douglas!

Éste se volvió. Larry venía corriendo hacia él, y la sonrisa de su rostro era de intenso alivio. Al momento estuvo a su lado y le dio un abrazo.

—¡Cielos, Ian, me han contado todo lo ocurrido! ¡Me dijeron lo que has hecho!

Douglas contuvo el aliento y luego manifestó con tristeza:

—No, no te lo han contado todo.

Entonces explicó lo que había estado a punto de hacer en la tienda, y que la firma se hallaba en bancarrota.

Larry se mostró desconcertado y declaró:

—Ian, no había necesidad de hacer eso. En primer lugar, se habría tomado alguna previsión especial, para no ir a la bancarrota.

Tenía que decirlo, pensó Douglas; aunque fuera en el centro de la plaza, tenía que decirlo.

—Mira, Larry, me estoy volviendo viejo. Resulta duro de admitir; creo que a nadie le gusta admitirlo. Es natural que tú… bueno, que te intereses por otra persona.

Larry pareció extrañarse de nuevo.

—Ian, no te comprendo. No sé de qué demonios me estás hablando —dijo.

—Te vi en aquella comida —empezó a decir Douglas—. Bueno, no es asunto de mi incumbencia, pero…

—Te refieres a Mitch —dijo al fin Larry—. El que comía conmigo en Belcher, el otro día. Ése es un viejo amigo… *amigo*, Ian. Es un hombre felizmente casado y tiene cuatro hijos. Administra una cadena de hoteles de carretera y hablábamos sobre un contrato de decoración para el Medio Oeste.

De pronto dio una palmada en un hombro de Douglas y añadió:

—¡Y lo hemos conseguido, Ian! ¡Aunque no hagamos nada más en los dos próximos años, ganaremos una fortuna! Escucha, Ian —prosiguió, calmándose un poco—; hasta ahora, tú has llevado siempre el peso del negocio. He creído conveniente poner también algo de mi parte.

—Me habría gustado que lo hubieses dicho —afirmó Douglas, un poco resentido.

—¿Me recriminas que quisiera darte una sorpresa, Ian? —dijo Larry.

—No, claro que no —repuso Douglas, sonriendo.

De pronto recordó algo, y tras meter la mano en un bolsillo, extrajo la figurilla del grabado.

—Traté de salvar el grabado, *La minotauromaquia*, pero no pude. Sin embargo, conseguí salvar esto. Siempre me gustó, y es único en su especie.

Larry miró la figurilla y le dio vueltas entre las manos un momento, acariciándola.

—La única en su especie… —repitió.

De pronto miró a Douglas y agregó:

—Ian, ¿por qué has dudado de mí?

—Celos, tal vez —admitió Douglas, y miró hacia otro lado—. Creo que me estoy volviendo viejo.

Su amigo le rodeó los hombros con un brazo.

—Ian —dijo suavemente—, tengo una cosa interesante que decirte. No conozco a nadie que se esté volviendo joven. Vamos, el coche está por aquí.

Larry había estacionado justo delante del llamativo Mustang de Jernigan, que tenía una amplia raya azul de carrera. Douglas habría reconocido el coche en cualquier sitio. La mujer de Jernigan estaba sentada al volante. Douglas apenas la conocía, pero la saludó con la cabeza cuando pasó a su lado. Luego, vio a Jernigan, que avanzaba hacia su automóvil en compañía de Garfunkel…

—Ha sido una noche agitada —manifestó Garfunkel—. Ya no hay demasiadas cosas que podamos hacer por aquí, así que vete a casa con tu mujer.

—Gracias, Dan —respondió Jernigan—. ¿Seguro que no necesitarás mi ayuda?

—Estoy seguro —afirmó Garfunkel, y tras una pausa, añadió—: Hay algo que quiero preguntarte. ¿Alguna vez jugaste al *rugby* como profesional?

—No, ¿por qué lo preguntas? —dijo Jernigan, con gesto de extrañeza.

—Porque me he enterado del modo como has recogido al niño, y pensé que tendrías alguna experiencia en ese juego.

—Lamento decepcionarte, Dan. Puede que lo pareciese, pero lo único que he cogido bien en mi vida han sido constipados.

Permanecieron indecisos junto al coche, un momento; Jernigan esperaba que Garfunkel le dijera algo más. Este último desprendió un fragmento de barro que se había adherido a la puerta, y manifestó:

—Oye, esa mujer que trabaja con Marnie, tu esposa, ¿es una persona agradable? Quiero decir que no necesita ser despampanante, ni mucho menos. ¿Sabes?, me estoy volviendo un tanto añoso, y lo noto.

Jernigan sonrió y repuso:

—Marnie le ha hablado mucho de ti. Creo que vais a simpatizar. Y no te enfades por lo que diga Leroy. Imagino que no cenaremos hasta primeras horas de la noche, de modo que tendrás tiempo para echar una siesta, antes de venir a casa.

Tendió un brazo Jernigan y apretó por el hombro a Garfunkel, mientras agregaba:

—Marnie es una excelente cocinera, amigo. ¡No te lo pierdas!

Jernigan abrió la puerta del coche y se acomodó en el asiento de la derecha.

—Tú conduces, Marnie —dijo a su mujer—. Yo estoy deslomado.

—Me lo suponía. Oye, ¿de qué estabais hablando tú y Garfunkel?

—Lo siento, debí decírtelo enseguida. Tienes una persona más a cenar esta noche. El señor Garfunkel nos concede el placer de acompañarnos. Y no te compliques la vida con la cocina, pues creo que lo que desea en realidad es conocer a tu amiga.

Marnie lanzó un suspiro y puso el coche en marcha.

—Con eso son tres personas más a cenar —dijo.

—¿Tres? —inquirió Jernigan, reanimándose, pues comenzaba a adormecerse—. ¿Qué quieres decir?

—Jimmy y su mujer fueron desalojados. Se presentaron con todo su equipaje, y él dijo que estaba dispuesto a olvidar la antipatía que te tiene, y que nos honraría con su presencia.

—Eso es lo que me faltaba —declaró Jernigan, cansado—. ¿Dónde demonios vas a ponerlos?

—Ya encontraré algún lugar.

—Cualquier lugar, mientras no terminen durmiendo en nuestra cama.

—No es probable —contestó Marnie, riéndose.

—En tal caso me importa poco dónde se queden.

Jernigan bostezó, se apoyó en su mujer y se quedó inmediatamente dormido.

Marnie puso en marcha el coche, que avanzó despacio por la calle, mientras hacía sonar brevemente el claxon al pasar junto a Garfunkel, el cual se dirigía a la entrada del edificio. Garfunkel se volvió, agitó una mano y luego descendió los escalones hacia el vestíbulo inferior…

Garfunkel se sirvió un vaso de café, al que agregó crema y dos cucharadas de azúcar, mientras observaba a su alrededor por la cantina, en busca de un lugar para sentarse. La mayor parte de las mesas estaban ocupadas por bomberos y policías, que habían terminado su servicio. Entonces localizó a Donaldson en una mesa cercana, con su pelirrojo cabello manchado de hollín, y mal peinado, con lo que dejaba al descubierto su incipiente calvicie.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Garfunkel.

—Ya lo estás haciendo —manifestó Donaldson, señalando la silla —. Vaya, podré hablar con alguien, aparte de los muchachos del hacha y la manguera. ¿Qué se sabe de Griff?

—Vivirá —contestó Garfunkel, escuetamente—. No fue tan malo como habíamos temido. Incluso podrá volver a trabajar.

Donaldson declaró alegremente:

—Será un placer ver de nuevo su cara gordinflona por aquí, diciéndome cómo debo hacer mi trabajo.

Garfunkel tomó unos sorbos de café y de pronto advirtió la presencia de Lisolette Mueller y del hombre de edad —¿cómo se llamaba, Claiborne?— en la mesa vecina. Pudo advertir que ambos se cogían las manos sobre la mesa. Dio un codazo a Donaldson y dijo:

—Supongo que nunca se es demasiado viejo para eso.

Donaldson siguió su mirada.

—Bueno, eso deseo sinceramente —manifestó complacido.

En la mesa cercana, Lisolette decía con voz suave:

—Lamento haberte causado una preocupación tan grande, Harlee, pero temí que nadie se acordara de los Albrecht.

—Ignoraba dónde habías ido —dijo Claiborne, procurando mostrarse sereno, pero sin conseguirlo—. Estaba bastante preocupado.

—No podía dejar una nota, pues no había tiempo para eso, y si esperaba a que volvieras, temía que procurases disuadirme.

—Fuiste muy valiente —aseguró Claiborne, quedamente.

La tensión y el cansancio se apoderaron de pronto de Lisolette, y las lágrimas resbalaron por su semblante.

—¿Crees que se pondrán bien, Harlee?

El hombre acercó su silla a Lisa, para poder rodearle los hombros con un brazo.

—Estoy seguro de que así ocurrirá —contestó con suavidad—. El tío de ellos va a venir a por los niños. Pero éstos no quieren alejarse de ti.

Ella asintió con la cabeza y recuperó un poco el dominio de sí misma.

—¿Y tú, qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—No lo sé —contestó Claiborne, pensativamente—. No tengo familiares que me retengan aquí, y muy pocos amigos…

Lisolette se echó hacia atrás, con gesto de asombro.

—¿Y yo, qué soy?

—Lisa —manifestó él, despacio—. Yo he tratado de quitarte el dinero. A eso le llaman estafa. Proporciono a la gente algo de satisfacción, y a cambio ellos me dan su dinero. No es una forma muy recomendable de ganarse la vida.

—¿Nunca te gustó alguna de tus… damas? —preguntó Lisolette.

—Lisa, ¡me gustaron todas! —afirmó él, con manifiesto orgullo.

El brillo volvió a los ojos de la mujer.

—A un caballero —aseguró— se le pueden perdonar algunos deslices.

—¿Un caballero?

—En efecto —dijo ella, y de pronto se mostró llena de activo interés—. Escucha, Harlee, tengo un amigo que dirige una agencia de viajes, y del que estoy segura que se mostrará muy complacido al tener entre sus empleados a un hombre tan agradable como tú.

Cuando Claiborne empezaba a oponer objeciones, ella le tapó la boca con una mano y agregó:

—No se trata de caridad. Es necesario organizar giras para personas retiradas de su profesión, como maestros que se hallan más interesados en conocer las ruinas de Atenas que las salas de fiestas de la ciudad, y ese tipo de clientela. No tienen confianza en las personas jóvenes, que no poseen un conocimiento del mundo como el que tú tienes.

—Muchas gracias, Lisa, pero existen ciertos asuntillos legales que…

—Dudo de que en ninguna de tus damas pueda más el deseo de venganza que el agradecimiento.

—¿Y tú? —preguntó Claiborne.

En el rostro de Lisa apareció un esbozo de sonrisa que la hacía parecer más joven y algo enigmática. ¿Cuánto hacía que no sentía aquella incertidumbre respecto a una mujer?, se preguntó Claiborne.

—¡Eh, amigos, mirad lo que encontré correteando por el piso treinta y cinco!

Lisolette y Harlee se volvieron inmediatamente hacia la puerta, donde un bombero sostenía un gato mojado y de aspecto macilento.

—¡Schiller! —exclamó Lisolette.

El gato dio un salto, Lisa lo subió a su regazo y le acarició con el rostro el pelaje ligeramente chamuscado.

El bombero se acercó y quitándose el casco protector, declaró:

—Me alegro de que sea suyo, señora, aunque a mis chicos les hubiera encantado. Imagino que ya sólo le quedará una vida, pues debe de haber usado las otras seis para sobrevivir allá arriba.

—Se lo agradezco enormemente —repuso Lisa.

A continuación se puso en pie y en compañía de Harlee salió del edificio y se encamino hacia la fila de taxis que aguardaban en el extremo más alejado de la plaza.

—Podemos ir al mismo hotel hasta que regresemos aquí —dijo Claiborne, y añadió con firmeza—: no tengo intenciones de perderte de vista, ¿sabes?

Sostuvo la puerta abierta para que Lisa entrase en el coche, y al mismo tiempo, saludó con la cabeza a dos mujeres que pasaban por delante. Habían estado sentadas con sus parejas en la mesa de al lado, en el restaurante del Salón de Paseo…

Thelma Leroux devolvió el saludo y continuó hablando con Jenny.

—Espero no haber sido demasiado descarada esta noche —dijo —. Había muchas cosas que decir, y me pareció que podía no volver a presentarse la ocasión.

—No, alguien tenía que habérmelo dicho hace tiempo —respondió Jenny, suavemente—. Resulta muy duro para alguien como yo ver la vida de ese modo, pero procuraré hacerlo.

—No es tan malo, y tú tienes un buen marido. Vale la pena que hagas un esfuerzo por él.

Impulsivamente, Jenny abrazó a la otra mujer y declaró luego:

—Thelma, te lo agradezco de todo corazón. Será mejor que vayas al lado de Wyn. Los periodistas deben tenerle acorralado, y es seguro que necesita apoyo moral.

Thelma se alejó rápidamente; se volvió una vez, saludó con la mano y se perdió entre la gente.

Jenny miró a su alrededor, buscando a Barton, y le localizó en un extremo de la plaza, hablando animadamente con un hombre bajo y fornido, alguien al que ella no conocía en absoluto. Vaciló un momento, sin deseos de interrumpir…

—Y bien, Barton —decía en ese momento Will Shevelson—. Supongo que ya no me necesitará más.

—¿Qué podría decirle, Will? Sin sus planos…

Shevelson se encogió de hombros.

—Hágame un favor, y no me los devuelva —dijo, y echó un vistazo al rascacielos brevemente—. Todo lo que pude haber sentido por ese edificio se ha esfumado. Es tan sólo otra fotografía en la pared de mi guarida. Otro rostro bonito más.

Se volvió, riendo para alejarse, y añadió:

—Buena suerte, Barton.

—Lo mismo le deseo, Will.

Jenny se aproximó entonces, y Barton le rodeó la cintura con un brazo, mientras avanzaba entre la gente. Leroux se había librado de los periodistas por un momento, y la policía los estaba conteniendo.

—Quiero hablarle a solas un instante, Jenny —dijo Barton—. Vuelvo pronto.

Leroux vio a Barton al mismo tiempo y dejó a Thelma para reunirse con él.

—Puedo adivinar lo que vas a decirme, Craig —manifestó.

—¿Que dejo el empleo? Pues tienes razón. ¿Hay algún motivo para que no lo haga?

El rostro de Leroux adquirió un gesto de intensa gravedad, y por un instante la plaza retrocedió en la noche, quedando los dos hombres aislados del resto del mundo.

—Hay muchísimas razones, Craig. Buenas razones profesionales y también personales. Probablemente la más importante es que en estos momentos te necesito más que nunca.

Barton permaneció en silencio largo rato, y el mundo pareció volver a rodearles poco a poco. La nieve caía en su rostro, se fundía, y el agua resbalaba hacia abajo. El duro viento le helaba la espalda, mientras la plaza apestaba a humo, a fuego y a muerte. El hombre que estaba ante Barton pareció de pronto encoger de estatura. Era un hombre que suplicaba, más que ofrecía. Era un hombre que de pronto parecía gastado, envejecido, y que daba la impresión de estar haciendo su última jugada de dados.

—He terminado con esto, Wyn —aseguró Barton—. Estoy cansado de trabajar para un constructor de pirámides. Tal vez se deba a que a mi entender, las pirámides ya han pasado de moda. Me gusta construir lugares donde puedan vivir las personas, más que almacenes donde amontonarlas.

—La Casa de Cristal era tu creación —repuso Leroux, con suavidad—. Puede ser reconstruida, y en la forma en que tú lo deseabas. La estructura está a salvo. Tú sabes que podemos hacerlo.

Barton miró hacia el rascacielos incrustado de hielo que se alzaba detrás de Leroux, y por vez primera no pudo ver nada de sí mismo en él. Era un edificio diferente del que había diseñado, se dijo. No había razón para fingir una relación que ya no existía.

—Lo siento, Wyn, pero no me interesa.

El rostro de Leroux se convirtió en el de un extraño.

—Está bien, Barton —dijo—; espero que nunca lo lamentes, porque no volveré a admitirte.

Se volvió para marcharse, y cuando apenas había dado tres pasos, Barton le preguntó de pronto:

—¿Por qué hiciste aquello, Wyn?

Leroux vaciló, comprendiendo la pregunta y luego se volvió hacia él y repuso:

—Nos encontramos con que no era posible financiar la última etapa de la obra. Entonces había que reducir la altura del edificio, o realizar economías hasta donde fuera posible. Muchas cosas

dependían de ello. No construí el edificio que tú querías; pero si esto significa una satisfacción para ti, te diré que tampoco hice el edificio que yo deseaba.

Barton le vio alejarse a través de la plaza, hacia donde le esperaba Thelma. No hubiera podido asegurarlo, pero a Barton le dio la sensación de que Leroux se apoyaba en ella mientras se marchaban.

Jenny se le acercó enseguida y preguntó:

—¿Fue difícil?

—¿Renunciar? —dijo y movió negativamente la cabeza—. No, resultó fácil. No es un personaje único, Jenny. Enérgico, como la mayoría de los constructores. Pero su verdadera tragedia reside en que no es el hombre que él mismo creía ser.

Avanzaron lentamente a lo largo de las filas de coches, en dirección al de Infantino. A través de la ventanilla, Barton pudo ver al jefe de división que dormitaba reclinado sobre el hombro de su mujer. Ella hizo ademán de despertarlo, pero Barton se colocó el índice sobre los labios. Luego tendió la mano por la ventanilla en parte abierta y sacudió con suavidad a Infantino por un hombro.

—¡Eh, tragafuegos, despierte!

Infantino movió la cabeza, se despertó, y al mirar a Barton fue a decir algo, pero se calló repentinamente y arrugó el entrecejo.

A su espalda, Barton alcanzó a oír a Quantrell, que decía en voz alta:

—¿Algo para la emisión final, jefe? ¿Algún indicio de un incendio provocado, u otra causa que pueda haber iniciado el fuego?

Infantino tardó un momento en reaccionar, y luego dijo con calma:

—Entrada la mañana la sección de relaciones públicas del Departamento divulgará una nota oficial. Si se da prisa, tal vez llegue usted allí, entre los cuatro primeros.

Quantrell le miró con gesto serio unos instantes y repuso enseguida:

—Tengo una gran memoria, Infantino.

Después se volvió para marcharse, y mientras lo hacía, Infantino le gritó:

—¡También tiene una boca muy grande!

Luego prestó de nuevo atención a Barton, y manifestó:

—Craig, ¿puede venir al Departamento más tarde? Necesitaremos su declaración.

—Desde luego —repuso Barton, y tras reflexionar un momento, añadió—: Oiga, Mario, ¿tiene idea de cómo empezó el incendio? ¿Habrá sido provocado intencionadamente?

Infantino movió negativamente la cabeza.

—He hablado con los investigadores de nuestro Departamento, y no lo creen así. En las primeras horas de la madrugada encontraron parte de una botella de *brandy* rota entre unas esteras a medio quemar, en uno de los cuartos de almacén del piso diecisiete. Es curioso, pero en lugar de estar toda quemada, una parte de la etiqueta de la botella estaba intacta. La esterilla de algodón arde bien, pero creo que en este caso, actuó en parte como aislamiento. De todas formas, suponen que alguien escondió allí la botella; luego encendió un cigarrillo, y tal vez arrojó la cerilla sin querer sobre las esteras. Es una suposición, pues resulta difícil comprobarlo.

—¿Brandy? —dijo Barton, lentamente—. Creo saber quién pudo colocarla allí.

Barton habló entonces a Infantino de Krost y de su debilidad por la bebida, y añadió:

—Pobre imbécil, incompetente y mal nacido…

Infantino bostezó.

—De ésos está lleno el mundo, Craig. Hay muchos niños crecidos que juegan con cerillas; muchos dispuestos a hacer una estupidez que termine en un desastre como éste.

—Sí; pudo ser cualquiera —añadió Barton—, en cualquier edificio.

Infantino asintió y manifestó:

—Y puede volver a ocurrir. O mejor, *volverá* a ocurrir.

Se echó a reír con tono sarcástico, y mientras apoyaba la cabeza sobre el hombro de Doris, agregó:

—Es como la muerte y los impuestos, Craig: algo inevitable.

—Por eso existen los bomberos —dijo Barton.

—No deja de ser una idea alentadora, Craig, muchas gracias. Bien, nos veremos pronto.

Infantino sonrió, e hizo luego una seña al conductor. El coche inició su marcha, y Barton aún pudo ver que la cabeza del jefe de división se inclinaba hacia un lado. Se había quedado dormido en el momento.

Barton vio alejarse el automóvil entre el tráfico, y luego miró a su mujer.

—¿Adónde vamos, Jenny?

—A casa —repuso ella, simplemente.

Él frunció el ceño.

—Southport está bastante lejos.

—No me he referido a Southport —afirmó Jenny, con voz suave —. He dicho a casa; a cualquier parte donde tú estés.

Le miró más directamente y agregó:

—El hotel más cercano servirá perfectamente. Ambos necesitamos dormir un poco, después de todo esto. Creo que debemos aprender a conocernos mejor el uno al otro.

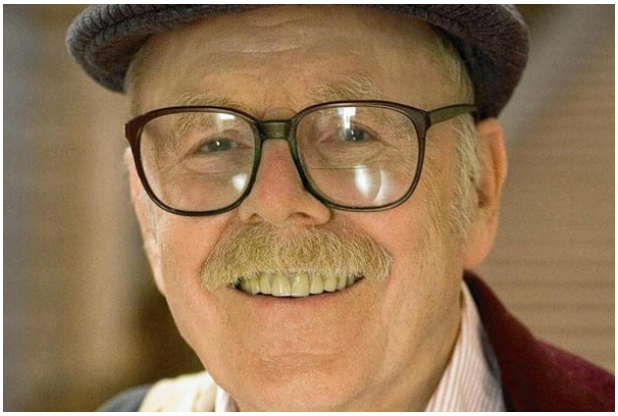
Barton cogió por un brazo a su mujer, y ambos echaron a andar hacia la fila de taxis estacionados allí cerca.

Las nubes oscuras se cierran ahora, envolviendo el maltrecho edificio en un abrazo de aire frío y nieve algodonosa. Son las primeras horas de la mañana, y las dotaciones de rescate están terminando de buscar los últimos rescoldos del fuego, para aniquilarlos por completo. En una esquina del ático, adonde no han llegado aún los equipos de rescate, un rescoldo brilla vivamente en el destrozado revestimiento de nogal de una pared, y sopla una corriente de aire y la chispa se inflama, toca una astilla y durante un

momento el pálido espectro de la bestia se yergue de nuevo en el aire fresco de la mañana. Luego llega una ráfaga más helada que arrastra en su seno, por la abertura, gotas de lluvia y de aguanieve. La pequeña llama se retuerce, palidece, y enseguida una tenue voluta de humo señala el lugar donde había estado ardiendo.

La bestia ha muerto.

F I N



FRANK MALCOLM ROBINSON, (Chicago en 1926 - Francisco 2014, EE. UU.). Publicó su primer relato en la mítica revista *Astounding*. Reconocido autor de ciencia ficción y *tecno-thrillers*, tres de sus muchas novelas han sido vertidas al cine o la televisión a partir de la primera, *The Power* (1956), filmada en 1968 con el mismo título.

Escribió novelas en colaboración con Thomas N. Scortia como *The Glass Inferno* (1974), *The Gold Crew* (1980) y Blow Out! (1987). La primera fue llevada al cine como *The Towering Inferno* (1994), y la segunda a la televisión como una serie de la NBC: *The Fifth Missile*.

Entre sus obras en solitario destaca *La oscuridad más allá de las estrellas* (1991) galardonada con el Premio Literario Lambda y considerado por el *New York Times* como un «Libro Notable del Año». Sus mejores relatos se recogen en *A Life in the Day of… and Other Stories* (1981). También escribió libros sobre el mundo de la ciencia ficción, como *Pulp Culture: The Art of Fiction Magazines* (1998, con Lawrence Davidson) y *Science Fiction in the 20th Century* (1999), esta última ganadora del Premio Hugo y el Locus de 2000.



THOMAS N. SCORTIA (29 de agosto de 1926 - Alton, Illinois - La Verne, California, 1986) fue un reconocido químico y escritor de ciencia ficción, famoso por coescribir novelas de catástrofes tecnológicas que inspiraron grandes producciones de Hollywood.

Índice de contenido

El infierno de cristal
EL INFIERNO DE CRISTAL
Agradecimientos
POR LA TARDE
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22

POR LA NOCHE
- 23
- 24
- 25
- 26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
POR LA MADRUGADA
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61

62
63
64
65
66
67
68
Sobre el autor